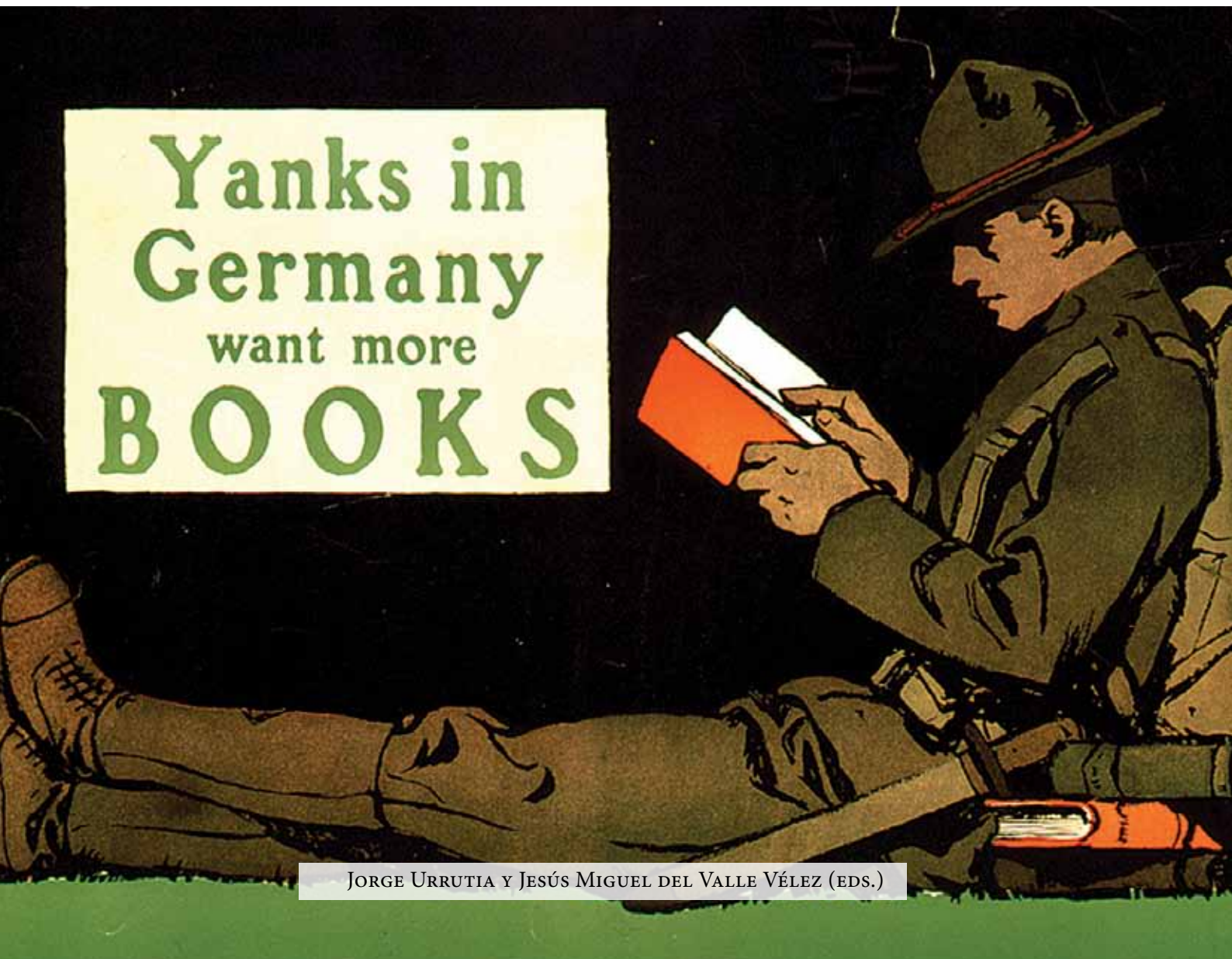


NÚMERO 24 - AÑO XIII, 1.2016 ISSN 1885 - 2718

REVISTA DE **Historiografía**

PUBLICACIÓN SEMESTRAL PVP: 23 EUROS

RevHisto



JORGE URRUTIA Y JESÚS MIGUEL DEL VALLE VÉLEZ (EDS.)

**LA GUERRA DE PAPEL (LITERATURA Y TESTIMONIO
EN LA CRISIS DE LA I GUERRA MUNDIAL)**

DIRECTOR

Jaime Alvar Ezquerro
(Universidad Carlos III de Madrid)

SECRETARIA

Mirella Romero Recio
(Universidad Carlos III de Madrid)

CONSEJO DE REDACCIÓN

Elena Hernández Sandoica (Universidad Complutense de Madrid), Enrique Martínez Ruiz (Universidad Complutense de Madrid), Juan Sisinio Pérez Garzón (Universidad de Castilla-La Mancha), José Beltrán Fortes (Universidad de Sevilla), Ignacio Peiró Martín (Universidad de Zaragoza), David García Hernán (Universidad Carlos III de Madrid), M^a Jesús Fuente Pérez (Universidad Carlos III de Madrid), M^a del Rosario Ruiz Franco (Universidad Carlos III de Madrid).

COMITÉ CIENTÍFICO

Carmine Ampolo (Scuola Normale Superiore di Pisa, Italia), Jean-François Botrel (Université de Rennes 2, Francia), Josep Fontana (Universidad de Barcelona), José Luis Peset (Consejo Superior de Investigaciones Científicas-CSIC), Paolo Desideri (Università di Firenze, Italia), Fernando Gómez Redondo (Universidad de Alcalá)

EDICIÓN DIGITAL

www.uc3m.es/revhisto
ISSN 2445-0057

ISSN 1885-2718

DEPÓSITO LEGAL M-39203-2005

REVISTA SEMESTRAL

REDACCIÓN

Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja
Universidad Carlos III de Madrid -Edificio Concepción Arenal
(14.2.10) - C/ Madrid, 126 - 28903 Getafe, Madrid
revhisto@uc3m.es

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Syntagmas (www.syntagmas.com)

REVISTA EDITADA POR



Instituto de Historiografía
Julio Caro Baroja
Universidad Carlos III de Madrid



Universidad Carlos III
de Madrid

Revista de Historiografía (RevHisto) es una publicación científica semestral dedicada al estudio de las condiciones y circunstancias en las que se construye la producción histórica, que sólo admite originales que contribuyan al progreso del conocimiento. Su interés interdisciplinar la convierte en un foro no sólo dedicado al análisis de las narrativas históricas en sus contextos, sino también al estudio historiográfico de cualquier ámbito del conocimiento, generado por, y destinado a, expertos y estudiosos cualificados.

* * *

Este volumen ha recibido financiación competitiva del Plan Propio de Investigación de la UC3M para revistas a ella vinculadas.

* * *

Revista de Historiografía no suscribe necesariamente las premisas historiográficas desarrolladas en los artículos publicados, ni las opiniones de sus autores.

* * *

Se permite la reproducción parcial de los artículos publicados en *Revista de Historiografía*, citando la procedencia.

* * *

Revista incluida en el índice y catálogo Latindex Sistema Regional de Información en línea para Revistas Científicas de América Latina, Caribe, España y Portugal.

* * *

Revista de Historiografía ha renovado el certificado de revista excelente y el Sello de calidad FECYT en 2016.

* * *

Revista de Historiografía también ha sido incluida en las bases de datos de CINDOC, DIALNET, ERIH, CIRC, RESH, LATINDEX, SCOPUS, EBSCO y REGESTA IMPERII

* * *

Admisión, envío de originales y normas de edición en www.uc3m.es/revhisto

REVISTA DE
Historiografía
NÚMERO 24 **REVHISTO**

Obituario

- 6 José María Blázquez Martínez, un historiador de la Antigüedad
JAIME ALVAR

I. La guerra de papel (Literatura y testimonio en la crisis de la Primera Guerra Mundial)

JORGE URRUTIA Y JESÚS MIGUEL DEL VALLE (EDS.)

- 15 Escribir la guerra: El trazo y la tachadura
JORGE URRUTIA
- 31 Who's for the trench – Are you my laddie? La «scoperta» inglese della guerra
PAOLO BERTINETTI
- 39 Poéticas de la guerra en Francia. Escribir para comprender
ROSA DE DIEGO
- 57 Los antecedentes anglosajones de la aliadofilia política de Luis Araquistáin
MANUEL MENÉNDEZ ALZAMORA
- 71 La Gran Guerra en la revista *La Esfera* (1914-1931): ¿Información, opinión o propaganda?
INMACULADA RODRÍGUEZ-MORANTA
- 99 Azorín en el frente francés
ANDREA PAOLA ALARCÓN NÚÑEZ
- 109 Azorín, Saavedra Fajardo y la Gran Guerra (1914-1918)
FRANCISCO JAVIER DíEZ REVENGA
- 125 Azorín y el ejército norteamericano: Representación y propaganda
JESÚS MIGUEL DEL VALLE VÉLEZ
- 133 *É a guerra*: Aquilino Ribeiro e a conflagração mundial
MATEO REI
- 145 Karl Kraus e la Prima Guerra Mondiale
RICARDO MORELLO
- 157 «El deber de quien desearía ser el cronista de una guerra caballeresca»: estética e ideología de la crónica bélica de la I Guerra Mundial en Enrique Gómez Carrillo
DORDE CUVARDIC GARCÍA
- 171 En el principio fue la metáfora: la guerra de papel de Ramón Gómez de la Serna
ANDREA BAGLIONE
- 181 Salomón de la Selva: de la poesía a la trinchera y viceversa
PABLO LOMBÓ MULLIERT
- 191 Miguel de Unamuno sul fronte italiano: Mito e propaganda della Grande Guerra, tra aristocrazia intellettuale e ceti popolari
GABRIELE MORELLI
- 209 «Lo que me embarga el ánimo»: Miguel de Unamuno y la Gran Guerra
GIOVANNA SCOCOZZA

II. Miscelánea

- 221 La nobleza titulada en tiempos de Felipe V.
Un balance historiográfico
MARÍA DEL MAR FELICES DE LA FUENTE
- 245 Bodo Ehardt y los castillos españoles: notas
sobre su obra de restauración y su pensamiento
europeísta y pangermánico
IGNACIO JAVIER GIL CRESPO
- 273 Aportaciones teóricas para la interpretación de
los conflictos sociales históricos
RAÚL SERRANO
- 291 Alberto del Castillo y la arqueología medieval
JORDI VIDAL

III. Libros

- 309 Mujeres en los gobiernos locales. Alcaldesas
y concejales en la España contemporánea
- 312 Los españoles ante la Segunda Guerra
Mundial
- 315 La caída del Imperio Romano. Cuestiones
historiográficas

OBITUARIO

José María Blázquez Martínez, un historiador de la Antigüedad

*De mi preceptor: el no haber sido de la facción de los Verdes
ni de los Azules, ni partidario de los parmularios ni de los escutarios;
el soportar las fatigas y el tener pocas necesidades;
el trabajo con esfuerzo personal y la abstención de excesivas tareas,
y la desfavorable acogida a la calumnia
Marco Aurelio, Meditaciones, I, 5.*

La historiografía de la Historia Antigua en España es incomprensible sin la figura de José María Blázquez. Por una parte fue, en gran medida, el responsable de la configuración de su plantel profesional en el último cuarto del siglo XX y, por otra, su amplísima obra inundó la práctica totalidad de los temas relacionados con la investigación. Algunos rasgos de su personalidad ayudan a comprender no solo su proyección internacional –es, sin lugar a dudas, el estudioso español más citado en el extranjero–, sino también su peso específico en la materia.

Aunque realizó estudios de Filología Clásica en Salamanca, pronto orientó sus intereses hacia la Arqueología y la Historia Antigua. Ambas disciplinas carecían de estudios propios en la universidad española. De hecho, las escasas cátedras que afectaban a ese conocimiento eran de Prehistoria, Historia Antigua y Medieval. La masificación de



JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ. Oviedo 7 de junio de 1926 -
Madrid 27 de marzo de 2016. / Foto: Jaime Alvar

la Universidad en el tardofranquismo permitió la creación de un ámbito propio para la Historia Antigua, lo que conllevó una nueva regulación de sus estudios y la dotación de plazas de profesores.

En los inicios de este proceso solo había cinco catedráticos del área: Santiago Montero, Ángel Montenegro, Francisco Presedo, Marcelo Vigil y José María Blázquez. Estaban en todos los concursos y, junto a ellos, representantes de las denominadas materias afines, como Prehistoria, sustancialmente representada por Francisco Jordá, o Historia Medieval, con el omnipresente Luis Suárez. Por motivos dispares, ideológicos y de personalidad, aquellos tribunales con frecuencia cuajaban mayorías favorables a Blázquez y sus discípulos. Los primeros procedían de la Filología Clásica, pero desde finales de los 70 empezaron a situarse los que ya cursaban la especialidad de Historia Antigua. La

reivindicación del área frente a los filólogos tendría repercusiones diversas que ahora no viene al caso analizar. Sin embargo, hay un extremo que no debe soslayarse. Los nuevos profesionales procedentes de la Historia Antigua carecían de las herramientas básicas dominadas por los filólogos clásicos y la propia disciplina no había asumido el rigor característico de la tradición europea.

Entendió Blázquez que la única manera de mejorar la formación era, como había hecho él mismo en Marburg y en Roma, imponer en sus discípulos largas estancias en el extranjero. Fue infatigable en la búsqueda de financiación para ellos, los situó en centros de prestigio y el retorno les estaba casi asegurado con plazas en las oposiciones siguientes. Excelentes profesionales de otras universidades fueron víctimas injustas de un proceder que amparaba el sistema. No pasan los años en balde y las heridas son cada vez menos perceptibles en el gremio, pero han sido causa de mucho dolor. En este sentido, la realidad actual es radicalmente diferente y el recuerdo de aquellos episodios son para los jóvenes batallas lejanas que ya no les conciernen. La muerte contribuye de forma eficaz a la desactivación de aquellos sufrimientos.

El manto protector de Blázquez con frecuencia dio cobijo a discípulos ajenos. Muchos encontraron en él el apoyo necesario para completar su formación en el extranjero, para colocar sus artículos en revistas prestigiosas o para lograr mayorías que los hicieran funcionarios.

Es importante el conocimiento cabal de aquel período de la Historia Antigua, porque ayuda a comprender la propia construcción historiográfica de una disciplina nueva, sino incluso los resultados de la producción académica. La inteligencia de algunos colegas ha permitido registrar testimonios relevantes en este sentido que van viendo la luz de formas dispares.

El Instituto de Historiografía va a poner a disposición de los interesados en su página web el testimonio oral recogido por Fernando Wulff en el que sonsaca a los padres fundadores información reservada al espacio íntimo. El objetivo es crear una sección

específica con grabaciones y textos transcritos que soporte la memoria vívida de los profesionales de la asignatura y que sirva de ejemplo para otras.

Desde un punto de vista historiográfico es importante reconocer que Blázquez renovó el conocimiento sobre el mundo tartésico y la colonización fenicia de Occidente. Desbordó los tímidos intentos de Antonio Blanco y se convirtió en el referente indiscutible durante décadas. Blázquez fue pionero en el análisis de la aculturación religiosa, firme abanderado de una profunda semitización de las aristocracias tartesias, motor cultural de la primera monarquía peninsular. Ciertamente su percepción del fenómeno, allá por los años 60 y 70 del siglo pasado, estaba ahormada en el paradigma difusionista y colonialista. Sin embargo, cuando triunfaba en la investigación el viento del “milagro” griego, Blázquez sostenía tozudo y contracorriente la prevalencia no solo cronológica, sino de influjo cultural en Occidente, de los fenicios. El supuesto periplo contenido en la *Ora Maritima* de Avieno no sería griego, sino fenicio; todos los indicios procedentes del Egeo en las estelas decoradas y los materiales arqueológicos de origen griego anteriores al siglo VII habrían llegado de la mano de los fenicios como objetos de comercio. En definitiva, el proceso de estatalización en la Península Ibérica habría sido consecuencia de la presencia de los fenicios. Así pues, los griegos, en la reconstrucción mental que se hacía de la Protohistoria Peninsular, solo habrían tenido relevancia tras los logros perpetrados por los fenicios.

Es cierto que su propuesta solo afectaba a los agentes, no a los modelos interpretativos, pero se acondicionaba a los nuevos tiempos, autoctonistas primero, postcolonialistas después, sin llegar a abandonar su profundas convicciones difusionistas, en un discurso que a cualquiera, excepto a él, hubiera incomodado por contradictorio e incongruente. Jamás los modelos teóricos le supusieron un quebradero de cabeza.

Otro tanto cabría decir a propósito de la religión prerromana, asunto en el que fue pionero y que no abandonó a lo largo de toda su actividad investigadora. Asumido el principio de que los teónimos están relacionados con la función desempeñada por la divini-

dad, desarrolló el postulado hasta límites insospechados. Un radical era luz absoluta para interpretar los entresijos de las creencias de cualquier comunidad. No había ni matices ni matizaciones. Si se argumenta con radicales no se puede ser mojigato. ¡Cuánto esfuerzo ulterior para devolver teónimos a su condición de topónimos! Pues similar al requerido para comprender que las expresiones epigráficas del siglo III no tienen por qué ser manifestaciones de resistencia a la romanización, sino una modalidad local de ese proceso.

¿Romanización? Buena montura para cabalgar sin freno. Aculturación, resistencia, asimilación, rechazo, semitización, persistencia, cualquier neologismo o innovación conceptual se convertía en recurso excelente para ordenar citas textuales y materiales arqueológicos de la manera requerida por la *novissima ars*. Legión llegaría después para mostrar las inconsistencias y reelaborar el discurso de modos distintos, pero siempre Blázquez en el horizonte.

Mientras los demás debatían sobre sesudos contenidos, Blázquez –o mejor dicho Bea, su esposa, y más tarde, ya en la Academia, Asun– había hecho centenares de fotocopias y había situado sus artículos en manos de los investigadores más punteros, reconocidos y prestigiosos que, cuando necesitaban poner ejemplos de minería hispanorromana, de aculturación religiosa en el NO. o los períodos de la conquista romana de Hispania, citaban sistemáticamente como única fuente de saber a Blázquez.

Prácticamente hurgó por todos los rincones de la Historia Antigua. Se interesó, además de los asuntos ya mencionados, de un modo especial por los problemas económicos y sociales del Bajo Imperio y poco a poco fue abarcando todos los límites de la Tardoantigüedad, como bloque histórico específico, desde la crisis del siglo III hasta la figura de Mahoma.

Conocía bien las fuentes, su prodigiosa memoria le permitía traerlas a colación en cualquier circunstancia para apuntalar su opinión. A pesar de su firme convicción religiosa, estaba radicalmente persuadido de la escasa intervención divina en la cons-

trucción de la Iglesia primitiva y que la lucha por el dogma con frecuencia no tenía motivaciones más serias que cualquier reyerta callejera. Los ojos atónitos del auditorio lo embravecían en el discurso iconoclasta, escandaloso y ajeno a los usos académicos.

Confeccionó manuales, en solitario o con discípulos, sobre Oriente, Grecia, Roma, la Península. Impartió conferencias por todas las universidades españolas y una buena cantidad de europeas y americanas. Defendió los resultados de sus investigaciones por congresos de todo el mundo. Consiguió que la disciplina de la Historia Antigua española fuera internacionalmente reconocida y que los estudiosos españoles tuvieran un espacio homologado con el de sus colegas procedentes de cualquier otra escuela o tradición historiográfica. Su esfuerzo fue titánico y, en buena medida, reconocido.

En efecto, logró la cátedra en la Universidad de Salamanca, de donde se trasladó a Madrid. Fue Miembro de la Real Academia de la Historia, Miembro Ordinario del Instituto Arqueológico Alemán de Berlín, de la Hispanic Society of America, y Correspondiente de la Academia Nazionale dei Lincei de Roma. Recibió, además, el doctorado Honoris Causa por las universidades de Bolonia, Salamanca, Valladolid, León y Carlos III de Madrid.

El coloso de la Historia Antigua vivió satisfecho la vida que le tocó vivir. No ambicionó nada desproporcionado; la envidia no formaba parte de su mapa emocional. Rara vez hablaba mal de los colegas, aunque hacía chanza de todo, empezando por sí mismo. Le gustaba saber de la gente y disfrutaba con cierta malicia pregonando los presuntos secretos que sus redes informativas le proporcionaban. Se sabía epicentro de un determinado escenario y representaba con autoridad y solvencia su papel, del que disfrutó hasta la última gota.

Jaime Alvar
Director



Monográfico

La guerra de papel (Literatura y testimonio
en la crisis de la Primera Guerra Mundial)

JORGE URRUTIA Y
JESÚS MIGUEL DEL VALLE (EDS.)

WAR WRITING: DRAWING LINES
AND CROSSING THEM OUT

Escribir la guerra. El trazo y la tachadura

Jorge Urrutia
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

La literatura sobre la Primera Guerra Mundial se debatió en torno al problema del testimonio, arrastrada por la crueldad de la contienda y la implicación, nunca vista antes, del conjunto de la población. Pero el testimonio, como lo testimoniado, plantea varias caras, varias posibilidades. El artículo defiende que no hay literatura sin literatura anterior y muestra cómo los tópicos condicionan los relatos de los testigos más directos.

Palabras clave

Primera Guerra Mundial, testimonio, testigo, tópicos literarios

Abstract

The literature on the First World War was debated because there was an issue with testimony extracted using the cruelty of the war, and for the first time ever involving the whole population. But as witnessed, this testimony has several facades and several possibilities. This article argues that there is no literature without prior literature and shows how topics determine the stories of the eyewitnesses.

Key words

WWI, testimony, witness, literary topics

«La guerra è un fatto, come tanti altri inquesto mondo; è enorme, ma è questo solo [...]. Non cambia nulla, assolutamente, nel mondo. Neanche la letteratura». Esto escribió Renato Serra, en *Esame di coscienza di un letterato* (1916). No fue el único en creer que nada cambiaría en el mundo o en la literatura con la Gran Guerra, porque no era sino un hecho como tantos. Un hecho enorme, es cierto, pero sólo eso¹.

También el novelista español Armando Palacio Valdés, francófilo que dirigiera la *Revista Europea*, entendía que la guerra no ocasionaría variación importante. «La espesa nube que cubre hoy toda la Europa se disolverá al cabo en la atmósfera azul», escribía en un libro de 1917. Y continuaba: «La madre tierra beberá la sangre, tragará los huesos y en su seno fecundo la vida inmortal proseguirá su trabajo misterioso»².

Ya avanzada la contienda, el austrohúngaro Andréas Latzko encuentra en *Menschen im Krieg* (Hombres en guerra, 1917), con cierto eco simbolista, la permanencia de la cultura y del ser nacional como un sustrato fijado en las calles y las casas pese a la guerra. «En las plazas fluía sin descanso a la vez un suave e idéntico murmullo de las fuentes de hierro forjado, que se contaban unas a otras continuamente los días de su juventud, cuando los hombres sabían el precio de las líneas puras y de los nobles contornos, y cuando la guerra no atronaba más que para los aventureros y los príncipes. Crecía la leyenda, giraba sobre las espirales, salía de todas las esquinas, corría por las callejuelas como un hada invisible y susurrante de paz y de felicidad. [...] Surgido de las murallas agrietadas, resucitado, estaba tan presente el pasado que el suave ruido líquido de la fuente parecía dominar el tronar del cañón»³.

En éste, como en tantos otros aspectos, los intelectuales se equivocaron. Paradójicamente, Renato Serra, en simbolismo trágico de cómo todo podía cambiar con la guerra, murió en el campo de batalla.

La idea de que poco cambio iba a producirse surgía de una experiencia, tal vez más literaria que histórica, que separaba durante los enfrentamientos bélicos a la élite siempre decisoria de los soldados extraídos de una masa que, por lo general, había visto escasamente alterada su vida diaria, ya perteneciese con anterioridad al país vencedor o al derrotado. Todo se había venido resolviendo y disolviendo en una cuestión de fronteras. El hecho de que

1. R. Serra, *Esame di coscienza di un letterato*, seguido da *Ultime lettere dal campo*, Milano, 1916, 7. (A cura di G. de Robertis e L. Ambrosini)

2. A. Palacio Valdés, *La guerra injusta*, Paris-Barcelona, 1917, 39. El libro se recoge en el tomo II de las *Obras* del autor, Madrid, 1965.

3. A. Latzko, *Les hommes en guerre*, Paris, 1929, 16.

administrativamente fuesen franceses o germanos, poco variaba la cotidianidad, por ejemplo, de los campesinos de Alsacia. Según muestra el capítulo décimosegundo de *L'ami Fritz* (1864), los pobres siempre permanecen en la miseria. La propaganda anti-alemana posterior a la derrota de Sedan jugará con la novelita de Erckmann-Chatrion para hacer de Fritz una representación del alsaciano que se sentía francés, cuando es más bien ejemplo, influido por la literatura costumbrista, de cómo el terruño (*le terroir*) era el único horizonte del individuo. Este uso propagandístico de la reclamación de Alsacia y de Lorena, ya denunciado por Remy de Gourmont en el panfleto *Le joujou patriotisme* (El juguete patriotismo)⁴, 1891, tuvo un amplio desarrollo en el teatro.

La Primera Guerra Mundial implicó intensamente a la población civil, no tanto porque se extendiera por todo el territorio, sino por el alistamiento obligatorio en los ejércitos, por el encarecimiento de la vida, por la mortandad de veinte millones de europeos y por los efectos sobre la composición de la población de los países. Ese enorme sacrificio fortaleció el sentido nacional de los vencedores y de los vencidos, en la conciencia de pertenecer a una cultura y a un país forjado tanto en los momentos gratos de la historia, como en los dolorosos. Stefan Zweig, en su libro de memorias, *El mundo de ayer*, expresa con la perspicacia que le caracteriza ese sentimiento de unión que se manifestó en el inicio de la guerra y que no dejó de permanecer a su final: «En honor a la verdad debo confesar que en aquella primera salida a la calle de las masas había algo grandioso, arrebatador, incluso cautivador, a lo que era difícil sustraerse. Y, a pesar del odio y la aversión a la guerra, no quisiera verme privado del recuerdo de aquellos primeros días durante el resto de mi vida; miles, cientos de miles de hombres sentían como nunca lo que más les hubiera valido sentir en tiempos de paz: que formaban un todo»⁵.

Cuando se iniciaron las hostilidades sabemos que, en los distintos países, los jóvenes se alistaban con entusiasmo. El sentimiento nacionalista venía apoyado por una imagen idílica y heroica de la guerra, además de por el convencimiento de que duraría sólo unos pocos meses. Pero fue pudriéndose según avanzaba. Pese al famoso plan Shlieffen, el ejército alemán quedó retenido en Bélgica, posiblemente porque, como pronto se comprobó, los militares habían planteado una guerra antigua librada con armas modernas. Las viejas tácticas se estrellaron contra las ametralladoras y la nueva artillería, más tarde con los aviones, los gases o los vehículos blindados. De ahí que se estancara en las trincheras, con una crueldad, una mortandad y unas malas condiciones de vida para los combatientes que fueron motivo de decenas de miles de páginas literarias de todas las calidades. Un ejemplo de las tácticas anticuadas lo encontramos en *Un anno sul'Altipiano* (1937), de Emilio Lussu, también autor de un importante más político *Marci su Roma e dintorni*⁶. La fecha tardía del libro podría explicar el juicio inicial de la cita: «La idea es totalmente equivocada, pero está escrita en los textos que, dominando la cumbre de una montaña, se puede impedir al enemigo pasar por el valle situado debajo. [...] —¿Y cómo van a impedirlo nuestros batallones desde allí arriba?

4. R. de Gourmont: "Le joujou patriotisme", *Mercur de France*, 16, 1891, 193-198.

5. S. Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, 2002, 286.

6. E. Lussu, *Marcha su Roma e dintorni*, Torino, 1933, 2000.

¿Con la artillería? Pero nosotros no tenemos ni una pieza ni podremos tenerla, porque faltan carreteras. ¿Con ametralladoras y fusiles? Armas inútiles a tanta distancia. Entonces, ¿qué? Entonces, nada, porque, si nosotros somos imbéciles, no es seguro que frente a nosotros haya mandos más inteligentes. [...] Ya verá cómo los austriacos atacarán el monte Fior con cuarenta batallones e inútilmente. Estamos a la par. Ése es el arte militar⁷». Ningún ejército moderno —añadamos nosotros— asaltaría la cima de una montaña; basta con rodearla y dejar al enemigo en una bolsa.

Del ardor guerrero se pasó al cansancio y de éste al desánimo y la reflexión sobre lo absurdo de los actos. El novelista Joseph Jolinon, en *Le valet de gloire* (El mayordomo de gloria), de 1923, insiste en las falsas noticias que, tras el convencimiento inicial de que sería una guerra corta y fácil, envenenaron el frente⁸. Si al final la tragedia resultó cruel y durante muchos meses pareció imparable, en Andréas Latzko leemos un juicio que explica muchos sentimientos de los combatientes. Varios heridos conversan en un hospital sobre lo que pudiera ser más espantoso en la guerra y uno de ellos grita: «—¿Espantoso?... Pero sólo la partida es espantosa, se nos deja venir... Es eso lo que resulta espantoso!... »⁹. Ya se han perdido el ánimo y la alegría por acudir al frente y el militar acusa a la familia, a los amigos, a la sociedad de haberlo dejado acudir a la batalla. Se acabó el entusiasmo.

Entre el trazo con el que narra el alistamiento o el camino hacia el frente, y el detalle de los relatos de la experiencia de guerra, el escritor tiene que tachar un saber acumulado de escritura para ensayar nuevos modos. Aquí no voy a insistir ni en la antigua retórica ni en los nuevos procedimientos, tan sólo en la tachadura, que se convierte así en símbolo de los efectos inmediatos de la guerra.

El alistamiento obligatorio incrementó en las filas de modo considerable, con respecto a otras épocas, el número de jóvenes de procedencia burguesa. Pierre Chanlaine, en una novela de 1931, *Les armes reposées* (Las armas descansadas), describe esa burguesía de la que procede: «No aquella que se muestra ridícula, incluso odiosa, por su espíritu cerrado y su rigorismo tan seco. Sino una burguesía que, sin desconocer la fuerza que recibe de sus tradiciones, está abierta al espíritu de todos los problemas del momento. Una burguesía tan clarividente como sana. Una burguesía que no es, al fin y al cabo, sino la aristocracia del trabajo»¹⁰.

Cuando esos jóvenes intelectuales burgueses, pertenecientes a la clase social que ha modernizado sus países en los últimos cincuenta años, desacostumbrados al sufrimiento físico, se enfrentaron con la realidad de los combates, comprendieron que nada tenía que ver la idea que ellos llevaban de la guerra con lo que ésta era en verdad. Se sintieron engañados. «Kantorek era profesor nuestro —leemos en *Sin novedad en el frente* (1929), de Remarque—. En las horas de gimnasia nos echó Kantorek muchos discursos; hasta que toda la clase marchó —con él a la cabeza— a la Comandancia del distrito, y allí se inscribió en el voluntariado. Aún le veo ante mí cómo rebrillan sus ojos a través de los lentes, cómo pregunta con voz

7. E. Lussu, *Un año en el altiplano*, Barcelona, 2010, 19.

8. J. Jolinon, *La valet de gloire*, Paris, 1965.

9. Latzko, *op. cit.*, 30.

10. P. Chanlaine, *Les armes reposées*, Paris, 1931, 21.

emocionada: «—¿Verdad que también vais vosotros, camaradas?». Estos pedagogos tienen siempre guardados sus sentimientos en el bolsillo del chaleco, y en verdad que los tienen muy a mano para exhibirlos. Pero no lo advertimos entonces»¹¹. Los franceses, por su parte, recordaban la descripción que Stendhal hiciera en *La Chartreuse de Parme* (La Cartuja de Parma), 1838, de la batalla de Waterloo, muy comentada en las clases. El protagonista se preguntaba si estaba asistiendo de verdad a una batalla, y el novelista concluye: «Il n'y comprenait rien du tout» (No comprendía absolutamente nada).

Los personajes del norteamericano John dos Passos, en su primera novela, *One Man's initiation: 1917* (La iniciación de un hombre: 1917), de 1920, no se ha dejado engañar: «—¿Qué opinas de todo esto? [...] —Nunca pensé que sería tal y como nos lo había contado... La cosas no suelen suceder así... —Pero tampoco podías imaginarte que sería así... como *Alicia en el país de las maravillas* [...]. —No, pensé que sería espeluznante»¹².

El protagonista de *La comédie de Charleroi*, relato que da título a un volumen de Pierre Drieu la Rochelle en 1934, ha pensado en la guerra a través de las descripciones de Emile Zola y Victor Margueritte, pero comprende que todo ha cambiado: «La guerre aujourd' hui, c'est d'être couché, vautré, aplati. Autrefois, la guerre, c'étaient des hommes debout»¹³. O el comportamiento del combatiente en la guerra no se correspondía con lo leído, o los seres humanos habían perdido toda la grandiosidad del mito. Unas páginas más adelante define la guerra. «Y esta guerra es mala [...]. Esta guerra moderna, esta guerra de hierro y no de músculos. Esta guerra de ciencia y no de arte. Esta guerra de industria y de comercio. Esta guerra de despachos. Esta guerra de periódicos. [...] Esta guerra de hierro y de gas. Esta guerra hecha por todo el mundo menos por los que la hacían. Esta guerra de civilización avanzada»¹⁴. ¿Y quiénes hacían antes las guerras? Habría que contestar que los caballeros, para quienes incluso dar muerte o morir respondía a la dignidad. Aunque todas estas afirmaciones no sean más que tópicos de época, según demuestran tantas narraciones que comparan las guerras antiguas, caballerescas, con esta moderna y vulgar, o las crónicas de Gómez Carrillo, importa que concluya: «La guerre d'aujourd' hui, ce sont toutes les postures de la honte»¹⁵. Todas las posturas de la vergüenza, del sometimiento, de la mentira, de la ocultación. Por eso, para los nuevos y reales protagonistas del catorce, la literatura no había contado realmente la guerra o, al menos, la guerra de la nueva sociedad. Se produjo, por lo tanto, el deseo de dar a conocer la verdad y, para ello, de manifestar el testimonio.

Tras asegurar que nada importante cambiaría, se preguntaba también el español Palacio Valdés, refiriéndose a lo episódico: «¿Y de todo esto qué quedará?». Se contestaba él mismo: quedará «una gran vergüenza y un gran remordimiento». Nos equivocaríamos al

11. E.M. Remarque, *Sin novedad en el frente*, Madrid, 1930, 21. (Traducción de E. Foertsch y B. Jarnés). Aquel entusiasmo inicial en la escuela se subraya en la versión cinematográfica de Lewis Milestone, rodada al año siguiente de publicarse la novela.

12. J. Dos Passos, *La iniciación de un hombre: 1917*, Madrid, 2014.

13. P. Drieu la Rochelle, *La comédie de Charleroi*, Paris, 1982, 38.

14. Drieu la Rochelle, *op. cit.*, 67.

15. Drieu la Rochelle, *op. cit.*, 38.

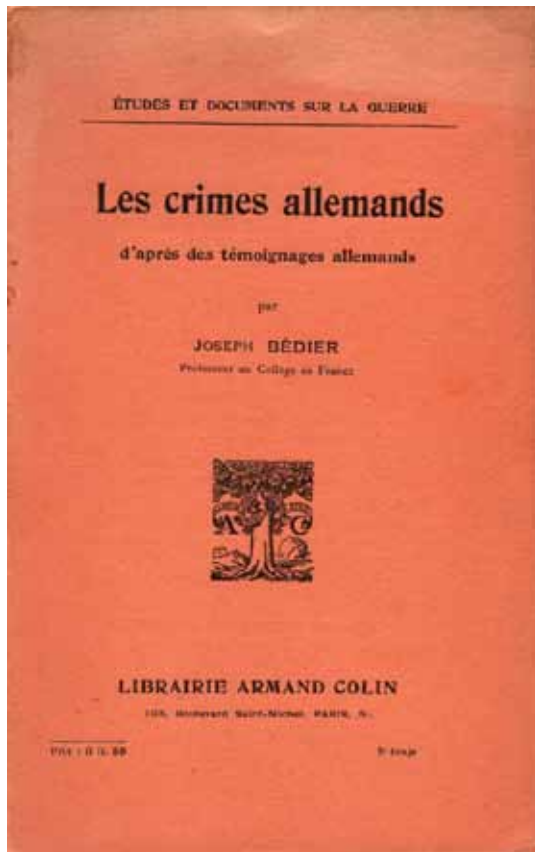


Fig 1. Libro de Joseph Bédier.

pensar que el novelista español considera culpables de los males a todos los participantes en la guerra. Acusa directa y únicamente a los alemanes y a los austro-húngaros de ser «autómatas asesinos de mujeres y niños»¹⁶, y a sus gobernantes de haber impuesto no sólo la guerra sino la ferocidad de la guerra. Les habrían dicho: «—*Guardaos de vuestro corazón como de un enemigo; fusilad sacerdotes, destruid monumentos, violad mujeres; asfixiad niños, no perdáis medio alguno de aterrar a nuestros enemigos.* Y aquellos honrados ciudadanos, aquellos bondadosos padres de familia que todos hemos conocido, fusilan, violan, saquean, asfixian. Si les dicen: «*Sacrificad a los prisioneros, los sacrificarán*»¹⁷.

La literatura sobre las guerras suele, históricamente, dedicarse a subrayar la valentía y la heroicidad de los combatientes —al menos de aquellos con los que el escritor se siente comprometido—, la mayor parte de la motivada por la Primera Guerra Mundial, en cambio, buscó denigrar al enemigo o describir las difíciles condiciones del combate. En el primero de los casos, las narraciones se refieren siempre a actuaciones de los ejércitos invasores, los

16. Palacio Valdés, *op. cit.*, 39.

17. Palacio Valdés, *op. cit.*, 37-38.

alemanes en el frente sur o los rusos en el frente nororiental. En el segundo, las obras suelen tener un tono antibelicista.

La crueldad de los invasores alemanes en Bélgica se documentó desde temprano. Tenemos ejemplos de descripciones obra de aficionados que describen escenas terribles de destrucción y crueldad. Recogidos sin duda con ánimo de propaganda, crearon una tremenda imagen del ejército germano¹⁸ que le hizo pronto mucho daño. Lo prueba la carta que dirigió el 14 de octubre de 1914, a Romain Rolland, Gerhart Hauptmann, el Premio Nobel de literatura de 1912 y referencia de tantos escritores próximos al socialismo, pero firmante, sin embargo, del famoso manifiesto de los noventa y tres intelectuales alemanes en favor de la guerra. En esa misiva, Hauptmann, haciéndose eco, para negarlas, de las acusaciones que ya circulaban sin duda en fecha tan temprana, escribe: «Preferimos ser y seguir siendo los bárbaros alemanes, para quienes son sagrados las mujeres y los hijos del enemigo. Puedo asegurarles que jamás mataremos ni torturaremos irresponsablemente a mujeres ni a niños belgas»¹⁹.

Ahora bien, los alemanes recomendaban a sus soldados que redactaran diarios de guerra (artículo 75 del Reglamento de Servicio en Campaña). Ése debe de ser, muy probablemente, el origen de los libros de guerra de Ernst Jünger, entre otros. El famoso romanista Joseph Bédier, analista y editor de los *fabliaux* medievales, estudió varios de aquellos diarios pertenecientes a soldados hechos prisioneros y reprodujo fragmentos durísimos escogidos por él con fines de propaganda negativa. Al haber sido escritos por los propios combatientes germanos, tuvieron especial fuerza de convicción. Cito un ejemplo, de entre los elegidos por Bédier, perteneciente al diario de un soldado llamado Philipp, encuadrado en la 1ª compañía del 1º batallón del regimiento 178: «Por la noche, a las diez, el Primer batallón del 178 entró en un pueblo incendiado al norte de Dinant. Un espectáculo triste y hermoso que hacía estremecerse. A la entrada del pueblo yacían unos cincuenta habitantes fusilados por haber disparado ocultos sobre nuestras tropas. En el curso de la noche, muchos otros fueron igualmente fusilados, de tal modo que pudimos contar más de doscientos. Las mujeres y los niños, llevando lámparas, fueron obligados a asistir al horrible espectáculo. Comimos luego nuestro arroz en medio de los cadáveres, porque no habíamos comido nada desde la mañana»²⁰.

Los diarios de los soldados alemanes sirvieron de fuente y pozo de donde extraer el agua para tantas novelas como los aliados escribieron durante la contienda y en los años inmediatamente posteriores. Descripciones tremendas que llegan incluso a penetrar en los poemas.

El gran poeta simbolista belga Émile Verhaeren se comprometió plenamente en la lucha ideológica contra Alemania cuando Bélgica fue invadida, en una campaña propiciada por el propio rey. Escribiría varios libros de poesía de tema bélico que se resumen en el libro *Les ailes rouges de la guerre* (Las rojas alas de la guerra, 1916). En él encontramos el poema

18. AA.VV.: *Bélgica heroica. Relatos de combatientes reunidos por el Barón G. Buffin*, París-Barcelona, 1918.

19. Citado por W. Martynkewicz, *Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)*, Barcelona, 1930, 260.

20. J. Bédier, *Le crimes allemands d'après des témoignages allemands*, Paris, 1915, 12.

«Le crime allemand» (El crimen alemán), editado inicialmente en una *plaquette* de 1915, donde el poeta acusa a Alemania de haber cometido el mayor crimen posible:

«Car c'est là ton crime immense, Allemagne,
D'avoir tué atrocement
L'idée
Que se faisait pensant la paix,
En notre temps,
L'homme, de l'homme»²¹.

En los años anteriores a la guerra se había ido forjando una nueva idea del ser humano y de la sociedad; ahora, Alemania la había echado abajo. Se regresaba a un concepto, tal vez grandioso y heroico de la humanidad, pero fuera de tiempo. De ahí que el poema de Émile Verhaeren se ilustrase inicialmente con una reinterpretación del ya famoso tema *Der Krieg* (La guerra) en cuadros de Franz von Stuck. Las imágenes de la destrucción, como dije, llegan incluso a los poemas, como el significativamente titulado por Verhaeren «Alemania, exterminadora de razas»:

«Et les hameaux, par les hordes bouleversés,
Ne sont plus qu'incendie, effroi et fureur rouges,
Brandis de seuil en seuil, des fermes jusqu'aux bouges
Des cadavres d'enfants s'y tiennent embrassés;
Leur mère fut violée et gît, là-bas, dans l'ombre,
La chair pillée et nue, au rebord d'un fossé;
Pleines de sang frais et fumant, des mains sans nombre
Ont essuyé leur crime immonde au long des murs;
Des doigts de vieillards morts sont crispés vers l'azur;
Et près du puits miraculeux de la chapelle,
Où, vers le soir, on fusilla
Des garçons de dix ans avec leurs soeurs, par tas,
Restent collés à la margelle
Des fragments répandus de crâne et de cervelle»²².

21. É. Verhaeren, *Le crime allemand*, Paris, 1915. Al incorporarse al volumen *Les ailes rouges de la guerre*, cambia de título y se llama *Au Reichstag*, además sufre importantes variantes.

22. É. Verhaeren, *Les ailes rouges de la guerre*, Paris, 1920, 199. (Y las aldeas, puestas patas arriba por las hordas, / no son sino incendios, espanto y furor rojos, / mostradas aquí y allá, algunas granjas / hechas brasas abrazan cadáveres de niños; / su madre fue violada y yace allá, en la sombra, / con la carne robada y desnuda, al borde de un barranco; / llenas de sangre fresca y humeante, innumeradas manos limpiaron su inmundo crimen a lo largo de las paredes; / dedos de viejos muertos se elevan crispados hacia el cielo; / y cerca del pozo milagroso de la capilla, / donde, al caer la noche, fusilaron / a chicos de diez años con sus hermanas, en grupo, / permanecen pegados al brocal / fragmentos esparcidos de cráneo y de cerebro).



Fig 2. *Les Allemands peints par eux-mêmes* de Franz Stuck.

Es difícil encontrar, incluso en la poesía escrita en otras guerras (como la civil española de 1936), un poema tan descarnado. Pocas veces el verso moderno ha descrito los pueblos incendiados, los hijos quemados, las madres violadas, los asesinos limpiándose las manos de sangre en la pared, los críos fusilados en grupo y los retazos de cráneo y cerebro regados por todas partes. El antiguo poeta simbolista ha olvidado sus sugerencias y matices para entrar en el naturalismo más duro. Es lo que Alfredo Bonadeo, comprendiendo que la huella del mal está también en los textos a los que da motivo, llamó *Mark of the Beast* (La marca de la bestia), al estudiar la muerte y la degradación en la literatura de la Gran Guerra²³.

Tanto aquellas líneas a las que me referí de los diarios de los combatientes alemanes, como las anteriores de los belgas e, incluso, los versos de los poetas de la guerra, importaron por lo que tenían de testimonio. Los relatos de los testigos iniciales se reutilizaron una y otra vez hasta convertirse en tópicos literarios. Así, las crueldades de los invasores, la indiferencia que demuestran cuando comen y beben junto a los cuerpos de aquellos a quienes asesinaron, o las violaciones de mujeres belgas y francesas por los soldados alemanes, entre otros ejemplos de brutalidades, aparecen con frecuencia en las novelas de guerra de lengua francesa o inglesa. En *Red Cross and Iron Cross* (Cruz roja y cruz de hierro 1916), de Axel Munthe, un soldado alemán dice un oficial. «Fue él quien nos hizo disparar sobre las mujeres y los niños de Dinant, rociar sus hogares con petróleo e incendiarlos. Fue él quien nos obligó a

23. A. Bonadeo, *Mark of the Beast. Death and Degradation in the Literature of the Great War*, Lexington, 1989.

saquear y pillar Termonde, y, borrachos de vino y sangre, irrumpir en sus casas y ultrajar a sus mujeres»²⁴.

Louis Dumur, incluso, añade al final de *Nach Paris!* (1919)²⁵, un apéndice en el que, defendiéndose de las crueldades que narra y que pudieran molestar a ciertos lectores, explica que si las violaciones llevadas a cabo por dos o por tres alemanes fueron extremadamente numerosas, las violaciones colectivas por diez, quince o veinte, seguidas de asesinato, acompañadas a veces por torturas inverosímiles, no fueron raras. Y advierte: «Es una de las características de la invasión alemana». Claro que pocos libros se refieren, en cambio, al comportamiento de las tropas francesas desplazadas a los Balcanes, salvo Roger Vercelet en su novela de 1934 *Capitaine Conan*²⁶ que, tal vez por eso, sólo se publicó en 1934. Y no sería justo olvidar que hay una producción literaria alemana sobre las crueldades rusas en el frente del Este, así como testimonios epistolares u orales que recogiera Sofía Fedórchenko bajo el título *El pueblo en la guerra* o *Apuntes tomados en el frente* (1917)²⁷. La dureza de la guerra explica las desertiones y, sobre todo, el síndrome del combatiente que empieza a ser tratado por entonces con procedimientos ya psicoanalíticos, que ha estudiado Jean-Yves Le Naour²⁸.

Las violaciones llevadas por invasores tuvieron especial repercusión en la novela francesa. En una de ellas, *Clavel Soldat*, de Léon Wert (1919), un soldado se atreve a preguntarle a un antiguo compañero de colegio con el que ha recuperado la antigua confianza: «Si entramos en Alemania... ¿crees que estaría mal violar a las mujeres?»²⁹, con lo que, indirectamente, es una denuncia del comportamiento del otro ejército. Stéphane Audoin-Rouzeau, en su ensayo *El hijo del enemigo*, cree que la primera narración que trata el tema es *Les réprouvés* (Los rechazados), de Léon Frapié, en 1915³⁰. Porque la preocupación literaria no giraba tanto en torno a las mujeres vejadas, sino en cómo actuar con los hijos surgidos de esas violencias. Fueron narraciones surgidas, más que de la observación, de unos presupuestos éticos e ideológicos. ¿Los hijos de las forzadas, traerían consigo la crueldad de los padres? Surgen, pues, novelitas en las colecciones populares que defienden o no el aborto en estos casos, que creen preferible que los niños sean educados por el Estado y no por sus madres, que, en cualquier caso, estiman preferible que no vivan allí donde se cometió el hecho, sino en una suerte de granjas-prisión para que purguen los niños el pecado paterno. Se llega incluso a asegurar médicamente que el comportamiento del padre se transmitiría a los demás hijos que pudiese tener la mujer en el futuro. Aunque la forma literaria no dé un paso por delante de la propia de la narrativa social decimonónica, replantea las discusiones sobre las leyes de la herencia y aquellas otras del determinismo nacionalista y racial. Probablemente la novela que cierra el

24. A. Munthe, *Cruz Roja y Cruz de hierro*, Barcelona, 1973, 63.

25. L. Dumur, *Nach Paris!*, Paris, 1919, 343.

26. R. Vercelet, *Capitaine Vercelet*, Paris, 1997.

27. S. Fedórchenko, *El pueblo en la guerra. Testimonios de soldados en el frente de la Primera Guerra Mundial*, Madrid, 2012.

28. J. Le Naour, *Les soldats de la honte*, 2013.

29. L. Wert, *Clavel soldat*, Paris, 2006, 46.

30. S. Audoin-Rouzeau, *L'enfant de l'ennemi. Viol, avortement, infanticide pendant la grande guerre*, Paris, 1995.

tema es *Les armes reposées*, de 1931, ya citada, cuyo narrador protagonista, al volver a casa en 1918 encuentra que su mujer ha dado a luz un hijo concebido tras haber sido violada por un oficial alemán. Pasa por un largo período de reflexión y análisis de conciencia que concluye abrazando a su mujer y sentando al hijo sobre sus rodillas. Téngase en cuenta, además, que la mortandad de varones había sido tan grande que se hizo necesario cambiar la opinión social en torno a los hijos naturales.

Los autores que vivían o habían vivido aquellas tremendas experiencias temieron no ser creídos. Dumur, suizo, uno de los fundadores del *Mercure de France*, en 1890, pretende contar en *Nach Paris!* la historia de un oficial alemán y, en vez de optar por el conocido procedimiento retórico del manuscrito encontrado, prefiere romperlo. Explica que no cometerá tal superchería y tampoco fingirá estar escribiendo al dictado. Asegura, en cambio, que tomó notas de lo que el alemán le contase y, sobre ellas, ha decidido narrar la historia a su manera, siguiendo su hacer de escritor.

Se trataba, efectivamente, de imponerse sobre la materia narrativa, de conseguir que la fuerza de los hechos no dominase la narración pero, a la vez, que lo literario no acallara lo verdadero. Los escritores, por todo ello, se vieron primeramente impelidos a manifestar su protagonismo en los hechos, con objeto de incrementar la veracidad del relato. De escoger la tercera persona para narrar experiencias tan duras y personales, hubiera sido posible que, según dice Michel Butor de *Robinson Crusoe*, algún lector se preguntase: «¿A qué se debe que nadie más sepa esto?»³¹.

Si ese deseo de contar y ser creído se dio entre los aficionados, entre quienes no se habían acercado antes al trabajo literario o, al menos, carecían de ninguna otra voluntad más allá de la testimonial inmediata, los escritores que llamaríamos de oficio (con expresión utilizada por Serge Salaün al estudiar la poesía de la guerra civil española) comprendieron aún más pronto que el nuevo concepto bélico exigía una forma de expresarse y de narrar novedosa, por encima o en relación con los movimientos de vanguardia que surgían por entonces y de los que encontramos huella, por ejemplo, en las enumeraciones caóticas presentes en alguna descripción de Jünger: «Cajones sacados de sus sitios, ropa interior, sujetadores, libros, periódicos, mesillas de noche, trozos de vajilla, botellas, cuadernos de música, patas de silla, chaquetas, abrigos, lámparas, visillos, contraventanas, puertas arrancadas de sus goznes, lencería, fotografías, pinturas al óleo, álbumes, cajas aplastadas, sombreros de señora, mace-tas y alfombras»³².

El toque vanguardista se aprecia mejor en los poetas (a los que no puedo tratar en estas páginas), pero conviene indicar también, de pasada, que el vanguardismo tiene más presencia en la literatura alemana que en las otras, posiblemente porque el expresionismo ya era un movimiento triunfante. Merece la pena citarse, por ejemplo, a Fritz von Unruh y su novela *Opfergang* (Sacrificio), de 1916. En ella, el uso de la primera persona del plural permite un inteligente juego entre la función narradora de un *yo* y la de un *él*, lo que facilita los valores simbólicos. El herido, transportado en una ambulancia por un camino accidentado se va

31. M. Butor, *Répertoire II*, Paris, 1964, 63.

32. E. Jünger, *Tempestades de acero*, Barcelona, 2011, 100.

dando golpes continuamente, y dice el novelista que «Le parecía que colgaban clavos de sus piernas y [...] se hundían en su carne. Sintió hacia media noche crecer 8000 nuevos clavos, y sentía ya las puntas de 16, 24 y 32 mil clavos en progresión creciente que se aproximaban entre sí a una profundidad infinita, con un ruido de pedrisco. Le silbaban al oído: *Van a clavarlo* y reía como un idiota. Asentía con la cabeza: *Sí, estoy clavado, todos estamos clavados, el mundo entero está clavado sobre tablones*»³³.

Se genera, por lo tanto, una nueva escritura en la que los hechos no se contemplan desde fuera, sino que la voz narrativa se sabe protagonista y los describe con la finalidad de que se conozcan en toda su crueldad. Axel Munthe, el autor de la conocida *Historia de San Michele*, construye su libro *Cruz roja y cruz de hierro* con fragmentos que así pretenden describir mejor una jornada en un templo convertido en hospital de sangre. Robert Graves, en *Goodbye to all that* (Adiós a todo eso, 1929), recurre al diario o a los extractos de cartas³⁴. *Le feu* (El fuego, 1917), de Henri Barbusse, no ofrece la historia de forma continuada y completa, sino a través de cuadros narrados en primera persona³⁵. No se busca un procedimiento retórico omnisciente, sino que existe la intención de ofrecerse el texto como testimonio y el autor como testigo, con las limitaciones que ellos conllevan pero, también, con la implicación plena de un sujeto presente. Erich Maria Remarque termina *Im Westen nichts Neues* (Sin novedad en el frente, 1929) con una proclamación de la importancia de la primera persona inmersa en lo sucedido: «La vida que me arrastró por todos estos años late aún en mi pulso y en mis ojos. Si la he vencido, no lo sé. Pero tanto tiempo como esté dentro de mí —quiera o no quiera, esto que de mí se llama el “yo” — se buscará su derrotero»³⁶.

Según he dicho antes, no quiero aquí dar el paso más allá de la tachadura. Estábamos tan sólo en el trazo. El testimonio exigía la primera persona narrativa porque la tercera podría resultar poco veraz. Pero una narración —y también lo observa Michel Butor— suele necesitar que la historia esté concluida y los relatos de los combatientes no es fácil hacerlos terminar si no llega el fin de la guerra o la muerte del héroe.

La narración testimonial en primera, pues, exige la invención de un cierre, lo que ya es un artificio. O bien puede sustituirse por la estructura de un diario que, al no poder hacer coincidir exactamente los hechos con su descripción, necesita de una situación de descanso, de apartamiento. Escribir un diario, además del convenio de un tiempo de escritura separado de la acción, conlleva otras dificultades. Recordemos lo que Jean-Paul Sartre dijo en el inicio de *La nausée*. Tras defender que lo mejor sería escribir los acontecimientos de cada día, mantener un diario con el fin de ganar clarividencia y conseguir retener todos los matices, incluso de los hechos que parecen sin importancia, se da cuenta del peligro: «si l'on tient un journal: on exagère tout, on est aux aguets, on force continuellement la vérité»³⁷. Un diario obliga a estar al acecho de cualquier cosa y, por eso, se exagera su importancia y se fuerza su verdad.

33. F. von Unruh, *Verdun*, Paris, 1925, 52-53. En francés pierde su título original hasta hacerse irreconocible.

34. R. Graves, *Adiós a todo eso*, Barcelona, 1971. (Traducción de Sergio Pitol).

35. H. Barbusse, *Le feu*, Paris, 1972.

36. Remarque, *op. cit.*, 282-283.

37. J.-P. Sartre, *La nausée*, Paris, 1969, 9.

Por eso Emilio Lussu no termina *Un año en el altiplano* o, mejor dicho, simplemente pone un punto final que no cierra nada: «La guerra volvía a empezar»³⁸. Ya está. El libro acaba, pero nada más que el libro.

Abundan, sin embargo, las memorias, las cartas y los diarios personales, entre los que merecen destacarse los de algunos autores americanos, unos combatientes en las filas turcas por amor a la aventura, como el venezolano Rafael de Nogales Méndez³⁹, o integrados en las filas de Francia por amor a su cultura, como es el caso del peruano José García Calderón. Éste fue destinado a una unidad de observación desde un globo cautivo y pereció en marzo de 1916 cuando, en plena batalla, una tormenta rompió el cabo del globo que quedó libre y zarandeado por el viento. García Calderón saltó con un paracaídas que no se abrió, aunque antes de caer echó su carpeta de trabajo a los soldados de la unidad. Sus diarios tienen la apariencia de cartas o fragmentos de cartas que no sabemos si se enviaron ni a quién. En ellos no deja de expresar el convencimiento del valor de su trabajo pero, también, de la muerte que a él va unida: «¡La Muerte! Esta palabra no despierta ya pena a los que quedan. ¡Y sin embargo, te das cuenta de que yo paso mi tiempo en espiar baterías, trenes, convoyes, para hacerlos demoler! ¿Cómo es que la ternura y el placer de destruir pueden ir juntos?»⁴⁰.

Por esa amenaza de la muerte Jean Norton Cru, en unos libros siempre citados a tratar de la Gran Guerra, defiende los diarios porque ofrecen la exactitud fundamental de las fechas, lo que dificulta la mentira⁴¹. No se plantea que hechos sin importancia puedan adquirir una presencia inusitada o que el autor carezca de una experiencia no anecdótica. Los diarios de guerra son muy parecidos los unos a los otros y, siempre, reiterativos, por muy novelados que se pretendan, como es el caso del belga Max Deauville en *La boue de Flandres* (El barro de Flandres, 1922), y eso que él comprendió bien su función de escritor, cuando confesase: «*Nous sommes tous les artisans du mensonge. C'est un résultat ineluctable de notre suffisance et de notre incapacité*»⁴². Artesanos de la mentira. Ya observaba Michel Butor que la diferencia entre los sucesos de la novela y los de la vida no radica tan sólo en que sea posible verificar unos, mientras que los otros sólo pueden alcanzarse a través del texto que los narra. Es que éstos son también más interesantes. Dicho de otra forma, el puro testimonio resulta, curiosamente, por sí sólo, tedioso⁴³. Es preciso hacer artificiosa la realidad.

Günter Grass, en *Mein Jahrhundert* (Mi siglo), novela un imaginado encuentro, muchos años después de la guerra, de dos escritores alemanes, Enrich Maria Remarque y Ernst Jünger. Éste dice: «Acépteme, mi querido Remarque, que en *Sin novedad en el frente*, su excelente primera novela, evoca usted, de una forma no desprovista de emoción, la fuerza de la camaradería entre los soldados que llega hasta la muerte». Remarque contestó que ese libro

38. Lussu, *Un año en el altiplano*, op. cit., 237.

39. R. de Nogales Méndez, *Memorias*, Caracas, 1991.

40. J. García Calderón, *Diario íntimo. 12 de setiembre, 1914 – 3 de mayo, 1916*, Lima, 1969, 73.

41. J. Norton Cru, *Du témoignage*, Paris, 1930, 2008, 73-76. Véase también J. Norton Cru, *Témoins*, Paris, 1929.

42. M. Deauville, *La boue des Flandres*, Bruxelles, 2012, 321.

43. M. Butor, *Répertoire*, Paris, 1960, 10.

no ordenaba experiencias personales, sino que recogía todo lo que vivió en el frente una generación que allí se consumiera. Mi servicio en el hospital de sangre me proporcionó fuentes de sobra»⁴⁴. Algo más adelante, queda más claro lo que pretende decir: «Remarque precisó modestamente que sólo había tomado parte en los trabajos de excavación: “No he sido un combatiente de trincheras —en cambio, vi su resultado”»⁴⁵.

El testimonio puede, por lo tanto, ser directo o indirecto, expresar lo que el autor sufrió o lo que otros sufrieron. Pero en este último caso, se trata de un testimonio discutido por Jean Norton Cru, para quien la literatura sobre la guerra la embellecía y falseaba y, por lo tanto, faltaba a la verdad. Por eso surgiría un nuevo periodismo, que desde él pensaba la literatura, cuyo ejemplo más conocido sería *Farewell to arms* (Adiós a las armas), 1929, de Ernest Hemingway.

Pero es que resulta imposible describirlo todo y, si los escritores optan por fragmentar la realidad, lo hacen con la esperanza de que la suma de los pequeños episodios vividos proporcione idea de la totalidad del horror. En una película de 1960, *Le président*, de Henri Verneuil, un magnífico Jean Gabin le contesta en el parlamento a un joven diputado que se ha referido a los millones de muertos en la primera guerra mundial, cómo él, por su parte, sólo puede hablar del puñado de compañeros que murió a su lado. Ni siquiera los combatientes conocían de verdad lo que sucedía más allá de la propia anécdota, por dura que la experiencia fuese y aunque una de las características más trascendentes de la Gran Guerra, en lo que se refiere a la literatura, fue la importancia otorgada a la voz de los sin voz. La utilización política de esta escritura popular resulta evidente en libros como *El fuego*, la famosa novela de Henri Barbusse, que niega la presencia de burgueses e intelectuales en las trincheras, olvidándose Barbusse de sí mismo⁴⁶.

Otros temas surgirán dentro y fuera del testimonio, tomados a veces de la literatura anterior. Norton Cru ha desvelado algunos que recorren el siglo XIX, como la idea de que la guerra es algo natural, la valentía de los buenos soldados, la muerte como siega de espigas, la carga a la bayoneta (desaparecida tras los efectos devastadores en la batalla de Sadowa, 1866, del fusil de retrocarga o de aguja), el cuerpo a cuerpo, la sangre que empapa la tierra, etc. Otros se crean entonces, como el brazo del cadáver erguido desde el suelo (que incluso aparecerá en el cine cómico americano) o las ametralladoras que disparan sin cesar y cuyos tubos nunca se recalientan⁴⁷. También es típico el grito «¡Arriba los muertos!», que se atri-

44. G. Grass, *Mon siècle*, Paris, 1999, 53. La traducción es mía.

45. Grass, *op. cit.*, 58. La traducción es mía.

46. Barbusse, *op. cit.*, 25. La presencia de los intelectuales franceses en la guerra la estudia N. Mariot: *Tous unis dans la tranchée?*, Paris, 2013.

47. La ametralladora usada por el ejército francés, por ejemplo, era la Hotchkiss, cuya cadencia de tiro variaba entre 400 y 500 disparos por minuto, en virtud del calentamiento del cañón. El artículo 124 de la Preparación Técnica de las Unidades de Ametralladoras especifica: «Cuando, debido a las necesidades del combate, el arma ha disparado quinientos tiros sin parar, es necesario enfriar el cañón, si las circunstancias lo permiten. A este efecto, envolver el cañón y sobretudo el radiador, con trapos empapados y mójense continuamente»; *Le livre du gradé d'Infanterie à l'usage des élèves caporaux, caporaux et sous-officiers de l'Infanterie et du génie*, 2ª ed., Nancy-Paris-Strasbourg, 1924, 673. Todavía la famosa ametralladora M60

buye a Jacques Péricard⁴⁸, aunque éste lo matizase, y que el propio Ramón del Valle-Inclán lo recoge en su libro *La media noche*, escrito al retorno de visitar las trincheras francesas⁴⁹. Los narradores, por lo tanto, por muy testigos directos que fuesen de los combates, utilizan visiones de la guerra anteriores, que poseían un marchamo literario del que no siempre eran capaces de prescindir.

Dije antes que el origen de *Tempestades de acero*, de Ernst Jünger, podía encontrarse en los diarios del frente que éste, como otros soldados alemanes, animados por un artículo del Reglamento de Servicio en Campaña, mantenía. Pero el modelo literario de éste y de otros libros escritos durante la Primera Guerra Mundial pudiera estar en una novela que había alcanzado a principios del siglo XX un éxito enorme, *Abajo a las armas* (1889), de la baronesa Bertha von Suttner, quien obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1905 y murió días antes de que empezase la Gran Guerra. La novela, tal vez la primera novela declaradamente pacifista, escrita en una ficticia primera persona, recurre con frecuencia a las anotaciones del diario de la protagonista⁵⁰. En ella encontramos también descripciones del comportamiento de los militares austro-húngaros en los territorios conquistados, que no dejan de hacernos pensar en descripciones similares encontradas en las novelas de la Gran Guerra: «Veo formar un pelotón. ¿Algún espía que van a fusilar? ¿Uno? No: son diecisiete. Avanzan formando cuatro filas, con la cabeza baja, ocupando el centro de un cuadro formado por soldados. Al pelotón sigue una carreta en cuyo fondo yace un cadáver, y amarrado al cadáver, un hijo del muerto, niño de doce años, condenado también a muerte. [...] Todos, incluso el niño, han sido fusilados»⁵¹. Podrían citarse también las descripciones de un hospital de campaña, que en la literatura de la Gran Guerra constituirán un evidente subgénero, o los trenes de heridos. El pacifismo se impuso en muchas de las novelas que nos ocupan, aunque Julien Benda entendiese que los intelectuales no habían dado la talla durante los años de la contienda y los posteriores, denunciándolo en su conocido libro *La trahison des clercs* (La traición de los intelectuales, 1927)⁵².

También aparecen en la literatura de la Gran Guerra temas nuevos o claramente renovados, como los amotinamientos (uno de los cuales describe *Le valet de gloire*, de Joseph Jolinon), la denuncia de la incompetencia de los mandos (presente en algunos textos portugueses)⁵³, los fusilados para dar ejemplo (con el tremendo relato de la viuda Maupas⁵⁴, cuyo marido, fusilado por dar ejemplo tardó años en ser reivindicado), las acusaciones de cobardía que inspiró la novela de Humphrey Cobb, *Paths of Glory* (Senderos de gloria, 1915)⁵⁵,

usada en la Guerra de Vietnam, exigía unos guantes de amianto para cambiar el cañón cada un cierto número de disparos.

48. J. Péricard, *Souvenirs et impressions d'un soldat de la Grande guerre. Debout les morts!*, Paris, 1918.

49. R. del Valle-Inclán, *Obra completa. I Prosa*, Madrid, 2002, 911.

50. B. de Suttner, *Abajo las armas*, Barcelona, 1966, 16.

51. de Suttner, *op. cit.*, 256.

52. J. Benda, *Las trahison des clercs*, Paris, 1977.

53. J. Ferreira do Amaral, *A mentira da Flandes e o mêdo*, Lisboa, 1922.

54. B. Maupas, *Le fusillé*, Cherbourg, 1994.

55. H. Cobb, *Sendas de gloria*, Barcelona, 1961.

luego llevada al cine por Stanley Kubrick, los desertores (de los que trata el húngaro Lajos Zilahy en una novela ya de 1930 donde el abandono se produce frente a los italianos, en la batalla del río Piave o Bataglia di mezzo giugno)⁵⁶, las durísimas descripciones de los cadáveres escritas en un naturalismo lírico, como el de Jean Giono⁵⁷, y otros autores que ahora sin duda olvido o cuyas obras no me ha sido posible considerar pese a su indudable interés.

No hay literatura sin literatura. Los escritores tuvieron que tachar el trazo apresurado que antes llevaran al papel. Buscar un nuevo trazo que limpiara el anterior y lo ordenara. Ramón del Valle-Inclán, al principio de *La media noche* (1917), advierte: «Acontece que, al escribir de la guerra, el narrador que antes fue testigo, da a los sucesos un enlace cronológico puramente accidental, nacido de la humana y geométrica limitación que nos veda ser a la vez en varias partes. [...] Desaparecerá entonces la pobre mirada del soldado, para crear la visión colectiva»⁵⁸. Esa visión que se sobrepone a la individual es la que permitiría obtener un testimonio fiable, liberado de las emociones excesivamente directas y deformadoras, a la vez que insuficientemente informadas.

Un breve apunte prensa de Ramón Gómez de la Serna, publicado durante el primer año de la Primera Guerra Mundial, resume la necesidad de distanciar lo experimentado, de enfriarlo, como proceso para convertirlo en literatura. Reclamaba que, ante la guerra, tuviese el escritor una austera sobriedad y procurase ensordecer las palabras que significasen un dolor fácil, dejando simplemente transparentar la emoción. Frente aquella guerra tan cruel hubo que tachar el trazo emocionado, para encontrar luego la nueva caligrafía que, eso sí, emociona, no salpicando, sino convenciendo.



Fig 3. Tumba de Théophile Maupas en su homenaje, 1923.

56. L. Zilahy, *El desertor*, Barcelona, 1944.

57. J. Giono, *Le grand troupeau*, Paris, 1931.

58. del Valle-Inclán, *op. cit.*, 903- 904.

WHO'S FOR THE TRENCH – ARE YOU MY LADDIE?
THE ENGLISH «DISCOVERY» OF WAR

Who's for the trench – Are you my laddie? La «scoperta» inglese della guerra

Paolo Bertinetti
Università degli Studi di Torino

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

L'atteggiamento della letteratura inglese nei confronti della guerra discende dal fatto che per secoli le guerre furono combattute lontano dal suolo britannico. A differenza di quanto accadeva sul continente europeo, la popolazione civile non era mai vittima, e neppure testimone, degli orrori della guerra. Tutto cambiò con la Prima guerra mondiale, quando tutti i giovani, poeti compresi, andarono a combattere e a morire nelle trincee. E quando per la prima volta il suolo inglese fu «invaso» dal nemico: non dai soldati nemici, ma dalle bombe che causarono distruzione e morte tra gli stessi civili.

Palabras clave

Guerre combattute lontano, poeti, trincee

Abstract

The attitude of English literature towards war stems from the fact that for centuries wars were fought far from British soil. In contrast to events on the European continent, the civilian population was neither victim of nor witness to the horrors of war. This all changed with the First World War, when all young people, including poets, went to fight and die in the trenches, and with English soil being “invaded” for the first time by the enemy – not soldiers but bombs that brought death and destruction to the civilian population.

Key words

Wars fought overseas, poets, WW1 trenches

Alla base della letteratura e della cultura occidentale c'è un racconto di guerra. E il canto della guerra edifica il mito: con dei, semidei ed eroi che nobilitano la strage. Quelle vicende guerresche, collocate nel «passato assoluto», costituivano il fondamento dell'identità di un popolo, che in quei mitici eroi e nelle loro imprese trovava la certificazione della propria grandezza.

Quasi un paio di millenni dopo, la nascente letteratura dell'Europa medievale si mosse in modo non molto diverso. E così fece anche la letteratura inglese attraverso i testi relativi alla leggenda arturiana, a partire dal *Roman de Brut*, di Wace, dedicato alla moglie di Enrico II, in cui le imprese di re Artù, presentato come predecessore di Enrico II, venivano a costituire un elemento fondante della gloria patria. Anche negli inizi della letteratura inglese le imprese guerresche collocate in un «passato assoluto» contribuiscono quindi a fornire la materia che contribuisce a forgiare l'identità nazionale.

Dopo naturalmente non sarà più così. La guerra continuerà ad essere il soggetto attraverso il quale l'Inghilterra si definirà come nazione; ma la collocazione non sarà più nel «passato assoluto», bensì nel passato storico, rivisitato nei drammi elisabettiani che riguardavano le vicende dei re inglesi e delle loro imprese. Quei «drammi storici» spesso raccontano gli anni sanguinosi dei conflitti dinastici, da Edoardo II in poi, con particolare attenzione alla Guerra delle Due Rose, cioè alle lotte dinastiche che avevano fatto strage della nobiltà e che avevano definito l'assetto della nazione e dalla cui conclusione era emersa, sovrana finalmente indiscussa, la casata dei Tudor.

Dopo la stagione elisabettiana la guerra, sia come argomento centrale dell'opera letteraria, sia come sua componente tematica, andò a ricoprire un ruolo tutto sommato contraddittorio. Nella *heroic tragedy* della Restaurazione, costruita intorno al conflitto di valori, dove uno di essi, collegato alla lealtà verso il sovrano, è quello del valore guerriero, la guerra ha protagonisti lontani nello spazio e nel tempo, figure esemplari in cui lo spettatore dell'epoca amava vedere un idealizzato (e del tutto improbabile) se stesso.

Nel nuovo genere che subito dopo trionfò, nel romanzo che di tutto sapeva parlare e che tutto sapeva narrare, la guerra non poteva non costituire uno dei possibili temi del racconto. Magari come sfondo, oppure in quanto componente della «vita e avventure» del suo protagonista; ma a volte, sebbene più di rado, come tema centrale-

Il Settecento inglese, che vide un fiorire di scritti militari (in particolare memorie e trattati), si era aperto con due visioni contrapposte della guerra. Joseph Addison aveva celebrato nel suo poemetto *The Campaign*¹ (1705) la vittoria a Blindheim (*Blenheim*, nella versione

1. J. Addison, *The Campaign*, London, 1854, 42-54.

inglese) del Duca di Marlborough e di Eugenio di Savoia, sfoderando toni magniloquenti e iperbolici. John Philips, in quello stesso anno, aveva dato alle stampe un suo poemetto, *Blenheim*², che descriveva la battaglia come un massacro. Tuttavia quei tremendi fatti d'arme, riconosceva Philips, rispondevano alla necessità di difendere il regno dai suoi nemici e di garantire la pace. Il poemetto terminava con l'auspicio che la guerra fosse bandita dal suolo inglese, e se possibile addirittura da quello europeo, consentendo così lo sviluppo delle attività «pacifiche» e delle arti. La guerra era necessaria: meglio tenerla lontana dal patrio suolo e combatterla presso altri lidi.

La letteratura inglese, e la cultura inglese in generale, per lungo tempo sposteranno questa posizione, per altro in parte confortata dai fatti. Dopo la quattrocentesca Guerra delle Due Rose, per secoli la popolazione inglese nel suo complesso non fu quasi mai toccata dai disastri della guerra. Per secoli, fino alla Prima Guerra Mondiale, gli inglesi (a parte i soldati) ebbero soltanto un'esperienza indiretta e non collettiva della guerra: un'esperienza individuale, vissuta cioè soltanto quando figli o fratelli, reclutati per fame o con l'inganno, non tornavano più, o tornavano feriti e menomati, lasciati soli a se stessi.

Sul continente europeo non è stato così. Per secoli le popolazioni europee hanno invece avuto un'esperienza diretta dei disastri della guerra. Sia gli abitanti delle città assediate, sia gli abitanti delle campagne (dove le truppe nemiche portavano devastazioni di ogni genere), tutti, sia gli uni che gli altri, per secoli furono testimoni diretti e spesso vittime delle guerre combattute sul suolo dove vivevano.

Questa è un differenza enorme, un abisso di esperienza che ci distingue dai «fortunati» sudditi britannici. Quando consideriamo il modo in cui la letteratura inglese trattava argomenti guerreschi, dobbiamo tenere presente questo dato di fatto, di cruciale importanza per il modo in cui essi potevano essere affrontati e recepiti. Per secoli le guerre inglesi si combatterono altrove, sul mare e su terre più o meno lontane. Borghesi e popolani non venivano toccati direttamente dai fatti d'arme: potevano così guardare con distacco alla realtà della guerra e goderne i vantaggi che ne derivavano. Gli autori che parlano di fatti guerreschi (come il grandissimo Sterne di *Tristram Shandy*) si augurano che la pace porti sviluppo e ricchezze, che trionfi il libero mercato; ma a partire dal fatto che per garantire e accrescere la potenza commerciale inglese e consentire quindi il fiorire dei commerci è stata indispensabile la guerra.

Una curiosa conferma di questo atteggiamento ci viene dall'epistola dedicatoria a un poema del primo Settecento. Si tratta di *Barcellona*³, un testo che l'autore, George Farquhar, non fece a tempo a dare alle stampe prima di morire. La vedova lo recuperò, dedicandolo al Conte di Peterborough, capo della spedizione celebrata nel poema che aveva ricondotto «*the City of Barcellona to the Obedience of Charles III, King of Spain*». Nella dedica l'accorta vedova esaltava i meriti militari del valoroso Comandante e l'importanza strategica della sua impresa, che rafforzava la monarchia austro-ispánica con grande soddisfazione di Sua Maestà la regina Anna; e concludeva dicendo che quei fatti d'arme (avvenuti sul lontano suolo di

2. J. Philips, *Blenheim, a poem*, London, 1705, 22.

3. G. Farquhar, *Barcellona*, London, 1710.

Catalogna) contribuivano a garantire una «*sure and lasting Peace*» che avrebbe consentito ai commerci con le Indie Occidentali di fluire copiosamente «*into the British Channel*».

Nell'Ottocento, dopo Waterloo e il trionfo britannico l'atteggiamento nei confronti della guerra fece tutt'uno con il consenso patriottico. L'aggettivo «militare» si sposò solidamente con il sostantivo «valore»: meglio, tuttavia, se lontano dal presente, come faceva Walter Scott. E' pur vero che negli stessi anni in cui venivano pubblicati i suoi romanzi «guerreschi», veniva dato alle stampe il *Don Juan* di Byron, capolavoro di beffarda ironia che, per la parte che riguarda le imprese militari, si poneva su un versante diametralmente opposto. I fatti d'arme erano presentati come un susseguirsi di carneficine, come prodotti di una furibonda corrente che travolgeva uomini e cose in un bagno di sangue. I soldati rischiavano – e spesso perdevano – la vita obbedendo ai comandi di ufficiali inetti e incompetenti. Questa, per Byron, era la realtà della guerra: per la sua glorificazione nel *Don Juan* non c'è spazio alcuno.

Ce n'era invece in abbondanza negli scritti militari, memorie e agiografie, e nei lavori di fiction promossi dal trionfo di Waterloo. Alla componente patriottico-militaresca si accompagnava una forte componente ideologica di stampo religioso, che trovava il suo esempio più clamoroso nell'idea dell'Eroe cristiano, dotato in egual misura di virtù morali e di coraggio guerresco. Verso la metà dell'Ottocento, di sbandierare tale ideologia si incaricò un vero e proprio movimento culturale, paladino della cosiddetta *Muscular Christianity*. Per la verità l'unica espressione letteraria di un qualche interesse riconducibile a tale posizione è dovuta a Charles Kingsley, autore del romanzo storico *Westward Ho!*⁴, che celebra la vittoria inglese contro la potenza spagnola nel Cinquecento.

L'anno prima, nel 1854, Alfred Tennyson aveva dato alle stampe *The Charge of the Light Brigade*⁵, una ballata che si riferiva a un episodio della Guerra di Crimea: una insensata carica di cavalleria, per di più su un terreno in salita, contro una postazione russa dotata di potenti cannoni. Dei cavalleggeri ne sopravvisse poco più della metà. «*Honour the Light Brigade, Noble six hundred!*», si legge a conclusione della ballata. Nulla si dice della criminale imbecillità degli alti ufficiali inglesi che mandarono al massacro i «nobili cavalleggeri» (che tuttavia erano meno di seicento). L'inefficienza dei generali russi irrita da Byron era, in questa circostanza, superata di gran lunga dall'idiozia di quelli inglesi. Tennyson si ritrovò ad essere il cantore involontario della guerra pur non avendo nulla a che fare con lo spirito guerrafondaio: le gesta eroiche che amava cantare erano quelle delle leggende arturiane. Nei suoi *Idylls of the King*⁶ la dimensione militaresca non è presente; né lo è quella identitaria dei poemi cavallereschi medievali.

Lo è di più nella poesia di Kipling, che apprezzava la dedizione dei soldati britannici di stanza in India a difendere la gemma dell'Impero dai suoi nemici; ma in modo per così dire antierico, guardando alla durezza, allo spirito di sacrificio, all'isolamento (di tipo classista) che caratterizzavano la vita dei soldati. Ad ogni buon conto, quei militari combattevano in Asia, a migliaia di chilometri di distanza dal suolo inglese. Il fatto che guerre e conflitti si

4. C. Kingsley, *Westward Ho*, London, 1855.

5. A. Tennyson, "The Charge of the Light Brigade", *The London Examiner*, 9 December, London, 1854.

6. A. Tennyson, *Idylls of the King*, London, 1859-1885.

svolgersero lontano dall'Inghilterra, offriva ai loro cantori, come si diceva più sopra, una prospettiva del tutto diversa da quella propria della cultura «continentale» europea e di quella americana. La massa dei lettori – e quasi tutti gli scrittori – non avevano un'esperienza diretta della guerra: non l'avevano mai vista imperversare sul suolo di casa.

Quando, poco dopo, la guerra scoppiò, la violazione del suolo patrio non ebbe luogo. Se non, indirettamente, dal cielo. Kipling ne illustra le conseguenze in un formidabile e spiazzante racconto, *Mary Postgate*⁷, pubblicato nel marzo del 1915. Il giovane Wynn, al quale Mary, zitella di mezza età, ha fatto quasi da madre, è morto durante un'esercitazione aerea all'inizio della guerra. Poco dopo la donna è testimone della morte di una bambina colpita dalla bomba lanciata da un aereo tedesco. Quando torna a casa scopre che nel giardino giace, morente, il pilota dell'aereo. Mary resta vicino a lui, assaporando i gemiti della sua agonia, invasa da un rapimento quasi sensuale che si conclude con un brivido di piacere quando sopraggiunge la morte del pilota tedesco.

Kipling era stato particolarmente attivo nell'opera di propaganda a favore della guerra: una «guerra giusta», perché il nemico era la Germania. Il mondo è diviso in due, aveva detto in un discorso tenuto a Southampton nel 1915: «da un lato ci sono gli esseri umani, dall'altro i tedeschi». Allo scoppio della guerra aveva insistito perché il figlio diciassettenne si arruolasse. Il ragazzo, poco dopo, cadde in combattimento. «If any question why we died», scrisse poi Kipling, «Tell them, because our fathers lied»⁸. Parole sorprendenti, da parte sua: rispondete che morimmo perché i nostri padri mentirono. Questi versi, poiché Kipling non cambiò idea sulla necessità della guerra, devono però essere intesi come un rimprovero ai governi inglesi che nel recente passato non avevano adeguatamente provveduto a rafforzare l'apparato bellico. Ma non deve stupire che invece siano stati a volte intesi come una critica alla guerra stessa.

Quella guerra era un evento tragico senza precedenti. Una guerra «mondiale», combattuta sui fronti più diversi da nazioni di ogni parte del mondo. Una guerra in cui le nuove armi di distruzione spesso rendevano del tutto insignificante l'abilità e il coraggio dei combattenti. Una guerra che vide battaglioni di soldati bloccati come bersagli impotenti nelle trincee sotto le bombe nemiche, in attesa di un ordine di attacco spesso suicida. Una guerra, per quanto riguarda l'Inghilterra, che per la prima volta vide coinvolti decine di migliaia di giovani soldati di leva (toccando quindi quasi ogni famiglia del regno) e, soprattutto, che per la prima volta, come nel racconto di Kipling, portava la distruzione «in casa», con la morte di civili innocenti sotto le bombe lanciate dagli aerei nemici.

La guerra non era più «altrove». Anche per questo, oltre che per la dimensione delle stragi sui campi di battaglia, la letteratura inglese «di guerra» assunse prospettive e toni del tutto diversi da quelli del passato. Dal fronte stesso, dai poeti che vi combattevano o che vi avevano combattuto, giunsero le prime drammatiche testimonianze dell'orrore della guerra, di ciò che in essa, come scrisse Virginia Woolf nella recensione alla prima raccolta di *War Poems*⁹ di Siegfried Sassoon, vi è di «sordido e orribile». E altre testimonianze giunsero dagli

7. R. Kiplin, *Mary Postgate*, London, 1915.

8. R. Kiplin, "Common Form", *Epitaphs of the War*, London, 1922.

9. S. Sassoon, *War Poems*, London, 1919.

altri *war poets*, David Jones, Herbert Read, Isaac Rosenberg, Edmund Blunden e, soprattutto, Wilfred Owen. E' dovuta a lui la formidabile lirica intitolata *Dulce et decorum est*¹⁰, con quell' icastico ritratto di soldati piegati in due, che, senza scarpe, marciano come addormentati, «*blood-shod*», calzando stivali fatti di sangue.

La voce dei poeti trovava un'eco solidale in quella degli intellettuali (dai modernisti a Bertrand Russell, dai coniugi Webb ad Aldous Huxley) che si erano pronunciati contro la guerra. Mentre invece non era stato così in Germania: 4000 intellettuali, compresi i più illustri (tranne Max Weber) firmarono un appello in cui si diceva che gli attacchi contro il «cosiddetto militarismo tedesco» erano una «lotta contro la nostra cultura». E Thomas Mann, nel suo *Considerazioni di un impolitico*, pubblicato nel 1918, attaccava quei letterati che sbandieravano valori «cosiddetti democratici» mentre in realtà perseguivano «gli interessi materiali della loro parte politica contro la Germania»¹¹.

Chiusa la parentesi, torniamo ai letterati inglesi. Il successivo volume di versi di Sassoon, *Counter-Attack*¹², pubblicato nel 1918, costituì un'ulteriore testimonianza della realtà della guerra, un contrattacco rivolto alle menzogne con cui la stampa indorava, quando non falsificava, ciò che accadeva al fronte. Un contrattacco rivolto anche alla retorica patriottica con cui altri scrittori avevano invece sostenuto la «bellezza» della guerra, a partire dagli entusiasmi di Rupert Brooke che nella lirica *Peace*¹³(1914) la esaltava come uno strumento benedetto per risvegliare i giovani dal sonno della pace (e che morì nel 1915 di malattia, senza aver potuto combattere), per proseguire con i versi di Jessie Pope (chi vuole combattere e vincere? chi pensa soltanto a salvarsi la pelle?).

«Who's for the trench—
Are you, my laddie?
Who'll follow French—
Will you, my laddie?
Who's fretting to begin,
Who's going out to win?
And who wants to save his skin—
Do you, my laddie?»¹⁴.

Diversi altri ancora, sebbene di scarso valore letterario, furono i contributi favorevoli al conflitto; e molti furono i libri di memorie pubblicati subito dopo la fine della guerra e che si collocarono in un ambito acriticamente patriottico – nessuno di essi, tuttavia, memorabile. La polvere del tempo ha ormai ricoperto anche quei contributi dovuti a militari, crocerossine e civili che in modo non retorico e tantomeno guerrafondaio affidarono alla

10. W. Owen, *Dulce et decorum est*, London, 1920.

11. T. Mann, *Considerazioni di un impolitico* (titolo originale *Betrachtungen eines Unpolitischen*), Berlino, 1918.

12. S. Sassoon, *Counter-Attack*, London, 1918.

13. R. Brooke, *Peace*, London, 1914.

14. J. Pope, *The Call*, London, 1915.

pagina le loro esperienze della guerra. Sono invece, almeno finora, sopravvissuti all'oblio (questa è la forza della letteratura) quei lavori del dopoguerra, vuoi autobiografici, vuoi di fiction, dovuti agli scrittori che di quell'evento «mondiale» senza precedenti, che segnò la fine di un'epoca e delle sue illusioni, seppero trasmettere al lettore tutta la sua drammatica enormità: si pensi, tra gli altri, ai testi di Frederic Manning, di R. C. Sheriff, di Wyndham Lewis, ma, soprattutto a *Parade's End* (1924-28)¹⁵ di Ford Madox Ford e a *Goodbye to All That*¹⁶ (1929) di Robert Graves.

Quest'ultimo racconta l'esperienza di guerra del suo autore; ma, come suggerisce il titolo, è anche una presa d'atto della fine della «dorata» età edoardiana e dell'irrompere sulla scena di realtà, valori, costumi radicalmente nuovi e diversi – anche in campo letterario. Una parte cruciale del libro, che in modo ironico e autoironico traccia il ritratto della sua vita di ufficiale al fronte, è dedicata alla catastrofica battaglia di Loos (nella quale fu ucciso il figlio di Kipling), clamoroso esempio di cinica incompetenza degli alti comandi britannici. Altre drammatiche pagine riguardano la prima fase dell'offensiva sulla Somme, nel corso della quale, il 20 luglio 1916, Graves fu gravemente ferito. Dopo le prime cure in Francia, Graves tornò in Inghilterra per una lunga convalescenza. Con sorpresa notò che i civili parlavano della guerra in termini incomprensibili per l'entusiasmo guerresco che li caratterizzava: «parlavano una lingua straniera, la lingua dei giornali»¹⁷. In compenso l'atteggiamento nei confronti dei soldati che venivano ricoverati in seguito alla varie forme di «*shell shock*» (di cui in certa misura fu vittima lo stesso Graves) era addirittura di sospetto se non persino di disprezzo: il trauma veniva interpretato come vigliaccheria. Così come a volte avvenne al fronte, dove i soldati in preda allo shock da bombardamento in certi casi vennero considerati come disertori e fucilati. C'è una bella e agghiacciante lirica, anche questa di Owen, *Mental Cases*¹⁸, che fotografa la condizione di quelle ombre di uomini, «purgatorial shadows» che le bombe risparmiarono quando erano bloccati e impotenti dentro le trincee per poi annientarne la mente. E' stata Virginia Woolf a fornire in *Mrs Dalloway*¹⁹ il ritratto più drammaticamente efficace (al di là del suo grandissimo valore letterario) delle conseguenze del trauma da bombardamento. Septimus Warren Smith, la cui gravissima condizione è colpevolmente sottovalutata dagli stessi luminari che dovrebbero curarlo, la cui angosciosa e allucinata realtà Woolf, per quanto può la scrittura, riesce magistralmente a trasferire sulla pagina, si toglie la vita.

Septimus è un reduce che la Patria lascia a se stesso. Simile destino, anche se in termini non così tragici, toccò a molti di quei soldati che dopo le sofferenze subite e i sacrifici compiuti, dopo avere rischiato la pelle e avere visto morire i loro compagni, non trovarono un posto accettabile nella vita civile. A volte considerati con fastidio da chi la guerra l'aveva

15. F. Madox, *Parade's End* (Tetralogy), London, 1924-28.

16. R. Graves, *Goodbye to All That*, London, 1929.

17. M. Seymour-Smith, *Robert Graves: His Life and Work*, London, 1995, 49; See Graves, *op. cit.*

18. W. Owen, *Mental Cases*, London, 1917.

19. V. Woolf, *Mrs. Dalloway*, London, 1925.

soltanto letta sui giornali, a volte costretti a vivere di espedienti o a ingrossare un nuovo esercito, quello dei disoccupati.

A combattere erano andati i giovani, i figli. A mandarli erano stati i padri. «*The young men of the world / Are condemned to death. / They have been called up to die / For the crime of their fathers*», scrisse F. S. Flint nella lirica *Lament*²⁰ (1920). Per chi si era schierato contro la guerra, vista come il frutto degenerare di interessi economici (e di logiche imperialistiche) verniciati di patriottismo, la morte di milioni di persone durante il conflitto e il realizzarsi di una pace dal profilo incerto dopo la sua conclusione, non poteva che tradursi in un'amara accusa contro la colpa dei padri. Ma anche molti altri, che alla guerra non si erano opposti ma che l'avevano combattuta sperimentandone i disastri, al loro ritorno presero atto di essere stati mandati al macello da chi era rimasto al sicuro in patria e che a guerra finita neppure riconosceva concretamente (retorica a parte) il loro sacrificio. Toccò ai poeti dar voce a questo sentimento e, in generale, toccò agli scrittori raccontare cosa davvero era stata quella che noi spesso chiamiamo la Grande Guerra; e che loro certamente non chiamarono «Grande».

20. F. S. Flint, *Lament*, in J. Silkin (Dir.), *The Penguin Book of First World War Poetry*, London, 1996, 142-3.

POETICS OF WAR IN FRANCE:
WRITING FOR UNDERSTANDING

Poéticas de la guerra en Francia. Escribir para comprender

Rosa de Diego

Universidad del País Vasco

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

El artículo analiza la Literatura Francesa durante la guerra del 14, una guerra que nadie comprende. Se examina la incidencia del conflicto en los medios literarios. Se estudia la transformación de la Historia en ficción, tanto en los escritores que combatieron como en los que no fueron a la guerra. Y también en las mujeres. A través de varios textos y autores se observan las estrategias literarias, los temas recurrentes y la poética del relato de la guerra.

Palabras clave

Literatura Francesa, Primera Guerra Mundial, Tópicos literarios, Estrategias literarias, Autoficción.

Abstract

The article analyses the French Literature of the First World War, a war that nobody understood, and examines the influence of the conflict on the literary world. It studies the transformation of History into fiction, by writers, both men and women, and both those who fought and those who did not. Literary strategies, recurring themes and the poetic narrative of the war are discussed in the context of a range texts and authors.

Key words

French Literature, World War 1, Literary topics, Literary strategies, Autofiction.

Introducción

«A menudo, sueño con un diario de guerra, escrupulosamente anotado cada día, y contando todo lo que pasa en el corazón y en la cabeza de un hombre, en el frente, mostrando en su repetición exacta y monótona cómo es la vida de los combatientes entre el acantonamiento del descanso, en el que no se descansa, y las trincheras, en las que no se lucha. Todo soldado que leería estas páginas se reconocería en ellas diciendo: “Así es”. Pero sería sin duda el colmo del aburrimiento por poco que este libro fuera fiel»¹.

Me propongo a continuación analizar cómo la experiencia de la guerra del 14 se transforma en Francia en novela, qué lazos se establecen entre la Historia y la ficción, cuáles son las estrategias literarias, la poética del relato de una guerra que nadie comprende. Durante los años bélicos se produjo una auténtica hemorragia en los medios literarios, como también ocurriera en el resto de los sectores de la sociedad francesa. Inicialmente, la denominada *Generation du Feu*², que destaca por su solidaridad generacional, fue pacifista, aunque en su compromiso tuvo algunas voces extremistas. Fue una literatura de circunstancia y de asentimiento, centrada en la experiencia y el sacrificio vividos, de gran éxito editorial pero de desigual calidad estética y que no ha suscitado, como grupo, gran interés en el ámbito de los estudios literarios.

Agosto 1914: Alemania declara la guerra a Francia. El gobierno francés ordena a toda la población civil participar en la defensa del país. Dos días antes de la declaración de movilización general en Francia, el 31 de julio, había sido asesinado Jaurès, dirigente socialista y pacifista. Es la primera víctima de la Gran Guerra que arranca con euforia y altera todas las vidas: los soldados salen hacia el frente con entusiasmo; las mujeres les contemplan marchar con temor; los primeros muertos yacen en los campos de batalla; en los territorios invadidos sólo hay violencia y desolación. Mientras en las ciudades se mantiene aún cierta vehemencia,

1. É. Henriot, *Carnet d'un dragon dans les tranchées (1915-1916)*, Paris, 1918, 187. Todas las traducciones de los textos franceses son mías.

2. M. Winock, *L'effet de génération*, Vincennes, 2011, 23.

en los pueblos reina el desánimo tras el éxodo generalizado de sus habitantes. Los últimos brotes pacifistas se borrarán ante la Unión sagrada: por encima de todo se trata de defender a una civilización tradicionalmente representada por Francia. Raros son los que se rebelan contra esta «gran carnicería» y además se piensa que la guerra sólo durará unos meses. Sin embargo se prolongará durante casi cinco años, implicando a más de tres cuartas partes de Europa, y alcanzando las dimensiones de una guerra mundial, como dice Kundera, «falsamente mundial», entendiendo este adjetivo «mundial como la expresión elocuente de que lo que ocurre en el planeta ya no será nunca un asunto local»³. Por tanto la Primera Guerra se convierte en un acontecimiento sin precedentes tanto en su magnitud como en su naturaleza. Se utilizaron armas perfeccionadas, estrategias y tácticas militares nuevas y los combates tuvieron proporciones increíbles, en el tiempo y en el espacio, con ejércitos de millones de soldados. En Francia hay unos ciento cincuenta mil monumentos repartidos en cada pueblo, que recuerdan a los casi dos millones de hombres caídos en el 14, para que nadie olvide ni aquella barbarie ni el peso de un sacrificio sin sentido.

Para los escritores que vivieron esta guerra, la historia constituye más que nunca un elemento esencial y será el pretexto de una abundante y desigual producción novelesca, literatura de testimonio, de protesta, de tesis o de reflexión, que Roland Barthes denominó «escrituras políticas»⁴. No podemos olvidar que muchos escritores combatieron en el frente. Bernanos, Duhamel o Dorgelès habían sido declarados «no útiles» pero insistieron para ser incorporados a una unidad. Péguy se alistó con más de cuarenta años sin dudarlo, cuando su quinta no había sido movilizada. Ni Apollinaire ni Cendrars eran ciudadanos franceses y no estaban, por tanto, obligados a ponerse el uniforme «azul horizonte». Todos ellos son esos jóvenes y bravos voluntarios de los que habla Jünger. Los horrores y el sufrimiento que encuentran en el frente no les desaniman, y todos dan muestra de valentía: así cuando Céline regresa de la guerra recibe una medalla militar, y Bernanos, la cruz de guerra. Henri Barbusse, un hombre pacifista y de izquierdas, quiere defender a su país en nombre de «una guerra que aniquilará la guerra». Y marcha al frente no por patriotismo sino en nombre de valores humanistas y universales que sobrepasan fronteras y nacionalidades. Se trata de luchar con idealismo desde luego, pero sobre todo por un futuro que creen mejor para las próximas generaciones. Una semana después de su reclutamiento, escribe una carta abierta al director de *L'Humanité*, en la que señala que se compromete física e intelectualmente y que está dispuesto a sacrificar «con alegría» su vida: «Si he hecho el sacrificio de mi vida y si voy con alegría a la guerra, no es sólo por ser francés, es sobre todo como hombre»⁵. La frase citada confiesa un compromiso humanitario que va más allá del concepto de patria; se trata del deber de todo individuo que no se cuestiona la guerra. Llegará a primera línea en diciembre de 1914 y permanecerá durante 22 meses. Va a anotar todo lo que ve. El resultado es *Le feu*, un libro dedicado a sus compañeros muertos en Crouy y que obtiene el premio *Goncourt*.

3. M. Kundera, *L'Art du roman*, Paris, 1986, 44.

4. R. Barthes, «Écritures politiques», *Le Degré zéro de l'écriture suivi de Nouveaux Essais critiques*, Paris, 1972, 21.

5. H. Barbusse, *Paroles d'un combattant*, Paris, 1920, 8.

También Louis Aragon será testigo de la guerra; había empezado sus estudios de medicina cuando fue enviado al frente en 1918 como médico auxiliar. Sufrirá la experiencia atroz de ser enterrado vivo por la explosión de un obús, algo que recordará en varios poemas como «Clase 17» dentro de su autobiografía en verso *Le Roman inachevé*⁶. El joven Jean Giono, que había nacido en 1895, quedará marcado por su experiencia en el frente en torno a 1916 y al armisticio, y hasta 1919. Su pacifismo será obsesivo y en los años 30 empieza a inquietarse ante las nuevas amenazas de Hitler en Europa; será incluso acusado de colaboracionismo en 1944. Siempre recordará a sus compañeros de juventud muertos en vano en el frente. La primera guerra había sido inútil puesto que ya empezaba otra...

La vida literaria durante la guerra del 14

Por tanto, en Francia, muchos escritores combatieron en el frente. La vida literaria se organizó en torno al acontecimiento bélico y en función de las necesidades intelectuales o sociales que iban surgiendo. Nacieron revistas o boletines como el *Bulletin des écrivains du 14*, una publicación mensual entre 1914 y 1918⁷, que incluía listas de escritores movilizados, condecorados, fallecidos, es decir noticias referidas principalmente al ámbito literario, sin incluir demasiadas alusiones ideológicas que pudieran molestar o dividir. Su objetivo quedaba explicitado en el número 48 de diciembre de 1918: «El *Bulletin des Écrivains* fue creado para honrar la memoria de los muertos y para establecer lazos entre los combatientes». Además también se publica tras la guerra una *Anthologie des écrivains morts à la guerre 1914-1918* en 5 volúmenes⁸, que recoge 525 nombres, algunos de ellos tan ilustres como Alain-Fournier, Péguy, Pergaud o Apollinaire. Resulta así evidente una participación masiva del escritor en la guerra cuyo testimonio poseerá autenticidad.

En este sentido destaca el papel jugado por los editores y los premios literarios durante el conflicto. Progresivamente, la escritura de la guerra abandona el ámbito de lo íntimo para convertirse en una palabra que se proyecta hacia la esfera de lo público gracias a las distintas instancias del campo literario. Son numerosas las editoriales que publican libros y colecciones específicos sobre el conflicto, como Crès («*Bellum*»), Hachette («*Mémoires et récits de guerre*») o Berger-Levrault que dedica tres colecciones a la guerra: «*La bibliothèque de la guerre*», la «*Collection France*» y «*La guerre - Les récits des témoins*». El profesor Jean Norton Cru ha elaborado una serie de estadísticas en las que se percibe con nitidez los años fuertes y débiles en publicaciones de libros de guerra en Francia: si en 1915 hay doce obras (en prosa), en 1916 cincuenta, en 1917, setenta, en 1918, sesenta y a partir de 1919, donde se publican aún cuarenta, la caída es constante hasta 1926, manifestándose así un desinterés progresivo

6. L. Aragon, *Le Roman inachevé*, Paris, 1966.

7. Los ficheros de la Biblioteca de Documentación Internacional contemporánea (BDIC) de Nanterre, clasificados de modo temático, hablan de 1.287 escritores.

8. Publicado por E. Malfère, *Anthologie des écrivains morts à la guerre 1914-1918 (Association des écrivains combattants)*, Amiens, 1924-1927.

hasta llegar a ser absoluto, por esta temática⁹. Además la revista *Mercure de France* tiene, a partir de 1915, un apartado titulado «Obras sobre la guerra actual», en la que se reseñan todas las publicaciones y en todos los géneros, cuya temática es la guerra del 14. La *Nouvelle Revue Française*, creada en 1909 y dirigida por Gide, se convierte durante la posguerra en el gran referente que defiende una literatura pura y renovada. La revista *Europe* aparece tras la guerra pero en sus páginas colaboran muchos antiguos combatientes como Rolland, Duhamel o Bloch. Otra revista como *Clarté*, pacifista y próxima al Partido Comunista, ve la luz en 1919, con una marcada ideología de oposición a la guerra y a la burguesía, y con los primeros brotes surrealistas, gracias a las colaboraciones de Aragon, Desnos, Éluard o Leiris. Estas ofertas editoriales demuestran que la escritura ambientada en la historia contemporánea es objeto de una enorme demanda social y cultural, y de algún modo anuncia la polémica que surgirá poco después a propósito de la literaturización del relato de guerra con los planteamientos de Norton Cru. La importancia de escribir la guerra es tal, que no sólo muchas novelas hoy olvidadas fueron *best-sellers* en aquellos años¹⁰, sino que además el principal premio francés, el Goncourt, fue concedido durante varias ediciones a libros de guerra escritos por combatientes: *L'Appel du sol* de Adrien Bertrand (1914, concedido en 1916), *Gaspard* de René Benjamin (en 1915), *Le Feu* de Barbusse (en 1916), *La Flamme au poing* de Henry Malherbe (en 1917), *Civilisation* de Georges Duhamel (en 1918). Sin embargo ya en 1919, *Les croix des bois* de Dorgelès, que sí obtuvo el premio Fémina, pierde el Goncourt frente a Proust, con *Jeunes filles en fleur*. La guerra ha terminado y el público está cansado de aquella literatura. «¡Pero qué manía hay de escribir libros de guerra! [...] ¡La guerra, siempre la guerra! [...] ¿Quiere saber la verdad? [...] El público está harto, el público quiere otra cosa»¹¹. La guerra en la novela de Proust sólo será ya un telón de fondo; hacen falta otros imaginarios y sobre todo una renovación estética de la novela.

Con todo esto podemos afirmar con Michel Winock que la guerra de 1914, como muchos otros acontecimientos históricos, es un elemento *fechador*, generador, que despierta la conciencia de una generación, pero cuyo periodo de receptividad se extiende, es elástico, *multigeneracional*¹². Varias generaciones han participado en este conflicto mundial que el propio Winock denomina como ya he señalado *la generación del fuego*, es decir, del combate. La mayoría de estos escritores han nacido en el fin-de-siglo e irán participando en la guerra casi sin darse cuenta, sin haberse definido ideológicamente. Barbusse, que había nacido en 1873, queda marcado por la experiencia en el frente que determinará su ideología. El médico Louis-Ferdinand Destouches conoce el horror irracional de la guerra que le reforma y transforma en Céline, y escribe su militante y pacifista *Voyage*, donde evoca con desilusión el carácter absurdo de la guerra, «una imbecilidad infernal». Henry de Montherlant, nacido en

9. J. Norton Cru, *Témoins*, Nancy, 1929, 1993, 683-684.

10. Cito a título de ejemplo, P. Géraudy, *La Guerre, Madame*, Paris, 1916; o M. Démians d'Archimbaud, *À travers le tourment: une vie intime*, Paris, 1917.

11. M. d'Hartoy, *Des cris dans la tempête, nouvelles impressions et nouveaux récits d'un officiel blessé*, Paris, 1919, X.

12. Winock, *L'effet de génération*, *op. cit.*, 9 y ss.

1896, recuerda con lirismo y heroísmo la fractura provocada por la guerra del 14. El grupo surrealista es el movimiento más nítido y concreto dentro de esta generación. Sus principales representantes también habían nacido a finales del XIX: Éluard en 1895, Bréton y Tzara en 1896 y un año después Aragon o Soupault.

Aunque muchos autores escribieron en medio de la batalla, esto sólo fue el prólogo, porque numerosos escritores franceses publicaron tras la guerra, hubieran combatido o no. Desde Roger Martin du Gard y los ocho volúmenes de *Les Thibault* (1922-1940) o Jules Romains y los 27 de *Les hommes de bonne volonté* (1932-1946) pasando por Montherlant *Chant funèbre pour les morts de Verdun* (1924) y *Service inutile* (1935), Louis Guilloux con *Sang noir* (1935) o Maxence van der Meersch en *Invasion 14* (1935). Tras la guerra, la pluma milita por la paz con la esperanza de haber vivido una violencia transitoria, y sobre todo la *Der des Ders*, expresión utilizada tras la guerra del 14 para referirse a «la última de las últimas guerras»¹³. Según pasa el tiempo, el interés es más explícitamente literario deslegitimándose el relato del conflicto.

No quiero dejar de citar brevemente las numerosas publicaciones relacionadas con el dolor y el duelo en la primera guerra mundial escritas recientemente. Cito tres novelas muy distintas pero de gran interés, Jean Rouaud, *Les Champs d'honneur*¹⁴, 14 de Echenoz y *Au revoir là-haut* de Pierre Lemaitre, último premio Goncourt. Una generación actual que habla desde la memoria personal o familiar de aquella realidad cotidiana del soldado entre los chinches y el aburrimiento, de las heridas físicas y psíquicas, de las venganzas o de una exhumación imposible, pero también de la postguerra y del duelo de millones de familias rotas para siempre. La ficción está al servicio de la memoria.

Escribir la guerra

Recientemente afirmaba Jorge Urrutia en un artículo publicado en *El País* que «al nuevo concepto bélico le corresponde una nueva forma de narrar»¹⁵. En efecto, habrá distintas actitudes, diferentes escrituras: poemas, intercambios epistolares, diarios, memorias, crónicas, relatos, novelas y ensayos. Si nos ceñimos al relato, predominan durante los años del conflicto los diarios y las memorias, la escritura autobiográfica. También se publican algunos ensayos que interpretan causas y efectos de la guerra, aunque casi siempre están escritos por autores en la retaguardia¹⁶. En cualquier caso para abordar esta experiencia personal inaudita, una

13. Dos obras que constituyen una excepción ideológica, desconcertantes y difíciles de clasificar son Céline, *Voyage au bout de la nuit*, Paris, 1932, y D. la Rochelle, *La Comédie de Charleroi*, Paris, 1934.

14. Véase R. de Diego, “La docufiction: *Les champs d'honneur de Jean Rouaud*”, en *Fabriques de vérité(s)*, Paris, L’Harmattan, 2016, 287-296..

15. J. Urrutia, “Escribir la guerra”, *El País*, 15 marzo, 2014

16. Léase Ph. Soulez (dir.), *Les philosophes et la guerre de 14*, Saint-Denis, 1988. Asimismo, *1914-1918. Orages de papiers: les collections de guerre des Bibliothèques*, Paris, 2008, Catálogo de la exposición de la Bibliothèque Nationale et Universitaire de Strasbourg, la Bibliothèque de Stuttgart y el Musée d’Histoire Contemporaine de Paris.

guerra que no se comprende, se precisa una nueva categoría de relato de guerra, que utiliza simultáneamente las precisiones y el punto de vista de un diario, la veracidad de una biografía, la cronología de una narración, el análisis de un ensayo y muchas estrategias propias de una novela, encontrando así una palabra nueva para hablar de los silencios y gritos, del trauma: «No es una novela, son cosas vistas: es, de alguna manera, una realidad recreada... Yo tenía una gran ambición: no contar mi guerra, sino la guerra»¹⁷. El relato de guerra está al servicio de la verdad y sirve para combatir la incompreensión, a través de un género híbrido que fusiona la ficción literaria y la verdad testimonial, y de este modo «de dos seres no hacer más que uno: el escritor y el soldado»¹⁸.

Jean Norton Cru, también antiguo combatiente, ha analizado la veracidad de muchas de las novelas de la guerra, criticando precisamente esta intrusión de lo novelesco en el testimonio y rechazando categóricamente que los autores combatientes fueran también escritores y no sólo testigos de la guerra¹⁹. En este sentido *Ceux de 14* de Maurice Genevoix es para él un buen ejemplo de la sinceridad de un testigo moral y de un discurso memorial sobre la guerra, sin invención ni artificios literarios. El concepto de testigo posee una fuerte connotación afectiva y en este sentido creo que es ilustrador el interés que siguen suscitando en Francia *Les Paroles des Poilus*²⁰, es decir, las cartas y los cuadernos de los verdaderos actores de la Guerra, cuyas palabras sirven para descubrir el auténtico rostro de una Historia cuando aún estaba sin deformar. Cru distingue el concepto de «testigo» («*témoin*»), es decir el autor, y «testimonio» («*témoignage*»), los textos. Considera que la única función de los textos de los combatientes es ser testigo escrito de una experiencia vivida:

«El testigo observador, probo, dotado para expresar claramente lo que observa y siente, adapta sus sentidos y su espíritu a su medio, manteniéndose en un estado de reacción activa. Ve nítidamente a la vez que protesta, anota fielmente a la vez que se afirma, describe artísticamente a la vez que defiende la independencia de su razón. La consecuencia de esta actitud moral, de esta disciplina intelectual de las anotaciones cotidianas, es que las leyendas más contagiosas no contaminarán a este testigo en estado de defensa y su visión de la guerra, incompleta pero fiel, tendrá un extraño parecido con la visión de otros soldados pertenecientes a otros sectores, a otros periodos, testigos tan incompletos y tan fieles como él»²¹.

La novela de guerra suele ser formalmente tradicional y convencional, una novela de aprendizaje y formación, con temas y episodios macabros y recurrentes, con poca intriga en la sucesión de los capítulos, con largas descripciones, mezcla de voces en las escenas dialoga-

17. R. Dorgelès, *Souvenir sur les Croix de bois*, Paris, 1929, 33.

18. Dorgelès, *op. cit.*, 26.

19. Norton Cru, *Témoins, op. cit. y Du témoignage*, Paris, 1930, 1989.

20. Se ha publicado una serie de cartas y cuadernos escritos en el frente entre 1914 y 1918, que han podido reunirse gracias a una iniciativa de Radio France: J.-P. Guéno, *Lettres des poilus*, Paris, 2013. Por otra parte en Péronne se encuentra el Museo Internacional trilingüe de Historia comparada, *Historial de la Grande Guerre*, con más de 4000 metros cuadrados para un centro de documentación, archivos e investigación sobre la Guerra Mundial.

21. Norton Cru, *Du témoignage, op. cit.*, 25-26.

das, narrada en tiempo presente como marca de autenticidad del espíritu de una época y de la cronología histórica, con personajes reales y socialmente representativos del pueblo, utilizando la lengua que habla, el argot; se trata de una reproducción temática y formal del credo naturalista. En todos los casos el contenido épico es recurrente y también monótono, repleto de clichés y tópicos que se repiten como en una letanía. Pero si leemos las cartas escritas por los propios soldados en el frente, *los poilus*, también se insiste en «la monotonía» («vivimos aquí una vida monótona, que vuelve a empezar cada día») y en su «aburrimiento» («si supiera cómo nos aburrimos entre días negros noches blancas»)²².

La novela de guerra queda definida en una sucesión de capítulos, muchas veces titulados, que van describiendo los distintos episodios y acciones que caracterizan el conflicto, tal y como queda patente, por ejemplo en *Le feu*: «El descenso», «El embarque», «El permiso», «El bombardeo». Jules Romains, siguiendo el modelo narrativo zoliano, efectúa una narración polifónica con varios personajes y escenarios para describir con detalle los distintos puntos de vista durante las primeras horas de la batalla de Verdún, el 21 de febrero de 1916, y poner de manifiesto su imposible comprensión²³. La novela de la guerra ha sido definida como una literatura de testimonio, porque los escritores combatientes han dado forma literaria a su memoria, consiguiendo así hablar sin pudor de recuerdos indecibles. Pero la guerra es también todo lo que no se puede contar, y de hecho en muchas descripciones aparece el adjetivo «indescribible» para aludir a situaciones difíciles de expresar²⁴. La escritura sirve para comprender lo ininteligible de aquella experiencia. El relato de guerra es una terapia contra la afasia de los soldados-escritores al regresar del frente. La guerra se hace, a su pesar, escritura.

Unos textos serán nítidamente autobiográficos, coincidiendo el narrador y el autor como *Le feu* de Barbusse o *La main coupée* de Cendrars: «un rasgo específico de la novela de guerra... es la relación directa que mantienen con la experiencia vivida por el autor»²⁵. En otros es un alter ego del autor quien narra en primera persona sus experiencias como Bardamu en el *Voyage au bout de la nuit* de Céline o Jacques Larcher en *Les Croix de bois* de Dorgelès. Muchas veces prefacios y dedicatorias, comunicados y órdenes oficiales, dinamizan la narración y confirman este carácter autobiográfico y verídico, implicando además al lector con numerosas reflexiones morales y con un nítido propósito persuasivo. Así uno de los personajes de la novela de Barbusse, *Le feu*, cuyo subtítulo es además *Diario de una escuadra*, le advierte al narrador ya que conoce su proyecto de escribir una novela sobre lo que acaban de vivir en la guerra: «Por mucho que cuentes, no sé, no te creerán. No por maldad o por ganas de pasar de ti, sino porque no podrán»²⁶. Maurice Genevoix define su relato *Ceux de 14* como «novela» pero incluye un «Avant-Propos» donde advierte que ha evitado toda licencia de imaginación y toda fabulación y que su obsesión es transmitir la exactitud de una realidad. La novela se disfraza de verdad, a través de la «crónica», el «diario», las «memorias» y ofrece

22. Léase, por ejemplo, Guéno, *op. cit.*, 24 y 74.

23. J. Romains, «Verdun», *Les hommes de bonne volonté*, Paris, 1988, 202.

24. G. Chevalier cita una carta que escribe el protagonista Dartemont a su hermana, donde alude a lo secreto, lo incomprensible, lo inverosímil. G. Chevalier, *La Peur*, Paris, 1930, 2008, 260-262.

25. M. Rieuneau, *Guerre et révolution dans le roman français 1919-1939*, Paris, 1974, 6.

26. H. Barbusse, *Le feu*, Paris, 1916, 2013, 469.

al lector un falso pacto narrativo. En otras ocasiones los relatos ocultan la veracidad de los recuerdos personales en una simbiosis de lo biográfico y lo ficcional gracias a la distancia y ambigüedad de una tercera persona, y pueden ser llamadas «autoficciones» *avant la lettre*; como decía Dorgelès, se trata de contar *la* guerra, y no *su* guerra. A veces también el relato está narrado desde la omnisciencia de la tercera persona, mezclando la descripción auténtica de la guerra con diálogos de fuerte carga argótica y monólogos interiores de personajes estereotipados y con psicología reducida caracterizados por unos pocos rasgos físicos, morales y sociales²⁷, tal y como sucede en *Le Grand Troupeau* de Giono:

«¡La gran fiesta! Y todo se desbordaba... ¡Vamos a perderlo todo! ...¡Vamos a perderlo todo! Sólo quedaba el sol, la lluvia, el viento, la tierra: todos libres, todos liberados de los hombres; se empezaba a vivir la gran vida anterior»²⁸.

La ambigüedad genérica entre lo biográfico y lo novelesco sobrepasa la noción de verosimilitud propia de una escritura memorial y testimonial, para convertirse en argumento veraz compartido y evidente de una colectividad y por ello seduce al lector y le conduce hacia un punto de vista ideológico e interpretativo. Cuando Jean Paulhan regresa del frente y escribe varios episodios reunidos en *Le Guerrier appliqué*, su protagonista Jacques Maast exclama: «En cuanto a la impasibilidad en la que me encuentro ante el panorama de tantos cadáveres, me sorprende que sea el efecto... del estado de ánimo al que me obligan... las circunstancias»²⁹. Los combatientes que escribieron durante la guerra y también quienes lo hicieron después del conflicto por motivos diversos como la censura, querían ofrecer un testimonio verídico de su propia experiencia. Sin embargo la elección de una forma novelesca híbrida, entre el diario y la novela, no sólo pone en evidencia la fragilidad de las fronteras entre el relato autobiográfico y la ficción, sino que además responde a la necesidad de encontrar una *nueva* escritura que *cuenta* la guerra a pesar de su carácter indecible e insoportable, de la propia impotencia de la narración. Este género, o subgénero narrativo, mezcla la ficción, la experiencia vivida y su hermenéutica, es decir, una interpretación subjetiva e ideológica, y va más allá del puro testimonio memorial. Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker aluden a la «dictadura del testimonio»³⁰. Ellos han analizado en Francia la atenuación de la violencia y cierta falta de la brutal autenticidad del conflicto, bien por la utilización masiva de tópicos y una mitificación de la guerra, bien por una excesiva banalización de las experiencias vividas, necesitando pasar página, o bien por el silencio de algunos momentos imposibles de transcribir. Y afirman «la violencia interpersonal... permanece como un dato muy poco presente, si no ausente, del testimonio»³¹. Caso excepcional es sin duda el de Céline, cuya experiencia en el frente apenas duró tres meses; tras la guerra, sólo desea denunciar la responsabilidad de la sociedad y del gobierno. Bardamu, el anti-héroe del siglo XX, protagonista del *Voyage*

27. M. Kessler-Claudet, *La Guerre de Quatorze dans le roman occidental*, Paris, 1998, 2005, 11 ss.

28. J. Giono, *Le Grand Troupeau*, Paris, 1931, 123.

29. J. Paulhan, *Le guerrier appliqué*, Paris, 1982, 78.

30. St. Audoin-Rouzeau y A. Becker, 14-18. *Retrouver la guerre*, Paris, 2000, 52.

31. Audoin-Rouzeau y Becker, *op. cit.*, 53.

au bout de la nuit, habla con rabia, incompreensión y crítica: «Por mucho que buscaba en mi memoria, no les había hecho nada a los alemanes»³². La primera parte de la novela relata la experiencia primera de Bardamu en el frente, utilizando los tópicos entusiastas de otras novelas, pero desde la ironía y la falta de lógica:

«Hatajo de granujas, ¡es la guerra! – nos dicen. Vamos a abordarlos, a esos cabrones de la patria nº 2, ¡y les vamos a reventar los sesos! ¡Venga! ¡Venga! ¡A bordo hay todo lo necesario! ¡Todos a coro! Pero antes quiero veros gritar bien claro: ‘¡Viva la patria nº 1!’ ¡Que se os oiga de lejos! El que grite más fuerte, ¡recibirá la medalla del Niño Jesús!»³³.

La guerra le sorprende a Bardamu con toda su incomprensible y brutal injusticia, se siente impotente, y tiene un miedo atroz; es pacifista, antimilitarista y antipatriota, y busca subterfugios para evitar la guerra, como ser internado: sólo hay una respuesta «nueva»³⁴ posible ante ese falso patriotismo que se ha inventado e impuesto, la huida, la ambigüedad. El odio de Céline contra la sociedad, su nihilismo, terminará en un desconcertante racismo antisemita.

La tradición literaria decimonónica realista y naturalista se adecua, como hemos visto, a esta poética de la novela de guerra, tanto por la presencia de un testimonio autobiográfico, como por su exhaustiva descripción; también el simbolismo finisecular se encuentra presente en muchas de las metáforas, metonimias y sinécdoques, figuras retóricas que «muestran escondiendo o esconden mostrando»³⁵. Proust, que rechazó el pacifismo de Rolland sin ser tampoco belicista ni nacionalista, siguió leyendo durante estos años a Nietzsche y apasionándose con Beethoven. Admiraba a los héroes silenciosos de la guerra como su hermano médico, que trabajaba en los hospitales de campaña y se sentía indignado por todos los caídos. La guerra, que determinará su obra, no sólo porque le obliga a cambiar de editor, sino sobre todo porque la reescribe y corrige sin cesar durante los años del conflicto, será evocada sobre todo como contexto y en sus consecuencias, ya que Proust se sitúa en una perspectiva ahistórica e intemporal³⁶. En *Le Côté de Guermantes*, novela sin duda marcada por la guerra, Proust introduce una reflexión sobre la teoría militar y el arte de las batallas, a través de la cual plantea una teoría estética y de la interpretación: enfrentarse a una batalla es como enfrentarse a un texto: «... todo lo que usted lee, supongo yo, en el relato de un narrador militar, todos los sucesos, los acontecimientos, no son más que los signos de una idea que hay que extraer y que a menudo envuelve otras, como en un palimpsesto»³⁷. Y continúa afirmando que las batallas antiguas son modelos, y que es preciso leerlas dentro de la historia, «como el pasado, como la biblioteca, como la erudición, como la etimología, como la aristocracia de las nuevas batallas»... porque «un campo de batalla, a través de los siglos, no ha sido o no será más que

32. L.-F. Céline, *Voyage au bout de la nuit*, Paris, 1972, 1990, 21.

33. Céline, *op. cit.*, 18.

34. Henri Godard analiza esta novela y afirma que da por primera vez «la palabra a los excluidos de la sociedad»: H. Godard, *Voyage au bout de la nuit*, Paris, 1991, 34.

35. N. Beaupré, *Écrire en guerre, écrire la guerre*, Paris, 2006, 267.

36. G. Daniel, “Temps et mystification”, *À la recherche du temps perdu*, Paris, 1963, 59.

37. M. Proust, *A la recherche du temps perdu. Le Côté de Guermantes*, Paris, II, 1987, 106.

el campo de una sola batalla»³⁸. El discurso sobre la guerra queda asociado a otros discursos, novela psicológica, novela de aprendizaje, novela poética, y la macro novela de Proust es una inmensa confluencia de imaginarios, analogías e intertextualidades, donde se entrecruzan todas las cuestiones esenciales sobre el origen y el devenir de la obra de arte, de la literatura.

Esta guerra, que supuso una cesura brutal en el ámbito del desarrollo de estructuras sociales, transformó sin duda la estética de la literatura, alterando los planteamientos tradicionales, por ejemplo con los movimientos vanguardistas radicales. El dadaísmo, fundado por Tristan Tzara en 1916 en el «Cabaret Voltaire» de Zurich y que se extendió después por varios países como Francia y Alemania, fue definido como un «movimiento de protesta surgido del rechazo de las atrocidades de la guerra». Los primeros miembros de la aventura surrealista estuvieron en el frente y Breton, que sería el jefe carismático de los surrealistas en París, habló de la experiencia de la guerra del 14 que había masacrado a la juventud europea y había arrancado las aspiraciones y esperanzas a toda una generación para «precipitarles a una cloaca de sangre, de necedad y de barro»³⁹. El 13 de mayo de 1921 el movimiento dadaísta organiza una performance, un proceso simbólico contra Maurice Barrès, a quien se le acusa de cometer «un atentado contra la seguridad del espíritu», es decir, por su patriotismo, su nacionalismo y su contribución a la guerra. El movimiento surrealista no sólo tuvo un componente de rebeldía literaria, sino también ideológico, contra la moral burguesa; finalmente tendrá un compromiso político con el partido comunista. Frente a la guerra la única reacción literaria será un «Umour» («Umor sin h»)⁴⁰, un humor negro⁴¹. Estamos en las antípodas de una poesía seria, de circunstancia. Pero es que para los surrealistas la guerra no merecía ser objeto de un gran poema.

Mujeres en guerra

Otro grupo de trabajo en relación con la escritura de la guerra podría situarse en el terreno de los denominados estudios de género, y observar las transformaciones de los distintos roles sociales durante la Primera Guerra mundial. El heroísmo ha sido siempre cosa de soldados, hombres y valientes⁴². La guerra del 14 implicó una participación masiva de la población civil. Los hombres se hicieron héroes, algunos incluso a su pesar, y la valentía de las mujeres se manifestó sin armas, en la esfera de la intimidad, con su perseverancia, fidelidad, sacrificio. Las mujeres tuvieron que aprender a vivir solas, sin hombres, y se vieron obligadas a sustituirles y también a cuidarles, cuando regresaban lisiados o heridos. Se produjo una transfe-

38. Proust, *op. cit.*, 108.

39. Nuestra reflexión se centra en la literatura. Es evidente que la representación del conflicto es muy importante en otras manifestaciones artísticas como la pintura (Exposición «Arte en guerra»,) hasta el cine con películas como *La gran ilusión* de Renoir de 1937, entre otras muchas.

40. J. Vaché, *Lettres de guerre*, Paris, 2001, 20.

41. A. Breton, *Anthologie de l'humour noir*, Paris, 2002.

42. Las únicas mujeres guerreras han sido las Amazonas, pero ellas se han amputado un seno para tirar al arco fácilmente, es decir, han suprimido su feminidad para parecerse a los hombres.

rencia de la mano de obra femenina presente hasta entonces en sectores tradicionales como el doméstico o el textil, hacia otros sectores de producción relacionados con la guerra, como el metalúrgico o el químico.

De las 48 autoras que he encontrado⁴³, cito a título de ejemplo la novela de Jacqueline Liscoët, conocida como Jack de Bussy, *Réfugiée et infirmière de guerre*, donde aborda el papel de la enfermera, que será un tópico literario⁴⁴. La ficción escrita por las mujeres en estos años refleja sus incipientes reivindicaciones, emancipaciones y transformaciones de identidad: en general hay una masculinización de las mujeres que trabajan y una confusión de roles tanto en el ámbito de lo público como de lo privado, que ya se había iniciado en el periodo decadente finisecular⁴⁵.

Con 54 años Rachilde, seudónimo de Marguerite Vallette-Eymery, conoce la guerra del 14, ve su patria en peligro, y decide «no contar más historias que no puedan ser la Historia»⁴⁶. En 1918 escribe su testimonio en una novela autobiográfica que pasa totalmente desapercibida, muy lejos de sus relatos de perversiones e intercambios de roles y sexos, o sobre el arquetipo de la mujer fatal. Dice que sobre todo quiere hacer un examen de conciencia y afirma que al estallar la guerra ella era una de las pocas personas que no se sintió entusiasmada, intuyendo que la guerra iba a ser «colosal»⁴⁷. Esta clarividencia y distanciamiento quedan patentes cuando describe con ironía a sus contemporáneos y afirma, «el pueblo francés ve la guerra como una gira campestre»⁴⁸. En su relato sobre el conflicto, las mujeres viven ajenas a la gravedad de la situación y frivolizan sobre la guerra: «bajo el pretexto del patriotismo, algunas se hicieron un nuevo abrigo para salir de noche, tricolor»⁴⁹. Rachilde describe con crueldad el descubrimiento, durante una mañana, de un cadáver misteriosamente abierto por el vientre:

«¡Me encuentro en presencia de un cadáver que han vuelto a matar! Es monstruoso pero es real: Pierrette tiene el vientre abierto. La han excavado, le han dado la vuelta como a un saco, y parece más grande, más enorme que nunca. Se extiende como una alfombra de lana embarrada y enrojecida por la sangre... En la zona de los pezones, aún sale leche que tiene el color del pus de las heridas gangrenadas»⁵⁰.

43. Por ejemplo Jean Bertheroy, seudónimo de Berthe-Corinne Le Barillier, especialista en novela histórica, escribió varias novelas a lo largo de los años del conflicto y sobre este tema hoy olvidadas, como *La Couronne d'épines* (1914), *Entre la conscience et le cœur* (1916), *Le Chemin de l'amour* (1918), *Le Tourment d'aimer* (1918) o *Vers la gloire* (1919).

44. Marie de Héredia, casada con Henri de Régnier y amante de Pierre Louys escribe bajo el seudónimo de Gérard de Houville. En 1914, durante la guerra, se hace enfermera en el hospital de Arcachon. Escribirá desde su experiencia personal sobre estas mujeres guardianas de la esfera familiar, lejos de los campos de batalla, pero siempre conectadas por carta con los soldados.

45. Léase el libro de Fr. Thébaud, *Les femmes au temps de la guerre de 14*, Paris, 2013.

46. Rachilde, *Dans le puits ou la Vie inférieure (1915-1917)*, Paris, 1918, 23.

47. Rachilde, *op. cit.*, 67-68.

48. Rachilde, *op. cit.*, 59.

49. Rachilde, *op. cit.*, 100.

50. Rachilde, *op. cit.*, 131.

Sobre el heroísmo

Cuando se habla de guerra, se alude a héroes y víctimas; el heroísmo es un valor admirado por todos porque es el instrumento de defensa de la patria. La guerra crea sus propias normas y leyes que alteran las cuestiones morales vigentes, de manera que matar puede ser legítimo. Pero durante esta guerra de 1914, el heroísmo no consiste en luchar con una espada, sino en soportar una vida monótona, inmóvil y desagradable: es la inacción o el nihilismo. La técnica ha sustituido al hombre, la guerra ha destruido la epopeya, y los soldados son masas anónimas, sin rostro, sin heroísmo, frente a un enemigo también invisible e inhumano. «No somos soldados, somos hombres», dice uno de los protagonistas de *Le feu*⁵¹. Roger Verceel describe en *Capitaine Conan*⁵², que obtuvo el premio Goncourt en 1934, a un guerrero, no como si fuera un militar, sino con todos los rasgos de un mito heroico: valentía, determinación, sentido del honor y del deber, eficacia táctica. Sin embargo la novela concluye con un capítulo en forma de epílogo que narra la vida de Conan, el protagonista, tras la guerra, gordo, triste, condenado a vender tras el mostrador de una mercería. La paz también destruye héroes. Louis Pergaud, el autor de *La guerre des boutons*, le dice a su mujer que los momentos de reposo son peores que estar en el frente, en primera línea, porque los días son monótonos y añade: «Aquí, en el sufrimiento, veo los bajos fondos del alma humana y las heces, y el orinal, y la mierda. ¡Qué pocos, tanto oficiales como soldados, pueden vanagloriarse de ser hombres, hombres!»⁵³. El alférez Pergaud murió en abril de 1915 en la Lorena, aunque nunca pudo encontrarse su cuerpo. El heroísmo en esta guerra consiste en el sacrificio, en la resignación, en la aceptación de un horror irracional y un odio injustificable.

«En todos los ayuntamientos, se cuelga el anuncio.
 Los primeros gritos: ¡Está anunciado!
 La calle se atropella, la calle se pone a correr.
 Los cafés se vacían, las tiendas se vacían, los cines, los museos, los bancos, las iglesias, los pisos de solteros, las comisarías se vacían.
 Toda Francia está ante el anuncio y lee: Libertad, Igualdad, Fraternidad – Movilización general.
 Toda Francia de puntillas para ver el anuncio, apretada, fraternal, chorreando sudor bajo un sol que la aturde, repite: “La Movilización” sin comprender.
 Una voz en la muchedumbre, como un petardo: ¡ES LA GUERRA!
 Entonces Francia se pone a dar vueltas, se lanza por las avenidas demasiado estrechas, a través de los pueblos, a través de los campos: la guerra, la guerra, la guerra...
 ¡Eh! ¡Allí: la guerra!»⁵⁴.

Se percibe nítidamente en este fragmento el tono cínico e irónico de Chevallier en su novela antibelicista *La Peur* que relata el calvario que vivió el escritor durante los cuatro años

51. Barbusse, *Le feu*, op. cit., 72.

52. R. Verceel, *Capitaine Conan*, Paris, 1934.

53. Citado por A. Charton, *Petit éloge de l'héroïsme*, Paris, 2014, 62.

54. Chevallier, *La Peur*, op. cit., 16 y 17. La novela termina así: «¿Tú no crees, dice un hombre, que nos han calentado la cabeza con eso del odio de las razas?», 409.

que duró la guerra del 14: su bautizo en el combate, las heridas, el hospital, la convalecencia, el regreso al frente, las trincheras, las noches pasadas dentro de los agujeros de los obuses, los piojos, el frío, el hambre, los gases, los gritos de dolor, los cadáveres. El soldado, convertido en héroe por mandato de un falso patriotismo, será sobre todo una víctima del terror.

Los escritores inicialmente antimilitaristas son minoritarios. Con gran frecuencia, los relatos sobre la primera guerra mundial comienzan con entusiasmo y la exaltación acompaña el éxodo de los soldados hacia el frente, casi como si se fueran de vacaciones. Barbusse habla de un «ímpetu de entusiasmo y de resolución»⁵⁵. Además se subraya el sentido de deber, «la idea de Patria... legitima la guerra», afirma Léon Werth⁵⁶. «Era la gran semana de agosto de 1914, donde cada ciudad de cada provincia, ofreció un regimiento a Francia». Con estas palabras inicia René Benjamin su novela sobre la movilización y el entusiasmo de las primeras semanas del conflicto, a través de las aventuras de un soldado, un *poilu*, *Gaspard*⁵⁷. El autor señala en el prefacio a su primera reedición en 1925, «la guerra del verano de 1914 se caracteriza por dos rasgos: el ímpetu cautivador de esta raza que corrió al combate, con valentía, sin sospechar en absoluto hacia dónde se dirigía,...; y el criminal abandono de la mayor parte de quienes nos llevaron: políticos y oficiales. Es el doble tema de mi libro, que es un libro triste».

Del entusiasmo al desencanto

Jacques Rivière también relata con entusiasmo en sus *Carnets* que había ido a la guerra con el corazón alegre y con deseo de gloria, de heroísmo. Más que de un sentimiento de germanofobia se trata de pura exaltación patriótica. Sin embargo, para Romain Rolland este amor a la patria, argumento de los beligerantes, no es sinónimo de odio a las otras patrias. La guerra le sorprende con 44 años y en Suiza. De inmediato se sintió desamparado, abrumado y clama que este conflicto es el suicidio de Europa. El escritor percibe de inmediato que la guerra será larga y terrorífica, moralmente desastrosa para toda Europa y apela a huir del odio. Dice que hay que permanecer *Au-dessus de la mêlée*, «por encima del conflicto», y publica un artículo el 15 de septiembre de 1914 con este título, es decir, pocos meses después de estallar la guerra, en el *Journal de Genève*⁵⁸. Se trata de un acontecimiento periodístico, comprometido y disidente, comparable al «J'accuse» de Zola. La literatura francesa, ya en los años previos al conflicto, tenía un componente ensayístico e intelectual muy importante, sobre todo tras el affaire Dreyfus. En plena y unánime efervescencia patriótica, en medio de un conformismo

55. H. Barbusse, *Clarté*, Paris, 1919, 1978, 97.

56. L. Werth, *Clavel soldat*, Paris, 1919, 1993, 11.

57. R. Benjamin, *Gaspard*, Paris, 1925, 2013.

58. Lo que es inicialmente un artículo titulado «*Au-dessus de la mêlée*», termina publicándose junto con otros dieciséis en un volumen. Rolland pensó inicialmente en dos títulos posibles, *Au-dessus de la haine* y *Contre la haine*. Finalmente optó por *Au-dessus de la mêlée*, publicado en 1915. La edición utilizada es la reedición de Payot: R. Rolland, *Au-dessus de la mêlée*, Paris, 2013.

belicista, Rolland fue uno de los iconos de la paz⁵⁹. Denuncia las dramáticas condiciones y denuncia también la guerra como crimen contra la humanidad, lanzando una llamada a la fraternidad universal. Ello le valdrá una reprobación unánime. Él lo dice con claridad en la Introducción que escribe en 1915: «Añadiré una sola palabra. Desde hace un año me encuentro rico en enemigos. Quiero decirles esto: pueden odiarme, pero no conseguirán enseñarme el odio. Mi tarea es decir lo que creo justo y humano. Que esto agrade o irrite es algo que no me interesa ya. Sé muy bien que las palabras pronunciadas construyen su propio camino. Yo las siembro en la tierra ensangrentada. Tengo confianza. La semilla crecerá»⁶⁰.

Muchos intelectuales se comprometen ideológicamente, por un sentido del deber, como decía Péguy, por obediencia a las virtudes ancestrales de la raza. Fue el primer escritor francés muerto en el frente en agosto de 1914; se había convertido al catolicismo, era nacionalista y con sentido patriótico pensaba que era preciso preservar una Francia eterna. Al igual que Barrès era un hombre intransigente en sus convicciones de patriotismo místico⁶¹.

En general la primera «visión lírica de la guerra, que había ayudado a muchos hombres a marchar» hacia el frente, en palabras de Jules Romains⁶², se desvanece muy pronto, desapareciendo las ilusiones y el enardecimiento de la movilidad patriótica. El heroísmo de una masa de soldados anónimos, sin identidad, su compromiso generalizado inicial con la causa patriótica, terminará siendo aburrimiento, miedo y desencanto.

«[Los hombres] hacen sus necesidades sin salir del foso. Orinan en latas de sardinas [...] Ni siquiera se mira ya dónde caen los obuses. [...] Es un aniquilamiento como en prisión. ¿La patria?... ¿La civilización?... ¿La guerra?... ¿La paz?... ¿Qué es eso?... No hay nada más que este agujero... No hay nada más que esperar que la muerte en este agujero»⁶³.

El protagonista sin entusiasmo y resignado, desocupado, aburrido, vive embotado en un agujero, con escasos y muy elementales sentimientos. Si la marcha del soldado hacia la guerra está rodeada de exaltación, pronto surge una experiencia trágica, un intenso miedo, tal y como le sucede a Gilbert, el protagonista de *Les Croix de bois*, al ver los primeros cadáveres: «Gilbert no se atrevía a avanzar, sentía miedo en el vientre, le temblaban las piernas... Miraba a los muertos, a todos esos muertos que había visto correr hacia su destino atroz»⁶⁴. Péguy y Alain-Fournier, que murieron en 1914, sólo pueden hablar de las

59. V. Marguerite, *La garçonnette*, Paris, 2013: el autor de la conocida novela en los años 20, donde alude ya al arquetipo de la mujer liberada y hedonista en la postguerra, consagró su vida al pacifismo, exigió un desarme unilateral y la declaración de una paz mundial. O Alain, *Mars ou la guerre jugée*, Paris, 1921, 1969: gran admirador de Jaurès, se alistó voluntariamente en 1916 donde escribió la citada novela denunciando la guerra como un crimen contra la humanidad.

60. Rolland, *Au-dessus de la mêlée*, op. cit., 45, 46.

61. Cito en este sentido el *Manifiesto de los dieciséis*, firmado el 16 de marzo de 1916 por quince destacados anarquistas como Kropotkin, apoyaba la guerra como acto de resistencia contra la agresión alemana.

62. J. Romains, «Prélude à Verdun», *Les Hommes de bonne volonté*, III, Paris, 1988, 6.

63. Werth, *Clavel soldat*, op. cit., 92-93, 100.

64. R. Dorgelès, *Les Croix de bois*, Paris, 1919, 51.

marchas y contramarchas de una guerra en movimiento. Sin embargo otros como Barbusse, Genevoix, Dorgelès, Cendrars o Bernanos pasaron un invierno en las trincheras. Y aluden al aburrimiento de una guerra inmóvil, embarrada, con los pies helados e infectados de champiñones. Drieu con 21 años va a la guerra y no conoce más que el cansancio y el dolor; ha soñado con hazañas heroicas pero la guerra no es más que una serie de ilusiones perdidas, de sueños abortados. A pesar de ser herido en Charleroi, vuelve al combate meses después sin ninguna alegría. No le importa morir y el alcohol le consuela de su depresión y de algunas alucinaciones que sufre. Será nuevamente herido en Douaumont, pero sigue volviendo al frente, en 1916 y en 1918. Como muchos otros *poilus* es la imagen de un anti-héroe que puede morir en cualquier momento, casi por casualidad, sin heroísmo. Dedicará seis textos a esa guerra absurda que ha conocido y no comprende, reunidos en *La Comédie de Charleroi*. También Bernanos, admirador de Péguy, sueña con ser un héroe y arriesgar su vida por la patria. Para él la experiencia se resume a poder ser alcanzado por una bala perdida o ser la víctima de una torpeza, de una casualidad, como algunos de sus compañeros que fueron heridos por caerse del caballo en el hielo.

En este discurso de la guerra, de la defensa de la patria contra el agresor enemigo, enseguida aparece el tema de la trinchera, del descenso al infierno de la trinchera, arquetipo de la guerra del 14: «La guerra hoy consiste en estar tumbado, tendido, aplastado. Antaño la guerra eran hombres de pie. La guerra hoy son todas las posturas de la vergüenza»⁶⁵. La vida cotidiana del soldado se instala en la cotidianeidad caótica e inhumana de la trinchera, espacio de lo irracional, lo brutal, lo animal. La trinchera aparece como una protección y es la prueba de que la guerra del 14 es una guerra de defensa. Por ello vamos a encontrar ciertos elementos relacionados con ese largo y monótono sufrimiento del soldado viviendo en la trinchera como el barro, la suciedad, las pulgas, los piojos y las ratas: «Somos como piojos en una cabeza» recuerda Cendrars⁶⁶. Barbusse anota con afán realista las preocupaciones verdaderas e inmediatas de los soldados en las trincheras: el hambre, la sed, los piojos, cuyo aplastamiento ensangrienta todas las uñas⁶⁷. En Dorgelès la trinchera es signo de una muerte anunciada: «Esta trinchera completamente nueva estaba rodeada de tierra fresca, como una fosa común. Quizás para ganar tiempo, nos habían metido en ella vivos»⁶⁸. El barro es el ambiente en el que se desarrolla, por ejemplo, toda la novela de Maurice Genevoix, *Ceux de 14*, y que se titula precisamente *El barro*⁶⁹. Barbusse declara: «En una época, pensaba que el peor infierno de la guerra son las llamas de los obuses, después durante mucho tiempo creí que era el ahogo de los subterráneos que se estrechan perennemente encima de nosotros. Pero no, el infierno es el agua»⁷⁰. Las explosiones indescriptibles y atroces de los obuses provocan

65. P. Drieu la Rochelle, *La Comédie de Charleroi*, Gallimard, Paris, 1996, 38.

66. Bl. Cendrars, *La main coupée*, Paris, 1975, 21.

67. Barbusse, *Le feu*, *op.cit.*, 392 ss.

68. Dorgelès, *Les Crois de bois*, *op. cit.*, 239.

69. M. Genevoix, *Ceux de 14*, Paris, 1950. Tetralogía que contiene *Sous Verdun*(1916), *Nuits de guerre*(1916), *La Boue*(1921) y *Les Épargés*(1923),

70. Barbusse, *Le feu*, *op. cit.*, 462.

tal magnitud de masacres, que los escritores que han visto estas imágenes, que lo han vivido, tienen inevitablemente obsesiones necrófilas y se ven obligados a buscar nuevos modos de representar la muerte en la trinchera de compañías, regimientos y batallones enteros: se alude así a cuerpos monstruosos, destrozados, amputados. Son asimismo frecuentes las escenas tópicas con un pie o un brazo saliendo de la pared de la trinchera⁷¹. Así le sucede a Giono, que descubre en el frente el horror de las masacres y lo traslada a *Le Grand Troupeau*, donde hay multitud de descripciones de cuerpos y paisajes destruidos y reventados. Es un auténtico cataclismo: los animales devoran a los soldados muertos, el cerdo come el cuerpo de un niño, los cuervos picotean miga de pan mojada en sangre junto a los muertos: «Es una batería inglesa: ruedas (roldanas), trozos de tubos, casquillos vacíos, obuses como capullos de gusanos; caballos reventados, con el cuello retorcido: hombres con la cara aplastada contra el suelo; rostros negros que muerden el cielo; una pierna, carne pulverizada, sesos estallados contra la llanta de una rueda»⁷². Esta guerra representada por grandes batallas como la de Verdún o el Somme, describen espectáculos increíbles en donde la civilización ha llegado técnicamente al colmo del progreso y la modernidad: Henri Malherbe califica el conflicto de «espectáculo cósmico»⁷³; sin embargo la modernidad técnica tiene consecuencias negativas y provoca, en un oxímoron, un regreso a tiempos prehistóricos tal y como hemos visto en la cita anterior. La trinchera narra la guerra con realismo y es objeto de descripciones naturalistas, pero es también metáfora de la herida, el dolor y la muerte.

Este desencanto no sólo procede de la degradación de la guerra en un conflicto inmóvil y mortífero, nace también de la pérdida de todo referente espiritual. Los soldados heridos son constantemente considerados como “nuevos” mártires, no sólo desde un punto de vista cristiano, sino desde el imaginario iniciático heroico⁷⁴. De hecho, Georges Duhamel titula una obra de 1917 *Vie des martyrs* y Barbusse, en el capítulo 21 de *Le Feu*, utiliza el término «mártir» y la comparación del soldado con Cristo, demostrando además que Dios ya no está con aquellos soldados que sufren: «Yo, dijo entonces una voz de dolor, no creo en Dios. Sé que no existe – a causa del sufrimiento...: todo este sufrimiento inocente que vendría de un Dios perfecto, es una trola»⁷⁵.

Conclusión

Tras este recorrido resulta evidente que el corpus de los relatos de la guerra del 14 tiene una amplitud impresionante. Hay muchos puntos de vista, diferentes experiencias e ideologías y, por tanto, distintos imaginarios y estilos, entre el realismo testimonial y la vanguardia formal. Todos los textos insisten en la brutalidad irracional del acontecimiento, en su dimensión

71. Véase por ejemplo Werth, *Clavel soldat*, op. cit., 140 o Cendrars, *La main coupée*, op. cit., 29.

72. Giono, *Le Grand Troupeau*, op. cit., 235

73. H. Malherbe, *La Flamme au poing*, Paris, 1917, 132

74. «La espiritualidad dolorista transforma la guerra entera en una inmensa imitación de Cristo», A. Becker, *La Guerre et la foi, de la mort à la mémoire, 1914-1930*, Paris, 1994, 50.

75. Barbusse, *Le feu*, op. cit., 404.

incomprensible: «la guerra, en definitiva, era todo lo que no se comprendía»⁷⁶. Pero el relato de guerra, una vez legitimada su veracidad, es decir, que no es materia de invención, introduce distintos procedimientos literarios, todo un artefacto narrativo para verbalizar e intentar transmitir aquel apocalipsis, para aprehender sus causas y efectos. Inventar una palabra que dé un sentido a aquella experiencia vivida. El relato de la guerra impregna literariamente con su poética específica la verdad del documento, para comprender la Historia desde la ficción.

76. Céline, *Voyage*, *op. cit.*, 22.

ANGLO-SAXON HISTORY OF POLITICAL SYMPATHIES FOR THE ALLIES OF LUIS ARAQUISTÁIN

Los antecedentes anglosajones de la aliadofilia política de Luis Araquistáin*

Manuel Menéndez Alzamora
Universidad de Alicante

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

La división entre aliadófilos y germanófilos en la España neutral que contempla el arranque de la Gran Guerra en agosto de 1914 es una división o fractura que se traslada a la opinión pública española a través de la prensa. Sin periódicos ni revistas que se hagan eco de las posiciones ideológicas en las que se ha dividido Europa, la opinión pública hubiera quedado sin el seguimiento directo y próximo del drama que estaba desgarrando Europa. La gran guerra dejó millones de muertos en las trincheras, pero junto al barro y la humedad de la línea de frente, la batalla se desarrollaba en otros frentes, uno fundamental fue el de la información »

Abstract

The division between the sympathisers of the Allies and the Germanophiles in neutral Spain at the start of the First World War in August 1914 was a split or fracture that was portrayed in Spanish public opinion through the press. Newspapers and magazines echoed the ideological positions that divided European public opinion with a direct and close monitoring of the drama that was destroying Europe. The Great War left millions dead in the trenches, but away from the mud and damp of the front lines, the battle also progressed on other fronts. One was critical information and propaganda, where the 'trenches' were »

* Este trabajo forma parte de las actividades del Proyecto I+D+I del Ministerio de Economía y Competitividad FFI2013-42443-R "Crisis y relectura del liberalismo en el período de entreguerras (1920-1938): las aportaciones de Walter Lippmann y José Ortega y Gasset".

y también el de la propaganda, su trinchera específica fueron las redacciones de los medios, en muchas ocasiones apoyadas y manipuladas por los servicios inteligencia puestos al servicio de cada bloque. En España la guerra tuvo un reflejo intenso en la prensa, el semanario *España* es quizá el medio más importante y uno de sus directores Luis Araquistáin uno de los grandes periodistas aliadófilos. El artículo trata de investigar las fases previas de la trayectoria de Luis Araquistáin centrándonos en sus artículos de 1911 en los que hay una primera incubación de su pensamiento político y su aliadofilia que recibe una influencia muy importante del socialismo fabiano.

Palabras clave

Aliados, Primera Guerra Mundial, Ideología, Prensa Española

certain newsrooms, many of which were supported and manipulated by the intelligence services of the two blocks. In Spain the war was intensely reflected in the press: the weekly magazine *España* was the most important medium, and one of its directors, Luis Araquistáin, was one of the great journalists who sympathised with the Allies. This article aims to investigate the preliminary stages of Araquistáin's career as a journalist focusing on *El Liberal* (1911), where one can find the first incubation of his political thought and affinity with the Allies, which was very significantly influenced by Fabian socialism.

Key words

Allies, WWI, Ideology, Spanish Press

1.- Los orígenes intelectuales y políticos del joven Luis Araquistáin

Luis Araquistáin es uno de los principales periodistas de la aliadofilia liberal española. Junto con Ramiro de Maeztu es el intelectual que más relación tiene con la órbita cultural anglosajona, ha ejercido la corresponsalía británica desde Londres y ahí se forja tanto su aliadofilia como buena parte de los principios estructurales de su pensamiento. En este artículo se pretende encuadrar las bases de la primera producción periodística de Araquistáin, un proceso de maduración sin el que no se entiende su posterior paso estelar por la dirección del semanario *España* en su fase más profundamente aliadófila.

Luis Araquistáin nació en Bárcena de Pie de Concha, en Santander, el 18 de junio de 1886, aunque él siempre se reclamó como vasco: «Soy medio vasco. Biológicamente, quizás más vasco que castellano. Toda mi raza paterna es vasca y he vivido muchos años en el país vasco. Durante una parte de mi niñez, sólo hablé vascuence. Mis raíces son vascas, pero mi cabeza es española. Antes que vasco soy español, y antes que español, soy hombre».¹

De familia perteneciente a la pequeña burguesía, su primera vocación fue el sacerdocio a la que renunció por su incompatibilidad con el celibato. En Bilbao siguió estudios de marino y desarrolló prácticas marítimas, después dejó la profesión y emigró a Argentina, de allí se trasladó a varios países de Europa. En 1908 retoma a España y emprende su carrera como publicista en la península. *Vida Galante* acoge sus primeras colaboraciones. *El Noticiero Bilbaíno* y *Las Noticias* de Barcelona también dan a la luz esas primeras colaboraciones del joven periodista. Las colaboraciones adquieren mayor continuidad cuando su firma aparece en *El Mundo*, periódico madrileño financiado por Benigno Chavarrí –personaje de las esferas monárquicas de Bilbao– al que llega Araquistáin recomendado por el intendente del frontón Euskalduna de Bilbao.

La Mañana nació en Madrid en diciembre de 1909, periódico de corta existencia que dejará de editarse a finales de marzo de 1910. Dirigido por Manuel Bueno la redacción reunió a jóvenes periodistas y políticos: Luis Bello, Luis Morote, Gregorio Martínez Sierra y Ramón Pérez de Ayala, entre otros. Araquistáin ejerció la crónica internacional casi a diario en una columna titulada «La voz del exterior». Marta Bizcarrondo expresa que «lo más destacable –de sus colaboraciones en *La Mañana*– es el intenso deslumbramiento que ejerce sobre él la evolución política inglesa, impulsada por un liberalismo dinámico. Araquistáin se presenta como un liberal a lo Lloyd George, abierto a unas reformas que le faciliten el apoyo de una clase obrera consciente de las ventajas generales de la coalición»². Los comentarios harán referencia también a la política italiana o a las campañas «antiespañolas» tras la ejecución de Ferrer Guardia.

Tras el paso por *La Mañana* y *El Mundo*, Araquistáin se afianza en *El Liberal* donde redactó su columna «Desde Londres» ejerciendo la corresponsalía en la capital británica. Allí

1. L. Araquistáin, «¿Unión con Portugal o separatismo de España? El nacionalismo vasco-catalán», 1945, [inédito].

2. M. Bizcarrondo, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República. "Leviatán" (1934-1936)*, Madrid, 1975, 17.

coincide con Pérez de Ayala y con Ramiro de Maeztu. De Londres se trasladó a Alemania, desde donde firmó una nueva sección en *El Liberal*, «Desde Berlín». El 20 de agosto de 1911, *Vida Socialista*, la revista semanal del Partido Socialista, publicó un artículo de Generoso Plaza en el que se incluye al joven periodista como miembro del Partido Socialista.

Nuestro trabajo revisa la producción periodística de Araquistáin durante la correspondencia londinense en 1911 caracterizada por el contacto y la asimilación del socialismo fabiano que intentaba una genuina convergencia de liberalismo y socialismo muy adaptable a los intereses de las burguesías medias –liberales y urbanas– con las que se intentaba abordar una reforma pragmática y una normalización de la vida democrática de España. En los artículos de *La mañana* está claramente apuntada esta dirección: «presentan –señala Bizcarrondo– a liberalismo y socialismo como soluciones complementarias de un problema nacional enfocado desde la perspectiva del reformismo burgués»³.

2.- El esplendor del socialismo fabiano

El fabianismo como corriente del socialismo inglés a finales del siglo XIX nace de la asociación que utiliza el nombre del general romano Fabio Cunctator por algo más que por la veneración del mundo latino. En efecto, si por algo trasciende la labor del militar romano es por utilizar una estrategia basada en la previsión del ataque, en el debilitamiento del enemigo y en el permanente atosigamiento como claves del éxito.

En la primavera de 1884 se imprimen dos mil folletos del primer texto fabiano: «¿Por qué hay tantos pobres?» y queda aglutinado el núcleo fundacional de la sociedad formado por Sydney Webb, Sydney Olivier, Graham Wallas y George Bernard Shaw. El sentido filantrópico de los primeros fabianos deriva de la constatación de la situación en la que subsistían la parte menos favorecida de los obreros ingleses: fluctuación de los salarios y los precios, trabajo estacional, malas condiciones laborales, empleo de menores... Mas esta constatación adquiere ciertos visos de cientificidad al ser fruto de las primeras investigaciones sociales en las que empiezan a aplicarse técnicas estadísticas. Paradigmática resulta en este sentido *Life and Labour of the People in London* de Charles Booth, un análisis que conduce a la «aritmética del infortunio» y nos remite a una crítica de los aspectos más desalentadores del liberalismo victoriano en clave casi utilitarista⁴.

Sobre este estado de las cosas se articula la respuesta fabiana que recogerá las excelencias del estratega que le da nombre para proponer un reformismo de tintes socializantes claramente desmarcado de cualquier programa ortodoxo.

La nueva propuesta de socialismo se desdecía como marxista al no negar el capitalismo y el camino sin retorno hacia el que supuestamente avanzaba; al tiempo que valoraba como

3. Bizcarrondo, *op. cit.*, 19.

4. Véase, J. Stevenson, “De la filantropía al fabianismo”, VV.AA. *Ensayos fabianos sobre pensamiento socialista*, Madrid, 1988, 36.

positivos tanto su predisposición al avance tecnológico como su éxito productivo⁵. En el mismo orden de cosas George Bernard Shaw, prohombre fabiano, siempre equiparaba la libertad de competencia y la libertad individual a otras libertades, como las de palabra o la de prensa⁶.

La solución se encaminaba hacia un aumento de la intervención del Estado en todos los órdenes acompañado de una vuelta de tuerca en la democratización de sus instituciones. Desde el problema de la vivienda a la cuestión agraria, o desde el trabajo de los menores a la educación de los obreros, los fabianos empiezan a especular en alternativas políticas en las que el intervencionismo estatal fraguaba en un marco de respeto al sistema de libre mercado. De esta manera los procesos de transformación en la sociedad industrial británica vendrían presididos por el principio del cambio gradual. El olvido de las estridencias radicales y el sentido contemporizador marcaban el ritmo de la «penetración pacífica» en el sistema en el que los intelectuales tenían un papel de agentes de primera fila.

La corresponsalía de Araquistáin en Londres lo pone en contacto con esta nueva onda política, en un proceso paralelo al vivido por Ramiro de Maeztu. Tanto uno como otro serán los protagonistas básicos de la propagación de un liberalismo socializante de nuevo cuño que tendrá un papel fundamental a la hora de modelar las primeras formas ideológicas de la Generación del 14.

3.- La impronta política del fabianismo y el ejercicio del periodismo

¿En qué nuevas coordenadas podemos situar el pensamiento fabiano que Araquistáin empieza a absorber en 1909? Los textos del joven periodista dejan traslucir, mezclados con opiniones literarias, críticas teatrales o el simple comentario sorprendido de la vida cotidiana londinense, algunos de los pilares básicos en los que se apoya esta nueva manera de enfrentarse a las cosas.

Si de alguna manera queda caracterizada esta etapa es por el deslumbramiento que la figura y la política de Lloyd George causa a nuestro periodista. El político liberal británico será el agente de diversos cambios y propuestas de tinte socializador que puntualmente merecerán la columna elogiosa de Araquistáin. Así, el proyecto de ley que ampliaba la cobertura de los servicios médicos es catalogado como un profundo avance frente a los intereses económicos de los médicos que están en inversa relación a la salud de su clientela⁷. El proyecto se dividía en dos partes, la primera dedicada al seguro contra la enfermedad y la invalidez, y la segunda dedicada al seguro contra la desocupación. En ambos casos se ampliaba el anterior marco de protección y se articulaban tres fuentes de financiación: los patronos, los obreros y

5. Véase, E. Durbin, “Socialismo fabiano y ciencia económica”, VV.AA. *Ensayos fabianos sobre pensamiento socialista*, loc. cit., 67.

6. Véase, Durbin, loc. cit., 68.

7. Véase, L. Araquistáin, “Nacionalización de los médicos”, *El Liberal*, Madrid, 5 de junio de 1911, 3.

el propio Estado. Ante tan planificado despliegue, nuestro periodista califica a Lloyd George como «el santo civil más grande de nuestra época»⁸.

Araquistáin se congratula de que «ya no queda resquicio en la vida del ciudadano inglés que se escape de la acción protectora del Estado» y que por tanto, ahora, «ya no le preocupará el problema de la libertad de conciencia, ni el problema de la satisfacción de las necesidades económicas más perentorias. Su espíritu podrá elevarse libremente, rotas las cadenas de toda sujeción mental o material, a las formas más altas del arte y de la ciencia»⁹. Gracias a esta reforma, Lloyd George es el hombre que sabe recoger «los anhelos ideales del liberalismo para transformarlos en hechos tan tangibles y tan sublimes»¹⁰.

Un numeroso grupo de parlamentarios envía al gobierno en el verano de 1910 una memoria para que retome algunas medidas económicas y tributarias paralizadas en primera instancia en la Cámara Alta. El grupo de medidas lleva el inconfundible sello de Lloyd George y sus objetivos giran en torno a la carga fiscal sobre el aumento del valor de los solares, un aumento «debido al desarrollo comercial e industrial de las ciudades, debe devolverse a la comunidad (...)»¹¹: la medida, que según Araquistáin conecta con el pensamiento utilitarista de Stuart Mill, nos proporciona un nuevo ejemplo de la fe ciega que nuestro corresponsal prodiga hacia todas y cada una de las decisiones del político británico.

La política de acción social que protagoniza Lloyd George necesita indudablemente de buenos recursos económicos. Aquí comienza la segunda parte del problema. Araquistáin elogia el sentido pacifista del ministro inglés que le induce a condenar severamente el gasto militar que «hace detener el avance reformista del liberalismo»¹² al tratarse de una partida importante en los presupuestos. Ahora bien, las alternativas del político liberal inglés le conducen a gravar fiscalmente con severidad a determinados grupos sociales: «¿Y cómo se va a arreglar este hombre para obtener en un año 5.000 millones de pesetas? Pues siguiendo el gran principio liberal de imponer tributos a aquellos que puedan soportarlos (...). La bolsa de los millonarios ingleses es la región que ha elegido Lloyd George para coger su botín»¹³. Este aumento de la recaudación tributaria se reclamará por determinados sectores políticos para mejorar las dotaciones presupuestarias del ejército o para la acción social: Araquistáin elogia la maestría del ministro inglés para capear intereses tan contrapuestos, «es un infatigable mago, que no cesa de sorprender al mundo con su prodigiosa capacidad de hacendista liberal»¹⁴.

Las costosas reformas de Lloyd George encontraron su máximo obstáculo en la Cámara Alta que respondía con severidad ante cualquier modificación de la política tributaria. Choque de intereses políticos que fue hábilmente utilizado por el propio ejecutivo al saldarse

8. L. Araquistáin, «Pensiones para enfermos», *El Liberal*, Madrid, 16 de mayo de 1911, 1.

9. L. Araquistáin, «El individuo y el Estado. Visión de lo futuro», *El Liberal*, Madrid, 14 de abril de 1911, 1.

10. L. Araquistáin, «Génesis de una ley», *El Liberal*, Madrid, 12 de mayo de 1911, 1.

11. L. Araquistáin, «Socialización. La obra de Lloyd George», *El Liberal*, Madrid, 14 de agosto de 1910, 1.

12. L. Araquistáin, «Guerra en la paz», *El Liberal*, Madrid, 10 de julio de 1910, 3.

13. L. Araquistáin, «El liberalismo económico», *El Liberal*, Madrid, 6 de julio de 1910, 1.

14. L. Araquistáin, «El impuesto de utilidades», *El Liberal*, Madrid, 6 de enero de 1911, 1.

con la aprobación en agosto de 1911 de una ley que restringía severa, aunque no totalmente, la capacidad de veto que los lores tenían sobre lo legislado por la Cámara de los Comunes¹⁵.

En la polémica, Araquistáin entenderá el conflicto como un cuestionamiento de las bases profundas de la democracia, «el pueblo inglés está democratizado en su gran mayoría, sabe o presiente donde reside la soberanía de la nación y tiene clara conciencia de que los destinos de las oligarquías y, en general, los destinos del Estado, dependen de su exclusiva voluntad»¹⁶. Desde el punto de vista democrático, una segunda cámara «restringe la obra legislativa de los que encarnan la representación directa del pueblo y, en consecuencia, es antidemocrática; y una segunda Cámara constituida por elección popular, se identifica en la de los Diputados, y, por lo tanto, sobra»¹⁷.

El objeto de la acción fabiana es penetrar en los resortes de Estado para hacer más eficaz la labor social. En este sentido, Araquistáin proclama la necesidad de que la Administración amortice limpiamente sus deudas al tiempo que sea capaz de obtener rentabilidades que amplíen el margen de acción de los servicios públicos. El centro de este difícil equilibrio lo hace depender de la “norma de conducta” de los funcionarios y los administradores¹⁸, un claro apunte de las trazas éticas que tan importante papel desempeñan en todo el pensamiento fabiano.

Esta fuerte carga de contenido moral que siempre envuelve el discurso fabiano la extiende nuestro periodista a diversas facetas de la vida. Así, no duda en elogiar la creación de una fundación dedicada o remunerar a aquellos que arriesgan o pierden sus vidas por salvar al prójimo¹⁹, o en informarnos de la existencia en Londres de más de veinte sociedades dedicadas a la protección de niños, lo que le da pie para recalcar que «un pueblo que sabe proteger su infancia contra la brutalidad, la miseria y la ignorancia es, sin duda, un pueblo que conoce el arte de formar buenos ciudadanos»²⁰.

Donde quizá se descubre la huella de un estricto sentido moralizante es en sus propuestas de educación sexual para jóvenes y adolescentes. Aquí surge, de repente, la moralidad de católica de su juventud primera. En este sentido propone trasladar el modelo británico de implantación del deporte en la escuela dado que

«el resultado, a más de su desarrollo físico, consiste en que el instinto sexual tarda en despertarse, y es que los muchachos ingleses están libres de este trágico periodo de aberración por que atraviesa la adolescencia española, debido (...), sobre todo, a la falta de actividad física que distraiga la viciada imaginación y conserve adormecido el sexo (...); mientras los muchachos ingleses, con sus juegos atléticos, están aletargados sexualmente y pueden preparar los cimientos para su obra científica del mañana, los muchachos españoles, por falta de juegos atléticos y

15. Véase, L. Araquistáin, “La crisis inglesa”, *El Liberal*, Madrid, 9 de agosto de 1911, 1; y L. Araquistáin, “La derrota de los lores”, *El Liberal*, Madrid, 16 de agosto de 1911, 1.

16. L. Araquistáin, “Democracia y oligarquía”, *El Liberal*, Madrid, 27 de febrero de 1911, 1.

17. L. Araquistáin, “¿Una o dos cámaras?”, *El Liberal*, Madrid, 9 de marzo de 1911, 2.

18. Véase, L. Araquistáin, “Moral de los servicios públicos”, *El Liberal*, Madrid, 24 de abril de 1911, 1.

19. Véase, L. Araquistáin, “El cultivo del heroísmo”, *El Liberal*, Madrid, 2 de marzo de 1911, 2.

20. L. Araquistáin, “El amor a los niños”, *El Liberal*, Madrid, 30 de abril de 1911, 2.

cuidado en los padres y maestros, no construyen más cimiento que el de su propia ruina física y, por tanto, también moral»²¹.

Ya desde los años veinte y treinta algunos círculos owenistas habían comprobado como una política demasiado experimental y radical en materia sexual chocaba con los modelos de comportamiento de los sectores sociales en los que se buscaba proyección ideológica²². Se abría una corriente que reclamaba la necesidad de separar los elementos políticos de un programa de los componentes relativos a una visión antropológica más amplia entre los que se incluían las relaciones entre sexo, cultura y naturaleza. B. Shaw se mostrará reiteradamente partidario de eliminar los elementos «sensuales» y «voluptuosos» de cualquier experiencia política y los Webb desaprobarán la «promiscuidad sexual» en la Unión Soviética de los años treinta como algo opuesto a la ética de la comunidad²³.

Desde estos contornos moralizantes, el fabianismo muestra su núcleo duro en el terreno ideológico cuando se desmarca de otras posiciones socialistas más ortodoxas. Araquistáin se apoya en la publicación del libro de Ramsey Macdonald, *El movimiento socialista*, para dar luz a estas diferencias: la revolución no puede traer el socialismo sino que este deriva de un proceso orgánico de transformación social, «las verdaderas reformas suelen estar detrás de los Parlamentos, no detrás de las barricadas»²⁴; aquí radica su sentido antimarxiano y su contenido liberal, la transformación se hace desde el propio sistema capitalista y mediante los mecanismos que este ha legitimado. Por ello Araquistáin pregona de esta nueva orientación «su naturaleza orgánica, interna, evolutiva, no modificable en un momento revolucionario, sino en una serie de momentos con el auxilio de la ley, que sólo puede ganarse con la agitación intelectual del pueblo, con la divulgación de los problemas nacionales, sobre todo en las regiones agrícolas, y con la organización en torno de ideas y no de hombres»²⁵.

El fabianismo no abandona ciertos rasgos muy marcados de colectivismo, el propio Araquistáin se hace permanente eco de ellos cuando en clave psicologista cree ver como causa de muchos suicidios «el error de la inteligencia, según el cual la mayoría de los hombres ambicionan acumular más riqueza de la que necesitan»²⁶, lo que remite a la cuestión de fondo: la preferencia del mundo material sobre el intelectual que tienen los individuos. En otro momento critica la nueva ley de propiedad intelectual británica porque extiende los derechos de autor, una vez muerto, a los herederos, con lo que se beneficia a la familia en detrimento de la sociedad²⁷. De manera todavía más ingenua se planteará «¿hasta qué extremo es legítima la propiedad individual en obras de arte? (...) ¿en dónde concluye la propiedad individual y

21. L. Araquistáin, “Los bárbaros del norte”, *El Liberal*, Madrid, 28 de abril de 1911, 2.

22. Véase, J. Weeks, “Los fabianos y la utopía”, VV.AA. *Ensayos fabianos sobre pensamiento socialista*, loc. cit., 111.

23. Véase, Weeks, loc. cit., 119.

24. L. Araquistáin, “Incomprensión del socialismo”, *El Liberal*, Madrid, 22 de abril de 1911, 2.

25. Araquistáin, loc. cit., 2.

26. L. Araquistáin, “El suicidio y la civilización”, *El Liberal*, Madrid, 27 de marzo de 1911, 1.

27. Véase, L. Araquistáin, “La propiedad literaria”, *El Liberal*, Madrid, 20 de abril de 1911, 2.

comienza la nacional en materias artísticas?»²⁸. Más sujeto a la realidad social de la Inglaterra que le tocó vivir, Araquistáin cargará de nuevo sobre el tema de la colectivización al mostrar la bonanza del proyecto de nacionalización de la compañía británica de teléfonos. En cualquier caso, y siguiendo el patrón fabiano, se trata de un colectivismo guiado por la Administración liberal²⁹.

La acción interventora del Estado se traslada del socialismo fabiano a la propia percepción de Araquistáin que afirma: «El fin es que las condiciones de la vida de cada individuo estén enteramente aseguradas por el Estado (...). Sólo entonces se hallarán todos los hombres sobre idéntica base de condiciones para desenvolver libremente su personalidad». El principio liberal queda remarcado al coincidir con Hobhouse que «después de rechazar el socialismo mecánico de los historicistas y el burocrático de algunos utopistas, enlaza la corriente de lo que él llama socialismo liberal con lo que él llama también liberalismo económico»³⁰.

La acción del Estado se completa con una atención a lo que en sus textos se suele englobar bajo el concepto de «máximo desarrollo de la personalidad», se trata de que esa acción protectora del Estado genere unas condiciones de igualdad a partir de las cuales los ciudadanos puedan desarrollar sus capacidades, aquí radica la auténtica «conquista de la substancia liberal»³¹.

4.- La mirada anglosajona sobre ciertas constantes generacionales: elitismo, pedagogía política y europeísmo

En esta mixtura de principios liberales aplicados sobre conceptos socializadores despeñan un papel fundamental las élites. El concepto hace referencia a aquellos grupos más capacitados –técnica y culturalmente– en los que el fabianismo confiaba la dura tarea inicial de «despertar» a las masas inactivas:

«Los hombres que llevan el mundo en la actualidad, no son las mayorías que obran por interés personal, sino unas pequeñas minorías que inventan, crean y practican por santo desinterés. Estas minorías son de todos los tiempos y de todos los lugares. Estas minorías son cada vez mayores, conforme las condiciones del desarrollo de la personalidad humana son menos desiguales para todos. (...), ¿no hay derecho a esperar que aumenten las minorías, que sólo actúan por estímulos puros del espíritu, y que, por lo tanto, sea más intenso el progreso externo e interno de las sociedades humanas?»³².

El papel de reactivación asignado en primera instancia al carácter filantrópico de estos grupos más avanzados conecta con el sentido aristocratizante que rodeaba a muchos de los

28. L. Araquistáin, “Molienda de millones”, *El Liberal*, Madrid, 19 de marzo de 1911, 2.

29. Véase, L. Araquistáin, “Nueva nacionalización”, *El Liberal*, Madrid, 25 de junio de 1911, 3.

30. L. Araquistáin, “La línea del liberalismo”, *El Liberal*, Madrid, 19 de junio de 1911, 2.

31. L. Araquistáin, “Guerra de lenguas”, *El Liberal*, Madrid, 9 de julio de 1911, 1.

32. Araquistáin, “Nueva nacionalización”, loc. cit., 3.

planteamientos fabianos. La tarea de modernización y racionalización administrativa de un Estado tan cargado de competencias debía de recaer en personas cualificadas. Este sentido elitizante que los fabianos ya hacían notar en el estricto ámbito burocrático cobraba una nueva dimensión cuando se trataba de perfilar la figura de un nuevo intelectual al que se colocaba en la avanzada de todo proceso transformador. Para Araquistáin resulta un modelo la figura de Bernard Shaw, quien «con su labor de periodista, primero; con sus discursos de la Sociedad Fabiana, más tarde, y con sus comedias, después, ha sido uno de los hombres que más han estimulado el progreso político y artístico –musical, pictórico y dramático– de Inglaterra en estos últimos treinta años»³³. Esta su visión del intelectual cobra matices de clara ingenuidad cuando, por ejemplo, denuncia que en España

«los poetas no se han despertado aún a la vida objetiva. Viven contentos con sus torres de marfil, sus princesas tristes y sus rayos de luna. Siendo España uno de los países más trágicos del globo, los poetas no ven en torno de sí más que suavidades, (...). En estas circunstancias, un poeta que recogiera lo universal, lo europeo, frente a lo particular y africano, ¿no sería en España un fecundo instrumento de agitación y renovación?»³⁴.

Luis Olariaga intervendrá en la polémica y reclamará no solamente la posibilidad de que el arte y la cultura tengan un valor social sino que esta posibilidad debe convertirse en deber. Araquistáin especifica y afirma que en una primera instancia el arte puede, además de su sentido exclusivamente estético, tener una función moral de tal manera que «determine estados dinámicos (...), que nos mueva a obrar, a ser mejores, a combatir el mal»³⁵. Esta etapa llega a su término cuando gracias a la «acción coercitiva de la ley» y la «acción constructiva de la enseñanza», los hombres abandonen su individualismo y piensen en el interés común, en este momento «la moral habrá cumplido su misión y el Arte y la Ciencia serán actividades independientes»³⁶.

Se perfilan del anterior discurso dos instrumentos que cobran singular importancia en la nueva tarea de transformación social y que forman parte del núcleo duro de la propuesta política de la Generación del 14: la prensa y la educación. El fabianismo concede un importante margen de confianza a la acción de la prensa sobre la sociedad, «el periodismo es un poderoso instrumento de gobierno liberal»³⁷ afirma tajantemente Araquistáin. Se trata de un medio de educación que sirve de regulador social al sanear la vida pública: reclama la participación de los ciudadanos en la prensa, en lo que denomina «intervencionismo público», para de esta manera excitar la «veracidad y la cultura» de quienes escriben en prensa, así como para desenmascarar a «hombres provistos a lo sumo de una pseudo-

33. L. Araquistáin, “La nueva generación”, *El Liberal*, Madrid, 26 de abril de 1911, 2.

34. L. Araquistáin, “El poeta y el hombre”, *El Liberal*, Madrid, 15 de julio de 1911, 2.

35. L. Araquistáin, “Arte y moral”, *El Liberal*, Madrid, 20 de agosto de 1911, 2.

36. Araquistáin, loc. cit., 2.

37. L. Araquistáin, “Naturaleza del periodismo”, *El Liberal*, Madrid, 19 de septiembre de 1910, 1.

cultura»³⁸. A raíz del atosigamiento de toda la prensa británica hacia el ejecutivo, Araquistáin intenta descubrir la esencias profundas de un nueva manera de entender la libertad de prensa en donde «no hay periódicos que se venden por un puñado de dinero hoy a un gobierno, mañana al opuesto, a condición de defenderles, aun atropellando la verdad y el derecho (...). La vida de los periódicos ingleses tiene sus raíces en el pueblo; este hecho es condición y obligación de su existencia»³⁹.

La educación se convierte en el segundo pilar que sostiene la acción reformadora. En Araquistáin los problemas pedagógicos están muy relacionados con su defensa del mundo rural: «La agricultura debe ser uno de los puntos fundamentales de todo programa político»⁴⁰. Así, el éxodo rural se observa como una amenaza cada vez más real y se vincula a una educación defectuosa que transmite una imagen fantasiosa y encantada del mundo urbano. Por contra, una educación «perfecta», derivada del fomento de las escuelas rurales, paraliza la emigración campesina⁴¹. Incluso se atreve a dar un paso más: la repoblación rural: «Una buena política consistiría en encauzar hacia al campo el exceso de población de las ciudades, en vez de permitir que este exceso abandone el país con rumbo a mejores tierras. Pero esta política es imposible si no se resuelve primero el problema agrario»⁴². Mientras que la educación en las ciudades de aquellos que posteriormente van a continuar sus estudios en la universidad parece un flanco cubierto, queda por abordar la formación de quienes tienen un futuro como agricultores o como obreros, en este ámbito es en el que se propugna un nuevo modelo de escuela que debería proporcionar «una educación general preparatoria para todos los oficios»⁴³.

Dos nuevas facetas acompañan, en otro orden de cosas, la configuración del pensamiento de Luis Araquistáin como intelectual fabiano: su postura ante el papel del ejército y el sentimiento europeísta. Las radicales posturas que el periodista cántabro mantendrá una vez desencadenada la Gran Guerra son percibibles en el periodo de la corresponsalía británica aunque ciertamente con un sentido bien diferente. Ahora se encuentra instalado en un pacifismo que le hace criticar con vehemencia cualquier aumento de las partidas militares de los presupuestos británicos y sospecha que los rumores que apuntan la existencia de preparativos para una invasión alemana de Inglaterra –depositados en la opinión pública a través de noticias alarmantes: espías alemanes, globos que sobrevuelan la isla...– no son más que un producto de la prensa más corrupta y degradada. El sustento teórico de este convencimiento antimilitar le viene dado por una novedad editorial –*La gran ilusión* de Norman Angell– que teoriza sobre cuestiones como la imposibilidad del poder militar para proporcionar benefi-

38. L. Araquistáin, “¿Cuánto cuesta vivir?”, *El Liberal*, Madrid, 31 de agosto de 1910, 2.

39. L. Araquistáin, “La crítica periodística”, *El Liberal*, Madrid, 15 de abril de 1911, 3.

40. L. Araquistáin, “El retorno a la tierra”, *El Liberal*, Madrid, 29 de enero de 1911, 2.

41. Véase, L. Araquistáin, “La enseñanza en las aldeas”, *El Liberal*, Madrid, 2 de enero de 1911, 1.

42. L. Araquistáin, “La emigración y la tierra”, *El Liberal*, Madrid, 10 de mayo de 1911, 2.

43. L. Araquistáin, “Una escuela para hacer obreros”, *El Liberal*, Madrid, 24 de julio de 1911, 1.

cios materiales a quien lo posee o sobre la guerra como mal necesario debido a la inmutable por naturaleza «psicología guerrera del hombre»⁴⁴.

Araquistáin considera que el sentido pacifista que propone como modelo de relación entre las naciones es algo asumido por todas las sociedades y su realización práctica depende exclusivamente del rango que haya alcanzado su democracia: «Si los pueblos no han impuesto aún el desarme de las naciones respectivas, no es por falta de convencimiento de que la razón económica de la guerra es falsa, sino porque todavía no se ha apoderado bien de ellos la idea democrática»⁴⁵. Respecto a la fundamentación última de la guerra plantea un singular conflicto de intereses que remite al carácter *sui generis* de su socialismo: «Hoy la guerra representa, más que un conflicto de naciones, un conflicto de clases, de fracciones sociales; por una parte, la fracción social compuesta de trabajadores y de capitalistas, que ven en la paz una condición necesaria (...), y por otra, la fracción de los que anhelan la guerra para satisfacción de sus bastardos intereses, de sus odios absurdos o de sus errores lamentables»⁴⁶. Con fines igualitarios dará la bienvenida a la sustitución de la redención en metálico por el servicio militar obligatorio, aunque no se le escape afirmar que lo deseable sería un servicio militar voluntario⁴⁷.

Respecto al segundo elemento, merece la pena destacar el acendrado europeísmo latente en el discurso del periodista. Volvemos hacia la recuperación de la idea de Europa que tan claramente habían interpretado Costa o Unamuno y heredan sus compañeros generacionales. A este último reprocha su ensimismamiento casticista: «Algunos han creído que Europa era sólo el progreso mecánico y se han opuesto a él con una filosofía africanista; tal, el Sr. Unamuno. Otros, como el buen Sr. Cejador, han creído que Europa es una especie de droguería intelectual, (...) y han ensalzado las ventajas de la medicina casera»⁴⁸. Frente a este desesperanzado panorama en el que el concepto «europeísmo» ha perdido su contenido y suena a palabra falsa con la que ensalzar ora con ingenua ignorancia ora con cínica adulación. Frente a esta falsificación, Araquistáin impone un restablecimiento de la dignidad del término y reclama un nuevo ideal europeo como «síntesis de todas las conquistas de la ciencia, de la moral y del arte que ha realizado el espíritu humano en estos últimos cuatro o cinco siglos»⁴⁹. Europa queda remarcada como meta ideal cuando afirma que «viajar por Europa es, para un español, aprender en teoría la historia de los errores de la historia de España»⁵⁰.

Esta visión de lo europeo contrasta rápidamente con la ácida crítica que tanto Araquistáin como su propia generación, «los del 14», dedican a los aspectos de la vida social en los que creen observar la pervivencia de las costumbres más tétricas. La tauromaquia y el mundo que la rodea es foco de atención como ejemplo y manifestación profunda de la España negra.

44. Véase, L. Araquistáin, «La tragedia de la paz», *El Liberal*, Madrid, 16 de marzo de 1911, 2; y «Los fundamentos de la guerra», *El Liberal*, Madrid, 18 de marzo de 1911, 2.

45. L. Araquistáin, «El pueblo y la guerra», *El Liberal*, Madrid, 22 de marzo de 1911, 1.

46. L. Araquistáin, «Una nueva internacional», *El Liberal*, Madrid, 5 de septiembre de 1911, 1.

47. Véase, L. Araquistáin, «El servicio voluntario», *El Liberal*, Madrid, 4 de abril de 1911, 2.

48. L. Araquistáin, «Europa y nuestros intérpretes», *El Liberal*, Madrid, 26 de mayo de 1911, 3.

49. Araquistáin, loc. cit., 3.

50. L. Araquistáin, «Amberes», *El Liberal*, Madrid, 1 de julio de 1911, 3.

Nuestro periodista se alarma cuando descubre que lo que en años no han conseguido ni Galdós, ni Menéndez Pelayo, ni Unamuno, a saber: desplegar columnas en un rotativo londinense de gran tirada..., lo consigue un torero: Machaquito. El tono, procediendo del país pionero de las sociedades protectoras de animales, es adivinable: nuestro héroe deviene en «matarife» y la fiesta en «pasatiempo de cobardes» en el que destaca su «crueldad increíble, fantástica, diabólica...». «Un artículo más contra los toros» parece concluir Araquistáin, sin embargo, la crítica británica le da pie para establecer que «la sensibilidad española –y con esto ocurre lo mismo que con todos los elementos integrantes del pueblo español–, no ha alcanzado todavía el grado de humanización de la sensibilidad media de Europa»⁵¹.

Más allá del análisis del fabianismo de nuestro autor, la corresponsalia londinense nos pone en la pista del abandono de anteriores querencias ideológicas: «Como filosofía, el anarquismo me parece una doctrina absurda» afirma, aunque a renglón seguido se muestra preocupado con la posibilidad del reforzamiento de las leyes de inmigración británicas para impedir la entrada de anarquistas extranjeros. Confía en los liberales ingleses, «cuya firmeza cerebral sabrá resistir esta ola de odio y miedo con que han inundado sus periódicos los enemigos de las libertades públicas»⁵². En otros momentos se muestra más condescendiente y, de manera sorprendente, se desmarca conceptuando al anarquismo como «la forma más cándida del liberalismo»⁵³.

De su breve activismo sindicalista en tierras australes guardará una impronta precisa y, por ejemplo, apoyará las huelgas ferroviarias británicas del verano de 1910. Se trata de –afirma– de «alzarse contra la conducta abusiva de los jefes de último orden»⁵⁴, puesto que está convencido de que las huelgas no derivan de la exacta comprensión por parte de los obreros de las «relaciones que median entre el capital y el trabajo», sino que simplemente protestan contra el abuso de autoridad de los jefes inmediatamente superiores. En otros momentos hará un concienzudo análisis económico de los puntos a favor y en contra del establecimiento por ley de un salario mínimo⁵⁵, elogiará la amplitud de gama que muestra el asociacionismo de los obreros industriales y los agrarios⁵⁶, o cuando nuevamente las huelgas ferroviarias asolen los principales núcleos industriales británicos en el verano de 1911, se detendrá a reflexionar desde posiciones más realistas, «toda solución a todo conflicto social, dentro de nuestro régimen, es transitoria»⁵⁷, y exigirá la aplicación de su particular combinación de igualitarismo y competitividad, aquí de nuevo en clave fabiana: «No se pide que todos sean iguales, sino que en la carrera emocionante de la vida todos arranquen de la misma raya y por el mismo camino, y que cada uno haga el recorrido que pueda»⁵⁸.

51. L. Araquistáin, “Machaquito en Inglaterra”, *El Liberal*, Madrid, 3 de junio de 1911, 2.

52. L. Araquistáin, “Persecución de anarquistas”, *El Liberal*, Madrid, 9 de enero de 1911, 2.

53. L. Araquistáin, “Los socialistas japoneses”, *El Liberal*, Madrid, 23 de enero de 1911, 1.

54. L. Araquistáin, “En huelga”, *El Liberal*, Madrid, 26 de julio de 1910, 2.

55. Véase, L. Araquistáin, “El salario mínimo”, *El Liberal*, Madrid, 3 de mayo de 1911, 2.

56. Véase, L. Araquistáin, “Política y agricultura”, *El Liberal*, Madrid, 30 de julio de 1911, 1.

57. Véase, L. Araquistáin, “Las causas del conflicto”, *El Liberal*, Madrid, 21 de agosto de 1911, 1; y “Quién derrotó a los patronos”, *El Liberal*, Madrid, 24 de agosto de 1911, 1.

58. Araquistáin, “Las causas del conflicto”, loc. cit., 1.

5.- Conclusiones

La actividad del joven Araquistáin como corresponsal londinense del periódico madrileño *El Liberal*, a lo largo de 1911, nos descubre los primeros pasos formativos en los que se forja una personalidad intelectual que atravesará diferentes etapas a lo largo de su dilatada vida política; como señala Antonio Rivera, hay muchos Araquistáin, pero todas sus etapas vitales e intelectuales no pueden interpretarse de manera estanca, impermeabilizadas unas de otras, al contrario, hay muchas continuidades entre ellas⁵⁹. Este primer Araquistáin, joven periodista en tierras británicas, se aproxima al socialismo fabiano del que obtiene la decantación de elementos muy importantes con un doble alcance: primero, son elementos que se incorporan al corpus ideológico de la Generación del 14 y, segundo, configuran las bases de su futura aliadofilia que desempeñará desde las páginas del semanario *España*. Esos elementos son fundamentalmente: la pedagogía política entendida como pedagogía sobre la opinión pública, limitado sentido intervencionista del Estado, función activa de las elites políticas, sentido moralizante de la actividad pública y papel relevante de la cultura como motora de la educación política de la ciudadanía. Todos estos elementos se encuentran claramente perfilados a la altura de 1911.

59. A. Rivera García, “Regeneracionismo, socialismo y escepticismo en Luis Araquistáin”, *Arbor*, septiembre-octubre, 729, 2009, 1019.

THE GREAT WAR IN THE MAGAZINE *LA ESFERA* (1914-1931):
INFORMATION, OPINION OR PROPAGANDA?

La Gran Guerra en la revista *La Esfera* (1914-1931): ¿Información, opinión o propaganda?

Inmaculada Rodríguez-Moranta
Universitat Rovira i Virgili

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

Este trabajo pretende analizar el impacto de la Gran Guerra –a través de textos e imágenes- y las posturas que se defendieron al respecto en una de las mejores revistas ilustradas españolas del momento, *La Esfera. Ilustración mundial* (Madrid, 1914-1931). El artículo se centra en tres aspectos fundamentales: 1) Una breve introducción al semanario 2) Una aproximación a sus cronistas de la guerra, a fin de dilucidar

Abstract

Through texts and images, this paper analyses the impact of the First World War on, and the positions defended by, one of the greatest magazines in Spain at the time, *La Esfera: Ilustración Mundial* (Madrid, 1914-1931). This article is divided into three sections: 1) a brief introduction to the magazine, 2) an approach to its war commentators, in order to ascertain whether the magazine

si esta revista puede considerarse, o no, un instrumento de propaganda proaliada o germanófila; y 3) Una cala en cómo se trató el inicio de la Guerra a través de las abundantes ilustraciones y fotografías que circularon en el semanario, especialmente, durante los primeros meses del conflicto.

Palabras clave

I Guerra Mundial, *La Esfera*, prensa española, propaganda, opinión de los intelectuales

can be considered a pro-Allied or a Germanophilic propaganda tool; and 3) an approximation of how the beginning of the War was covered using many illustrations and photographs that appeared in the weekly magazine, especially during the first months of the conflict

Key words

First World War, *La Esfera*, Spanish press, propaganda, the intellectuals' opinion

I. Introducción

Es un acuerdo común entre los historiadores que se han ocupado del papel que cumplió España durante la I Guerra Mundial la necesidad de huir de una versión interna centrada, por ejemplo, en la división en francófilos –izquierdistas– y germanófilos reaccionarios¹, así como de rescatar la documentación de la política exterior española durante el conflicto². Incurrimos en ello también cuando nos limitamos a ponderar la labor humanitaria de España, impulsada por el monarca, o a describir solo las repercusiones económicas del conflicto. Resulta imprescindible, pues, comenzar revisando «en sus verdaderos límites, la pretendida neutralidad española durante el conflicto» y analizar «la actitud de España respecto al día a día de la guerra, es decir, de la marcha de los acontecimientos, de una historia de “corta duración”, pero también una perspectiva de ‘larga duración’, con la que se comienza a observar la crisis de 1914»³. Ello implica un análisis de la prensa española durante los años de la guerra, además de examinar el fenómeno de la propaganda, el espionaje y el contraespionaje⁴. Como señala F. J. Romero, hasta inicios de 1916, las potencias siguieron una estrategia de campaña diplomática, pero durante el resto del conflicto, ésta quedó reforzada por una red de inteligencia «cuyas actividades variaban desde el patrocinio de ofensivas en la prensa dirigidas contra políticos poco amistosos, hasta la financiación de grupos anarquistas en la península y de guerrillas rebeldes en Marruecos»⁵. No en vano, Luis Araquistáin, corresponsal del diario *El Liberal* en Londres escribía el 12 de enero de 1916:

1. Díaz Plaja cuestiona esta simplificación: «Germanófilos, ergo, reaccionarios, francófilos, luego, izquierdistas [...] ¿Hasta qué punto es eso cierto?». F. Díaz Plaja, *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra Europea*, Barcelona, 1973, 171.

2. Aguirre de Cárcer lamenta: «Por aquella falta de conocimiento y esta ausencia de interés se explica que, desde la vetusta pero meritísima *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, de Jerónimo Bécker, no haya vuelto a publicarse ninguna relación oficial de los documentos de la política exterior de España, lo que provoca el asombro de los historiadores extranjeros.» N. Aguirre de Cárcer, “El impulso de Alfonso XIII a la España neutral en la I Guerra Mundial”, *Cuenta y razón*, 87, 1994, 35-40, 37. En esta misma línea se expresa R. Pardo: «La posición de España en la I Guerra Mundial ha suscitado menos atención historiográfica de la que cabría esperar. El desinterés por la política exterior que caracterizó a la historiografía española hasta las últimas décadas explica que la curiosidad de los investigadores se haya centrado más en el impacto del conflicto sobre el contexto interno español (economía, crisis política, nacionalismos) que en la respuesta gubernamental concreta a los problemas internacionales planteados por la guerra» R. Pardo Sanz: “España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿una espléndida neutralidad?”, S. Forner (Ed.), *Coyuntura Internacional y Política española*, Madrid 2010, 45.

3. M. Espadas Burgos, “España y la Primera Guerra Mundial”, en J. Tusell, J. Avilés y R. Pardo (Eds.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, 2000, 95-116, 99.

4. Véase: F. García Sanz, “Información, espionaje y contraespionaje en España durante la I Guerra Mundial”, *Revista de historia militar*, 3 (Ejemplar dedicado a Los servicios de información modernos y contemporáneos), 2005, 147-178; y P. Aubert: “La propagande étrangère en Espagne pendant la Première Guerre mondiale”, *Españoles y Franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, 1986, 357-411.

5. F. J. Romero Salvadó, *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, 2002, 20.

«Los dedos de una sola mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid». Y se quejaba, sobre todo, de que la mayoría de esos periódicos estaban a sueldo alemán. Tales palabras crearon una gran reacción, tanto de quienes –como ABC– se sintieron aludidos y lo desmintieron, tildando a Araquistáin de agente del Foreign Office, como de quienes, desde la prensa socialista, le organizaron un homenaje»⁶.

No es casual, pues, que se haya afirmado que España se convirtió en campo de batalla entre las respectivas propagandas de las potencias beligerantes. A pesar de que los intelectuales fueron los principales defensores de los aliados en España –recuérdese la constitución de la Liga Antigermanófila, en 1917, presidida por Pérez Galdós, o la labor proaliada que encabezó el semanario *España*⁷ la guerra había encarecido el precio del papel. Algunos periódicos españoles accedieron a recibir «subvenciones» de uno y otro bando, a cambio de crear –a través de sus informaciones y cronistas– una determinada opinión. En el inicio del conflicto la influencia francesa fue mayor, pero más adelante Alemania hizo un gran esfuerzo económico para contrarrestarla⁸. La prensa se convirtió en uno de los elementos que formaban parte del organigrama de los servicios de espionaje, formado por el Agregado Naval, los informadores secretos, los informadores reclutados, los informadores voluntarios y los informadores locales, españoles, que estaban a sueldo la mayor parte de veces: «Desde policías de distinto nivel hasta personal auxiliar de hoteles, restaurantes, puertos, pasando por ciudadanos relacionados con el mundo de la cultura y la prensa, muy útiles estos últimos para

6. Espadas Burgos, *op. cit.*, 113.

7. Romero Salvadó, *op. cit.*, 16, apunta: «[los intelectuales] eran los adversarios tradicionales de la Iglesia, compitiendo por obtener el control de la educación y de la cultura. El conflicto europeo situó a la intelectualidad y al clero en campos diferentes. Los intelectuales no solo eran admiradores de la Francia republicana y de la democrática Gran Bretaña, sino también germanófobos, ya que detestaban el sistema autoritario que adoptaban las potencias centrales. En cierto sentido, a apoyar a Gran Bretaña y a Francia, enemigas históricas de España, expresaban su preferencia por Europa en detrimento de España. Optaban por una futura España europeizada, moderna, secular y democrática, en lugar de aquella acosada por la tradición, clerical y oligárquica que existía entonces. Estos intelectuales fueron conocidos como “Generación de 1914”. Muchos de ellos, como Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala y Ramón del Valle Inclán, habían sido miembros de la Generación del 98. En 1914 se les habían unido jóvenes poetas, académicos y escritores, siendo un ejemplo perfecto de esta generación el presidente del Ateneo de Madrid, Manuel Azaña. El 10 de julio de 1915, el escritor Ramón Pérez de Ayala publicó en la revista *Iberia* la primera expresión de solidaridad con los aliados».

8. «A veces, incluso las compras de diarios alteraban el alineamiento previsible de los medios de prensa: hubo periódicos republicanos de izquierda, como *España Nueva*, comprados por los alemanes, mientras que los franceses subvencionaban a algunos carlistas. El propio Araquistáin recibió subvenciones francobritánicas e italianas para la revista intelectual de más prestigio en aquel momento, *España*. Francia, que había dado por descontada la francofilia de los españoles, debió hacer importantes inversiones destinadas a crear instituciones culturales para alimentarla. Al margen de esta propaganda, los alineamientos ideológicos fueron fundamentales en la adopción de una postura sobre la guerra, aunque muy a menudo se ocultaran bajo la pretensión de servir intereses nacionales objetivos». J. Tusell, “Del 98 a la proclamación de la República”, *Historia de España en el siglo XX.*, Madrid, 1995, 281.

la labor de propaganda y para informar sobre las actividades de sus colegas relacionadas con el enemigo»⁹. En ocasiones, incluso, las compras de periódicos no respondían a los alineamientos ideológicos previsibles en los medios: «hubo periódicos republicanos de izquierda, como *España Nueva*, comprados por los alemanes, mientras que los franceses subvencionaban algunos carlistas»¹⁰. Es muy conocida la influencia alemana en periódicos españoles como *ABC*, *El Correo Español*, *La Correspondencia Militar*, *El Debate* o *El Universo*, a quienes se aproximaron y ayudaron para conseguir el apoyo de las élites españolas del poder¹¹.

Teniendo en cuenta que hoy consideramos como factor imprescindible en el desarrollo de las relaciones internacionales la función que la prensa, nos proponemos analizar el impacto de la Gran Guerra y las posturas que se defendieron al respecto en una de las mejores revistas ilustradas españolas del momento, *La Esfera. Ilustración mundial* (Madrid, 1914-1931). Nuestro trabajo se centrará en tres aspectos: 1) Una breve introducción al semanario 2) Una aproximación a sus cronistas de la guerra, a fin de dilucidar si esta revista puede considerarse un instrumento de propaganda; y 3) Una cala en cómo se trató el inicio de la Guerra a través de las ilustraciones y fotografías que circularon en el semanario.

II. La Esfera, ¿un semanario para educar y entretener a una élite social?

La Esfera fue un semanario longevo, lujoso, de gran formato e impreso en papel *couché*, aparentemente dirigido a una élite social¹². El ejemplar costaba 50 céntimos, diez veces más que un periódico. En 1917, el precio ascendió a 60 ctos., hasta llegar, más adelante, a 1 peseta. La primera subida de precio se atribuyó a la perturbación económica producida por la guerra, tras argüir sus fundadores que «reducir los gastos en una revista como *La Esfera*», era «quitarle toda su belleza»¹³. La primera tirada de 60.000 ejemplares se agotó, y «la demanda de lectores obligó a reimprimir los quince primeros números»¹⁴. También lanzó diversos números extraordinarios que costaron hasta 3 ptas. Su surgimiento ha de enmarcarse en la pugna entre el grupo Prensa Española –que publicaba *Blanco y Negro*– y Prensa Gráfica, que editaba

9. García Sanz, *op. cit.*, 70. «Ya Bismarck, pese a su inicial menosprecio, había usado la prensa como arma diplomática», afirma M. Espadas. Así, por ejemplo, el ministro Segismundo Moret –que había intentado integrar a la Triple Alianza a España–, al conocer las dificultades económicas que atravesaba el periódico que acababa de adquirir, *El Día*, no dudó en negociar con el encargado de negocios alemán para que su gobierno lo subvencionara, a cambio de utilizarlo para fomentar las relaciones hispano-alemanas: «La reacción de Berlín fue positiva pues se concedieron al diario 500 pesetas mensuales, subvención que se mantuvo hasta 1896». Espadas, *op. cit.*, 111.

10. Tusell, «Del 98 a la proclamación de la República», *op. cit.*, 281.

11. Romero Salvadó, *op. cit.*, 21.

12. Puede consultarse la versión digital en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0003030059&lang=es>

13. «A los lectores de *La Esfera*», *La Esfera*, 173, 21 de abril de 1917, 3.

14. J. M. Sánchez Vigil, *La Esfera (1914-1931). Ilustración Mundial*, Madrid, 2003, 87.



Ilustración 1.- Portada del número 1 de *La Esfera*. Tipo vasco, de Joaquín Sorolla. 3/1/1914



Ilustración 2.- Portada del último número de *La Esfera*. Ilustración de Bosch. 17/1/1931

Nuevo Mundo y *Mundo gráfico*. El proyecto de *La Esfera* trató de abrir un espacio entre dos modelos de publicación periódica: el magazine ilustrado, con noticias de actualidad y contenidos heterogéneos, y la revista cultural y literaria, de alcance minoritario.

Además de la vastísima nómina de colaboradores –escritores, ilustradores, fotógrafos, críticos, algunos de gran prestigio– tres nombres garantizaban la solidez de la empresa: el presidente, Nicolás María de Urgoiti capitaneaba La Papelera Española¹⁵, y les aseguraba, así, el suministro de la materia prima. El director fue el mismo durante los 16 años de vida del semanario: el crítico taurino Francisco Verdugo Landi, fundador de *Mundo Gráfico*. El

15. Desde 1915, Urgoiti editaba cuatro revistas: *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico*, *Por esos Mundos* y *La Esfera*. Véase, al respecto, J. M. Sánchez Vigil, “Los proyectos de Nicolás de Urgoiti”, *La edición en España. Industria cultural por excelencia. Historia, proceso, gestión documentación*, Gijón, 2009, 59-63. Sobre Urgoiti, Gómez Aparicio también da una breve noticia: «Aunque de familia vasca, don Nicolás María de Urgoiti nació en Madrid, el 27 de octubre de 1869, y estudió la carrera de caminos. Muy joven inició su vida profesional como ingeniero de la fábrica de papel y pastas de Cadagua. Hombre de poderosa inteligencia y de iniciativas fértiles y audaces, llegó a adquirir una excepcional preparación en los aspectos técnicos y económicos de la industria papelera. Falleció en Madrid, a la avanzada edad de ochenta y dos años, el 8 de octubre de 1951» (P. Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español. De las guerras coloniales a la Dictadura*, Madrid, 1974, 550).

gerente, Mariano Zavala de la Cruz, había dirigido, junto a José del Perojo, *Nuevo Mundo*. Es necesario subrayar que el periodista y empresario Urgoiti era un buen conocedor del nuevo periodismo de masas que había triunfado en Norteamérica y en Europa a finales del siglo XIX, un periodismo «amarillo» que buscaba un público cada vez más amplio, formado por clases medias y bajas. Pero no era éste el proyecto que acariciaba con *La Esfera*, como tampoco lo fue cuando fundó el diario *El Sol*. En palabras de Mercedes Cabrera, el modelo que realmente le atraía era:

«el de los grandes periódicos herederos de la prensa industrializada o de negocio del siglo XIX, periódicos de información general, no tanto dirigidos a la conquista de mercados populares, sino a un público interesado por la política, la cultura, los negocios, las decisiones económicas; un periodismo más analítico, informativo e independiente, “de élite”, pero con vocación también de llegar a un público numeroso.»¹⁶

La perfección técnica que alcanzó *La Esfera* hizo que la equipararan a las mejores publicaciones extranjeras¹⁷; de ahí que en la prensa española se la comparara con su homóloga londinense *The Sphere: An Illustrated Newspaper for the Home* (1900-1964)¹⁸. Por ello ha sido estudiada en el ámbito de la historia de las artes gráficas, e irrenunciables son, en este sentido, los trabajos de Sánchez-Vigil¹⁹. Seoane y Sáiz reconocen que «marcó una época en el periodismo gráfico»²⁰; y Gómez Aparicio destaca que «por la variedad y calidad de sus colaboraciones, por la audacia de sus estampados en color y por la riqueza y multiplicidad de sus grabados» fue «un alarde de buen gusto»²¹.

El artículo inaugural lo escribió Luis Bello (Madrid, 1872-1935), un periodista preocupado por la educación y la regeneración nacional, ligado ideológicamente a la Institución Libre de Enseñanza, y muy próximo a Ortega y Gasset: en 1914 fue uno de los firmantes del

16. M. Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*, Madrid, 1994, 97-98.

17. Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español...*, *op. cit.*, 546.

18. Más adelante, llevó como subtítulo *The Empire's Illustrated Weekly*. Esta revista, publicada en Londres entre 1900 y 1964, llegó a sacar a la venta más de 3.000 números. Fue fundada por Clement Shorter (1857-1926) y contó con la colaboración de reconocidos artistas como Sidney Paget, Henry Matthew Brock o Fortunino Matania; este último aportó a *La Esfera*, como se verá en el último apartado de este trabajo, numerosas interpretaciones artísticas sobre la guerra europea.

19. J. M. Sánchez Vigil, *La documentación fotográfica en España: revista La Esfera (1914-1931)*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid, 2002. Véase, Sánchez Vigil, *La Esfera (1914-1931)...*, *op. cit.* Sánchez Vigil, *Revistas ilustradas en España. Del Romanticismo a la guerra civil*, Gijón, 2008.

20. M. Cruz Seoane, y Sáiz, M^a D., *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid 1996, 175.

21. Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español...*, *op. cit.*, 546.

programa de la Liga de Educación Política²². Su *Viaje por las escuelas de España* (1926-1929)²³ da a conocer los lugares con mayor índice de analfabetismo, obra de la que publicará un fragmento en *La Esfera* (nº 639, 3/4/1926, p. 4). Dicho editorial se ilustró con una imagen de Mesonero Romanos, al que Bello ensalzó como «precursor de la prensa gráfica en España» por su acierto en «vender mucho para vender barato, y vender barato para vender mucho» en su labor al frente del *Semanario Pintoresco*²⁴. Este asunto fue también decisivo en el triunfo de *La Esfera*, pues la buena relación entre su calidad y su precio llamó incluso la atención de la prensa internacional. En *Mundo gráfico* hallamos un extenso artículo que responde a la pregunta que les había formulado por carta un editor londinense. En él se explica con todo detalle los gastos de cada pliego del lujoso semanario:

«Es cierto que todas las revistas extranjeras, similares a *La Esfera*, cuestan mucho más caras. *L' Illustration*, de París, que raras veces da alguna página en dos colores y rarísima vez en tres, cuesta un franco. *La Illustración*, de Londres, vale un chelín, o sean cinco reales. Una revista inglesa, homónima nuestra, *The Sphere*, que da páginas a dos colores, cuesta seis peniques, o sean tres reales, y es la más barata de todas las revistas extranjeras, y hay que tener en cuenta que estas publicaciones cuentan con una cantidad de anuncios que no hay en nuestro mercado y pagados a precios que al anunciante español parecerían inconcebibles. Justo es confesar que tampoco se publica en todo el mundo una revista como *Blanco y Negro* por treinta céntimos, ni como este MUNDO GRÁFICO por veinte, ni un diario como *ABC*, por cinco céntimos.»²⁵

No debe olvidarse que la financiación también venía de la publicidad, cuya presencia fue aumentando progresivamente, aunque siempre estuvo tratada con sumo mimo artístico.

Volviendo al editorial, Luis Bello anunciaba que *La Esfera* no se proponía ser un mero «libro de aguinaldo», sino que pretendía ir más allá, reivindicando la labor pedagógica de la prensa ilustrada, que Urgoiti desarrollará más adelante en *El Sol*: «La labor instructiva y educadora de la prensa gráfica, se cumple forzosamente. Ocurre en la revista lo que en el cinematógrafo, que el público adquiere nociones de cosas muchas veces sin la voluntad del pelicultista»²⁶. El periodista incidió, además, en que el objetivo del semanario era llegar a formar «un criterio» sobre la atropellada y confusa actualidad. La revista nació en enero del 14, poco antes del estallido de la Gran Guerra; de ahí que, si querían cumplir dicho propósito, no podían hacerse impermeables al conflicto. Las noticias sobre la guerra –que fueron abundantísimas– se compaginaron con las secciones fijas de una bella revista cuyo contenido

22. Luis Bello Trompeta (1872-1935), licenciado en Leyes y pasante en el bufete del político liberal José Canalejas. Trabajó en diversos periódicos, como *El Heraldo de Madrid*. Durante algún tiempo dirigió el célebre suplemento *Los Lunes de El Imparcial* y a inicios de los años '30 el diario republicano *Luz*. (Rojo, 1979-1980: 116). J. Rojo Ovies, “Noticia de Luis Bello (1872-1935) y de su libro *Viaje por las escuelas de España*”, *Archivum*, 29-30, 1979-1980, 115-144.

23. Los cuatro volúmenes han sido reeditados en 2005.

24. L. Bello, “Madrid y su prensa gráfica”, *La Esfera*, 1, 3 de enero, 1914, s.p.

25. “Cómo se hace un número de *La Esfera*”, *Mundo gráfico*, 2 de septiembre de 1914, 4.

26. Bello, “Madrid y su...”, *op. cit.*

fue muy heterogéneo: reportajes sobre la aristocracia, moda femenina, cuentos, entrevistas a figuras insignes de la cultura española, costumbres populares, patrimonio artístico español, crónica teatral, etcétera.

Pese a que no podemos detenernos en reseñar la actuación de Alfonso XIII en relación al conflicto mundial, tema sobre el que contamos con abundante bibliografía²⁷, para situar en su debido contexto la actitud de *La Esfera* respecto a la Gran Guerra, es preciso advertir que la presencia de la realeza y de la aristocracia –no solo española– fue constante, sobre todo durante los primeros años de vida de la revista, cuando se informó puntualmente, con espléndidas fotografías y retratos, de sus casas, viajes, aficiones y ocupaciones. Por otra parte, a Verdugo Landi se le concedió la Cruz de Alfonso XII por su labor al frente del semanario, y el secretario de la Casa Real le dirigió una carta para felicitarle por el exitoso primer año de vida de la publicación. Esta carta se reprodujo en el semanario, el 2 de enero de 1915, acompañada de un retrato firmado de Alfonso XIII. En ella se le agradecía el logro de una obra de cultura y de divulgación artística patriótica, que prescindía, «de ciertas informaciones gráficas que, más o menos directamente, pueden ejercer perniciosa y desmoralizadora influencia en la educación de un pueblo»²⁸.

III. ¿Fue *La Esfera* un instrumento de propaganda aliadófila o germanófila? Una aproximación a sus cronistas

Para dar una respuesta a esta cuestión debemos realizar un análisis del conjunto de crónicas de la guerra que aparecieron en la revista. Hemos realizado el vaciado y el corpus es tan nutrido que resultaría imposible ni siquiera reseñarlas aquí²⁹. Para empezar habría que diferenciar entre distintos géneros o formatos: crónicas, comentarios dispersos, pequeños ensayos, ilustraciones y fotografías comentadas. En este trabajo no nos ocuparemos, por ejemplo, de las decenas de colaboraciones del capitán Fontibre³⁰, probablemente un militar amparado por ese pseudónimo, que a partir de 1915 dio cuenta en cada entrega de las cuestiones más técnicas de la guerra. Este interesante personaje, al que no hemos logrado identificar, fue tildado de germanófilo desde el semanario *España*. Así, en «La ley del embudo en el ejército» Unamuno protestaba contra el arresto del coronel Rivas, que había sido castigado por haber inspirado un artículo contra Francia. Su indignación respondía, en buena medida, al hecho de que en aquellas fechas numerosos oficiales españoles «con su propia firma o con pseu-

27. Véase, al respecto, E. González Fernández, “La obra humanitaria del rey Alfonso XIII durante la Primera Guerra Mundial”, *Mar oceana: Revista del humanismo español e iberoamericano*, 2, 1995, 283-296; I. Schulze Schneider, *La prensa político-militar en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 2003; J. Pando, *Un Rey para la esperanza: la España humanitaria de Alfonso XII en la Gran Guerra*, Madrid, 2002 y V. Espinós, *Alfonso XIII y la guerra: espejo de neutrales*, Madrid, 1977.

28. E. M. De Torres, “El Rey y *La Esfera*”, *La Esfera*, 53, 2 de enero de 1915, s.p.

29. El índice completo de colaboraciones de la revista puede verse en el libro de Sánchez Vigil, *La Esfera...*, *op. cit.*

30. La relación de aportaciones del capitán Fontibre en *La Esfera*, en Sánchez Vigil, *La Esfera...*, *op. cit.*

dónimos que no velan nada» deslizaron los mismos juicios adversos sin que siquiera se les hubiera amonestado:

«¿Se considera menos grave lo que han afirmado y siguen afirmando de todos los países aliados, no sólo de Francia, los distinguidos revisteros taurinos, digo, militares —¡perdón!— que todos los días, con apasionada alacridad, anuncian en el *ABC*, *El Debate*, *La Tribuna* y otros periódicos germanófilos desastres mucho mayores que los atribuidos al coronel Rivas? ¿Y no saben hasta los niños de pecho que estos revisteros militares son oficiales del Ejército, todos en activo y algunos de Estado Mayor y de la Escuela Superior de Guerra? Y si no sólo no se les arresta, sino que ni siquiera se les obliga a callar o por lo menos a abstenerse de interpolar juicios políticos en sus reseñas militares; si los *Armando Guerra*, los *Tres Estrellas* y los *Capitanes Fontibre* pueden despotricar a su gusto contra los países aliados, ¿con qué razón se castiga al coronel Rivas por un delito mucho menor, cometido además, si lo ha cometido, una sola vez?»³¹.

Ante la necesidad de acotar, y de ampliar el análisis en un trabajo posterior, hemos decidido centrarnos, por una parte, en las colaboraciones de Blasco Ibáñez, Galdós y Unamuno; por otra parte, en las Maeztu, Dionisio Pérez y El Caballero Audaz. A pesar de que la tónica general de la revista, aparentemente, fue la de defender el pacifismo y la neutralidad española, podemos vislumbrar un abanico de actitudes que van desde la ambigüedad hasta opciones ideológicas inequívocas. A guisa de ejemplo, podemos ver el artículo del filósofo y psicólogo Eloy Luis André —que no ocultó sus simpatías hacia Alemania—, donde afirma sin ambages que la neutralidad no es compatible con el españolismo: «Si para forjar *españolismo* interpretamos la neutralidad como eunucos, seremos tan culpables como esos cuervos de la europeización que graznan aquí el himno de la guerra, porque de la carnaza del cadáver han vivido siempre»³².

Entre los escritores antes mencionados, podemos augurar fácilmente cuáles iban a ser sus posturas en este sentido. Muchos de los aliadófilos eran republicanos, socialistas, liberales y/o estaban vinculados a la Institución Libre de Enseñanza. Entre los escritores, es conocida esa postura en Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, Martínez Sierra o Blasco Ibáñez; así como la germanofilia de Jacinto Benavente o de Pío Baroja. Pero curiosamente:

«Si para los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, el modelo paradigmático en el campo cultural y científico había sido, desde las últimas décadas del siglo XIX, la nación alemana, los regeneracionistas y científicos de 1914, aun habiéndose formado en Alemania, firma ahora manifiestos despreciativos en contra de Imperio Alemán»³³.

Fue a Vicente Blasco Ibáñez, que se encontraba en París en aquellas fechas, al primero al que se le encomendó esta misión y al único al que se le anuncia como corresponsal de la

31. M. de Unamuno, “La ley del embudo”, *España*, 98, 7 de diciembre, 1916, 3.

32. E.L. Andrés, “Neutralidad y españolismo”, *La Esfera*, 13 de marzo, 1915, 4.

33. P. Ortiz de Urbina, “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914”, *Revista de Filología Alemana*, 15, 2007, 193-206, 198.

guerra en la revista. El 24 de octubre de 1914 se anuncia que va aportar con su pluma, se dice, «episodios de una gran novela trágica», textos que entrarán a formar parte de su conocida *Historia de la guerra europea*. Aunque era un declarado amante de la música y de la cultura alemanas³⁴, sus seis crónicas sobre la Gran Guerra que publica en *La Esfera* no dejan lugar a dudas sobre su opción ideológica en relación al conflicto³⁵. En «Los dos soldados» describe a los heridos que ve al pasar por las estaciones ferroviarias. Fija su atención en dos soldados franceses, a los que retrata con rasgos angelicales en una estampa que despierta, inevitablemente, la compasión del lector:

«Parece un niño. Es débil, de miembros delicados y una blancura anémica [...] Se ve que en su cuerpo no queda más sangre que la indispensable para la vida [...] Tal vez es un hijo único y enfermizo, por cuya salud delicada velaron los viejos padres, hasta que la guerra lo arrancó de su lado. Sus ojos azules tienen una candidez de doncella».

Es muy distinta la imagen –esta vez claramente despectiva– que augura que está produciéndose simultáneamente en el territorio alemán:

«Tal vez a la misma hora otros heridos, peliblanco, de fuerte mandíbula y orejas despegadas, bajan en las estaciones del otro lado del Rin, ostentando kepis rojo y cascos rematados por cabelleras de crines. El homicidio heroico tuvo siempre la misma tendencia a adornarse con los despojos del vencido»³⁶.

De tono muy similar es su artículo titulado «Un héroe» (1 de enero de 1915), donde alaba a un soldado francés, cuyos actos en la guerra son vistos desde una manifiesta admiración. Otra de sus crónicas, «Los españoles en la guerra», nos permite advertir la postura del escritor valenciano tras la entrada de Turquía en el conflicto. En este texto relata el encuentro con un grupo de turcos, que, a pesar de estar heridos –acaban de salir del hospital– y de estar presos –van a pasar la noche en prisión, su situación no se narra con un tono dramático, como en el caso anterior, más bien al contrario: «Al día siguiente partirán no saben para dónde. Y prolongan lo más posible las breves horas del tránsito por el centro de París, hablando con la gente, deteniéndose, gritando y jugueteando como escolares en huelga», «como una alegre comparsa». Por último, también hallamos textos descriptivos

34. «Un ejemplo paradigmático del cambio de rumbo en la recepción de la cultura alemana a partir de 1914 es la obra de Vicente Blasco Ibáñez. El escritor valenciano era un conocido amante de la música y de la cultura alemanas y trató de divulgarlas no sólo a través de sus novelas, de sus conferencias y de sus discursos dirigidos a una capa social instruida, sino incluso a través del diario del que él mismo era director, *El Pueblo*, dirigido a los trabajadores, tratando “por todos los medios de elevar el conocimiento y la capacidad intelectual de sus lectores”». Ortiz de Urbina, *op. cit.*, 199.

35. Colabora con seis episodios, “Los dos soldados” (24 de octubre de 1914), “Ecos de la guerra: la casa del artista”, “Los españoles en la guerra” (12 de diciembre de 1914), “Guerra folletinesca” (21 de noviembre de 1914), “Un héroe” (1 de enero de 1915) y “Visiones de la guerra” (1 de enero de 1915).

36. V. Blasco Ibáñez, “Los dos soldados”, *La Esfera*, 24 de octubre, 1914, 4.

LOS DOS SOLDADOS

BLASCO IBÁÑEZ



El guerrero se bate lo mismo que en las edades prehistóricas, viendo los ojos del enemigo, recibiendo en pleno rostro su resuello jadeante. La bayoneta sustituye al proyectil. El hombre quiere ver qué es lo que mata».

El hombre quiere ver qué es lo que mata».

El hombre quiere ver qué es lo que mata».



Ilustración 3.- «Los dos soldados», de Vicente Blasco Ibáñez. *La Esfera*. 24/10/1914

en los que Blasco no expresa juicios proaliados, sino más bien sentimientos humanitarios, y se limita a comentar la naturaleza y las consecuencias del atroz conflicto. Nos referimos a «Guerra folletinesca», publicada 21 de noviembre de 1914, donde narra cómo, lejos de ser una guerra moderna, una «guerra científica» propia del siglo XX, en aquellos campos de batalla: «El guerrero se bate lo mismo que en las edades prehistóricas, viendo los ojos del enemigo, recibiendo en pleno rostro su resuello jadeante. La bayoneta sustituye al proyectil. El hombre quiere ver qué es lo que mata».

Las crónicas de Pérez Galdós aparecieron entre julio y octubre de 1915, siempre con un título antibelicista: «Pesadilla sin fin». En ellas, reflexiona especialmente sobre los «germanófilos españoles», y lamenta que ese grupo no se limite, «a la muchedumbre gregaria, de abo-lengo clerical y absolutista», sino que en él existan «figuras luminosas y de elevada mentalidad» que han sucumbido a la «fascinación que en todo el mundo ejerce la ciencia alemana»³⁷.

37. B. Pérez Galdós, «De la vida que pasa. Pesadilla sin fin», *La Esfera*, 17 de julio de 1915, 4.

Galdós declara sin tapujos pertenecer al grupo de los que han puesto en los aliados todas sus simpatías y hasta el «fervor de nuestros corazones». Además de exaltar la democracia inglesa, de mostrar su conformidad con la entrada de Italia en el conflicto, y de comentar los movimientos de los rusos y su triunfo Wileika³⁸, en sus crónicas reitera la imagen de una Alemania poderosa y evolucionada –en las artes y en la industria-, pero bárbara, racista y tirana:

«Los súbditos del Kaiser continúan bravos y tenaces, pero ya dejan espacio a las conjeturas de una paz próxima. Al par que valientes, son imaginativos. Construyen a su gusto la opinión de los neutrales; fabrican la Historia contemporánea; esparcen por tierras y mares planes y noticias que el buen sentido de los pueblos convierte en páginas fabulosas. No dejan pensar a nadie; quieren que las voces de lodo el mundo sean un eco de lo que ellos piensan y dicen»³⁹.

[...]

«Grande es Alemania, robusto su poder militar, hermosa su ciencia, indudable su cultura, potente su industria y refinadas sus artes. Nadie le niega su admiración por lo que tiene de admirable: pero todos tenemos derecho a vivir, y el pobre planeta en cuya desigual superficie nos ha tocado nacer y habitar no ha de ser para una sola raza. Queremos libertad; queremos que a todos se nos dé una parle de la justicia humana»⁴⁰.

La actitud de Miguel de Unamuno⁴¹ resulta también inequívoca. El 8 de mayo de 1915 aparece un pequeño ensayo en el que, a través de diversos ejemplos de la historia de Europa, concluye que, bajo el odio germánico hacia Inglaterra se esconde la admiración hacia ese país, argumento que ilustra oportunamente con *Así habló Zaratustra*, decía Nietzsche: «¡Debéis buscar a vuestro enemigo y hacer vuestra guerra, una guerra por vuestro pensamiento! Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad debe, sin embargo, cantar victoria». Más adelante, y haciendo un guiño a su novela de 1897, publica una crónica titulada «En la paz de la guerra», donde recrea una simulada conversación con un amigo que habla de la guerra europea como si de una fiesta o de una «corrida de toros» se tratara, de la que los españoles no son más que meros espectadores. La otra voz –la que se identifica con Unamuno- defiende con vehemencia que los intelectuales deben tomar partido, y les insta, no a acometer una heroicidad corporal, pero sí una «heroicidad tipográfica»⁴².

Examinemos ahora, algunos de los rasgos más sobresalientes de las crónicas que podemos encontrar entre los supuestos germanófilos: El Caballero Audaz, pseudónimo de José M^a Carretero⁴³ se ocupaba de una de las mejores secciones y de mayor continuidad del se-

38. B. Pérez Galdós, “Guerra europea. Pesadilla sin fin”, *La Esfera*, 16 de octubre de 1915, 4.

39. B. Pérez Galdós, “De la vida que pasa. Pesadilla sin fin”, *La Esfera*, 25 de julio de 1915, 4.

40. B. Pérez Galdós, “Guerra europea. Pesadilla sin fin”, *La Esfera*, 25 de septiembre de 1915, 4.

41. M. de Unamuno, “Mal consejero, el odio”, *La Esfera*, 8 de mayo de 1915, 5.

42. M. de Unamuno, “En la paz de la guerra”, *La Esfera*, 25 de marzo de 1916, 4-5.

43. Carretero fue uno de los miembros más importantes de la redacción de *La Esfera*. Durante 1914 compaginó su labor en el nuevo semanario de Prensa Gráfica con las entrevistas que ya llevaba haciendo,



Ilustración 4.- «De la vida que pasa. Pesadilla sin fin», de B. Pérez Galdós. *La Esfera*. 17/7/1915

manario, las entrevistas-reportaje «Nuestras visitas»⁴⁴. Carretero fue uno de los colaboradores más asiduos de *El día* (1916-1919), periódico de tendencia monárquica y liberal moderada, adscrito a la prensa germanófila, que había recibido ayuda alemana para la defensa de su causa⁴⁵. En septiembre del 14, el periodista anunció su propósito de ir publicando en *La Esfera* las opiniones de los técnicos militares españoles, sobre el desarrollo de la guerra europea. En la primera de ellas no se nos ofrece la identidad del entrevistado: se trata de «un general incógnito» que, en un principio, rehúye dar su opinión arguyendo que, el alto cargo que ocupaba, no le permitía hacer ese tipo de declaraciones. En el transcurso de la entrevista, El Caballero Audaz le pide astutamente que solo hable «de la guerra europea, sin relacionarla con España, y desde el punto de vista técnico». Éste accede a cambio de que no figure ni su nombre ni su fotografía, de ahí que aparezca retratado de espaldas. Desatendiendo su promesa inicial, y con cierta malicia reconocida por el propio periodista, Carretero finalmente le pregunta qué opina sobre la creciente masa de francófilos españoles. Esta vez el general afirma sin vacilaciones: «-Eso observo, sobre todo en la prensa [...] La verdad, no se comprende esa parcialidad por Francia e Inglaterra. No hay más que pasar los ojos por la Historia para ver que estas dos potencias han sido siempre nuestros enemigos». Y, como harán otros

desde 1912, en *Mundo Gráfico*, revista que editaba la misma empresa. Fue por esta razón por la que tuvo que adoptar un pseudónimo en *La Esfera*, pues en *Mundo Gráfico* firmaba con su nombre y primer apellido.

44. Sobre la prolífica actividad periodística de «El Caballero Audaz» se recomienda ver el estudio de A. López Hidalgo, *Las entrevistas periodísticas de José M^a Carretero*, Córdoba, 1999.

45. Ortiz de Urbina, *op. cit.*, 198, afirma: «Al grupo de los germanófilos madrileños o circuncritos a la capital pertenecen escritores como Jacinto Benavente, Pío Baroja, Carlos Arniches, Sinesio Delgado o José María Salaverría; periodistas como El Caballero Audaz (seudónimo de José María Carretero) o José Juan Cadenas (corresponsal en 1905 desde Berlín para el diario *ABC*) o el filólogo y académico Julio Casares».

46. El Caballero Audaz, «Guerra vista por nuestros estrategas: un general incógnito», *La Esfera*, 5 de septiembre de 1914, 18-19.

Para la segunda de estas entrevistas⁴⁷, se cita con Julio Amado, comandante de Caballería y Diputado a Cortes, al que retrata en una entrañable escena familiar, rodeado de su esposa e hijos. Éste se muestra partidario de la neutralidad oficial garantizada por el gobierno de Dato, pero justifica las actuaciones de cada uno de los bandos. Amado no opina que la guerra sea propia de pueblos poco civilizados, sino que se trata –a su juicio– de un instinto inherente a la condición humana. Resulta también de interés la entrevista que realiza a Sofía Casanova⁴⁸, corresponsal de guerra para ABC, por la crudeza de su testimonio: «soy la única mujer española que vengo de aquellos lugares de desolación y muerte en donde los hambrientos cavan sus fosas y en ellas se matan con sus mujeres e hijos»⁴⁹. En su charla con Carretero, la cronista se reafirma en sus ideas pacifistas⁵⁰, y ante la pregunta: «¿Qué opina usted de la actitud observada por España durante la guerra?», responde:

«—Que la neutralidad de España ha sido una inspiración santa, un acierto infinito; nada puede compensar a un pueblo de los espantosos horrores que le acarrea una guerra tan despiadada, tan inhumana, tan desesperadísima como la pasada. La Historia juzgará esta guerra como un salvajismo impropio de la civilización de estos tiempos».

Las opiniones de Ramiro de Maeztu sobre esta cuestión pueden resultar ambiguas, pero en ningún caso se manifiesta pacifista. Si bien en «Guerreros



Ilustración 5.- «Nuestras visitas. La guerra vista por nuestros estrategas», de El Caballero Audaz, *La Esfera*. 5/9/1915

47. El Caballero Audaz, “Guerra vista por nuestros estrategas. Don Julio Amado”, *La Esfera*, 12 de septiembre de 1914, 28-29.

48. Sofía Guadalupe Pérez Casanova (A Coruña, España, 1861-Poznan, Polonia 1958), fue escritora, traductora y cronista. Era políglota, y, además de publicar además en España, también lo hizo en Francia, Polonia y Suecia. Si bien Carmen de Burgos «Colombine» fue pionera, como mujer, en la corresponsalía de guerra -cubrió la guerra de Marruecos para el *Heraldo de Madrid*-, Casanova llevó a cabo con suma corresponsalía de la I Guerra Mundial y la revolución rusa de 1917. Sus crónicas para ABC fueron publicadas bajo el título *De la guerra. Crónicas de Polonia y Rusia*. El lector interesado en la figura de Sofía Casanova puede ver el libro R. Martínez Martínez: *Sofía Casanova, mito y literatura*, Santiago de Compostela, 1999.

49. El Caballero Audaz, “Sofía Casanova”, *La Esfera*, 10 de mayo de 1915, 18-19.

50. Véase A. Bernáldez Rodal, “Sofía Casanova en la I Guerra Mundial: una reportera en busca de la paz en la guerra”, *Historia y Comunicación social*, 118, 2013, 207-221.

y sus banderas»⁵¹ alaba a Inglaterra por haber intervenido en pro del equilibrio europeo, al mismo tiempo aconseja a los aliados a «germanizarse», a mejorar su organización y su técnica militar. En otro artículo sobre el conflicto, Maeztu⁵² desmitifica el poder francés y sostiene la tesis de que la resistencia gala es un «milagro» que se justifica por esta razón: «El gallo no es ya el animal simbólico de Francia. El soldado galo es ahora un burgués que no quiere seguir viviendo bajo la pesadilla del temor al poderío militar de Alemania. [...]. Los franceses tenían que elegir entre disciplinarse por sí mismos o dejarse disciplinar por los alemanes. Han preferido lo primero». Por último, quisiéramos destacar su ensayo “Guerra contra el lujo”⁵³, donde sostiene que uno de los mayores beneficios acarreados por la guerra es que «ha enseñado economía a los pueblos de Europa». En esas fechas, marzo de 1916, ya se ha asumido que la guerra va a ser larga, y por ello señala como algo positivo que la economía de los pueblos beligerantes se irá transformando, y que «no será extraño que a la vuelta de una década Europa toda entera vuelva a ser una nueva Esparta: ascética y guerrera».

Por su parte, Dionisio Pérez –al que Araquistáin etiqueta como escritor germanófilo desde la tribuna de *Iberia*⁵⁴, revista catalana que no escondió su aliadofilia⁵⁵–, expresa su opción ideológica en septiembre del 14, cuando publica el artículo «La sensación de paz». En este escrito, recuerda –como había hecho «el general incógnito» entrevistado por Carretero– que, en otros momentos, España se encontró sola «frente al poderío yanqui, frente a las injurias de la prensa francesa, frente a los desdenes de los políticos ingleses que anunciaban nuestra desaparición del mapa». De ahí que inste al pueblo español a trabajar en pro de la patria (no especifica cómo), pues, «la paz sin energía no es nada», por lo que, sentencia el periodista, «no es preciso que en los periódicos gastemos todos los recursos de la retórica en predicar la neutralidad». Advertimos, pues, que en el discurso de los escritores germanófilos se repite el recurso de aludir a las guerras anteriores en las que España se ha visto enfrentada a algunos de los aliados. Así, en otra de sus crónicas⁵⁶, Dionisio Pérez advierte al lector español que, «con Trafalgar perdimos todo el poderío, por ello debemos recordarlo con rencor y saber bien la historia para tomar partido en favor de unos u otros», y no duda en expresar su opinión respecto a la alianza francobritánica:

«Este año, la prensa londinense advirtió con anticipación a los patriotas, que al pie del monumento conmemorativo de Trafalgar, debía verificarse la reconciliación definitiva de Francia e Inglaterra, ahora unidas para exterminar a otro pueblo, que ha tenido la osadía de querer disputar a la Gran Bretaña el dominio de los mares».

51. R. de Maeztu, “De la vida que pasa. Guerreros y sus banderas”, *La Esfera*, 12 de junio de 1915, 19.

52. R. de Maeztu, “El milagro de Francia”, *La Esfera*, 23 de octubre de 1915, 20.

53. R. de Maeztu, “Guerra contra el lujo”, *La Esfera*, 18 de marzo de 1916, 4.

54. L. Araquistáin, “España y los americanos”, *Iberia*, 42, 22 de enero de 1916, 1.

55. J. Safont Plumed, “La revista aliadófila ‘Iberia’ (1915-1919): un hito generacional del catalanismo liberal”, *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 804, 2013, 35-38. (Ejemplar dedicado a: Las palabras de la guerra, la guerra de las palabras).

56. D. Pérez, “La visión de Trafalgar”, *La Esfera*, 7 de noviembre de 1914, 3-4.

Además de examinar las posturas ideológicas y las manifestaciones que dejaron impresas los cronistas del semanario, hemos de tener en cuenta tres aspectos que juzgamos decisivos:

En primer lugar, a partir del año 16, la guerra trajo consigo el encarecimiento del papel, sobre todo del de alta calidad, y el que se empleaba en *La Esfera* era precisamente de origen báltico. La dificultad de conseguirlo, la desaparición de los anunciantes extranjeros y el enorme gasto de los reportajes de guerra hizo que las capacidades económicas de la publicación se redujeran⁵⁷. Tras varios intentos de llamar la atención de posibles anunciantes –con el lema «Los efectos de la guerra europea en el comercio pueden ser contrarrestados por la publicidad»–, y tras incluir carteles comerciales del jabón *Heno de Pravia* en las portadas de los números 126 al 150, además de anuncios de libros, sus fundadores optaron por apelar a la conciencia de su público y trataron de resolver el problema con sus propias fuerzas. Ello provocó que tuvieran que suspender la edición de otra de las revistas de su grupo, *Por esos mundos*. A finales de aquel año, el precio del papel llegó a subir un 65%, a raíz de la reducción en la producción al aplicar la ley que prohibía su exportación, y el gobierno español empezó a subvencionar a la prensa nacional, ofreciéndoles anticipos de crédito a bajo interés. Pero el grupo de Urgoiti rechazó esa ayuda, circunstancia de la que dieron cuenta en un extenso aviso que ocupó toda una página en el número 155, correspondiente al 16 de febrero de 1916⁵⁸. Debemos reparar en la importancia de este artículo, pues en él declaran que han esperado a explicar su decisión para: «no entorpecer las gestiones que la Prensa diaria realizaba cerca del Gobierno del conde de Romanones [...] Pero hoy que los periódicos diarios han logrado que se les ayude [...] nosotros podemos decir, sin perjuicio ajeno, que no queremos auxilio del Estado»⁵⁹. Ciertamente es que se refieren a la ayuda del Estado español –no de gobiernos alemanes o ingleses–, pero sí expresan su deseo de mantener una independencia económica e ideológica.



Ilustración 6.- «De la vida que pasa. La visión de Trafalgar», de Dionisio Pérez, *La Esfera*. 7/11/1914

57. Sánchez Vigil, *La Esfera...*, *op.cit.*, 90-93.

58. El artículo apareció sin firma, pero, a juzgar por su contenido, es muy probable que estuviera escrito por Nicolás M^a de Urgoiti.

59. Anónimo, «Al público que nos lee», *La Esfera*, 16 de febrero de 1916, 4.

En segundo lugar, según nuestras consultas en *Foreign Office*⁶⁰, no existe documentación ni correspondencia relacionada con *La Esfera* ni con sus fundadores (sí con otros periódicos españoles) que nos lleve a pensar que la revista recibió subvenciones del exterior.

Por último, no podemos soslayar que, tras el aumento de precio de *La Esfera*, se estaba fraguando la puesta en marcha de *El Sol* (1917-1919), diario progresista y liberal, fundado por Urgoiti bajo la inspiración intelectual de Ortega y apoyado por intelectuales de prestigio como Pío Baroja, Mariano de Cavia o Pérez de Ayala. *El Sol*, que nació como un periódico moderno –contó con las mejores máquinas del momento–, no quería mostrar ninguna afiliación política, pero sí contribuir a formar una opinión especialmente entre los núcleos directores de la nación. Ello sintoniza, en cierto modo, con las características de una parte del público que, posiblemente, tuvo *La Esfera*. Escribe Mercedes Cabrera: «*El Sol* no quería informar, sino educar, crear, formar una opinión pública masiva: ni por su precio, ni por sus contenidos, pretendió nunca convertirse en un diario popular»⁶¹. La gestación de este nuevo periódico se percibe con la entrada en el grupo Prensa Gráfica, y por ende en *La Esfera*, de algunos de los cronistas de guerra aliadófilos que luego participarán en *El Sol*, como Manuel Aznar Zubigaray⁶². Digamos también solo de paso que, cuando Alemania firmó el armisticio el 11 de noviembre del 1918, *La Esfera* organizó *La Fiesta de la Paz*, celebración en la que Ortega intervino con un discurso en el que rompía la neutralidad al tomar claro partido por los vencedores. En el número del 23 de noviembre de 1918, se imprimió un espléndido retrato del presidente francés Georges Clemenceau para ilustrar el definitivo Tratado de la Paz que se firmaría en Versalles⁶³. Cabe concluir, pues, aunque no cabe duda de que *La Esfera* era una publicación elitista desde el punto de vista social, en el plano intelectual y literario predominó la tendencia aliadófila –comprensible si seguimos la ideología del presidente de la empresa Prensa Gráfica–, pero la revista igualmente supo complacer a los sectores burgueses

60. Nuestra consulta sobre la posible presencia de documentación relacionada con *La Esfera* la realizamos en *Foreign and Commonwealth Office* (<https://www.gov.uk/government/organisations/foreign-commonwealth-office>). Recibimos una respuesta el 22 de marzo de 2014 del responsable de *The National Archives of United Kingdom*, de la que reproducimos una parte a continuación: «*I have had a look through the Foreign Office card indexes to correspondence from 1914 to 1919 under La Esfera and under the names of the founders but there are no documents relating to this magazine. There are some documents relating to propaganda and the Spanish press but they do not mention La Esfera*».

61. Cabrera, *La industria, la prensa...*, op. cit., 116.

62. «En agosto de 1916, Manuel Aznar entró en contacto con un lector- admirador de su cometido como cronista de guerra y de la categoría de Nicolás M^a de Urgoiti quien le ofrece precisamente la colaboración en sus publicaciones de Prensa Gráfica como *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico* y *La Esfera*, al mismo tiempo que colaboran ambos en la gestación del periódico *El Sol* cuyo primer número salió a la calle en Madrid el 1 de diciembre de 1917 y en el que, tras la salida del periódico *Euzkadi*, Aznar sería secretario del Consejo de Administración, director en 1918, y redactor especialista en temas militares y de guerra». J. Tanco Lerga, «La Gran Guerra en la pluma de un joven corresponsal, comentarista y crítico: Manuel Aznar Zubigaray», *Arbil. Anotaciones de pensamiento y crítica*, 118, 2014, s.p. Recuperado el 15 de marzo de 2014 de <http://www.arbil.org/118azna.htm>

63. Sánchez Vigil, *La Esfera...*, op. cit., 94.

y conservadores que pudieron leer regularmente las crónicas de autores pacifistas, neutrales o manifiestamente germanófilos, además de estar informados de todas las cuestiones, militares a través de la corresponsalía del *capitán Fontibre*.

IV. El inicio de la Gran Guerra en *La Esfera* a través de sus imágenes: las simpatías hacia los aliados

En aquellos años la imagen jugaba una función decisiva, antes de que la radio se convirtiera en el medio de comunicación de masas, y, como señala Sánchez Vigil: «El impacto que causaron las imágenes de *La Esfera* fue extraordinaria. La reproducción en formatos grandes y esmerada claridad, ofrecía por primera vez al lector los detalles perdidos en las revistas de información general, más descuidadas y con clara primacía por la noticia inmediata»⁶⁴. Si la objetividad en las crónicas de guerra era una utopía, algo muy similar sucede con las imágenes, a menudo fuertemente ideologizadas. En muchas ocasiones llevaban pies de foto que reproducen el mensaje exacto que la ilustración pretende trasladar al lector. En esos primeros meses en los que todos creían que la guerra iba a ser breve, *La Esfera* se llenó de fotografías e interpretaciones artísticas de las trincheras, de las batallas navales, de los protagonistas de la guerra, de las ciudades bombardeadas y de los efectos en la población. Aunque el semanario tuvo en su nómina a numerosos ilustradores, entre ellos sobresale Fortunino Matania, dibujante de origen italiano, que se encargaba de cubrir el conflicto en la publicación londinense homóloga –*The Sphere*–, por lo que es fácil imaginar que su representación de la guerra estaba al servicio de su revista y del país a quien servía, Inglaterra.

La Esfera empieza a hacerse eco de la Guerra el 8 de agosto de 1914. En portada aparece un retrato del Rey de Serbia, cuyo rostro lleva impreso el gesto del dolor y la derrota. En esa misma entrega se publica un artículo firmado por Manuel Bueno en el que se hace eco de los funerales de Estado⁶⁵, texto que se acompaña con una imagen de la ciudad de Belgrado bombardeada. En los números siguientes fueron saliendo otras portadas con retratos de los protagonistas de la guerra: los emperadores de Alemania –los únicos que aparecen sobre un fondo oscuro y con un semblante altivo–, el rey de Bélgica –de apariencia afable–, un jefe del ejército francés –que aparenta ser un heroico anciano–, el zar de Rusia, etc. El 15 de agosto de 1914 se incluyen unas imágenes que ilustran a la intervención británica en la guerra. El pie de foto no deja resquicio a la duda sobre la opción ideológica de la revista:

64. Sánchez Vigil, *La Esfera...*, *op. cit.*, 86.

65. M. Bueno, “De la vida que pasa. La infancia de la paz”, *La Esfera*, 8 de agosto de 1914, 4. En el número siguiente (33, 15 de agosto de 1914) colabora también Dionisio Pérez, al que hemos aludido por sus posturas germanófilas. En este caso, participa con una crónica que no podemos considerarla en los mismos términos, pues muestra claramente su rechazo hacia la invasión de la «pobre Bélgica, tan industrial, tan trabajadora, tan progresiva, que ha sabido mantener la personalidad de sus escaso territorio en medio de las naciones titanes» (4).

«Hermoso ha sido el rasgo de Inglaterra lanzándose a la vorágine infernal que hace estremecer a Europa, en defensa de los derechos de un pueblo pequeño y pacífico, pisoteados por la planta de un invasor poderoso y resuelto a todo. Esta actitud gallarda de la fortísima Albión, análoga a la que adoptara cuando España luchaba contra la invasión napoleónica ha despertado en todo el mundo las más entusiásticas simpatías hacia el pueblo y el Gobierno británico, cuya influencia ha de dejarse sentir en la marcha de la guerra»⁶⁶.

En ese mismo número se representa artísticamente a una Alemania feroz y amante de la guerra, y también se reproducen las imágenes del poderío naval de las dos potencias, con el propósito de ofrecer una visión esperanzadora para los aliados, pues Inglaterra resultaba, según el diagrama, clara vencedora.



Ilustración 7.- Pedro I, el rey de Serbia.
Segunda portada de *La Esfera*. 8/8/1914

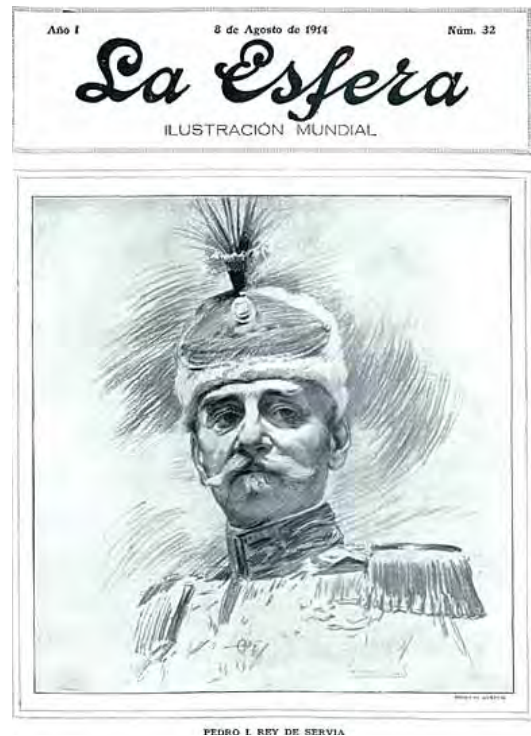


Ilustración 8.- Guillermo II, emperador de Alemania. Segunda portada de *La Esfera*, 15/8/1914

66. Anónimo, "La intervención de Inglaterra en el conflicto", *La Esfera*, 15 de agosto de 1914, 6.



Ilustración 9.- El rey Alberto de Bélgica. Segunda portada de *La Esfera*. 5/9/1914

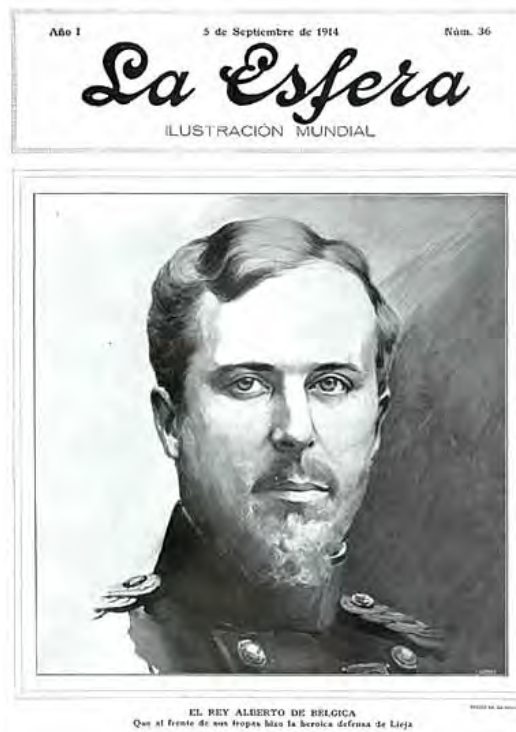


Ilustración 10.- El general Pau. Segunda portada de *La Esfera*. 19/9/1914



Ilustración 11.- «El entusiasmo de Alemania por la guerra», *La Esfera*, 15/8/1914

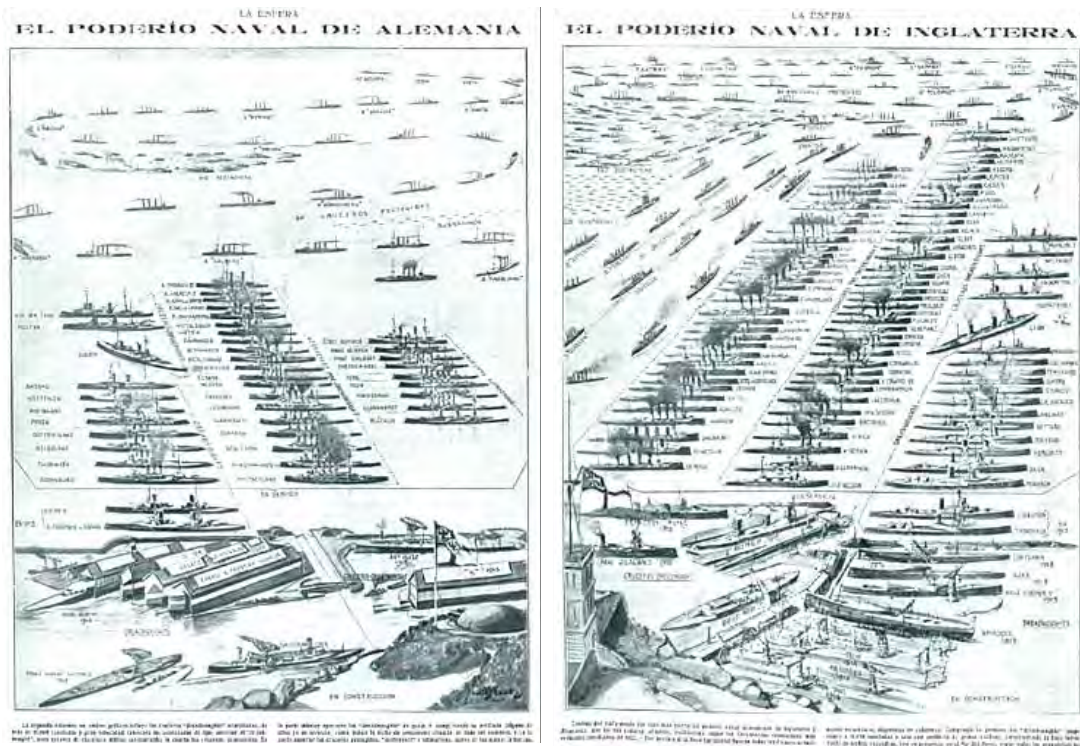


Ilustración 12.- «El poderío naval de Alemania» y «El poderío naval de Inglaterra», *La Esfera*, 15/8/1914

El papel del monarca español queda ilustrado en un retrato aséptico y neutro. En su gabinete de trabajo, examina, junto a Dato, el mapa europeo.

En ese mismo número se reproduce una estampa que nos permite advertir la trágica indefensión de los belgas ante la invasión alemana. El pie de foto describe, de nuevo, la ilustración: «Un aldeano belga sometido a interrogatorio por una sección de caballería bávara apostada en las cercanías de Vizé. En el fondo del trágico cuadro, Vizé entregado a las llamas por las tropas alemanas como represalia de la heroica resistencia opuesta por sus habitantes». Igualmente, también se tiende a ofrecer ilustraciones que den una idea lo menos derrotista posible. Por ejemplo, a través de dibujos que muestran la retirada de un ejército alemán, como se percibe en la ilustración nº 15.

La defensa belga queda simbolizada en la fotografía coloreada que sitúa en primer plano a un joven artillero belga, de semblante amable, haciendo uso no de las armas, sino de la telefonía de campaña.

LA ESFERA
EL REY DE ESPAÑA ANTE LA GUERRA



Ilustración 13.- «El rey de España ante la guerra», *La Esfera*, 22/8/1914

LAS TRAGEDIAS DE LA GUERRA



El Alférez ha de ir armado a Comarcas por sus acciones de valentía y su espíritu de Dios. Él es el hombre de la guerra. Vaya dirigido a los hombres por sus propios esfuerzos, pero respetando de la máxima consideración que por sus compañeros y la familia.

Ilustración 14.- «Las tragedias de la guerra», *La Esfera*. Dibujo de F. Matania, 5/9/1914

LA ESFERA — **LOS ALEMANES FRENTE A LIEJA** — SA 351000



UNA RETIRADA DEL EJÉRCITO ALEMÁN FRENTE A LOS FUERZOS DE LIEJA

Ilustración 15.- «Los alemanes frente a Lieja», *La Esfera*, Dibujo de Arevilo, 5/9/1914



Ilustración 16.- «Escenas de la guerra», *La Esfera*. Fotografía coloreada, 5/9/1914

De entre los muchos y magníficos cuadros de Fortunino Matania, queremos destacar aquí uno de ellos, en el que la representación de las acciones de los alemanes lleva al inevitable desprecio por parte del espectador, que no puede soslayar el gesto arrogante de unos altivos militares germanos que perturban a los humildes habitantes belgas, y que, incluso, se muestran violentos con sus propios perros. En el pie de imagen podemos leer: «El gran dibujante Matania, de quien ya hemos publicado varios admirables dibujos, ha sorprendido un dramático momento de la invasión alemana en Bélgica. Es la irrupción de las primeras tropas germánicas en la plaza del Mercado, de Lieja. Mientras un grupo de soldados practica el registro de un pacífico transeúnte, se apoderan de los víveres, “manu militari”, y los cargan en sus carretoncillos auxiliares, tirados por perros».

En los primeros meses del conflicto se incluye también el tema del espionaje alemán. Veamos cómo, en la ilustración 18, un espía germano es detenido de forma pacífica por unos humildes vecinos en el momento en el que ya han bajado su arma.



Ilustración 17.- «La invasión alemana en Bélgica», *La Esfera*, dibujo de F. Matania, 12/9/1914



Ilustración 18.- «El espionaje en la guerra», *La Esfera*. Dibujo de Paul SURIAT. 12/9/1914

UN EPISODIO DE LA DESTRUCCIÓN DE LOVAINA



AGENTES DEL PUEBLO ABANDONAN DE LOVAINA MUESTRAS DE LOS EFECTOS DE LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD POR LOS ALEMÁNES

Ilustración 19.- «Un episodio de la destrucción de Lovaina», *La Esfera*. Dibujo de F. Matania, 19/9/1914

mo, es preciso destacar que Matania también representó en las páginas de *La Esfera* el triunfo de un regimiento francés, de nuevo transmitiendo un mensaje de esperanza a los aliados en aquellos primeros meses del conflicto.

En resumen, esta primera aproximación a las estampas textuales y gráficas sobre la Gran Guerra que circularon en *La Esfera* nos permite afirmar, como sostiene Luis Bello en su artículo titulado significativamente «Cuando no había periódicos», que la prensa ejerció, sin duda, una función pedagógica y de propaganda decisiva, digna de ser analizada. Así pues, el rescate de estas manifestaciones en las «hojas volanderas» puede resultar muy beneficioso para lograr una visión más completa sobre las circunstancias, efectos y consecuencias que rodearon a la trágica contienda. Escribe Bello en noviembre de 1914:

En la ilustración 19, incluimos otro de los cuadros de Matania que también suscita la compasión del lector, pues ilustra los efectos de la invasión a Bélgica a través del retrato de las víctimas más inofensivas (ancianos, mujeres y niños), que han sido obligados a huir de su tierra.

El autor del pie de foto explica pormenorizadamente los detalles del dibujo:

«Un cuadro patético de la invasión de Bélgica fue el que ofrecieron los alrededores de Lovaina, la infortunada, el día de su destrucción. Mientras la Artillería y el incendio daban cuenta de la vieja capital de Brabante, patrullas de hunos arrancaban a sus hogares mujeres, ancianos y niños y los conducían prisioneros a los pueblecillos comarcanos para que presenciaran el tributo de la muerte impuesto a la ciudad que osó resistirse a los invasores».

La heroicidad de los aliados queda reflejada, por ejemplo, en un cuadro de un dibujante inglés, Christopher Clark, «agregado al Ejército de operaciones en Francia», que ha reconstituido «este momento épico en que un artillero británico, solo superviviente de su batería, en la batalla de San Quintín, sostuvo con el único cañón útil, hasta que un coronel del regimiento le obliga a retirarse por la fuerza», se explica en el cuadro de texto. Y por últi-



Ilustración 20.-
«Cuadros de la guerra», *La Esfera*.
Dibujo de F. Matania, 26/9/1914

«Cuando no había periódicos, los pueblos sabían unos de otros por referencias más interesadas todavía, sin contraste posible. Hoy el lector humilde, sin relaciones, desde el último rincón de España puede seguir día por día la marcha de la guerra. Todos los gobiernos envían sus partes oficiales; todas las naciones los complementan con ardor apasionado, es cierto; con parcialidad que debe descontarse, como se descuenta en un regalo verbal el acento encomiástico del amigo o el tono incisivo del adversario. ¿Podrá sorprendernos la guerra de noticias? Cuando no había periódicos, esa guerra existía ya. No es de ahora la propaganda de informes fantásticos y de falsos testimonios. En los partes oficiales, los gobiernos saben que se dirigen a su nación [...] Cuando no había periódicos ocurrían poco más o menos, las mismas cosas que ahora- Con una diferencia: tardaban más en ser conocidas; las versiones contradictorias triunfaban cada cual en su zona y esos triunfos locales significaban otra lucha fanática que había de traducirse después en los grandes errores de la historia. Porque las hojas diarias volanderas serán despreciadas por los que no aceptan ni los hechos ni las ideas sino cuando las encuentran en un volumen, pero la historia habrá de recogerlas como una base tan firme por lo menos como los documentos oficiales».⁶⁷

67. L. Bello, «De la vida que pasa. Cuando no había periódicos», *La Esfera*, 21 de noviembre de 1914, 4.

AZORÍN ON THE FRENCH FRONT

Azorín en el frente francés

Andrea Paola Alarcón Núñez
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

Durante la Primera Guerra Mundial José Martínez Ruíz «Azorín» fue el enviado especial a Francia por el diario ABC. Entre 1914 y 1918 el periodista relato y analizo cómo afectaba el día a día de este país la guerra. Dada la diferencia que existía entre el campo y la ciudad, y la estrecha relación de Azorín con París nos centraremos en las apreciaciones del escritor sobre esta ciudad. Para ello estudiaremos los artículos recopilados en el libro *París Bombardeado* (1919). A través de estos escritos observaremos la vida cotidiana de los parisinos durante la Gran Guerra, veremos cómo los

Abstract

José Martínez Ruíz “Azorin” was the special envoy to France of the newspaper ABC during the First World War. The journalist analysed and wrote about how the armed conflict affected French daily life between 1914 and 1918. Taking into account the differences between the countryside and the city, and the close relationship that Azorín had with Paris, we will focus on the author’s thoughts on the city. To that end, we will study the articles collected in the book *Paris bombardeado* (1919). Through these writings we will observe the daily

seres humanos se sobreponen a situaciones límite e intentaremos dilucidar la idea que tenía el periodista sobre la capital francesa.

Palabras clave

Azorín, Primera Guerra Mundial, Francia, Literatura, vida cotidiana, ciudad

life of Parisians during the Great War and how humans overcome extreme situations. Finally, we will clarify the personal vision of Azorín on Paris.

Keywords

Azorín, First World War, France, literature, everyday life, city life

Las grandes batallas de la Primera Guerra Mundial ocurrieron, sin lugar a dudas, en Francia. Desde el verano de 1914 hasta el invierno de 1918 el norte de este país estuvo invadido por el ejército alemán. Cientos de familias tuvieron que desplazarse, otras fueron obligadas a trabajos forzados y la gran mayoría perdió a alguien cercano durante la contienda. Provincias enteras fueron arrasadas y algunas ciudades quedaron en ruinas. La población francesa estaba desorientada, asustada y agotada. Sin embargo, hablar de una sola experiencia nacional durante la guerra es algo inviable, pues muchos hombres no lucharon en nombre de la Patria, sino en favor de su comunidad, en favor de la gente que conocían.

Por otro lado, lo que ocurría tanto en el campo como en la ciudad era totalmente distinto. Mientras que en los núcleos urbanos se gozaba de la mayoría de las comodidades; en el campo, las personas vivían en unas condiciones mucho más modestas. La modernización y el crecimiento económico que se observaban en Francia antes de la guerra dependían de la zona geográfica. Indudablemente, el mayor crecimiento se dio en las áreas donde había una mayor infraestructura y un nivel educativo más alto, es decir, en las ciudades. Por esta razón, para estudiar las distintas formas de la vida francesa durante la Guerra habría que realizar un análisis más focalizado, esto es, un estudio a nivel local más que nacional.

Dada la importancia de las capitales durante la guerra, éstas se convirtieron en los centros neurálgicos de la misma. En ciudades como Londres, Berlín o París, se tomaron decisiones clave sobre el conflicto. En el caso francés, esto se acentúa, pues el frente se encontraba muy cerca de la capital. Además, y gracias a las revoluciones de 1789 y 1830, París se había convertido en un importante centro ideológico para Europa y centro político de la República Francesa. Así, invadirla o destruirla resultaba de vital importancia para los alemanes¹.

El status simbólico de París era excepcional. La ciudad luz encandilaba a visitantes y parisinos por igual. Era el lugar de la cultura y del placer, allí existía una intensa vida social que se disfrutaba en los cafés, en las plazas y en los bulevares. París era un lugar para ver y ser visto. Aun en tiempo de guerra sus habitantes gastaban más en ropa y en bebida que cualquier otro ciudadano europeo.

Como cabe esperarse no todo era tan bello como parecía. Entre el este y el oeste de la ciudad había un gran contraste; no solo a nivel arquitectónico, sino también a nivel social.

1. Para ampliar esta información véase J. Winter y J.L Robert (eds.), *Capital Cities at War. Paris, London, Berlín. 1914-1919*, Gran Bretaña, 1997.

Antes de que empezara la Primera Guerra Mundial la ciudad estaba en decadencia, había una alta tasa de mortalidad y muchos de sus ciudadanos vivían en condiciones de hacinamiento y miseria (más que en Londres, por ejemplo). Y el alcoholismo y la tuberculosis eran plagas que aquejaban a buena parte de la población. Pese a ello, cientos de artistas se dieron cita en la capital gala creando obras que reforzaban la magnificencia de este lugar².

Uno de ellos, y a través de quien recorreremos las calles de París en guerra, es el escritor José Martínez Ruiz, Azorín, que tuvo la oportunidad de vivir y relatar en primera persona los estragos ocasionados por la guerra.

Azorín y París

Como es bien sabido, Azorín fue un gran defensor de la cultura francesa. No solo sintió especial interés por su cultura, costumbres y valores, sino que además mostró un gran entusiasmo por la libertad de prensa y por el contenido de sus publicaciones³. Sin embargo, en varios de sus artículos alega estar en desacuerdo con muchas de las políticas o decisiones de la Francia oficial. Martínez Ruiz escribe sobre Francia en guerra desde el inicio de la contienda, ya que era el enviado especial a este país por el diario *ABC*. Sus primeros artículos los firma desde San Sebastián, y en ellos nos habla sobre Bayona.

Bayona es la ciudad que solía visitar con cierta frecuencia. A través de este lugar nos introduce a la Francia de antes de la guerra, donde, según él, «*la vida es fácil, dulce e intensa*»⁴. En su segundo artículo nos describe los ánimos de la población y da cuenta de su admiración por el pueblo francés. Como veremos esta fascinación se encuentra presente en todos sus escritos. En la mayoría de sus artículos se percibe una postura bastante crítica frente a Alemania, aunque en otros matiza que no se debe considerar la sabiduría germana y francesa como algo antagónico, sino más bien como algo complementario. Incluso dedica un par de artículos a disipar las exageraciones de sus colegas francófilos sobre el pueblo germano y, en algunas ocasiones (especialmente al inicio de la guerra), llega a afirmar que el pensamiento francés debe mucho al pensamiento alemán y viceversa⁵.

Los artículos en los que nos enfocaremos aquí relatan la vida cotidiana del escritor durante su estada en París durante la primavera de 1918. Para ello, nos centraremos en los escritos compilados en el libro *París bombardeado*, editado por primera vez en 1919. La mayoría de estas anotaciones fueron publicadas en el diario *ABC*, aunque incluye dos escritos nunca antes difundidos y una reflexión realizada desde Madrid tras la culminación de la guerra. En estos textos hay tres aspectos que llaman nuestra atención sobre el testimonio de

2. Acerca de la construcción simbólica de las ciudades durante la Primera Guerra Mundial revisar: J. Winter, *Sites of memory, sites of mourning. The great war in European cultural history*, Nueva York, 1995.

3. Sobre la influencia de la literatura clásica francesa en la formación de Azorín consultar J. Abbott, *Azorín y Francia*, Madrid, 1973.

4. Azorín, “Antes de la guerra”, *ABC*, agosto, 1914.

5. Para profundizar sobre el posicionamiento ideológico de aliadófilos y francófilos en España consultar: F. Díaz-Plaja, *Francofilos y germanófilos. Españoles en la guerra Europea*, Barcelona, 1973.

Azorín: El primero de ellos es la normalización de la guerra e incorporación de la misma a la vida cotidiana; el segundo, es la aparente despreocupación por el conflicto (ya no solo por parte del escritor, sino también por el resto de la ciudadanía) y, por último, la idea que tenía Azorín de la cultura francesa y de su lucha que hace que tenga una lectura muy poetizada de la capital y las consecuencias de la guerra.

Vida cotidiana y despreocupación por el conflicto

Para analizar estos tres aspectos hay que tener en cuenta la importancia que el escritor concedía a lo cotidiano. Para Martínez Ruiz «lo cotidiano es maravilloso, pero a la vez y por eso lo maravilloso está en lo cotidiano»⁶. De hecho, en una de sus reflexiones apunta cómo ni la misma guerra puede detener el curso de los días:

«El cañón no interrumpe la vida. Todo es tan digno de ser meditado como el riesgo del cañón. Salimos sin embargo de casa, atravesamos plazas y calles; bebemos agua: No nos pasamos el día palpándonos, oscultándonos. La vida se sobrepone a dolores y angustias. La vida encierra en sí misma, para subsistir, cierta cruel impasibilidad»⁷.

Partiendo de esta idea, es normal encontrar en sus relatos referencias a sus largos paseos y a sus frecuentes visitas a las librerías parisinas. En estas derivas Azorín se ve cautivado por todo lo que pasa a su alrededor, aún en guerra. Percibe a París como la ciudad más hermosa del mundo, el lugar idóneo para estar. Le impresiona la monumentalidad de sus calles, el ir y venir de los coches y los viandantes. Por sus descripciones parece que la ciudad no estuviera en guerra:

«Estamos en París. El cielo es gris, ceniciento, es de una dulzura y una suavidad incomparables. Sobre ese elegante gris, en las grandes avenidas, destaca, con maravillosa armonía, el verde primaveral de los árboles.

Las calles están limpias, cuidadas en su asfalto. La muchedumbre de viandantes camina tranquilamente, y los automóviles, incesantes, desfilan raudos.

¡Profunda sensación de sosiego, de tranquilidad y de paz!...»⁸.

Posteriormente, y por instinto, empieza a buscar las huellas de ese enfrentamiento que le quitaba el sueño pocos días antes de emprender su viaje a Francia:

«Yo miraba atentamente las casas, sus muros, sus techumbres. Quería ver si descubría alguna señal de desquiciamiento, de ruinas, producidas por los bombardeos. Al cruzar una plaza he columbrado la parte alta de una casa toda derruida, con andamios. En algunos monumentos

6. Azorín, *París Bombardeado*, Madrid, 2008, Prólogo de Jorge Urrutia, 12.

7. Azorín, *op. cit.*, 61.

8. Azorín, *op. cit.*, 44.

públicos, grupos de obreros se ocupan en cubrir con sacos de arena y con tierra los bajos relieves y las partes delicadas de la obra artística»⁹.

Finalmente termina su descripción comentando cómo al pasar por esas avenidas y jardines, «veía a la gente sentada en los bancos y las sillas charlando reposadamente...»¹⁰. Una vez más se observa cómo las personas siguen el curso de su vida, con toda la calma, como si el enfrentamiento tuviera sitio en otro lugar. Si bien el ser humano es capaz de sobreponerse a cualquier dificultad, no deja de sorprender la pasividad con la que Azorín y los parisinos actúan frente a la guerra. De hecho, en algunas ocasiones estas descripciones dan cuenta de cómo en el ambiente de la ciudad existía una cierta negación/resignación respecto a lo que estaba ocurriendo. Incluso el mismo Azorín alude a la falta de preocupación de los habitantes de la capital francesa y comenta que en los diarios algunos columnistas han mostrado su indignación por la apatía de los ciudadanos frente al conflicto. No obstante, Azorín se acusa a sí mismo de pecar de esta indiferencia:

«Algunos periódicos se quejaban, al día siguiente de la despreocupación de los parisenses. “Salen a la puerta de la calle- decían- y allí están fumando”. En efecto, anoche en el hotel, ya casi nadie bajo a los sótanos. Salimos casi todos a la puerta de la calle; estuvimos allí un momento; después nos acercamos todos a la esquina; luego para contemplar mejor el cielo nos separamos de la acera y nos pusimos en medio del arroyo... La luna inundaba de clara y suave luz las calles»¹¹.

Los especialistas en psicología de guerra afirman que esta especie de negación es natural, pues la resistencia es un mecanismo que permite a las personas y a las comunidades afectadas (en este caso por la guerra) sobrevivir y hacer frente a la adversidad. En momentos de tensión permanente o demasiado prolongada, el cerebro trata de convencerse de la opción más cómoda, aquélla en la que se elimina lo que duele. En este caso, se elimina la idea de la persistencia de la guerra¹².

Lo anterior lo podemos ver reflejado en las acciones de los personajes de Azorín. A través de estos sujetos observamos cómo los seres humanos se sobreponen y continúan viviendo en condiciones límite. En sus relatos hay soldados parodiando el miedo, parejas que salen a pasear en coche en medio de un bombardeo, militares que ignoran las alertas y personas perfectamente trajeadas que continúan bromeando y riendo en un gran salón de fiesta. Esto no deja de ser inquietante y nos hace reflexionar sobre el hecho de que a veces hay más información en lo que se omite que en lo que se hace o se dice. De todos modos, la mayoría de veces Azorín es consciente de lo que calla, pues en varios de sus artículos asegura que no está bien que un español sienta más temor que un francés por la guerra. De hecho, en un par de sus reflexiones afirma que: «no hablo en París con nadie -ni una

9. Azorín, *op. cit.*, 46.

10. Azorín, *op. cit.*, 46.

11. Azorín, *op. cit.*, 53.

12. A. Blanco, L. de la Corte y J. Sabucedo, *Psicología y derechos humanos*, Madrid, 2004.

palabra- ni de los bombardeos nocturnos, ni del cañón»¹³ Y es que, como comenta el catedrático Jorge Urrutia, en el Azorín de esta época se observa un esfuerzo por integrarse a la vida de la ciudad imitando el comportamiento de sus anfitriones y evitando la mínima confrontación o muestra de debilidad¹⁴.

Esto no quiere decir que los parisinos o el mismo Azorín no tuvieran miedo. La guerra es un acontecimiento espantoso, tan aterrador que mientras los individuos la viven, muchas veces son incapaces de asumirla evitando hacer referencia a ella. Merece la pena entonces que tengamos en cuenta que estas «operaciones lingüísticas no son parte de una hipocresía extendida, por el contrario son operaciones conscientes y programadas que tienen por finalidad cambiar la forma de recordar y de pensar»¹⁵. Esto implica que si no se habla de la guerra en París es porque, como ya hemos comentado, el cerebro puede editar y censurar selectivamente la verdad para construir una realidad más amable y dulce. Por esta razón y únicamente cuando Azorín llega a Madrid es capaz de reconocer el horror que le produjo la guerra, es decir, solo hasta que se sale de ese contexto es totalmente consciente de lo que vive:

«¡Días terribles, angustiosos, estos de la última decena de mayo de 1918! Días críticos para Francia y para Europa. Días de los más decisivos de toda la guerra. Yo, que no había podido venir antes a París, he querido venir ahora. En París he estado, pues, en las horas más trágicas de la guerra»¹⁶.

Idealización de París, el nacionalismo

Otra de las razones que explican esa París impasible en el testimonio de Azorín responde a que nuestro interlocutor era un visitante esporádico que gozó de ciertos privilegios (se hospeda en el lujoso Hotel Majestic, por ejemplo) y que a su vez se relaciona con otros visitantes que disfrutaban de las mismas comodidades. Si bien Azorín conoce la ciudad y procura explorarla, su visión está sesgada. Primero, porque solo recorre un determinado sector de la capital (esto lo podemos inferir de sus descripciones sobre la ciudad); y segundo, porque, al igual que muchos de los intelectuales de mediados del s.XIX y principios del siglo XX, Martínez Ruiz ve en París el gran faro de la cultura europea.

París es una ciudad que ha sido contada de muy diversas maneras, cada artista tiene una visión particular de ella. Aunque esta pluralidad de miradas nos ilustra la imposibili-

13. Azorín, *op. cit.*, 78.

14. En la introducción a la segunda edición del libro *París Bombardeado* (2008), Jorge Urrutia analiza detalladamente la obra y su contexto. Además realiza un breve estudio sobre los planteamientos estéticos de estos artículos.

15. N. Porras, “Lo ideológico en la psicología social y en la guerra en Colombia”, *Revista de Psicología –GEPU–* (En línea). Disponible en: <http://revistadepsicologiagepu.es.tl/Lo-Ideol%F3gico-en-la-Psicolog%EDa-Social-y-en-la-Guerra-en-Colombia.htm>

16. Azorín, *op. cit.*, 78.

dad de concebir a París como una totalidad, la unión de estos fragmentos genera el «mito de la grandiosa París»¹⁷. Azorín, gran conocedor de los clásicos de la literatura francesa y cautivado por este mito, profesa una gran admiración por esta ciudad. Por esta razón a pesar de la guerra, para Martínez Ruiz Vivir en París, es «vivir en el centro espiritual del planeta, en el centro de la ciudad más bella del mundo, es una delicia. Vivir aquí es vivir siete veces más que los otros mortales».¹⁸

Por lo que mientras se avanza en la lectura de sus artículos es inevitable no pensar que más que adentrarnos en París en guerra estamos irrumpiendo en la psique del escritor, en lo que desea y espera de esta ciudad. Sin embargo, todo lo literario no puede ser imaginario y en favor de la visión edulcorada de Azorín, podemos asegurar que durante la Primera Guerra Mundial la vida parisina en comparación con la de Londres o Berlín mantuvo una relativa calma y una mayor vitalidad. Además y como ya lo habíamos comentado, la mayoría de los parisinos estaban acostumbrados a hacer frente a situaciones límite y su idea de bienestar se relacionaba más con la posibilidad de encontrar un sitio donde residir que con la felicidad. Quizás esa manera de vivir fue la razón por la que la contienda se hiciera más fácil de sobrellevar.

Por otra parte y en función del momento de la guerra existió más o menos vida social. Al principio del conflicto la gente estaba más contenida, pero a medida que fue pasando el tiempo y en vista que el enfrentamiento se prolongaba, el ambiente se fue moderando y empezaron a aparecer nuevas estrategias para continuar con la vida nocturna, las tertulias y las reuniones entre amigos. Así lo constata Azorín cuando nos habla sobre su paseo del 29 de mayo de 1918: «Lucía clara la luna. Se veían muy pocas luces. Los cafés, llenos de gente, están cerrados para que no salga el resplandor de la luz. Los faroles de aquí y de allá tienen los vidrios pintados de azul y están cubiertos con una caperuza».¹⁹

Por otro lado, aunque la Primera Guerra Mundial fue uno de los sucesos más traumáticos para la Europa del s.xx, sus horrores fueron atenuados por un fuerte sentimiento nacionalista fomentado por los propios gobiernos. Desde los medios de comunicación se enviaban mensajes de aliento a los soldados y se instaba a defender la patria de la maldad del adversario. Azorín, consumido por aquella euforia nacionalista, veía en la lucha francesa algo noble e incluso admirable, cito: «Buenos soldados; soldados de la bella e intrépida Francia; soldados joviales, bonachones... Estos soldados, los de los heroísmos silenciosos y tranquilos que han peleado por la libertad y por el progreso...»²⁰. Es una postura comprensible si se tiene en cuenta que los valores fomentados en la guerra de disciplina, orden y servicio a la patria, así como una imagen distorsionada de la perversidad del enemigo, hacen que la ciudadanía advirtiera el conflicto como algo lógico y necesario para el restablecimiento del orden. Además, muchos individuos

17. Para ampliar información sobre cómo se construyen los imaginarios urbanos consultar: A. Moya, «Paisajes inmateriales», *La percepción del paisaje urbano*, Madrid, 2011; B. Pike, *The image of the city in modern literature*, New Jersey, 1981 y A. Almandoz, *Literatura y ciudad en la primera industrialización*, Caracas, 1993.

18. Azorín, *op. cit.*, 82.

19. Azorín, *op. cit.*, 53.

20. Azorín, «Soldados», *ABC*, Agosto. 1914.

ponían estos principios por encima del respeto a la vida humana. De ahí, que los enfrentamientos bélicos (a escala internacional) afianzaran y fortalecieran los lazos nacionales, la lucha de todos los ciudadanos contra un enemigo común creaba alianzas fuertes, difíciles de quebrantar.

Conclusión

Queda claro que nuestro escritor ve París como un prototipo de ciudad ideal. El imaginario que tiene Azorín sobre la ciudad luz pesa más que los hechos y su objetividad periodística. Si bien, Martínez Ruiz era consciente de la difícil situación de la ciudad, la imagen que se había formado de este lugar, a partir de la literatura y la cultura, no le permitía reconocer todas sus dobleces y mezquindades. Así, su perspectiva de la Francia en guerra dista mucho de lo que ocurría en las trincheras.

Sin embargo, a través de los relatos y percepciones personales de Azorín, podemos notar cómo el ser humano se sobrepone a la guerra y con algunas estrategias mentales logra continuar con su vida. Pese a que la visión que tiene nuestro autor de París no es la más ecuánime (en ciertas ocasiones sus escritos parecen una apología a Francia más que una crónica de guerra), esto no implica que no se pueda ver más allá de estas descripciones complacientes, puesto que muchas de las ideas y actitudes que refleja Azorín en sus escritos son producto del contexto que generó la Primera Guerra Mundial.

De igual manera, a través de los artículos de Azorín podemos observar cómo la información que circula en tiempo de guerra favorece el sentimiento pro-belicista, pues, como nuestro escritor, muchos ciudadanos se vieron influenciados por un aluvión de propaganda nacionalista que mostraba la guerra como un acto de la más grande nobleza. Aún hoy en día, países en guerra mantienen «informados» y «convencidos» a sus ciudadanos sobre las virtudes y las necesidades de determinadas intervenciones bélicas.

Para concluir, no hay que perder de vista que tal y como afirma el historiador Eduardo González Calleja «El testimonio es el resultado de la acción del tiempo sobre la memoria, desde la percepción de la escena vivida... Y el fruto de la superposición y la combinación de las diferentes memorias personales: familiar, política, ideológica, etc...»²¹. Así, un único testimonio es insuficiente, pero la suma de ellos conforma el retrato de un momento y de un espacio determinado.

El rescate de estos testimonios sigue siendo, sin lugar a dudas, muy necesario. Hablar y poner en contexto los horrores de una guerra que ocurrió hace cien años, desafortunadamente no deja de ser un tema de gran actualidad. Aunque las armas son otras y los objetivos pueden haber variado, sus consecuencias continúan siendo igual de desastrosas: Pobreza psíquica y económica, desesperanza y muerte.

21. E. Calleja, *Memoria e Historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*, Madrid, 2013, 143.

AZORÍN, SAAVEDRA FAJARDO
AND THE GREAT WAR (1914-1918)

Azorín, Saavedra Fajardo y la Gran Guerra (1914-1918)

Francisco Javier Díez de Revenga
Universidad de Murcia

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

Entre sus crónicas desde París durante la Primera Guerra Mundial, Azorín incluye unos artículos, con el título de «Pinturas viejas», en los que recoge la opinión de Saavedra Fajardo sobre los nacionales de los países en guerra. Las pone en relación con la opinión que se tiene de las gentes de tales países en los años de la Gran Guerra. Azorín adopta una vez más una actitud actualizadora habitual en su tratamiento del pensamiento de Saavedra Fajardo y que cultivó a lo largo de su carrera periodística en numerosos artículos.

Palabras clave

Azorín, Primera Guerra Mundial, Entre España y Francia, Pinturas Viejas

Abstract

Among his reports from Paris during World War I, Azorín wrote an article entitled “Old Paints”, in which he records the opinion of Saavedra Fajardo about the inhabitants of countries at war. He draws comparisons with the preconceived views of the people of these countries in the years of the Great War. When looking at Saavedra Fajardo’s thinking, Azorín once again adopts his usual attitude of updating, which he cultivated throughout his journalistic career in numerous articles.

Key words

Azorín, WWI, “Entre España y Francia”, “Pinturas Viejas” (Old Paints)

Cuatro son los libros que recogen crónicas y artículos escritos y publicados por Azorín durante la Primera Guerra Mundial, escritos para la prensa desde 1914 a 1919, tal como E. Inman Fox detalla en su excelente guía de la obra azoriniana. El más antiguo es *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*¹, publicado a finales de 1916 o a principios de 1917, ya que el volumen carece de año de impresión. En él recoge artículos de carácter histórico y literario con recuerdos de su primera estancia en Francia como corresponsal de guerra del diario ABC de Madrid. Sigue la colección de reportajes, *París bombardeado*², sobre la vida parisina en 1918, bajo los disparos del famoso cañón «Gran Berta», tal como recuerda José María Valverde³ en su biografía de Azorín. Este libro ha sido recientemente editado con un espléndido estudio introductorio por Jorge Urrutia⁴.

Otra colección singular es *Los norteamericanos*⁵, que reuniría como conjunto así denominado en el volumen III de sus *Obras completas*⁶, y que refiere la presencia de las tropas de Estados Unidos en territorio francés en la fase final de la guerra. Y, por último, *Con bandera de Francia*⁷, publicado muchos años después, en 1950. En él recuperaría numerosos artículos de sus etapas de corresponsal en París durante la Gran Guerra. Azorín se fue convirtiendo ya en los primeros meses de la guerra, a pesar de trabajar en un periódico absolutamente germanófilo como era ABC, en un decidido partidario de Francia, y como tal se presentará en el subtítulo del primero de los libros recordados hace un momento con el apodo de francófilo.

Nos vamos a referir en esta oportunidad, exclusivamente, a tal recopilación, a *Entre España y Francia*, del que Jorge Urrutia ha opinado que «se presenta como una obra pacifista», ya que, para Azorín, «por primera vez en la historia de la humanidad la guerra no ha sido algo marginal en su evolución, sino que ha conmocionado a toda la sociedad»⁸.

Llama inevitablemente la atención el subtítulo del libro, *Páginas de un francófilo*. ¿Por qué a Azorín le interesaba, a finales de 1916, exhibir su condición de partidario de Francia?

1. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, Barcelona-París, 1916-1917.

2. Azorín, *París bombardeado*, Madrid, 1919.

3. J.M. Valverde, *Azorín*, Barcelona, 1971, 324.

4. J. Urrutia, «Paris, el espacio incommovible», introducción a Azorín, *París bombardeado*, Madrid, 2008.

5. Azorín, *Los norteamericanos*, introducción, edición y notas de Laureano Robles, Alicante, 1999.

6. Azorín, *Obras completas*, Madrid, 1947-1954.

7. Azorín, *Con bandera de Francia*, Madrid, 1950.

8. Urrutia, *op. cit.*, 18.

No lo sabemos con exactitud, aunque podemos encontrar una explicación si reparamos en la colección de libros y en la editorial que publica el libro. Para ello es indispensable examinar con detenimiento la edición de 1916 o de los primeros meses de 1917. La publica, en Barcelona, Blond y Gay, editores, que se domicilian en Barcelona y París, aunque la imprenta es española: exactamente, el Establecimiento Tipográfico de Nicolás Poncell, en Igualada, Barcelona. Como utilizamos el ejemplar que se custodia en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, podemos observar algunos aspectos interesantes de la edición, que en otras bibliotecas, que encuadernaron el volumen, no es posible advertir.

Es indispensable atender al anuncio editorial de la contraportada en el que figuran libros relacionados con la situación europea del momento: *La guerra injusta*, de Armando Palacio Valdés; *La campana Rolando*, de J. Joergensen, versión castellana de Fernando Melgar; *Las sotanas bajo la metralla*, de René Gäell, presbítero, soldado sanitario, prólogo del general Humbel; *La guerra alemana y el catolicismo*, por monseñor Alfred Baudrillat y Denis Cochin; *Alemania y los aliados ante la conciencia cristiana*, por Georges Gioyau y monseñor Chapon, obispo de Niza; *El martirio del clero belga*, por Augusto Melot, diputado de Namur; *La defensa del ingenio francés*, por René Doumic; *Del siglo XVIII al año sublime*, por Etienne Lamy; *La guerra contada por los soldados*, por Eugenio García Obregón, S. J.; *El desagravio*, por Francisco Melgar; *La mentira anónima*, por Francisco Melgar; y *De Kant a Kuppp. Contra el espíritu alemán*, por Léon Daudet.

Respecto a estos libros hay que señalar que *La campana Rolando*, de J. Joergensen, versión castellana de Fernando Melgar, fue publicada en París y Barcelona, en 1916, bajo el rótulo de Publications du Comité Catholique de Propagande Française a l'Étranger. Respecto al libro de Armando Palacio Valdés, como ya estudió Yvan Lissorges⁹, hay que advertir que recoge los catorce artículos publicados por el autor de *La hermana San Sulpicio* en abril y mayo de 1916 en *El Imparcial* bajo el título genérico de «La guerra injusta», y que tuvieron notable resonancia en España, donde reforzaron la posición de los llamados «aliadófilos» por la aportación de argumentos fuertes sacados de unas reflexiones nacidas de la observación de la realidad europea del momento por un escritor célebre, buen católico y liberal moderado.

Santiago Casas Rabasa, en su estudio «El comité católico de propaganda francesa en España durante la Gran Guerra. Una puesta al día»¹⁰, señala que, aunque durante la Primera Guerra Mundial España permaneció neutral, se convirtió el país en campo de batalla de las diferentes propagandas de los países en conflicto. Una respuesta francesa a la propaganda alemana en España y, por extensión, en los demás países neutrales, fue la creación del Comité Católico de Propaganda Francesa. Este Comité tuvo la característica de utilizar la tradicional catolicidad española para desarrollar una propaganda de tipo nacionalista. La colaboración entre algunos eclesiásticos y el gobierno francés en pro de Francia fue obra de Alfred Baudri-

9. Y. Lissorges, «Armando Palacio Valdés y Francia. Francia y Armando Palacio Valdés», *Actas del III Congreso Internacional Armando Palacio Valdés y su obra celebrado en Laviana y Avilés (3, 4 y 5 de octubre de 2007)*, Palacio Valdés, asturiano universal, Laviana, 2009, 185-215.

10. S. Casas Rabasa, «El comité católico de propaganda francesa en España durante la Gran Guerra. Una puesta al día», *Hispania Sacra*, LXV Extra 1, enero-junio, 2013, 335-367.

llart, rector del Instituto Católico de París. Baudrillart realizó dos viajes de propaganda a España donde se entrevistó con personalidades políticas, intelectuales y eclesiásticas, poniendo en marcha diversas iniciativas propagandísticas.

El volumen *Alemania y los aliados ante la conciencia cristiana* también fue publicado por el Comité Católico de Propaganda Francesa en el Extranjero, según figura en los créditos editoriales del libro. Los folletos de *Francisco Melgar, Páginas de actualidad*, 1914-1915; *El desagravio*, París, 1915; *La mentira anónima*, París, Blond y Garay, 1916, fueron sufragados generosamente por la Embajada de Francia, según ha averiguado Eduardo González Calleja en su estudio *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*¹¹.

Es en este conjunto editorial donde Azorín publica su libro. No es extraño por tanto que exhibiera en el subtítulo su condición de francófilo. Y no nos parece extraño, desde luego si releemos el prólogo del libro:

«Nos hallábamos en el mediodía de Francia en el verano de 1914 y contemplamos —llenos de emoción, de esperanzas— la movilización del ejército. Pocos días después comenzamos nuestra campaña en favor de la bella, la noble, la inmortal Francia. En este volumen van reunidas algunas de las páginas que hemos escrito. Hemos procurado que el presente volumen tenga cierto carácter de permanencia. Amante su autor de las letras, de las artes, debía sentirse preocupado por la cuestión de las relaciones espirituales entre España y Francia. Otros han tratado de la política y de la milicia; otros han escrito de panoramas de la guerra y las escenas de heroísmo. Nosotros, apasionados de Francia, entusiastas de España, hemos creído que debíamos dedicar, en estos años, nuestra pluma a destruir nocivos prejuicios, relativos a dos pueblos y a procurar —dentro de nuestra modestia— una mutua y más cordial y perfecta comprensión.

A Francia hemos vuelto varias veces después de comenzada la guerra. Y ante el verde, suave, dulce paisaje de sus campiñas, renovamos nuestro antiguo amor: ante el suave paisaje de sus campos y en las librerías donde, entre amena charla, vamos buscando los volúmenes novísimos y repasando los viejos autores —savia de un pueblo— que se llaman Montaigne, Molière, Pascal, Descartes, Saint-Beuve...»¹².

Y así lo firma Azorín en Madrid, diciembre 1916. Pero no es menos interesante el epílogo, en el que Azorín, cargado de futuro, asegura que la humanidad saldrá fortalecida tras la «actual y terrible guerra» «en las vías de la justicia y el progreso»:

«Sonreíd de quienes os digan que, con la presente formidable guerra, vuestros ideales han fracasado. Sonreíd de quienes a la vista de tantos horrores, dan por muertos, para mucho tiempo, aquellos anhelos de confraternidad y de cordialidad que en el mundo propagaban, principalmente, las clases obreras. Sonreíd de quienes —un poco sarcásticamente— os hablan de que lo

11. E. González Calleja, *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, 1998, 501.

12. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 5-6.

eterno entre los hombres es la fuerza y que lo fugaz y transitorio son vuestras ilusiones. Sonreíd, finalmente, de todos aquellos —son legión— que, con aires científicos, moviendo paternalmente la cabeza, os vuelven a recordar que la lucha por la vida es perdurable y que las sociedades humanas lucharan eternamente entre sí... Sonreíd, reíd de todo eso. Tened fe, siempre más fe. La lucha entre los hombres no es ley de vida ni de progreso. Decidlo muy alto y con firmísima convicción: la ley de vida, la ley de progreso no es la guerra ni la lucha devastadora del hombre entre el hombre, sino la lucha contra la naturaleza, la lucha contra la materia, para descifrar sus secretos, para adueñarse de sus arcanas propiedades, para que nosotros hombres, podamos lentamente, con trabajo ir extendiendo más nuestra fuerza gracias a las energías misteriosas que la madre —la Tierra— guarda cuidadosamente.

La guerra es la trama y nervio del progreso. La actual y terrible guerra no hará detenerse en su marcha ascendente a la humanidad. En vez de marcar un retroceso, o un estacionamiento en la vida del nuevo derecho, de la moderna sensibilidad, de la moderna moral, esta guerra ha puesto de manifiesto cuán hondo y copioso era el tesoro de esa sensibilidad nueva. Contando con la relatividad de las proporciones, comparad la manera cómo ha visto y sentido ahora la humanidad la guerra, a cómo ha visto y sentido otras guerras anteriores. ¡Qué emoción tan intensa ahora y qué modo de pensar y repensar sobre la lucha y todos sus aspectos! La vida espiritual del planeta gira toda alrededor de la guerra; no hay más que la guerra en la conciencia universal; el dolor de la guerra, la preocupación por la guerra, ha entrado en todos los corazones y ocupa todos los cerebros. Pensadores, artistas, poetas, alimentan sus obras de los sentimientos de la guerra. ¿Cuándo ha ocurrido esto en el mundo? La humanidad entera, de uno a otro polo, sintiendo el dolor, pensando en el dolor, ¿creéis que es espectáculo que se ha visto alguna vez en la historia, desde que los hombres han surgido sobre la Tierra? Y ¿creéis que este pensar y repensar universales en el dolor no ha de producir lógicamente, fatalmente, un nuevo avance en las vías de la justicia, del progreso?

No en vano la humanidad se habrá revelado a sí misma este tesoro de sensibilidad. Una nueva era comenzará para Europa y para el mundo. Tengamos fe, más fe»¹³.

Entre España y Francia contiene un conjunto de artículos de 1914-1915 titulado «Pinturas viejas», cuyos textos aparecieron en *ABC*, el último día de 1914 y los primeros de 1915 (31 de diciembre de 1914, 6, 9, 13 y 18 de enero de 1915), en total cinco ensayos sobre la opinión que merecieron a Saavedra los franceses, los ingleses y los alemanes a través de numerosos textos extractados de las *Empresas*. Los cinco artículos aparecieron en lugar destacado en el periódico (los de los días 31 de diciembre, 6 y 9 de enero en tercera página, el del 18 en segunda y el del 13 en quinta) y todos ellos se titulaban «Francia», con el subtítulo de «Pinturas viejas», que sería el que los titularía al incluirlos en la edición de *Entre España y Francia*.

En ellos, exactamente, Azorín se refiere a cómo «pinta» Saavedra a los nacionales de estos países, y de ahí procede el título de «Pinturas viejas», que da al conjunto de los artículos. Interesa mucho que Azorín recoja estas opiniones del diplomático murciano porque su pretensión no es otra que ponerlas en relación con la opinión que en los años en que Azorín es-

13. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 219-220.

cribe los artículos se tiene de las gentes de tales países. Se puede advertir entonces que Azorín adopta una vez más una actitud actualizadora habitual en su tratamiento del pensamiento de Saavedra Fajardo y que cultivó a lo largo de su carrera periodística en numerosos artículos, como recogimos en nuestra edición de 1993. Los resultados son harto curiosos, ya que muy poco tiene que ver la Europa de 1640 y la de 1914, aunque en algo coinciden: en la guerra. Saavedra asistió a la guerra de su siglo, la de los treinta años, en la que unos europeos luchaban contra otros; Azorín asiste también desde París a la guerra, cuando Europa está nuevamente en plena conflagración, y los caracteres de los europeos beligerantes interesan, desde luego, a sus lectores de *ABC* y, posteriormente a los de su libro francófilo *Entre España y Francia*.

Según Azorín, Saavedra, junto a Gracián, inició, en pleno siglo XVII, la preocupación por la decadencia de España, actitud luego desarrollarían en el XVIII Cadalso, Jovellanos o Cabarrús y así lo señala en su artículo titulado «La decadencia de España», de 1907, integrado en *Clásicos y modernos*:

«Las opiniones de Gracián y Saavedra Fajardo sobre la decadencia de España son sintomáticas; se trata de dos de los más insignes pensadores del siglo XVII; representan con sus juicios una corriente ideológica que entonces se inició y que ha de llegar sin interrumpirse hasta nuestros días; hasta nuestros días, en que un gran pensador —don Joaquín Costa— ha de dar una forma pasional, dramática, a esa aspiración secular»¹⁴.

En «Pinturas viejas», parte Azorín de la idea del determinismo a la hora de juzgar a los nacionales de un concreto país, y sobre todo cuando esas ideas las ve reflejadas en un escritor clásico, en el que encuentra un «retrato moral» o «etopeya» de pueblos y naciones. Y lo que se plantea es enfrentar la opinión del autor escogido sobre la «realidad observada hace dos o tres siglos, con la realidad actual». Este es el proceso de actualización que lleva a Azorín a resultados sorprendentes: «Cervantes, Saavedra Fajardo, Gracián, nos hablan de Inglaterra, de Francia, de Alemania» y recuerda también la interesante opinión de Garcilaso de la Vega sobre los franceses. Pero se centra, en el momento crucial de finales de 1914, y desde Francia, en Saavedra Fajardo, por una razón que proclama desde el principio:

«Saavedra ha sido, de todos los españoles del siglo XVII, el más europeo. Gracián tenía una ávida curiosidad intelectual circunscrita, pero no se movió de su biblioteca; todo su comercio fue con los libros. Saavedra, en cambio, viajó mucho y trató a la gente más conspicua y selecta de su tiempo»¹⁵.

Y recuerda el conocido texto de las *Empresas políticas*, en las que el escritor áureo confiesa que compuso el libro durante su ir y venir por las tierras de Europa, «en la trabajosa ociosidad de mis continuos viajes por Alemania y por otras provincias..., escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino», por lo que, escribe el maestro de Monóvar, no se podrá tachar a Saavedra de falta de comunicación con el mundo:

14. Azorín, «La decadencia de España», *Clásicos y modernos*, Madrid, 1913.

15. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 22.

«Saavedra es un viajero infatigable, y su inteligencia está siempre alerta, siempre vigilante, siempre deseosa de conocer y de aprender; el mismo se plañe de la poca curiosidad que tiene los españoles, y deplora que siendo España, por su situación geográfica, a propósito para desde ella partir fácilmente hacia todas las partes del mundo, permanezcan los españoles metidos en casa, retraídos de la vida universal, cerrados a todo trato con las naciones»¹⁶.

Todo porque Azorín consideró las *Empresas* una enciclopedia de ciencia política y de observación psicológica, aún en ese momento sin estudiar:

«Todavía no ha sido estudiado este libro capital de nuestra literatura clásica. Todavía no se sabe lo que hay aquí. Y aquí hay de todo: una tendencia pragmatista —como decimos ahora—, vitalista, de autoridad y de tradición, mezclada a un impulso de novedad, de espíritu revolucionario, intelectualista. Es curioso ir observando los matices, las gradaciones, los distinguos, los incisivos intencionados que, a lo largo de estas páginas, surgen al choque continuado del hombre de gobierno que tiene la vista fija en la realidad del presente y el viajero cosmopolita enamorado de las innovaciones y novedades. Sobre este punto precisamente de las «novedades» se pueden leer cosas interesantes en las *Empresas*, y, en el fondo, la obra de Saavedra no es más que un debate entre la novedad y la antigüedad; es decir, entre la tradición y la innovación...»¹⁷.

Lo más interesante en «Pinturas viejas» es la selección de textos que ofrece Azorín de Saavedra Fajardo, procedentes de las *Empresas* para reflejar la distinción que ya en el xvii el diplomático de Felipe iv hacía entre los que en 1914 son los aliados (Inglaterra y sobre todo Francia) y Alemania, que Saavedra juzga con extraordinaria severidad y dureza, con dramatismo sorprendente, en unos textos que Azorín transmite con toda la intención política a sus lectores de *ABC* para mostrar que los alemanes siguen siendo especialmente despiadados. Y esto, claro está, originó la consiguiente polémica en la prensa del Madrid del momento, como hemos de ver.

«¿Cómo pinta Saavedra a los franceses, a los ingleses y a los alemanes?» es la pregunta inicial, que relaciona Azorín con el determinismo imperante en ese momento en el pensamiento europeo, citando incluso al célebre Hipólito Taine, pero, eso sí, marcando diferencias. «Saavedra, como Taine, es un hombre de observación minuciosa y aguda. Saavedra, por la índole de sus elevados cargos en las cortes europeas, ha podido observar. Es de suponer, por lo tanto, que sus retratos son, salvo detalles secundarios, conformes a la realidad de 1640»¹⁸.

Es importante para el maestro de Monóvar asegurar que Saavedra está legitimado, como nadie en la España de su tiempo, para emitir estos juicios, y para confirmar su autoridad en la materia, sin desvíos ni tergiversaciones subjetivas, destaca y asegura que lo ha conseguido solo observando: porque observar es lo que otorga a las impresiones del

16. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 23.

17. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 22.

18. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 24-25.

diplomático de Felipe IV la imprescindible y deseada o ansiada objetividad, la autenticidad, la verdad... Y todo muy en relación con la tierra en la que estos habitantes viven, con el medio geográfico en el que habitan. «Saavedra no juzga al hombre separado de la tierra, para él influye en el hombre el medio».

A pesar del posible «cosmopolitismo» del mundo ya en el siglo XVII y del «incesante intercambio», Saavedra afirma: «siempre quedan en las naciones unas inclinaciones y calidades particulares a cada una, que aun en los forasteros (si habitan largo tiempo) se imprimen». Determinismo distinto del de Hipólito Taine, porque es determinismo pero «con ciertas prudentes y cautas reservas»¹⁹.

Asegurada la autoridad y la objetividad de Saavedra Fajardo, procede Azorín a elaborar las correspondientes actualizaciones, insistiendo en la fecha de estas consideraciones: 1640. Y para ello comienza con los retratos, algo que ya lleva a cabo en el segundo de los artículos. Los primeros, los alemanes:

«En Alemania la variedad de religiones, las guerras civiles, las naciones que militan en ella han corrompido la candidez de sus ánimos y su ingenuidad antigua. Y como las materias más delicadas, si se corrompen, quedan más dañadas, así donde ha tocado la malicia extranjera ha dejado más sospechosos los ánimos y más pervertido el buen trato»²⁰.

Y se detiene para apostillar en esta frase «Falta en algunos la fe pública.» con dos palabras entre paréntesis y entre signos de admiración: «(¡Bélgica, Bélgica!)». «Falta en algunos la fe pública. Las injurias y los beneficios escriben en cera, y lo que se les promete en bronce.» Interrumpe de nuevo para destacar, esta palabras como «otra frase de actualidad»: «El horror de tantos males ha encrudecido los ánimos, y ni aman ni se compadecen.» Destaca Azorín que Saavedra añora tiempos pasados en los que los alemanes, respecto al presente de 1640 eran mucho mejores, aunque en el presente son más poderosas las buenas costumbres que en otras las buenas leyes, algo que considera Azorín «Fina y exacta observación», observación, por cierto, que explicará Azorín con todo detalle más tarde, como hemos de ver. Y sigue transcribiendo textos rigurosos del diplomático áureo:

«Todas las artes se ejercitan con gran primor. La nobleza se conserva con mucha atención; de que puede gloriarse entre todas las naciones. La obediencia en la guerra y la tolerancia es grande, y los corazones, animosos y fuertes. Hase perdido el respeto al Imperio, habiendo éste, pródigo de sí mismo, repartido su grandeza entre los príncipes, y disimulado la usurpación de muchas provincias y la demasiada libertad de las ciudades libres, causa de sus mismas inquietudes, por la desunión deste cuerpo poderoso»²¹.

El mismo Azorín aporta el dato. Son textos presentes en la empresa LXXXI. Pero continúa con textos, ahora, de la empresa LXXXV, en la que Saavedra asegura que los alemanes son

19. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 26.

20. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 26.

21. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 27-28.

tardos en obrar y perezosos en ejecutar, tienen por consejero al tiempo presente, sin atender al pasado y al futuro. La perseverancia, asegura Azorín, la meticulosidad y la escrupulosidad de los alemanes eran ya una realidad en tiempos de Saavedra:

«Siempre los halla nuevos el suceso. De donde ha nacido el haber adelantado poco sus cosas, con ser una nación que por su valor, por su inclinación a las armas y por el número de la gente pudiera extender mucho sus dominios. A esta misma causa se puede atribuir la prolijidad de las guerras civiles que hoy padece el Imperio, las cuales se hubieran ya extinguido con la resolución y la celeridad. Pero por consejos flojos, tenidos por prudentes, hemos visto deshechos sobre el Reno grandes ejércitos sin obrar, habiendo podido penetrar por Francia y reducilla a la paz universal»²².

Continúa Azorín transcribiendo los retratos de Saavedra Fajardo y comentando extremos mientras actualiza opiniones. Ahora le toca a los franceses:

«Los franceses son corteses, afables y belicosos. Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus, se apagan. Ni saben contenerse en su país ni mantenerse en el ajeno: impacientes y ligeros. A los ojos son amables, al trato insufribles, no pudiéndose conformar la viveza y libertad de sus acciones con el sosiego de las demás naciones. Florecen entre ellos todas las ciencias y las artes»²³.

Las reflexiones de Azorín a este y al siguiente texto, procedente la empresa LXXXV, van en la dirección actualizadora, advirtiendo que en el presente los franceses ya no son tan teatrales gracias a un general, paciente y reflexivo, que ha conseguido que sus ejércitos se han acomodado a un nuevo sistema «distinto del teatral y efectista de antaño». Comentario propicio a los franceses del presente que revela la clara inclinación de Azorín en su favor. Lo que confirma su carácter, reflejado por Saavedra en el segundo texto recopilado:

«Los franceses, impacientes, ni miran al tiempo pasado ni reparan en el presente, y suelen, con el ardor de sus ánimos, exceder en lo atrevido y apresurado de sus resoluciones. Pero muchas veces esto mismo las hace felices, porque no dan en lo tibio y alcanzan a la velocidad de los casos»²⁴.

Y con la transcripción el retrato de los ingleses, termina el segundo de los artículos que promete comentar en el siguiente, ya el tercero:

22. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 28.

23. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 30.

24. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 31.

«Los ingleses son graves y severos. Satisfechos de sí mismos, se arrojan gloriosamente a la muerte, aunque tal vez suele moverlos más un ímpetu feroz y resuelto que la elección. En la mar son valientes, y también en la tierra cuando el largo uso los ha hecho a las armas»²⁵.

Considera este último retrato irreprochable y no ve en él nada que pueda ser considerado ofensivo además de que destaca que cuantos reproches hace Saavedra a los franceses son superficiales, «simples molestias sociales» sin que sus observaciones atengan directamente a la esencia del carácter humano civilizado. Y sentencia el maestro: «Pero del retrato que Saavedra hace de los alemanes, hay cosa más seria».

La desaparición de la candidez y la ingenuidad, la falta de fe pública, y sobre todo destaca la frase, que luego utilizará la prensa de aquellos días, de que ni aman ni se compadecen, que considera frase terminante, aunque destaca la prudencia del observador, Saavedra Fajardo que al fin y al cabo ha de convivir en la nación con los censurados alemanes, porque inevitablemente dulcifica algunas alusiones, en su condición de «habilísimo diplomático», pero aun así los califica de pérfidos, desleales, crueles...

Pero no contento con estas observaciones, Azorín traerá un texto mucho más duro escrito por Saavedra, y que será el que habrá de desencadenar la polémica en la prensa madrileña de aquellos días. Es un texto muy extenso, que Azorín transcribe completo, y es un texto de una dureza incuestionable, que revela la pluma viva y lúcida del gran escritor y observador que Saavedra Fajardo llevaba dentro. Prepara Azorín a sus lectores y les avisa de que «ahora (claro signo de su opción actualizadora), puesta la vista en los horrores de la actual guerra» van a tener la oportunidad de ver una nueva pintura de Saavedra, otra más, pero esta de las «tremendas atrocidades» realizadas en las presentes Alemania, Borgoña y Lorena. Y avisa de nuevo que nos hallamos en el siglo XVII. Sin embargo, «la lengua castellana pocas veces habrá sido más expresiva», y se disculpa, como nos disculpamos nosotros también en esta ocasión: «Damos el texto íntegro y seguido, sin interrupción de comentarios que desluzcan el efecto total. Perdónesenos la extensión de la cita; pero ya se irá viendo que este fragmento, tan soberbiamente escrito, valía la pena ser reproducido, sin quitar una tilde»:

«¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vio en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida

25. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 31.

se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y, para que descubriesen las riquezas escondidas, los colgaban de los pies y de otras partes obscenas, y los metían en hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal en el dolor ajeno de aquéllos, partes de sus entrañas, lo que no podía el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no le tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro. Los lagos no estaban seguros de la codicia, ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantados los mármoles para buscar lo que en ellos estaba escondido. No hay arte mágica y diabólica que no se ejercitase en el descubrimiento del oro y de la plata. A manos de la crueldad y de la codicia murieron muchos millones de personas...»²⁶.

Y el comentario de Azorín, como no podía ser de otro modo, tras asegurar que su pintura es del siglo XVII, no se hace esperar: «No ha adelantado la humanidad, en cuanto a la guerra, largo camino»... «Sería cosa de que la prensa amiga de Francia las divulgara». Con lo que cierra el artículo tercero. Y es a comienzo del cuarto cuando se hace eco de las reacciones de los periódicos madrileños, a las que nos vamos a referir detalladamente para cerrar esta aportación:

«Nuestro artículo anterior ha sido diversa y abundantemente comentado. Lo han aprobado periódicos de la izquierda, como *El País*, *España Nueva* *El Radical*. Lo han combatido órganos de la derecha, como *El Debate*. Nuestra gratitud a los primeros, nuestra respetuosa consideración a los segundos, porque consideración respetuosa merece el adversario que combate leal y cortésmente»²⁷.

Es interesante leer hoy lo que esos periódicos insertaron en sus páginas. En el caso de *España Nueva*, en primera página del 10 de enero de 1915, y a dos columnas, se limitaron a reproducir el texto de Saavedra, con unos titulares muy artísticos que indican: «Alemania, la bárbara. Siempre fue igual. El maestro Azorín reproduce hoy en *ABC* estos párrafos de Saavedra Fajardo, que relatan los horrores cometidos por los alemanes en el siglo XVII». Reproducimos en apéndice los textos de *El País*, una columna en tercera página muy favorable, con reproducción de las mismas palabras de Saavedra Fajardo, y de *El Debate*, en primera página y a tres columnas, con una serie de argumentaciones totalmente contrarias a la actitud de Azorín, ya que el editorialista busca en la historia ejemplos de salvajismo llevados a cabo por las naciones aliadas, entre ellas Francia.

Y, ante las observaciones que le hace *El Debate* la respuesta de Azorín es, como era de esperar, contundente y concisa, lo que hace tras agradecer los apoyos de los otros periódicos

26. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 34.

27. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 37.

cos, y por respeto y lealtad a estos colegas favorables se decide a contestar al no favorable o menos favorable. Se concentra en dos puntos solamente, que denomina cuestiones: primera cuestión: juicio de Saavedra Fajardo sobre franceses y alemanes. Segunda cuestión: relato que Saavedra Fajardo hace de las atrocidades cometidas por los alemanes en la guerra. Y dejando bien claro: «No hemos dicho que Saavedra Fajardo fuera francófilo. No hay nadie que pueda haberlo leído en un artículo nuestro. No nos interesa el que se le llame a Saavedra Fajardo francófilo o germanófilo. No, no y no». machaca el maestro de Monóvar con energía.

Respecto a la primera cuestión, la respuesta es muy clara. Se ha limitado a transcribir textos de las empresas LXXXI y LXXXV y reitera que lo que él ha dicho es lo que de los franceses trata atañe a la periferia de carácter, a cosas superficiales, mientras que de los alemanes atiende más a la entraña y es «cosa más honda». Y así se advierte en que el adjetivo más duro que dirige a los franceses es que son insufribles, calificativo que le parece a Azorín una referencia al trato de los franceses, a sus relaciones, a su vida diaria, a sus formas, a sus maneras.

Respecto a los alemanes se defiende basándose en el propio Saavedra y en la consideración que tiene de estos nacional, para lo cual utiliza dos tintas: una, sombría; otra, clara. Y recoge de nuevo textos saavedrianos para probar su aserto hasta llegar a la frase clave: «El horror de tantos males ha endurecido los ánimos, que ni aman ni se compadecen», junto a otras frases cercanas que revelan la deshumanización de los alemanes profunda desde la perspectiva de Saavedra. Y en el aspecto de lo que considera la parte suave alude de nuevo a la consideración de Alemania como no mala del todo en comparación con otros países, y un nuevo comentario, insoslayable sobre la enigmática frase de Saavedra, que citó en otro de sus artículos, y que no explicó: «Pero, aunque está así Alemania, no le podemos negar que generalmente son más poderosas en ella las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes». Y el divertido comentario de Azorín:

«¡Ah, querido diplomático, valiente consuelo le dais a Alemania! *En otras partes las buenas leyes...* ¿En qué partes? ¿En cualquier país? Como si dijéramos: España es un país de malos políticos; pero estando como está España, todavía está mejor que otros países. Pues ¡no nos consuela ese consuelo! ¡Ah, ladino y sutil diplomático!»²⁸.

Y termina la réplica y el cuarto artículo refiriéndose a las atrocidades de los alemanes transcritas en el texto de Saavedra, aludiendo claramente a su condición de autoridad en la materia como habitante muchos años de Alemania y como conocedor del terreno. Sin duda son el «prestigio» y la «autoridad» de Saavedra los que han justificado todos los argumentos elaborados en este conjunto de artículos, por lo que lógicamente alude, al final, a estas dos positivas facultades del diplomático murciano:

«No nos importa ni para qué cuenta los hechos que relata, ni si es amigo o enemigo de Francia o de Alemania. Volvemos a decir que no hemos hablado de tal cosa... Lo que queremos hacer constar es lo siguiente: ¿Cuenta esos hechos Saavedra? Sí. ¿Han sido realizados esos hechos?

28. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 43.

Nosotros, ateniéndonos al prestigio y a la autoridad de Saavedra y a lo que por otra parte nos dice la historia, contestamos: Sí»²⁹.

Y con esto termina en el conjunto de artículos la presencia de Saavedra Fajardo, porque en el quinto de los textos, ya Azorín se referirá a Lope de Vega y los comentarios de un personaje alemán de *El peregrino en su patria* sobre los españoles en esa obra lopesca. La perspectiva contraria de lo que ha venido tratando en los anteriores artículos.

Mucha trascendencia, no cabe duda, debieron de tener estos artículos escritos desde París por Azorín. Y una última referencia puede probarlo: En el diario *El Tiempo* de Murcia, un colaborador habitual, Miravete, escribe en el periódico de 11 de enero de 1915 un artículo sobre Saavedra Fajardo y la calidad de sus *Empresas* debida a su capacidad de análisis psicológico. Y, acabado el artículo, tras la firma anota brevemente unas palabras con las que cerramos las nuestras:

«Al regreso de una corta ausencia y después de escritas las anteriores líneas, nos encontramos en un número atrasado del «ABC» con un artículo de Azorín comentando la pintura que hacía Saavedra del carácter de los pueblos hoy beligerantes. Nos felicitamos de que tan sutil y analizador espíritu saque a luz los tesoros de observación del autor de las *Empresas*, y esperamos con impaciencia los artículos que han de seguir»³⁰.

29. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 44- 45.

30. Miravete, *El tiempo de Murcia*, 11 de enero de 1915, 22.

APÉNDICE

1

LOS ALEMANES NI AMAN NI SE COMPADECEN

El País, 10 de enero de 1915, página 3:

Dedícase «Azorín», no sabemos con cuál resultado, a desasnar a los germanófilos. Difícil es persuadirlos de que se apeen de su burro.

Con mucho arte y no escasa erudición ha entresacado de las obras de Saavedra Fajardo lo que este grande escritor, diplomático y viajero había escrito de alemanes, franceses e ingleses.

De los primeros dijo que «ni aman ni se compadecen, ni respetan la fe pública», y en Bélgica ha quedado probado lo bien que observaba el literato y lo bien que se conserva la raza alemana.

Ayer nos da «Azorín» en *ABC* esta larga y muy interesante cita del mismo autor, la que adereza con un preámbulo y un comentario que nos parece oportunísimo conservar en la reproducción:

«Ahora, puesta la vista en los horrores de la actual guerra, va a ver el lector una pintura que hace Saavedra Fajardo de las tremendas atrocidades realizadas «en las presentes de Alemania, Borgoña y Lorena». Nos hallamos en el siglo XVII. La lengua castellana pocas veces habrá sido más expresiva. Damos el relato íntegro y seguido, sin interrupción de comentarios que desluzcan el efecto total. Perdónesenos la extensión de la cita; pero ya se irá viendo que este fragmento, tan soberbiamente escrito, valía la pena de ser reproducido sin quitar una tilde. Dice Saavedra:

¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vio en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida

se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y, para que descubriesen las riquezas escondidas, los colgaban de los pies y de otras partes obscenas, y los metían en hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal en el dolor ajeno de aquéllos, partes de sus entrañas, lo que no podía el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no le tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro. Los lagos no estaban seguros de la codicia, ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantados los mármoles para buscar lo que en ellos estaba escondido. No hay arte mágica y diabólica que no se ejercitase en el descubrimiento del oro y de la plata. A manos de la crueldad y de la codicia murieron muchos millones de personas...»

Tal escribe Saavedra Fajardo. Su pintura es del siglo XVII. No ha adelantado la humanidad, en cuanto a la guerra, largo camino. Al lado de esta página pueden ponerse las que: la «Revista de Ambos Mundos» publica en su número del 1 del corriente mes. Sería cosa de que la Prensa amiga de Francia las divulgara.

2

TODO MENOS FRANCIA. DÍCESE QUE EL JAPÓN ENVIARÁ UN EMBAJADOR CERCA DEL VATICANO. ¿LOS ITALIANOS CONTRA INGLATERRA?

El Debate, 10 de enero de 2015, página 1.

Azorín tiene un nombre justamente adquirido de publicista concienzudo y sereno.

Por eso nos extraña que haya, en *ABC*, y con la firma de *Azorín*, un artículo que en parte copia *España Nueva*, entre llamativos primores tipográficos.

La Alemania actual no comenzó a formarse antes de la segunda mitad del siglo XVIII; es un pueblo relativamente joven en el cual muy poco hallarás de los siglos XVII y XVIII.

Mas sea de esto lo que fuere. Tómense como artículos de fe las aseveraciones de Saavedra Fajardo, tan falible y apasionable como cualquiera, y hasta supongamos que todas las atrocidades relatadas por el excelso filósofo y diplomático español se refieren a los tudescos nada más.

Todavía el argumento de *Azorín* será especioso.

De cualquier país insertaríamos fácilmente textos de escritores clásicos semejantes a los de Saavedra. ¡Cuántos párrafos de la historia del cisma de Inglaterra, escrita por el P. Pedro de Ribadeneira, causan verdadero horror! ¡Qué crueldades no mandó cometer la que nuestro Góngora llamara:

...«Reina no;
Sino loba libidinosa y fiera.»

contra los católicos? ¿No ha leído *Azorín* la vida y martirio del beato Edmundo Campiano? Y de las fechorías de los hugonotes franceses ¿no sabe nada? Pues los sicarios de la revolución francesa, los que asomaban el corazón de la princesa de Lamballe, clavado en una pica a la ventana de la estancia de la torre del Temple, donde gemía la reina María Antonieta, los que asesinaban a sus compatriotas a cañonazos, los de las matanzas de la Conserjería, etc., etc., etc. ¿eran mansos corderos? ¿Qué historiador de aquellos días y sucesos, por hijo de la revolución que se proclamase, deja de narrar horrores cual ni antes ni después ha presenciado el mundo?

Para leer sanguinarios y bárbaros hechos de los italianos basta con abrir la *Divina Comedia*; y ¿no digamos los historiadores del Renacimiento!

En qué autor no encontraremos execraciones contra el torvo salvajismo moscovita?

De nuestra Patria... ¡Más vale callar! Hablaron excesivamente los detractores de la Inquisición, y de nuestra dominación en América, y los caricaturistas de Felipe II y los Austrias...

¡No! Ni la etopeya que en un momento de superficialidad trazó Saavedra Fajardo es admisible, ni el linaje de argumentación de *Azorín* digno de él ni de pensador alguno sensato.

AZORÍN AND THE US ARMY:
REPRESENTATION AND PROPAGANDA

Azorín y el ejército norteamericano. Representación y propaganda

Jesús Miguel Del Valle Vélez
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 21.10.2015

Resumen

Este trabajo se centra en comentar la construcción o representación que realiza Azorín del ejército norteamericano en el campamento que construyeron, el año 1918, en Francia durante la Gran Guerra, luego que, en 1917, los Estados Unidos de América entraran en la contienda, permitiendo que se pudiera definir como un conflicto global, y no solo europeo. Azorín, alineado a la causa aliada y, especialmente francesa, escribe para el periódico ABC, de carácter germanófilo, artículos que sirven de propaganda en España de los intereses aliados y estadounidenses. Representa al joven ejército como una entidad fuerte y vital que decidirá, como así fue, el final de la guerra.

Palabras clave

Gran Guerra, Azorín, Prensa, ABC, representación y propaganda de Estados Unidos

Abstract

This paper provides a commentary on the constructions and representations made by Azorín on the US army at the campsite built in France during the Great War in 1918, after the US had joined the war in 1917. It was this action that finally turned the conflict into a world war. Aligned with the Allied, and especially the French causes, Azorín wrote for the Spanish newspaper ABC, which sided with Germany. His articles were used as propaganda in Spain for US and Allied interests. He represents the young army as a strong and vital entity that will decide the outcome of the war.

Key words

Great War, Azorín, ABC Press, representation and propaganda of the USA

En el 1898 Estados Unidos de América se convierte finalmente en una potencia imperial, gracias a la capacidad militar aderezada de los avances tecnológicos traídos por la industrialización. Esta certera utilización de dichos recursos, unida a la crisis del sistema español, materializó rápidamente la victoria estadounidense. Sin embargo, no se puede olvidar que el triunfo sobre España tuvo fuerza simbólica en gran medida por el esfuerzo propagandístico de la prensa estadounidense que acompañaba su expansión capitalista. Se consiguió dirigir la opinión pública a favor de la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial presentando a sus militares como jóvenes y fornidos estandartes de la nación moderna y modélica provista de un extraordinario régimen de libertad.

Conseguir en España un alguien que actuase como portavoz de su política, precisamente por ser el imperio al que derrotaron los Estados Unidos, podría significar la ratificación simbólica del régimen estadounidense en el mundo. En el momento en que Azorín es invitado a las instalaciones del ejército estadounidense en Francia, aunque fuera en calidad de escritor y periodista, ratifica el lugar de la nación anglosajona en la contienda global. No se trata, pues, de una estrategia de propaganda burda para reconducir la opinión pública española frente a la aún abierta herida del 98, como podría pensarse. Azorín consigue, tanto dentro como fuera de España, revestir de moralidad la gesta americana de la guerra.

Una nación «nueva» se yergue ante los ojos del escritor. Azorín no es un hombre de letras cualquiera. Poco importa el lado del espectro político que se habita, poco importa si se milita en un partido conservador, si se tiene silla en el Congreso, todo eso es indiferente cuando se entra en esa corriente que es la Historia en la que el tiempo, presente y pasado, se conjuga en un instante claro. Algunos pudieran acusar a Azorín de elaborar un largo panfleto, de haberse entregado a los valores aliadófilos, de bailar al son que le tocaran los estadounidenses pero, aun en ese caso, fue capaz de mostrar un hecho quizá hiriente para muchos tras la guerra de fin de siglo. Él lo vio claro: Estados Unidos sería la nación que iba a marcar la senda, más o menos torcida, más o menos derecha, por la cual la humanidad caminaría a partir de entonces por un tiempo indefinido pero largo.

Los artículos recopilados en *Los norteamericanos*, escritos y publicados en los últimos meses de la Gran Guerra para el periódico ABC, germanófilo (lo que indica la valentía y decisión del autor), si se obvia el carácter deliberadamente propagandístico pro-aliados de los mismos, producen en el lector contemporáneo cierta sensación de desasosiego ante la clarividencia de Martínez Ruiz. El papel que desempeñaría el ejército de los Estados Unidos de América y por consiguiente aquella joven nación, inscrita en la Historia como un cuerpo

nuevo y sin pasado, se mostraría decisivo para los avatares del siglo XX a partir de la quebra-diza paz conseguida entre los poderes europeos el 11 de noviembre de 1918.

Azorín, ya fuese por convicción o, incluso, por intereses bastardos incomprobados, fue capaz de mostrarlo y defenderlo. Para esto utiliza tres estrategias a través de las múltiples descripciones que conforman la visión idealizada de los norteamericanos.

Primero, engarza la nueva nación a la tradición española a través de un artificioso hermanamiento entre la fisionomía de los españoles y sus ciudades con sus homólogos estadounidenses.

En segundo lugar, vincula la novedosa y aparatosa hazaña militar a los valores civiliza-torios de la cultura francesa, de la cual Azorín es admirador y siempre propagandista.

En tercer lugar, vuelve a la historia de España, al 98, para remarcar lo inevitable de aquella pérdida, en tanto que el antiguo imperio español, como representante de un pasado ya superado, es incapaz de resistir ante lo nuevo. Esto, según Azorín, lejos de constituir una tragedia, significa el inicio de un nuevo ciclo histórico dentro del cual España debía in-cluirse si quería seguir formando parte de la Historia.

Durante un mes ve y narra, de primera mano, lo que acontece en París. De las co-lumnas publicadas en el periódico surgirán los libros *París bombardeado* y *Con bandera de Francia*. Instalado ya en París es cuando fue invitado por el Estado Mayor norteamericano a visitar los campamentos, lo que posibilitará la serie de artículos titulados *Los norteameri-canos*. Fueron recogidos en las *Obras completas* de Azorín, editadas por Ángel Cruz Rueda en 1954, y por Laureano Robles en 1999, en edición a nuestro juicio equivocada y confun-didora pues, bajo el título *Los norteamericanos* incluye, no solamente los textos derivados de sus visitas a las instalaciones militares de ese ejército, sino también artículos de los otros dos libros antes mencionados durante su estancia en París, lo que desvirtúa ideológica-mente el material que nos ocupa.

Azorín, francófilo y aliadófilo, tiene como objetivo claro presentar al público español, dividido en germanófilos y aliadófilos y ajeno a los detalles de la contienda, las razones por las cuales los ideales de cultura y civilización defendidos por los Aliados y, sobre todo, por los norteamericanos serán los que saldrán victoriosos del enfrentamiento armado. Pretende a la vez mostrar cómo los valores con los que ilustra a los norteamericanos son necesarios para España, tanto por la cercanía y tradición histórica con Francia, como por ser, según él, estandartes de una nueva época en la historia de la humanidad, debido a que imponen la democracia, la igualdad y la libertad.

En 1918 han pasado veinte años desde la guerra Hispano-cubana. La herida y las con-secuencias del llamado desastre del 98 tienen aún un impacto directo en la España de la Res-tauración. España pierde su posición imperial y Estados Unidos se alza como nueva potencia militar y comercial. Esta pérdida de poder y la inestabilidad interna del Estado son las que, de alguna forma, marcan la neutralidad de España durante la Gran Guerra. Aunque el comercio con los aliados durante la guerra favorece la economía española, la división ideológica se inclina más hacia las gestas militaristas del imperio Alemán. Se puede decir que la llegada de Estados Unidos a la contienda agudiza las suspicacias y el rechazo de la opinión pública ante las maniobras de los aliados. Azorín, diputado conservador dentro del grupo de Juan de la Cierva, utiliza su acceso a los medios que moldean la opinión pública para hacer una clara

defensa de los Aliados. Intenta inclinar la balanza hacia esa y advertir a los españoles de lo que significará para su propia historia la victoria norteamericana.

Al igual que España, al comienzo de la guerra Estados Unidos se situó como país neutral. Recordemos que la Gran Guerra se inició sólo como una contienda europea y, en este sentido, la joven república era ajena a los conflictos nacionales y de poder que se dirimían en Europa, si bien era beneficiaria económica de la contienda tanto en la producción de bienes para las acciones bélicas como en la deuda que los países en guerra contrajeron con el americano durante los años previos a su intervención. Neutral y distante, funcionó, gracias a su gran desarrollo industrial como el gran comerciante tanto para Alemania como para los países de la *Entente*. Así, aunque sus intereses económicos y comerciales con Europa fueron aumentando según se alargaba la lucha en el frente, consiguió mantenerse al margen del conflicto.

El presidente Woodrow Wilson, públicamente pacifista y quien defendía un cese sin vencedores ni vencidos, consiguió su reelección al final de 1916 con el eslogan «*He kept us out of war*» (Nos mantuvo fuera de la guerra). Pero vio cómo el programa de neutralidad estadounidense dejó de ser sostenible una vez que Alemania reforzó su ofensiva naval con los ataques submarinos y amenazando con llevar la guerra a las fronteras norteamericanas. Una serie de eventos acumulados llevó a un giro drástico en la opinión pública estadounidense y al cambio de política. El primer evento fue el hundimiento del buque de pasajeros Lusitania, el 7 de mayo de 1915, en el que murieron más de cien ciudadanos norteamericanos. La acción alemana contravenía los acuerdos internacionales de no atacar embarcaciones comerciales y de pasajeros sin poner a la tripulación a salvo. La violación de estas convenciones para el ejercicio de la guerra demostró lo obsoleto de la forma antigua de combatir ante los avances tecnológicos militares y puso de manifiesto que, de hecho, se estaba viviendo una nueva época de la humanidad.

El presidente Wilson lograba mantener a la nación fuera del conflicto, ya fuese por intereses o convicción. Mas Alemania, en 1917, ante el abandono por Rusia de la guerra, debido a su revolución, y pensando que Estados Unidos no tenía la capacidad para reunir un gran ejército rápidamente, decidió reanudar los ataques submarinos con objeto de conseguir una merma importante de las materias primas procedentes de las naciones neutrales, como Estados Unidos, que llegaban a territorio aliado. En ese panorama en el que parece que Alemania va a ganar la guerra, tales acciones ponen en grave riesgo los intereses económicos norteamericanos y la deuda de los aliados.

La entrada de Estados Unidos en la guerra se sella cuando se intercepta en enero de 1917 el llamado telegrama *Zimmerman*, en el cual Alemania propone a México entrar en guerra con Estados Unidos, para de esta forma distraer a los estadounidenses en su propio territorio mientras Alemania conseguía poner fin a la guerra de trincheras¹. Tras un im-

1. Para un estudio de las consecuencias de este telegrama debemos remitirnos al ya clásico libro escrito por la historiadora B. Tuchman, *El telegrama Zimmerman*, Barcelona, 1958, 2010. Además se consultaron las siguientes fuentes: S. Dawbarn de Acosta, *La Primera Guerra Mundial (Crónica del siglo xx)*, Madrid, 2006; M. Ferro, *La Gran Guerra 1914-1918*, 2ª ed., Madrid, 2002; P. G. Fredericks, *The Yanks are Coming*, New York, 1964; N. Stone: *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, 2008.

portante debate público y de las votaciones preceptivas en el Congreso, Estados Unidos le declara la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. La entrada de Estados Unidos en la guerra la convertiría definitivamente en una guerra mundial y, si bien el país no consiguió formar su ejército hasta comienzos de 1918, el insumo de capital y de hombres que significó, inclinó la balanza definitivamente hacia el bando aliado llevando a Alemania al armisticio del 11 de noviembre de 1918.

Azorín en sus artículos muestra a los norteamericanos con una verdadera aura de asombro, con los ojos de un maravillado ante el descubrimiento del poder de la joven república:

«Se tiene la idea de que el pueblo americano es un pueblo de financieros, comerciantes, industriales. Lo que primero –y únicamente- pensamos al pensar en los Estados Unidos es en el tráfigo y el vértigo de su industria y de su comercio. Y luego, ahora yo, nos encontramos sorprendidos al tener antes los ojos un perfecto, un maravilloso poder militar»².

Antes de ser tan categórico con el poder estadounidense, presenta al lector a los oficiales que le escoltan en esta visita:

«El capitán es un completo español; es español -levantino- por su tipo, por su habla correctísima en castellano, con modismos e inflexiones de voz peculiares en España...»³.

En el mismo artículo continúa:

«Uno de los tenientes es de un tipo parecidísimo a nuestro Rey: la misma figura, los mismos movimientos rápidos, decididos y elegantes»⁴.

Y sigue vinculando a los estadounidenses y a su cultura con aquella de España, con sus gentes y sus ciudades:

«¿Cómo es este general? ¿Habrà nacido y vivido en Toledo, en Palencia, en Burgos? Su estampa nos muestra al castellano castizo. Moreno, curtido, de ojos vivaces, tiene todo el tipo de un español... Barcelona -nos dice- es una bella ciudad. Se parece mucho a las ciudades americanas. Actividad y luz»⁵.

Una vez que Azorín ha hermanado a los españoles con los norteamericanos, los diferencia, sobre todo, en la fuerza que trae su juventud, una juventud no dictada sólo por la edad física, sino por una cualidad espiritual del pueblo estadounidense, por la energía que trae una nación nueva:

2. Azorín, “Los norteamericanos I”; *Los norteamericanos*, Alicante, 1999, 76. (Introducción, edición y notas de L. Robles). Artículo original en *ABC*, 15-VI, 1918, 3-4.

3. Azorín, “Los norteamericanos I”, *op. cit.*, 76.

4. Azorín, “Los norteamericanos I”, *op. cit.*, 76.

5. Azorín, “Los norteamericanos I”, *op. cit.*, 78.

«Estos americanos me producen la impresión de niños grandes y fuertes. Decidirán la guerra, alegre y confiadamente. Ahora están nada más que comenzando. Tienen confianza absoluta en su enorme poder. Y cuando se duda de ello -como alguna gente en España- estos niños grandes, fuertes, joviales, animosos, se ríen de la mejor buena gana»⁶.

A través de todas sus crónicas relacionadas a los norteamericanos, Martínez Ruiz, consigue crear una imagen incontestada de poderío, de orden, de marcialidad, y todo desde un tono desenfadado y claro:

«Cada ejército, tiene en los detalles, sus características distintivas, En España habrá pocos oficiales y jefes que vayan completamente rasurados; entre los norteamericanos -soldados, oficiales y jefes- la excepción es el que usa bigote o barba. Todos van cuidadosamente afeitados, pulcros, limpios...»⁷.

Esta frase, si bien puede parecer superficial, sirve, como diría el propio Azorín, para mostrar la psicología del pueblo norteamericano. Siempre lo hace con el contrapunto español, sin temer que se entienda como un cierto desdén de la propia milicia española. Si antes nos dice que físicamente son iguales a los españoles, también los distingue y los separa, para hacer de los norteamericanos unos entes superiores.

Al mostrar el poderío técnico que despliegan los estadounidenses en los campamentos que construyen en el territorio francés, da cuenta, en el fondo, de los valores fundamentales que, cree, llevarán a Norteamérica al triunfo. Así, en sus primeras columnas, ya profetiza lo que será el desarrollo de la guerra con los Estados Unidos directamente implicados en ella.

Los norteamericanos le llevan a hacer un recorrido por todas sus instalaciones militares y, aunque es muy cauto al nombrar cantidades (probablemente fue aleccionado para evitar dar pistas al enemigo), Azorín iguala la superioridad técnica a la superioridad moral de un pueblo que, según él, protegerá a Europa con las insignias de la democracia y la libertad. En el artículo del 22 de junio de 1918, titulado *Ciudades militares*, el autor muestra el enorme despliegue de medios de todo tipo con el que cuentan los Estados Unidos:

«Trazan un vastísimo cuadrado -que sirve de plaza central- y alrededor van formando calles anchas y simétricas. Las casas son de madera; vienen todas de América y aquí las arman. Las cocinas son de piedra, de sencillos muros, formados con sillares. Estas ciudades abarcan un área extensísima; reposan y descansan en ellas durante unos días, antes de salir para el frente, veinticinco o treinta mil soldados»⁸.

6. Azorín, "Los norteamericanos II. Automóviles y aeroplanos"; *loc. cit.*, 83. Artículo original en *ABC*, 17-VI, 1918, 7-8.

7. Azorín, "Los norteamericanos II. Automóviles y aeroplanos"; *op. cit.*, 82.

8. Azorín, "Los norteamericanos IV. Ciudades militares"; *loc. cit.*, 89. Artículo original en *ABC*, 22-VI, 1918, 3-4.

Así, pues, dedica Azorín su artículo a describir el enorme tráfico de bienes en el puerto. Habla de lo que llama la *ciudad de los automóviles* donde habitan los mecánicos; del hospital, al que denomina *ciudad sanitaria*, o de la *ciudad de las cosas*, que contiene todo el material y provisiones para hacer funcionar al ejército, pertrechado de los más recientes avances industriales de la nación, como el automóvil y la locomotora (según Azorín, los norteamericanos han construido 400 kilómetros de vía), símbolos del avance imparable del país. En todas sus columnas Azorín subraya cualidades como el orden, la pulcritud, la capacidad técnica y la simplicidad funcional sin ostentación, así como la disciplina y la ética laboral de esa nación de «financieros, comerciales, industriales». Cualidades todas ellas que, en la demostración de los campamentos militares, los norteamericanos quieren dejar claras a Azorín. Los Estados Unidos se presentan como una nación moralmente superior.

Luego de describir el poderío norteamericano, el periodista dedica el resto de sus artículos, de manera reiterada, como admite en el del 16 de julio de 1918, a desarrollar los postulados ideológicos que implican la participación de Estados Unidos en la guerra. Dice, por ejemplo, que al comienzo de la guerra lo que se debatía “era el predominio de una u otra ideología: la que representaba Alemania y la que encarnaba Francia”⁹. Porque la guerra empezó como una lucha de poderes imperiales, una guerra nacionalista motivada por viejas rencillas entre los estados europeos. Sin embargo, entiende que concluirá como una guerra ideológica (lo que sería en parte, después, la Segunda Guerra Mundial): un enfrentamiento entre autoritarismos y democracia (o capitalismo). Y es que Alemania representa para Azorín un autoritarismo que no favorece el desarrollo de los pueblos:

«No queremos, no quieren los Estados Unidos, que las naciones sean movidas por fuerzas ajenas a ellas mismas. Los pueblos, en la paz y para la guerra, deben ser dueños de sus propios destinos. (...) Las autocracias acabarán con la federación de las naciones; delegados de los Parlamentos formarán el organismo supremo que regule y encamine los grandes asuntos de los Estados»¹⁰.

Aquí, Azorín hace referencia al punto último de los catorce que enunció el presidente Wilson el 8 de enero de 1918 como necesarios para conseguir la paz. Estados Unidos planteaba la propuesta de una liga o grupo de naciones que garantizase la libertad de maniobra de los pueblos. Finalmente los Estados Unidos no se adhirieron a esta propuesta que había sido suya y que, sin embargo, fue el germen de lo que serían la Sociedad de Naciones, al finalizar la Primera Gran Guerra, y las Naciones Unidas al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Desde una postura extremadamente idealista, Azorín continúa defendiendo los valores que aporta la nación norteamericana. Valores estos de libertad, que traerán una nueva era a la humanidad si es comandada por Estados Unidos. Según, Martínez Ruiz, la república norteamericana entra en la guerra «para destruir para siempre en el mundo el antiguo concepto de militarismo y de guerra»¹¹. ¿Cómo se consigue esto? Dentro de los valores de libertad, los

9. Azorín, “La misión de los Estados Unidos”, *loc. cit.*, 127. Artículo original en *ABC*, 30-VIII, 1918, 3-4.

10. Azorín, “La misión de los Estados Unidos”, *op. cit.*, 128.

11. Azorín, “El ejército norteamericano”, *loc. cit.*, 115. Artículo original en *ABC*, 30-VII, 1918, 2-3.

norteamericanos constituyen una nueva sociedad y si bien, según sus oponentes, el ejército estadounidense no es más que una milicia, Azorín lo presenta como una virtud. Este ejército estaría compuesto por hombres todos iguales, obreros, quienes sólo intercambian sus herramientas de trabajo por las armas cuando se ve amenazada la base de su sociedad. Así, curiosamente, no presenta a los norteamericanos como una potencia militarista (militarismo probado en el resto del s. xx y ya desde las primeras intervenciones en Centroamérica y el Caribe), sino como una sociedad libre de trabajadores guiados por la democracia.

En los últimos artículos de *Los norteamericanos* Azorín hace un llamado a España para que, desde el sentido común y desde el sentido histórico, se dé cuenta de lo que verdaderamente representa Estados Unidos en la historia de la humanidad, de su valor de futuro. En *Pi y Margall y los norteamericanos*¹², hace primero, como en casi todos sus artículos, una muestra de erudición, aunque mantenga un tono accesible al lector medio de esta época. Luego, a partir un artículo de Pi y Margall escrito tras el 98, propone a los españoles que no se vuelvan ciegos ante las pruebas magníficas de cambio que plantea Estados Unidos. De la misma forma que la joven nación se alzó en su propia guerra de secesión y cómo, luego, venció a España en la guerra cubana. Era inevitable, sugiere a través de sus textos, que España perdiese ante los estadounidenses, pues el pasado no se puede anteponer al futuro. Según Azorín, el 1918, es momento de levantarse y aliarse con Estados Unidos para el desarrollo pleno de España en el conjunto de Europa y del Mundo.

A pesar de su idealismo y de su afán propagandístico, Azorín no se equivocó. No en que el nuevo orden mundial que se construía trajera la libertad, sí en que Estados Unidos dirigiría el rumbo del mundo durante el siglo XX. Curiosamente, las guerras europeas desplazarían el centro del mundo hacia América de Norte. Más allá, pues, del estricto valor literario que siempre tiene la cuidadísima y elegante prosa azoriniana, estos artículos, contemplados en su conjunto, transmiten la perspicacia de Martínez Ruiz que supo, muy pronto, comprender la importancia de la implicación de los Estados Unidos en los asuntos europeos. Si quisiéramos buscar un antecedente en algo similar, deberíamos retrotraernos a los artículos ingleses de José María Blanco-White quien vio pronto la necesidad indefectible de que los territorios españoles de América se independizaran y avisó a los españoles de la necesidad, primero, de aceptar una inmediata derrota histórica y, segundo y nunca admitida por la gobernación del país, la posibilidad de revertir la derrota en logro político, construyendo un nuevo modo de cooperación con los americanos. Blanco-White y Azorín son dos ejemplos de una clase intelectual que, a través de sus escritos, supo proponer, sin ser escuchada, una nueva y más inteligente actuación española en la historia internacional moderna.

12. Azorín, "Pi y Margall y los norteamericanos"; *loc. cit.*, 103. Artículo original en *ABC*, 3-VII, 1918, 2-3.

IT'S WAR: AQUILINO RIBEIRO
AND THE GLOBAL CONFLICT

É a guerra: Aquilino Ribeiro e a conflagração mundial

Matteo Rei

Università degli Studi di Torino

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumo

Em Paris, entre 1 de Agosto e 26 de Setembro de 1914, o escritor português Aquilino Ribeiro regista no seu diário as pequenas e grandes transformações que a eclosão da guerra estava a produzir no dia-a-dia da capital francesa, assim como na linguagem e nos conteúdos da propaganda bélica, que das páginas dos jornais passavam às conversas mantidas nas mesas dos cafés ou nos boulevards. O seu diário, publicado em 1934 com o título *É a guerra*, ocupa um lugar de destaque entre as obras literárias portuguesas relacionadas com a Primeira Guerra Mundial.

Palavras chave

Diário, Primeira Guerra Mundial, Paris, Literatura portuguesa

Abstract

This article corresponds to research on Aquilino Ribeiro's book *É a Guerra*, published in 1934 and based on the diary that he wrote in Paris between 1 August and 26 September 1914. The book shows the writer's battle against war propaganda and represents one of the most impressive works about the First World War in Portuguese literature.

Key words

Diary, WWI, Paris, Portuguese Literature

Introdução

Foi no final da adolescência que Aquilino Ribeiro (13/09/1885 - 27/05/1963) tomou algumas decisões que se vieram a provar cruciais para o seu futuro como homem e como escritor. Assim, pouco depois de ter deixado o seminário de Beja, deixou também as montanhas natais da Beira Alta, que mais tarde um romance seu tornou célebres como *Terras do Demo*, e mudou-se para Lisboa. À estadia na capital portuguesa remontam as suas primícias literárias (alguns capítulos do folhetim *A Filha do Jardineiro* e uma tradução de *Il Santo* de Antonio Fogazzaro), assim como os primeiros atos de militância política, entre as fileiras da oposição republicana à ditadura estabelecida, sob os auspícios da monarquia, pelo primeiro-ministro João Franco. Uma militância que esteve também na origem do acidente que provocou uma nova e inesperada viragem do seu destino.

Com efeito, de acordo com a reconstrução fornecida pelo próprio autor no volume autobiográfico *Um escritor confessa-se* (1974), ter-se-ia dado a 9 de novembro de 1907 o encontro, junto ao Rossio, com o dirigente da Carbonária Portuguesa, Luz de Almeida, que lhe pediu para disponibilizar o próprio quarto da Rua do Carrião 3 para guardar duas caixas que continham «artilharia civil», ou seja material explosivo. Aquilino deu o seu consentimento e, alguns dias depois, os homens designados por Luz de Almeida, Gonçalves Lopes e Belmonte de Lemos, apresentaram-se à porta da sua casa apetrechados com pólvora, rastilhos e invólucros de ferro, que utilizaram para fabricar granadas apoiando-se na secretária onde o futuro escritor costumava deixar os seus papéis e livros. Foi neste momento, no dia 17 de novembro, que ocorreu a explosão que custou a vida dos malogrados bombistas, deixando ileso apenas o próprio Aquilino, que, porém, foi logo preso pelos agentes da polícia que chegaram ao local. A notícia foi assim relatada pelo *Diário Ilustrado*: «Ontem, pelas 3 horas da tarde, quando três indivíduos estavam preparando explosivo com fim manifestamente criminoso, houve uma explosão, morrendo dois e sendo o outro preso»¹.

Conduzido ao quartel do Caminho Novo, Aquilino ficou ali detido até ao momento da fuga aventureira que levou a cabo no dia 12 de janeiro, refugiando-se logo a seguir nas águas-

1. “Nota oficiosa”, *Diário Ilustrado*, 37, 12389, 19-11, 1907, 1 (a grafia de todas as citações em português foi adaptada, quando necessário, às normas ortográficas atualmente vigentes). Para a versão fornecida pelo autor, v.: A. Ribeiro, *Um escritor confessa-se (seguido de Lances da minha vida. Memórias)*, 2ª ed., Lisboa, 2008, 187-203. (Prefácio de M. Soares. Nota preambular de J. Gomes Ferreira.)

-furtadas dum prédio pombalino, onde, a 1 de fevereiro, tomou conhecimento do regicídio. Em maio, disfarçado, conseguiu finalmente partir no Sud-Express com o qual chegou a Paris. A sua estadia em França prolongou-se, embora entrecortada por algumas breves interrupções, até setembro de 1914. Foi nessa altura que, já casado e pai, Aquilino decidiu deixar a cidade ameaçada pela ofensiva alemã, levando para Portugal a mulher e o filho recém-nascido. Antes de repatriar, no entanto, teve a oportunidade de observar (e anotar nas páginas do seu diário) as pequenas e grandes transformações produzidas pela conflagração na sociedade francesa e na vida quotidiana da capital. Trata-se dos apontamentos que, vinte anos mais tarde, veio a reunir e a publicar no volume *É a guerra* (1934), que ocupa um lugar relevante entre as obras literárias portuguesas relacionadas com a Primeira Guerra Mundial e que merece, portanto, uma análise cuidadosa.

Do Jardim das Tormentas às Cartas de Paris

As notas de diário publicadas em 1934 integram-se no contexto das experiências que marcaram o primeiro período de permanência de Aquilino em Paris. Este período, como referiu o próprio autor, teve uma importância decisiva para o seu amadurecimento intelectual e humano, como evidencia este trecho de teor autobiográfico: «[Paris] É uma cidade feita para dar a quota razoável de felicidade aos homens, e todos os seus costumes, todas as suas leis, e toda a compreensão das gentes concorre para realizar este desideratum. Paris de resto formou-me; deu-me imaginação; incutiu-me o culto da beleza; bebi sem chegar às fezes a taça de amor que ali se oferece ao voluptuoso; nunca lá adoeci do corpo nem da alma»².

Instalado na capital francesa desde a primavera de 1908, Aquilino não demorou muito a inserir-se na comunidade portuguesa ali residente, estreitando laços de amizade sobretudo com artistas plásticos como Manuel Jardim, Anjos Teixeira e Leal da Câmara. Naquele mesmo ano começou a colaboração com o semanário *Ilustração Portuguesa*: colaboração que durou dois anos, acompanhada, na sua fase final, pela elaboração das «Cartas de Paris» publicadas num primeiro momento em *A Beira* de Viseu e depois no diário *A Capital* (com o qual começou a colaborar após um breve regresso a Portugal por ocasião da proclamação da República). Entretanto a mudança de regime tinha favorecido uma nova interpretação (desta vez apologética) da dramática sucessão de eventos que tinha levado ao exílio do escritor, e o próprio, na sua passagem por Lisboa, forneceu alguns esclarecimentos a este respeito numa entrevista a Jorge de Abreu, publicada em *A Capital* de 10-11-1910. A versão dos factos aqui apresentada acabou por atribuir ao jovem «denodado combatente do Ideal» um papel de

2. A citação é retirada do texto “Como conheci a Grete” que, juntamente com outros trechos de teor autobiográfico, constitui o apêndice intitulado “Lances da minha vida”, inserido como conclusão do volume *Um escritor confessa-se*. V., a este propósito: Ribeiro, *Um escritor...*, *op. cit.*, 326-329, 329. A capital francesa veio a acolher novamente o escritor, desta vez perseguido pela Ditadura Militar instaurada a 28 de Maio de 1926, uma primeira vez em 1927 e depois no período entre 1928 e 1931. Aquilino visitou novamente a cidade em 1961.

liderança tanto no planeamento de ataques contra quartéis da polícia municipal pró-monárquica, como na fabricação dos engenhos explosivos que tinham originado o desastre.

Esta versão veio a ser posteriormente desmentida várias vezes pelo escritor, que já numa carta datada de 1913 a Carlos Malheiro Dias mostrava-se arrependido por não ter mandado corrigir o texto da entrevista «por desleixo e talvez por falta de desassombro em repudiar um parentesco no momento procurado»³. O jornalista Jorge de Abreu voltou a referir, no entanto, a mesma versão no artigo «A bomba a serviço da revolução», que foi publicado em dois números do semanário *Ilustração Portuguesa* (o do 9 e o do 16 de janeiro de 1911). Juntamente com o texto, havia uma rica documentação fotográfica que incluía uma imagem do corpo de Gonçalves Lopes na morgue logo após a explosão, e, na página seguinte, uma fotografia do próprio Aquilino, acompanhada por uma legenda com a seguinte descrição: «o sobrevivente da explosão da rua do Carrião e o célebre evadido da esquadra do Caminho Novo»⁴.

Entretanto o ex-refugiado político tinha-se matriculado na Faculdade de Letras da Sorbonne e tinha conhecido uma colega universitária alemã, Grete Tiedemann, que veio a ser a sua primeira esposa. Foram estas, provavelmente, as razões que o levaram a rejeitar a proposta, feita por José de Almeida, de um lugar como secretário da Legação Portuguesa de Madrid, para poder assim continuar a sua vida como estudante em França. Nesta fase da sua vida, por outro lado, o estudo e a elaboração de artigos para a imprensa não eram as únicas atividades que absorviam o seu tempo e a sua energia. Visitante assíduo da biblioteca Sainte Genaviève (que, para além do conforto das suas «amplos e confortáveis mesas», lhe disponibilizava «um belo núcleo de literatura portuguesa, dom de Ferdinand Denis»), por essa altura o escritor trabalhava também na sua primeira obra de ficção: os contos de *Jardim das Tormentas*. A publicação do livro realizou-se logo no início de 1913, como se pode ver pela dedicatória, da-

3. J. Bigotte Chorão, “Cartas inéditas de Aquilino Ribeiro a Carlos Malheiro Dias”, *Colóquio/Letras*, 106, nov., 1988, 58-64, 62. Para a entrevista publicada em *A Capital*, veja-se: J. de Abreu, “O desastre da Rua do Carrião e a evasão do Caminho Novo. Aquilino Ribeiro descreve-os a um redator de ‘A Capital’”, *A Capital*, I, 133, 10-11, 1910, 1-2.

4. J. de Abreu “A bomba a serviço da revolução”, *Ilustração Portuguesa*, 255, 09-01, 1911, 33-49, 34-35; e 256, 16-01, 1911, 81-86. Pode-se notar que o artigo está contornado por uma série de ilustrações surpreendentes que testemunham o tratamento inédito, em puro estilo *Art nouveau*, de sujeitos como granadas lançadas no ar, bombas com o rastilho aceso envoltas numa nuvem de fumo, explosões que atiram para toda a parte fragmentos de ferro aguçados. A versão do desastre da Rua do Carrião exposta por Jorge de Abreu coincide com a que foi relatada em agosto de 1913 no jornal republicano *A Capital*: «Aquilino Ribeiro, na sua casa da rua do Carrião, iniciado já no segredo dos engenhos infernais, passava horas seguidas a confecioná-los, tendo ao seu lado dois amigos, camaradas de luta e crentes do mesmo ideal. Eram o dr. Gonçalves Lopes e o comerciante Belmonte de Lemos»; veja-se: “Uma página antiga. Os restos mortais de Belmonte de Lemos foram trasladados hoje, no cemitério do Alto de S. João”, *A Capital*, IV, 1081, 03-08, 1913, 1. Desta vez o escritor reage de imediato a esta descrição dos factos, inserindo, no final dum artigo publicado no mesmo jornal a 13-08-1913, esta nota clarificadora: «Seja dito sem prejuízo da lenda – eu nunca soube fabricar, nem nunca fabriquei bombas. Os explosivos tinham sido levados para minha casa na manhã do dia em que se deu o desastre. Eu fui apenas o depositário, por horas e por necessidade»; A. Ribeiro, “A lei dos três anos é uma vitória nacionalista”, *A Capital*, IV, 1091, 13-08, 1913, 1.

tada «Paris fev.[ereiro] 1913», que se encontra no exemplar oferecido pelo jovem escritor ao então muito conhecido romancista Carlos Malheiro Dias, que tinha prefaciado a coletânea⁵.

Poucos meses depois o escritor teve a satisfação de ver a própria obra elogiada por Philéas Lebesgue no prestigioso *Mercure de France*. Na secção «Lettres Portugaises», de facto, o lusófilo francês não veio apenas a retomar a gratificante aproximação, já proposta por Malheiro Dias, com grandes escritores como Eça de Queirós, Anatole France ou Dostoievskij, mas louvou também as «merveilleuses facultés d'analyse» do autor e a «souplesse colorée de son style», colocando-o entre aqueles que considerava os melhores contistas portugueses daqueles anos: António Patrício e Manuel Teixeira Gomes⁶.

Entre os contos reunidos no *Jardim das Tormentas* é pertinente recordar, em relação ao diário de 1914, sobretudo o que se intitula «A Revolução». Caracteriza-o, com efeito, certa atmosfera apocalíptica que o aproxima de outras obras publicadas na iminência da eclosão da Primeira Guerra Mundial, entre as quais referimos, aqui, apenas o último volume (*La Nouvelle Journée*; 1912) do *Jean-Cristophe* de Romain Rolland. A visão, na obra do romancista francês, de uma Europa devastada pelas chamas de um incêndio, onde pairam presságios de guerra, pode ser de facto comparada ao «cataclismo» que esboroa «o velho continente» no conto de Aquilino, embora no seu caso a visão apocalíptica se conjugue ao prenúncio utópico de um mundo pacificado e feliz⁷. Integrando-se no filão de ficção científica que se tinha tornado popular devido a obras de autores como Jules Verne e H. G. Wells, o escritor imagina, neste conto, um futuro próximo no qual o continente europeu teria ficado submerso quase na sua totalidade pelo oceano. Após o sucedido, os poucos sobreviventes teriam dado vida a uma sociedade baseada no respeito e na igualdade, tornando as poucas porções do solo europeu poupadas pelo desastre em ilhas verdejantes de amor e prosperidade.

O resultado da catástrofe teria sido, assim, o de ter tornado os homens conscientes da própria precariedade existencial e, portanto, unidos por estreitos laços de solidariedade. O conto parece, em suma, reformular, no início do século XX, uma ideia, a da fraternidade humana como única solução à ameaça constante duma natureza «madrasta», que se encontra enunciada, com formas e conteúdos não muito diferentes, em alguns dos textos mais mar-

5. Bigotte Chorão, *op. cit.*, 63. Os trechos citados provêm do prefácio de Aquilino ao romance de J. Reis, *Matai-vos uns aos outros*, Lisboa, 1961, que os refere ao interior de um volume rico de informações úteis sobre os períodos de permanência do autor em Paris. Veja-se: J. Reis, *Aquilino em Paris*, Lisboa, 1988, 44.

6. Cfr. P. Lebesgue, «Lettres Portugaises», *Mercure de France*, Vingt-quatrième Année, CVI, 390, 16-09, 1913, 431-436, 434. O elogio dos contos de *Jardim das Tormentas* e a aproximação com a coletânea *Serão Inquieto* de António Patrício, encontram-se também numa carta de Fernando Pessoa ao poeta sevillhano Adriano del Valle (1895 -1957), que data de 14-09, 1923; Veja-se: F. Pessoa, *Pessoa Inédito*, Lisboa, 1993, 323-324. (Ordenação, coordenação e prefácio de T. Rita Lopes).

7. A. Ribeiro, *Jardim das Tormentas*, Paris-Lisboa, 1913, 293. Pode-se comparar o conto «A Revolução» (293-313) com a já mencionada, impressionante visão antecipadora de Romain Rolland: «*L'incendie qui couvait dans la forêt d'Europe commençait à flamber. On avait beau l'eteindre, ici, plus loin, il se rallumait: avec des tourbillons de fumée et des pluies d'étincelles, il sautait d'un point à l'autre et brûlait les broussailles sèches. À l'Orient, déjà, des combats d'avant-garde préludaient à la Grande Guerre des Nations*»; R. Rolland, *Jean-Christophe*, Paris, 2007, 1451.

cantes do italiano Giacomo Leopardi, como o poema *La Ginestra* ou os apólogos das *Operette morali*. Para além disso, é interessante notar que a profecia de uma humanidade regenerada se relaciona, no apólogo de Aquilino, com o encontro e com a fusão harmoniosa da raça latina e da raça germânica, simbolizadas pelas famílias dos Contins e dos Zorn, cujos filhos se unem em casamento. Uma ocorrência que não só permite ao escritor transpor sob forma de ficção narrativa a experiência do próprio envolvimento com a alemã Grete Tiedemann, mas também lhe dá ensejo para contrastar a ideia, comum naqueles anos e destinada a reforçar-se com a eclosão da guerra, de um conflito entre a *Kultur* alemã e a *civilisation* anglo-francesa. O escritor, com efeito, voltou ainda a manifestar o seu desagrado relativamente a esta ideia no diário de 1914 e, antes disso, nas «Cartas de Paris», publicadas em *A Capital*.

Estas cartas, que apareceram entre janeiro e novembro de 1913, representam um testemunho impressionante da evolução da sociedade francesa nos últimos anos da *Belle Époque*. Encontram-se aqui analisados e registados, de facto, os presságios de uma «vaga patriótica» que, tomando como pretexto a contenda das regiões da Alsácia e da Lorena, tinha o efeito de alimentar sentimentos de represália para com a Alemanha, estabelecendo os pressupostos para o conflito que veio a eclodir no ano seguinte. Assim, no artigo de 21/01/1913, o escritor individuava na eleição do Presidente da República Francesa Raymond Poincaré (homem político apoiado pela direita católica e tradicionalista) a morte da «República pacifista, laicizadora» e a gênese de uma «República de penacho, *revancharde* e aristocrática», considerando portanto tal eleição como um evento «nefasto [...] para todos os que querem e pensam numa humanidade melhor». Uma constatação reiterada no artigo de 10-06-1913, no qual o autor denunciava com tons alarmantes a corrente reacionária dominante em França, que estava «arrastando o País à guerra com a Alemanha», relatando, ao mesmo tempo, a realização de uma «campanha de ódios e de achincalhe contra a Alemanha», conduzida fazendo uso de vários meios de comunicação: do livro à peça de teatro, do folheto ao *music-hall*⁸.

A aumentar as tensões, neste contexto, era a disputa das regiões perdidas pela França após a derrota na Guerra Franco-Prussiana. Estas representavam «o pomo da discórdia» entre as duas nações, que tentavam sustentar o seu direito à posse das terras com princípios como o da «civilização superior», que, para o autor português, representavam apenas uma «matéria para eterna, bizantina e malcriada discussão». E, entretanto, a aprovação da chamada *lei dos três anos* (que estendia o período militar obrigatório para os cidadãos franceses) representava outro empecilho à conservação das relações pacíficas entre os dois países, tendo como consequência a criação de um exército que, na visão de Aquilino, podia «manter a paz», mas psicologicamente era forçado a «aspirar à guerra»⁹.

8. Vejam-se os artigos: A. Ribeiro, “Com a eleição de Poincaré morreu a República pacifista, laicizadora e perde o progresso social”, *A Capital*, III, 891, 21-01, 1913, 1; e A. Ribeiro, “A reação domina hoje em França arrastando o país à guerra com a Alemanha”, *A Capital*, IV, 1028, 10-06, 1913, 1.

9. V. A. Ribeiro “A posse da Alsácia é o pomo da discórdia entra a França e a Alemanha, sendo curiosos os argumentos que dum e outro lado se contrapõem”, *A Capital*, IV, 1049 [1047], 29-06, 1913, 1-2; e: A. Ribeiro, “A lei dos três anos é uma vitória nacionalista”, *A Capital*, IV, 1091, 13-08, 1913, 1. Cfr. também: A. Ribeiro, “A Alsácia-Lorena não quer a guerra”, *A Capital*, IV, 1080, 02-08, 1913, 1-2.

A 20 de novembro de 1913 o escritor interrompeu a sua colaboração com *A Capital*, sem retomá-la sequer nos primeiros meses do ano seguinte. Em relação ao período compreendido entre a última das suas «Cartas de Paris» e a primeira anotação do seu diário de 1914, sabemos apenas que a 26 de fevereiro nasceu o seu primeiro filho, Aníbal Aquilino Fritz Tiedemann. Para além disso, uma notícia publicada em *Le Figaro* do dia 11 de junho cita-o entre os participantes do banquete organizado, no dia anterior, pela associação *Les Amis de Camoëns*, para celebrar o aniversário da morte do poeta de *Os Lusíadas*¹⁰. Um evento festivo que deixa a impressão de que nada ou quase nada, naqueles primeiros dias de junho, deixasse prever a trágica sequência de acontecimentos que se deu depois do assassinato, em Sarajevo, do arquiduque Franz Ferdinand.

Algumas semanas mais tarde, no dia da mobilização geral em França e na Alemanha (a 1 de agosto), Aquilino Ribeiro começou a escrever o diário que posteriormente foi editado com o título *É a guerra*. Trata-se dum conjunto de anotações quotidianas que, com poucas interrupções, continuou a escrever até ao dia 26 de setembro do mesmo ano, dia em que, tendo abandonado Paris e prestes a voltar para Portugal, *garatujou* a última página do seu diário «sobre a mesa pé-de-galo dum hotel de Bordéus»¹¹. Quanto à natureza destes registos, esta encontra-se bem resumida pela indicação que aparece no elenco das obras do autor, presente no paratexto de alguns dos seus livros posteriores: «*É a guerra*: diário da conflagração mundial»¹². Escassas ou nulas resultam, na verdade, as referências à sua vida familiar e pessoal, enquanto que a atenção se encontra quase completamente focada nos dramáticos acontecimentos do primeiro verão de guerra. Acontecimentos, estes, que o autor presenciava pessoalmente, numa cidade que se tornava para ele rapidamente irreconhecível, ou dos quais tomava conhecimento através das notícias que a partir das trincheiras chegavam às páginas dos jornais.

10. O escritor é aqui mencionado como jornalista da imprensa portuguesa: «*Les Amis de Camoëns, réunis pour commémorer le 334e anniversaire du poète, ont donné leur quatrième déjeuner en l'honneur de la Presse parisienne, sous la présidence de M. Victor Margueritte. Parmi les convives: Mme Camilo Froès, le sculpteur Jean Boucher, MM. Xavier de Carvalho, René Ghil, Louis Cochar, président des étudiants français; André Salmon, André Jager-Schmidt, le dessinateur portugais Leal da Camara, Aquilino Ribeiro, de la presse portugaise; Camillo Froès, secrétaire général, etc., etc. / Des toasts chaleureux ont été échangés*»; «Les Amis de Camoëns», *Le Figaro*, 60, 3, 162, 11-06, 1914, 4-5.

11. As citações são retiradas da edição recentemente publicada pela editora Bertrand por ocasião do centenário da Grande Guerra, com um prefácio do escritor Mário Cláudio: A. Ribeiro, *É a guerra*, Prefácio de Mário Cláudio, Lisboa, 2014, 226. A dedicatória que acompanhava a primeira edição do livro era dirigida a António Gomes Mota, que tinha participado com o escritor na assim chamada Revolução do Castelo, a 20/07/1928. Segundo o que o autor aqui afirmava, o seu diário veio ao lume, substancialmente, na forma com que o tinha escrito vinte anos antes: «Este registo vai, mal espanejado do pó dos anos e à parte leves variantes, como o lancei ao papel» (20). Em 1934 Aquilino publicou também *Alemanha Ensanguentada*, diário da viagem à Alemanha feita depois da conclusão do conflito, entre o 20 de setembro e o 17 de novembro de 1920.

12. A indicação «diário da conflagração mundial» encontra-se, por exemplo, na contracapa de: A. Ribeiro, *Caminhos Errados*, 2a ed., Lisboa, 1947.

Convém lembrar que Aquilino era, por essa altura, um jovem pai de família proveniente de um país naquele momento não-beligerante, um estrangeiro residente há algum tempo em França e casado com uma alemã, um republicano antibelicista e um artista dotado de espírito crítico e de uma minuciosa capacidade de observação. Todos estes fatores faziam com que ele se encontrasse na condição de oferecer, através das páginas do seu diário, um ponto de vista de uma lucidez e de uma perspicácia bastante invulgares sobre a conflagração do conflito e sobre a reação da sociedade francesa nas primeiras semanas da guerra. As anotações do seu diário podem, por tal motivo, prestar-se às mais variadas possibilidades de análise e a múltiplos níveis de leitura.

Paris 1914: agosto-setembro

Em muitos trechos do seu diário Aquilino dá conta das rápidas transformações que iam mudando o dia-a-dia da capital francesa após a conflagração do conflito: a desertificação gradual da cidade, os comportamentos irracionais aos quais a população era impelida pela propaganda ou pelo medo, o pânico gerado pelo avanço das forças inimigas e pelos esporádicos ataques de aviões alemães. Paris, despovoada pelo duplo êxodo dos que abandonavam a cidade por medo de um ataque inimigo e dos que partiam para as trincheiras, tornava-se assim numa cidade cada vez mais triste e desolada, ao ponto de despertar no escritor a recordação da cidade portuguesa de Lamego, conhecida nos tempos do colégio, «tão silenciosa que os passantes ouviam os relógios dentro das baiucas mascar o tempo»¹³.

Entretanto, como efeito do clima psicológico instaurado pela guerra, aqueles que permaneciam na cidade demonstravam-se com frequência propensos a uma conduta impulsiva e por vezes ilógica. Com certo assombro o escritor assistia, assim, à devastação dos estabelecimentos comerciais suspeitos de serem controlados por empresas alemãs (como as leitarias Maggi) ou à construção, ao redor da cidade, de fortificações improvisadas erguidas com a esperança de dificultar uma possível invasão inimiga. A incrementar o nervosismo contribuía, esporadicamente, a isolada incursão dum avião alemão, que atravessava o céu de Paris com o objetivo principal de disseminar o pânico entre os habitantes. Os efeitos da apreensão assim difundida tinham, por vezes, o seu quê de ridículo, como no caso do episódio, referido no diário, em que a multidão que fica num *boulevard* a observar de modo ansioso o céu noturno acredita reconhecer a luz de um Zeppelin que se aproxima e descobre, por fim, que se trata apenas do brilho emitido pelo planeta Vénus (cfr. 46-47).

Nas ruas quase desertas surgia, entretantes, «uma casta de gente que era raro ver-se»: trata-se da «população dos falhados, irregulares, maníacos [...] que desce da água furtada solitária para receber a tigela de sopa à porta dos quartéis e casas de assistência»¹⁴. Eram estas as pessoas que o escritor encontrava pelas ruas de uma cidade habitada essencialmente por idosos, mulheres e crianças, e na qual, portanto, a expressão facial das *concierges* podia

13. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 89.

14. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 159.

legitimamente representar «o barómetro moral da França»¹⁵. E, a propósito de barómetros, podemos notar desde já a função desempenhada pela referência às condições climáticas e atmosféricas que com certa regularidade se encontra na abertura das anotações diárias do escritor, correspondendo de forma bastante evidente ao objetivo de estabelecer uma relação (de contraste ou de analogia) entre os dados meteorológicos e a atmosfera psicológica prevalente entre os habitantes da cidade.

A um princípio analógico correspondem assim as referências a um céu funerário, velado de sombras semelhantes a «crepes extensas»¹⁶, ou então «negro» e associado a uma «mortalha»¹⁷, ou ainda, no apontamento de 23 de agosto, «da cor dos canhões que demoliram os fortes de Liege»¹⁸. Mas talvez sejam mais interessantes os casos em que as condições climatéricas oferecem a possibilidade de estabelecer um contraste com a dramaticidade dos acontecimentos em curso, como no caso da anotação amargamente irónica que abre o diário, na qual o autor constata que sobre a mobilização dos exércitos paira «um céu de Pentecostes, para desatar sobre os homens bandos de pombas com ramos de oliveira»¹⁹. Um efeito de claro-escuro emocional que volta a aparecer com um valor algo distinto, no exórdio do apontamento de 7 de setembro: «Dia de céu tão límpido e capitoso que, em despeito de tristezas e lutos, é um regalo viver»²⁰. Esta afirmação deixa transparecer, ademais, a lição moral com que, no entender de Óscar Lopes, nos deparamos em todas as obras do autor, ou seja que «apesar de tudo, a vida vale a pena», ou mais precisamente que, apesar da precariedade dolorosa da condição humana: «a vida é para se defender e querer até ao estalar da última fibra, até ao apagar-se da derradeira luz do instinto»²¹.

Uma mensagem, aquela enucleada pelo crítico, que percorre toda a vasta produção do escritor, associada com frequência, no plano imagético, a uma dialética de luz e sombra que encontra a sua formulação talvez mais sugestiva na imagem que dá o título ao livro de teor autobiográfico *Uma Luz ao Longe* (1948). Fazemos referência à aventura de dois jovens que, presos nos subterrâneos tenebrosos de um colégio, conseguem finalmente descobrir a nesga de luz que lhes revela a saída para o exterior, um episódio em que se apresenta, com efeito, a mesma simbologia subjacente a algumas das anotações registadas em 1914. Trata-se, no caso do diário, da comparação entre o crime de guerra dos alemães que tinham danificado gravemente a Catedral de Reims e a ação de «apagar um fanal no mar escuro»²², ou então da associação entre a verdade, quase completamente submergida pelas mentiras dos *media*,

15. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 149.

16. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 38.

17. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 135.

18. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 143.

19. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 23.

20. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 193.

21. O. Lopes, *5 motivos de meditação*, Porto, 1999, 232, 236. Trata-se de uma mensagem que o próprio Aquilino formula com muita clareza num dos seus últimos romances: *A casa grande de Romarigães* (1957); cfr. op. cit., 263.

22. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 224.

e uma luz cujo brilho mal emerge entre as trevas: «Só no fundo, muito no fundo do subterrâneo é que luz a verdade estreme, e ainda pequenina como pirilampo em noite de breu»²³.

Um escritor contra a guerra

O interesse da obra em análise não se esgota, em todo caso, no pendor descritivo que até aqui mereceu a nossa quase exclusiva atenção. *É a guerra* interessa também, e muito, como tomada de posição contra os horrores da guerra e contra as justificações alegadas tanto pela Tríplice Intente quanto pelos Impérios Centrais para demonstrar a necessidade do conflito. O título conferido ao diário no momento da sua publicação exprime portanto, mais do que uma constatação um tanto tautológica, a clara enunciação do objetivo subjacente à sua publicação: ou seja mostrar o que *é* a guerra, revelar a sua dramática substância, muitas vezes encoberta e disfarçada pela propaganda bélica e pela retórica nacionalista (a mesma propaganda e a a mesma retórica que, em 1934, estavam prestes a lançar a Europa no inferno de um segundo conflito mundial).

No texto, o antibelicismo de Aquilino emerge, por exemplo, em alguns trechos nos quais, recorrendo ao discurso direto, encontram-se reproduzidos os excertos dum diálogo travado com João Chagas, então ministro da Legação Portuguesa de Paris. O posicionamento do autor em relação à guerra encontra-se aqui, com efeito, declarado de forma muito evidente: «Pelos meus artigos na *Capital*, artigos que Vossa Excelência me deu a honra de aplaudir, sabe que sou contra o chauvinismo, todos os chauvinismos, contra a guerra, todas as guerras, mais nada!»²⁴.

Numa fase em que os opositores se acusavam reciprocamente de terem dado início ao conflito e justificavam a entrada em guerra com o pretexto de se defenderem de uma agressão externa, os apontamentos de Aquilino testemunham, desta forma, o esforço um pouco isolado de um intelectual que não quer renunciar a observar os factos de um ponto de vista o mais imparcial possível. Isto, para o autor português, não significa, de resto, apenas colocar-se *au-dessus de la mêlée* (como incitava a fazer outro determinado opositor do fanatismo nacionalista, Romain Rolland), mas também denunciar, ridiculizando-as, as justificações alegadas pelas diversas nações envolvidas no conflito: «A França bate-se pela civilização e liberdade do mundo; a Rússia pelo exalçamento dos povos oprimidos; a Inglaterra pela salvaguarda dos tratados e honra do império; a Alemanha pela cultura e pela verdade; a Áustria contra a perfídia e pelo direito; todos mais inocentes uns que os outros; todos cordeiros pascais; todos endireitadores do torto e paladinos do fraco»²⁵.

Por outro lado, a ideia que a guerra representasse um conflito entre civilização e barbárie (a que vieram a fazer alusão, com conotação oposta, escritores e pensadores ilustres como Thomas Mann ou Henri Bergson) não podia encontrar a aprovação do autor das *Filhas*

23. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 149.

24. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 57.

25. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 132.

de Babilónia, que a este propósito declara que na época moderna a cultura «deixando de ser apanágio dum povo, se tornou património e indústria universal»²⁶. Um bom exemplo de semelhante difusão da cultura para além das fronteiras nacionais tinha sido fornecido, na *Belle Époque*, pelo êxito ubíquo de alguns músicos e de alguns temas musicais. Assim quando, numa certa manhã de agosto, o escritor afirma ter despertado ouvindo um *orgue de Barbarie* a tocar o famoso tema *An der schönen blauen Donau* (que o próprio já tinha conhecido em Lisboa com o título *Valsa sobre o Tejo*) o facto de ouvir tocar em Paris, após a eclosão do conflito, a composição dum músico austríaco assume, para ele, um valor emblemático: «E o facto me pareceu simbólico e por isso mesmo reconfortador para o meu espírito. Poderão os homens movidos de paixões rancorosas procurar romper os vínculos espirituais que prendem nação a nação. Acima de sua vontade destruidora há uma obra de permutação humana que persiste às vicissitudes do tempo. Chama-se a isso cultura, que nem é apanágio de latinos, nem de germanos, mas cosmopolita [...]»²⁷.

Recusando a ideia de a guerra representar um confronto entre civilização e barbárie, o escritor tenta, aliás, relativizar, no seu diário, as denúncias da «crueldade teutónica»²⁸ que constituíam, naqueles dias, um verdadeiro *leitmotiv* da imprensa francesa. Ele afirma, assim, que a brutalidade não diz apenas respeito a um ou a outro dos blocos envolvidos no conflito, mas sim ao próprio fenómeno bélico. Por isso um dos seus mais frequentes alvos de crítica é representado pelos artigos que exploravam, na imprensa, o filão da «brutalité allemande», injuriando «l'Empire des Barbares»²⁹ e procuravam ocultar, ao mesmo tempo, a universalidade de algumas atitudes desumanas ligadas ao contexto do conflito armado, sem diferenças de raça ou de nação. Por isso, embora sem negar as responsabilidades dos Impérios Centrais nas violências das primeiras semanas da guerra, ao comentar um hediondo crime como o ataque à catedral de Reims, Aquilino escreve: «Dos malefícios de que [a catedral] é objeto não torno, em minha consciência, responsável a Alemanha ou a França, mas o espírito imundo que gerou a guerra»³⁰.

Este firme antibelicismo associa-se, no diário, à oposição várias vezes reiterada à possibilidade de uma intervenção portuguesa no conflito. No caso da entrada em guerra do seu país a preocupar o escritor é sobretudo a sorte daqueles que chama «os meus pobres, ignorantes, pacíficos labregos»³¹. E de facto, alguns anos depois, ao transpor sob forma de ficção narrativa a dramática experiência da participação portuguesa na guerra, Aquilino veio mes-

26. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 43.

27. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 69.

28. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 96.

29. Como exemplo de propaganda antialemã realizada pela imprensa francesa podem-se citar os artigos publicados, na primeira quinzena de agosto, por um dos jornais mais citados (e criticados) pelo escritor no seu diário: *Le Matin*. V. “La brutalité allemande”, *Le Matin*, 31, 11119, 07-08, 1914, 2; “La brutalité allemande et l'amitié franco-belge”, *Le Matin*, 31, 11120, 08-08, 1914, 2; “L'Empire des Barbares” *Le Matin*, 31, 11122, 10-08, 1914, 1; “L'Empire des Barbares – Nouvelles atrocités”, *Le Matin*, 31e Année, 11123, 11-08, 1914, 1-2.

30. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 224.

31. Ribeiro, *É a guerra*, op. cit., 59.

mo a narrar, no conto «Chumbo», a história de um jovem labrego da Beira, lançado no meio dos sangrentos confrontos armados associados à ofensiva da Mosa-Argonne³².

A este propósito talvez não seja descabido mencionar a perturbação do escritor ao ler alguns jornais atrasados mandados vir de Portugal e recebidos a 24 de agosto: «A impressão que me deixaram é que os poderes constituídos e as classes influentes têm da guerra uma consciência anacrónica, quixotesca [...]»³³. O autor parece desconfiar, pelos vistos com alguma razão, que o resultado deste entendimento muito limitado da realidade concreta da guerra, pudesse fazer com que os governantes tomassem a despropositada decisão de lançar no conflito o seu país, que compara a um «Lázaro coberto com as armas de Quixote»³⁴.

As críticas que, sob este aspecto, Aquilino dirige aos jornais portugueses integram-se, de resto, no âmbito do mais amplo debate que, em *É a guerra*, diz respeito ao papel da imprensa na propaganda bélica de todas as nações envolvidas na conflagração, e sobretudo da França. Não surpreende, portanto, que, na anotação que encerra o diário, o escritor associe o desejo de regressar à sua aldeia «dormente» em Portugal à vontade de «nunca mais ler a maldita palavra humana em livros e jornais»³⁵. Quase que, para ele, deixar Paris significasse afastar-se, mais do que das trincheiras e dos combates, da guerra de papel e de tinta pelejada todos os dias nas páginas da imprensa.

32. No conto de Aquilino emergem alguns traços característicos da guerra nas trincheiras: a iluminação artificial dos fogos de bengala, o crepitar das metralhadoras, a «chuva de fogo» dos bombardamentos e, finalmente, a desolação lunar da zona morta incluída entre os dois exércitos, verdadeira *no man's land* em que se abrem «os boqueirões das crateras cavadas pelas granadas»; Cfr. Ribeiro, «Chumbo», *Caminhos Errados*, *op. cit.*, 161-219; em particular: 182, 193 e 195.

33. Ribeiro, *É a guerra*, *op. cit.*, 151.

34. Ribeiro, *É a guerra*, *op. cit.*, 125.

35. Ribeiro, *É a guerra*, *op. cit.*, 227.

KARL KRAUS AND THE FIRST WORLD WAR

Karl Kraus e la Prima Guerra Mondiale

Riccardo Morello

Università degli studi di Torino

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumo

Tra il 1915 e la fine del conflitto Karl Kraus, intellettuale austriaco che aveva fatto della satira politica e della critica del linguaggio giornalistico la propria missione, si impegna in una strenua battaglia contro la disumanità e la ferocia della guerra, raccogliendo sulle pagine della Fackel, la rivista da lui pubblicata per oltre trent'anni dal 1899 al 1936, i testi che poi confluiranno nella grande tragedia Gli ultimi giorni dell'Umanità, un'opera grandiosa, grondante di orrore, che cerca di rappresentare l'irrappresentabile.

Palavras chave

Kraus, Fackel, guerra, poesia, fine

Abstract

Between 1915 and the end of the war, Karl Kraus, an Austrian intellectual who had made political satire and criticism of journalistic language his mission, engaged in a fierce battle against the inhumanity and cruelty of war. On the pages of "Fackel", a magazine he published between 1899 to 1936, he documented many texts that are compiled into the tragedy of the "Last Days of Mankind", a great work that drips with horror and that seeks to represent the "unrepresentable".

Key words

Kraus, Fackel, war, poetry, end

«Wann immer du dein Haus verlassen willst,
wo immer du aus einem Tor hinaustrittst,
wo du auch gehst und stehst, der Ruf ereilt dich,
ist da und packt dich, hat dich, hält dich fest
und zwickt dich, und du musst ein Ohr behalten
für die Stationen dieser Höllenfahrt,
wirst wissen, wie die Welt läuft, je nachdem»¹.

(In qualunque momento tu voglia uscire di casa,
in qualsiasi luogo tu sbuchi da un portone,
ovunque tu vada o ti fermi, il grido ti raggiunge
e lì ad afferrarti, ti tiene stretto e
ti insidia e tu sei costretto ad ascoltare
le stazioni di questa discesa negli inferi,
e sapere di volta in volta come gira il mondo).

Così scrive Karl Kraus in *Eeextraausgabe!* (Eedizionestraordinariaa!), la poesia in cui l'urlo deformato e deformante degli strilloni agli angoli delle strade di Vienna stigmatizza l'ossessiva presenza della stampa, la sua inarrestabile, incontenibile penetrazione nella vita quotidiana ed il generale stravolgimento e pervertimento della realtà che ne deriva. Negli anni del primo conflitto mondiale giunge a compimento un fenomeno che era iniziato molto prima e che Kraus aveva denunciato per anni dalle pagine della sua rivista, la *Fackel*, che con la rossa copertina invadeva periodicamente la città: la sostituzione della carta stampata alla realtà, quel che gli aveva fatto sentenziare «*Am Anfang war die Presse und dann erschien die Welt*»² («All'inizio era la Stampa e poi apparve il mondo»). Per anni Kraus, con la sua *Fackel*, combatte una battaglia impari, persa in partenza, denunciando senza posa le storture quotidiane, i refusi, gli errori di stampa, le più o meno palesi e consapevoli falsificazioni della realtà, indici di una cattiva coscienza che la lingua «vendica», suscitando negli scriventi, pennivendoli di mestiere o idioti appassionati, il passo falso dell'errore, il trabocchetto della svista sintattica, grammaticale e perciò metafisica. E' quel progressivo sostituirsi della sfera della

1. K. Kraus, *Worte in Versen*, Frankfurt-Main, 1959, 23.

2. Kraus, *Worte in Versen*, *op. cit.*, 57.

Meinung politica (Opinione) a quella del *Gedanke* (pensiero) che prelude alla falsificazione sistematica della realtà ad opera della parola, quel che ai nostri giorni avviene attraverso la manipolazione dell'immagine. Negli anni della Guerra la *Fackel* –la rivista che Kraus scrive praticamente da solo, stampandola a proprie spese, estrema garanzia da ogni ingerenza politico editoriale – si trasforma in un inventario dell'orrore quotidiano –i testi della propaganda e le cronache dal fronte dei cronisti di guerra– uno specchio della feroce stupidità del conflitto, ma soprattutto un campionario del suo indecente sfruttamento propagandistico da parte dei cosiddetti «organi di informazione». Kraus inoltre oppone alle voci del presente –immane cacofonia di suoni striduli, dissonanti e lamentosi– l'eloquio pacato e armonioso di grandi personaggi della storia e cultura tedesca come Goethe, Schiller, Schopenhauer o Jean Paul –senza trascurare figure più corrusche come Lutero e Bismarck– illuminando le tenebre che si addensano all'orizzonte con lampi di profetica chiarezza. Queste voci citate con la sferzante unilateralità dello scrittore satirico, l'aristocratica e ironica distanza del ingegno solitario, talvolta con indignata disperazione tal'altra con commosso senso di umana pietà, rappresentano per l'autore non solo un sostegno della sua lotta solitaria contro lo *Zeitgeist*, lo spirito dei tempi, ma anche un'arma, uno specchio posto di fronte al mondo per smascherare la sua mostruosa deformità. Esattamente come Walter Benjamin negli anni trenta pubblicando le lettere degli Uomini Tedeschi intenderà offrire un saggio di «*Ehre ohne Ruhm. Größe ohne Glanz. Würde ohne Sold*»³ («Onore senza gloria. Grandezza senza lustro. Dignità senza compenso») –come recita l'epigrafe– da opporre all'incombente barbarie nazista, individuando agli albori della cultura borghese tedesca quei valori di integrità, forza e saldezza morale che l'epoca moderna calpesta innalzandone nello stesso tempo ipocritamente l'elogio, Kraus cita le grandi voci della cultura tedesca per sconfessare quanti, più o meno in buona fede, giustificavano o sostenevano la carneficina in atto in Europa come difesa della *Kultur*, senza mostrare di comprendere, come Thomas Mann nelle *Betrachtungen eines Unpolitischen* (Considerazioni di un Impolitico), che in realtà essa era la sua definitiva liquidazione. Ben pochi intellettuali dell'epoca, men che meno quelli che oggi chiameremmo «di sinistra» ebbero la lungimiranza di comprendere tutto ciò ed il coraggio di schierarsi apertamente contro il conflitto. I testimoni citati dalla *Fackel* anticipano in qualche modo l'inesorabile giudizio sul mondo instaurato da Kraus nella sua opera più grandiosa e terribile, la tragedia irrapresentabile, da ogni punto di vista, che sarà *Gli ultimi giorni dell'Umanità*. Egli parla per bocca loro, senza arretrare di fronte ad alcun arbitrio filologico, nella convinzione che l'unico modo legittimo di citare un autore sia quello di portarne a compimento il pensiero. In ciò egli appare animato da quello spirito totalitario, da quella «sostanza assassina» propria dei grandi satirici, che Kraus aveva già attribuito al suo illustre predecessore Johann Nepomuk Nestroy e che il suo allievo Elias Canetti gli attribuirà nel saggio a lui dedicato⁴. Se tale violenza nell'annientare l'avversario poteva essere scambiata prima del conflitto per una forma di snobismo o di aristocratica violenta parzialità, ora di fronte alla violenza ben più concreta

3. W. Benjamin, "Deutsche Menschen. Eine Folge von Briefen", *Gesammelte Schriften*, IV.1, Frankfurt-Main, 1972, 150.

4. E. Canetti, "Der neue Karl Kraus", *Das Gewissen der Worte*, München, 1976, 345.

del conflitto, all'imbarbarimento dei rapporti umani, essa rivela interamente la sua valenza etica. I rapporti di forza appaiono ribaltati o ridimensionati. E' Kraus ora a combattere più che mai la sua battaglia coraggiosa e disperata contro la barbarie dei tempi, armato della sola voce e del proverbiale orecchio per le dissonanze e le storture del linguaggio. Ed appare perciò veramente come il difensore e vendicatore della natura conculcata nel senso pienamente schilleriano del termine.

Cosa conferì a Kraus tanta forza? Come fu possibile per lui scrivere un'opera grandiosa e terribile come *Gli ultimi giorni dell'Umanità*? Proprio Canetti, in un saggio dedicato al maestro, ricostruisce con finezza il travaglio di Kraus negli anni 1914-15, il tempo che intercorre tra lo scoppio della guerra nel luglio del 1914, il lungo silenzio proclamato dal celebre discorso *In dieser großen Zeit* del dicembre 1914 e la ripresa della pubblicazione della *Fackel* nell'ottobre del 1915, con tutto il suo intreccio di motivazioni pubbliche e private. Nella perorazione *In dieser großen Zeit* si dice tra l'altro:

«Erwarten Sie von mir kein eigenes Wort [...] Die jetzt nichts zu sagen haben, weil die Tat das Wort hat, sprechen weiter. Wer etwas zu sagen hat, der trete vor und schweige!»⁵

(Non aspettatevi da me neanche una parola[...] Coloro che non hanno nulla da dire, perché è l'azione che ha la parola, continuano a parlare. Chi ha qualcosa da dire, si faccia avanti e taccia!).

Ma poi Kraus torna a parlare e raccoglie per così dire in presa diretta i materiali per la sua tragedia. La forza di affrontare questo titanico compito –documentare l'orrore della guerra – gli viene, secondo Canetti, dalla funzione riequilibratrice assunta nella vita di Kraus dal mondo aristocratico dell'amata Sidonie e simboleggiata dal parco incantato di Janowitz, oasi di pace assoluta e giardino inviolabile, nonché da Thierfehld am Tödi, la piccola località svizzera in cui Kraus e Sidonie si rifugiano nel primo periodo del conflitto. Questi luoghi rappresentano per Kraus l'estremo balenare di una autenticità oramai quasi inattingibile ma tuttavia irrinunciabile. Senza questo punto archimedeo –per usare la definizione di Claudio Magris– egli non avrebbe avuto la forza di muovere un attacco così titanico al proprio tempo⁶.

Sarà proprio nel rifugio svizzero di Thierfehld am Tödi, in fondo a questa valle sperduta tra montagne altissime e selvagge, nel silenzio rotto solo dal fragore delle cascate che precipitano a valle dai ghiacciai del Tödi, e dove furono scritte alcune splendide poesie, che Kraus maturerà la decisione di rompere finalmente il proprio silenzio, di ritornare a Vienna per riprendere a leggere in pubblico e a far uscire la *Fackel* come apprendiamo dallo scritto intitolato *Schweigen, Wort und Tat*, apparso sulla *Fackel* nr 413-7 del Dicembre 1915. Era un silenzio il suo dettato non già dal rispetto per gli avvenimenti in corso, ma, al contrario, dall'orrore e dall' indignazione. «Und das Schweigen war so laut, daß es fast schon Sprache war»⁷ («E il silenzio era talmente forte, da farsi quasi parola»). Dentro al silenzio urge la pa-

5. K. Kraus, *Die Fackel* 12 Bde, Frankfurt-Main, 1968-76, 25-28.

6. C. Magris, "Il vendicatore della natura", *Itaca e oltre*, Milano, 1982, 209.

7. Kraus, *Die Fackel*, op. cit., 25.

rola, essa si fa strada sino a rompere la crosta del riserbo: «*Ich hatte zu lange mein Teil gedacht. Als ich einen Sommermonat mitten im Schweigen der unberührtesten Landschaft lebte, da litt ich sehr daran, daß es sonst nur Lärm gab*»⁸ («Avevo riflettuto sin troppo a lungo. Quando durante un mese estivo, vivendo nel silenzio del paesaggio più incontaminato, cominciai a soffrire che al di fuori vi fosse oramai solo frastuono»). Il fragore lontano del conflitto in atto distrugge quel sottile equilibrio tra parola e silenzio di cui ci parla la splendida poesia intitolata *Zuflucht* (Fuga):

«*So zwischen Schmach und Schönheit eingesetzt,
Rückwärts die Welt und vorwärts einen Garten,
ersehend, bleibt die Seele unverletzt.*

*Fern zeigt das Leben seine blutigen Scharfen,
an mir hat es sich selbst wundgehetzt.
Öffne dein Ohr, um meines Worts zu warten*»⁹.

(Così, sospesa tra onta e bellezza,
scorgendo dietro il mondo e davanti
a sé un giardino, l'anima resta intatta.

Lontano la vita mostra le sue ferite sanguinose,
anche su di me si è accanita sino a ferirsi.
Apri il tuo orecchio per accogliere la mia parola.)

L'umanità pare attendere una parola profetica, stanca del cumulo di parole che si ammassano ormai come le rovine della storia davanti all'angelo di Benjamin. Naturalmente Kraus era ben conscio della illusorietà del suo rifugio svizzero sospeso tra cielo e terra, paradiso minacciato tanto nella sua concreta realtà fisica, quanto nella sua dimensione interiore di luogo della memoria e del desiderio. Janowitz e Thierfeld incarnano l'irrinunciabile nostalgia per un mondo incorrotto e incontaminato, senza cedere alla tentazione dell'idillio. Kraus non ha mai perso di vista la distinzione tra il legittimo bisogno di autenticità e purezza e la pretesa di possederle: accanto alla rivendicazione della naturalità perduta si manifesta in lui una profonda diffidenza, di matrice tipicamente ebraica, verso il culto della natura incorrotta e indifferenziata che pure caratterizzava la sua epoca: «*Flucht in die Landschaft ist verdächtig*» –scrive Kraus– «*Die Gletscher sind zu gross, um unter ihnen zu denken, wie klein die Menschen sind. Aber die Menschen sind klein genug, um unter ihnen zu denken, wie gross die Gletscher sind. Man muss die Menschen zu diesem und nicht die Gletscher zu jenem zu benutzen. Der Einsame aber, der Gletscher braucht, um an Gletscher zu denken, hat vor dem Gemeinsamen, die unter Menschen an Menschen denken, nur eine Größe voraus, die nicht von ihm ist. Gletscher sind schon da. Man muss sie erschaffen, wo sie nicht sind, weil Menschen*

8. Kraus, *Die Fackel*, op. cit., 26.

9. Kraus, *Worte in Versen*, op. cit., 63.

sind»¹⁰ («La fuga nel paesaggio è sospetta [...] I ghiacciai sono troppo grandi, perché vi si riesca a pensare quanto sono piccoli gli uomini. Gli uomini invece sono piccoli abbastanza per capire la grandezza dei ghiacciai. Bisogna utilizzare gli uni per questo e non i ghiacciai per quell'altro fine. L'individuo solitario che ha bisogno dei ghiacciai per pensare ai ghiacciai ha, rispetto all'uomo comune che tra gli uomini pensa all'umanità, un'unica grandezza in più che non gli appartiene. I ghiacciai infatti esistono già, occorre crearli là dove non esistono, perché esiste l'umanità»). E nel *Epigramm aufs Hochgebirge* l'eccesso di bellezza, il *Kitsch* implicito nei cosiddetti paesaggi da cartolina, viene impietosamente ridicolizzato:

*«Es ist der schönsten Berge Eigenschaft;
Sie geben nicht den Geist, sie nehmen Kraft.
Wo so viel fertige Schönheit gegenwärtig,
ist keine Dichtung, nur der Dichter fertig.
Und keine Lyrik, Epos oder Drama
Schenkt sich dem sogenannten Panorama.
Umsonst ist's, dass ich auf den Genius warte,
Natur ist häufig eine Ansichtskarte»*¹¹.

(E' una qualità delle montagne più belle
Allo spirito non danno proprio nulla, rubano le forze.
Dove già c'è tanta bellezza a disposizione
Non c'è poesia e il poeta è in liquidazione.
E al cosiddetto panorama non si
Concedono né lirica, né epos, né dramma.
Inutile aspettarsi il genio
Natura non è altro che una cartolina illustrata.)

Tuttavia, accanto alla satira del più bieco e dozzinale Naturgefühl, espressione di un gusto collezionistico tipicamente piccolo-borghese, non manca nella poesia di Kraus un anelito verso la natura intesa come estremo rifugio, origine e meta, in cui lo spirito si acquieta, anche se non in un abbraccio ambiguamente suadente e falsamente indifferenziato. Basta leggere poesie come *Fahrt ins Fextal* (Gita nel Fextal), scandita dal ritmo cullante della corsa in slitta, o la stupenda *Landschaft* (Paesaggio), in cui la valle del Tödi appare come l'estremo lembo di una terra protesa verso l'Eternità:

*«Du Tal des Tödi bist vom Tod der Traum;
Hier ist das Ende.
Die Berge stehen vor der Ewigkeit
Wie Wände.
Das Leben löst sich von dem Fluch der Zeit*

10. Kraus, *Worte in Versen*, op. cit., 81.

11. Kraus, *Worte in Versen*, op. cit., 83.

Und hat nur Raum, nur diesen letzten Raum»¹².
 ('Tu valle del Tödi sei della morte il sogno
 Qui è la fine.
 I monti si ergono davanti all'eternità
 Come pareti.
 La vita si scioglie dalla maledizione del tempo
 E non è altro che spazio, quest' estremo spazio.)

Sciogliersi dal tempo, farsi spazio, un luogo favoloso in cui la meta si identifica con l'origine, non un tranquillizzante *ubi consistam*, ma la ricerca dello spazio sempre incerto e illusorio della poesia, dove appunto il tempo sembra sospeso e la natura appare finalmente come la dimensione propria dell'umano.

In questo clima di alta concentrazione poetica ed esistenziale Karl Kraus matura allora la decisione sofferta e difficile di ritornare in prima linea, al suo posto di combattimento di *Weisser Hohenpriester der Wahrheit* (Bianco sacerdote della verità) come l'aveva chiamato Georg Trakl¹³. In pieno conflitto Kraus riprese la pubblicazione della *Fackel* e cominciò a leggere in pubblico passi dalla sua tragedia in cinque atti *Gli ultimi giorni dell'Umanità*. Fuori imperversava la guerra e nell'oscurità della sala quell'uomo minuto, con gli occhiali cerchiati d'oro, «dal volto così mobile che non si poteva fissare su nulla, penetrante ed estraneo come quello di un animale nuovo, diverso da tutti quelli che si conoscevano» –così scrive Canetti¹⁴– ripeteva la guerra, faceva risuonare i brandelli di conversazione colti sul Graben, per la strada, in tram, i lacerti delle cronache, le pubblicità, catturando tutte le voci di quel mondo in disfacimento come una sorta di sciamano¹⁵, facendo sfilare come in una passerella da ope-retta o da caffè chantant strilloni, ufficiali e generali, bellimbusti, servette isteriche, maestrine, giornalisti e profittatori di guerra, Alice Schalek, commercianti, poeti alla moda, scrittori imboscati nelle retrovie, due imperatori più o meno mummificati dal loro ruolo impersonale e sanguinario e molto altro ancora. Su tutto aleggia lo spirito della più beata e totale Stupidità, quell'idiozia stigmatizzata già da Flaubert col suo *Dictionnaire des idées reçues* e nel *Bouvard et Pécuchet* come destino ineluttabile del mondo borghese, che rende sopportabile tutto, accettabile ogni cosa, anche quel che non lo è:

«*Es geht weiter. Das ist das einzige, was weitergeht.*»
 (Si va avanti. Ed è l'unica cosa che va avanti)¹⁶.

«*Der Zustand, in dem wir leben, ist der wahre Weltuntergang: der stabile*»
 (Lo stato in cui viviamo è la vera fine del mondo: quella stabile)¹⁷.

12. Kraus, *Worte in Versen*, op. cit., 108.

13. G.Trakl, *Poesie*, Milano, 1974, 84.

14. Canetti, *Der neue Karl Kraus*, op. cit., 350.

15. A. Calasso, "La guerra perpetua", postfazione a *Gli ultimi giorni dell'Umanità*, Milano, 1980, 759.

16. Kraus, *Die Fackel*, op. cit., 301.

17. Kraus, *Die Fackel*, op. cit., 240.

La Prima Guerra Mondiale, la guerra 14-18, La Grande Guerra come si chiama da noi, significò la fine dell'esperienza. «Una generazione che era ancora andata a scuola con la carrozza pubblica si trovò sotto il libero cielo di un paesaggio dove nulla era rimasto immutato a parte le nuvole e, in mezzo, al centro di un campo di forze dove si scontravano correnti devastatrici ed esplosioni, stava il minuscolo, fragile corpo dell'uomo»¹⁸. L'aspetto devastante, disumanizzante della moderna guerra di materiali produsse il ritorno dal fronte di uomini «ammutilati, non più ricchi, ma più poveri di esperienza comunicabile». L'ebbrezza della generazione che affrontò i campi di battaglia e le trincee di quella guerra, portandosi in tasca lo *Zarathustra* di Nietzsche o Il canto d'amore e di morte dell'alfiere Christoph Rilke, viene ben presto annientata dalla realtà cruda di un conflitto alimentato dallo spirito stesso del Progresso. La guerra fondata sulla mobilitazione totale rivela la sua reciproca interdipendenza con l'industria: il macello come realizzazione estrema delle aspirazioni del capitale:

«Sollte 'Schlachtbank' nicht vielmehr von der Verbindung der Schlacht und der Bank herkommen?»¹⁹
 («Banco del macellaio» non deriva forse dalle parole banca e macello?)

Già nell'Ottocento il genio satirico di Nestroy a Vienna e quello boulevardier di Offenbach a Parigi avevano smascherato impietosamente la connessione tra industria, capitale e sciovinismo bellicistico delle grandi potenze imperialiste: non a caso Kraus era un impareggiabile lettore dei libretti delle operette di Offenbach, in particolare le parodie del militarismo come il général Boum Boum della Grande-Duchesse de Gérolstein (1867) che aveva divertito persino Bismarck. L'operetta, tanto amata dal pubblico tra la fine dell'Ottocento e la prima guerra mondiale, incarnava davvero lo spirito della belle époque, avviata sulla china della autodistruzione; un mondo quello dell'operetta che mimava per Kraus il caos e ricopriva il vuoto con la superficialità godereccia dei suoi couplets, ma nei suoi rappresentanti più geniali mostrava davvero con sferzante verve satirica l'essenza più profonda, quel che si nasconde ad esempio sotto la tronfia retorica patriottica, come si può vedere da questa traduzione da Madame l'Archiduc di Offenbach-Millaud che Kraus recitava con impareggiabile capacità mimetica e parodistica nelle sue letture:

«Jede Schlucht,
 Jeden Steg,
 Jede Bucht,
 Jeden Weg
 Jeden Wall,
 Jedes Schloss,
 Jeden Stall,
 [...]
 Jedes Schiff,

18. Benjamin, *op. cit.*, 52.

19. Kraus, *Worte in Versen*, *op. cit.*, 300.

*Jeden Turm,
 Jedes Riff,
 Jedes Zelt,
 Jedes Haus,
 Jedes Feld,
 Jede Maus,
 Jedes Loch,
 Jeden Schrank
 Und dann noch
 Jede Bank,
 Eh sie kracht,
 Und den Staat
 Überwacht
 Der Soldat!»²⁰*

(Ogni gola,
 ogni ponticello,
 ogni baia,
 ogni strada,
 ogni muro,
 ogni castello,
 ogni stalla,
 [...]
 Ogni nave,
 ogni torre,
 ogni scoglio,
 ogni padiglione,
 ogni casa,
 ogni campo,
 ogni topo,
 ogni tana,
 ogni cassapanca,
 ed anche
 ogni banca,
 prima che fallisca,
 e lo stato
 sorveglia
 il soldato!)

Kraus non è un pacifista che denuncia la follia della guerra, ma un veggente che scorge quel che con la guerra è cominciato: un mondo in cui la pace è fondata sul massacro, nel quale «gli ultimi giorni dell'umanità» coincidono coi primi giorni del mondo della guerra perpetua, quello in cui ancora viviamo tutti noi, nel quale il benessere è il frutto della violen-

20. Kraus, *Worte in Versen*, op. cit., 485.

za generalizzata. Nel mondo contemporaneo certo le immagini hanno soppiantato le chiacchiere e gli slogan, ma non per questo ci permettono di scorgere meglio e divinare la realtà. Ora come allora domina l'oblio, la dimenticanza. Come afferma il Nörgler (il Criticone) – uno dei personaggi del dramma krausiano – quello che interloquisce sempre con l'Ottimista ed è in qualche modo il portavoce dell'autore– il mondo di ieri . la sua condizione di spirito, tramonta per sempre, e con esso la stessa memoria storica della sua esistenza. Per questa ragione «l'oggi non si vedrà e non si temerà il domani. Si sarà dimenticato che si è perso la guerra, dimenticato di averla cominciata, dimenticato di averla combattuta. Ecco perché la guerra non finirà mai»²¹. E infatti è esattamente con tali premesse che l'Europa è andata tragicamente incontro alla Seconda Guerra Mondiale e poi alle cosiddette Guerre Balcaniche negli anni 90. E oggi in Ucraina?

Le pagine di Kraus sono un faro, una luce nelle tenebre. Se la poesia nasce dallo stupore di fronte alla vita, la grande satira è lo stupore di fronte all'infamia. L'aforisma è la forma ideale di Kraus, quella che gli permette di lavorare sulla parola, «prendendo in parola», usando la citazione come un'arma, uno strumento di denuncia. Il testo si costruisce per lui allineando frasi, frasi studiate e limate, perfette nella loro autonomia che si compongono e si connettono poco alla volta, formando una sorta di muraglia cinese destinata a crescere in una proliferazione senza fine. La scrittura è per lui un processo maniacale e seriale in cui le frasi fatte, i luoghi comuni, l'ornamento, l'inautenticità del parlare comune vengono incessantemente smascherate: «*Ich bin die Muschel, in der das Geräusch fortsingt*» – «io sono la conchiglia in cui continua a risuonare il fragore» – «*ich höre Geräusche, die andere nicht hören und die mir die Musik der Sphären stören, die andere auch nicht hören*»²² – «Io sento dei rumori che altri non sentono e che disturbano la musica delle sfere che gli altri neanche sentono». Non a caso Arnold Schönberg aveva dedicato a Karl Kraus nel 1911 il suo Trattato di armonia con le parole: «*Ich habe von ihnen vielleicht mehr gelernt, als man lernen darf, wenn man noch selbständig bleiben soll*»²³ («Ho imparato da lei più di quel sia lecito se si vuole restare indipendenti»), tale era il carisma che Kraus esercitava sui suoi adepti, la severità e precisione del suo giudizio, il proverbiale orecchio per tutto quel che nel linguaggio e nella vita entrava in stridente contrasto con la naturale armonia della parola.

Nel crescendo della rappresentazione sprofondiamo sempre di più nei gironi infernali di avvenimenti che non hanno più nulla di realistico anche se sono in tutto e per tutto veri: i dialoghi della folla, i capannelli sulla Sirkecke del Graben, che costituiscono come gli scambi tra Ottimista e Criticone un vero e proprio Leitmotiv, divengono via via più spettrali e surreali. Soldati emaciati e pidocchiosi marciano verso il fronte, incontro alla morte, mentre gli arciduchi li salutano militarmente in pantaloncini bianchi da tennis sul cancello di una villa requisita raccomandando loro «fate i bravi!»; sadici medici militari falsificano la data di nascita di giovanissimi disertori per poterli spedire più rapidamente sulla forca; cantori del conflitto, come il poeta austrobavarese Ganghofer, si esibiscono in immonde arringhe pa-

21. Calasso, *op. cit.*, 765.

22. Kraus, *Worte in Versen*, *op. cit.*, 122.

23. P. Schick, *Karl Kraus*, Hamburg, 1965, 64.

triottiche, generali inebetiti ragliano nel loro gergo da caserma lardellato di espressioni dialettali slogan dissennati, lo stesso imperatore, anzi i due imperatori, fanno la loro comparsa sulla scena per mostrare la loro insipienza ; manca soltanto il generale delle latrine eternato da Hasek nel Buon soldato Schwejk ; per arrivare in un crescendo terribile alle scene finali del dramma, sui campi di battaglia, tra le trincee, dove risuona il canto dei corvi-generalì, sul terreno squassato dal fuoco delle artiglierie, percorso dai carri armati sferraglianti, illuminato dalle esplosioni e dai riflettori, crepitante di mitragliatrici, dove si aggirano larve con la maschera antigas e la baionetta in canna: quello scenario apocalittico ricorda l'ultima pagina dello *Zauberberg* di Thomas Mann, il romanzo della fine, in cui il protagonista Hans Castorp scende anche lui in pianura per unirsi ai combattenti e va incontro alla morte canticchiando il *Lied* di Schubert *Der Lindenbaum*; su questo scenario della fine si abbatte la voce dall'alto, la voce di Dio, che sentenzia «*Ich habe es nicht gewollt*», «Io non l'ho voluto». Come un dramma barocco spagnolo, potremmo dire, così si chiude questo «*Marstheater*» (Teatro di Marte) –assolutamente disumano - che Kraus ha portato dalle pagine della *Fackel* e dai saloni dove teneva le sue letture sulle scene del teatro del Mondo.

“THE DUTY OF THE LIKELY CHRONICLER OF A CHIVALRIC WAR”:
AESTHETICS AND IDEOLOGY ON ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO’S
FIRST WORLD WAR CHRONICLES

«El deber de quien desearía ser el cronista de una guerra caballescica»: estética e ideología de la crónica bélica de la I Guerra Mundial en Enrique Gómez Carrillo

Dorde Cuvardic García
Universidad de Costa Rica

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

En el presente artículo se analizan las crónicas de guerra de la Gran Guerra del escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Frente a sus ‘crónicas de bulevar’, donde desarrolla la mirada turística y de tácticas de la *flânerie*, hasta ahora no habían recibido atención crítica las dedicadas a la I Guerra Mundial, reunidas por el propio escritor guatemalteco en diversas recopilaciones. Como corresponsal de guerra y cronista de la retaguardia, Gómez Carrillo describe las consecuencias del conflicto bélico en los soldados, la ciudadanía y los centros de población. Resignifica, con tal propósito, tópicos literarios como el *ubi sunt*, la ciudad muerta o

Abstract

The First World War chronicles of Guatemalan author Enrique Gómez Carrillo are analysed in this article. Contrary to his ‘boulevard chronicles’, where he offers a tourist’s perspective alongside tactics for *flânerie*, critical attention has not been given to these war chronicles, compiled into several collections by the author himself. As a war correspondent and rear-guard chronicler, Gómez Carrillo describes the consequences of wartime conflict on soldiers, citizens and population centres. With this goal, he re-signifies literary topics such as the *ubi sunt*, the *ciudad muerta* (dead city) or the *desprecio de corte y alabanza de aldea* (disdain for the

el desprecio de corte y alabanza de aldea. Defensor de la cultura europea humanística, enuncia un lamento elegíaco ante la pérdida de estos valores en un conflicto bélico cuya novedad tecnológica y táctica no deja de asombrarle y de inquietarle.

Palabras clave

Crónica de guerra, Flâneur, Literatura Latinoamericana

court and praise of the village). As an advocate of humanistic European culture, he utters an elegiac cry facing the loss of these values in a war-time conflict whose technological and tactical novelty simultaneously cease neither to amaze nor to worry him.

Key words

War Chronicle, Flâneur, Latin American Literature

«El deber de quien desearía ser el cronista de una guerra caballerescas»: estética e ideología de la crónica bélica de la I Guerra Mundial en Enrique Gómez Carrillo
Dr. Dorde Cuvardic García
Universidad de Costa Rica

Introducción

La asociación entre los conflictos bélicos y las revoluciones, por una parte, y la comunicación de masas, por otra, siempre ha sido muy estrecha y ha arrojado resultados significativos. A partir de las corresponsalías bélicas se han escrito excelentes crónicas, reportajes, reportajes novelados y novelas-reportaje¹. En particular, Centroamérica ha producido destacados corresponsales en guerras ocurridas fuera del istmo: como ejemplo, podemos mencionar la compilación *Vietnam: Crónicas de guerra* (1988), del costarricense Joaquín Gutiérrez Mangel.

Como nos recuerda Javier Azpeitia², escritores latinoamericanos redactaron crónicas periodísticas sobre la I Guerra Mundial, como el argentino Roberto Payró (para *La Nación* de Buenos Aires, recopiladas en *Corresponsal de guerra*), el peruano Ventura García Calderón (para *El comercio* de Lima y *La Razón* de Buenos Aires, en *Bajo el clamor de las sirenas*), el chileno Augusto d'Halmar (para *La Unión* de Santiago y *La Nación* de Buenos Aires) y el mexicano José Dolores Frías (en *Crónicas de un corresponsal mexicano en la Primera Guerra Mundial*).

1. Son conocidos, por ejemplo, los reportajes periodísticos sobre las grandes revoluciones del siglo XX. En la representación de estos últimos procesos sociales se pueden mencionar los dos grandes reportajes de J. Reed, *México insurgente*, 1914, México D.F., 1980; y J. Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, Tafalla, 1919, 2007, este último sobre la Revolución de Octubre en Rusia. Y en el marco de los conflictos bélicos, se puede mencionar un ejemplo más actual, A. Pérez Reverte, *Territorio Comanche*, Madrid, 1994, novela reportaje donde el autor ficcionaliza su trabajo como corresponsal durante la guerra de Bosnia-Herzegovina a inicios de la década de 1990. Asimismo, cabe destacar también el trabajo de los reporteros gráficos en los conflictos bélicos. Han sido producidos excelentes documentales que indagan en su cotidianeidad. Un caso es, en este sentido, el documental suizo de C. Frei, *Fotógrafo de guerra*, 2002, sobre las problemáticas éticas que debe enfrentar James Nachtwey durante su desempeño en diversas guerras.

2. J. Azpeitia, "Un dandi en el infierno", en E. Gómez Carrillo, *Pequeñas historias de la Gran Guerra*, Madrid, 2011, XXI. Prólogos de B. Pérez Galdós y J. Azpeitia.

Destaca también el periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), quien cuenta con diversas compilaciones de crónicas sobre la Gran Guerra, publicadas originalmente en la prensa española: *Crónica de la guerra* (1915)³, *Campos de batalla y campos de ruinas* (1915)⁴, *Reflejos de la tragedia* (1915)⁵; *En el corazón de la tragedia* (1916)⁶, *En las trincheras* (1916; 1921)⁷, *Tierras mártires* (1918)⁸ y *La gesta de la Legión extranjera. Los hispanoamericanos en la guerra* (1921)⁹. Además, hace pocos años se publicó una antología de sus crónicas sobre la I Guerra Mundial con el título *Pequeñas historias de la Gran Guerra* (2011)¹⁰.

La crítica ha prestado escasa atención hasta el momento a sus corresponsalías bélicas¹¹, frente a la mirada del *flâneur* de sus más conocidas crónicas de bulvar, ampliamente investigadas en las últimas tres décadas, en el marco de la renovación de los estudios sobre el modernismo¹². Este es el primer motivo para estudiar sus crónicas bélicas. El segundo escriba en que la representación periodística centroamericana de la Primera Guerra Mundial – o pu-

3. E. Gómez Carrillo, *Crónica de la guerra*, Madrid, 1915.

4. Se utiliza en el presente artículo la siguiente edición: E. Gómez Carrillo, *Campos de batalla campos de Ruinas*, Madrid, 1915. Cuenta con un prólogo de Benito Pérez Galdós y una dedicatoria del Ministro de Relaciones Exteriores argentino.

5. E. Gómez Carrillo, *Reflejos de la tragedia*, París, 1915.

6. Se utiliza en el presente artículo la siguiente edición: E. Gómez Carrillo, *En el corazón de la tragedia*, Madrid, 1916.

7. E. Gómez Carrillo, *En las trincheras*, Madrid, 1916. Como declara Gómez Carrillo en nota a pie de página al inicio de la primera crónica de esta recopilación, estos textos fueron escritos en 1915. Se utiliza en el presente artículo la siguiente edición: E. Gómez Carrillo, *En las trincheras*, Madrid, 1921.

8. E. Gómez Carrillo, *Tierras mártires*, Madrid, 1918.

9. E. Gómez Carrillo, *La gesta de la Legión Extranjera*, Madrid, 1921.

10. E. Gómez Carrillo, *Pequeñas historias de la Gran Guerra*, Madrid, 2011. Prólogos de B. Pérez Galdós y J. Azpeitia,

11. Los escasos análisis sobre las crónicas bélicas de Gómez Carrillo se nombran a continuación: R. Fernández Ordóñez, “Los que son valientes van al cielo, los que no, no. Gómez Carrillo en las trincheras”, Guatemala, <http://educacion.ufm.edu/los-que-son-valientes-van-al-cielo-los-que-no-no-gomez-carrillo-en-las-trincheras> (Descargado el 3 de noviembre de 2013); S. Reyes Castellanos, “Enrique Gómez Carrillo en la Primera Guerra Mundial. Primeros episodios de la guerra”, Red de Bibliotecas Landivarianas. Centros de recursos para el aprendizaje y la investigación, Guatemala, biblio3.url.edu.gt/Gomez/Reyes-Sergio.pdf (Descargado el 3 de noviembre de 2013); y E. Torres Espinoza, *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, 2007.

12. Es el caso de D. Cuvardic García, *El flâneur en las prácticas culturales, el costumbrismo y el modernismo*, París, 2012; de K. Hajjaj, “Enrique Gómez Carrillo y ‘El encanto de Buenos Aires’”, *Anales de literatura hispanoamericana*, 23, 1994, 27-41; G. Hambrook, “Del poeta a la poesía: la imagen de Charles Baudelaire y de su obra en las crónicas literarias de Enrique Gómez Carrillo”, *Estudios de investigación franco-española*, 5, 1991, 97-111; y de F. Morán, “‘En el rayón lleno de espejos’: Enrique Gómez Carrillo en la tienda por departamentos de la escritura modernista”, *Anclajes*, 10, 2006, 141-155.

blicada por centroamericanos en periódicos de otras latitudes-, ha sido investigada suficientemente desde el discurso informativo de las noticias, pero no desde el género de la crónica¹³.

Utilizaremos las siguientes compilaciones como corpus de la presente investigación. En primer lugar, *Campos de batalla y campos de ruinas* (1915), que reúne una serie de crónicas enviadas por Gómez Carrillo al periódico madrileño *El Liberal* (del que fue incluso director, desde el 23 de octubre de 1916 hasta el 24 de septiembre de 1917)¹⁴. Las crónicas de este volumen quedan organizadas, cronológicamente, como un diario de campaña. Se inicia con «De París a Esternay», crónica fechada el 15 de noviembre de 1914, y finaliza con «El soldado francés», del 8 de marzo de 1915. A su vez, *En el corazón de la tragedia* (1916), ofrece el recorrido de Gómez Carrillo por Amiens, Saint-Omer, Froissard, los alrededores de Boulogne, Ablain Saint-Nazaire, Flandes, Bailleul, las orillas del río Iser, así como su visita a Inglaterra. *En las trincheras* (1916; 1921), muestra el frente de Alsacia desde el lado francés (Belfort, Ballendorff, Milhusa, Thann) así como la Picardía (Proyart, Lihons, Mearicourt, Mocourt, Amiens), la Lorena (Saint-Dié), el Paso de Calais (Carency) y el Artois. *El quinto libro de las crónicas* (1922)¹⁵ incorpora, por su parte, crónicas como «Iprès la muerte», «Noyon», «En una ciudad belga» y «La capital del ejército inglés», que describen la retaguardia del frente de batalla aliado en Bélgica en 1916¹⁶.

13. Se ha emprendido este tipo de investigación en P. Vega, “¿Especulación desinformativa? La Primera Guerra Mundial en los periódicos de Costa Rica y El Salvador”, *Revista Mesoamérica*, 51, 2009, 94-122, y en P. Vega, “Primicias de la Primera Guerra Mundial en la prensa costarricense (1914)”, *Inter.c.a.mbio*, 4, 5, 2009, 271-308: En el primer artículo, “¿Especulación desinformativa? La Primera Guerra Mundial en los periódicos de Costa Rica y El Salvador”, a partir de la publicación de más de 1.700 noticias publicadas en el costarricense *La Información* y el *Diario de El Salvador*, destaca el esfuerzo de ambas empresas por ampliar el espectro de las fuentes informativas sobre la Gran Guerra, en un intento por evitar que las agencias de prensa tradicionales acaparasen el encuadre desde el que se comprendía el conflicto. Vega también muestra, en ambos periódicos, el uso de procedimientos discursivos para evaluar positivamente a uno de los bandos beligerantes, el aliado, por más que comunicaran a sus lectores el propósito de ser neutrales. Asimismo, en el segundo artículo, “Primicias de la Primera Guerra Mundial en la prensa costarricense 1914”, Vega analiza las condiciones productivas y las noticias que aparecieron publicadas durante los primeros seis meses de conflicto bélico en dos de los diarios más importantes de Costa Rica *La información* y *La prensa libre*. La prensa costarricense emprendió una serie de innovaciones y cambios tecnológicos para asumir la gran cantidad de cables y de otras fuentes informativas internacionales que llegaban todos los días al país. En términos de contenido, además de cuidar la dimensión gráfica del conflicto, ambos periódicos asumieron explícitamente una posición de respaldo al bando aliado, visible en las modificaciones a los cables recibidos y en el contenido de las noticias.

14. Este periódico, como precisa Torres Espinoza, *op. cit.*, 307, también envió a otros corresponsales de guerra: Leopoldo Bejarano fue destinado a Italia y Luis Araquistáin a Alemania.

15. Se utiliza en el presente artículo la siguiente edición: E. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, Madrid, 1922.

16. Después de la I Guerra Mundial, Gómez Carrillo incorporó algunas crónicas bélicas, ya publicadas previamente en libro, en una serie de compilaciones posteriores que resumían la totalidad de su producción periodística, como ocurrió, entre otros, con el propio *El quinto libro de las crónicas*. Nueve crónicas de esta última compilación ya se habían publicado años antes en *En el corazón de la tragedia*. A su vez, *El segundo*

La traducción de algunas de estas compilaciones permitió que obtuvieran cierta difusión internacional. Como precisa Edelberto Torres Espinoza¹⁷, el primer libro de crónicas de la I Guerra Mundial de Gómez Carrillo, *En las trincheras*, fue traducido al francés (por M. Champeaux), al ruso (por E. Dimitrieff) y al inglés (por Florence Simmonds, con el título *Among the ruins -Entre las ruinas-*¹⁸), mientras que *En el corazón de la batalla* fue traducida al francés (bajo el eufemístico título *La sonrisa bajo la metralla -Le sourire sous la mitraille-*¹⁹) y al inglés, que conservó el mismo título del original en español²⁰.

En gran medida, los textos recogidos en estas cuatro compilaciones son crónicas que podríamos llamar de la retaguardia, aunque en algunas de ellas se describe la visita a las trincheras. Es posible problematizar la designación de Enrique Gómez Carrillo como corresponsal de guerra, ya que este último desempeño debe encontrarse, por el contrario, fuertemente asociado a la observación directa de las luchas armadas, que en ocasiones ha terminado con la muerte del periodista. Asimismo, Gómez Carrillo se distancia, en sus propias crónicas, del papel clásico del corresponsal de guerra. En su escritura testimonial destaca a los lectores la excepcionalidad o singularidad de su mirada periodística, distinta de los restantes corresponsales con los que recorre los escenarios de guerra. Mientras que el resto de los periodistas de la comitiva en la que se integra se interesa sólo por la destrucción material y las muertes producidas por la tecnología armamentística, captan la atención de Gómez Carrillo –en numerosas ocasiones– las obras de arte (tanto las convertidas en ruinas como las conservadas), la sencilla vida cotidiana de las comarcas cercanas a los campos de batalla y la Historia de los lugares visitados. Para el autor guatemalteco, el típico corresponsal de guerra es un simple profesional de la actualidad. Frente a esta figura vulgar, se considera a sí mismo un periodista que, además, gracias a su bagaje cultural, logra identificar y reflexionar sobre el «alma» de las regiones que observa, muchas de ellas visitadas previamente por él mismo, en tiempos de paz, como «peregrino del arte»: las regiones fronterizas entre Francia, Bélgica y Alemania guardaban uno de los más ricos legados arquitectónicos góticos de la Baja Edad Media. La más clara toma de posición distanciada de Gómez Carrillo –gran conocedor de la historia y el arte de Europa occidental– frente al papel vulgar del periodista bélico se da en «El alma indomable de la Lorena» (*Campos de batalla y campos de ruinas*): «¿Vale la pena de decirles que nos encontramos en la cuna del ducado heroico [...]? No, de seguro. Corresponsales de guerra son, nada más que corresponsales de guerra, y en cuanto pierden la huella de los ejércitos que ahora luchan, se sienten como desamparados, y ni ven, ni oyen, ni entienden. [...] Estos señores ingleses, yanquis y escandinavos que me acompañan, no pueden explicarse la insistencia que pongo en permanecer algunos instantes contemplando en silencio el vasto

libro de las crónicas: hombres y superhombres (Madrid, 1920) incorporó crónicas bélicas como “Una visita al Generalísimo Joffre”, que ya había aparecido previamente en *Campos de batalla y campos de ruinas*.

17. Torres Espinoza, *op. cit.*, 336.

18. E. Gómez Carrillo, *Among the Ruins*, London, 1915. (Traducción de Florence Simmonds).

19. E. Gómez Carrillo, *Le sourire sous la mitraille*, Paris, 1916. (Traducción de Gabriel Ledos).

20. E. Gómez Carrillo, *In the Heart of the Tragedy*, London-New York, 1917.

paisaje que nos rodea»²¹. Reincide en esta crítica del corresponsal de guerra común en «Los alemanes en Coulommiers» (*Campos de batalla y campos de ruinas*): «Mis compañeros, que no buscan en las comarcas del Marne sino huellas de bombas y cruces de tumbas, se sienten desilusionados en este lugar donde no pasó nada de dramático»²². Gómez Carrillo se muestra ante el lector como un corresponsal de guerra más erudito y «aristocrático» que el resto de los participantes de las rutas organizadas por el gobierno francés. Esta mirada oblicua también la asumió en sus crónicas de Oriente, al alejarse de la trayectoria de las agencias turísticas²³.

En pocas ocasiones recurre Gómez Carrillo a fuentes textuales para ofrecer una representación del conflicto. Se interesa raramente por las observaciones de otros corresponsales de guerra. Es el caso del británico Philipp Gibbs, uno de los cinco periodistas oficiales del Gobierno británico durante la I Guerra Mundial²⁴, que Gómez Carrillo menciona en algunas crónicas (como en «Iprès la muerte», *El Quinto libro de las crónicas*)²⁵. Además, en alguna ocasión reflexiona sobre las recopilaciones de epístolas de soldados británicos («El soldado inglés juzgado por sí mismo», *En el corazón de la tragedia*) o la correspondencia publicada de los sacerdotes incorporados al ejército francés («El alma de los sacerdotes soldados», *El Quinto libro de las crónicas*). Asimismo, informa en una crónica sobre el despliegue, entre las tropas francesas, de la llamada «Prensa de trincheras», en una crónica del mismo nombre (*En las trincheras*), práctica desconocida que debe recuperarse en el futuro como área de investigación de la historia del periodismo. En otras palabras, podemos rastrear en sus crónicas una literatura sobre la I Guerra Mundial que, después de un siglo, ha sido casi totalmente olvidada, como ha ocurrido con las mismas corresponsalías de Gómez Carrillo.

El objetivo del presente artículo consiste en identificar los principales procedimientos discursivos (estéticos e ideológicos) que utiliza Gómez Carrillo para representar sus observaciones y evaluaciones sobre el conflicto y sus consecuencias. ¿Qué centra su interés descriptivo? ¿Qué tópicos literarios incorpora en su representación de la cotidianeidad bélica? ¿Qué función se otorga a sí mismo Gómez Carrillo como corresponsal de Guerra? ¿Qué posición ideológica asume frente a los esfuerzos propagandísticos de los Ejércitos y Estados aliados?

21. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, *op.cit.*, 236.

22. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, *op. cit.*, 55.

23. Así ocurre, por ejemplo, en *Sensaciones de Egipto*, donde en numerosas ocasiones se desprende de los trayectos de las guías turísticas y se interna, como un *flâneur* solitario, en callejuelas que le permitirán acceder al «alma» de los lugares visitados.

24. Es autor de *The Soul of the War* (1915), *The Battle of the Somme* (1917), *From Bapaume to Passchendaele* (1918) y *The Realities of War* (1920), entre otros libros.

25. Gómez Carrillo, «Iprès la muerte», *op. cit.*, 143-144: al entrar en el pueblo de Poperinghe, recuerda el trabajo periodístico de Gibbs: «¿Qué miserias, qué angustias vamos a ver ahí?... A mi mente acude la página en que Philipp Gibbs refiere su llegada a este mismo sitio, una tarde de invierno, hace algo más de un año».

Las crónicas de Enrique Gómez Carrillo en el marco de los esfuerzos propagandísticos de los aliados durante la Gran Guerra

La relación de mutua dependencia y colaboración entre los gobiernos y las empresas periodísticas es un importante paratexto del volumen *Campos de Batalla y campos de ruinas*, en cuyo inicio se incluye una invitación del Ministro de Negocios extranjeros galo (en otras palabras, del Ministro de Relaciones exteriores), Teophile Delcassé (1852-1923), dirigida a Gómez Carrillo, con fecha del 8 de noviembre de 1914. Se le propone la incorporación, junto con otros periodistas, a una serie de visitas guiadas por el frente de guerra francés, la primera de las numerosas que realizaría Gómez Carrillo en los años siguientes: «Dígame si usted está dispuesto a participar, como representante de *El Liberal*, de una excursión, organizada en la región de la guerra, en unión de algunos periodistas escogidos./ Si acepta, es necesario que se encuentre en París el martes 10 de noviembre. Le ruego me conteste con urgencia por telégrafo».

Este tipo de recorridos forma parte de aquellos esfuerzos propagandísticos de los Estados encaminados a modelar la opinión pública nacional e internacional de acuerdo con sus intereses políticos y militares²⁶. Gómez Carrillo menciona en distintas ocasiones a periodistas españoles, ingleses, franceses, italianos, escandinavos o norteamericanos como integrantes de estas comitivas²⁷. El mando militar –que traslada a los periodistas en automóvil por las diversas regiones, poblaciones y destacamentos militares- decide la imagen de la guerra a la que debe acceder el cuerpo de corresponsales: en otras palabras, dispone y organiza la vitrina del espectáculo bélico que será proyectado a los lectores de todo el mundo.

Cuando Enrique Gómez Carrillo reconoce los distintos sectores del frente de guerra, tanto los civiles como los militares, lo hace acompañado de cicerones, como él mismo los define. Son puestos del ejército francés o inglés que guían a los periodistas por campamentos de soldados, campos de batalla y campamentos de prisioneros, o autoridades municipales que muestran la vida cotidiana de los pueblos y ciudades, algunas de ellas devastadas.

26. T. Clark, *Arte y propaganda en el siglo XX*, Madrid, 2000, 7: Según Clark es en esta época, en la I Guerra Mundial, cuando el término *propaganda* comienza a adquirir una connotación negativa, en momentos en los que, por ejemplo, los tradicionales métodos tradicionales de reclutamiento eran insuficientes y debió echarse mano, para tal fin, de los medios de comunicación de masas.

27. Uno de los periodistas que acompaña a Gómez Carrillo, y que constantemente menciona el escritor guatemalteco, es el Marqués de Valdeiglesias (véase el volumen *El corazón de la tragedia*), director en aquel entonces del diario *La Época*. Nos referimos a Alfredo Escobar y Ramírez (Madrid, 1858- Madrid, 1953). M. de Valdeiglesias, *La sociedad española vista por el Marqués de Valdeiglesias (1875-1949)*, Madrid, 1957. Crónicas recogidas por M. Escobar y Kirkpatrick, con prólogo de M. Fernández Almagro. En otras ocasiones, Gómez Carrillo menciona la presencia de periodistas italianos y estadounidenses: Un corresponsal del Herald, en “Un viaje al infierno I”, *En las trincheras*, loc. cit. En “Una visita al general Joffre”, *Campos de batalla y campos de ruinas*, loc. cit., nombra al capitán Margueritte, redactor de *L'Illustration*. En diversas crónicas de *Campos de batalla y Campos de ruinas*, loc. cit., alude a Georges Vagnière, director del *Journal de Genève*, que compiló y publicó sus crónicas de inicio de la guerra con el título *Près de la guerre* (1915).

Los cicerones relatan a los periodistas diversas anécdotas asociadas a la guerra, que el autor guatemalteco registra minuciosamente en sus crónicas. El centro de interés radica en las tácticas de los ejércitos aliados y enemigos o en la personalidad y la conducta de los soldados y los oficiales de ambos bandos en el campo de batalla. Así ocurre en crónicas como «La capital del ejército inglés» (*En el corazón de la tragedia*) o «En los campos del Marne» (*El quinto libro de las crónicas*). En otras ocasiones, los periodistas son recibidos por funcionarios municipales -un concejal en «Los alemanes en Amiens» (*En las trincheras*); un alcalde en «Las ruinas de Clermont de Argona» (*Campos de batalla y campos de ruinas*)-, quienes relatan anécdotas sobre el comportamiento cruel o, por el contrario, caballeresco, del ejército alemán invasor en las poblaciones.

La crónica modernista es una modalidad de escritura periodística que incorpora diversas modalidades discursivas. Escenas, retratos de personalidades y pequeños ensayos integran los volúmenes de las crónicas de Gómez Carrillo, Martí o Darío. También ocurre en la crónica bélica del escritor guatemalteco: abundan las escenas, las semblanzas o las reflexiones ensayísticas. Semblanzas son, por ejemplo, las crónicas «Kitchener», «Lloyd George» y «Balfour» (*En el corazón de la tragedia*), dedicadas a los altos mandos políticos y militares ingleses, o «Una visita al general Joffre» (*Campos de batalla y campos de ruinas*). Pero la gran mayoría utiliza el procedimiento de la escena, descripciones aderezadas con las anécdotas de mandos militares y municipales.

¿Qué espacios visitan Gómez Carrillo y sus colegas? En numerosas ocasiones, ciudades y aldeas, como es el caso, por poner un ejemplo entre muchos, de Ferté Gauchier («Los recuerdos de la Ferté Gauchier-Después de la invasión», *Campos de batalla y campos de ruinas*); prisiones militares («Un viaje al infierno», *En las trincheras*); hospitales («Un hospital del frente», *En el corazón de la tragedia*); campamentos militares («Un campamento británico», *En el corazón de la tragedia*); campos de prisioneros alemanes («Un viaje al infierno», *En las trincheras* y «Un campo de concentración en Londres», *En el corazón de la tragedia*); atalayas, desde las que se observan los campos devastados por las bombas o las regiones rurales próximas al frente bélico («Un paisaje de angustia» y «La cima trágica», *En las trincheras*; «Los alemanes en Montmirail» y «El alma indomable de la Lorena», *Campos de batalla y campos de ruinas*); trincheras y campamentos militares (*En las trincheras*); e incluso las fábricas de armas en Inglaterra (la construcción de cañones de largo alcance en «Visiones diabólicas», *En el corazón de la tragedia*). A grandes rasgos, Gómez Carrillo le detalla al lector el esfuerzo cotidiano que realiza la población civil y militar de los países aliados para hacer frente a la invasión del ejército alemán.

La resemantización de tópicos literarios tradicionales en las crónicas bélicas de Gómez Carrillo

Aunque Enrique Gómez Carrillo es guatemalteco, sus valores culturales no son americanistas. Su modelo es eurocéntrico. Un «dolor» que atraviesa el conjunto de sus crónicas es la devastación que ha sufrido la cultura europea, provocada por la Gran Guerra en uno de los espacios artísticos más ricos de Occidente. En este escritor, uno de los más francófilos de los

escritores latinoamericanos, se desplegarán tópicos de tradicional cultivo literario que resemantizará en sus crónicas bélicas.

Uno de ellos es el tópico de la *ciudad muerta*. El título de la crónica «Iprès, la muerta» (*El quinto libro de las crónicas*) alude a *Brujas, la ciudad muerta*, 1892, del escritor belga Georges Rodenbach²⁸. Gran conocedor de la literatura simbolista, Gómez Carrillo adopta este tópico y lo resemantiza para describir las ciudades destruidas por el conflicto bélico. Iprès, dedicada a la población en cuyos alrededores los alemanes usaron gas venenoso por vez primera en la Gran Guerra, es una ‘ciudad muerta’ por partida doble. El autor guatemalteco describe un caso de ironía situacional: llega la guerra para rematar –literalmente– una ciudad moribunda –económica y socialmente– desde hace siglos²⁹. La valencia de ambas muertes es, en todo caso, diferente: el amortajamiento de estas ciudades, que no ingresaron en la modernidad, les permitió preservar hasta inicios del siglo XX su arquitectura medieval y su pausado estilo de vida, mientras que la Gran Guerra provocó su desaparición física. Poblaciones retratadas como ciudades muertas son, por ejemplo, Toul, en «Las fortalezas de Toul» (*Campos de batalla y campos de ruinas*), recientemente arrasada: «¡ay!, la ciudad de los obispos y de los comuneros, ahora que ya no tiene comuneros ni obispos, resulta completamente muerta, tan muerta como Toledo, tan muerta como Siena, tan muerta como Brujas la muerta.»³⁰; o Senlis, en «Las ruinas y los horrores de Senlis» (*Campos de batalla y campos de ruinas*): «¡Ah! ¡Senlis, mi dulce Senlis gris y tranquila que, en medio de tus frondas, a la sombra augusta de tus torres medioevales, aparecías cual una bella del bosque durmiente, cuán lejos estabas, hace 20 años, en la época en la que yo buscaba en tu seno de piedra y de yedra mis primeras lecciones de melancolía, de figurarte que una tarde trágica la voz del cañón vendría a despertarte con inaudito sobresalto! En tu siesta interminable había ensueños nostálgicos, pero no pesadillas guerreras.»³¹. La muerte como declive económico y social permite a la ciudad la preservación de su riqueza cultural, mientras que la muerte de la destrucción bélica elimina su único rasgo de vida: su arte, principalmente el arquitectónico.

28. Para realizar un acercamiento al topos de la ciudad muerta se pueden consultar las siguientes fuentes: D.F. Friedman, *The Symbolist Dead City. A Landscape of Poesis*, New York, 1990; A. Gleber, “The Secret Cities of Modernity: Topographies of Perception in Georges Rodenbach, Robert Walser, and Franz Hessel”, en C. Berg, F. Durieux y G. Lernout (eds.), *The turn of the Century. Le tournant du siècle. Modernism and Modernity in Literature and the Arts. Le modernism et la modernité dans la littérature et les arts*, Berlin, 1995, 363-279; y M. A. Lozano Marco, “Un topos simbolista: la ciudad muerta”, *Siglo diecinueve*, 1, 1995.

29. Iprès es una de aquellas vetustas ciudades que tuvieron un pasado de esplendor económico y artístico en la Edad Media y que, en la modernidad industrial, se encuentran en una larga decadencia. Las ciudades prototípicas en la estética *fin de siglo* son Brujas (Bélgica), Venecia (Italia) y Toledo (España). Gómez Carrillo dedica parte de su crónica a describir la atmósfera de Iprès como ciudad muerta antes de su destrucción en la I Guerra Mundial. Queda revestida de los clásicos atributos de la *ciudad muerta* simbolista: la ensoñación, el sosiego, la placidez, el letargo, el reposo, el largo declive económico, la omnipresencia de un poder eclesiástico, igualmente agónico, en las innumerables iglesias y en el contante repique de las campanas...

30. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, op. cit., 202.

31. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, op. cit., 42.

En el tópico del *ubi sunt* se problematiza la vanidad del ser humano ante el carácter perecedero de la vida humana y de los imperios. Este tópico se identifica en la crónica «Iprès, la muerta». En las crónicas de Gómez Carrillo que resignifican el tópico del *ubi sunt*, las preguntas planteadas son: ¿Qué se hicieron aquellos espléndidos edificios medievales?; ¿Cómo es posible que la magnificencia de los edificios civiles y religiosos de la Edad Media flamenca se encuentre reducida a cenizas? La táctica en «Noyon» (*El quinto libro de las crónicas*), como en otras crónicas, es comparar la destrucción de las ciudades medievales con su esplendor amortajado previo a la guerra, con lo que se establecen vasos comunicantes entre el topos de la ciudad muerta y el del *ubi sunt*. Este es un procedimiento discursivo típico en las correspondencias de guerra del autor guatemalteco: el contraste o antítesis. Queda favorecido en la representación de aquellos lugares que, transitados por Gómez Carrillo como correspondiente bélico, ya fueron visitados por él en fases previas de la I Guerra Mundial (en las acometidas iniciales del ejército alemán)³² o antes del conflicto bélico, en sus viajes por las rutas del arte medieval.

Escritores modernistas como Gómez Carrillo o Rubén Darío encuadraron los itinerarios de sus correspondencias europeas desde el discurso religioso: la visita a las ciudades artísticas del Viejo Continente es una «peregrinación» a los santuarios culturales de la civilización occidental³³. El escritor guatemalteco sigue utilizando este encuadre al evaluar la destrucción producida por las bombas. En «Iprès, la muerta», ante los escombros, su guía le deja «el tiempo de llorar las reliquias destruidas.»³⁴. Ante la vista de la destrucción de esta ciudad, «es todo un relicario de la Edad Media, es uno de los santuarios históricos de Europa y del mundo, lo que lloramos en estas calles desiertas, en estas plazas lúgubres, ante estos muros calcinados.»³⁵. Y ante el sufrimiento que le produce la devastación bélica, no puede dejar de preguntarse: «¿Dónde encontrar, en efecto, *salms* bastantes para tanto horror y tanta angustia?» (la cursiva es añadida)³⁶. Además, llama a su *cicerone* belga «mi compañero de peregrinaciones»³⁷. En «Noyon» (*El quinto libro de las crónicas*), al recordar su primera visita a esta ciudad, hacía tres años, se autodefine como «peregrino apasionado»³⁸ y, al deambular por sus calles (*flânerie*), se define como «romero»³⁹. La metáfora de la «peregrinación» sirve para manifestar al lector su actitud reverencial ante la dolorosa realidad representada.

La descripción del pasado esplendor de las ciudades visitadas se realiza, en ocasiones, mediante el recurso de la evocación, es decir, la recreación, mediante escenas de la actividad económica y comercial de estas poblaciones en la Edad Media y los inicios de la Modernidad, uno de los procedimientos, asimismo, más apreciados por Azorín al detallar

32. Un ejemplo es Gómez Carrillo, “Los campos del Marne”, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 199, donde declara: «Como hace tres años, voy a recorrer ahora [...] los campos gloriosos y trágicos del Marne».

33. Recordemos, en esta línea, R. Darío, *Peregrinaciones*, París, 1915.

34. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 137.

35. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 138.

36. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 125.

37. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 127.

38. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 231.

39. Gómez Carrillo, *El quinto libro de las crónicas*, op. cit., 235.

la vida de las ciudades castellanas en el momento de su auge. Además de Noyon e Iprès, podemos mencionar los siguientes casos de espléndidas ciudades reducidas a cenizas, todos ellos pertenecientes a la compilación *En las trincheras*: Corbi, en «Ruinas, tumbas»; Saint-Dié, en «En la ocupación de Saint-Dié»; Arras, en «La agonía de Arras»; las poblaciones del Artois, en «Los campos de batalla del Artois», y Ablain Saint-Nazaire, en «Los campos de batalla del Artois».

Diversas crónicas se dedican a describir la cotidianeidad civil, llena de vida, de las ciudades y pueblos. Le sorprende a Gómez Carrillo que muchas de estas poblaciones, pese a la cercanía de los campos de batalla, continúen con su vida regular («En una ciudad belga»; *El quinto libro de las crónicas*). En algunas ocasiones, regiones que quedaron devastadas al inicio de la guerra logran recuperar su actividad cotidiana en una fase más avanzada de la misma («Los campos del Marne», *El quinto libro de las crónicas*). Encuadra este día a día del espacio rural desde el tópico del «menosprecio de corte y alabanza de aldea». Constantemente realiza un panegírico de la sencillez de la vida campesina de Alsacia («Tres aldeas alsacianas», *En las trincheras*) y de Flandes («Una kermesse en Flandes», *El quinto libro de las crónicas*), frente a la petulancia y vanidad de los intereses de las grandes potencias. En estas ocasiones, proliferan las descripciones paisajísticas campestres, «empapadas» de los recursos cromáticos típicos de la escritura modernista, como en «Relatos épicos» (*En las trincheras*).

Durante la I Guerra Mundial existió la conciencia general del hecho de que este conflicto bélico no se regía ni por tácticas ni por valores tradicionales. Gómez Carrillo declara en numerosas ocasiones que la Gran Guerra ya no se rige, como las anteriores, por valores caballerescos. También comprueba que es el primer conflicto en desplegar armamento tecnológico de enorme poder destructivo. Como explica Toby Clark, en la I Guerra Mundial se da la conjunción entre el empleo de tácticas de infantería obsoletas y la utilización de avanzada técnica y armamento militar, como la ametralladora y la artillería pesada⁴⁰. La conciencia de la pérdida de una modalidad de «hacer la guerra» se ofrece, por ejemplo, en la crónica «En las trincheras» (*Campos de batalla y campos de ruinas*): «De todas las caballerescas tradiciones de la guerra, lo único que queda es esta tregua impuesta por la sed y por el hambre. Es poco, sin duda...»⁴¹. En «El campo de batalla de Nancy» (*Campos de batalla y campos de ruinas*) formula la siguiente pregunta retórica: «¿Cómo no sentirnos desconcertados ante las proporciones de estas operaciones militares del siglo XX?»⁴². Describe con agudeza excepcional el absurdo de la guerra de trincheras –cuya aparición estuvo determinada por el armamento aéreo (cañones de largo alcance, obuses) contra el que debían guarecerse los soldados– en «El campo de batalla de Verdún» (*Campos de batalla y campos de ruinas*): «¡Qué extraña cosa es una guerra científica! Los cañones no se ven, los hombres no se ven. [...] Y los hombres mueren, no obstante, en esas fosas que ya tienen algo de sepulturas; los hombres matan desde sus escondites; los hombres luchan, sin moverse, sin verse, sin conocerse.»⁴³. Junto al grupo

40. T. Clark, *Arte y propaganda en el siglo XX*, Madrid, 2000, 7.

41. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, op.cit., 178.

42. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, op. cit., 232.

43. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, op. cit., 128.

de periodistas en el que se integra, Gómez Carrillo, al visitar los campos de batalla de Champaubert («Los alemanes en Coulommiers», *Campos de batalla y campos de ruinas*), confiesa que «tratábamos de olvidar los horrores monótonos de la guerra actual evocando las épicas cabalgatas napoleónicas»⁴⁴; y en «Visiones diabólicas» (*El quinto libro de las crónicas*) se dedica a describir la producción industrial, en suelo inglés, de un cañón de largo alcance, un arma al servicio del Apocalipsis.

Gómez Carrillo también destaca, con dolor, que en la Gran Guerra se siguen cometiendo atroces actos de barbarie, a pesar de desarrollarse en un espacio cultural e histórico (la Europa de inicios del siglo XX) que supuestamente los habría superado. Ante la evidencia de lo que considera como una nueva modalidad de guerra, de enfrentamiento humano, confiesa en «Los alemanes en Amiens» (*En las trincheras*), al evaluar una acción del ejército alemán sobre la población civil en la que, como excepción, no intervino la barbarie, que «[e]l deber de quien desearía ser el cronista de una guerra caballerescas consiste en insistir sobre ella, en hacerla leer, en glosarla con melancólica nostalgia.»⁴⁵

Numerosas crónicas –en reflexiones ensayísticas– están dedicadas a describir el «alma nacional» de los ejércitos combatientes, así como los valores eternos de los campesinos de las zonas próximas al frente de batalla. Las reflexiones sobre el «alma nacional» – la psicología de los pueblos– se encuentran en boga a finales del siglo XIX e inicios del XX (Generación del 98) y Gómez Carrillo las sitúa en el marco del conflicto, mediante la caracterización del «soldado» genérico de los Estados combatientes. En «El soldado francés» (*Campos de batalla y campos de ruinas*), perfila el alma de la raza francesa desde el comportamiento del combatiente de este país, mientras que en «El misterio desconcertante del alma inglesa», «Los ingleses y los prisioneros alemanes», «La alegría del soldado inglés» y «El soldado inglés juzgado por sí mismo» (*El corazón de la tragedia*) contrasta al Tommy británico del general Kitchener con el «peludo» francés del Mariscal Joffre y el soldado teutón.

Conclusiones

Los textos de Gómez Carrillo que se han analizado en este artículo son, propiamente hablando, crónicas de la retaguardia. De cara al lector español, su destinatario inicial, la intención de estas crónicas es, en principio, describir la cotidianidad de la retaguardia del ejército aliado, el estado de ánimo de las tropas y de la población civil; en suma, la convivencia humana en una situación de excepción como es una guerra. Además, y desde un enfoque ideológico y estético singular en el autor guatemalteco, desde el que se aprecian sus valores modernistas, y que lo distinguen de otros corresponsales, estas crónicas se convierten, finalmente, en una elegía ante la destrucción de las más «refinadas» muestras del Arte civil y religioso europeo, y ante la desaparición de una forma de hacer la guerra guiada por los valores aristocráticos, frente a la crueldad de la guerra tecnológica. El tono de las crónicas de guerra de Gómez

44. Gómez Carrillo, *Campos de batalla y campos de ruinas*, op. cit., 48.

45. Gómez Carrillo, *En las trincheras*, op. cit., 132.

Carrillo es meditativo. Lo utiliza al reflexionar sobre los paisajes de ruinas, las atrocidades morales cometidas por el ejército alemán, la impasibilidad con la que los campesinos prosiguen con su vida cotidiana...

Gómez Carrillo ofrece crónicas de un observador que testifica las consecuencias del conflicto en las zonas civiles y militares. Su mirada es diferente de la perfilada por el participante observador, papel de los soldados que se distancian reflexivamente de su desempeño cotidiano con el objetivo de escribir diarios y epístolas. Si, en tiempos de paz, el periodista latinoamericano es una «vitrina» que exhibe las novedades culturales en sus viajes y paseos por las capitales de la modernidad (principalmente europeas), dirigidas a un ciudadano que debe consumirlas simbólicamente, tal como ha propuesto Julio Ramos en *Desencuentros de la modernidad en América Latina*⁴⁶, en tiempos de guerra, concomitantemente, es una «vitri-
na» que exhibe ante el lector las novedades bélicas.

En aparente paradoja, Gómez Carrillo es una vanguardia periodística que visita la re-
taguardia militar. Forma parte de un «ejército» periodístico que trabaja en estrecha alianza con los gobiernos aliados. Estos últimos obtienen de los periodistas un excelente canal para la consolidación de una opinión pública a favor de la causa aliada, mientras que las empresas periodísticas consiguen un material de primera mano del acontecimiento mundial más relevante de la época. El autor guatemalteco tiene conciencia de escribir un documento histórico, y asimismo, de expresarse desde la escritura estética, literaria. Estos dos últimos atributos son los que le permiten justificar la incorporación posterior de estas crónicas en diversas compilaciones, esta vez difundidas desde el mercado del libro, y ya no del quiosco de prensa.

Por último, como propuesta de investigación para el futuro, recomendaríamos incentivar el estudio de las correspondencias extranjeras de otros periodistas centroamericanos –más allá del caso de Gómez Carrillo– tanto en las guerras de la región como fuera del istmo. Además, es relevante estudiar el aporte de la poesía centroamericana en la representación de conflictos bélicos de otras regiones del mundo. Sin ir más lejos, el poeta nicaragüense Salomón de la Selva, quien participó en el ejército inglés durante la Primera Guerra Mundial, ofrece las reflexiones de la guerra de las trincheras en su más conocido poemario, *El soldado desconocido*, publicado en México en 1922 con portada de Diego Rivera⁴⁷. La literatura centroamericana y la I Guerra Mundial se convierten, en particular, en una importante vía de investigación para los Estudios Culturales de la región.

46. J. Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Santiago, Chile, 2004.

47. Una edición reciente se ofrece a continuación: S. de la Selva, *El soldado desconocido y otros poemas. Antología*, México, 1989.

IN THE BEGINNING WAS THE METAPHOR:
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA'S PAPER WAR

En el principio fue la metáfora: la guerra de papel de Ramón Gómez de la Serna

Andrea Baglione
Universtà degli Studi di Genova

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumo

Este estudio pretende explicitar la actitud de Ramón Gómez de la Serna con respecto a la Primera Guerra Mundial. Se han estudiado, para ello, las cartas que el autor envió desde Francia e Italia a sus amigos de Pombo en los años 1917 y 1918; se ha intentado, además, mostrar cómo la crisis social y cultural del siglo XX y la misma Gran Guerra condicionaron el estilo y la estética de Ramón profundizando algunos aspectos de las obras publicadas en 1917, *El Circo y Senos*.

Palabras clave

Ramón Gómez de la Serna, Primera Guerra Mundial, vanguardias, Ramonismo, metáfora, perspectivismo, descomposición.

Abstract

This study tries to identify the attitude of Ramón Gómez de la Serna during the First World War. The subject of the study are letters he sent from France and Italy to his friends in Pombo between 1917 and 1918 and the effects of the crisis of the 20th century and of the war on Gómez de la Serna's aesthetics and literature, especially in his books published in 1917, *El Circo and Senos*.

Key words

Ramón Gómez de la Serna, World War One, vanguards, Ramonism, metaphor, perspectivism, decomposition.

Irritar, asombrar, causar miedo, e incluso divertir, son funciones del escritor importante.
Los que no lo son, aburren.
Gonzalo Torrente Ballester

Introducción. Ramonismo, gran guerra y vanguardias

Un señorito madrileño pasea por las calles de Madrid. Señas de identidad: un monóculo sin cristal, una pipa, un traje que revela sus orígenes de pequeño burgués y una incurable afición por la literatura. Ocupación: «descubridor de realidades»¹ o, como él mismo escribió en sus tarjetas de visita, cronista del circo². Algunos lo vieron pasear por las calles de París, Florencia, Buenos Aires y Estoril; otros juran haberlo encontrado dando una conferencia pintado de negro o sobre un elefante; incluso hubo quien escuchó sus palabras desde el trapecio del Circo Americano de Madrid. Todos están de acuerdo: tiene una marcada tendencia a la verborrea, parece que se embriague muy fácilmente con las cosas que están a su alrededor en las que tropieza con una singular facilidad. La causa es su sobresaliente capacidad de observar y mirar, su actitud de contemplador de las cosas y del mundo: «revelador del universo» dijo de él Pablo Neruda, encerrando en tres palabras una poética entera. Su mirada peculiar fue inmortalizada por el gran pintor cubista mexicano – y gran amigo suyo – Diego Rivera y también Gutiérrez Solana lo retrató, entre sus amigos de Pombo.

Es un individualista. No reconoce la autoridad y no cree en las instituciones: no es contrario a ellas, simplemente las ignora; no cree en escuelas ni academias, sino en «la figura crea-

1. Así lo define G. Torrente Ballester, “Prólogo” en F. Umbral, *Ramón y las vanguardias*, Madrid, 1978, 24.

2. R. Gómez de la Serna, *El circo* (1917), en *Obras Completas III, Ramonismo I, El Rastro, El Circo, Senos*, Barcelona, 1998, 285.

dora, solitaria y personal»³. Su mundo es un mundo literaturizado, en el que se aísla mediante circunferencias, mundos como el café, los toros, el Rastro y el circo. Su circunferencia más amplia, la que le permite desarrollar lo que Francisco Umbral definió como su «originalísima revolución de la indiferencia»⁴, es la literatura. Todo en él es literatura; su vida, una obra de arte. Si pudo morir virgen del contacto con el mundo es porque «entre la realidad y él estaba siempre el cristal de la literatura [...]. Jamás [...] salió de la literatura y entró en el mundo»⁵.

Los detractores lo conocen como Ramón Gómez de la Serna; los caballeros de la «Sagrada cripta» de Pombo y los otros literatos simplemente como Ramón; y el Ramonismo es el reflejo literario de su peculiar actitud de enfrentarse al mundo, el «ismo» de su «generación unipersonal»⁶.

Una estética, la del Ramonismo, que se fragua en los primeros años del siglo XX, que alcanza su madurez en los años de la Gran Guerra y que en los primeros años treinta puede darse por concluida. Pero vamos en orden. El joven Ramón es un anarquista, un rebelde desde el nacimiento como él mismo se definió en su *Automoribundia*⁷. Su «entrada en fuego»⁸ en el mundo de las letras revela su aversión al mundo académico y, sobre todo, a una literatura que ha dominado casi un siglo entero y cuyos cimientos se han revelado muy débiles e inadecuados para enfrentar el cambio de rumbo del nuevo siglo: la literatura realista. Con la Primera Guerra Mundial y el advenimiento de las vanguardias un nuevo orden, una nueva visión del mundo y, por consecuencia, una nueva estética reemplazarán los últimos restos de la literatura y del arte decimonónicos. Ramón es enteramente hijo, intérprete y observador privilegiado de esta nueva realidad. Aunque con el tiempo el anarquismo nihilista e iconoclasta de las primeras obras se irá desvaneciendo, su esfuerzo y su necesidad serán siempre los mismos: ir más allá del realismo, trascender sus límites y su estética, buscar nuevos horizontes y nuevas realidades.

En su visita a París entre 1909 y 1911 descubre el germen de las nuevas ideas y los cambios que se están engendrando en el mundo cultural europeo. La capital francesa es otra vez el centro de esta irradiación y para Ramón es Apollinaire el gran precursor de la nueva estética: antes que en el arte, la revolución vanguardista comienza en el mundo de las letras.

La relación privilegiada de Ramón con muchos de los «jóvenes» artistas y literatos le permite llevar a Madrid las nuevas tendencias y las innovaciones de las primeras vanguardias: en su revista «Prometeo» traduce y publica en Marzo de 1909 el primer «Manifiesto futurista» y un año después la «Proclama futurista a los españoles», enviada por el mismo

3. R. Gómez de la Serna, *Ismos* (1931), en *Obras Completas XVI, Ensayos, Retratos y biografías I, Efigies, Ismos, Ensayos*, Barcelona, 2005, 301.

4. Umbral, *op. cit.*, 45.

5. Umbral, *op. cit.*, 54.

6. Es el título de un ensayo de Víctor García de la Concha tomado por un ensayo de M. Fernández Almagro.

7. R. Gómez de la Serna, *Obras Completas XX, Escritos autobiográficos I, Automoribundia* (1948), Barcelona, 1998.

8. *Entrando en fuego* es el título de la primera obra de Gómez de la Serna, publicada en 1905.

fundador del futurismo italiano. A pesar de su amistad con Marinetti, el arte cubista fue la revelación de la que Ramón aprendió más y Apollinaire el gran poeta que le enseñó que no se podía «continuar la monotonía de imitaciones y copias»⁹: en París estaba naciendo «la barricada y trinchera del porvenir»¹⁰.

Sin embargo, su segunda experiencia en París se revelará aún más significativa de la primera: no será simplemente ocasión de descubrimiento y contacto con el mundo cultural francés, sino que le revelará esa otra cara de su tiempo, la más amarga y sombría: la de la Primera Guerra Mundial.

Crónica desde las ciudades de la guerra: cartas de un nadador antibelicista

Las cartas que Ramón escribió «en sobres de luto»¹¹ durante su viaje a Francia e Italia fueron recogidas e impresas por sus grandes amigos y devotos contertulios del café botillería de Pombo, la «Sagrada cripta» donde Gómez de la Serna había fundado en 1912 una tertulia literaria que se reunía allí todos los sábados por la noche.

La primera ciudad en la que se detiene es París. La capital francesa transmite una sensación de inesperado optimismo y tranquilidad: los soldados y el gran espíritu de la ciudad se protegen mutuamente y por las calles no se oye el grito funesto de las ametralladoras; las únicas dos muestras de la guerra son los camiones cargados de cartuchos vacíos y los coches de la Cruz Roja. Aunque por las calles haya muchos más soldados de lo que Ramón se esperaba, París sigue viviendo «sobre la guerra, como un gran hombre un poco desinteresado de todo»¹² y sus calles parece hasta que tengan «bastante alma para no vivir la actualidad»¹³. Sin embargo, alejándose de París la situación parece cambiar mucho: acercándose a Marsella, nuestro «nadador que pasa en el mar apuros de muerte»¹⁴ – así se define el mismo Ramón en una carta fechada en enero de 1917 – parece darse cuenta, por fin, de la dramaticidad de lo que está pasando fuera de España: su reacción es de inmediato asombro y la denuncia es clara e inminente: «Desde ahí – escribe a sus compañeros de Pombo – no se puede comprender lo anormal que está el mundo que lucha y lo justificada que está su anormalidad»¹⁵. Ahora, parece envolverlo todo un frío amenazador, que se agudiza ante los prisioneros alemanes arrastrados por las calles por las bayonetas francesas y frente a los soldados italianos que en la estación de Niza cantan como «colegiales sin idea de la muerte»¹⁶.

Las cartas que Ramón escribe desde Florencia son las que más reflejan el desasosiego y el malestar del autor: la ciudad italiana, dominada por los soldados, es donde es más fuerte y se

9. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 309.

10. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 300.

11. R. Gómez de la Serna, *Pombo* (1918). *Edición completa*, Madrid, 1999, 280.

12. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 282.

13. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 284.

14. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 283.

15. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 288.

16. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 290.

hace inolvidable el ruido de la guerra: «Aquí – escribe nuestro autor – aquí se ve más la guerra que en todo mi trayecto»¹⁷. La «pequeña ciudad» está como enlutada: en los cafés los viejos hablan solo de la guerra – de la que casi no se hablaba en París – y los velos negros que llevan las mujeres flotan al viento envolviendo el ambiente de una negrura abrumadora como la nada. Solo los niños, subversivos y lenguaraces, no quieren conformarse con la guerra y manifestando el deseo y las esperanzas de todos, soldados y civiles, llenan los jardines públicos de inscripciones que agudizan la tristeza en los corazones de los más escépticos: «W LA PAX».

Entre estas palabras de desasosiego y rechazo, se encuentra también, y tal vez un poco inesperado, un breve párrafo en el que es posible reconocer un eco de marinettiana exaltación y euforia: en medio de todos los horrores de la guerra, solo las «piedras», los palacios y los monumentos, parecen alcanzar y reencontrar la gloria pasada: construidos cuando la guerra, la nueva batalla los exalta y fortalece, haciéndolos radiantes, altivos y orgullosos como antaño. Solo lo que no es humano parece gozar de la destrucción que la guerra lleva consigo.

Vuelto a España, con la guerra y la censura a sus espaldas – esa misma censura que le había tachado un párrafo de una carta hoy todavía ilegible en el que casi seguramente las palabras de Ramón en contra de la guerra eran demasiado fuertes y mordaces – Ramón puede por fin desahogarse en su última carta, dejando que los pensamientos y la pluma fluyan en libertad. Su posición ante la guerra es ahora más radical, más explícita e inequívoca: el «error y horror» de la guerra no es más que un acto idiota y perverso que España tiene que evitar y rechazar. Las palabras que Ramón puede escribir por fin en libertad manifiestan un rechazo profundo y total, nacido de la experiencia directa de quien pudo tocar con mano un horror sin par en el que no cabe espacio por la gloria y la heroicidad y donde todos van arrastrados «con un paso sordo y pertinaz de ganados que van al matadero»¹⁸. Por eso, escribe Ramón, «hay que gritar con espanto por las calles si se habla de llevarnos a la guerra»¹⁹ y poco después añade: «Ya que hemos nacido lejos de la catástrofe, lejos del volcán en erupción, no vayamos con una estúpida inconsciencia a la tierra en que el volcán sigue en ignición»²⁰. Si hacia los soldados se dirige casi con ternura y hondo respeto, subrayando su valentía y su coraje, la condena hacia los políticos es total y sin apelación: son ellos quienes, con los «látigos de hierro» de su oscuro poder, están arrastrando a Europa a la catástrofe.

Contra la guerra y su posible eventualidad, la solución parece solo una: hay que «aumentar los armamentos espirituales». Contra todo lo que ha conducido a la guerra, contra los políticos y la complicidad de los burgueses, contra todo lo que ha consentido el estallido del conflicto – el arte pasado, la filosofía barata y el clericalismo – no se necesita el tiroteo de los fusiles ni las bombas de los cañones: la guerra a la guerra es guerra de papel, de «ideas de artillería»²¹; el campo de batalla, la literatura, el único medio para alcanzar la regeneración espiritual de España y de Europa.

17. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 310.

18. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 343.

19. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 342.

20. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 343.

21. Gómez de la Serna, *Ismos*, op. cit., 344.

El mundo al revés del primer ramonismo

En el mismo año en que Ramón empieza su viaje por los países de la guerra, se publican dos obras fundamentales que consagrarán su fama en el mundo de la literatura española: *El circo* y *Senos*²², ambos publicados en 1917. Estas dos obras representan un momento fundamental para la estética del llamado Ramonismo, «ismo» personal de Ramón nacido con la publicación de *El Rastro*²³ en 1914.

Lo que busca el autor en estos libros – como en todos los libros del Ramonismo – es un ancla de salvación frente al derrumbamiento de un mundo entero. En el momento en que la literatura ha alcanzado el apogeo de su crisis – crisis de un modelo realista que había dominado hasta entonces – esta se convierte en literatura de crisis; por un lado es el reflejo de una realidad que se está desmoronando, por otro lado es la búsqueda desesperada e incesante de una posibilidad de arraigo y de orden frente al vacío nihilista de valores e ideales que el cambio de siglo ha llevado consigo. Si los dogmas y las verdades que gobernaban una visión del mundo unívoca e inamovible se han quebrantado en mil pedazos, es justamente de estos fragmentos de los que la literatura y el arte intentan reconstruir una nueva realidad, una realidad otra. Y es esta misma realidad la que Ramón nos revela en sus libros monográficos a los que *El circo* y *Senos* pertenecen. Libros inclasificables donde lo que domina es una realidad fragmentada, asimétrica y atomizada, en la que las imágenes brotan y se suman sin descanso y se sobreponen en libertad; el Ramonismo es donde se funden, como escribió César Nicolás, una estética de la asimetría y del desorden y una poética de la fragmentación²⁴. Es el reino del perspectivismo, de los ángulos múltiples y de la descomposición; esos «textos en libertad» nos revelan esa realidad en la que lo que domina es lo marginal, lo lateral, la disgregación del todo. Ramón se hunde en lo cotidiano observándolo con lupa y microscopio y revelando lo que en ello se encuentra de insólito e inesperado. Desde esta suerte de «infrarrealismo» – como lo definió Ortega y Gasset en 1925 –, desde el descubrimiento en las cosas más nimias y triviales de lo insólito y lo inesperado surge el superrealismo de Ramón. Partiendo del mundo de las cosas, un mundo donde el mismo ser humano, degradado, se descubre en toda su marginalidad «cosa entre las cosas», Ramón construye su realidad, gracias a su manera inédita de sorprender las cosas y de dejarse sorprender por ellas. Frente al vacío y a la caída de los dogmas imperantes, opera una disolución total de las convenciones dejando que el lector sea arrastrado por las continuas ráfagas de imágenes y formas fragmentadas en las que se tropieza continuamente en esta mezcla de collage vanguardista y retablo barroco.

22. R. Gómez de la Serna, *Senos* (1917), *Obras Completas III, Ramonismo I, El Rastro, El Circo, Senos*, Barcelona, 1998.

23. R. Gómez de la Serna, *El Rastro* (1914), *Obras Completas III, Ramonismo I, El Rastro, El Circo, Senos*, Barcelona, 1998.

24. C. Nicolás, “Prólogo”, en R. Gómez de la Serna, *Obras Completas III, Ramonismo I, El Rastro, El Circo, Senos*, Barcelona, 1998, 52,54.

Senos y *El circo* – sin olvidar *El Rastro* – son textos precursores. Representan, en cierta medida, el revés de una realidad que Ramón quiere rechazar por completo: y el revés del mundo gobernado por la guerra es el mundo de la diversión y de la evasión; las acrobacias del circo y las morbideces del cuerpo femenino son los verdaderos antídotos de la guerra.

Entonces, aunque las primeras obras del Ramonismo parecen alejarse del mundo contingente, ofreciéndonos una posibilidad de evasión y de profundo goce estético, incluso cuando Ramón parece perderse en la contemplación de las morbideces de los senos femeninos, la guerra irrumpe improvisamente en la escena. Es un párrafo crudo y sangriento en una obra dominada por el puro placer y la sensualidad de las imágenes. Los senos de la operada, «pechos podridos *de mujeres* dispuestas a sacrificar algo de lo superfluo para que no se contamine toda su vida»²⁵, evocan en la mente del autor los horrores y los derramamientos de sangre de la guerra. La necesidad y la seriedad de una operación que una mujer tiene que afrontar si quiere salvarse la vida, se opone a la gratuidad total e inútil de las violencias y atrocidades que la guerra provoca.

Escribe Ramón:

«En las guerras [...] sucede, sin embargo, algo más atroz, y es que la soldadesca, sobreexcitada por esa fiera incógnita que hay en los senos, los cercena sanos y todo, dando el mayor placer a las infames espadas que gozan como nada haciendo lonchas de seno [...]. En las guerras, [...] no se logrará suprimir esa tala de los senos, en cuya tragedia hay algo peor que el que sean cortados de raíz y es el que solo sean destapados y queden colgando, como si quedase abierta la tapadera del tintero de la sangre»²⁶.

El seno es aquí sinécdoque y metáfora del cuerpo mutilado, y la guerra se convierte en la práctica gratuita y feroz de la violencia ciega y sin sentido de un juego tan atroz como inhumano. Esta evocación tremendista y grotesca, aunque filtrada por la imaginación del autor y literaturizada manifiesta, otra vez, el rechazo de Ramón de aquel juego inútil y perverso que es la guerra; y a un mundo tan inhumano se puede sobrevivir solo deshumanizando – en sentido orteguiano – el arte.

Dejemos las formas femeninas y acerquémonos al Circo. En el gran juego del circo es donde Ramón encuentra una forma de asociación humana más libre y lejana de las imposiciones burguesas, consiguiendo alejarse de tal manera de una sociedad ritualizada y homologada. En la «gran fiesta cubista del circo»²⁷ nuestro autor busca su propio orden, un orden que nace del juego y en contra de las normas establecidas. El circo lo subvierte todo: la realidad se quiebra en un prisma de perspectivas heterogéneas y mudables, las miradas se cruzan, se superponen y en este «juego enorme de espejos»²⁸ es donde es posible hallar la libertad más auténtica e inesperada. Paraíso terrenal todavía dotado de una «gracia primitiva

25. Gómez de la Serna, *Senos*, op. cit., 628.

26. Gómez de la Serna, *Senos*, op. cit., 629.

27. Gómez de la Serna, *El circo*, op. cit., 297.

28. Gómez de la Serna, *El circo*, op. cit., 296.

y edénica»²⁹, la pura diversión que el circo ofrece es el antídoto más seguro contra la guerra y contra la nada en que Europa se está hundiendo.

Como escribe César Nicolás en su prólogo al Ramonismo, «Ramón nos enseña a mirar; descubre en cada cosa lo insólito. Conjuga lo vulgar y lo fantástico, lo mágico y lo sórdido de todo ese universo»³⁰. El circo es la otra cara de la absurdidad del mundo. Para comprenderlo es necesario dejarse atrás las perspectivas desde las que estamos acostumbrados a ver y juzgar la realidad y adoptar la «mirada al revés» del equilibrista que «trabaja con la cabeza hacia abajo»³¹. Todo cambia, nada ya es lo mismo: incluso la fuerza de la gravedad tira hacia arriba. Para aprender a ver como el equilibrista, hay que compartir su punto de vista, el punto de vista del revés, donde hasta los pensamientos «son pensamientos del revés»³². El público del circo y el mismo lector se quedan asombrados frente a lo inesperado que el equilibrista-Ramón revela con esta subversión de las leyes que regulan el mundo; el primero, porque mirándose en él como en un espejo cubista no consigue reconocerse, encontrando sus ojos donde él tiene la boca y la boca en la frente; el segundo, el lector, porque para entender los pensamientos del equilibrista no puede hacer más que ponerse él mismo cabeza abajo o, por lo menos, poner cabeza abajo su libro, descubriendo así la nueva expresión tipográfica del revés.

Entonces, hay que repetirlo, estamos en el mundo del revés: si fuera enfurece la guerra,

«La soñada paz universal se firmará en un gran circo una de esas noches en que sobre la alta cucaña humana se despliegan todas las banderas en verdadera confraternidad. El mundo, al fin, se dará cuenta del sentido humorístico de la vida y acabará siendo un gran circo, franco, sincero, desengolado, [...] y la gran farsa caprichosa y disparatada del mundo habrá encontrado su sincero ritmo y su estilo verdadero»³³.

Humorismo y metáfora: estética de un precursor

Ahora bien, el mundo al revés de Ramón es un mundo humorístico, y toda su literatura está cargada de humor.

Entre los veinticinco «ismos» que el autor individúa en su retrospectiva vanguardista de *Ismos* – libro publicado en 1931 – entre los retratos de los artistas y las corrientes artísticas de la vanguardia europea se destaca justo el humorismo, y el número de páginas que Gómez de la Serna le dedica nos revela cuán importante fue este «ismo» inventado por él mismo.

Ante todo, nos advierte el autor, no se trata propiamente de un género artístico o literario; representa, por contra, una actitud ante la vida, una manera de ver el mundo y las cosas.

29. Gómez de la Serna, *El circo*, op. cit., 290.

30. Nicolás, loc. cit., 62-63.

31. Gómez de la Serna, *El circo*, op. cit., 444.

32. Gómez de la Serna, *El circo*, op. cit., 445.

33. Gómez de la Serna, *El circo*, op. cit., 527-528.

Lo que revela esta actitud es la otra cara de todas las cosas, es un medio que otra vez nos muestra el revés del mundo, su relatividad, y la posibilidad de lo contrario. Contra cualquier forma de dogma, de prejuicio, contra toda falsedad e imposición, el humorismo subvierte todo lo que toca; entre verdad y mentira, entre comicidad y amargura, el humorismo nos revela que las cosas podrían ser diferentes de lo que son, que todo en la vida podría suceder de otro modo. «Actitud más cierta ante la efimeridad de la vida»³⁴, la subversión humorista iguala todas las cosas, las fraterniza y, oponiéndose a una interpretación cerrada y unívoca de la realidad, ensancha las posibilidades del mundo, consigue realizar, a través del arte, un mundo ilógico donde lo que gobierna es la rebeldía de sumar cosas heterogéneas. Es el mundo de la paradoja, de la disociación y de las asociaciones inesperadas: lo trivial y lo insignificante se mezclan a lo serio, comicidad y amargura danzan el baile de una dialéctica sin síntesis.

Frente a la crudeza del mundo y a su seriedad, la redención del humorismo; si «las ideas trascendentales y serias y pacifistas no han dado resultado y la humanidad se ha lanzado sin contrafreno a la más sanguinaria contienda»³⁵, escribe Ramón, para evitar el estallido de una nueva guerra hace falta una «propaganda humorística», porque solo el «humorismo universal» podrá arreglar el mundo y su misión empieza en los momentos de las grandes crisis humanas.

En el fondo, el humorismo es una forma de comprensión, y el intento del humorista es, en última instancia, aprender a comprender el mundo.

En cuanto actitud, el humorismo no es una forma fija o establecida y no hay reglas o normas para ser un buen humorista; lo único que hace el humorismo es introducirse en las formas que la vida adquiere y mostrar su revés, superarlas y quebrantarlas cada vez que se fijan y se cristalizan, mostrando que siempre existe la posibilidad de lo contrario, de lo diverso: es la honda negación de lo establecido, de las realidades estáticas y de los prejuicios que gobiernan a los hombres; es la actitud pedagógica de la libertad.

El mismo Ramón hace hincapié en su papel fundamental en una de las muchas definiciones que él mismo dio de sus greguerías: un conjunto de humor y metáfora. En esta breve y concisa definición, el autor nos revela otro ingrediente fundamental de su poética: la metáfora.

Si la greguería representa aquel fragmento sobre el cual es posible construir la nueva realidad poética, intentando capturar lo pasajero y concentrando la mirada en lo instantáneo, la metáfora se revela como el elemento fundamental que nos permite superar los límites de lo real, yendo más allá de la superficie de las cosas y de todo realismo. Es la metáfora lo que permite esa «super-visión» intuitiva y poética de la realidad, convirtiéndose entonces en el medio necesario e imprescindible para interpretar lo que se encuentra detrás de las apariencias en el intento de captar lo inexpresable y retener lo inatrapable. La estética del fragmento se apoya en la metáfora, y la creación de una nueva realidad, de la realidad otra buscada por Ramón y los vanguardistas, es posible solo gracias a ella. Superando las ataduras y los esquemas impuestos por las convenciones, a través de la metáfora es ahora posible

34. Gómez de la Serna, *Ismos*, *op. cit.*, 452.

35. Gómez de la Serna, *Ismos*, *op. cit.*, 470.

desintegrar y poner en tela de juicio cualquier visión totalizadora preconcebida. Marginado el hombre – que, ahora, tiene que buscarse en las cosas – y subvertidas las jerarquías que gobiernan el mundo, las cosas más lejanas, más distantes e incompatibles entre sí pueden ahora ligarse, acercarse poéticamente, creando nuevas relaciones en un mundo artístico autónomo e independiente de la realidad sensible que, sin embargo, no es borrada de una vez por todas sino simplemente trascendida y tomada como imprescindible punto de partida. El cisne deja entonces de ser simplemente un animal blanco que nada en un estanque: ahora, «en el cisne se unen el ángel y la serpiente» y «la golondrina llega de tan lejos porque es flecha y arco al mismo tiempo»³⁶.

La subversión y la deformación a las que la metáfora da origen e impulso revelan, en el fondo, el papel del artista y del poeta: su misión, escribió Ortega y Gasset, ya no es la de hacer una copia fiel de la realidad, sino la de ensancharla y aumentarla, añadiendo «a lo real [...] un irreal continente» y siendo la nueva poesía «el álgebra superior de las metáforas»³⁷.

Ramón, se parece entonces al artista del que habló años atrás Friedrich Nietzsche en su deslumbrante ensayo *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*³⁸.

Si el lenguaje, escribía el filósofo alemán en 1873, no es más que un conjunto de metáforas que nos hemos acostumbrado a usar y que con el tiempo y con el hábito se ha convertido en una convención firme y vinculante, la tarea del artista y del poeta es la de revelar el valor intuitivo, arbitrario e individual de ese mundo metafórico. Contra el uso canónico y firme que se hace de ellas, contra esas metáforas que se han impuesto como si fuesen la única y verdadera designación posible de las cosas, el deber del artista es el de crear nuevas e inesperadas metáforas, subvirtiendo las normas y los esquemas que se han endurecido y petrificado con el paso del tiempo, y haciendo que el hombre pueda recobrar su capacidad y fuerza creadora. Se trata, ante todo, de un acto radical de negación: el gran intelectual, escribió Ortega y Gasset en un ensayo que debe mucho al escrito nietzscheano, tiene que ir siempre en contra de su propio tiempo, afirmando, contra los dogmas y los convencionalismos encubridores y consolidados de la *doxa*, la fuerza libertadora y creativa de la *paradoxa*. Solo gracias a él y a su impopular rebeldía – podríamos atrevernos a decir: solo gracias a su inactualidad – el hombre podrá volver a descubrirse como «sujeto artísticamente creador»³⁹, recobrando a través de la creación artística – la que todo «lo destruye, lo mezcla desordenadamente y lo vuelve a juntar irónicamente»⁴⁰ – su poderosa capacidad intuitiva y creadora.

Para terminar, si hoy Ramón está considerado por la crítica universal el principio y el gran precursor del vanguardismo español, por lo que respecta al Ramonismo, su estética y su actitud ante la vida, en el principio, fue la metáfora.

36. R. Gómez de la Serna, *Greguerías*, Madrid 1980, 15, 85.

37. J. Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, Madrid, 1925, 2005, 182.

38. F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, 1903, 2010.

39. Nietzsche, *op. cit.*, 31.

40. Nietzsche, *op. cit.*, 36.

SALOMÓN DE LA SELVA: FROM POETRY
TO THE TRENCHES AND VICE VERSA

Salomón de la Selva: de la poesía a la trinchera y viceversa

Pablo Lombó Mulliert
Università degli Studi di Torino

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

El artículo realiza un recorrido por la vida, obra y participación en la I Guerra Mundial del poeta nicaragüense Salomón de la Selva, discípulo y traductor de Rubén Darío. Gracias a su amistad con diferentes jóvenes poetas estadounidenses, Salomón de la Selva comenzó a estudiar y a ejercitarse tan profundamente en la métrica y la musicalidad de la poesía anglófona que su obra poética fue reconocida como una de las voces de la nueva poesía en diferentes revistas e incluso en la famosa antología *The Book of American Poetry*. Se alistó como soldado en el ejército de Inglaterra y registró en sus versos la experiencia. Salomón de la Selva llama con su poesía innovadora a las futuras generaciones a no olvidar nunca las lecciones de esa tinta imperecedera de la guerra; y es justamente en este llamado en el que radica su mayor esperanza.

Palabras clave

Salomón de la Selva, Rubén Darío, Poesía anglófona, testimonio, Gran Guerra

Abstract

The article takes a journey through the life, work and participation in World War I of the Nicaraguan poet Salomón de la Selva, a disciple and translator of Ruben Darío. Thanks to his friendship with various young American poets, de la Selva began an in depth study of the metrics and musicality of English-language poetry. His own poetry was recognised as one of the voices of new poetry by various magazines and even in the famous anthology *The Book of American Poetry*. He enlisted as a soldier in the British army and recorded this experience in his verses. With his innovative poetry, de la Selva called to future generations to never forget the lessons of the war, and it is precisely in this call that his greatest hope lies.

Key words

Salomón de la Selva, Rubén Darío, Anglophone Poetry, testimony, WWI

El 25 de octubre de 1914, después de la publicación de su libro *Canto a la Argentina* y otros poemas, Rubén Darío abandonó definitivamente Europa y a su familia para trasladarse a la ciudad de Nueva York, en donde transcurrió un breve periodo antes de morir en su Nicaragua natal. Tenía en mente pronunciar en las capitales de diferentes países del continente una serie de conferencias sobre el pacifismo y la unidad entre las naciones americanas, pero su delicada salud, debido al alcoholismo y al duro invierno neoyorquino, le impidió llevar a cabo este proyecto. Sin embargo, durante el largo viaje por el Atlántico, Darío comenzó a poner en versos sus sentimientos y reflexiones sobre la guerra que estaba destruyendo los pilares de la civilización europea. En enero de 1915, Archer Milton Huntington, director de la Hispanic Society of America, entregó a Darío la medalla de plata de la asociación y comenzó a organizar una conferencia que se llevó a cabo el 4 de febrero en el Havemayer Hall de la Columbia University. En esa ocasión Darío pronunció un discurso sobre la fraternidad entre los pueblos y la unidad panamericana; la conferencia concluyó con la lectura del recién terminado poema «Pax...!», que comienza con un verso de Petrarca:

Io vo gridando pace, pace, pace!
Así clamaba el italiano;
así voy gritando yo ahora,
«alma en el alma, mano en la mano»
a los países de la Aurora.
En sangre y llanto está la tierra antigua.
La Muerte, cautelosa o abrasante o ambigua
pasa sobre las huellas
del Cristo de pies sonrosados
que regó lágrimas y estrellas.
La humanidad, inquieta,
ve la muerte de un Papa y el nacer de un cometa:
como en el año mil.
Y ve una nueva Torre de Babel
desmoronarse en hoguera cruel
al estampido del cañón y del fusil¹.

«Pax...!» fue la última de sus grandes creaciones poéticas, y, poco antes de partir de la ciudad de Nueva York, Darío entregó el manuscrito a un poeta también nicaragüense que entonces tenía 21 años.

Aquel joven poeta se llamaba Salomón de la Selva (1893-1959) y dominaba con tal destreza el inglés que fue el primer traductor de la poesía dariana a esta lengua. Hijo de la naciente burguesía leonesa, provincial y acomodada, acostumbrada a las delicias del trópico, de la Selva pudo forjar las bases de su sólida formación humanista en un ambiente familiar distendido. A la edad de 13 años, el joven Salomón recibió una beca del dictador José Santos Zelaya para estudiar en el *Williams College* de Massachusetts, pero, al ser derrocado el go-

1. R. Darío, «Pax...!», *Antología poética*, Berkeley, 1949, 247-250.

bierno por las tropas estadounidenses en 1909, tuvo que arreglárselas para sobrevivir con la enseñanza del español en el mismo ateneo que lo había recibido y en la *Cornell University*. Gracias a su amistad con diferentes jóvenes poetas estadounidenses, como Stephen Vincent Benet, Thomas Walsh y Edna St. Vincent Millay, Salomón de la Selva comenzó a estudiar y a ejercitarse tan profundamente en la métrica y la musicalidad de la poesía anglófona que su obra poética fue reconocida como una de las voces de la nueva poesía en diferentes revistas (*Poetry*, *Pan American Poetry* y *Contemporary Verse*) e incluso en la famosa antología *The Book of American Poetry*².

En 1918, salió de las prensas el primer libro de poemas de Salomón de la Selva, conformado por varios de los textos ya publicados en revistas y muchos otros inéditos. Se titula *Tropical Town and other poems* y representa una muestra del enriquecimiento del lenguaje poético anglosajón gracias a la sensibilidad y la tradición hispánica. No fueron solo el costumbrismo nicaragüense o el paisaje del folklore tropical los que introdujeron esta voz novedosa en la poesía estadounidense, sino también las preocupaciones de Salomón de la Selva sobre la participación de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, que se sumaron a los aliados a principios de 1917. En su primer poemario, el joven poeta afirmó además el programa de la unidad panamericana que heredó de su maestro Rubén Darío, llevándolo del ámbito de lo deseable a la realidad concreta y denunciando las políticas despóticas que ya caracterizaban la relación entre los Estados Unidos y América Latina³. En la «Salutación al Águila», el maestro del Modernismo invitaba al pueblo estadounidense a establecer la añorada alianza continental con los estados del sur:

Águila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.
May this grand Union have no end!, dice el poeta.
Puedan ambos juntarse en plenitud de concordia y esfuerzo⁴.

En cambio, al retomar las imágenes de Darío, de la Selva describió esta alianza como un hecho consumado en su «*Pan-american poem on the Entrance of the United States into the War*»:

*On a day I saw, as I raised my eyes,
The Condor and Eagle in epic flight;
Their wings were black, and over the skies*

2. En 1916, Salomón de la Selva y Tomas Walsh terminaron las primeras traducciones al inglés de once poemas de Rubén Darío, que fueron publicadas por la *Hispanic Society of America* como homenaje póstumo.

3. Esta denuncia, destacó Steven F. White, hizo de de la Selva «uno de los poetas más conscientes de su época. Su percepción de la relación política injusta entre Estados Unidos y América Latina, sobre todo en un poema como “*Song for Wall Street*” [del mismo poemario *Tropical Town*...], es única entre sus contemporáneos que escribían en lengua inglesa»: S.F. White, “Salomón de la Selva: poeta comprometido con la ‘otra’ vanguardia”, *Revista Iberoamericana*, 157, octubre-diciembre, 1991, 918.

4. R. Darío, “Salutación al Águila”, *Antología poética*, Berkeley, 1949, 200-203.

*They cast a sudden prefigured night*⁵.

La suya no era retórica para declamar en los salones de Nueva York, sino necesidad de encarnar -en la justicia y el respeto mutuo- ese vuelo compartido y hacer propio el destino de los Estados Unidos en la campaña militar europea, como se lee en los últimos versos del mismo poema:

*So, blameless and righteous, your strenght shall be
The power of God made manifest,
And I pledge the South shall never rest
Till your task is accomplished and the world is free.*

Su gran amigo y maestro dominicano, Pedro Henríquez Ureña, recordó en un artículo publicado en *El Fígaro* de La Habana que «desde mediados de 1917, [Salomón de la Selva] estaba pronto a entrar en filas, a pelear en la guerra justa: en el training camp había conquistado el derecho a ser teniente; pero el ejército de los Estados Unidos se mostraba reacio a admitirle si no adoptaba la ciudadanía norteamericana, y el poeta declaró que no abandonaría la de Nicaragua. Al fin, hastiado de gestiones inútiles, se alistó como soldado en el ejército de Inglaterra, patria de una de sus abuelas»⁶. El 19 de julio de 1918 Salomón de la Selva prestó juramento en el *3rd Royal North Lancashire Regiment* del ejército británico y se convirtió de esta manera en el único poeta hispanoamericano que vivió en primera persona el horror de la Primera Guerra Mundial. Después de un mes de entrenamiento en Nueva Escocia, se embarcó hacia Inglaterra, donde llegó el 31 de agosto de 1918; una vez allí continuó con las ejercitaciones y, finalmente, en octubre salió con su regimiento del campamento en Suffolk para embarcarse hacia la costa belga y apoyar a los aliados que acababan de romper el frente alemán cerca de Amiens. Su experiencia como militar voluntario en las trincheras bajo la bandera del rey Jorge V duró poco, pues su regimiento fue desmovilizado el 22 de diciembre de 1918, a poco más de un mes de la firma del armisticio de *Compiègne*, y de la Selva dejó el ejército en enero de 1919. Ese mismo año, después de un breve periodo en Londres, volvió a Nueva York, en donde terminó de escribir su segundo libro de poemas, *El soldado desconocido*, que sería publicado tres años después en México⁷.

5. S. de la Selva, "The Dreamer's Heart Knows its Own Bitterness (a Pan-american poem on the Entrance of the United States into the War)", *Tropical Town and other Poems*, New York, 1918, 41-42. Todas las referencias provienen de esta edición.

6. P. Henríquez Ureña, "Salomón de la Selva", *El Fígaro*, 6, abril, 1919, 11-12.

7. Durante esos tres años, se fue afianzando al cambio radical que desencadenó la Gran Guerra en la sociedad y comenzaban a surgir los frutos, a menudo amargos, de la Primera Guerra Mundial. El 16 de febrero de 1922, a pocos días del Cónclave que habría elegido a Pío XI tras la muerte de Benedicto XV, se celebró la primera Sesión de la Corte Permanente de Justicia Internacional en La Haya. El 28 del mismo mes Egipto logró independizarse de Inglaterra y en Holanda, el 5 de julio, la democracia abrió las puertas a las mujeres. Fue el año en el que obtuvieron el Premio Nobel en sus respectivas disciplinas el físico danés Niels Bohr (gracias a sus estudios sobre la estructura de los átomos y la radiación) y el escritor español Jacinto

Mientras Europa estaba empeñada en su reconstrucción, en México, tras la dura prueba de la Revolución y las diferentes pugnas constitucionales, el entonces ministro José Vasconcelos puso en marcha un proyecto ambicioso para regenerar el tejido social del país mediante la educación e integrar a México en las grandes transformaciones que estaba viviendo el mundo. En el ámbito de las «Misiones culturales» de Vasconcelos, que impulsaron un intenso intercambio cultural con diferentes países latinoamericanos, Salomón de la Selva llegó a la Ciudad de México en 1921 como «Embajador cultural»; en julio de 1922 la editorial mexicana Cvltura publicó, con una ilustración de Diego Rivera en la portada, su primer libro en español, *El soldado desconocido*, en el que desarrolla con un lenguaje innovador las experiencias que vivió como testigo ocular en durante la Primera Guerra Mundial. Este testimonio poético forma parte del conjunto de grandes obras literarias publicadas en 1922, no solo siguiendo un criterio estrictamente cronológico, sino, sobre todo, por su gran contenido humano y por la variedad de formas y expresiones con las que enriquece la literatura en nuestra lengua. El de 1922 fue un año excepcionalmente rico en acontecimientos sobre todo en el terreno de la creación literaria, pues fueron impresas las primeras ediciones de diferentes obras de enorme importancia para la literatura del siglo XX y, sobre todo, para la poesía en lengua española. En febrero, la editora y librera estadounidense Silvia Beach publicó en París la primera edición del *Ulises* de James Joyce; a finales de septiembre salieron de las prensas de los Talleres de la Penitenciaría de Lima los doscientos ejemplares de *Trilce* de César Vallejo, y en octubre *The Hogarth Press* publicó en Richmond *Jacob's Room* de Virginia Woolf. En diciembre (aunque ya había sido publicada en las revistas *The Criterion* y *The Dial*) Horace Liveright editó y anotó en Nueva York la princeps de *The Waste Land* de T.S. Eliot; el mismo mes, pero a orillas del Sena, el argentino Oliverio Girondo se ocupó de la impresión, en tiraje reducido, de sus *20 poemas para ser leídos en el tranvía*. Ese mismo año el director del Instituto Hispánico de los Estados Unidos y profesor de la Columbia University, Federico de Onís, publicó en Nueva York *Desolación*, primer libro de la chilena Gabriela Mistral, y, para concluir el elenco, Juan Ramón Jiménez publicó en Madrid su *Segunda antología poética*.

Según explica él mismo en el breve «Prólogo», «Me conmovió mucho leer que se le tributaran honras heroicas al *Unknown soldier* inglés. He pensado que muy bien pude haber sido yo ese héroe desconocido [...] Nicaragua no tuvo ejército en Europa, pero sí soldados, sí hijos muy suyos, como yo, militares en las filas aliadas. Ella también debe tener su Soldado Desconocido. Ofrenda que por mi patria hago a ese héroe es este libro»⁸. Al otorgar una voz al voluntario anónimo nicaragüense, Salomón de la Selva reconstruye las diferentes etapas de su breve experiencia en la guerra; estos cinco momentos o «jornadas» en los que se divide el libro trazan el movimiento anímico que va desde la ilusión romántico-modernista de la muerte triunfal hasta las reflexiones sobre el precio de la paz, teñidas con un destello de esperanza. En los tres poemas que conforman las primeras dos secciones («Voluntario ro-

Benavente. Fue también el año de la disolución oficial del Imperio otomano, del inicio de la era Mussolini en Italia y del nacimiento tanto del Estado Libre Irlandés como de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

8. S. de la Selva, «Prólogo», *El Soldado desconocido y otros poemas*, México, 1989, 54-55. Todas las referencias provienen de esta edición.

mántico» y «Soldado nuevo»), el tono de la poesía refleja todavía el entusiasmo épico de este soldado, que comienza su testimonio con un «Testamento» en forma de soneto alejandrino:

¡A vosotros, a todos vosotros los que puro
cariño me brindásteis!... Con intelecto claro
y con hondo sentir y con valor seguro,
capitán de mi propia fortuna, me deparo
el singular vehículo que me lleva a la suerte;
y si, privilegiado, devolver puedo al suelo
la vida que me diera, la gloria de mi muerte
os lego y mi leyenda: ¡que acorde con el cielo
quise morir; que un día
se estremeció mi barro de antigua bazarria
hispana, inglesa e india, mis tres sangres, y tuve
un coraje de siglos y de razas y de
saber ser mar, volcán y roca y río y nube
por orgullo y nobleza y por gracia y por fe!

Mediante la estructura sintética del soneto, de la Selva expresa, condensadísimas, sus motivaciones para participar de ese destino glorioso en la Gran Guerra europea, sin desprenderse del fuerte nacionalismo nicaragüense, y la no ya posible unidad panamericana sino entre las naciones del mundo. Además comienza a notarse en este soneto una cierta ruptura de las formas poéticas consagradas, por ejemplo en el verso 9 en donde el alejandrino se queda solo a medio camino con sus siete sílabas.

La tercera «jornada» del libro («*Mélée*») desarrolla en 22 poemas la vivencia en las trincheras con imágenes audaces y un lenguaje que indica una dirección nueva en la poesía hispánica de su época. Salomón de la Selva describe a manera de diario de campaña su primer encuentro con el enemigo alemán en el poema «Comienzo de batalla»:

Ellos dieron comienzo a la batalla
llenándonos las trincheras de gas.
El boche no nos halló desprevenidos:
hacía muchos días que esperábamos esto.
[...]
Todos enmascarados,
iguales a demonios,
vimos llegar rodando la amarillenta nube larga.
Las ametralladoras abrieron fuego rápido.
Las bayonetas erguidas sentían nuestro pulso.
Los dientes los hundíamos en la boquilla de la máscara.
Nada perturba el majestuoso avance de la nube.
Envolvió las defensas de alambre
y nos envolvió a todos
y se echó en la trinchera, dragón de humo,
entre un clamor de gongos y campanas
y de timbres eléctricos.

Batiendo con abanicos faraónicos
 desalojamos al huésped mortal.
 Fue trabajo de horas;
 allá iré, a las trincheras de segunda fila,
 suavemente arrullado por el viento.
 Echados en el lodo
 hay muchos vomitando los pulmones.
 Relinchan, presa de los estertores de la muerte.
 Los camilleros se los llevan con dificultad.
 Los ilesos estamos cada cual en su puesto,
 nos hemos arrancado las máscaras
 y bendecimos el ron que nos reparten.
 Con ojos inyectados atisbamos el frente:
 ¡ya no están unos álamos que había!
 Las bayonetas han perdido su brillo.
 Las ametralladoras continúan pespuntando el aire con hilo de plomo,
 y el tronar de nuestra artillería a retaguardia
 crea un nuevo silencio
 que solo rompen los chillidos de mono de las granadas.
 (Vv. 1-4; 17-47.)

La tensión, la velocidad y la intensidad narrativas de la batalla se imponen con todas sus atrocidades sobre los ideales heroicos y las reflexiones, dejando al soldado desnudo en la dimensión de la mera supervivencia (como indica el poema «Carga a la bayoneta», a la hora del combate «Se aparta de la carne el intelecto, / llevándose consigo / la eterna castidad de la conciencia»; vv. 9-11). Sin embargo, ya alejado del campo de batalla, desde el recuerdo, Salomón de la Selva logra representar con pinceladas certeras la devastación que lo circunda y se procura un arsenal de nuevas metáforas y asociaciones específicas para describir las nuevas armas del Occidente. De la misma manera que las ametralladoras «pespuntan el aire con su hilo metálico», en el poema «Granadas», en medio de una alucinación debida al cansancio, las pequeñas bombas de mano parecen «pájaros que volaban / -golondrinas de los atardeceres-», y sus violentas explosiones son «espirituales árboles de tierra / maravillosos de troncos y de ramas» (vv. 2-3; 7-8).

Frente a esta experiencia de las terribles miserias de la guerra y sus efectos en el ánimo humano, de la Selva acude también al registro de los giros coloquiales del lenguaje y del prosaísmo que aprendió en la poesía norteamericana durante su formación como poeta en Nueva York. De hecho, como recordó Octavio Paz en el epílogo a la famosa antología de poesía hispanoamericana *Laurel*, Salomón de la Selva «fue el primero que en lengua castellana aprovechó»⁹ estos recursos estilísticos para describir, por ejemplo, los pensamientos y las preocupaciones más íntimas del soldado que acaba de sobrevivir al gas y a las balas enemigas:

9. O. Paz, «Epílogo», *Laurel, antología de la poesía moderna en lengua española*, 2a ed., México, 1986, 496. En el prólogo a la misma antología Xavier Villaurrutia indicó que «este elemento [el prosaísmo] aparece

Dicen que la batalla ha durado seis días
-seis días y cinco noches-,
y en el sexto, que es hoy, hemos triunfado...
¡Al fin podremos desnudarnos!
Por codos y rodillas estoy roto,
y entre uña y carne de los dedos
tengo heridas curiosas que me queman...
Cuando me quite los zapatos
me van a heder los pies, y tendré llagas
húmedas y verdosas en las plantas...
Cuando me quite la camisa
tendré el pecho azulado de golpes
y la barriga lívida...
Y como en los bolsillos
de un traje que se ha llevado mucho tiempo,
tendré polvo de lana
en el hoyito del ombligo...
(«Poilu», vv. 1-17.)

El retrato entre cómico y grotesco del soldado sucio y andrajoso, justamente el *poilu* amenazante, bigotón y mujeriego, corresponde a uno de los tópicos de la Primera Guerra Mundial, difundidos no solo por las crónicas periodísticas de la época, sino también por diferentes testimonios. Sin embargo, más allá del tópico, en Salomón de la Selva la necesidad de recurrir a expresiones y vocablos de la cotidianeidad más auténtica, y que rayan casi en la vulgaridad, se debe a la desorientación del poeta ante lo que está viviendo:

Ya me curé de la literatura.
Estas cosas no hay cómo contarlas.
Estoy piojoso y eso es lo de menos.
De nada sirven las palabras.
(«Carta 3», vv. 1-2.)

Lo de más, a nivel estilístico, estriba en el reconocimiento tanto de las posibilidades como de los límites del lenguaje poético impuestos por la orfebrería léxica del Modernismo. La poesía de Salomón de la Selva engloba en un solo libro el pasado romántico y el preciosismo de Darío para impulsarse hasta ese registro inédito en su época que José Emilio Pacheco identificó como «la otra vanguardia»: «la guerra antihéroica ha engendrado una poesía antipoética [...] Escribir versos no es jugar al “pequeño dios” [del creacionismo], sino una

en la poesía de algunos poetas españoles (José Moreno Villa) o americanos (Salomón de la Selva), en expresiones coloquiales que no están desprovistas de poesía sino, a menudo, cargadas de ella», (16).

debilidad y una vergüenza que, sin embargo, puede expiarse describiendo lo que sucede en el lodo de las trincheras»¹⁰.

Las dos últimas secciones de *El soldado desconocido* («En Londres» y «Sunt lachrymae rerum», con siete y veintiún poemas respectivamente) corresponden al periodo inmediatamente posterior a la guerra, tiempo propicio para reflexiones y consideraciones tanto de carácter moral como, aspecto poco considerado por la crítica en general, religioso. La devoción de Salomón de la Selva parece acentuarse proporcionalmente con la magnitud de las atrocidades vividas, y el que en un principio era entusiasmo épico ante la posibilidad de una muerte triunfal, se convierte en una especie de testimonio cristiano esparcido en diferentes textos, pero sobre todo en el poema «A Jesucristo»:

Señor, nunca creyera que te amara tanto,
ni de este modo,
sintiendo como siento, tu divino barro
indivisible de mi lodo.
Si me duelen mis heridas
es solo porque sé
que tus heridas viejas
se te abren otra vez.
Y este empeño de seguir
viviendo entre los vivos
es porque sudas sangre todavía
en el huerto de olivos.
(Vv, 1-12.)

Este romance de versos asimétricos sostenidos por la asonancia, que ejercita de nuevo la ruptura de las formas poéticas tradicionales, demuestra no solo la influencia de la tradición cristiana en la poesía de de la Selva, sino también la asimilación de las formas populares de la lírica española como un vehículo para llegar a una renovación del lenguaje poético¹¹. Salomón de la Selva incluye en la última «jornada» del libro cuatro «cantares», además del poema a Jesucristo, en los que explora las posibilidades de las formas populares del romance y del simbolismo tradicional. Lo mismo se aprecia en la «Balada del regreso», romance endecasílabo cuyas ocho estrofas se cierran cada una con un heptasílabo (a excepción del octavo verso, que rompe la estructura con verso esdrújulo de cinco sílabas):

10. J. E. Pacheco, “Notas sobre la ‘otra’ vanguardia”, *Revista Iberoamericana*, 106-107, enero-junio, 1979, 329.

11. El acervo de la lírica popular y de las canciones tradicionales de su Nicaragua natal no había pasado desapercibido entre los lectores de su primer libro, *Tropical town and other poems*, pues representaban justamente el exotismo no solo folklórico sino también prosódico tan aplaudido en sus versos ingleses, como en el «romance» inglés «*Three songs my little sister made*», que comienza con esta estrofa: «*Butterfly, butterfly, / You whose wings are blue! / Let us riot in the sunlight / mad with dew*»; 60, vv. 1-4.

Va a ser así cuando retorne: tú
estarás a la puerta, y será tarde
en el cielo, en el pueblo, en la esperanza
deslumbrada que guardes...

Será la hora cuando gravemente
transita el farolero: alcaravanes,
primer revuelo de murciélagos,
y son de ángelus

En el árbol del patio las gallinas,
en los del bosque innumerables pájaros,
y casero y silvestre, al mismo tiempo,
en tus ojos, el llanto....

(vv. 1-16.)

En *El soldado desconocido* conviven, integrándose en una rica mezcla de registros y de exploraciones prosódicas (a veces no tal logradas), dejes del romanticismo, imágenes y metáforas inusitadas, el prosaísmo estadounidense, sutilezas modernistas, una muy particular devoción, los ritmos de la lírica popular y una temprana voluntad de romper las formas poéticas. Consciente del momento histórico que vivió como protagonista y de la importancia de los testimonios de los vivos y los muertos, que componen en conjunto una enorme «biblia de la sangre», «única, incunable, costosísima» («Carta a Alice Meynell», vv. 11-13), Salomón de la Selva llama con su poesía innovadora a las futuras generaciones a no olvidar nunca las lecciones de esa tinta imperecedera de la guerra; y es justamente en este llamado en el que radica su mayor esperanza:

¡Rojo está el mundo, rojo
de tanta sangre publicada!
¡Ay de quien no sepa leer!
¡Peor de quien no quiera!
¡Peor aún de quien intente borrar aunque sea una línea!
(«Carta a Alice Meynell», vv. 23-27).

Lamentablemente, los poderosos del planeta demostraron con generosidad su analfabetismo, pues las atrocidades que caracterizaron el siglo xx estaban apenas comenzando.

MIGUEL DE UNAMUNO ON THE ITALIAN FRONT: MYTH AND PROPAGANDA OF THE GREAT WAR, INCLUDING THE INTELLECTUAL ARISTOCRACY AND WORKING CLASSES

Miguel de Unamuno sul fronte italiano: mito e propaganda della Grande Guerra, tra aristocrazia intellettuale e ceti popolari

Gabriele Morelli

Università di Bergamo

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Abstract

L'articolo affronta ed illustra il tema dell'interventismo dell'Italia nella Grande Guerra, sostenuto dalle élites culturali, politiche e militari contro l'interesse e la volontà delle masse popolari e rurali del Paese, per lo più estranee al mito eroico della guerra. In particolare lo studio presenta il diario del viaggio di Miguel de Unamuno, invitato nel 1917 dal governo italiano a visitare il fronte militare; diario composto di vari articoli apparsi in gran parte sul giornale *La Nación* di Buenos Aires, insieme ad altri interventi pubblicati su periodici spagnoli e italiani. La figura di Unamuno, fervente sostenitore dell'interventismo contro le forze belligeranti della coalizione tedesca, è accolta con simpatia dagli intellettuali italiani, lettori entusiasti del suo commento al Don Chisciotte, visto quale interprete moderno dell'idealismo. Propaganda, misticismo eroico e visione letteraria finiscono per sovrapporsi nelle pagine del reporter Unamuno sul fronte italiano, mitigando la dolorosa immagine segnata dalla Grande Guerra con le sue contraddizioni e violenze.

Parole chiave

Unamuno, diario, interventismo dell'Italia, Grande Guerra, élites, masse popolari.

Abstract

This article focuses on the theme of the Italian intervention in World War I, which was supported by the cultural, political and military elite against the interests and the will of the popular and rural masses, mostly unrelated to the heroic myth of the war. In particular, the study presents the travel diary of Miguel de Unamuno, who in 1917 was invited by the Italian Government to visit the military front. The diary includes various articles, most of which appeared in the newspaper *La Nación* of Buenos Aires, and other works published in Spanish and Italian periodicals. Unamuno was portrayed as a fervent supporter of interventionism against the belligerent forces of the German coalition, and he was greeted with sympathy by Italian intellectuals, who were enthusiastic readers of his commentary on Don Quixote, seeing him thus as a modern interpreter of idealism. In the pages of Unamuno, there is overlapping propaganda, heroic mysticism and literary vision, mitigating the painful images of World War I with its contradictions and violence.

Key words

Unamuno, diary, Italian Intervention, Great War, élites, popular masses

Nell'ambito del tema generale «Elites y pueblo», in cui si inseriscono queste giornate di studio del simposio dedicato a *La Guerra di Carta: Letteratura e testimonianze sulla crisi della Prima Guerra Mondiale*, non c'è dubbio che lo scrittore Miguel de Unamuno svolge un ruolo fondamentale a favore della partecipazione militare dell'Italia nella guerra contro la Germania. Occorre inoltre dire che la relazione di stima ed ammirazione del grande filosofo spagnolo nei confronti del nostro Paese e, in particolare, della sua cultura umanistica è antica e risale al suo viaggio giovanile compiuto nel 1889, subito dopo aver terminato gli studi universitari, attratto dal fascino della storia, la letteratura e l'arte italiana. Successivamente il legame tra Unamuno e gli intellettuali italiani si intensifica ed arricchisce in seguito alla pubblicazione delle sue opere, tra cui *La vida de Don Quijote y Sancho*, tradotto e diffuso in Italia, insieme ai suoi libri più importanti, che subito ricevono una grande accoglienza e un'immediata ricezione da parte dei giovani letterati ma anche di uomini illustri, come Benedetto Croce, Luigi Pirandello e Giovanni Papini¹. Con il primo l'amicizia è testimoniata da un ricco rapporto epistolare che va dal 1911 al 1921, interrotto dall'esilio dello scrittore spagnolo durante il periodo della dittatura di Primo de Rivera, e che continua successivamente anche se in modo sporadico. Sappiamo inoltre che Don Miguel espresse più volte il desiderio di conoscere personalmente Croce, anche in occasione del viaggio in Italia per visitare il fronte italiano; come anche manifestò la volontà di incontrare e conoscere il grande scrittore toscano Giovanni Papini. In una sua lettera ad Ardengo Soffici, del 12 dicembre 1908, leggiamo: «Con Papini ho scambiato delle lettere ma non ho avuto il piacere di vederlo: e quanto mi gradirebbe vederlo costì... Quando vede Papini lo saluti caldamente a nome mio con una parola d'incoraggiamento»². Allo stesso scrittore fiorentino, Don Miguel contesta la lettura che ha fatto del suo saggio sul Don Chisciotte, dove intende che Papini abbia tratto la convinzione della sua cattolicità, per cui scrive.

1. Relazioni e carteggi intercorsi tra Unamuno e i citati scrittori italiani sono stati ampiamente studiati da M. García Blanco, V. González Martín, G. Foresta e C. Luigi Ferraro. Su questi ed altri studi, si veda V. González Martín, *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, Salamanca, 1978. In particolare su Croce e Unamuno, si può consultare il recente libro di C. Luigi Ferraro, *Benedetto Croce e Miguel de Unamuno*, Città di Castello, 2004.

2. González Martín, *op. cit.*, 227.

«No, amigo Papini, no! no soy católico. Si fuera católico –como lo son en España, por lo menos– ni daría importancia a la religión ni me cuidaría del misticismo.

No sé qué pasajes de mi *Vida de Don Quijote y Sancho* han podido inducirlo al error de creermelo católico. Allí, alguna vez me pronuncio por la fe de Sancho Panza, del pueblo rústico español, y pido a Dios que no le quite su fe en la inmortalidad personal, pero Sancho Panza, no es católico, no es católico de la iglesia del Papa»³.

Proprio la particolare lettura del saggio unamuniano sulla figura dell'Hidalgo crea in molti intellettuali italiani un fraintendimento che è possibile cogliere sul tema della Grande Guerra, alla cui causa lo scrittore spagnolo aderisce accogliendo l'invito del governo italiano a visitare il fronte. L'entusiastica adesione a favore della guerra, già caldeggiata dai maggiori rappresentanti della cultura italiana – si pensi a D'Annunzio, Marinetti e Papini – trova nel libro di Unamuno, interprete moderno del «chisciottismo», l'humus ideale che giustifica ed alimenta il sacrificio eroico a favore della patria. Lo stesso Papini, nel suo articolo dedicato all'amico spagnolo apparso su *Il Leonardo*, confessa l'intima adesione al legato spirituale in nome del Don Chisciotte:

«Io sento per lui una simpatia istintiva che è dovuta, probabilmente, alle somiglianze delle nostre anime e dei nostri scopi. Egli vuol fare per la Spagna ciò ch'io vorrei fare per l'Italia e riconosco pure come mio principal patrono l'immortale Don Chisciotte»⁴.

E non lesina la sua grande ammirazione al maestro spagnolo, a cui sente di essere vicino e di cui condivide pienamente il suo idealismo nel nome di Don Chisciotte:

«Miguel de Unamuno è oggi il sacerdote principe della Religione di Don Quijote di cui sono, per mia gloria e fortuna, un fervoroso fedele e ho provato il bisogno, appena l'ho scoperto, di mandargli il saluto del suo fratello ignoto, in questa rivista che si onora d'esser l'organo del don Chisciottimo italiano»⁵.

Al pari di Papini numerosi altri intellettuali, al momento della decisione ma anche dopo la partecipazione all'evento bellico, vedono nel libro di Unamuno un punto di riferimento spirituale a conforto della loro scelta interventista. Tra le numerose testimonianze si possono indicare molte lettere di giovani italiani dirette allo scrittore spagnolo che confessano l'influenza salutare esercitata dalla lettura del suo saggio sull'opera cervantina. È il caso, tra i tanti, del sottotenente Tommaso Fiore, impegnato sul fronte militare il quale, nell'inviare al maestro il suo articolo «L'esortazione», confessa che si tratta di una «manifestazione di donchisciottismo». Nella sua missiva del 21 ottobre 1917, così commenta: «Ho avuto buon

3. González Martín, *op. cit.*, 225.

4. *Il Leonardo*, Firenze, ottobre-dicembre, 1906, 364-366. Citato anche da González Martín, *op. cit.*, 224.

5. González Martín, *op. cit.*, 225.

compagno giù per i fossati di Doberdò e poi sullo sperone del Faiti il suo *Commento al Don Chisciotte*: questa offerta mia Le sia di ringraziamento»⁶. Come si vede, il libro che sostiene il giovane sottotenente, aiutandolo a superare le sofferenze e atrocità della guerra, è l'opera di Don Miguel. Lo stesso Tommaso Fiore in una missiva successiva, datata 26 settembre 1918, inviata dalla prigionia tedesca di Gefangenenlager Schwarmstedt in provincia di Hannover, torna a scrivere a Unamuno:

«Illustre Signore,

A un anno di distanza mi ritrovo prigioniero! Ho qui qualche buon compagno, tra cui il suo commento al Don Chisciotte, e veramente mi vado chisciottizzando sempre più. Di questo spero che darà subito qualche frutto, anche migliore, se non come arte, come pensiero, di quelli antecedenti. Ha ricevuto l'anno scorso la mia *Esortazione*? O è rimasta per istrada? Avrei caro saperlo, perché vorrei da Lei esser armato buon cavaliere, onesto e prode, e di qualsiasi figura. Si conservi sano pel bene del suo paese e nostro e se può e non l'è di noia mi scriva qualche volta. E quando potrò conoscerLa personalmente? Ma ora fo' penitenza come il buon Hidalgo. Coi sensi della maggiore considerazione»⁷.

Ricorrente è la menzione al commento unamuniano dell'opera maestra di Cervantes che incarna l'eroismo utopico e solitario contro la violenza e la barbarie, rappresentate queste dal fronte espansionista della Germania. Soprattutto incessante è il richiamo alla lettura del libro e alla figura dello scrittore in quanto interpreti superiori di una missione idealistica che, nel frangente dello scontro militare, si tinge di valori spirituali e religiosi. Un esempio eloquente viene da una nuova testimonianza epistolare inviata il 6 febbraio 1917 al maestro salmantino dal giovane tenente Gino Argan, poco dopo il viaggio compiuto da Don Miguel sul fronte italiano, di cui trascrivo i passi più significativi che documentano l'abbandono e la completa fiducia nei confronti di Unamuno:

«Vi sono necessità degli spiriti che non si discutono. Spesso cerchiamo una persona con cui confidarci, per parlare a noi stessi.

Ho letto il vostro *Commento al Don Chisciotte*, subito dopo la storia della sua mirabile vita scritta da Don Miguel Cervantes e contemporaneamente al vangelo di N. S. Gesù Cristo. Voi dite che sareste felice se il vostro libro avesse messo la battaglia e l'affanno in qualche cuore addormentato, come quasi tutti, nel torpido equilibrio e nella quiete oziosa delle dottrine sillogistiche.

Qualche cosa di simile ha ottenuto in me il Cavaliere Don Chisciotte per mezzo vostro. Non ha suscitato affanni ma li ha risvegliati, non ha creato regni, ma li ha rivelati al mio spirito, regni di bellezza e di luce. Io sono di fatto intimamente chisciottista, più di quel che non lo si sia ai miei 20 anni, e il mio chisciottismo attinge alla più angusta fonte di ogni nobile attitudine: a mia Madre.

6. G. Foresta, "Unamuno interventista", *Nuova Antologia*, 2073, settembre, 1973, 72.

7. Foresta, *op.cit.*, 72.

[...] In questa Roma, ove attendo impaziente di andare al fronte, mi sento vicino spiritualmente al vostro, al nostro Cavaliere Don Chisciotte. Ho detto nostro, perchè se me lo permettete, io credo di ravvisare in lui il superbo temperamento latino [...]»⁸.

Il giovane tenente, animato da grande ardore patriottico e con la mente rivolta all'eroe rappresentato dalla figura del Don Chisciotte, non esita a muovere una dura critica contro coloro che si imboscano negli uffici, sfuggendo in modo ipocrita e truffaldino al richiamo delle armi, mentre ammira e elogia gli umili rappresentanti del ceto popolare – i nostri Sancho Panza, li chiama – che «vanno sereni alla lotta e combattono disperatamente, convertiti interamente alla fede della Patria». Dovrebbe vedere, indica ancora a Unamuno, come questi nostri contadini vanno incontro alla morte «per pura fede senza comprendere di storia e di politica, senza sperare dalla guerra alcun beneficio, allora Vi convincereste che Don Chisciotte è anche un po' nostro, latino!»⁹.

Il giovane ufficiale è spinto e motivato nei suoi giudizi, come confessa, da un intimo e nobile bisogno spirituale. Ma è proprio la dichiarazione di tale convincimento che lascia perplessi soprattutto allorché egli crede di interpretare anche la volontà dei ceti popolari i quali, sebbene sottoposti dal potere ufficiale (compreso quello religioso) a una ossessiva e prevaricante campagna propagandistica, restano per lo più estranei al mito eroico della patria, date le condizioni di miseria e analfabetismo in cui versano e sono costretti a vivere. Dobbiamo ricordare che le masse rurali del Mezzogiorno e anche quelle del sottoproletariato urbano, strappate dalle campagne e dalle loro povere case e famiglie, sono costrette a combattere per un ideale che è lontano dalle loro preoccupazioni reali, e che in ogni modo non possono comprendere e condividere. In realtà di questi «Sancho Panza», umili e generosi eroi della guerra, come li vede a modo suo Gino Argan nella sua missiva ad Unamuno, la letteratura non si è molto interessata o ha lasciato molte testimonianze, al contrario per lo più sono stati ignorati dell'élite culturale e militare interessata a restituire un'immagine edificante della partecipazione popolare alla guerra: «Patria o morte!», come recitano numerosi proclami dell'epoca. Del resto, è ben noto, le autorità civili, militari e religiose fecero ricorso a un impiego massiccio e sistematico della propaganda e della censura per giustificare o nascondere all'opinione pubblica le terribili scelte e conseguenze dovute all'evento bellico. Esistono infatti pochi documenti di denuncia, oltre a quello rappresentato dall'incerto carteggio dei poveri fanti sfuggito all'occhio rapace della censura militare, che testimoniano la terribile situazione sofferta dai militari come dai civili, e che documentano il malessere e il rifiuto del fante italiano nei confronti della terribile guerra di trincea. Tra questi si distingue il film, capolavoro del cinema italiano, *La Grande Guerra* del 1959, diretto da Mario Monicelli e interpretato da Alberto Sordi e Vittorio Gassman, due antieroi umanissimi (il primo, Sordi, eroe vigliacco, e il secondo, Gassman, eroe spavaldo), che mostrano insieme alla terribile assurdità della guerra, le condizioni di vita miserevoli dei militari e della gente. Soprattutto il film reagisce alla propaganda divulgata prima e dopo il fascismo e nel secondo dopoguerra, basata sul mito

8. Foresta, *op.cit.*, 73.

9. Foresta, *op.cit.*, 73.

popolare di una Italia eroica; film che infatti creò problemi con la censura e fu vietato ai minori di 18 anni. Al contrario *La Grande Guerra* presentava, tra scene comiche e drammatiche, tipiche della commedia italiana, la vera immagine della terribile vita di trincea in cui commilitoni e semplici ufficiali appaiono in forte contrasto con i comandi superiori e le istituzioni ufficiali, indicate come le principali responsabili di quel massacro. Analoga denuncia contro la follia e la violenza della Grande Guerra è espressa dal film *Uomini contro* del 1970, diretto da Francesco Rosi, liberamente ispirato al romanzo *Un anno sull'Altipiano* di Emilio Lussu. La pellicola fu denunciata per vilipendio dell'esercito e a lungo boicottata, a dimostrazione dell'immagine consacrata dal potere, considerata frutto della partecipazione popolare.

Solidarietà di Unamuno verso l'Italia e interventismo contro il germanesimo belligerante

Torniamo in Italia al momento dell'evento bellico e dell'intervento a fianco degli alleati contro i germanofili, dove fra i primi si schiera Miguel de Unamuno, mentre la Spagna dichiara la sua neutralità ma vede nascere al suo interno da una parte un partito di intellettuali sostenitori dell'Alleanza latina, fra i quali oltre a Don Miguel, si schierano gli scrittori Pérez Galdos, Azorín e Valle Inclán; dall'altra parte troviamo Pio Baroja e Gustavo Benavente che parteggiano per i tedeschi. A tale divisione, e in particolare all'ingiustificata e forse interessata neutralità della Spagna, già alludeva Giovanni Papini nel suo articolo «Cosa fa la Spagna?» – titolo poi ripreso dallo stesso Unamuno –, apparso su *Il Resto del Carlino* (Bologna, 27 maggio 1915), in cui invita il paese iberico a aderire alla guerra accanto all'Italia e agli Alleati, denunciando al contempo le promesse fatte dalla Germania alla Spagna che assicuravano, in compenso della sua neutralità, la roccaforte di Gibilterra, il Marocco e persino il Portogallo. Nel citato articolo di Papini non manca l'elogio all'interventismo di Unamuno a favore delle nazioni latine «contro la Kultur», come scrive l'autore, che ricorda: «In nessun paese, forse, sono state dette così forti e atroci parole contro il *tedescun* come quelle di Miguel de Unamuno, il pensatore che anche in Italia, per merito mio, si comincia a conoscere e a leggere». L'eco dell'attività propagandistica svolta dagli intellettuali spagnoli e in particolare quella intrapresa con forza e convinzione dallo scrittore filosofo a favore del nostro paese è accolta con soddisfazione da alcuni ispanisti italiani, come Lucio Ambruzzi che nel luglio del 1915, così scrive a Unamuno:

Ilustre amigo,

Acabo de leer en un diario que los literatos españoles han lanzado un manifiesto para afirmar su solidaridad con la civilización contra la barbarie y el salvajismo disfrazados de Kultur (con inicial cuadrúpeda, como Ud. felizmente la bautizó). Esta noticia me llena de gozo, neutralizando la pesadumbre que me había causado la otra de que algunos diarios españoles (españoles de

idioma pero no de carácter) se encarnizaban contra Italia por su intervención en la guerra y no al lado de sus fedifragos ex aliados¹⁰.

Nel riferimento fatto dall'ispanista ad alcuni giornali spagnoli sostenitori della causa tedesca, Ambruzzi allude chiaramente all'*ABC* ed *El correo español* di Madrid, organi di stampa della destra cattolica vessilliferi del gruppo dei germanofili. Intanto la notizia dell'intensa attività propagandistica di Unamuno – oltre alla sua partecipazione a numerosi comizi pubblici tenutosi a Madrid nel 1917 in opposizione alla neutralità della Spagna, ed aspramente criticati dall'*ABC* – è in più occasioni ripresa e diffusa dalla stampa spagnola come anche da quella italiana. *Il nuovo giornale* di Firenze (29 maggio) così titola: «Gli spagnoli contro l'imperialismo tedesco - Importante comizio spagnolo a favore dell'Italia - Si reclama la guerra alla Germania»; mentre, nello stesso giorno, *La Tribuna* di Roma scrive: «Un comizio a Madrid in favore dell'Intesa - Vi partecipa Unamuno». Altri interventi di Unamuno a favore dell'Intesa, a compendio ed integrazione degli articoli sul suo viaggio sul fronte italiano, sono i tre prologhi alla versione spagnola delle opere *Historia ilustrada de la guerra de 1914* di Gabriel Hanotaux; *Yo acuso* di uno autore anonimo tedesco, e *La ciudad doliente - Diario de un soldado raso* di Gastón Riou. A questo proposito osserva Gaetano Foresta: «Unamuno non risparmia i suoi attacchi all'imposizione dogmatica e tecnicista della *Kultur* tedesca» che, secondo lo scrittore spagnolo, «pretende di dominare la libera coscienza dei popoli solo con la forza delle armi»¹¹, e critica con ironia e vivace asprezza i connazionali difensori della causa tedesca, come nel seguente passo:

«Per il popolo tedesco il popolo spagnolo non esiste se non tutt'al più come un popolo incivile o addomesticato, di sangue caldo che vive suonando la chitarra e prendendo il sole tra aranceti e limoneti. La germanofilia serve soltanto di pretesto per la diffusione delle peggiori passioni nazionali, dei più bassi istinti della nostra casta, del culto inumano della violenza autoritaria, dell'odio alla libera ed eretica personalità umana. La germanofilia è la meccanizzazione e metoddizzazione della vita; il formale che sommerge ciò che è fondamentale, la morte spirituale della libera personalità umana, la società civile trasformata in un formicaio o alveare»¹².

Ancora, nel prologo citato all'edizione spagnola del libro *Yo acuso*, possiamo leggere:

«I nipoti barbari che ci descrisse Tacito nelle sua *Germania* andavano sostituendo Wotan e Thor con Cristo e Platone, ed ecco che improvvisamente ritornano alla loro selva nera, ma a una selva irta di cannoni. Hanno appreso la scienza, ma hanno dimenticato la morale senza la quale la scienza non è se non barbarie raffinata. Perché la morale, nonostante l'imperativo categorico, non è matematica. La morale è simpatia. E la cosa più profonda della simpatia umana è non pretendere di dominare gli altri. Il tiranno, sia uomo o popolo, si nutre delle carni dello

10. Foresta, *op. cit.*, 83.

11. Foresta, *op. cit.*, 79. Per la lettura dei tre prologhi si veda M. de Unamuno, *Obras completas*, VIII, Madrid 1958, 1050-1061, 1062-1066, 1078-1083.

12. Foresta, *op. cit.*, 79.

schiavo. Così si spiega che un popolo servile pretenda di ridurre gli altri popoli a servitù. Vuole uguagliarli tutti nella sua abiezione. Perché devono servire gli altri, liberi, quando esso non lo è?

[...] Io capisco questo popolo servile e sottomesso, condotto al macello da una casta di potenti della spada, con il Kaiser alla testa; povero popolo che avanza fianco a fianco per essere mitragliato... che non ha coscienza né coraggio di liberarsi»¹³.

Il giudizio severo di Unamuno sul comportamento contraddittorio dell'élite intellettuale spagnola è anche condiviso dalla stampa francese, in particolare da Raymond Lautier, nei due interventi apparsi il 16 luglio 1916 e 1 luglio 1918 sul *Mercure de France*¹⁴, che criticano l'interessata estraneità del paese iberico, il quale, nei settori della società reazionaria, mostra una chiara simpatia nei confronti della politica aggressiva della Germania. In ogni modo, appassionata e radicale continua la lotta di Unamuno contro la volontà militaresca dell'impero germanico e ciò allo scopo di scuotere le coscienze culturali e politiche del suo Paese, allontanandosi in questo dalla posizione di Benedetto Croce. In effetti il grande filosofo italiano, in particolare nelle sue note «Malumori antihegeliani» e «Germanofilia»¹⁵, difende apertamente la cultura tedesca, motivato anche dalla manifesta ammirazione per la filosofia e la letteratura tedesca, di cui a lungo si è nutrito. La differenza del pensiero fra i due grandi scrittori è notevole ed appare con evidenza in un articolo di Unamuno intitolato *Mameli e Körner*, uscito su *Il nuovo giornale*, l'11 gennaio 1916, dove di fronte all'esaltazione del poeta tedesco del misticismo guerresco germanico basato sul numero e la forza, Unamuno, prendendo spunto dallo studio di Carducci dedicato a Goffredo Mameli, oppone al modello tedesco la fede e l'eroismo del popolo italiano cantato dal poeta e patriota nazionale. Don Miguel torna sull'argomento nell'articolo «A proposito di alcune lettere di Chesterton a un garibaldino», sempre pubblicato su *Il nuovo giornale*, il 17 marzo 1916, in cui mette a confronto la filosofia pagana della dottrina dell'impero tedesco di fronte all'azione solitaria e generosa dell'eroe risorgimentale italiano, Giuseppe Garibaldi. Scrive Unamuno:

«Essi sono il popolo scelto da Dio, dal vecchio dio tedesco, da un dio delle battaglie, da un Elshim Sabaoth di un Jeovah sinaitico. Nel fondo è paganesimo puro; poiché tutte quelle atrocità di popoli superiori e inferiori, di razze decadenti, di nazioni chiamate a comandare le altre e di altre chiamate a essere comandate, non sono che paganesimo e mancanza di senso della libertà »¹⁶.

Dalla polemica in corso si evince che il dibattito è relegato all'interno del circolo aristocratico della militanza intellettuale e del potere politico-economico, cioè esso appare lontano dal coinvolgimento e dall'interesse avvertito dalle masse popolari, come sempre distanti ed

13. M. de Unamuno, "Prólogo a II ed.", *Yo acuso por un alemán*, op. cit., 1065.

14. Rispettivamente: M. de Unamuno, "L'attitude des intellectuels espagnols dans le conflit européen. L'information et la littérature de guerre", *Mercure de France*, 16 luglio, 1916; e M. de Unamuno, "Quelques points de vue espagnols sur la guerre", *Mercure de France*, 1 luglio, 1918.

15. B. Croce, *L'Italia dal 1914 al 1918. Pagine sulla guerra*, Bari, 1950, 43, 68.

16. Vedi anche Foresta, op. cit., 82.

estranee alla guerra, invocata invece dalla casta militare desiderosa di potere e, in particolare, caldeggiata dalle lobbies industriali avidi di arricchimento in un momento in cui si assiste a una grande trasformazione tecnologica che riguarda la produzione di nuove armi e moderne macchine di guerra. Va anche detto che nell'ambito della discussione letteraria l'adesione all'intervento militare assume nel pensiero di Unamuno un carattere idealistico a difesa di valori assoluti affermati dalla cultura umanistica per i quali la guerra, secondo quanto afferma lo scrittore nel libro *Del sentimento tragico della vita*, trova una sua giustificazione necessaria per lottare contro il male e per il trionfo del bene superiore. Inoltre, alla frattura sorta tra la società pacifista latina e quella belligerante tedesca, Unamuno, sollecitato a dare la sua adesione alla nascita di organi di stampa, continua ad esaltare con immutata fede la difesa della nazione italiana. È sempre Gaetano Foresta¹⁷ ad informare di una lettera di Turati, data Parigi 1927, inviata dall'esilio francese a Don Miguel a cui chiede «– ne plus que quelques lignes – d'adhésion, de salutation, de souhaits» al nuovo settimanale *La libertà*, fondato da Filippo Turati, Claudio Treves, Giovanni Amendola ed altri. Del resto Don Miguel, dall'amico traduttore Gilberto Beccari, aveva anche ricevuto nel 1913 la proposta di presiedere in Spagna l'«Associazione italiana della Lega Latina», poiché considerato il vero apostolo dell'anima spagnola, l'uomo ideale «más indicado a dar vuelo y poner en hechos idea tan grande y fraterna». La lettera inedita, datata 29 maggio 1913, conservata nell'archivio della casa museo Unamuno di Salamanca, propone:

«[...] reforzar, á medio propaganda, los vínculos de hermandad entre el pueblo italiano y aquellos de civilización latina, á fin de equilibrar los agrupamientos formidables que van formando en Europa pueblos eslavos y alemanes [...].

Educar el alma dividida frecuentemente de los pueblos latinos á unirse, á constituirse, á afirmar su genio vetusto á fin de renovar un núcleo de civilización que un día fué glorioso; para ofrecer á los demás pueblos de Europa mirable ejemplo de paz y de hermandad; preveniendo [sic] con la constitución del Mediterráneo en lago latino [...]. Es una obra de educación popular que se inicia, obra segura en un lejano porvenir contra las maniobras de las diplomacias¹⁸.»

Come si vede, si afferma la volontà di un proselitismo a favore dell'unità culturale dei paesi latini da parte di un gruppo di scrittori e politici: «Hombres resueltos y eminentes», precisa Gilberto Beccari, che si erigono a interpreti naturali dell'anima popolare, in realtà falsamente indotta o addirittura contraria all'idea della guerra, da sempre temuta poiché che li allontanava dalle preoccupazioni quotidiane e metteva in pericolo la loro stessa vita. Non meraviglia quindi che l'invito rivolto dal governo italiano a visitare il fronte militare venga accolto da Unamuno con grande favore. Con lo scrittore viaggiano altri insigni uomini della cultura spagnola: il grande studioso Americo Castro, il pittore Santiago Rusiñol, Manuel Azaña, futuro presidente della Repubblica spagnola,

17. Foresta, *op. cit.*, 77.

18. Si riproduce alla fine il testo integrale della lettera.

e Luis Bello, giornalista. Il racconto di Unamuno della sua visita ai campi di battaglia nella regione del Friuli darà luogo a sei articoli pubblicati su *La Nación* di Buenos Aires, materiale che insieme ad altri interventi a favore della guerra, oltre a quelli apparsi su *Il nuovo giornale*, escono sulle pagine dei giornali spagnoli *La Publicidad* di Barcellona e *El Mercantil valenciano* di Valenza. Articoli e discorsi pronunciati da Unamuno in occasione di presentazioni di alcune riviste – per esempio il settimanale «España» –, come pure i numerosi incontri a cui è chiamato a difesa della «Lega Antigermanica spagnola», si possono ora leggere anche in italiano nel recente libro *Miguel Unamuno, L'agonia dell'Europa. Scritti della Grande Guerra*¹⁹.

Il viaggio di Unamuno sul fronte italiano

La visita di Unamuno inizia il 14 settembre del 1917: 28 anni dopo – ricorda lo scrittore – il suo primo viaggio italiano. Lo scrittore torna, confessa, in una nazione che mostra d'essere «anche maestra nell'arte della grande guerra moderna, della guerra industrializzata, come lo era stata nella strategia classica coi suoi *condottieri* e nel pieno della lotta per la causa dell'umanità civile, della civiltà umana, nella precoce e virile maturità nazionale»²⁰. L'interesse di Don Miguel per l'Italia è ora diverso: raccogliere le impressioni del nostro Paese in guerra e difendere l'intervento militare della nazione amica contro l'imperialismo espansionistico dell'esercito austro-ungarico e, soprattutto, spingere la Spagna ad uscire dalla sua posizione passiva per partecipare a fianco dell'Italia, erede della grande cultura latina ed interprete dell'autodeterminazione dei popoli. La difesa dell'interventismo italiano sembra inoltre rispondere all'appello lanciato nel 1916 da Giovanni Papini nel suo articolo citato «Cosa fa la Spagna?», cui fa eco l'analogo titolo di Unamuno che raccoglie la domanda che gli rivolgono con insistenza intellettuali e militari. Non meraviglia quindi che il suo arrivo in Italia sia salutato con grande entusiasmo dallo stuolo di scrittori amici ed estimatori, tra cui Mario Puccini, Ardengo Soffici, G.A. Borghese, Giovanni Amendola ed Ugo Ojetti, che intrecciano con il maestro spagnolo un ricco carteggio in gran parte inedito nella sua interezza, di cui offriamo due esempi significativi dell'attenzione con cui i giovani scrittori italiani interventisti accolgono l'autore spagnolo. Si tratta di due lettere: la prima dello scrittore Mario Puccini, soldato al fronte, che si duole di non aver potuto salutare degnamente lo scrittore; la seconda è del grande romanista Arturo Farinelli, che si cruccia di non essere stato avvertito dall'ammirato maestro del suo arrivo a Milano.

19. M. de Unamuno, *L'agonia dell'Europa. Scritti della Grande Guerra*, Milano, 2014. Cura e traduzione di Enrico Lodi, Da cui citiamo i passi utilizzati; si veda anche il saggio di Foresta, *op. cit.*

20. Lodi, *op. cit.*, 23.

Lettera di M. Puccini a M. de Unamuno²¹

[Carta intestata:] Comando della Brigata Veneto

[settembre-ottobre 1917]

Illustre Maestro ed Amico,

sono stato dolente di non potere, in occasione della Sua visita, mostrarle tutto il mio affetto, la mia ammirazione e quell'ospitalità ch' Ella tanto meritava.

Ma, come Ella capisce, io ero in mezzo ai miei Superiori: e, di più, io sono un timido e quasi un fanciullo.

Mi scriva, Maestro. Sarò tanto lieto di far conoscere agli Italiani la Sua opinione su questa nostra prova grandiosa – dalla quale l'Italia deve uscire ingigantita. Attendo le copie dei giornali pei quali Ella si è occupata delle mie *Faville*.

Ossequi e auguri vivissimi. Ora sono tornato in prima linea.

Suo dev.
Mario Puccini
Comando della Brigata Veneto
III Armata
Zona di guerra

Lettera di A. Farinelli a M. de Unamuno²²

Belgirate (Lago Maggiore), 18 settembre 1917

Caro Signore,

Le scrissi una quindicina di giorni fa a Salamanca, ed ora leggo stupefatto nel *Corriere della Sera* che Ella passa da Milano (a due ore da Belgirate!) con alcuni colleghi ispanici diretti al nostro fronte!!!

Bravo! Senza degnarsi di comunicarmi la notizia del Suo viaggio! Che amicizia è trascurare me, *piccolissimo* ma forte studioso della Sua Spagna come nessuno dei miei illustri compatrioti?

21. González Martín, *op. cit.*, 290.

22. G. Morelli, "Relazione letteraria. Farinelli-Unamuno", *Cultura italiana e spagnola a confronto: anni 1918-1939*, Tübingen, 1992.

Io mi sarei subito mosso per incontrarla. Le avrei fatto gran festa!

Ora addio. A Salamanca prenderà questa mia e la getterà nel cestino.

Suo Arturo Farinelli

Occorre ancora ricordare la relazione epistolare dello scrittore e giornalista Ugo Ojetti, fondatore della rivista *Pan*, solerte diffusore e traduttore dell'opera unamuniana, al quale lo spagnolo invia dall'esilio di Fuerteventura una delle prime lettere di denuncia e rabbiosa protesta contro il dittatore Primo de Rivera. La missiva, spedita all'indirizzo del *Corriere della Sera* dove Ojetti lavora, non viene pubblicata: contiene violenti insulti contro il dittatore spagnolo («passa tutte le notti nei bordelli», «è un mostro di frivolezza, con un attacco di cretinismo tremens») e dunque potrebbe essere letta come una critica indiretta alla persona di Mussolini; da cui l'autocensura probabilmente imposta dallo stesso giornale milanese²³.

Il reportage del viaggio si apre con l'arrivo di Unamuno a Milano, le visite rituali alla Certosa di Pavia, al Lago Maggiore e il racconto dell'ebbrezza del primo volo sulla città lombarda a bordo di un aereo della Caproni, i cui toni sembrano attingere alla retorica futurista. Ecco le impressioni di Unamuno che guarda dall'alto la città: impressioni vissute con spirito d'avventura dallo scrittore che sembra voler impartire una lezione sugli effetti positivi creati dal volo:

«Davvero è un piacere contemplare, seduto su di esso [l'aereo], uno di quei grandi incrociatori del cielo. E infonde un tale senso di sicurezza che mi sono deciso – alla mia età – a farmi portare in aria da un abilissimo aviatore italiano. Così ho potuto vedere Milano ai miei piedi, come una carta topografica, e il suo Duomo mille metri sotto di me, e la verde pianura lombarda che sembrava inclinarsi da una parte all'altra, quando in realtà eravamo noi a farlo.

La paura del volo? Molta meno di quanto ne avessi all'inizio. Il fatto è che l'animo si trova dapprima impacciato come da un senso di pericolo. Poi, quando uno si slancia in una dei quelle avventure in cui si pensa che sia concreta la possibilità di perdere la vita, la paura scompare e viene sostituita da un grande lucidità, come da una sollecita prontezza di tutti i sensi»²⁴.

Le pagine successive conducono la delegazione spagnola al quartiere generale di Udine e all'incontro con il generale Luigi Cadorna, capo di stato maggiore dell'esercito italiano e principale fautore dell'intervento contro le truppe austro-ungariche. Nel gennaio del 1917, l'anno della visita italiana di Unamuno, Cadorna aveva preso parte alla «Conferenza Interalleata di Roma», cercando di convincere francesi e britannici ad inviare le loro divisioni in Italia, ma senza esito positivo. Il ritratto edulcorato che Unamuno traccia di Cadorna, conosciuto nel breve colloquio intercorso nell'incontro di Udine, sembra rispondere al canone

23. Si veda G. Morelli, «Una lettera inedita di Miguel de Unamuno: dal confino di Fuerteventura un vibrante appello alla stampa italiana», *Lingua e Letteratura*, 4, Milano, 1985, 5-13.

24. Lodi, *op. cit.*, 28.

retorico imposto dalla propaganda ufficiale, sebbene è più facile credere che lo scrittore, nel clima di entusiasmo collettivo e infatuazione generale, sia portato sentimentalmente a condividerlo e a farlo proprio, cogliendo come sincero il rapporto di stima che lega il generale al popolo e viceversa. Leggiamo la pagina dedicata alla figura del capo supremo dell'esercito italiano, di cui Unamuno offre un ritratto fisico ma anche interiore:

«Cadorna ci è apparso come un uomo estremamente affabile, semplice e anche sereno. Più che sorridere, rideva di tanto in tanto, scoprendo una dentatura magnifica, di uomo sano e più giovane rispetto a quando corrisponde alla sua vera età. Quel volto energico e duro, ma anche limpido e aperto, volto da contadino, si accendeva di una luce interiore che era segno di fiducia in se stesso e nel suo popolo. Perché la maggiore risorsa del generale Cadorna pare essere la fiducia che nutre verso il suo popolo, così come la forza di questo popolo è la fiducia verso l'uomo che ha posto a capo del proprio esercito»²⁵.

Il diario poi si sofferma a descrivere le acque trasparenti del fiume Isonzo e ancora le terre calcaree del Carso che a Unamuno ricordano l'arida *meseta* della vecchia Castiglia. Un racconto che guarda all'uomo e alla bellezza del paesaggio sconvolto dalle armi, e in cui, nonostante tutto, lo scrittore coglie un rapporto di serena, grandiosa maestà. Memorabili sono le descrizioni del sacro Isonzo con le sue «acque chiare e quasi cerulee», «le sue passerelle e i ponti della morte». L'evocazione del fiume richiama al lettore italiano i noti versi del poeta Giuseppe Ungaretti, allora soldato sul fronte, che ritrova nelle fresche acque dell'Isonzo la sua intima dimensione umana e spirituale in armonia con la natura:

«L'Isonzo scorrendo
Mi levigava
Come un suo sasso [...]

Mi sono accoccolato
Vicino ai miei panni
Sudici di guerra
E come un beduino
Mi sono chinato a ricevere
Il sole

Questo è l'Isonzo
E qui meglio
Mi sono riconosciuto
Una docile fibra
Dell'universo».

25. Lodi, *op. cit.*, 31-32.

Più avanti, dalle alture del Monte Nero, Unamuno osserva il villaggio disabitato di Tolmino e, più in basso, la linea bianca del fiume che scorre lento, dove una natura selvaggia, ma al contempo mite, sembra lenire e cancellare gli orrori della tragedia umana:

«[...] tra burroni abissali, ai piedi di rientranze improvvise e di precipizi, serpeggiava il fiume Isonzo [...]. Lì la natura è selvaggia, ma lo è in modo sereno e persino dolce. Ritempra dagli orrori della bellicosa tragedia umana. Quella natura dà maggiore grandezza alla guerra, ma smussa anche la sua feroce brutalità. L'uomo lì ha lottato con l'uomo, ma lo ha fatto anche, in eguale misura o forse di più, con la natura stessa»²⁶.

Anche le cime del monte San Michele richiamano l'attenzione del viaggiatore spagnolo, mentre lo sguardo spazia in basso sulla città di Gorizia avvolta nella bruma del mattino. Il Vallone del Carso ricorda a Unamuno le aree minerali della sua Biscaglia, mentre intorno, nelle scarpate scavate nella pietra, osserva le baracche dei soldati intenti alle loro occupazioni sembrano alveari ronzanti. L'evocazione unamuniana del paesaggio lunare del San Michele, teatro di tante sanguinose operazioni militari che costarono migliaia di morti, ricorda al lettore italiano la nota poesia «Sono una creatura» di Ungaretti, in cui il grande poeta esprime il dolore per la guerra e per la morte di tanti compagni, rivendicando il suo essere umano, la presenza della ferita creata da tante morti e il prevalere del pianto, freddo e disanimato come la pietra che lo circonda:

«Come questa pietra
del S. Michele
così fredda
così dura
così prosciugata
così refrattaria
così totalmente
disanimata

Come questa pietra
è il mio pianto
che non si vede

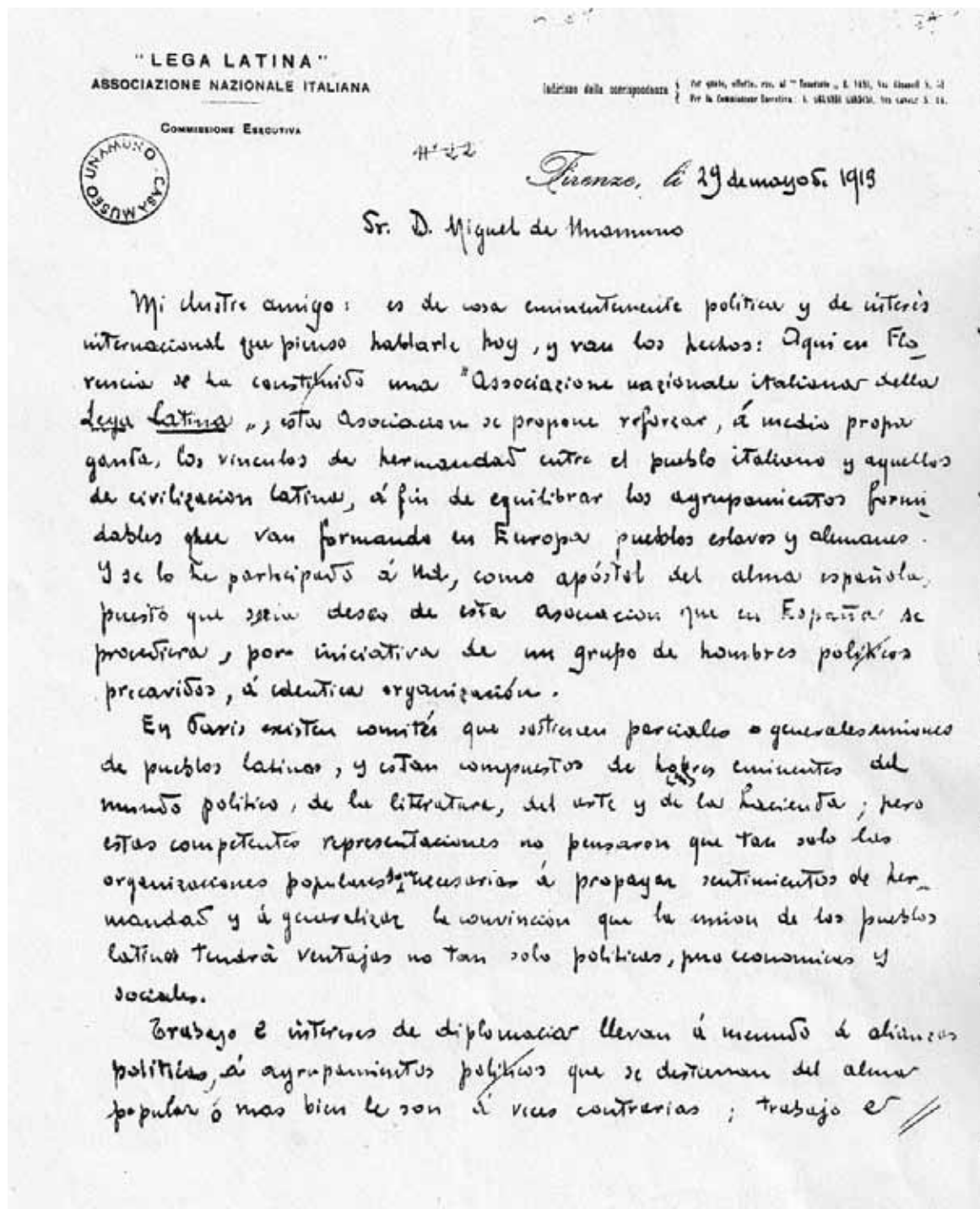
La morte
si sconta
vivendo».

Il viaggio continua, tra soste e ritorni a Udine; lo scrittore si inerpica su ripidi camminamenti di guerra fino a raggiungere le alte trincee dello Zagradan, il monte Sabotino e quindi costeggiare in automobile le alpi dolomitiche. Seguono le visite a tre ospedali di guerra, in

26. Lodi, *op. cit.*, 50.

particolare a quello stomatologico di Udine con l'immagine straziante dei volti feriti, i corpi mutilati dei soldati, relitti umani chiusi nel loro composto dolore. Un quadro del dolore – e dell'orrore – che a Unamuno, ispirato più dalla propaganda bellica che dalla pietas, appare «moderno, raccolto, metodico». Lo scrittore insiste sull'intervento militare inteso quale «agonia», lotta salvifica contro l'egemonia della Germania, ma la cui certezza, dopo le notizie della disfatta di Caporetto, pare incrinarsi gettando ombre sulla bontà del mito patriottico, strumento necessario di unità spirituale di una nazione.

Reporter di rango sul fronte italiano, Unamuno lascia un diario vivo, non di memoria, elogiato da Mario Puccini sulle pagine del *Messaggero* (16-11-1919) come «una delle più belle opere in prosa che la guerra abbia ispirato». Soprattutto il diario è il legato d'amore e di ammirazione che il grande scrittore spagnolo sente per l'Italia, i suoi uomini e la sua cultura.



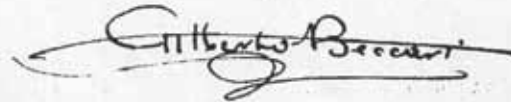
Illustrazioni.- Fac-simile della lettera di Beccari a Unamuno. Lettera inedita, datata 29 maggio, 1913, conservata nell'archivio della casa museo Unamuno di Salamanca. Vedi nota 18.

intereses de gobiernos producen equivocaciones que nos derivan de la vida íntima de los pueblos, y sirven tan solo á desvirtuar en un modo recta consideración de las cosas y de los hechos. Arriba de todo esto están razones etícas y seculares, que, también en medio á los distrajimientos frecuentes se levantan de vez en cuando con voces solennes á afirmaciones que es necesario oír y traducir en acto.

Educar el alma dividida frecuentemente de los pueblos latinos á unirse, á constituirse, á afirmar su genio vetusto á fin de renovar un ciclo de civilización que un día fué glorioso; para ofrecer á los demás pueblos de Europa mirable ejemplo de paz y de hermandad; por último, con la constitución del Mediterráneo en lago latino, que por sus prácticas por cuestión de primado, ó por confines de territorio nacional o colonial: Este el apostolado, este el hito, que la Asociación italiana se propone para corresponder á igual obra de amigos españoles, franceses, portugueses en otros constituidos en comité. Es una obra de educación popular que se inicia, obra segura en no dejarse porvenir contra los maniobras de las diplomacias.

Y para corresponder, como ya le dije, al deseo de estos hombres resueltos y eminentes, me he estudiado allí la reunión de valientes políticos quienes, sobre las normas del estatuto italiano aquí adjunto, procedieren en España á idéntica organización. Si Ud. aceptara este mandato pusiera gusto á Ud. y á sus amigos en relación directa con este comité ejecutivo de la alianza latina que, como le dije, tiene singularmente el hito de hacer propiamente á la unión de las naciones humanas, á que ^{esta} resulte el primer núcleo de aquellos Estados-unidos de Europa que anhela nuestro Cattaneo. Y me he dirigido á Ud. mas que

di otro, por ser Ud. hombre independiente, por no pertenecer,
como yo, á ningún partido, y porque me parece el hombre,
el verdadero hombre, mas indicado, há dar vuelo y poner
en hechos ~~esta~~ ideas ^{tan} grande y fructuosas. Ud. dirá, si á lo me
nos sabrá seguramente indicarme la persona á quien podré
dirigirme con toda seguridad. Gracias mil igualmente. Aguarden
compañía. Ya sabe cuanto la admira su afino amigo

Silvestro Beccari

«Lo que me embarga el ánimo»: Miguel de Unamuno y la Gran Guerra

Giovanna Scocozza

Università per Stranieri di Perugia

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen:

Doña Emilia Pardo Bazán decía que lo mejor de Miguel de Unamuno eran sus epistolarios – su «epistolomanía», como él mismo la definía – en los que no sólo encontramos las claves para el estudio de su vida y de su obra, sino, sobre todo, a ese hombre que, de manera espontánea, con la emoción de lo inmediato, nos cuenta su pensamiento, y su época. Y ese es, del mismo modo, el Unamuno que escribe a su amigo francés Jacques Chevalier el 22 de diciembre de 1914, es decir, un Unamuno que, cinco meses después del estallido de la guerra, entrega a su pluma sus sentimientos, sus preocupaciones sobre la dramática situación que estaba viviendo Europa en aquel momento.

Palabras clave

Guerra, neutralidad, intelectuales, cartas, identidad

Abstract

Doña Emilia Pardo Bazán said that Miguel de Unamuno's best aspects were his epistolary works and his "episto-mania", as he defined it, in which there is not only the keys to the study of his life and works, but also a man who in a spontaneous way, and with an immediate emotion, tells us about his thoughts and his time. In this vein, Unamuno writes to his French friend Jacques Chevalier on the 22 December 1914. These are the words of a man who, five months after the outbreak of war, entrusts his pen with his feelings, his worries for the dramatic situation that Europe was living in that moment.

Key words

War, neutrality, intellectuals, letters, identity

Para intentar reflexionar sobre la dimensión «española» de la Gran Guerra, de la guerra, es decir, en la que España no quiso participar, pero que, como nos recuerda E. Pérez Aunós, de alguna forma «se le metió en casa»¹, voy a inspirarme en una carta que Miguel de Unamuno escribió a su amigo Jacques Chevalier el 22 de diciembre de 1914. Doña Emilia Pardo Bazán decía que lo mejor de Miguel de Unamuno eran sus epistolarios -su «epistolomanía», como él mismo la definía- en los que no sólo encontramos las claves para el estudio de su vida y de su obra, ya que nos permiten también, y sobre todo, enfrentarnos con el «Unamuno vivo, real y de carne y hueso»², con aquel hombre que de manera espontánea, con la emoción de lo inmediato, nos cuenta su pensamiento, su época³. Y ese es, del mismo modo, el Unamuno que escribe a su amigo francés, un Unamuno que cinco meses después del estallido de la guerra entrega a su pluma sus sentimientos, sus preocupaciones sobre la dramática situación que estaba viviendo Europa en aquel momento:

«Lo que me embarga el ánimo es la guerra, la gran guerra, la lucha de la democracia, de la justicia contra el imperio de la fuerza, contra esa bárbara *Kultur* –K mayúscula, rectilínea, de cuatro picos, a modo de caballo de frisa-, del águila cacareadora»⁴: las palabras a las que recurre en estas pocas líneas son, en mi opinión, el reflejo más nítido del desgarramiento íntimo que sufría Unamuno con respecto a la guerra, y también trazan el camino que nos lleva a reflexionar sobre el papel que tuvieron los intelectuales españoles, testigos de una neutralidad, o de lo que, quizás, se podría definir «una guerra no declarada»⁵.

1. E. Pérez Aunós, *Itinerario de la España contemporánea*, Barcelona, 1940, 326.

2. L. Robles, “Introducción” en M. de Unamuno, *Epistolario inédito (1894-1914)*, I, Madrid, 1991, 22.

3. La importancia de los epistolarios para recomponer el pensamiento y la vida de los intelectuales españoles del siglo XX resulta también evidente en la biografía reciente de Jordi Gracia sobre Ortega y Gasset, donde el autor ha intentado «humanizar a un escritor inhumano: excepcional por talento, valentía e inteligencia, también suspicaz y altivo como pocos. [...] Debía ser Ortega quien se contase y yo quien decidiese qué contaba él, a la luz de sus textos públicos y privados, los editados y los inéditos, y desde luego a la vista de un epistolario riquísimo y en su mayor parte inédito, además de las cartas y testimonios de los demás cuando se ocupan de Ortega, sobre todo si esos otros se llaman Juan Ramón, Antonio Machado, Baroja, María de Maeztu, Azorín, Azaña o Zambrano». Véase J. Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, 2014.

4. de Unamuno, *Epistolario inédito... op. cit.*, 356.

5. Cuando hablamos de «guerra no declarada» nos referimos a lo que subrayan los historiadores Eduardo González Calleja y Paul Aubert en su recién trabajo, al afirmar que «el conflicto no se detuvo a las puertas

«La situación económica, la debilidad militar, la indecisión de un monarca dividido entre una madre austriaca y una esposa inglesa, entre su gusto por los desfiles del ejército prusiano y sus amistades francesas, el hecho de que ninguna razón vital obligaba a entrar en la guerra [...] todo concurrió para hacer de España un país neutral»⁶, nos recuerdan E. González Calleja y P. Aubert, subrayando algunas de las razones que han hecho de España más un sujeto pasivo que un actor en el escenario internacional de los últimos dos siglos. De hecho, la historia contemporánea de España ha sido caracterizada y afectada por un largo aislamiento que, desde el principio, ha representado una de las causas, quizás la más determinante, de la inquietud que ha sufrido el país durante esta época. En efecto, con el comienzo en 1810 del proceso de independencia de las colonias americanas, y el consiguiente desmoronamiento del Imperio, España se iba enfrentando cada día más con la debilidad, con la inadecuación de su política exterior, y con la fragilidad de su política interior, espejo de un sistema que no lograba garantizar equilibrio y estabilidad a una tierra que se encaminaba hacia uno de los momentos más oscuros de su historia. Esta es la perspectiva desde la que se tienen que analizar los debates sobre la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial, ya que, según muchos políticos e intelectuales de la época, la participación en la Gran Guerra hubiera podido representar una importante oportunidad para devolver a España un papel digno a nivel internacional. El Conde de Romanones, en su prólogo a la obra de Albert Mousset *La política exterior de España (1873-1918)*, afirma que «el no haber dado España en todo momento preferente valor y atención a su política exterior es una de las principales causas de nuestra decadencia»⁷, y añade que

«en España ha faltado en los directores de su vida pública afición para los problemas de política exterior, deseo de conocer lo que ocurre al otro lado de nuestras fronteras. La opinión nunca se ha interesado tampoco en examinar la conveniencia de entablar vínculos con unas u otras naciones, unas veces por amor propio excesivo y otras tomando como fundamento una debilidad y pequeñez que existe más en nuestro propio ánimo que en los ajenos [...]. Las Naciones que no quieren perder su categoría y rango son aquellas que más obligadas están a seguir con afán constante todo cuanto ocurre en el mundo, a procurar que no se prescinda de ellas en ningún momento»⁸.

de España, sino que penetró profundamente en el tejido social, político, económico y cultural del país [...]. La imagen de la beatífica neutralidad española resulta, pues, falsa. El país contempló la alteración de todas las facetas de su vida colectiva, y vio amenazada su soberanía, base de su neutralidad, en aspecto tan vitales como la libertad de comercio, la autonomía política de sus gobiernos, la intangibilidad de sus archipiélagos, la integridad de sus costas, la soberanía de sus aguas, la seguridad de sus intereses materiales o la neutralidad de su Administración»; E. González Calleja y P. Aubert, *Nidos de Espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1918*, Madrid, 2014, 28.

6. González Calleja y Aubert, *op. cit.*, 22.

7. Conde de Romanones, "Prólogo" en A. Mousset, *La política exterior de España (1873-1918)*, Madrid, 1918, 10.

8. Conde de Romanones, *op. cit.*, 10.

En este último párrafo Romanones subraya lo que hacen las naciones para no perder su «rango internacional» y lo que, por entonces, hubiera tenido que hacer España; sin embargo, en mi opinión, el país que salía del 98 y de todo lo que el *desastre* significó, no podía, ni probablemente sabía ponerse a la «altura» internacional de las demás naciones europeas, ya que ni siquiera había conseguido identificarse en el concepto de nación⁹. De hecho, la derrota de la marina española en la guerra hispano-cubana no significó sólo la desaparición definitiva de la palabra «imperio» de las páginas de los libros de historia, sino, sobre todo, la dificultad de sustituir este término con algo con lo que los españoles se identificasen: lo que quedaba del glorioso imperio era un territorio claramente delimitado geográficamente dentro de los confines europeos, al que no correspondía una igualmente bien delimitada conciencia nacional: empieza, de este modo, esa espasmódica búsqueda de una nueva identidad que constituirá el fundamento de la vida de España y de los españoles durante todo el siglo XX¹⁰. Y de este clima de confusión, de inquietud, es de donde tenemos que empezar para intentar comprender cómo se colocan los intelectuales españoles en la Gran Guerra, puesto que sus plumas se convirtieron en las trincheras que marcaban el confín entre aliados e imperios centrales, con la angustiada esperanza de encontrar en la lucha entre «germanofilia» y «aliadofilia» también las respuestas y, quizás, las soluciones, a lo que Mallada definía «los males de la patria»¹¹.

Como ya hemos recordado, con la declaración de guerra a Francia por parte de Alemania, España se apresuró a proclamar su neutralidad el 7 de agosto de 1914, posición que el gobierno de Eduardo Dato consideraba la única opción posible, calificando de «política de aventura» cualquier intervención bélica y explicando que «sólo en el caso de verse en peligro la independencia de la nación, la integridad del territorio o el honor de España»¹² el país se lanzaría a la guerra:

9. De todos los vocablos que caracterizan el lenguaje de la política, quizá sea «nación» uno de los más problemáticos, especialmente controvertido y debatido, sobre todo, en la actualidad, después de la vuelta a la escena política de formas agresivas de nacionalismo. El concepto ha sido objeto de interpretaciones opuestas: ¿las naciones nacen de un patrimonio de historias y culturas compartidas o más bien, son fruto de una «invención» en respuesta a exigencias políticas específicas? De ahí, la imposibilidad de observar el desarrollo de la nación española del siglo XX sin ponerla en relación con algunos pasos claves de la historia del pensamiento político europeo, desde el nacimiento del estado moderno hasta la edad de la globalización, pasando por la Revolución francesa, el liberalismo del siglo XIX y la época de los nacionalismos. Con respecto a la evolución del concepto de nación véase, entre otros, A. Campi, *Nazione*, Bolonia, 2004.

10. A pesar de la crisis social y política que estaba sufriendo España en el periodo bélico, no deberíamos olvidar que estos años coinciden con el apogeo cultural y científico de la llamada generación del '14, sin duda la más europeísta de la historia de la Península en el siglo XX. Sobre el argumento véanse: M. Menéndez Alzamora, *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, 2006; F. José Martín (ed.), *Intelectuales y reformistas. La Generación de 1914 en España y América*, Madrid, 2014.

11. Véase L. Mallada, *Los males de la patria y la futura revolución española*, Madrid, 1969.

12. N. Aguirre de Carcer (ed.), «Declaraciones oficiales españolas -Real Orden, 7 de Noviembre de 1914», *La neutralidad de España durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)*, Madrid, 1995, 4.

«Si ese caso llegase, señores, nosotros somos españoles y nosotros sabemos responder a la tradición gloriosa de la noble y vieja España, sacrificando nuestras vidas, que nada valen, por la integridad y la independencia de nuestro territorio. Entre tanto, y mientras llega la hora de la paz, ansiada por la humanidad entera con angustia infinita, mientras esa hora bendita llega [...], nosotros debemos cumplir austeramente con los estrechos deberes que la neutralidad impone, no sólo deberes oficiales y deberes del Parlamento, sino deberes de toda la nación española, de respeto, de admiración, de conmiseración a aquellos pueblos que sufren los horrores de la guerra, deberes que responden a la tradicional hidalguía del pueblo español»¹³.

Así que España, una vez más, se colocaba en una soledad diplomática que Ortega consideraba quizás inevitable, pero sin duda doliente:

«Nosotros no podemos mirar a los últimos sesenta años de nuestra vida sin sonrojo y sin ira. Los directores de nuestra patria han hecho de ella lo contrario de lo que hicieron con la suya los directores de la raza italiana: éstos han hecho a Italia, aquellos han deshecho a España. Y hoy cuando llega la hora, ya inminente, de entrar Italia en la guerra absoluta, en la guerra definitiva, vamos a sentir con evidencia aterradora que somos una nación descaminada. Y cuando la base entera del Mediterráneo haya entrado en la liza, ¿qué sentiremos los españoles? ¿Cómo interpretaremos la emoción de soledad que ha de sobrecogernos? La cómoda, grata, dulce, neutralidad ¿seguirá pareciéndonos la mejor de las políticas? ¿Nos parecerá siquiera una política?»¹⁴.

La «cómoda, grata, dulce, neutralidad» orteguiana se iba a sumar a las llamadas «“neutralidad vigilante” en tiempos de O’Donnell, “aislamiento” con Cánovas, “recogimiento” con Moret»¹⁵, es decir, reiteraba la exclusión de España del concierto de las naciones mediterráneas y, por consiguiente, subrayaba, según los intelectuales y políticos españoles que no eran partidarios de la neutralidad, la inferioridad del país. «Eran conscientes de que esa guerra no era una guerra cualquiera, y que la victoria de uno u otro campo marcaría el futuro de Europa»¹⁶, y por esto no entendían que se pudiera aspirar a la felicidad mediante una neutralidad pasiva, frente a lo que Pérez de Ayala llamaba «la guerra del mundo, guerra de

13. Aguirre de Carcer, loc.cit., 4-5.

14. J. Ortega y Gasset, “Política de la neutralidad, La camisa roja”, *España. Semanario de la vida nacional*, 29 de enero, 1915, 2. Las palabras de Ortega aparecieron en el primer número de la revista *España*, es decir, «meses después de haber comenzado la guerra, pero justo a tiempo de dejarnos un valioso testimonio contemporáneo por medio de las letras y las ilustraciones, acerca de su visión del conflicto». *De hecho, el semanario, fundado por Ortega como un órgano más de su Liga de Educación Política, nació con el objetivo de fomentar y extender las ideas de toda una generación de intelectuales que «intuyen un nuevo orden europeo, y ven necesario que España se una a Europa en el proceso de modernización y reforma que saldrá de la guerra. Respecto a esta integración de España en Europa, para Ortega y Gasset no se puede dejar pasar la oportunidad de participar en una guerra en la que incluso Italia va a entrar». Véase P. Ramírez Benito, “La Gran Guerra vista desde la intelectualidad de la revista España. Semanario de la vida nacional (1915-1924)”, *Sucesos, guerras, atentados. La escritura de la violencia y sus representaciones*, Paris, 2009, 57-82.*

15. González Calleja y Aubert, *op.cit.*, 24.

16. González Calleja y Aubert, *op.cit.*, 24.

civilización»¹⁷. «La guerra era percibida como un acontecimiento que abría muchas posibilidades, empezando, más allá de la lucha entre culturas y morales, por una pelea entre “la España oficial y la España vital”»¹⁸, y es en este contexto, es decir, en una guerra entre aliados e Imperio Central percibida por algunos como una batalla entre democracia y autocracia, donde encontramos a intelectuales como Miguel de Unamuno que, dirigiéndose a su amigo Chevalier, afirma que en España:

«todos los enemigos de la democracia, de la libertad, de la opinión libre, todos los inquisitoriales que desgraciadamente son muchos, abogan por Alemania. Se une el tradicional recelo al vecino, a Francia, y una ojeriza grande a Inglaterra, y no sólo por lo de Gibraltar. Aquí se cree y se dice que en Francia e Inglaterra se nos desdenea y se nos desprecia. Y yo digo que en Alemania ni se nos conoce. Porque no es conocer el que un erudito estudie a unos de nuestros clásicos del siglo XVII. Para los alemanes no existimos»¹⁹.

Las palabras de Don Miguel se sitúan en aquella «guerra civil» presente en España entre los germanófilos y los aliadófilos, entre las derechas y las izquierdas, entre los que interpretaban el mantenimiento de la neutralidad como la renuncia a aprovechar la última oportunidad para que España restableciese su prestigio internacional tras el desastre de 1898 y los que se alegraban de haber evitado una peligrosa aventura. Sobre todo, son palabras que dejan transparentar la amargura, el resentimiento hacia el enemigo interior, esto es, aquel «germanófilo español» que los miembros de la *Liga Antigermanófila*²⁰ consideraban partidarios de la tradición reaccionaria y hostiles a la herencia ideológica de la Revolución francesa y a los ideales laicos y republicanos. Lo que escribe Unamuno a Chevalier, en efecto, nos guía por un camino que parte de un contexto internacional para llegar a un doloroso debate en torno a la política interior y a la esencia del régimen español o, mejor dicho, de un sistema que llevaba en sí mismo todos los fracasos de una Restauración heredera, entre otras cosas, del aislamiento internacional conscientemente construido por Cánovas²¹. En fin, en la carta

17. R. Pérez de Ayala, “Política y toros”, *Obras Completas*, III, Madrid, 1963, 832.

18. González Calleja y Aubert, *op.cit.*, 22.

19. de Unamuno, *Epistolario inédito... op. cit.*, 358.

20. Según avanza la guerra, el 18 de enero de 1917, se publica en *España* el Manifiesto de la Liga Antigermanófila, según el cual, los «antigermanófilos» no se declaran «germanófobos» pero sí contrarios a la política alemana:

«La Liga Antigermanófila no es germanófoba. Admira en Alemania lo que en ella hay de grande y permanente y repudia en ella lo que pugna con el espíritu libertador de la Historia. No simpatiza con el Estado alemán porque representa la negación de las pequeñas nacionalidades en su política exterior, y de la democracia, y en general del espíritu civil, en la interior»; *España*, 18 de enero de 1917. Véase P. Ortiz de Urbina, “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914”, *Revista de Filología Alemana*, 15, Madrid, 2007, 193-206.

21. Sobre el papel que tuvo Cánovas en la política exterior española de la segunda mitad del siglo XIX, véase, entre muchos otros, G. Scocozza, *España en los comienzos de la edad contemporánea. Cánovas y la cuestión cubana*, Bogotá, 2012.

enviada al amigo francés, es posible reconocer al intelectual que toma parte «activa» en la política del momento, que firma manifiestos, que asiste a mítines, es decir, según afirma Espada Burgos, «es precisamente en esa polémica originada por la guerra cuando se puede situar en España la presencia del intelectual comprometido y de una manera corporativa tanto como actor (firmante de manifiestos) como en su condición de testigo o de conciencia crítica de un momento de su país»²².

La correspondencia entre Unamuno y Chevalier, sin embargo, nos ofrece mucho más que la figura de un intelectual comprometido e indignado. Las palabras, las líneas, las emociones a través de las que la carta toma vida recogen, en mi opinión, algo sobre lo que merece la pena centrarse: las reflexiones de Don Miguel parecen atravesar el concepto de neutralidad para luego dividirse en dos momentos que acabarán por encontrarse y afectarse el uno al otro. El hecho de analizar la Gran Guerra a partir de esta carta, sin duda, nace porque entre las líneas de este escrito se percibe la posibilidad de llegar a la guerra a través del hombre y su tierra, más que a través del intelectual y sus novelas: es decir, en las páginas dirigidas a Chevalier el Unamuno intelectual se manifiesta, sobre todo, como el hombre hijo de su época, afligido por el futuro de su pueblo y, al mismo tiempo, testigo y víctima de las contradicciones de su país. En la carta, indudablemente, ya desde las primeras líneas podemos destacar como la «dimensión» nacional e internacional de las reflexiones a las que se abandona Don Miguel coincide con una dimensión personal de particular relevancia:

«Hace tiempo, mi muy querido amigo, que deseaba escribirle. Pero he andado en un trajín muy grande. No quiero entretenerle con lo de mi destitución. Ha sido una pequeña miseria de nuestra politiquilla interior. Y precisamente por no ser yo político de partido, que ése es mi pecado. Pero con ello he ganado en prestigio. Mi último viaje a Madrid, hace quince días, a iniciar una campaña contra la beocia que nos desgobierna fue un éxito enorme. Jamás me he visto mas aclamado. Todo ello me ha servido para medir mi fuerza, que es mayor que creía»²³.

Como puede intuirse, la carta esta escrita en unos de los momentos más difíciles de la vida del intelectual vasco, es decir, en los meses inmediatamente posteriores a su destitución como Rector de la Universidad de Salamanca. El 31 de agosto de 1914, efectivamente, como nos recuerda Emilio Salcedo:

«en la Plaza Mayor cuelgan los periódicos locales unas carteleras en que dan avances de las noticias mas salientes que van a publicar. Los titulares de la guerra europea llenan las planas de todos los diarios y la gente tiene afección de noticias. Entre los telegramas de guerra, la agencia de información lanza una bomba auténtica: Bergamín ha destituido al rector. Y Unamuno se entera bajo los portales de la Plaza Mayor de Salamanca, en la cartelera de un periódico»²⁴.

22. M. Espada Burgos, «De la época bismarckiana a la Gran Guerra», en W. Bernecker, *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Fráncfort, 1992, 79.

23. de Unamuno, *Epistolario inédito... op. cit.*, 356.

24. E. Salcedo, *Vida de Don Miguel*, Salamanca, 1964, 185. Para una visión amplia y detallada de la vida de Unamuno, cuyas vivencias y acciones estuvieron estrechamente vinculadas a la vida política y cultural de

La destitución, como sabemos, fue un trago difícil, sobre todo, por el modo en el que el ex-rector se enteró de la noticia, ya que, como el mismo afirmó, «no precedió a ella [la destitución] ni aviso ni amonestación, ni queja alguna de mi conducta como rector o particular; es decir, que no se me ha guardado absolutamente ninguna consideración personal»²⁵. Las causas que indujeron al entonces Ministro de Instrucción pública, Bergamín, a destituir del Rectorado a Unamuno no resultaron, ni resultan, claras, ya que, presumiblemente, «hay que sumar muchos datos: la filiación socialista de Unamuno, [...]; sus campañas agrarias [...]; el incidente del estudiante colombiano; la lucha del rector por la libertad de cátedra [...]; su difícil posición religiosa»²⁶. Sin embargo, si por un lado la destitución sigue siendo un capítulo no muy claro tanto de la historia personal de Don Miguel como de la universidad española, por el otro absolutamente claras y definidas fueron las reacciones que produjo. Muchísimos intelectuales enviaron cartas a Unamuno en las que expresaban su solidaridad por todo lo ocurrido; entre ellos, Luis de Zulueta, Manuel García Morente, Francisco Giner de los Ríos u Ortega y Gasset, quien desde el primer momento le dijo que podía contar incondicionalmente con él y su «mal genio», de la misma manera en la que Ramiro de Maeztu, algunos días después, puso su pluma a sus órdenes, por si en algo podía contribuir a reparar la dignidad herida de Don Miguel. Y fueron precisamente estos amigos y admiradores los que, por mano de Salvador de Madariaga, pidieron al ex rector «que su próxima venida a Madrid sea una manifestación digna y fuerte de protesta contra el atropello de que ha sido usted víctima»²⁷; solicitud que se concreta el 25 de noviembre de 1914 con una conferencia en el Ateneo de Madrid titulada *Lo que ha de ser un rector en España*:

«De la universidad española actual no cabe decir que es una ruina, porque no existe. Esas miserables fábricas de licenciados y colegios electorales no merecen semejante nombre. [...] Y si queremos levantar la vista de la triste miserias que os he mostrado, ¿a dónde hemos de alzarla sino a esa guerra noblemente trágica, solemnemente transcendental, que hoy arde ante el altar de la cultura en lo más íntimo de Europa? Ella ha servido para que se trame aquí una tregua política [...] pero ella traerá, estad seguros, una sacudida espiritual, no sólo a los pueblos beligerantes, sino a los al parecer neutros, a nuestra pobre España entre ellos»²⁸.

Las afirmaciones, las quejas que Unamuno expuso con fuerza y rabia durante su conferencia, resonaron más bien como una «acusación clara y decidida contra un sistema: tiene presente lo que ha sido su lucha en la Universidad de Salamanca, y siente el desfallecimiento de la hora mala en que toda esperanza se pierde y sólo queda el grito, el derecho al pataleo»²⁹.

España durante más de cinco décadas, véase también el reciente estudio de Colette y J.-C. Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, 2009.

25. Salcedo, *op. cit.*, 185.

26. Salcedo, *op. cit.*, 188.

27. Salcedo, *op. cit.*, 189.

28. M. de Unamuno, «‘Lo que ha de ser un rector en España’: conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 25 de noviembre de 1914»; *Nuevo Mundo*, Madrid, 1914.

29. Salcedo, *op. cit.*, 194.

Las palabras de Salcedo nos llevan al momento en el que la vida de un hombre se encuentra, para confundirse, con la vida de su gente y de su tierra. Y es este el hombre que escribe a Chevalier, es decir, un Unamuno víctima de un sistema enfermo y corrupto pero, al mismo tiempo, con la necesidad de rescatar a su pueblo; que no quiere centrarse en «la pequeña miseria» de la «politiquilla interior» de España y que, al mismo tiempo, busca consuelo en la aclamación de Madrid.

El dolor y la esperanza del hombre, por lo tanto, se unen y se identifican con el dolor y la esperanza de su época: «Y vea usted como veo yo en esta guerra una guerra de cultura. El actual Imperio Germánico, anti-democrático y corruptor, es algo tan terrible como fue el imperio napoleónico francés de 1870. Y tienen que vencer los pueblos contra el puro Estado, el Estado sin pueblo. Y será ello la liberación de los alemanes»³⁰. Estas son las palabras con las que Unamuno expresa a su querido amigo francés lo que piensa de la guerra, en una correspondencia que enfrenta no sólo a dos intelectuales, sino, sobre todo, a dos hombres que viven y sienten la guerra con la misma alma, como subraya Chevalier en la carta del 11 de octubre de 1914 cuando, dirigiéndose a Unamuno, afirma:

«[...] voilà aussi pourquoi, cher ami, il serait si important pour l'avenir du monde que les neutres, que votre chère, noble et pure Espagne, se déclarent: leur intervention aurait une portée morale immense, précisément parce qu'ils n'ont pas d'intérêt direct, immédiat, personnel dans la lutte, et qu'ainsi leur voix s'élèverait comme la voix de la justice et de la conscience humaines. Vous le savez, vous le sentez, comme nous mêmes [...]»³¹.

Y a este «sentir» se dirige el profesor francés cuando escribe a su amigo español, para que pueda convencer a su gente y a su gobierno a abandonar una neutralidad demasiado peligrosa: «*c'est une question de vie et de mort pour nous, et, j'ajoute, pour l'humanité, pour la civilisation toute entière*»³². Sin embargo, es precisamente este «sentir», o, mejor dicho, este «vosotros sentís», el que marca la distancia entre los dos intelectuales en el pasaje de hombre a pueblo, de ciudadano a nación. ¿A quién esta solicitando ayuda y alianza el Chevalier hijo de su Francia? ¿En qué «vosotros» se convierte el «vous» del francés? O mejor, ¿a qué España se está pidiendo que participe en la guerra al lado de los aliados? Así llegamos al momento en el que, en mi opinión, la neutralidad española se presenta como sinónimo de esa ausencia de identidad nacional que hizo casi necesario o inevitable permanecer en el «limbo». Después del 98, de hecho, la búsqueda del nuevo «ser» de España continuaba siendo el problema principal del país, problema que se inscribía en un inexistente diálogo con una Europa todavía demasiado lejana.

Aquí se halla el afán por definir a España a través de Europa, o de individuar una Europa española, pero, sobre todo, la necesidad perenne de encontrar una España en la que

30. de Unamuno, *Epistolario inédito... op. cit.*, 358.

31. M. García Blanco, "Unamuno y el profesor francés Jacques Chevalier", *Estudios sobre Unamuno. Revista de la Universidad de Madrid*, 13, 49-50, Madrid, 1964, 33-34.

32. García Blanco, *op.cit.*, 33.

todos los españoles se reconociesen como hijos de una misma y unida nación. Este es el país que busca Unamuno, el país del que quiere hacerse portavoz y que, en su opinión, tendría el deber de defender la causa de los aliados. Pero este país todavía no existe: España era en aquel momento una nación *in fieri*, perdida en los meandros de su identidad, sin haber individuado todavía la salida del laberinto. Y en este contexto se coloca el Unamuno al que se dirige Chevalier, aquel hombre que el filósofo francés, en un escrito titulado *Hommage à Unamuno*, define orgullo de España y de la humanidad entera, capaz de ser universal y, al mismo tiempo, de no dejar nunca de ser español y que, precisamente con el apego a su tierra, ha fundado su humanismo:

«Miguel de Unamuno, recteur de l'Université de Salamanque, est, à l'heure actuelle, le plus éminent représentant des lettres et de la pensée espagnoles, et l'un des hommes qui sont l'honneur de leur pays aussi bien que de l'humanité. Pour être, comme il l'est, profondément, typiquement et universellement homme, il n'a pas eu à cesser d'être Espagnol: c'est au contraire dans son fervent attachement à sa terre, à sa race et à son peuple, que Don Miguel, ainsi que le dénomment familièrement ses compatriotes, a puisé le suc de son humanisme; et c'est parce qu'il est lui-même, c'est parce qu'il est, suivant l'une de ses expressions favorites, "Un homme en chair et en os", que tous se reconnaissent en lui et qu'il appartient en quelque manière à tous, s'il est vrai, comme il l'a dit, que le véritable universel c'est le singulier»³³.

Y éste es el Unamuno sobre el que hemos querido reflexionar: el intelectual, el hombre, el español que mira hacia la guerra desde una perspectiva que quizás hubiera podido ser fuente de inspiración para Anderson, algunos años más tarde, en su definición de *Imagined Communities*, es decir, un Unamuno que quiere y necesita llegar a la afirmación de una nación española como consecuencia de un proceso fundado en la tradición, y orientado hacia la creación de un imaginario común, para alcanzar un horizonte de memorias colectivamente compartidas llamado España³⁴.

33. Véase J. Chevalier, "Hommage a Unamuno", *Cuadernos de la Cátedra Miguel De Unamuno*, 1, Salamanca, 1948, 9-28.

34. Véase B. Anderson, *Imagined Communities: reflections on the origin and spread of nationalism*, New York, 2006.

II



Miscelánea

TITLES OF NOBILITY CONFERRED DURING THE REIGN
OF PHILIP V: A HISTORIOGRAPHICAL REVIEW

La nobleza titulada en tiempos de Felipe V. Un balance historiográfico*

María del Mar Felices de la Fuente
Universidad de Almería

Fecha recepción 07.09.2015 / Fecha aceptación 05.11.2015

Resumen

Este artículo pone de manifiesto cómo desde las últimas décadas del pasado siglo XX, se viene apreciando un significativo interés por la nobleza española de la Edad Moderna, que se ha plasmado en numerosos trabajos de gran relevancia. En su mayoría, se trata de investigaciones que, siguiendo la estela iniciada por don Antonio Domínguez Ortiz a mediados de siglo, han profundizado en distintos aspectos del estamento nobiliario, o bien, en el análisis de determinadas Casas o familias. Aún así, a pesar del favorable horizonte historiográfico sobre la nobleza, continúan siendo escasos los estudios comparativos con otros países, así como

Abstract

This article shows how since the last decades of the 20th century, there has been significant interest in the Spanish nobility of the Modern Age, which has resulted in numerous works of great importance. Most of this research, which has followed the lead set by Antonio Domínguez Ortiz in the middle of the 20th century, has explored various aspects of the noble estates of the realm or has analysed certain noble families. Even so, despite the otherwise solid historiographic literature on nobility, comparative studies of nobility in other countries remain

* El presente estudio se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D *Entre venalidad y corrupción en la Monarquía Hispánica durante el Antiguo Régimen* (HAR2014-55305-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

las obras de carácter general sobre el conjunto del estamento o sus distintas categorías. En esta línea, se está consiguiendo en los últimos años un importante avance merced a investigaciones relativas a las distintas categorías nobiliarias –como son los caballeros de hábito de las Órdenes Militares o los nobles titulados–, principalmente para el periodo de la primera mitad del siglo XVIII. El trabajo que aquí presentamos, se centra fundamentalmente en hacer un repaso bibliográfico por las monografías y estudios más importantes que han contribuido en la actualidad a conocer mejor al selecto grupo de la nobleza, y en especial, a los nobles titulados durante el reinado de Felipe V.

Palabras clave

Edad Moderna, Felipe V, estamento nobiliario, nobleza titulada, historiografía nobiliaria, revisión bibliográfica

scarce, as do general works about the collective nobility and the categories thereof. In this regard, good progress has been achieved in recent years thanks to research on the different levels of nobility –such as the knights of Military Orders and titles of nobility–, mainly in relation to the first half of the 18th century. The work presented here is dedicated mostly to a historiographical review of all the studies that have contributed recently to learning more about select groups of nobility, and especially the titles of nobility conferred during the reign of Philip V.

Key words

Modern Age, Philip V, noble estate, titles of nobility, noble historiography, historiographical review

1. Introducción y contextualización

En la historiografía española los estudios sobre la nobleza moderna no han gozado del desarrollo que han experimentado en el resto de Europa. No obstante, aunque el volumen de trabajos realizados continúa siendo escaso, en las últimas décadas se ha generado un mayor interés por este grupo social, tal y como demuestran los estados de la cuestión publicados hace unos años por Enrique Soria Mesa¹ o David García Hernán². Han sido múltiples los campos de investigación abordados, entre otros, el régimen señorial, las elites y oligarquías locales, la historia social y política de la nobleza, los ámbitos cortesanos, o la cultura nobiliaria, e igualmente han sido diversos los enfoques adoptados a partir de ciencias como la sociología o la antropología, que han aportado nuevos planteamientos interpretativos de la Historia. Cabe destacar que esta proliferación de trabajos no ha ido aparejada al uso de una metodología común, ni a un interés equilibrado por los múltiples aspectos de la historia nobiliaria, aunque bien es cierto que todos ellos han puesto en evidencia la importancia del estamento nobiliario en la evolución social, política, económica y cultural de la historia moderna, lo cual ha posibilitado una nueva mirada hacia una realidad social un tanto olvidada que necesita de una profunda revisión. No es nuestra intención exponer aquí un estado de la cuestión exhaustivo de todo lo que se ha publicado sobre el estamento nobiliario en la España Moderna –trabajo que requeriría de numerosas páginas–, si bien haremos un recorrido por los estudios de carácter general más significativos que han visto la luz en las últimas décadas, los cuales han incrementado el conocimiento que teníamos hasta ahora de este complejo grupo social y han servido para contextualizar estudios más concretos, a la vez que han abierto nuevas líneas de investigación.

Si analizamos la evolución de la historiografía nobiliaria española a lo largo del último siglo, se observa que existe una relación inevitable entre ésta y la producción historiográfica en general. En las primeras décadas del siglo XX la historia social fue escasa, realizándose la mayoría de los trabajos desde la óptica de la historia política, lo que influyó en una tipología de estudios nobiliarios preocupados fundamentalmente por los linajes aristocráticos, las genealogías, las biografías de ciertos personajes o la participación de la nobleza en coyunturas

1. E. Soria Mesa, *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*, Madrid, 2007, 23-36; “La nobleza en la España moderna. Presente y futuro de la investigación”, en M^a. J. Casaus Ballester (Ed.), *El condado de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen*, Zaragoza, 2009, 213-241. Sobre la nobleza del Reino de Granada, E. Soria Mesa, “La nobleza del Reino de Granada en la Edad Moderna. Estado de la cuestión y líneas de investigación”, en M. Barrios Aguilera y Á. Galán Sánchez (Eds.), *La historia del Reino de Granada a debate. Viejos y nuevos temas. Perspectivas de estudio*, Málaga, 2004, 369-388; también, “La creación de un grupo. La nobleza titulada del Reino de Granada en el siglo XVIII”, en J. P. Díaz López, F. Andújar Castillo y Á. Galán Sánchez (Coords.), *Casas, familias y rentas: la nobleza del Reino de Granada entre los siglos XV-XVIII*, Granada, 2010, 114-116.

2. D. García Hernán, “La historiografía de la nobleza en la Edad Moderna: las últimas aportaciones y las nuevas líneas de investigación”, *Revista de Historiografía*, 2, 2005, 15-31; véase además, “El estamento nobiliario: los estudios clásicos y el nuevo horizonte historiográfico”, *Hispania. Revista española de historia*, 53, 184, 1993, 497-539.

determinadas. Esta situación se prolongó hasta la década de los años cincuenta en que la historia comenzó a relacionarse de forma interdisciplinar con otros campos de las ciencias sociales, lo que dio paso a un interés mayor por la historia social del estamento nobiliario. Fue a partir de la década de los ochenta del pasado siglo cuando, de forma generalizada, se revalorizó el papel de la nobleza en la sociedad y se comenzó a tener en cuenta su trascendencia y protagonismo en los procesos sociales, lo que fomentó de manera considerable el desarrollo de estudios. No obstante, comencemos por el principio.

Del «desierto» historiográfico nobiliario a la producción de las últimas décadas: las obras de carácter general

Desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX, podemos hablar de un vacío casi total en lo que a producción historiográfica nobiliaria se refiere. Es tal la carencia de estudios en estos años que el profesor Enrique Soria Mesa llega a calificar este periodo como una «travesía en el desierto»³, en la que destaca la escasez de trabajos –en su mayoría genealogías– y la falta de una metodología sólida. A pesar de esta penuria historiográfica, algunas obras de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX continúan siendo de obligada consulta para el historiador. Es el caso de la *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española*⁴ del genealogista canario Francisco Fernández de Bethencourt, quien se propuso reconstruir la genealogía de todos aquellos linajes nobles y representativos de nuestro país, quedándose el proyecto incompleto por la magnitud de sus intenciones. Junto a ella, cabe destacar la de Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada, también conocido como marques del Saltillo, quien escribió una *Historia nobiliaria española*⁵ en la que reunió información sobre diversos señoríos y mayorazgos.

Ya bien entrado el siglo XX, se publicó un diccionario muy útil sobre la nobleza española: el nobiliario de Atienza⁶. El mismo autor trabajó además los títulos nobiliarios hispanoamericanos en una obra donde recopilaba datos sobre estos individuos, sus carreras y familias⁷. Por su parte, el Instituto Luis de Salazar y Castro publicó en 1961 un *Tratado de*

3. E. Soria Mesa, *La nobleza en la España Moderna*, op. cit., 23.

4. F. Fernández de Bethencourt, *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española. Casa real y Grandes de España*, Sevilla, 2001-2003, 10 vols. Los diez volúmenes que componen esta obra fueron publicados por vez primera entre los años 1897 y 1920.

5. M. Lasso de la Vega y López de Tejada, *Historia nobiliaria española (contribución a su estudio)*, Madrid, 1951-1953, 2 vols. Como indica Enrique Soria Mesa, otras obras destacables del mismo autor son: *Catálogo de la exposición de la Heráldica en el Arte*, Madrid, 1947; y *El señorío de Valverde*, Madrid, 1945. (Cif. en E. Soria Mesa, *La nobleza en la España Moderna*, op. cit., 24).

6. J. de Atienza, Barón de Cobos de Belchite, *Nobiliario español. Diccionario heráldico de apellidos españoles y títulos nobiliarios*, 2ª ed., Madrid, 1954. También es útil el trabajo de A. García Carraffa, *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles e hispanoamericanos*, Madrid, 1920-1963, 86 vols.

7. J. de Atienza, Barón de Cobos de Belchite, *Títulos nobiliarios hispanoamericanos*, Madrid, 1947.

*Genealogía, heráldica y derecho nobiliario*⁸ que contiene un interesante apartado sobre las diferentes categorías nobiliarias. Destacable además es el trabajo realizado por varios autores en *Aportación al estudio de la historia económica de la Montaña*⁹, obra que pretendía hacer un estudio de conjunto de todos aquellos personajes del norte peninsular que lograron hacerse con un título nobiliario a lo largo del siglo XVIII.

En este horizonte historiográfico sobresalió principalmente, a mediados de siglo, la figura de don Antonio Domínguez Ortiz, quien con sus múltiples monografías y artículos contribuyó de forma muy significativa a arrojar nueva luz sobre diversos aspectos de la historia moderna en general y de la historiografía nobiliaria en particular¹⁰. Fue a partir de su obra cuando comenzaron a proliferar numerosos estudios relativos a aspectos sociales, económicos y culturales de este grupo social, todos ellos de temáticas muy variadas, aunque carentes en su mayoría de una visión de conjunto. En este sentido, las obras de Antonio Domínguez Ortiz sí estuvieron concebidas como estudios globales que analizaban la totalidad del estamento nobiliario. De gran utilidad resulta, aunque ubicada en un contexto más general, *La sociedad española en el siglo XVII*¹¹, obra en dos volúmenes, uno relativo a la evolución demográfica de la población y al estamento nobiliario, y otro dedicado al estamento eclesiástico. Años más tarde, los planteamientos de este estudio fueron reformulados en *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*¹². Ambas obras se convirtieron en guía fundamental para los posteriores estudios sobre nobleza, tal y como reflejó el trabajo de los profesores Gregorio Colás Latorre y Eliseo Serrano¹³. Para el siglo XVIII contamos con otro libro, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*¹⁴, donde don Antonio trazó de forma magistral los aspectos sociales, políticos, económicos y culturales más relevantes de la centuria ilustrada. Al igual que en *La sociedad española del siglo XVII*, aunque de modo más breve, dedicó unas páginas en este libro a la nobleza, en las que ya apuntaba de forma somera dos aspectos de sumo interés historiográfico en la actualidad: la venalidad de los títulos nobiliarios, y el nuevo carácter de la nobleza creada a lo largo del siglo XVIII, salida en buena parte de los asentistas y hombres de negocios.

8. V. de Cadenas y Vicent, *Tratado de Genealogía, heráldica y derecho nobiliario*, Madrid, 1961.

9. VV.AA., *Aportación al estudio de la historia económica de la Montaña*, Santander, 1957.

10. Su producción bibliográfica relativa al estamento nobiliario puede consultarse de forma extensa en uno de los trabajos del profesor E. Soria Mesa, “La nobleza en la obra de Domínguez Ortiz. Una sociedad en movimiento”, *Historia Social*, 47, 2003, 9-27.

11. A. Domínguez Ortiz, *La sociedad española en el siglo XVII*, Granada, 1992.

12. A. Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1973.

13. G. Colás Latorre y E. Serrano Martín, “La nobleza en España en la Edad Moderna: líneas de estudio a partir de *La sociedad española en el siglo XVII* de don Antonio Domínguez Ortiz”, *Manuscripts*, 14, 1996, 15-37.

14. A. Domínguez Ortiz, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, 1976.

José Antonio Maravall puede considerarse igualmente precursor de estos estudios de conjunto sobre el estamento nobiliario¹⁵. Sus obras, centradas mayoritariamente en el siglo XVII, tratan de abordar los temas desde la perspectiva de la historia social, entendiendo las redes de relación y la interacción entre los individuos como el motor del sistema. De carácter general son también los trabajos del profesor Ignacio Atienza, quien analiza a la nobleza desde diversos enfoques. Destacamos, *Aristocracia, poder y riqueza en la España Moderna. La Casa de Osuna. Siglos XV-XIX*¹⁶, o su artículo, *La nobleza en el Antiguo Régimen: clase dominante, grupo dirigente*¹⁷, donde expuso entre otros aspectos las jerarquías internas del estamento, sus privilegios e instrumentos de poder –patrimonio, mayorazgo, señoríos–, y las funciones políticas que desempeñaron. Otras publicaciones igualmente significativas por su pretensión globalizadora son las de Antonio Morales Moya, quien realizó un exhaustivo análisis de la nobleza del siglo XVIII¹⁸; la síntesis de Thompson sobre la nobleza española entre 1600-1800¹⁹; el estudio de David García Hernán, que trata la dimensión histórica, social, jurídica, política y económica del estamento y que recoge una serie de textos de la época sobre aspectos fundamentales de la nobleza, entre otros, su peso social, su poder, su imagen y cultura²⁰; o una obra de estructura similar que debemos a la pluma de Adolfo Carrasco Martínez, titulada *Sangre, honor y privilegio*, donde diferencia una primera parte introductoria con contenidos generales, y una segunda parte con textos y documentos²¹. Destacable igualmente es la producción de Santiago Martínez Hernández, centrada en la nobleza cortesana de los reinados de Felipe II y Felipe III²², así como alguno de los trabajos de Carlos José Her-

15. Podemos destacar entre su producción: *Estado moderno y mentalidad social (Siglos XV a XVII)*, Madrid, 1972; *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, 1979; *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, 1975.

16. I. Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la España Moderna. La Casa de Osuna. Siglos XV-XIX*, Madrid, 1987.

17. I. Atienza Hernández, “La nobleza en el Antiguo Régimen: clase dominante, grupo dirigente”, *Estudios de historia social*, 36-37, 1986, 465-495.

18. A. Morales Moya, *Poder político, economía e ideología en el siglo XVIII español: la posición de la nobleza*, Madrid, 1983.

19. I. A. A. Thompson, “The Nobility in Spain, 1600-1800”, en H. M. Scott, *The European Nobilities in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, London, 1995, I, 174-236.

20. D. García Hernán, *La nobleza en la España moderna*, Madrid, 1992. Del mismo autor, *La Aristocracia en la Encrucijada: la alta nobleza y la monarquía de Felipe II*, Córdoba, 2000.

21. A. Carrasco Martínez, *Sangre, honor y privilegio: la nobleza española bajo los Austrias*, Barcelona, 2000.

22. De entre sus trabajos, destacamos sus obras monográficas: S. Martínez Hernández, *El Marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III: nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Valladolid, 2004; y Rodrigo Calderón. *La sombra del valido. Privanza, favor y corrupción en la corte de Felipe III*, Madrid, 2009.

nando Sánchez²³ e Isabel Enciso Alonso-Muñumer²⁴, quienes han abordado la nobleza de los territorios italianos de la Monarquía –concretamente de Nápoles–, en los siglos XVI y XVII.

El estudio de conjunto más completo sobre el estamento es el de Enrique Soria Mesa, *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*, que analiza, entre otras cuestiones, las diversas categorías nobiliarias –creando su propia clasificación–, los orígenes de la nobleza española y los continuos procesos de ascenso social que tuvieron lugar durante los siglos modernos, entre los que estuvo presente la venalidad²⁵. Se trata de una obra referente en la historiografía nobiliaria española por la espléndida síntesis que hace sobre el conjunto de la nobleza, así como por los planteamientos novedosos que aporta, siendo quizás el más significativo el hecho de que la sociedad moderna fue mucho menos estática y más abierta de lo que tradicionalmente se había pensado, merced a la gran movilidad social –ascendente y descendente– que existió. El autor abunda además en la idea del «cambio inmóvil», proceso que ya puso de manifiesto en una obra anterior²⁶, y que viene a demostrar cómo a pesar del ascenso social de numerosas familias plebeyas hasta la nobleza, y del «cambio» que ello suponía, estas transformaciones sociales se hicieron siempre dentro de los cauces establecidos para ello, dando lugar a una «perfecta continuidad» que no amenazaba en absoluto al sistema establecido.

Además de las mencionadas obras debemos señalar también los tres volúmenes de *Nobleza y Sociedad en la España Moderna*²⁷, coordinados por María del Carmen Iglesias, los cuales recopilan una serie de trabajos de amplia variedad temática que resultan interesantes para conocer el universo nobiliario. Disponemos además de algunas monografías que, aunque se han limitado a determinados espacios geográficos y al análisis de periodos de tiempo concretos, pueden ser consideradas también como estudios de conjunto por la validez de muchos de sus planteamientos. Es el caso, por ejemplo, del libro de Marie-Claude Gerbet sobre la nobleza extremeña, que a pesar de contextualizarse en los inicios de la Edad Moderna y tener más de dos décadas, continúa siendo un trabajo modélico por el estudio sistemático

23. C. J. Hernando Sánchez, “La cultura nobiliaria en el virreinato de Nápoles durante el siglo XVI”, *Historia social*, 28, 1997, 95-112; “Nobleza y diplomacia en la Italia de Carlos V: el II duque de Sessa, embajador en Roma”, en F. Sánchez-Montes González y J. L. Castellano (Coords.), *Carlos V: Europeísmo y universalidad*, III, Madrid, 2001, 205-298; “El Gran Capitán y los inicios del virreinato de Nápoles: nobleza y estado en la expansión europea de la Monarquía bajo los Reyes Católicos”, en L. A. Ribot García, A. Carrasco Martínez y L. Adao da Fonseca (Coords.), *El Tratado de Tordesillas y su época*, III, Valladolid, 1995, 1817-1854.

24. I. Enciso Alonso-Muñumer, *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III: Nápoles y el Conde de Lemos*, Madrid, 2007.

25. E. Soria Mesa, *La nobleza en la España Moderna*, op. cit.

26. E. Soria Mesa, *El cambio inmóvil. Transformaciones y permanencias de una élite de poder (siglos XVI-XVIII)*, Córdoba, 2001.

27. M^a. C. Iglesias, *Nobleza y sociedad en la España Moderna I*, Oviedo, 1996; *Nobleza y sociedad en la España Moderna II*, Oviedo, 1997; *Nobleza y sociedad III: las noblezas españolas, reinos y señoríos en la Edad Moderna*, Oviedo, 1999.

que presenta acerca de los comportamientos nobiliarios y sus categorías²⁸. Siguiendo este esquema hay que reseñar dos trabajos igualmente señeros, el de Santiago Aragón Mateos sobre la nobleza extremeña en el siglo XVIII²⁹, y el de Jorge Antonio Catalá Sanz sobre las rentas y patrimonios de la nobleza valenciana en el mismo siglo³⁰. El primero de ellos analiza los diversos escalafones del estamento nobiliario extremeño, las estrategias que siguieron las familias para perpetuar su poder –basadas en el matrimonio– y la base de sus economías, a la vez que aporta un enfoque social a partir del estudio de las ocupaciones profesionales de la nobleza, su relación con el poder municipal, con la cultura, la religión y con otros aspectos de la vida nobiliaria, tales como la violencia o el honor. En cuanto al segundo, a través de la consulta de documentación notarial, pleitos y archivos privados, el autor aborda cuestiones relativas a la estructura de las rentas y patrimonios nobiliarios de la Valencia del siglo XVIII, examinando el origen de los vínculos y mayorazgos, la acumulación e inversión de capital, las estrategias de reparto de los bienes de libre disposición, el gasto como representación del estatus social, y otros aspectos relacionados con el régimen señorial, componente básico de la economía nobiliaria.

Junto a la nobleza extremeña y valenciana, la nobleza asturiana también ha sido ampliamente estudiada en los últimos años como demuestran los diversos trabajos que han sido coordinados por M^a Ángeles Faya Díaz³¹. Asimismo, merecen ser destacadas además algunas obras que han analizado en sus páginas la trayectoria de determinadas Casas o familias nobles. Tal es el caso de los estudios de David García Hernán³², Adolfo Carrasco Martínez³³, José Miguel de Mayoralgo y Lodo³⁴, María Jesús Baz Vicente³⁵, Raúl Molina Recio³⁶, Valencia Rodríguez³⁷, Jaime de Salazar y Acha³⁸, Iñaki Garrido Yerobi³⁹, o Luis Salas Almela⁴⁰, entre otros.

28. M. C. Gerbet (traducción de M^a. C. Quintanilla Raso), *La nobleza en la Corona de Castilla. Sus estructuras sociales en Extremadura (1454-1516)*, Cáceres, 1989.

29. S. Aragón Mateos, *La nobleza extremeña en el siglo XVIII*, Mérida, 1991.

30. J. A. Catalá Sanz, *Rentas y patrimonios de la nobleza valenciana en el siglo XVIII*, Madrid, 1995.

31. M^a. A. Faya Díaz (Coord.), *La nobleza en la Asturias del Antiguo Régimen*, Oviedo, 2004; M^a. A. Faya Díaz y L. Anes Fernández, *Nobleza y poder en la Asturias del Antiguo Régimen*, Oviedo, 2007; M^a. A. Faya Díaz y E. Martínez-Radio Garrido, *Nobleza y Ejército en la Asturias de la Edad Moderna*, Oviedo, 2008.

32. D. García Hernán, *Los Grandes de España en época de Felipe II: los duques de Arcos*, Madrid, 1993.

33. A. Carrasco Martínez, *El régimen señorial en la Castilla Moderna: las tierras de la Casa del Infantado en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1991.

34. J. M. Mayoralgo y Lodo, *La Casa de Ovando (estudio histórico-genealógico)*, Cáceres, 1991.

35. M. J. Baz Vicente, *Señorío y propiedad foral de la alta nobleza en Galicia, siglos XVI-XX: la Casa de Alba*, Madrid, 1996.

36. R. Molina Recio, *Los señores de la Casa del Bailío. Análisis de una elite local castellana (Córdoba, siglos XV-XIX)*, Córdoba, 2002.

37. J. M. Valencia Rodríguez, *Señores de la tierra. Patrimonio y rentas de la Casa de Fera (siglos XVI y XVII)*, Mérida, 2000.

38. J. de Salazar Acha, *Los Sánchez Arjona. Estudio histórico sobre una familia extremeña*, Madrid, 2000.

39. I. Garrido Yerobi, *Los Beaumont. Un linaje navarro de sangre real (estudio histórico genealógico)*, Sevilla, 2007.

40. L. Salas Almela, *Medina Sidonia. El poder de la aristocracia. 1580-1670*, Madrid, 2008.

Para completar este breve recorrido por la bibliografía nobiliaria de las últimas décadas, consideramos fundamental hacer mención a dos volúmenes que, aunque fueron publicados hace algunos años, recogen casi la totalidad de la producción historiográfica sobre la nobleza medieval y moderna –sin incluir estudios genealógicos y de familias y linajes no titulados– aparecida entre 1901 y el año 2000. Ambos volúmenes se incluyen dentro de un proyecto más amplio que llevó a cabo el Centro de Información y Documentación Científica del CSIC (CINDOC) bajo el título de “Bibliografías de Historia de España”, el cual pretendía aunar en una serie de Cuadernos Bibliográficos las publicaciones sobre diversos temas de nuestro pasado histórico. El relativo a la nobleza se corresponde con el titulado *La nobleza en España*⁴¹, y recoge hasta un total de 3.181 referencias bibliográficas relativas a monografías, artículos de revistas, actas de congresos y capítulos de libros. Además de estos dos volúmenes, de obligada consulta resulta también el catálogo publicado por Luis García Cubero, que contiene todas las referencias de los manuscritos custodiados por la Biblioteca Nacional sobre temas relacionados con Heráldica, Genealogía y Nobiliaria⁴², así como una serie de revistas especializadas, tales como *Hidalguía: la revista de genealogía, nobleza y armas*; *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*; o *Emblemata*, que ofrecen publicaciones periódicas sobre diferentes aspectos relacionados con la nobleza y las Casas nobiliarias españolas, por lo que sus páginas son una fuente útil, a pesar de la necesidad de contrastar la información que aportan. Mención especial merece la joven revista *Historia y Genealogía*, dirigida por el profesor Enrique Soria Mesa, que recoge estudios nobiliarios y genealógicos elaborados desde una metodología rigurosa y renovada.

2. La nobleza titulada en tiempos de Felipe V. Un estado de la cuestión

Como ya indicamos, los estudios sobre el estamento nobiliario no han gozado del desarrollo que debieran en el seno de la historiografía modernista española, en especial los relativos al siglo XVIII. Sin duda, el carácter desigual del estamento, su compleja jerarquía interna, la diversidad regional, y la constante fusión de los escalones inferiores —difícilmente definidos— en bloques más amplios u heterogéneos, como las elites urbanas, los privilegiados municipales o los propietarios rurales, son aspectos que dificultan bastante el estudio de la nobleza, sobre todo en lo que respecta a los estratos más bajos del estamento, ya que la disolución e integración en otros grupos sociales impide una precisión correcta de límites y funciones. Asimismo, no podemos olvidar que hasta hace bien poco, la historiografía nobiliaria ha estado plagada de estudios genealógicos o heráldicos carentes de una buena metodología, lo que ha dificultado considerablemente la labor del historiador y ha provocado el rechazo a

41. M. Sanz Cuesta, M. C. Rubio Liniers y D. García Hernán, *Bibliografías de Historia de España (BIHES)*. N° 11: *La nobleza en España*, Madrid, 2001 (2 vols.).

42. L. García Cubero, *Bibliografía heráldico genealógico nobiliaria de la Biblioteca Nacional (manuscritos)*, Madrid, 1992.

investigar en una dirección tan poco prestigiada. Aún así, a pesar de estos contratiempos, en la actualidad se vislumbra un panorama algo más positivo que el de hace algunas décadas. De hecho contamos ya con diversos estudios que se han adentrado en el conocimiento de las categorías bajas y medias de la nobleza —la hidalguía⁴³ y los caballeros de hábitos de las Órdenes Militares⁴⁴—, así como en sus estratos más elevados⁴⁵.

43. Sobre esta categoría nobiliaria véanse, entre otros, A. Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas*, op. cit., 31 ss.; E. Soria Mesa, *La nobleza en la España moderna*, op. cit., 41 ss.; A. Morales Moya, “La nobleza en el siglo XVIII: la hidalguía de linaje”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer*, Madrid, 1991, 281-288; “La hidalguía de privilegio”, *Studia Zamorensia*, 1, 1994, 219-222; I. A. A. Thompson, “Neo-noble Nobility: concepts of hidalguía in Early Modern Castile”, *European History Quarterly*, 1985, 379-406; o los trabajos de J. Pérez León, *Hidalguía de facto y de iure. Estima social y tratamiento judicial en Castilla e Indias*. Madrid, 2014; *Hidalgos indianos ante la Real Chancillería de Valladolid: el caso peruano en época de los Borbones*. Tesis doctoral dirigida por Carmen Martínez Martínez. Universidad de Valladolid. Valladolid, 2012. (En línea: <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/961>); “El fraude en la hidalguía: intrusiones en el estado de hijosdalgo durante el siglo XVIII”, *Estudios Humanísticos. Historia*, 9, 2010, 121-141.

44. E. Postigo Castellanos, *Honor y privilegio en la Corona de Castilla: el Consejo de las Órdenes y los Caballeros de Hábito en el s. XVII*, Valladolid, 1987; F. Fernández Izquierdo, *La orden militar de Calatrava en el siglo XVI. Infraestructura institucional, sociología y prosopografía de sus caballeros*, Madrid, 1992; L. P. Wright, “Las Órdenes Militares en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. La encarnación institucional de una tradición histórica” en J. H. Elliott (Ed.), *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, 1982, 15-56; M. J. Álvarez-Coca González, “La concesión de hábitos de caballeros de las Órdenes Militares: procedimiento y reflejo documental (s. XVI-XIX)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 14, 1993, 277-298; J. I. Ruiz Rodríguez, *Las Órdenes Militares castellanas en la Edad Moderna*, Madrid, 2001; o los recientes trabajos de D. M. Giménez Carrillo, entre los que destaca la monografía: *Los caballeros de las Órdenes Militares castellanas. Entre Austrias y Borbones*, Almería, 2016.

45. Aunque los estudios sobre la alta nobleza se han centrado fundamentalmente en el análisis de Casas o familias concretas, existen algunos trabajos que la han abordado en su conjunto. Es el caso de las obras de D. García Hernán, *La Aristocracia en la Encrucijada*, op. cit.; S. Martínez Hernández, “Los cortesanos. Grandes y títulos frente al régimen de validos”, en J. Martínez Millán y M. A. Visceglia (Dirs.), *La monarquía de Felipe III: La Corte*, Madrid, 2008, III, 466-524; A. Jiménez Moreno, “En busca de una nobleza de servicio. El Conde Duque de Olivares, la aristocracia y las Órdenes Militares (1621-1643)”, en M. Rivero Rodríguez (Coord.), *Nobleza Hispana, Nobleza Cristiana: la Orden de San Juan*, Madrid, 2009, I, 212; J. I. Gutiérrez Nieto, “El reformismo social de Olivares: el problema de la limpieza de sangre y la creación de una nobleza de mérito”, en J. H. Elliott y A. García Sanz (Coords.), *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid, 1990, 419-441; H. Kamen, *La España de Carlos II*, Barcelona, 1981. Sobre la Grandeza de España, destacan, entre otros, los trabajos de E. Soria Mesa, “La Grandeza de España en la Edad Moderna. Revisión de un mito historiográfico”, en J. L. Castellano Castellano y F. Sánchez-Montes González (Coords.), *Congreso Internacional Carlos V. Europeísmo y universalidad*, Madrid, 2001, IV, 619-636; “Los grandes de España: la historia de una ambición”, *Clío. Revista de historia*, 9, 2002, 44-50; *La nobleza en la España moderna*, op. cit., 55 ss.; A. Carrasco Martínez, “Los Grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II”, *Studia historica. Historia moderna*, 20, 1999, 77-136; “Los grandes castellanos ante el valimiento”, en F. J. Aranda Pérez (Coord.), *VIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. La*

En adelante, haremos un recorrido precisamente por aquellos trabajos que han profundizado durante los últimos años en el estudio de la nobleza titulada en el reinado de Felipe V, así como en otros aspectos relacionados igualmente con ella.

Para comenzar, debemos señalar que la revisión más reciente al respecto se incluye en las obras de María del Mar Felices de la Fuente: *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, donde realiza un análisis global del total de nuevos títulos nobiliarios concedidos por Felipe V, y de los procesos de solicitud y tramitación que precedieron a la creación de estas mercedes⁴⁶; y *Condes, marqueses y duques. Biografías de nobles titulados durante el reinado de Felipe V*, libro que recoge las trayectorias vitales de los nuevos titulados en este periodo⁴⁷. Esclarecedor en muchos aspectos resulta igualmente el trabajo que hace unas décadas publicó Antonio Morales Moya, titulado *Movilidad social en la España del siglo XVIII: aspectos sociológicos y jurídicos de la concesión de títulos nobiliarios*⁴⁸. Se trata de uno de los pocos estudios que se han realizado hasta el momento, donde se aborda, a grandes rasgos, el proceso de tramitación de los títulos y, fundamentalmente, los diversos sistemas de acceso a los mismos. Morales Moya distinguió entre la concesión gratuita por la posesión de méritos y servicios –ya fueran político-administrativos, militares u económicos–, la obtención a cambio de un desembolso de dinero, y los títulos dados a modo de “pago compensatorio” por la ejecución de alguna tarea de interés público que había comportado grandes gastos para el agraciado. Este autor cuenta además con numerosos trabajos sobre la nobleza en el siglo XVIII⁴⁹, que abordan temáticas de diversa índole como los conflictos ideológicos y las relaciones de la nobleza con la milicia y el poder político, entre otras.

Existen además trabajos aislados que han estudiado la creación de títulos nobiliarios en las coyunturas más significativas del reinado de Felipe V. Una de estas coyunturas abordada, entre otros, por Pere Molas Ribalta y María Ángeles Pérez Samper, fue 1702, cuando tras finalizar las Cortes de Cataluña, para premiar los servicios prestados y estrechar lazos de fidelidad con los catalanes, Felipe V concedió diversas mercedes, entre ellas, títulos nobi-

declinación de la monarquía hispánica, Cuenca, 2004, I, 607-616; D. García Hernán, *Los grandes de España en época de Felipe II*, op. cit.

46. M^a. M. Felices de la Fuente, *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería, 2012.

47. M^a. M. Felices de la Fuente, *Condes, marqueses y duques. Biografías de nobles titulados durante el reinado de Felipe V*, Madrid, 2013.

48. A. Morales Moya, “Movilidad social en la España del siglo XVIII: aspectos sociológicos y jurídicos de la concesión de títulos nobiliarios”, *Revista internacional de sociología*, 50, 1984, 463-489.

49. A. Morales Moya, “Una interpretación del siglo XVIII español a través de la perspectiva nobiliaria”, *Revista de Estudios Políticos*, 40, 1984, 45-58; “La nobleza española en el siglo XVIII”, en *El mundo hispánico en el siglo de las Luces*, Madrid, 1996, I, 207-232; “Estado y nobleza en el siglo XVIII”, *Revista de la Universidad Complutense*, 1-4, 1983, 173-185; “Actividades económicas y honor estamental en el siglo XVIII”, *Hispania. Revista española de historia*, 47, 1987, 951-976; “La nobleza y su relación con el poder político”, en E. Serrano Martín (Coord.), *Felipe V y su tiempo: Congreso Internacional*, Zaragoza, 2004, I, 243-270; “Milicia y nobleza en el siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 9, 1988, 121-137.

liarios⁵⁰. Una recompensa similar tuvo lugar entre 1710 y 1711, cuando tras otorgarse el final de la guerra de Sucesión, el monarca premió a aquellos territorios que más le habían servido durante la contienda. Sobre las gracias otorgadas en Andalucía, territorio donde mayor fue el número de recompensas, versan algunos de los trabajos de Francisco Andújar⁵¹; por su parte, Mauro Hernández Benítez ha analizado el caso madrileño⁵²; y en lo que respecta a Murcia, es Julio David Muñoz Rodríguez quien se ha ocupado del tema⁵³. El traslado de la Corte a Sevilla entre los años 1729 y 1733, también llevó consigo la creación de diversos títulos nobiliarios –venales en su mayoría– que fueron otorgados a sus beneficiarios en agradecimiento a los “servicios” prestados durante esta coyuntura. Algunos de estos títulos han sido analizados también por Francisco Andújar Castillo⁵⁴.

Junto a los títulos nobiliarios creados por Felipe V, debemos destacar aquellos que fueron concedidos por el Archiduque Carlos de Austria a quienes le habían apoyado incondicionalmente durante el conflicto sucesorio. Entre los autores que han estudiado estos títulos se encuentran Pedro Voltes Bou, que se centró en las mercedes nobiliarias otorgadas en Barcelona⁵⁵, y Armand de Fluviá⁵⁶. Asimismo, Pere Molas, en su estudio sobre la alta nobleza ca-

50. P. Molas Ribalta, *L'alta noblesa catalana a l'Edat Moderna*, Vic, 2003, 131. Del mismo autor, *Noblesa i Guerra de Successió*, Barcelona, 2015. Sobre las Cortes de Cataluña y la concesión de mercedes: M^a. A. Pérez Samper, “Felipe V en Barcelona. Un futuro sin futuro”, *Cuadernos dieciochistas*, 1, 2000, 57-106.

51. F. Andújar Castillo, “Servicios para la guerra, mercedes para las oligarquías. Las recompensas de la Guerra de Sucesión en Andalucía”, en J. M. de Bernardo Ares (Coord.), *La sucesión de la monarquía hispánica, 1665-1725 (I). Lucha política en las Cortes y fragilidad económica-fiscal en los Reinos*, Córdoba, 2006, 43-74; “Nobleza y fidelidad dinástica: la hornada de títulos nobiliarios andaluces de 1711”, en J. P. Díaz López, F. Andújar Castillo y A. Galán Sánchez (Eds.), *Casas, familias y rentas: la nobleza del Reino de Granada entre los siglos XV-XVIII*, Granada, 2010, 37-53; *Andalucía en la Guerra de Sucesión. Servicios y lealtades*, Granada, 2009, 55-62.

52. M. Hernández, *A la sombra de la Corona: poder local y oligarquía urbana, Madrid (1606-1808)*, Madrid, 1995, 86 ss.

53. J. D. Muñoz Rodríguez, “La lealtad castellana en la Guerra de Sucesión: movilización social y representación del poder en una sociedad en guerra”, *Revista de historia moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 24, 2006, 513-536; *Felipe V y cien mil murcianos. Movilización social y cambio político en la Corona de Castilla durante la Guerra de Sucesión (1680-1725)*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010. Tesis doctoral inédita en: <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/10900/MunozRodriguezJulioD.pdf?sequence=1> (consultada el 4 de septiembre de 2015).

54. F. Andújar Castillo, “Vender cargos y honores. Un recurso extraordinario para la financiación de la Corte de Felipe V”, en J. L. Castellano Castellano y M. L. López-Guadalupe Muñoz (Eds.), *Homenaje a don Antonio Domínguez Ortiz*, Granada, 2008, 89-110.

55. P. Voltes Bou, “Noticias sobre las mercedes nobiliarias otorgadas por el Archiduque Carlos de Austria durante su gobierno en Barcelona”, *Documentos y Estudios*, 10, 1962, 65-106.

56. A. de Fluviá i Escorsa, “Los títulos nobiliarios en el principado de Cataluña (siglo IX-1716)”, *Hidalguía*, 207, 1988, 249-256; “Títulos concedidos a catalanes por el rey Carlos III, el Archiduque”, *Hidalguía*, 271, 1998, 789-799; sobre los títulos concedidos a catalanes por los Borbones, véase A. de Fluviá, “Títulos concedidos a miembros de familias catalanas por los monarcas de la dinastía de los Borbones (1700-1996)”, *Hidalguía*, 264, 1997, 713-730.

talana de la Edad Moderna, analizó también las familias y apellidos catalanes que obtuvieron títulos nobiliarios del Archiduque⁵⁷. Tras la Paz de Viena firmada en 1725, algunos de estos títulos serían reconocidos por Felipe V, quien otorgó una amnistía a los nobles que habían abrazado el partido del pretendiente al trono español. Interesante al respecto es el estudio de Eduardo Pascual Ramos, que analiza, entre otros aspectos, la convalidación del título de marqués de la Torre que se concedió a Nicolás Truyols, procurador real del reino de Mallorca⁵⁸.

Como sabemos, a lo largo de la Edad Moderna existió una auténtica almoneda favorecida por la Corona en la que se vendieron todo tipo de cargos públicos y oficios municipales con el fin de extraer recursos para las exhaustas arcas reales⁵⁹. Pero la venalidad no se limitó a los cargos de la administración local o estatal, sino que también fue un fenómeno común en el ámbito de los honores, pues se vendieron desde hidalguías hasta Grandezas de España. Uno de los primeros autores que puso de manifiesto la venta de dignidades nobiliarias fue Antonio Domínguez Ortiz, cuyos trabajos siguen siendo de gran utilidad para quien se acerca hoy día al estudio de la venalidad en relación a estas mercedes. No obstante, han sido escasos los investigadores que se han interesado por esta línea. La venta de hidalguías ha sido tratada principalmente en las páginas de los trabajos de Juan Antonio Sánchez Belén⁶⁰, Francisco Andújar Castillo⁶¹, y en dos artículos de I. A. A. Thompson⁶² y J. Amelang⁶³. Por su parte, la enajenación de hábitos de las Órdenes Militares ha sido puesta de manifiesto en los trabajos de Elena Postigo⁶⁴, L. P. Wright⁶⁵, y más recientemente en los de Agustín Jiménez

57. P. Molas Ribalta, *L'alta noblesa catalana*, op. cit., 131-172.

58. E. Pascual Ramos, *Poder y linaje durante la Guerra de Sucesión en el Reino de Mallorca: el Marqués de la Torre*, 1ª ed., Mallorca, 2013.

59. A pesar de que este campo de estudio no cuenta con demasiados estudios, los que se han publicado hasta el momento son excelentes. Destacamos, entre otros, los trabajos de F. Andújar Castillo, *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2004; *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*, Madrid, 2008; Ángel Sanz Tapia, que se ha centrado en los cargos de gobierno que fueron enajenados durante el reinado de Carlos II: A. Sanz Tapia, *¿Corrupción o necesidad? La venta de cargos de gobierno americanos bajo Carlos II (1674-1700)*, Madrid, 2009; o G. Burgos Lejonagoitia, *Gobernar las Indias. Venalidad y méritos en la provisión de cargos americanos, 1701-1746*, Almería, 2015. Igualmente interesantes son los estudios que se incluyen en las últimas monografías al respecto, como son el dossier que la revista *Chronica Nova* dedicó hace unos años a estas cuestiones: *Venalidad de cargos y honores en la España Moderna*, 33, 2007; o la obra editada por F. Andújar Castillo y M^a. M. Felices de la Fuente (Eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 2011.

60. J. A. Sánchez Belén, *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II*, Madrid, 1996, 298-300.

61. F. Andújar Castillo, *Necesidad y venalidad*, op. cit., 238-241.

62. I. A. A. Thompson, "The purchase of Nobility in Castile", *Journal of European Economic History*, 8, 2, 1979, 313-360.

63. J. Amelang, "The Purchase of Nobility in Castile, 1552-1700. A Comment", *Journal of European Economic History*, 11, 1, 1982, 219-226.

64. E. Postigo Castellanos, op. cit., 122-125.

65. L. P. Wright, loc. cit.

nez Moreno, que ha estudiado la venta de estos honores durante el reinado de Felipe IV⁶⁶, y Domingo Marcos Giménez Carrillo, que examinó la relación de esta práctica con el delito de simonía⁶⁷. En cuanto a la venta de Grandezas de España, las referencias son igualmente escasas. Podemos encontrar algunos datos en los trabajos de Henry Kamen⁶⁸, Enrique Soria Mesa⁶⁹, Francisco Andújar⁷⁰, o en las obras más clásicas de Fernández de Bethencourt⁷¹ o Gabriel Adalberto de Baviera⁷².

Sobre las ventas de títulos nobiliarios, debemos señalar que en los últimos años hemos asistido a la publicación de interesantes trabajos, relativos a los siglos XVII y XVIII, que versan sobre la enajenación de estos honores en España, Indias e Italia. Las ventas en España han sido tratadas, para el siglo XVII, en algunas de las investigaciones de Antonio J. Rodríguez Hernández⁷³, aunque encontramos referencias aisladas en otros trabajos⁷⁴. Los estudios para el siglo XVIII son más numerosos, y en los últimos años han proliferado bastante, merced,

66. A. Jiménez Moreno, "Honores a cambio de soldados, la concesión de hábitos de las Órdenes Militares en una coyuntura crítica: la Junta de Hábitos (1635-1642)", en E. Soria Mesa y R. Molina Recio (Eds.), *Las élites en la época moderna: la Monarquía española*, Córdoba, 2009, II, 155-172.

67. D. M. Giménez Carrillo, "La venta de hábitos de las Órdenes Militares en el siglo XVII. Entre la ocultación y el delito de simonía", en F. Andújar Castillo y M^a. M. Felices de la Fuente (Eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 2011, 297-309.

68. H. Kamen, *op. cit.*, 413.

69. E. Soria Mesa, *La nobleza en la España moderna, op. cit.*, 69.

70. F. Andújar Castillo, *Necesidad y venalidad, op. cit.*, 272 ss.

71. F. Fernández de Bethencourt, *op. cit.*, V, 301.

72. Príncipe Adalberto de Baviera y G. Maura Gamazo, *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*, Madrid, 2004, II, 711.

73. A. J. Rodríguez Hernández, "La creación de Títulos de Castilla durante los reinados de Felipe IV y Carlos II: concesiones y ritmos", en J. P. Díaz López, F. Andújar Castillo y A. Galán Sánchez (Eds.), *Casas, familias y rentas: la nobleza del Reino de Granada entre los siglos XV-XVIII*, Granada, 2010, 167-190; "La venta de títulos nobiliarios a través de la financiación de nuevas unidades militares durante el siglo XVII", en F. Andújar Castillo y M^a. M. Felices de la Fuente (Eds.), *El poder del dinero. Venta de cargos y honores en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 2011, 270-296.

74. Es el caso, por ejemplo, del artículo que Juan Cartaya Baños dedicó a los títulos nobiliarios que fueron adquiridos por los miembros de la Maestranza de Caballería de Sevilla durante el reinado de Carlos II. Vid. J. Cartaya Baños, "No se expresare en los títulos el precio en que compraron: los fundadores de la maestranza de caballería de Sevilla y la venta de títulos nobiliarios durante el reinado de Carlos II", *Historia y Genealogía*, 2, 2012, 5-35. Encontramos referencias también en M^a. M. Felices de la Fuente, "Recompensar servicios con honores: el crecimiento de la nobleza titulada en los reinados de Felipe IV y Carlos II", *Studia historica. Historia moderna*, 35, 2013, pp. 409-435.

sobre todo, a los trabajos de Francisco Andújar⁷⁵ y María del Mar Felices de la Fuente⁷⁶. De gran interés resulta además el trabajo que Ramón Maruri Villanueva dedicó a los títulos nobiliarios vendidos en Indias desde finales del reinado de Carlos II hasta el siglo XIX⁷⁷. En lo que respecta al territorio italiano, la mayor parte de las investigaciones relativas a la enajenación de estas mercedes versan sobre el siglo XVII⁷⁸, si bien para el siglo XVIII son de

75. F. Andújar Castillo, “La financiación desconocida de la guerra de Sucesión: la venta de cargos y honores”, en A. Álvarez-Ossorio Alvariño (Coord.), *La pérdida de Europa: la guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid, 2007, 313-334; “Vender cargos y honores. Un recurso extraordinario para la financiación de la Corte de Felipe V”, en J. L. Castellano Castellano y M. L. López-Guadalupe Muñoz (Eds.), *Homenaje a don Antonio Domínguez Ortiz*, Granada, 2008, III, 89-110; “Milicia, venalidad y movilidad social: un análisis a partir de familias granadinas del siglo XVIII”, en I. Gómez González y M. L. López-Guadalupe Muñoz (Eds.), *La movilidad social en la España del Antiguo Régimen*, Granada, 2007, 223-247; “Milicia y nobleza. Reformulación de una relación a partir del caso granadino (siglos XVII-XVIII)”, en A. Jiménez Estrella y F. Andújar Castillo (Eds.), *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII): Nuevas perspectivas*, Granada, 2007, 251-276; *Necesidad y venalidad*, *op. cit.*, 269-274.

76. M^a. M. Felices de la Fuente, *La nueva nobleza titulada*, *op. cit.*, 277-325; “La venta privada de títulos nobiliarios durante los reinados de Felipe V y Fernando VI (1701-1759)”, en E. Serrano Martín (Coord.), *De la Tierra al Cielo. Líneas recientes de Investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, 2013, 695-711; “El acceso venal a la nobleza titulada en la primera mitad del siglo XVIII. Los monasterios como espacios de venta”, en J. M^a. Imízcoz Beunza y F. Chacón Jiménez (Eds.), *Procesos de movilidad social en la España moderna. Elites, redes y monarquía*, Sílex, Madrid, (en prensa); “La nobleza titulada del Reino de Granada en la primera mitad del siglo XVIII: los nuevos títulos venales”, en J. P. Díaz López, F. Andújar Castillo y A. Galán Sánchez (Eds.), *Casas, familias y rentas. La nobleza del Reino de Granada entre los siglos XV-XVIII*, Granada, 2010, 191-214; “Enajenación de títulos nobiliarios durante el reinado de Felipe V: la venta a través de los cabildos municipales”, en M. Rivero Rodríguez (Coord.), *Nobleza hispana, Nobleza cristiana. La orden de San Juan*, Madrid, 2009, II, 1021-1043; “Del comercio a la nobleza titulada: la compra del título nobiliario de marqués de Dos Fuentes”, en O. Rey Castelao y R. J. López (Eds.), *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela, 2009, II, 515-527; F. Andújar Castillo y M^a. M. Felices de la Fuente, “Nobleza y venalidad: el mercado eclesiástico de venta de títulos nobiliarios en el siglo XVIII”, *Chronica Nova*, 33, 2007, 131-153.

77. R. Maruri Villanueva, “Poder con poder se paga: títulos nobiliarios beneficiados en Indias (1681-1821)”, *Revista de Indias*, 69, 246, 2009, 207-240. El autor cuenta además con otros trabajos en los que analiza los procesos de ascenso social hasta la nobleza titulada que siguieron algunos de los cántabros que emigraron a Indias en busca de un futuro mejor. Véase, “De la vieja montaña a la Nueva España: los caminos hacia la nobleza titulada (siglo XVIII)”, en F. J. Aranda Pérez (Coord.), *Burgueses o ciudadanos en la España Moderna*, Cuenca, 2003, 257-302; “Nacidos para triunfar: promoción de indianos de la España cantábrica a la nobleza titulada. Siglos XVII-XIX”, en L. S. Sazatornil Ruiz (Coord.), *Arte y mecenazgo indiano: del Cantábrico al Caribe*, Santander, 2007, 221-241.

78. Véanse: V. Sciuti Russi, “«Incorrupta claritudo» versus «sordidade stirpes»”, en M. Rivero Rodríguez (Coord.), *Nobleza Hispana, Nobleza Cristiana. La orden de San Juan*, Madrid, 2009, I, 191-208; también, A. Álvarez-Ossorio Alvariño, *La república de las parentelas. El Estado de Milán en la monarquía de Carlos II*, Mantova, 2002; “Las esferas de la Corte: príncipe, nobleza y mudanza en la jerarquía”, en F. Chacón Jiménez

gran interés las llevadas a cabo por Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, contextualizadas en el Estado de Milán y el reino de Nápoles⁷⁹.

Los trabajos relacionados con el mundo del comercio y los negocios aportan igualmente datos muy interesantes sobre algunos de los titulados durante el reinado de Felipe V, pues como ha puesto de manifiesto la historiografía en los últimos años, fueron numerosos los comerciantes que, tanto en la Península como en Indias, pudieron amasar grandes capitales que les permitieron promocionar hasta la nobleza titulada, muchas veces tras realizar un desembolso económico⁸⁰. Sobre los comerciantes ennoblecidos siguen siendo fundamentales los estudios de Antonio García Baquero y Antonio Domínguez Ortiz⁸¹, Jesús Turiso⁸², y Lidia Anes⁸³. Y por lo que respecta a los financieros, no podemos dejar de señalar los trabajos que

y N. G. Monteiro (Eds.), *Poder y movilidad social. Cortesanos, religiosos y oligarquías en la Península Ibérica (siglos XV-XIX)*, Madrid, 2006, 129-214 (especialmente 170-180).

79. A. Álvarez-Ossorio Alvariño, “¿El final de la Sicilia española? Fidelidad, familia y venalidad bajo el virrey marqués de los Balbases (1707-1713)”, en A. Álvarez-Ossorio, B. J. García García y V. León (Eds.) *La pérdida de Europa: la guerra de Sucesión por la monarquía de España*, Madrid, 2007, 831-911; “Felipe V en Italia. El Estado de Milán bajo la Casa de Borbón”, en E. Serrano Martín (Coord.), *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*, Zaragoza, 2004, 775-842.

80. Sobre comerciantes ennoblecidos, véanse entre otros trabajos: VV. AA., *La burguesía de negocios en la Andalucía de la Ilustración*, Cádiz, 1991, I; G. Valle Pavón (Coord.), *Mercaderes, comercio y consulados de Nueva España en el siglo XVIII*, 1ª ed., México, D. F., 2003; A. Heredia Heredia, *Sevilla y los hombres del comercio (1700-1800)*, Sevilla, 1989; J. B. Ruiz Rivera, *El Consulado de Cádiz. Matrícula de comerciantes, 1730-1823*, Cádiz, 1988; Mª. M. Garate Ojanguren, *La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas*, San Sebastián, 1990; D. A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, 1971; J. E. Kicza, *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, México, 1986; P. Fernández Pérez, *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Madrid, 1997; Mª. M. Felices de la Fuente, “Comercio y ascenso social en el siglo XVIII: estudio de trayectorias”, en J. J. Iglesias Rodríguez, R. M. Pérez García y M. F. Fernández Chaves (Eds.), *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Sevilla, 215, 643-658 (333-348 en soporte digital).

81. A. García-Baquero González, *Cádiz y el Atlántico (1717-1778): el comercio colonial español bajo el monopolio gaditano*, Sevilla, 1976; *Comercio y burguesía mercantil en el Cádiz de la Carrera de Indias*, Cádiz, 1991; A. M. Bernal y A. García-Baquero, *Tres siglos del comercio sevillano (1598-1868). Cuestiones y problemas*, Sevilla, 1976; A. Domínguez Ortiz, “Los comerciantes en la sociedad andaluza de la Ilustración”, en *La burguesía de negocios en la Andalucía de la Ilustración*, Cádiz, 1991, I, 193-206.

82. J. Turiso Sebastián, *Comerciantes españoles en la Lima Borbónica. Anatomía de una elite de poder (1701-1761)*, Valladolid, 2002.

83. L. Anes Fernández, “Comercio con América y títulos de nobleza: Cádiz en el siglo XVIII”, *Cuadernos dieciochistas*, 2, 2001, 109-149.

han profundizado en el análisis de las elites económicas⁸⁴, fundamentalmente las procedentes del norte peninsular⁸⁵.

En cuanto a la Cámara de Castilla, órgano por el que discurrió a veces la tramitación y concesión de un título nobiliario, el estudio más completo con que contamos es el de Manuel Amador González Fuertes, titulado *La organización de la Cámara de Castilla en la época Borbónica*⁸⁶, en el que detalla cómo funcionó esta institución, qué tareas se le confiaron y qué mecanismos se siguieron para tomar las decisiones. Igualmente interesantes resultan los trabajos de María Jesús Álvarez-Coca sobre la Secretaría de Gracia de justicia⁸⁷; de Jesús Bravo Lozano, que define dos términos conceptuales similares como son gracia y merced, y analiza el papel del monarca como única fuente de donde dimanaban todas

84. Vid, entre otros: A. Dubet y J. P. Luis (Dirs.), *Les financiers et la construction de l'État en France et en Espagne (milieu du XVIIe siècle-milieu du XIXe siècle)*, Rennes, 2011; J. P. Dedieu, "Grupos financieros al servicio del rey de España. Fines del siglo XVII – principios del XVIII", en [halshs-00444582, versión 1-7 Jan 2010](#); S. Aquerreta González, "La renovación de las elites financieras en el reinado de Felipe V", en J. Fernández García, M. A. Bel Bravo y J. M. Delgado Barrado (Eds.), *El cambio dinástico y sus repercusiones en la España del siglo XVIII*, Jaén, 2000, 201-234; R. Escobedo Romero, "Finanzas, política y honor: los superintendentes y directores generales de la renta del tabaco de la primera mitad del siglo XVIII", *Obradoiro de historia moderna*, 18, 2009, 274-280.

85. M^a. C. Hernández Escayola, *Negocio y servicio: finanzas públicas y hombres de negocios en Navarra en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, 2004; J. M. Imízcoz Beunza y R. Guerrero Elecalde, "A escala de Imperio. Familias, carreras y empresas de las elites vascas y navarras en la Monarquía borbónica", en J. M. Imízcoz Beunza (Coord.), *Redes familiares y patronazgo: aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, 2001, 175-201; R. Guerrero Elecalde, "Los hombres del rey. Redes, poder y surgimiento de nuevas elites gobernantes durante la guerra de Sucesión española (1700-1714)", *Prohistoria*, 13, 2010, 125-145; "Las cábalas de los "vizcaínos". Vínculos, afinidades y lealtades en las configuraciones políticas de la primera mitad del siglo XVIII: la red del marqués de la Paz", en E. Soria Mesa y R. Molina Recio (Eds.), *Las elites de la Época Moderna: La Monarquía Española. Familias y redes sociales*, Córdoba, 2009, II, 247-257; "Gozan de la confianza del rey. Redes, políticas familiares y poder de los vizcaínos en la Corte de la primera mitad del siglo XVIII", en J. M. Imízcoz y O. Oliveri (Eds.), *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*, Madrid, 2010, 145-176; A. González Enciso (Coord.), *Navarros en la Monarquía española en el siglo XVIII*, Barañáin (Navarra), 2007; A. González Enciso (Coord.), *Francisco Mendinueta: finanzas y mecenazgo en la España del siglo XVIII*, Barañáin (Navarra), 2002; S. Aquerreta González, "La elite financiera de origen navarro en el Madrid del siglo XVIII", en *Actas del VI Congreso de "Cultura Europea", Pamplona, 25 al 28 de octubre de 2000*, Pamplona, 2002, 493-503; *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Navarra, 2001.

86. M. A. González Fuertes, *La organización institucional de la Cámara de Castilla en la época borbónica*, Córdoba, 2003.

87. M. J. Álvarez-Coca González, "La Cámara de Castilla: Secretaría de Gracia y Justicia", *Cuadernos de Historia Moderna*, 15, 1994, 279-296.

las mercedes⁸⁸; de Philippe Loupès⁸⁹, que cuestiona la preeminencia de la Cámara o el rey en los nombramientos; y de Salustiano de Dios, cuyos estudios de la Cámara de Castilla, aunque centrados en los siglos XV y XVI, resultan esenciales para entender la práctica de esta institución y sus atribuciones⁹⁰.

Como sabemos, algunos de los títulos nobiliarios concedidos en el siglo XVIII fueron tramitados y consultados por la Cámara de Castilla, si bien no todos ellos corrieron por esta vía, pues los hubo que fueron concedidos directamente por decreto ejecutivo del rey sin que mediara consulta alguna. En esos casos, resulta bastante complicado determinar el proceso que siguieron las solicitudes de los títulos hasta ser otorgados, o saber quiénes tramitaron estas mercedes, pues apenas ha quedado constancia de estos asuntos. Con la intención de arrojar algo de luz al respecto, María del Mar Felices de la Fuente publicó un trabajo en el que definió ambos sistemas de concesión –el consultivo, basado en la consulta de la Cámara de Castilla, y el del decreto ejecutivo– y reconstruyó cómo funcionó la tramitación de estos honores⁹¹.

A los trabajos hasta ahora señalados se suman además diversos estudios que tratan sobre títulos concretos, o bien, que han profundizado sobre la nobleza titulada de un determinado espacio geográfico. En lo que respecta a las biografías y estudios de carácter individual sobre los titulados en la primera mitad del siglo XVIII, son destacables, entre otros, los realizados por Ramón Maruri Villanueva sobre el primer marqués de Casa Torre (1731)⁹², o por Alfredo Moreno Cebrián, que ha estudiado el caso particular del marqués de Castelfuerte⁹³. Poseen

88. J. Bravo Lozano, “Gracia y merced en época de desgracias. Cámara y vida cotidiana en el reinado de Carlos II”, en J. Bravo Lozano (Ed.), *Espacios de poder: Cortes, Ciudades y Villas (s. XVI - XVIII)*, Madrid, 2002, 101-122.

89. P. Loupès, “Los mecanismos de la Cámara de Castilla en el siglo XVIII. La selección del alto personal judicial”, en J. L. Castellano, J. P. Dedieu y M^a. V. López-Cordón (Eds.), *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de Historia Institucional en la Edad Moderna*, Madrid, 2000, 49-64.

90. Vid. entre otros, S. de Dios, “El ejercicio de la gracia regia en Castilla entre 1250 y 1530. Los inicios del Consejo de la Cámara”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 60, 1990, 323-352; *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982; *Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474-1530*, Madrid, 1993.

91. M^a. M. Felices de la Fuente, “La Cámara de Castilla, el rey y la creación de títulos nobiliarios en la primera mitad del siglo XVIII”, *Hispania. Revista española de historia*, 70, 236, 2010, 661-686. Uno de nuestros trabajos, analizó además el control que se siguió sobre los orígenes sociales y profesionales de los futuros titulados, a través de una y otra vía. Vid. M^a. M. Felices de la Fuente, “Procesos de ennoblecimiento: El control sobre el origen social de la nobleza titulada en la primera mitad del siglo XVIII”, en F. Andújar Castillo y M^a. M. Felices de la Fuente (Eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*, Madrid, 2011, 247-273.

92. R. Maruri Villanueva, *Repintar los blasones. El I Marqués de Casa Torre, un riojano en Indias (1682-1732)*, Logroño, 2007.

93. A. Moreno Cebrián, *El virreinato del marqués de Castelfuerte. 1724-1736. El primer intento borbónico por reformar el Perú*, Madrid, 2000. A este noble titulado se le dedica además una parte de la obra de A. Moreno Cebrián y N. Sala i Vila, *El premio de ser virrey: los intereses públicos y privados del gobierno virreinal en el Perú de Felipe V*, Madrid, 2004.

asimismo estudios individualizados, entre otros titulados⁹⁴, el marqués de Monte Real (1705)⁹⁵, el de Tosos (1703)⁹⁶, Toro (1732)⁹⁷, el conde de Vega Florida (1706)⁹⁸, el marqués de Campo Alegre (1716)⁹⁹, el marqués de Castelfuerte (1705)¹⁰⁰, del Risco (1702)¹⁰¹, el conde de San Pedro

94. Entre los numerosos trabajos que se han centrado en el estudio de nobles que lograron titular en la primera mitad del siglo XVIII, podemos destacar algunos más clásicos como los de E. Romeu Palazuelos y F. de la Guerra, “Don Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, marqués de San Andrés y Vizconde del Buen Paso”, *Revista de Historia Canaria*, 149-152, 1965-1966, 41-72; M. Ouviaña Navarro, “Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, marqués de San Andrés y vizconde del Buen Paso: bibliografía pasiva (hasta 1990)”, *Estudios Canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, 35, 1989-1990, 53-60; J. Régulo Pérez, “Ascendencia del I marqués de la Regalía”, *Revista de Historia Canaria*, 141-148, 1963-1964, 237-243; J. Vidal-Abarca, “Linajes Alaveses. Los Aguirre: marqueses de Montehermoso”, *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, 19, 1975, 183-245; Y. Díaz Sequín, “El marqués del Valle de Santiago: historia de un mayorazgo (1713-1824)”, *Estudios de historia social y económica de América*, 11, 1994, 345-348; o J. L. Barrio Moya, “Una biblioteca pre-ilustrada: la del primer marqués de Campoflorido (1726)”, *Academia: Boletín de la Real Academia de bellas Artes de San Fernando*, 78, 1994, 477-512; “La librería de don Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos, primer marqués de Santiago, 1728”, *Archivo Ibero-Americano*, 195-196, 1989, 387-402; “La biblioteca de don Fernando Suárez de Figueroa, primer Marqués del Surco (1735)”, *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, 24, 1999, 227-244. Significativos son también los análisis de V. Sánchez Ramos, “Un ascenso social vertiginoso en La Alpujarra. De repobladores a Título de Castilla: los marqueses de Iniza (siglos XVI-XX)”, *Farua*, 12, 2009, 277-344; J. Sanchiz Ruiz, “Título de marqués de Villapiente de la Peña a don José de la Puente y Peña Castexón y Salzines”, *EHN*, 41, 2009, 135-150; M^a. C. González Echegaray, *El héroe de Cantabria. Don Pedro Velarde y Santiyán y sus antepasados. El marqués de Villapiente de la Peña*, Camargo (Cantabria), 2009; D. A. Martín Nieto, “Don Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre (1646-1729), marqués del Vadillo, Corregidor de Madrid”, *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 7, 2002-2003, 173-240; o A. M. Rey Cabieses, “El marqués de Grimaldo: un estadista al servicio del Rey don Felipe V”, *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 8, 2, 2004, 751-784.

95. P. Andueza Unanua, “De padre cerero a hijo marqués: José de Aldaz y Aguirre, marqués de Monte Real”, en A. González Enciso (Ed.), *Navarros en la monarquía española en el siglo XVIII*, Barañáin (Navarra), 2007.

96. L. Nivelá Sainz, “El marqués de Tosos: el título, la marca y el honor”, *Emblemata*, 6, 2000, 241-248.

97. R. Nieto Cortadellas, “Ascendencia y descendencia de don Bernardo Rodríguez del Toro, primer marqués del Toro”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 23, 1977, 443-482. Más reciente es el estudio de M. Hernández González, “El primer marqués del Toro (1675-1742). La forja de una fortuna en la Venezuela colonial”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 58, 2012, 105-132.

98. M. J. Parodi Álvarez y M. J. Izco Reina, “Un ejemplo de la nueva aristocracia borbónica: un militar ennoblecido por Felipe V, don Nicolás de la Rosa Suárez, conde de Vega Florida”, en J. L. Pereira Iglesias (Coord.), *Felipe V de Borbón, 1701-1746. Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz), de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000*, Córdoba, 2002, 655-672.

99. A. Lara Villodres, “El Marquesado de Campo-Alegre: don Lorenzo Armengual de la Mota. Un ilustre malagueño en la Corte de Felipe V (I)”, *Jábega*, 81, 1999, 21-32; y “El Marquesado de Campo-Alegre: don Lorenzo Armengual de la Mota. Un ilustre malagueño en la Corte de Felipe V (II)”, *Jábega*, 82, 1999, 17-24.

100. E. Zudaire Huarte, *José de Armendáriz, marqués de Castelfuerte y virrey del Perú*, Pamplona, 1982.

101. M. A. González de San Segundo, *Un jurista aragonés y su tiempo. El doctor Juan Luis López, primer marqués del Risco, (1644-1703)*, Zaragoza, 2007.

del Álamo (1733)¹⁰², de la Quintería (1705)¹⁰³, de la Cadena (1711)¹⁰⁴, el marqués de Casa Boza (1736)¹⁰⁵, el marqués de la Victoria (1744)¹⁰⁶, o el marqués de Torre Blanca de Aljarafe (1737)¹⁰⁷.

Encontramos además valiosa información sobre nobles titulados –no sólo del siglo XVIII, sino también de los siglos XVI al XIX– en trabajos que recopilan fundamentalmente información genealógica y biográfica. Es el caso, entre otros, de los nueve volúmenes que Margarita Zabala Menéndez ha dedicado a los títulos que se rehabilitaron durante el reinado de Alfonso XIII¹⁰⁸; o de las obras de Jorge Valverde Fraikin, que recopilan datos sobre los títulos nobiliarios andaluces¹⁰⁹, y sobre los caballeros y damas de la Real Maestranza de Granada¹¹⁰. Asimismo, los nobiliarios también son una importante fuente de datos. Tal es el caso, entre otros, del *Nobiliario de Canarias*, de Francisco Fernández de Béthencourt¹¹¹; del *Nobiliario de Extremadura*, a cargo de Adolfo Barredo de Valenzuela¹¹²; del *Nobiliario y Armería*

102. M. Vargas-Lobsinger, “El ascenso social y económico de los inmigrantes españoles: el caso de Francisco de Valdivieso (1683-1743)”, *Historia Mexicana*, 35, 4, 1986, 601-619.

103. B. Villar García, “Comercio y comerciantes en Málaga a principios del siglo XVIII: D. Francisco de Cárdenas”, en M. Lobo Cabrera y V. Suárez Grimón (Eds.), *El comercio en el Antiguo Régimen, Actas de la III Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Las Palmas de Gran Canarias, 1994, 127-137.

104. M. T. Muñoz Serrulla, “Don Bartolomé de Flon y Morales, I conde de la Cadena: finanzas y ascenso social. Su participación en la creación y desarrollo del Monte de Piedad de Madrid (s. XVIII)”, *Hidalguía*, 331, 2008, 729-770.

105. A. Szászi Nagy y D. León Borja, “Origen de la fortuna del primer marqués de Casa Boza”, en *VI Coloquio de Historia Canaria Americana*, Las Palmas de Gran Canarias, 1987, I, 449-528; nosotros también hemos dedicado un trabajo a analizar la trayectoria del marqués de Casa Boza, y el contenido del despacho de su título nobiliario. Vid. M^a. M. Felices de la Fuente, “Silencio y ocultaciones en los despachos de los títulos nobiliarios. Análisis crítico de su contenido”, *Chronica Nova*, 36, 2010, 229-252.

106. Su biografía ha sido tratada en extenso en H. O’Donnell y Duque de Estrada, conde de Lucena, *El primer marqués de la Victoria, personaje silenciado en la reforma dieciochesca de la Armada*, Madrid, 2004; y J. C. Maestro Castañeda, “D. Juan José Navarro, marqués de la Victoria: entre reformista y resentido”, *Brocar*, 26, 2002, 177-190; algo más antigua es la obra de I. de Oyarzábal, *El Capitán General de la Armada D. Juan José Navarro, marqués de la Victoria, y su tiempo*, Madrid, 1945.

107. E. Tapias Herrero, *El teniente general don Manuel López Pintado (1677-1745): ascenso económico y social de un comerciante y marino en la Carrera de Indias*. Tesis doctoral dirigida por Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno. Universidad de Sevilla, 2015. (Consultado el 2 de septiembre de 2015 en: <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/27166>).

108. M. Zabala Menéndez, *Historia genealógica de los Títulos Rehabilitados durante el reinado de don Alfonso XIII* (9 vols.), Sevilla, 2005-2007 (vols. I-IV); Logroño, 2008-2010 (vols. V-IX).

109. J. Valverde Fraikin, *Títulos nobiliarios andaluces: genealogía y toponimia*, Granada, 1991.

110. J. Valverde Fraikin, *Catálogo de caballeros y damas de la Real Maestranza de Caballería de Granada, (1686-1995)*, Granada, 1995.

111. F. Fernández de Béthencourt, *Nobiliario de Canarias*, La Laguna de Tenerife, 1952.

112. A. Barredo de Valenzuela y Arrojo y A. Alonso de Cadenas y López, *Nobiliario de Extremadura*, Madrid, 1996-2003, 8 vols.

General de Navarra, de Argamasilla de la Cerda¹¹³; del *Nobiliario alicantino* realizado por el Barón de Finestrat¹¹⁴; o del *Nobiliario valenciano* de Onofre Esquerdo¹¹⁵.

En lo relativo a los estudios sobre la nobleza titulada de un determinado espacio geográfico, hemos de señalar que los dedicados a los títulos de Hispanoamérica son bastante numerosos. Merece ser destacada la obra de Margarita Zabala Menéndez, que ha publicado varios tomos sobre los títulos concedidos en Indias¹¹⁶, así como sobre la genealogía de los mismos¹¹⁷; el libro de Luis Lira Mont sobre la concesión de títulos de Castilla a los residentes en aquellos territorios¹¹⁸; el clásico trabajo de Konetzke sobre la formación de la nobleza¹¹⁹; el de Guillermo Céspedes del Castillo, de similar contenido¹²⁰; o el de Vilana y Petit, relativo a los títulos que fueron enajenados¹²¹. No podemos olvidar tampoco el excelente libro de Paul Rizo-Patrón sobre la nobleza limeña desde comienzos del siglo XVIII hasta mediados del XIX¹²², el trabajo de Christian Büschges sobre la nobleza de Quito a finales del siglo XVIII¹²³, el de Alberto Rosas Siles sobre la nobleza titulada del virreinato del Perú¹²⁴, o el de José Alejandro Guzmán, sobre los títulos nobiliarios en el Ecuador¹²⁵. Asimismo, interesa además

113. J. Argamasilla de la Cerda y Bayona, *Nobiliario y Armería general de Navarra*, Gibrleón (Huelva), 2003.

114. J. L. de la Guardia y Pascual de Pobil (Barón de Finestrat), *Nobiliario alicantino*, Alicante, 1983.

115. O. Esquerdo, *Nobiliario valenciano*, 2ª ed., Valencia, 2001-2002, 2 vols.

116. M. Zabala Menéndez, *Coronas de Indias: genealogía de los Títulos Nobiliarios concedidos en Indias*, Sevilla, 2006-2007, 5 vols.

117. M. Zabala Menéndez, *Genealogía de los Títulos Nobiliarios concedidos en Indias*, Logroño, 2009-2011, 3 vols.

118. L. Lira Mont, "Normas sobre la concesión de Títulos de Castilla a los residentes en Indias", *Hidalguía*, 166-167, 1981, 629-656. Interesa también un trabajo de Javier Gómez de Olea y Bustinza donde analiza algunos aspectos generales sobre la concesión de títulos en América: *La nobleza titulada en la América española: discurso leído el día 5 de mayo de 2005 en la recepción pública del Ilmo. Sr. Don Javier Gómez de Olea y Bustinza y contestación por el Excmo. Sr. Don José Miguel de Mayoraldo y Lodo, Conde de los Acevedos*, Madrid, 2005.

119. R. Konetzke, "La formación de la nobleza en Indias", *Estudios Americanos*, 1951, 329-357.

120. G. Céspedes del Castillo, "Los orígenes de la nobleza en Indias", en M^a. C. Iglesias (Coord.), *Nobleza y sociedad en la España Moderna II*, Madrid, 1997, 23-41.

121. J. de Vilana y Petit, "Títulos de Indias. Estudio de los beneficiados", *Cartela Heráldica*, 9, 1973, 15-17.

122. P. Rizo-Patrón Boylan, *Linaje, dote y poder. La nobleza limeña de 1700 a 1850*, Lima, 2001. Del mismo autor, "Felipe V y la concesión de títulos nobiliarios en el Perú", en M. Guerra Martinière, O. Holguín Callo y C. Gutiérrez Muñoz (Eds.), *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*, Lima, 2002, II, 1059-1078; "La nobleza de Lima en tiempos de los Borbones", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 19-1, 1990, 129-163.

123. C. Büschges, "La nobleza de Quito a finales del período colonial (1765-1810): bases jurídicas y mentalidad social", *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, 10, 1997, 43-61. También es interesante: T. Hampe Martínez, "Las tradiciones peruanas y el imaginario de la nobleza titulada del virreinato", *Revista de Indias*, 61, 222, 2001, 331-344.

124. A. Rosas Siles, "La nobleza titulada del virreinato del Perú", *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, 21, 1995, 27-539.

125. J. A. Guzmán, *Títulos nobiliarios en el Ecuador*, Madrid, 1957.

un breve estudio sobre los orígenes de la nobleza titulada cubana¹²⁶, la recopilación que hizo Juan Isidro Quesada de los títulos nobiliarios que residieron en Argentina y Bolivia¹²⁷, y una obra antigua, aunque interesante por los datos que aporta, sobre los mayorazgos y títulos de Castilla del siglo XVIII en Santiago de Chile¹²⁸. Otros datos sobre titulados nacidos o residentes en Indias pueden encontrarse en los estudios de Frédérique Langue sobre los grandes hacendados de Zacatecas –es el caso del conde de San Mateo de Valparaíso (1727)¹²⁹–; en los de Lidia Anes relativos a la nobleza asturiana en Indias en el siglo XVIII¹³⁰, o en la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán, donde analiza la apropiación de la territorialidad india en el Valle de Orizaba, realizada por la burocracia colonial de alto nivel y por la nobleza criolla naciente, entre la que se encuentra el marqués de Sierra Nevada (1708)¹³¹.

Por último, en lo que respecta a la nobleza titulada peninsular, existen algunos estudios específicos sobre determinadas regiones como Navarra¹³², Extremadura¹³³, Murcia¹³⁴, Sevi-

126. L. J. Aruca Alonso, “Acercamiento a los orígenes de la nobleza criolla titulada en Cuba: su vinculación con la región histórica de la Habana durante el siglo XVIII y hasta 1808”, *Rábida*, 20, 2001, 147-158. Sobre los títulos asentados en Cuba, vid. también D. Gonçalvès, “La noblesse de la municipalité havanaise (1763-1838)”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, 34, 2, 2004, 185-205.

127. J. I. Quesada, *Paseo genealógico por la Argentina y Bolivia*, Buenos Aires, 2006.

128. D. Amunátegui Solar, *Mayorazgos y títulos de Castilla*, Santiago de Chile, 1901-1904, 3 vols. Vid. también, J. L. Espejo, *Nobiliario de la Capitanía General de Chile*, Santiago de Chile, 1967.

129. F. Langue, “Los grandes hacendados de Zacatecas: permanencia y evolución de un modelo aristocrático”, en B. Lavallé (Coord.), *Structures et cultures des sociétés hispaniques. Au-delà du modèle socioéconomique, Actas del Coloquio Homenaje al Profesor François Chevalier*, Burdeos, 1988, 279-294; “¿Estrategas o patriarcas? La aristocracia empresarial zacatecana a fines del siglo XVIII principios del siglo XIX”, en B. Schröter y C. Büschges (eds), *Beneméritos, aristócratas y empresarios. Identidades y estructuras sociales de las capas altas urbanas en América hispánica*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 1999, 277-295; “Poderosos, parentelas y clientelas: reminiscencias medievales y modernidad en la Zacatecas del siglo XVIII”, en *Familia y poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades, Seminario de Historia de las Mentalidades*, México, 1991, 181-193; “Del minero rico a la nobleza: el papel de la frontera zacatecana en la formación de una elite económica y social”, *Anuario de Estudios Americanos*, 44, 1987, 173-193.

130. L. Anes Fernández, “Nobleza asturiana en Indias en el siglo XVIII”, en M^a. A. Faya Díaz y L. Anes Fernández (Coords.), *La nobleza en la Asturias del Antiguo Régimen*, Oviedo, 2004, 13-81.

131. G. Aguirre Beltrán, *Cuatro nobles titulados en contienda por la tierra*, México, 1995.

132. M. Zarategui Echevarría, “Introducción al estudio de la nobleza titulada en Navarra en el siglo XVIII”, *Príncipe de Viana. Anejo*, 9, 1988, 223-229. Para el siglo XVII, contamos con el trabajo de Rocío García Bourrellier, *Nobleza titulada y organización señorial en Navarra: siglo XVII*, Pamplona, 2013.

133. A. Alonso de Cadenas López, “Títulos nobiliarios vinculados con Extremadura”, *Hidalguía*, 315, 2006, 177-266.

134. F. J. Guillamón Álvarez, “Nobleza titulada relacionada con el concejo de Murcia (1750-1833)”, *Estudios Románicos*, 6, 1987-1989, 1653-1658; J. C. Domínguez Nafría, “La nobleza del Reino de Murcia”, en M^a. C. Iglesias (Coord.), *Nobleza y sociedad III: las Noblezas españolas, reinos y señoríos en la Edad Moderna*, Oviedo, 1999, 101-143.

lla¹³⁵, o Málaga¹³⁶, así como para el conjunto del antiguo reino de Granada, que cuenta con un trabajo de Enrique Soria Mesa¹³⁷, donde pone de manifiesto las características más representativas de aquellos residentes en estos territorios que lograron alcanzar un título nobiliario a lo largo del siglo XVIII.

3. A modo de conclusión

Haciendo un balance de la producción historiográfica nobiliaria de los últimos años, podemos decir que el conocimiento acerca del estamento ha aumentado considerablemente en virtud de nuevos trabajos que han abordado diversos objetos de análisis. No obstante, éstos, en su mayor parte, han profundizado en el estudio de temáticas particulares, de territorios geográficos concretos, o de familias e individuos determinados, siendo muy reducidas las obras de carácter general que se han aproximado al análisis del estamento en su conjunto. Igualmente escasas son las investigaciones sobre las distintas categorías nobiliarias –hidalgos, caballeros de hábito de las Órdenes Militares, nobles titulados– desde una perspectiva de estudio global, que permita trazar un retrato de grupo y explicar quiénes conformaron el amplio cuerpo de los privilegiados, cuáles fueron sus orígenes sociales y profesionales, o qué estrategias siguieron para acceder a la nobleza, consolidar su estatus, e incluso promocionar dentro de la escala nobiliaria.

Debemos señalar, además, que la multitud de estudios parciales que se han realizado, cuentan con metodologías muy dispares que impiden la puesta en común de los resultados obtenidos, lo que hace aún más compleja la posibilidad de poder aunar trabajos para llegar a resultados sólidos que aporten explicaciones válidas sobre el estamento. Asimismo, junto a la falta de obras de carácter general, otra de las carencias que se aprecia en el terreno de la investigación nobiliaria española sigue siendo la ausencia de una historia comparada –a excepción de algunas obras recientes¹³⁸– con la nobleza de otros países europeos como Francia, Portugal o Inglaterra, clave para contextualizar cualquier estudio relativo al grupo nobiliario.

135. M. Gamero Rojas, “La nobleza titulada sevillana y su participación en el mercado de la tierra de 1700 a 1834”, en *Coloquio Internacional Carlos III y su Siglo. Actas*, Madrid, 1990, II, 795-818. Sobre los patrimonios de los nobles titulados sevillanos en el siglo XVIII: A. García-Baquero González y L. C. Álvarez Santaló, “La nobleza titulada en Sevilla, 1700-1834”, *Historia, Instituciones, documentos*, 7, 1980, 125-168.

136. P. Alfonso Santorio, *La nobleza titulada malagueña en la crisis de 1741*, Málaga, 1997; *La nobleza titulada malagueña en el siglo XVIII y sus redes sociales*, Sevilla, 2007; “Principales características de la nobleza titulada malagueña del siglo XVIII. Auge y declive de un grupo aristocrático local”, *Revista Jábega*, 95, 2003, 81-96; “Militares y la nobleza titulada: el caso de Málaga”, en *Fuentes para la historia militar en los archivos españoles. Actas VI Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 6-10 de mayo de 1996*, Sevilla, 2000, 667-678.

137. E. Soria Mesa, “La creación de un grupo. La nobleza titulada del Reino de Granada en el siglo XVIII”, en J. P. Díaz López, F. Andújar Castillo y A. Galán Sánchez (Eds.), *Casas, familias y rentas: la nobleza del Reino de Granada entre los siglos XV-XVIII*, Granada, 2010, 113-136.

138. Destacamos, entre otras, la monografía coordinada por J. Hernández Franco, J. A. Guillén Berrendero y S. Martínez Hernández (Coords.), *Nobilitas: estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa Moderna*,

En cuanto al conocimiento de la nobleza en el reinado de Felipe V, el panorama es bastante positivo, pues contamos con estudios que han abordado los nobles titulados, así como con otras investigaciones que han hecho lo propio con los hábitos de las Órdenes Militares. No obstante, queda aún por profundizar en diversas cuestiones. Una de ellas es la cima del estamento nobiliario, la Grandeza de España. Sabemos muy poco sobre quiénes fueron distinguidos con estos honores, en atención a qué méritos y servicios, y si el acceso a estas mercedes estuvo restringido o no a unas pocas familias próximas al rey. Merecen además un estudio los títulos nobiliarios otorgados por Felipe V a los súbditos de los territorios italianos y de Flandes durante los primeros años de su reinado. En relación a estos temas, se abren además otras posibles líneas de investigación como la comparación de las dinámicas de ennoblecimiento durante el reinado de Felipe V con las que se siguieron en otros países europeos; el cotejo con los procesos de creación de títulos nobiliarios en cronologías posteriores y anteriores; el cambio de escala hacia estudios de casos concretos de nobles titulados; o los estudios comparativos con las formas de concesión de honores de rango inferior. En suma, una larga nómina de aspectos a estudiar que esperamos sean abordados en sucesivos trabajos.

Madrid, 2014; o el trabajo de J. A. Guillén Berrendero, *La edad de la nobleza: identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)*, Madrid, 2012.

BODO EBHARDT AND THE SPANISH CASTLES: NOTES ON HIS RESTORATION
WORK AND HIS EUROPEAN AND PAN-GERMAN THOUGHT

Bodo Ebhardt y los castillos españoles: notas sobre su obra de restauración y su pensamiento europeísta y pangermánico

Ignacio Javier Gil Crespo

Centro de Estudios «José Joaquín de Mora»/Fundación Cárdenas

Fecha recepción 02.11.2015 / Fecha aceptación 07.03.2016

Resumen

El arquitecto y restaurador alemán Bodo Ebhardt (1865-1945) viajó a España en 1930, donde recorrió y documentó, durante dos meses, algunos castillos y fortalezas representativos. En 1934 publicó la memoria de esta excursión como un cuaderno de viajes salpicado de dibujos, detalles y croquis. Este material lo empleará y reelaborará, apoyado en un importante trabajo de documentación bibliográfica actualizada en su momento, para el capítulo sobre la fortificación española en su enciclopé-

Abstract

The German restorer and architect Bodo Ebhardt (1865-1945) travelled to Spain in 1930, where for two months he documented several, significant castles and fortresses. In 1934, he published the record of this trip as a travel album containing many drawings, details and sketches made during his stay. He re-employed and re-elaborated this material, supporting it with current bibliographic documentation, in the chapter dedicated to Spanish castles in his encyclopaedic work *Der Wehrbau Europas im*

Resumen

dica obra *Der Wehrbau Europas im Mittelalter* (1939-1958). El artículo explica el controvertido y criticado pensamiento y actuación de Ehardt en cuanto a la labor de la intervención en los monumentos históricos y sus ideas sobre la evolución de las formas y los elementos de los castillos europeos y españoles en particular a través de sus publicaciones.

Palabras clave

Castelología, historiografía, castillos, fortalezas, Edad Media, restauración arquitectónica

Abstract

Mittelalter (1939-1958). This article explains the controversy and criticisms surrounding his thinking on the efforts of intervention with regard to historical monuments and his ideas about the evolution of the forms and elements of the European, and particularly Spanish castles in his scientific publications.

Key words:

Castle science, historiography, castles, fortresses, Middle Ages, architectural restoration

El desconocimiento aparentemente generalizado en España sobre la figura y la obra —tanto de intervención sobre el patrimonio castrense alemán como de investigación y divulgación científica— del arquitecto Bodo Ebhardt insta a elaborar un estudio preliminar sobre este arquitecto e historiador de la arquitectura fortificada que no sólo restauró más de 50 castillos en Alemania sino que analizó y escribió sobre la arquitectura militar medieval europea. Entre los castillos que documentó y estudió se encuentran los españoles. En 1930, Bodo Ebhardt realizó un viaje por España recorriendo algunos de los principales monumentos militares de la Edad Media. Cuatro años más tarde publicó su cuaderno de viajes junto a un nutrido número de dibujos tomados durante su “paseo entre castillos” —*Burgenfahrt*— que forma la base de su capítulo sobre los castillos españoles dentro de su enciclopédica obra *Der Wehrbau Europas im Mittelalter* (1939-1958).¹

El objetivo fundamental de este trabajo de investigación es ofrecer en lengua española una semblanza del arquitecto y restaurador atendiendo a su vida, obra de intervención sobre el patrimonio, actividad científica y pensamiento, así como de las críticas que recibió su actividad profesional y científica. Se analiza el viaje que realiza entre los meses de febrero y abril de 1930 por España y cómo estos datos, dibujos, detalles y fotografías se reelaboran unos años más tarde en la publicación sobre la fortificación medieval europea (*Der Wehrbau Europas im Mittelalter*), donde aflora —al igual que en otras muchas publicaciones suyas— un anhelo por una Europa pangermánica. Se explica su pensamiento estético —también político e ideológico— en cuanto a la restauración arquitectónica del monumento militar y su interés por la base científica del trabajo de conservación y restauración patrimonial.

Este trabajo no deja de ser unas notas para un estudio en profundidad posterior. Para su elaboración se ha seguido un método de documentación bibliográfica a través de diversas bases de datos y bibliotecas especializadas, como Regesta Imperii, Dialnet, ISOC, la Deutsche National Bibliothek, la Deutsche Burgenvereinigung, la Sächsische Biografie del Institut für Sächsische Geschichte und Volkskunde o la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del Centro de Ciencias Sociales y Humanas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Bodo Ebhardt y la restauración de los castillos

La figura y la obra del arquitecto e historiador alemán Bodo Ebhardt no han tenido en España el peso ni la influencia de los que sí ha gozado en Europa. Se han utilizado en alguna ocasión sus dibujos y plantas, mas no se encuentran referencias entre la bibliografía específica. Bodo (Heinrich Justus) Ebhardt nació el 5 de enero de 1865 en Bremen y murió a los 81 años, el 13 de febrero de 1945, en el castillo de Markburg en Braubach que él mismo restauró entre 1899 y 1905 como sede de la Deutsche Burgenvereinigung (Asociación Alemana de los Castillos) (fig. 1).

El interés por los castillos por parte del arquitecto alemán nace en su época de estudiante de ebanistería en la Escuela de Artes Decorativas de Berlín siguiendo la profesión de

1. B. Ebhardt, *Der Wehrbau Europas im Mittelalter*. 3 vols Würzburg, Stollham, 1939-1958.



Figura 1. Bodo Ehardt durante las obras de restauración de Hohkönigsburg (DBV/Inventaire Alsace, Francia)

su padre, si bien al poco comenzó a trabajar como arquitecto. Esta formación inicial se notará en sus proyectos, pues diseña el mobiliario para los castillos que restaurará. Su actividad profesional se enfocó en la restauración de los castillos alemanes. Este trabajo se vio favorecido, en parte, gracias a su amistad con el emperador Guillermo II, quien lo nombró arquitecto de la Corte y arquitecto del emperador.²

Entre las más de 50 restauraciones de castillos ejecutadas bajo la dirección de Ehardt —se denominó a sí mismo «el Restaurador (Wiederhersteller) de los Castillos Alemanes»³— se encuentran los castillos de Marksburg, en Braubach am Rhein (1899-1905), de Hohkönigsburg en Alsacia (1901-1908), de Hakeburg en Kleinmachnow (1906-1908), el de Grodziec en Silesia (1906-1908), de Neuenstein en Württemberg (1906-1914), de Veste Coburg (1906-1924), de Sallgast (1911-1912) o de Wommen en Turingia (1911-1913), entre otros. En el biocronograma de la tabla 1 se detallan los proyectos ejecutados por Bodo Ehardt en relación con algunos aspectos biográficos relevantes.

Tabla 1. Biocronograma de Bodo Ehardt⁴

| Año | Vida | Obra |
|-----------|--|---------------------------------|
| 1865 | Nace en Bremen | |
| 1880 | Estudios empresariales en Bremen y Magdeburgo | |
| | Se traslada a Berlín para estudiar en el Kunstgewerbemuseum (Escuela de Artes Decorativas) de Alexander Schütz, completando su formación de manera autodidacta | |
| 1890 | Abre su estudio de arquitectura en Berlín | |
| 1891 | Se casa con Agnes (Krebs), nacida en 1870 | |
| 1892 | Nace su hijo Bodo | |
| 1892-1893 | | Villa Seibt en Berlín-Grunewald |

2. M. Donath, “Ehardt, Bodo Heinrich Justus,” en *Sächsische Biografie*, Dresde: Institut für Sächsische Geschichte und Volkskunde, 2009.

3. R.R. Taylor, *The castles of the Rhine. Recreating the Middle Ages in modern Germany*, Waterloo, Ontario, Wilfrid Laurier University Press, 1998, 242

4. Elaboración propia según datos de Donath, *op. cit.*

| | | |
|-----------|--|---|
| 1893-1894 | | Landhaus Ebhardt en Berlín-Grunewald (vivienda propia) |
| 1894 | | Complejo residencial y comercial “Wilhelmshof” en Groß-Lichterfelde, cerca de Berlín |
| 1894 | Nace su hijo Fritz | |
| 1894 | | Logierhaus “Fürstenhof” en Karlshorst en Berlín |
| 1894-1895 | | Establos de los tintoreros. Villa en Aachen- Burtscheid |
| 1895-1896 | | Casa Schröder-Poggelow en Berlín-Tiergarten |
| 1896 | | Jeques Villa en Berlín-Grunewald |
| 1896 | | Casa residencial Ebhardt en Berlín-Tiergarten, Rauchstrasse 13 |
| 1899 | Fundación de la Deutsche Burgenvereinigung | |
| 1898 | | Monumento Sporting en Berlín |
| 1899-1901 | | Villa Langenscheidt en la colonia Alsen, Berlín-Wannsee, Colomierstraße 1 |
| 1899-1900 | | Villa Passow / Fulvio / Voss (hoy Dressler-Verlag) en Heidelberg , Gaisbergstrasse 55 |
| 1900-1934 | | Restauración de Marksburg, antes Braubach am Rhein |
| 1901 | Nace su hijo Klaus | |
| 1901-1908 | | Restauración de Hohkönigsburg (en francés, HautKoenigsbourg) en Alsacia |
| 1901-1902 | | Villa Cornelio Meyer en Berlín-Grunewald |
| 1903 | | Monumento a los caídos en 1870-1871 Braubach |
| c. 1904 | | Dependencias a Villamartin en Neubabelsberg |
| 1904 | | Villa Remmer en Berlín-Grunewald |
| 1904-1906 | | Ampliación de los castillos Landonvillers en Lorraine |

| | | |
|-----------|--|--|
| 1905-1906 | | Restauración del salón de la iglesia de Schloss Altenburg después de un incendio |
| 1906-1908 | | Construcción de Hakeburg en Kleinmachnow |
| 1906-1908 | | Trabajos de restauración y edificios auxiliares en el Grodziec |
| 1906-1925 | | Restauración y ampliación de Schloss Neuenstein (Hohenlohe) |
| 1908-1909 | | Villa Ribbeck en Berlín-Grünwald |
| 1909 | Se traslada a vivir al Marksburg en Braubach | |
| 1909 | Ciudadano honorífico de Braubach | |
| 1909-1925 | | Restauración y construcción de varios edificios nuevos en la Veste Coburg |
| c. 1910 | | Casa Lucke en Schlettstadt |
| 1911-1912 | | Restauración de Schloss Sallgast |
| 1911-1913 | | Finalización del castillo Wommen |
| 1912 | | Restauración del castillo Langenau |
| 1912-1913 | | Bankhaus von der Heydt (el llamado "Kleisthaus") en Berlín, Mauerstrasse 53 |
| 1912-1914 | | Construcción del castillo de Wartburg-Gasthofs en Eisenach |
| 1912-1914 | | Restauración del castillo Czocho |
| 1913-1914 | | Restauración y ampliación de Schloss Gross Leuthen |
| 1913-1916 | | Fürstliches Hoftheater en Detmold |
| 1914-1915 | | Ampliación de la sede Allianz Versicherungs-AG en Berlín |
| 1914-1915 | | Plan de desarrollo para la reconstrucción de Neidenburg (Prusia Oriental) |
| 1914-1925 | | Reconstrucción libre del castillo Kipfenberg |

| | | |
|-----------|--|---|
| 1920-1945 | Preside la Deutsche Burgenvereinigung | |
| 1920 | | Proyecto de restauración del castillo Neuhausen |
| 1920-1921 | | Restauración del castillo Kaulsdorf |
| 1920-1923 | | Restauración de Schloss Eichicht |
| 1921-1923 | | Restauración del Castillo Scharfentein después de un incendio |
| 1921-1923 | | Restauración del castillo de Creuzburg |
| 1922-1927 | | Construcción de la Hornburg sobre los restos existentes |
| 1922-1928 | | Ampliación del castillo Heimhof |
| 1922-1935 | | Restauración del castillo en Gröditz Weissenberg |
| 1926-1927 | | Casa Petschull en Diez an der Lahn |
| 1927 | Presidente del Comité de Diseño Urbano del Gran Berlín | |
| 1928 | Miembro fundador de los Amigos de Plassenburg | |
| 1929-1930 | | Restauración de la mansión Gollwitz |
| 1931 | Delega su estudio de arquitectura a su hijo Fritz y comienza la redacción de <i>Der Wehrbau Europas im Mittelalter</i> | |
| 1931-1932 | | Castle Rock (Arenfels) a Hoenningen am Rhein |
| 1933-1935 | | Villa Mühlberg en Ohrdruf |
| 1945 | Muere en el Marksburg en Braubach | |

Una de las obras más relevantes, en lo arquitectónico y en lo ideológico, es la restauración del castillo alsaciano de Hohkönigsburg; Haut-Koeningsbourg en francés (fig. 2). En 1899 el emperador Guillermo II de Hohenzollern encarga las obras de restauración a Bodo



Figura 2. Vista del castillo de Hohkönigsburg (Ebhardt 1900-1901, 148, fig. 1)

Ebhardt del que se consideraba una atalaya germánica en Alsacia y que debía glorificar los antiguos valores de la monarquía, la aristocracia y la burguesía medieval conservados a través de la idea de elevar, con esta restauración, un gran monumento para la gloria de la dinastía legítima del Imperio: los Hohenzollern.⁵ La idea del proyecto, altamente politizado, es devolver el castillo en ruinas a su estado de apogeo en el siglo XV, incluyendo la restauración de los espacios interiores y el mobiliario.⁶ Las obras se acompañan de trabajos arqueológicos que catalogan todos los restos encontrados entre los escombros y los movimientos de tierras necesarios para las nuevas construcciones que proyecta Ebhardt. Se abre una nueva cantera y se traza una vía férrea para el transporte de la piedra, de igual manera que se construye una estación de bombeo para el agua. Los trabajos continúan durante siete años hasta que un lluvioso 13 de mayo de 1908 el emperador inaugura de nuevo el castillo entre burlas y

5. Taylor, *op. cit.* C. O' Farrell, *Hohkönigsburg und der Wohnbau auf der Burg im 19. Jahrhundert*, Munich, GRIN Verlag, 2009.

6. J.-J. Schwien, y J.-C. Dauk, "Des Tierstein à Bodo Ebhardt. Le mobilier archéologique des fouilles du Haut-Koenigsbourg (1900-1908)", en *Cahiers alsaciens d'archéologie d'art et d'histoire* Société pour la conservation des monuments historiques d'Alsace, 2005, 133-168.

críticas, ya que fue tildado como una «ópera bufa medieval». ⁷ El castillo volverá a pertenecer a Francia tras el Tratado de Versalles.

Ehardt defiende el empleo del método científico como base de la intervención arquitectónica ante el monumento. De hecho, en 1900-1901 publica un artículo sobre las artes y oficios en la época de la construcción de Hohkönigsburg explicados a través del material arqueológico rescatado y catalogado: armas y herramientas de metal, piezas de bronce, herraduras, estribos, herramientas de la construcción (picos, azuelas, punteros), restos de piezas del hogar (morillo, placas de horno), herrajes, candados, llaves y cerraduras de puertas y ventanas, piezas decorativas de cobre repujado y proyectiles (fig. 3).

El hecho de que la restauración de Hohkönigsburg esté promovida por la figura del emperador se inscribe en el contexto de su situación geográfica y de la importancia histórica que tuvo. El castillo forma parte del sistema defensivo del alto Rin. El río Rin ha sido protagonista histórico de una lucha por su control y de ahí la importancia que se dio a la restauración de los castillos que lo jalonan como inherentes a la imagen nacional. Ehardt veía en la línea defensiva del Rin los vestigios de la amenaza de las hordas enemigas que podían de nuevo descender sobre el pueblo alemán. La destrucción del patrimonio militar medieval no sólo ofrecía una visión aterradora sobre los hechos ocurridos antaño, sino que, para Ehardt, deben fomentar una llamada al «odio, la venganza y la batalla hasta el final». ⁸ Tras el panorama desolador dejado por la destrucción de la Gran Guerra, Ehardt radicaliza su nacionalismo.

Ehardt tiene un concepto de la restauración arquitectónica por el que el edificio debe volver a un estado original; o un estado concreto de su historia, aunque haya que edificar nuevas partes, en la corriente de Viollet-le-Duc. De hecho, Ehardt se apoya en los estudios de Viollet-le-Duc sobre el mobiliario y la arquitectura medieval para sus reinterpretaciones. ⁹

Las ideas del arquitecto francés parecen pesar sobre el pensamiento y la actitud restauradora de Bodo Ehardt. Viollet-le-Duc había realizado una gran aportación al estudio de la arquitectura militar medieval, tanto desde los artículos del *Dictionnaire raisonné sur l'architecture française du XIe au XVIe siècle* como desde las publicaciones monográficas sobre la arquitectura militar y las restauraciones de los castillos y conjuntos de Coucy, Pierrefonds, Roquetaillade y Carcassonne. El pensamiento positivista y funcionalista de Viollet-le-Duc le hace comprender la obra fortificada como una respuesta inteligente y efectiva ante las fuerzas activas del arte de la guerra. Entiende que el objetivo de la construcción de muralla y torres es la defensa y la vigilancia frente al ataque con máquinas y tropas; bajo este enfoque, las formas y los aspectos constructivos de la arquitectura militar —que descompone como si

7. E. Castellani Zahir, “Echt falsch und doch schön alt: die Wiederherstellung der Hohkönigsburg im Elsass 1900 bis 1908”, *Zeitschrift für Schweizerische Archäologie und Kunstgeschichte*, 54, n° 2, 1997, 141-152.

8. S. Goebe, *The Great War and Medieval Memory. War, Remembrance and Medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, 175.

9. Viollet-le-Duc estudia al detalle los aspectos formales de los muebles: E.E. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné du mobilier français de l'époque carlovingienne à la renaissance*, 6 vols., París 1865-1875. B. Ehardt, “Das Kunstgewerbe auf der Hohkönigsburg”, *Das Kunstgewerbe in Elsaß-Lothringen*, 1, 1900-1901, 154.



Figura 3. Herramientas de cantería rescatadas durante los trabajos previos a la restauración del castillo Hohkönigsburg (Ebhardt, 1900-1901: 153, fig. 13)

diseccionara un ser vivo para estudiar sus órganos y las relaciones entre ellos— derivan del desarrollo poliorcético.

No obstante el rigor científico del trabajo de investigación con el que Viollet-le-Duc arranca la labor de intervención sobre un monumento, no aboga por, únicamente, conservarlo como propone la teoría de Ruskin, sino que va a buscar un estado idealizado que puede no haber existido jamás y «en el estilo que le es propio». Este estado idealizado se consigue gracias a la labor no sólo de restauración arquitectónica, sino también mobiliaria y decorativa.¹⁰

10. R. di Fusco, “Viollet-le-Duc y Ruskin”, en *La idea de Arquitectura, historia de la crítica desde Viollet-le-Duc a Perisco*, Barcelona, 1976; P. Gout, *Viollet-le-Duc: sa vie, son oeuvre, sa doctrine*, Paris 1914; N. Pevsner,

Viollet-le-Duc había definido la restauración de un edificio de la siguiente manera: «restaurar un edificio, no es mantenerle, repararle o rehacerle, es restablecerle en un estado completo que puede no haber existido nunca en un momento dado».¹¹ Esta intervención se apoya en un profundo y científico conocimiento del edificio y debe realizarse con el mayor respeto y cuidado. Sin embargo, esta actitud puede flexibilizarse ante la necesidad de darle una nueva vida al monumento: «el arquitecto encargado de una restauración de un edificio tiene que conocer las formas, los estilos a los que pertenece este edificio y la escuela de donde viene, aún más, si es posible, tiene que conocer su estructura, su anatomía, temperamento, porque antes de todo tiene que hacerlo vivir». Para Viollet-le-Duc, el arquitecto restaurador debe garantizar que el edificio restaurado tenga una nueva vida, con un uso lo más cercano posible a su función original. Para este fin ha de ser respetuoso, si bien ante los deseos y exigencias de los clientes (en el caso de Pierrefonds, el emperador) el restaurador cede espacio al proyectista

Viollet-le-Duc intervino en los castillos de Coucy (1856-1861), Pierrefonds (1858-1879), Roquetaillade (1864) y la ciudad de Carcassonne (1846-1879), donde parece querer volver a poner en uso una arquitectura tan esencialmente funcional como la militar. En 1857 Napoleón III encarga a Viollet-le-Duc la reconstrucción del castillo de Pierrefonds (siglo XIV, comprado en 1813 por Napoleón I) para destinarlo a residencia imperial.¹² Lo que empieza con una restauración “sobre el papel” se acrecienta con los caprichos del emperador y el alojamiento de las colecciones reales. Las obras adquieren un ritmo activo y se proyectan nuevas estancias y soluciones como la terminación de la capilla sin una base científica sólida que arme los argumentos.¹³

Presente la influencia de Viollet-le-Duc, Bodo Ebhardt considera que se puede detener el avance de la ruina con la completa restauración del edificio a un momento de su pasado en el que todos sus elementos estén acordes en el estilo llegando a producir la copia más parecida al original.¹⁴ Esto le valió muchas críticas por parte de los opositores

2010. *Ruskin and Viollet-le-Duc: Englishness and Frenchness in the appreciation of Gothic architecture*, Londres 1969.

11. «restaurer un édifice, ce n'est pas l'entretenir, le réparer ou le refaire, c'est le rétablir dans un état complet qui peut n'avoir jamais existé à un moment donné». E.E. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné sur l'architecture française du XIe au XVIe siècle*, 10 vols., París 1854-1968, VIII, 14.

12. En este sentido, la restauración encargada por Guillermo II del castillo de Hohkönigsburg por parte de Ebhardt puede entenderse como un reflejo de la de Pierrefonds por parte de Viollet-le-Duc a través del delirio de Luis II de Baviera quien, tras su visita a Pierrefonds en 1867, forja la idea de Neuschwanstein. Este conocido castillo neomedieval concebido para fomentar la creatividad wagneriana comenzó su construcción en 1869 bajo el proyecto del arquitecto Eduard Riedel (subrogado a los deseos del monarca) y del diseñador escénico de la Corte Christian Jank. L. de Mora Figueroa, “En torno a Viollet-le-Duc y la arquitectura militar medieval”, *Gades*, 1, 21-24.

13. P. Araguas, “Viollet-le-Duc restaurador de edificios militares: entre teoría y práctica”, en *Simposio internacional «Arquitectura fortificada»*. *Conservación, restauración y uso de los castillos*, Valladolid 2005, 219-241.

14. Taylor, *op. cit.*, 242-243.

a la restauración monumental, como Riegl, que busca el estado de ánimo real de la ruina. Ebhardt, de alguna manera, perseguía la aspiración de la exactitud histórica y la autenticidad en el estilo. Este pensamiento le llevó a inventar de manera libre con el fin de completar una imagen casi escenográfica de la arquitectura militar medieval. Ya en sus primeras publicaciones deja claro este punto de vista sobre la ruina. En *Deutsche Burgen* (1898) propone y aboga por la reconstrucción de la ruina.¹⁵ En 1899 publica un breve artículo en *Die Denkmalpflege* titulado «Wie sollen wir unsere Burgruinen erhalten?» —«¿Cómo vamos a conservar nuestras ruinas?» (1899)—¹⁶ en el que sostiene la importancia de los estudios científicos como base del plan de trabajo de intervención sobre la ruina. A través de sus artículos en la revista *Der Burgwart* (entre 1908 y 1933) que él mismo fundara —hoy, *Burgen und Schlösser*— sigue defendiendo esta actitud.

Para Ebhardt, la tarea de la conservación consiste en proteger el monumento por su valor histórico, como icono patriótico apoyado en valores sociales y políticos conservadores.¹⁷ Y es este valor histórico el que justifica la reconstrucción, sobre la ruina, del edificio añadiendo —e incluso creando— las partes que faltan siempre con el apoyo de un conocimiento científico de la arquitectura militar medieval en cuanto a sus factores paisajísticos o sistémicos, arquitectónicos, poliorcéticos y constructivos. El conocimiento científico apoya las decisiones estéticas. El carácter de vivienda (si bien fortificada) que es el castillo justifica la incorporación del proyecto del mobiliario, la decoración, las telas e incluso la música en la restauración historicista que promueve Ebhardt.

Precisamente esta actitud frente al monumento, el cual trata de devolver a una vida pasada gloriosa, es la diana de las críticas de Alois Riegl, quien en su *Neue Strömungen in der Denkmalpflege* —*Nuevas corrientes en la práctica de la preservación de los monumentos* (1905)—¹⁸ se lamenta que Ebhardt rellena con nuevas construcciones las lagunas que la ruina había dejado del edificio original. Estos nuevos miembros añadidos carecen del valor histórico en sí mismo que sí tiene la ruina. En este texto, Riegl compara los métodos académicos del análisis cuidadoso y el estudio de los restos conservados de Dehio —«conservar, no restaurar»— con la búsqueda del «memorial» por parte de Ebhardt. Riegl defiende que la asociación de ideas respecto de la ruina genera en nosotros una sensación de placer de manera que lo inventado en la restauración, como material anacrónico, causa molestia.

Ebhardt y la investigación científica sobre los castillos

Esta actividad constructora y restauradora no sólo contemplaba la intervención patrimonial, sino que se dedicó a investigar y publicar sobre los castillos alemanes y de toda Europa. Ebhardt considera que hay una finalidad didáctica y pedagógica en la investigación histórica

15. B. Ebhardt, *Deutsche Burgen*, Berlín, 1898.

16. B. Ebhardt, «Wie sollen wir unsere Burgruinen erhalten?» *Die Denkmalpflege*, 1 1899, 54-55 y 62-63.

17. Taylor, *op. cit.*, 242.

18. A. Riegl, «Neue Strömungen in der Denkmalpflege», *Mitteilungen der K. K. Zentralkommission für Erforschung und Erhaltung der Kunst- und historischen Denkmale*, 3, nº 4, 1905, 85-104.

y en la publicación científica, si bien la enseñanza que pretende inculcar —especialmente a los jóvenes— se reviste de pasiones nacionalistas.¹⁹

En 1899 funda la Deutsche Burgenvereinigung —la Asociación Alemana de los Castillos— con el fin de conservar el patrimonio defensivo alemán, con sede en el Marksburg de Braubach. Logra involucrar a buena parte de la nobleza que aún era la propietaria de los castillos. Ehardt presidió la Asociación desde 1920 hasta su muerte. Gran viajero, recorrió Europa dibujando, tomando datos y levantamientos con los que fue publicando diversos libros sobre los castillos en Alemania (1898-1908),²⁰ Italia (1909-27),²¹ Francia y Bélgica (1915)²² y España (1934).²³ Algunos de estos viajes estuvieron patrocinados por la figura del emperador Guillermo II, a quien dedicó su obra *Deutsche Burgen* (1908). En 1901 le becó para un viaje de estudios por Austria, Suiza y el sur de Alemania con el fin de estudiar y dibujar los castillos.²⁴

Estos textos se reescribieron, compendiaron y ampliaron en la voluminosa obra —748 páginas, 783 figuras y 128 láminas— *Der Wehrbau Europas im Mittelalter* (1939-1958). Esta obra de madurez —en la que ya no se aprecia el chauvinismo tan presente en sus primeras obras— comprende los castillos de los Países Bajos, Inglaterra, Irlanda, Escocia, Francia, Alemania (donde incluye a Silesia, Prusia, las actuales Repúblicas Bálticas y Austria), Suiza, España, Portugal, Italia, Suecia, Noruega, Finlandia, los Sudetes, Bohemia y Moravia, la «ex-Polonia» (*sic*), Hungría, Eslovaquia, Transilvania (la región sajona de Rumanía), Croacia y Eslavonia, Bosnia y Herzegovina, Serbia, Rumanía, Bulgaria, la costa adriática, Grecia y Creta, para finalizar con los castillos de los estrechos del Bósforo y Dardanelos, en la Turquía europea.

No obstante, sus estudios científicos están profundamente pervertidos por su reaccionario nacionalismo y la amplificación de los sentimientos hacia los objetos de su estudio, esto es: los castillos, que son entendidos como «valorables herencias de nuestro pueblo».²⁵ Sus ideas nacionalistas y filonazis empañan su investigación con la concepción de que la construcción castrense europea emana, biológicamente, del pueblo alemán dado que éste conquistó Europa en la Alta Edad Media. Este pensamiento nacionalista y racista se enmarca en la búsqueda de un internacionalismo del castillo alemán.²⁶ Como advierte Taylor, «sus dibujos y pinturas eran minuciosos y precisos, y el tono de sus publicaciones entusiasta y sincero, aunque su enfoque era paradójico. Tenía una imagen idealizada sobre los castillos medievales y sobre sus propietarios, estando bastante dispuesto a que la imaginación invalidara a la precisión» (fig. 4).²⁷

19. Taylor, *op. cit.*, 247.

20. B. Ehardt, *Deutsche Burgen als Zeugen deutscher Geschichte*, Berlín, F. Zillessen, 1908.

21. B. Ehardt, *Die Burgen Italiens*. 6 vols Berlín, E. Wasmuth, 1909-1927.

22. B. Ehardt, *Krieg und Baukunst in Frankreich und Belgien*, Berlín, Burgverlag, 1915.

23. B. Ehardt, *Spanische Burgenfahrt 1930. Ein Reisebericht*, Marksburg Burgverlag, 1934.

24. Taylor, *op. cit.*, 244-245.

25. B. Ehardt, *Die Burgen des Elsaß*, Berlín, 1904, 22. Citado por Taylor, *op. cit.*, 367, nota 53.

26. F. Link, "The Internationalism of German Castle Research: Bodo Ehardt, His European Network, and the Construction of 'Castle Knowledge'", *Public Archaeology* 8, nº 4, 2009, 325-350.

27. «His drawings and paintings were thorough and precise and the tone of his publications enthusiastic and sincere, but his approach was paradoxical. He had an idealized view of medieval castles and their owners and was too willing to let imagination override precision», Taylor, *op. cit.*, 243

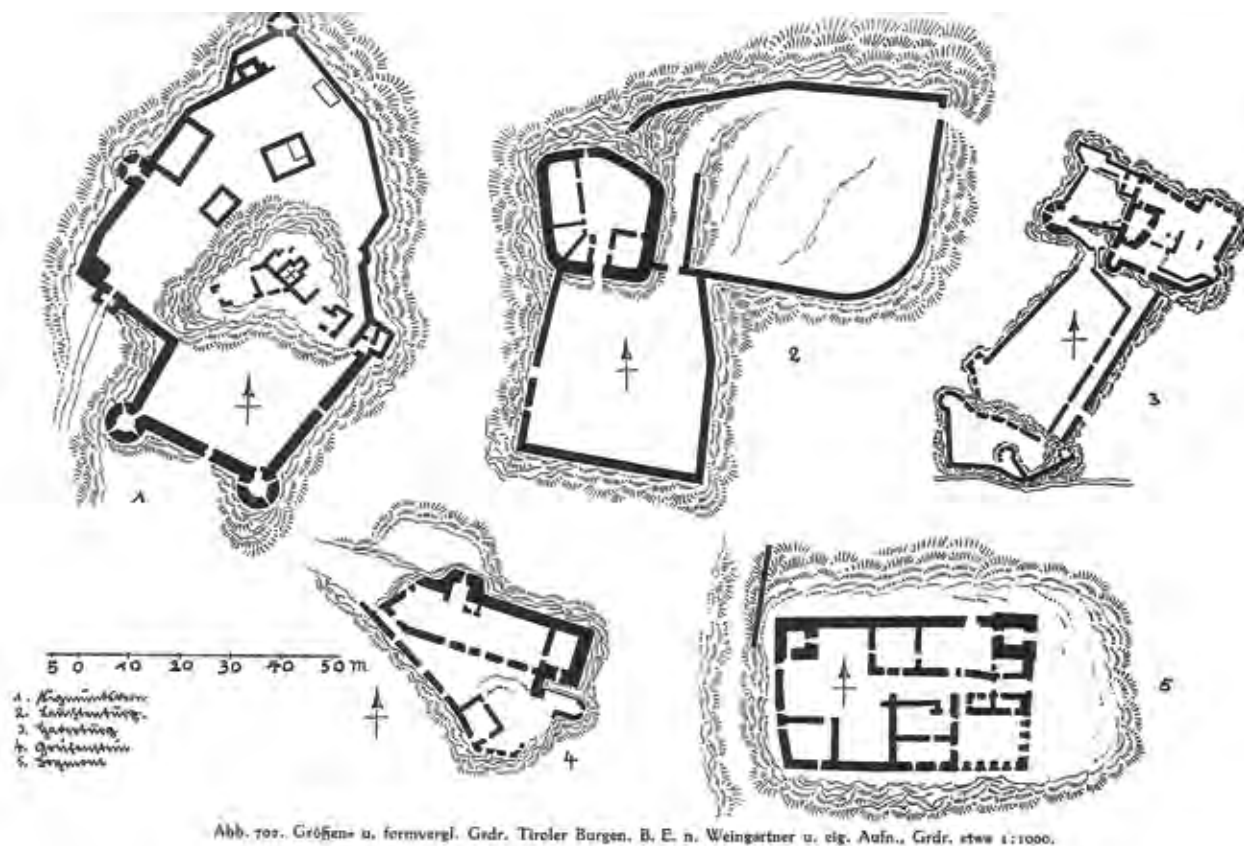


Figura 4. Lámina de comparación a la misma escala de las plantas de diversos castillos del Tirol (Ebhardt 1939-1958, 585, fig. 702)

Sus trabajos de investigación están repletos de dibujos a pluma o a lápiz, croquis de detalles, precisas plantas, secciones y alzados a escala y fotografías tomadas por él mismo. Cuando no ha levantado él mismo el monumento que está describiendo y ha de utilizar una fuente secundaria, siempre redibuja el plano citando la fuente de la que se ha servido. Sus publicaciones gozan de una gran unidad gráfica por este motivo, por conservar el criterio y el estilo e incluir siempre la escala del dibujo. Por este motivo, a pesar de la intencionada perspectiva racista en su historia de la fortificación europea, sus dibujos y mapas gozan de una magnífica precisión y tienen un gran valor en la investigación castellanológica actual.

Ebhardt, a pesar de la intencionalidad patriótica con que piensa y escribe, constituye un exponente del desarrollo de las modernas disciplinas de la Historia y la Arqueología.²⁸

28. Taylor, *op. cit.*, 247.

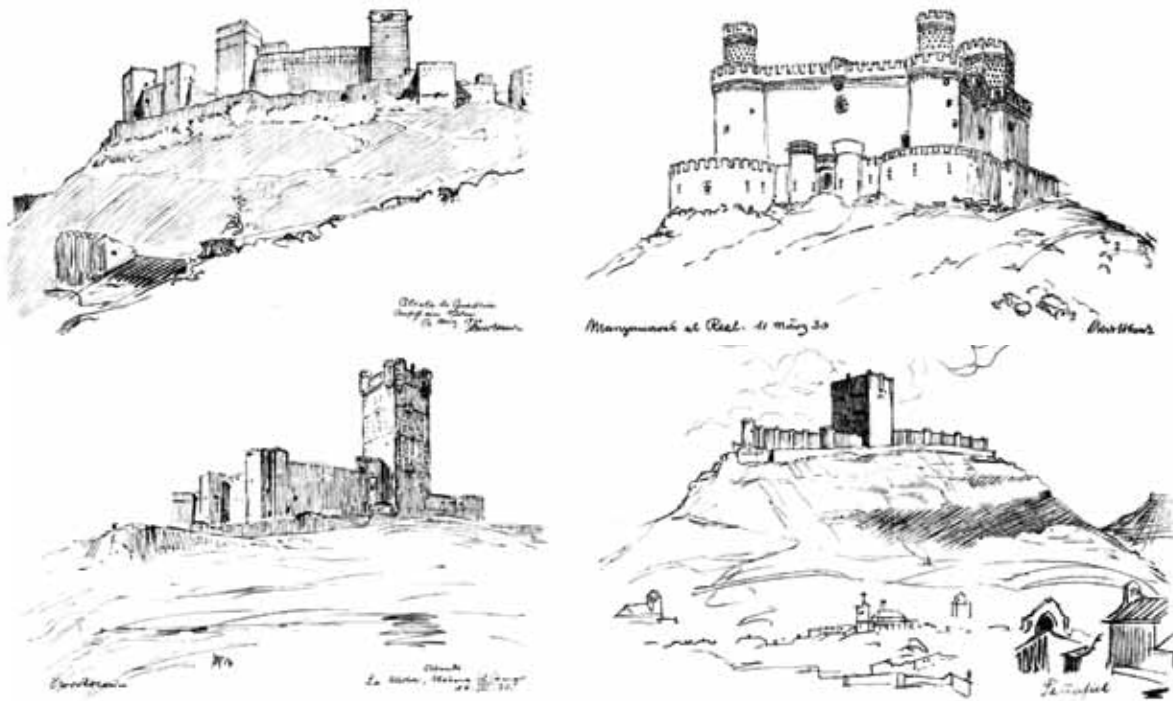


Figura 5. Dibujos a lápiz de los castillos de Alcalá de Guadaíra (t. 93), Manzanares el Real (t. 107), La Mota de Medina del Campo (t. 121) y Peñafiel (t. 123-124)



Figura 6. Mapa del itinerario que recorrió Bodo Ehardt por España entre febrero y abril de 1930

El viaje por España de 1930

Bodo Ebhardt realizó un viaje por España entre febrero y abril de 1930 en el cual documentó un significativo número de castillos y fortalezas. Además de la toma de fotografías, Ebhardt llevó un cuaderno de dibujo en el que con lápiz o pluma tomó vistas y detalles en precisos y preciosos dibujos. En 1934 publicó *Spanische Burgenfahrt 1930. Ein Reisebericht von Bodo Ebhardt, Architekt — Paseo por los castillos españoles 1930. Cuaderno de viaje de Bodo Ebhardt, arquitecto*— en el que incluye sus dibujos y finaliza con un apéndice fotográfico mientras describe su viaje (fig. 5).

Llama la atención sobre el hecho de que los acontecimientos históricos que ocurrieron en la España medieval difieren notablemente de los de la Europa central por el elemento musulmán. Ebhardt comienza señalando que a pesar de la separación casi física con Europa por el mar y los Pirineos, en España han confluído diversas civilizaciones e influencias como los fenicios y los musulmanes desde África, los romanos desde el Mediterráneo y los godos desde las tierras del norte. Todas estas influencias son las que configuran la forma, los tipos y la construcción de los castillos españoles.²⁹

Ebhardt entra en España desde Perpignan, tras haber atravesado Francia. De hecho, los primeros dibujos que aparecen en su cuaderno de viajes son de Tournon sur Rhone, Pont St. Esprit y Perpignan. Ebhardt se queja de las malas carreteras francesas y alaba la mejora de las carreteras españolas, más anchas. Entra por La Junquera y envía una carta a Espinosa de los Monteros (a quien suponemos como su contacto en España) en donde da respuesta a todas las preguntas que le habría planteado sobre el viaje con una única y feliz respuesta: «Nur sind wir wirklich in Spanien!» —«¡Ya estamos de verdad en España!»—.³⁰ Desde Cataluña recorrió el Levante y Murcia para llegar hasta Andalucía para, después, visitar algunos castillos relevantes de Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid. Ebhardt fecha casi todos sus dibujos, como se puede apreciar en la Tabla 2. Esto nos permite reconstruir el itinerario que recorrió en su paseo por España (fig. 6).

Tabla 2. Figuras en Spanische Burgenfahrt (1934) con indicación del tipo de dibujo y la fecha

| Figura (pág) | Castillo | Provincia | Tipo de dibujo | Fecha |
|--------------|----------------------|-----------|-----------------------------|-------|
| 9 | Almería | Almería | planta general de la ciudad | s.f. |
| 21 | Tournon an der Rhone | Francia | vista a lápiz | s.f. |

29. Ebhardt, *op. cit.*, 1934, 5.

30. Ebhardt, *op. cit.*, 24.

| | | | | |
|----|-------------------------------------|-----------|--|------------|
| 23 | Pont St. Esprit | Francia | vista a lápiz | 20/02/1930 |
| 31 | Perpignan, Tor zu Unfer lieben Frau | Francia | vista a lápiz | 20/02/1930 |
| 34 | Arenys de Mar | Barcelona | Vista a lápiz | 22/03/1930 |
| 38 | Papiol | Barcelona | vista a lápiz | 1930 |
| 39 | Castellbell de Cardona | Barcelona | vista a lápiz | 25/02/1930 |
| 41 | Castellbell de Cardona | Barcelona | detalles de una ventanas geminadas y un arco | s.f. |
| 43 | Solsona | Lérida | vista a lápiz | 13/04/1905 |
| 44 | Solsona | Lérida | detalle de un capitel | s.f. |
| 49 | Tortosa | Tarragona | detalle de una columna | feb-30 |
| 51 | Ulldecona | Tarragona | vista a lápiz | 26/02/1930 |
| 55 | Alacuás | Valencia | vista a tinta | 20/02/1930 |
| 60 | Játiva | Valencia | planta | s.f. |
| 65 | Aledo | Murcia | croquis acotado de la planta | 28/02/1930 |
| 66 | Aledo | Murcia | croquis acotado de la sección | 28/02/1930 |
| 67 | Aledo | Murcia | detalle acotado de una ménsula | s.f. |
| 68 | Lorca | Murcia | detalle de una ventana ojival | 28/02/1930 |
| 69 | Lorca | Murcia | detalle de unas ménsulas | 28/02/1930 |
| 70 | Lorca | Murcia | detalle de una puerta | 28/02/1930 |
| 73 | Almería | Álmería | vista a lápiz | 1930 |
| 74 | Almería | Álmería | detalle de las almenas | 01/03/1930 |
| 75 | Almería | Álmería | vista a lápiz | 1930 |
| 79 | Loja | Granada | vista a lápiz | 03/03/1930 |
| 81 | pájaros en Loja | Granada | vista a lápiz | s.f. |
| 82 | Archidona, viviendas tradicionales | Málaga | vista a lápiz | 03/03/1930 |
| 83 | Antequera | Málaga | detalle de una ventana | 03/03/1930 |
| 86 | Zahara (de la Sierra) | Cádiz | vista a lápiz | 1930 |

| | | | | |
|--------|--|-----------|---------------------------------|------------|
| 92 | Alcalá de Guadaira | Sevilla | detalle de unos escudos | 06/03/1930 |
| 98 | Almodóvar (del Río) | Córdoba | detalle de una pechina | s.f. |
| 99 | El Carpio | Córdoba | detalle de una ventana | 08/03/1930 |
| 100 | El Carpio | Córdoba | vista del interior | 1930 |
| 101 | El Carpio | Córdoba | detalle de una ventana geminada | 08/03/1930 |
| 103 | Manzanares el Real | Madrid | detalle de unos matacanes | s.f. |
| 113 | Maqueda | Toledo | croquis acotado de una puerta | 13/03/1930 |
| 116 | Ávila, calle de Pedro Dávila | Ávila | vista a tinta | s.f. |
| 118 | Coca | Segovia | detalle de unas garitas | 14/03/1930 |
| 124 | Haza | Burgos | vista a lápiz | 25/03/1930 |
| | | | | |
| | | | | |
| Lámina | Castillo | Provincia | Tipo de dibujo | Fecha |
| 34 | Torre de los Encantados, Arenys de Mar | Barcelona | Vista a lápiz | 22/03/1930 |
| 40 | Cardona | Barcelona | Vista a lápiz | 23/03/1930 |
| 40 | Cardona | Barcelona | Vista a lápiz | 23/03/1930 |
| 40 | Cardona | Barcelona | Vista a lápiz | 23/03/1930 |
| 40 | Cardona | Barcelona | Vista a lápiz | 23/03/1930 |
| 55 | Alacuás | Valencia | Vista a lápiz | 26/02/1930 |
| 59 | Játiva | Valencia | Vista a lápiz | 27/02/1930 |
| 63 | Alicante, castillo de Santa Bárbara | Alicante | Vista a lápiz | 1930 |
| 65 | Aledo | Murcia | Vista a lápiz | 28/02/1930 |
| 73 | Almería | Almería | Vista a lápiz | 01/03/1930 |
| 77 | La Rábida | Granada | Vista a lápiz | 1930 |
| 83-84 | Antequera | Málaga | Vista a lápiz | 03/03/1930 |
| 86 | Zahara (de la Sierra) | Cádiz | Vista a lápiz | 07/03/1930 |

| | | | | |
|---------|---------------------------------------|------------|---------------|------------|
| 87 | Zahara (de la Sierra) | Cádiz | Vista a lápiz | 07/03/1930 |
| 93 | Alcalá de Guadaira | Sevilla | Vista a lápiz | 07/03/1930 |
| 84 | Carmona | Sevilla | Vista a lápiz | 06/03/1930 |
| 95 | Carmona | Sevilla | Vista a lápiz | 06/03/1930 |
| 96 | Córdoba, alcázar | Córdoba | Vista a lápiz | 08/03/1930 |
| 99-101 | El Carpio | Córdoba | Vista a lápiz | 08/03/1930 |
| 107 | Manzanares el Real | Madrid | Vista a lápiz | 11/03/1930 |
| 109 | Toledo, castillo de San Servando | Toledo | Vista a lápiz | s.f. |
| 111 | Guardamur | Toledo | Vista a lápiz | 12/03/1930 |
| 112 | Barcience | Toledo | Vista a lápiz | 13/03/1930 |
| 112 | Escalona | Toledo | Vista a lápiz | 13/03/1930 |
| 112 | Escalona | Toledo | Vista a lápiz | 13/03/1930 |
| 113 | Maqueda | Toledo | Vista a lápiz | 13/03/1930 |
| 114 | San Martín de Valdeiglesias | Madrid | Vista a lápiz | 13/03/1930 |
| 121 | Medina del Campo, castillo de la Mota | Valladolid | Vista a lápiz | 14/03/1930 |
| 122 | Fuensaldaña | Valladolid | Vista a lápiz | 1930 |
| 123-124 | Peñafiel | Valladolid | Vista a lápiz | s.f. |

Los datos, levantamientos, anotaciones y detalles serán muy útiles en la redacción del capítulo sobre los castillos españoles en su *Der Wehrbau Europas im Mittelalter*, donde vuelve a incluir algunos de ellos o de las fotografías mientras que otros son redibujados.

Además de las vistas y detalles de los castillos españoles, el libro está salpicado de letras capitales y pequeños y simpáticos apuntes como dibujos de unos pájaros, un botijo, unas casas tradicionales o las dos calaveras —cristiana y musulmana— yaciendo juntas en un campo de batalla con que se cierra la obra (fig. 7).



Figura 7. Algunos dibujos secundarios: calavera con dos tibias con que se abre la descripción el itinerario (p. 10), la letra capital «F» con un Don Quijote entre ella en el capítulo sobre la excursión por Sevilla (p. 90), unos pájaros en Loja (p. 81), un botijo (p. 110), arquitectura tradicional en Archidona (p. 82) y dos calaveras que yacen juntas en un supuesto campo de batalla caracterizadas con atributos cristianos y musulmanes respectivamente (p. 154)



Figura 8. Mapa de situación de los castillos citados en *Der Wehrbau Europas im Mittelalter*

Los castillos españoles en *Der Wehrbau Europas im Mittelalter*

La enciclopédica obra de Ehardt sobre la fortificación medieval europea contiene un amplio capítulo —127 páginas, 32 láminas de fotografías, 11 de dibujos y 105 figuras de plantas, alzados y secciones— dedicado a los castillos españoles, con un considerable número de elementos estudiados, mucho mayor que el de los que visitó años antes en su ‘paseo’ de 1930 (fig. 8). Para reelaborar sus primeras impresiones publicadas en el *Spanische Burgenfahrt* de 1930 (publicado en 1934), Ehardt se vale de fuentes bibliográficas, tanto españolas como alemanas. En algunos casos, su viaje le nutrió de suficientes datos como para dibujar unos levantamientos descriptivos de algunos castillos (fig. 9). No obstante, Ehardt realiza una completa investigación bibliográfica en los años posteriores. El rigor científico es exquisito en lo referente a la cita de las fuentes y de la información que emplea de otros autores, lo cual permite hacer un completo análisis historiográfico de su obra. Tras su viaje por España, Ehardt está al tanto de las novedades bibliográficas, que no duda en utilizar. Tal es el caso del *Castillos de Guadalajara* de Layna Serrano (1933),³¹ de donde extrae abundante material gráfico que reelabora en el marco de su tradicional hacer con respecto al lenguaje gráfico uniforme de la obra (fig. 10). El alemán se nutre de obras generales sobre la castellología española, como los libros de Paz Espeso (1914),³² Lampérez (1922),³³ Sainz de Robles (1932)³⁴ y Sarthou Carreres (1933).³⁵

Otras fuentes que emplea para documentar los castillos de diversas provincias son los respectivos catálogos monumentales, como el *Catálogo Monumental de la provincia de Zamora*, *Catálogo Monumental de la provincia de León*, *Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla*, *Catálogo Monumental de la provincia de Cádiz* o el de Badajoz.³⁶ Entre las fuentes que Ehardt sigue para argumentar los acontecimientos históricos destacan *La España del Cid* de Menéndez Pidal (1929),³⁷ las *Noticias de los arquitectos y arquitectura*,³⁸ la *Crónica general de España*³⁹ o fuentes históricas como la *Historia della perdita e riacquisto della Spagna occupata da mori* de Bartolomeo de Rogatis (1660).⁴⁰

31. F. Layna Serrano, *Castillos de Guadalajara*, Madrid, Nuevas Gráficas, 1933.

32. J. Paz Espeso, *Castillos y fortalezas del reino*, Madrid, Imprenta de la Revista de Archiveros, Bibliotecarios y Museos, 1914.

33. V. Lampérez y Romea, *Arquitectura Civil Española de los siglos I al XVIII*, Madrid, Ediciones Giner, [1922] 1993.

34. F.C. Sainz de Robles, *Castillos en España. Su historia, su arte, sus leyendas*, Barcelona, Iberia, 1932.

35. C. Sarthou Carreres, *Castillos de España*, Madrid, Espasa Calpe, [1933] 1979.

36. J.R. Mérida, *Catálogo Monumental de España, Provincia de Badajoz*. 3 vols Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1907-1910.

37. R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Madrid, Plutarco, 1929.

38. E. Llaguno y Amirola, *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*, Madrid, Imprenta Real, 1829.

39. J.D. de la Rada y Delgado, *Crónica general de España, ó sea Historia ilustrada y descriptiva de sus provincias, sus poblaciones más importantes y posesiones de ultramar*, Madrid, Rubio, Grillo y Vittori, 1869.

40. B. de Rogatis, *Historia della perdita e riacquisto della Spagna occupata da mori* Venecia, appresso i Guerigli, 1660.

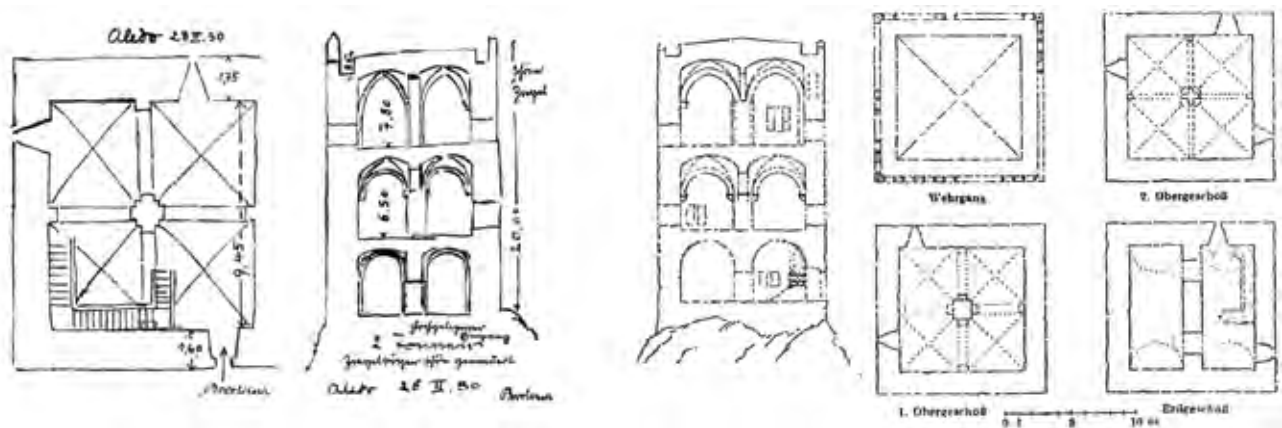


Figura 9. Croquis en planta y sección de la fortaleza de Aledo (Murcia) tomados por Bodo Ehardt durante su viaje por España en 1930 y publicados en su libro de 1934 (pp. 65-66). Plantas y sección redibujadas sobre estos datos publicadas en *Der Wehrbau Europas im Mittelalter* (p. 122, fig. 100)

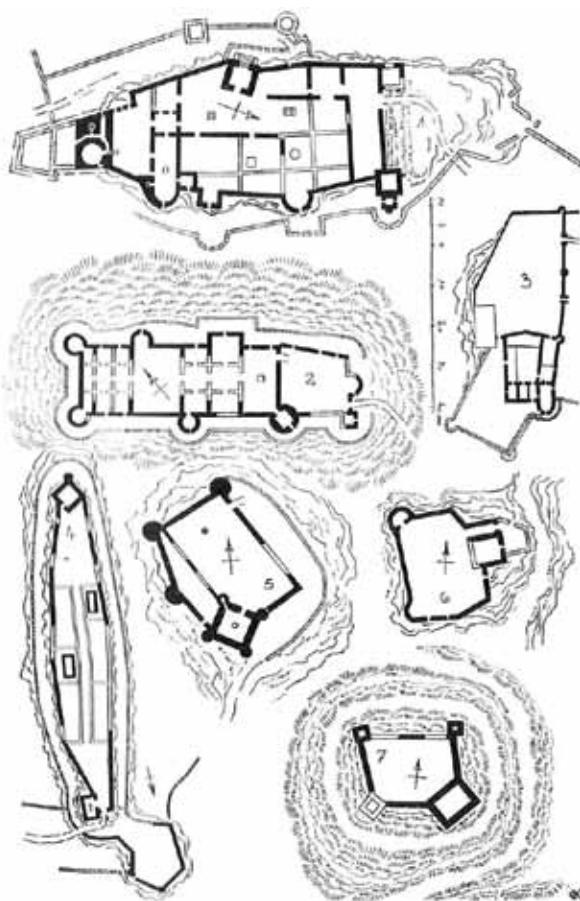


Abb. 22. Burgen der Provinz Guadalajara (Neukastilien), Spanien. Grundriß 1 : 1000. H. E. nach Layna Serrano. 1. Zorita de los Canes, 2. Jadraque, 3. Brihuega, 4. Atienza, 5. Anguila, 6. Arbetista, 7. Torresavilla.

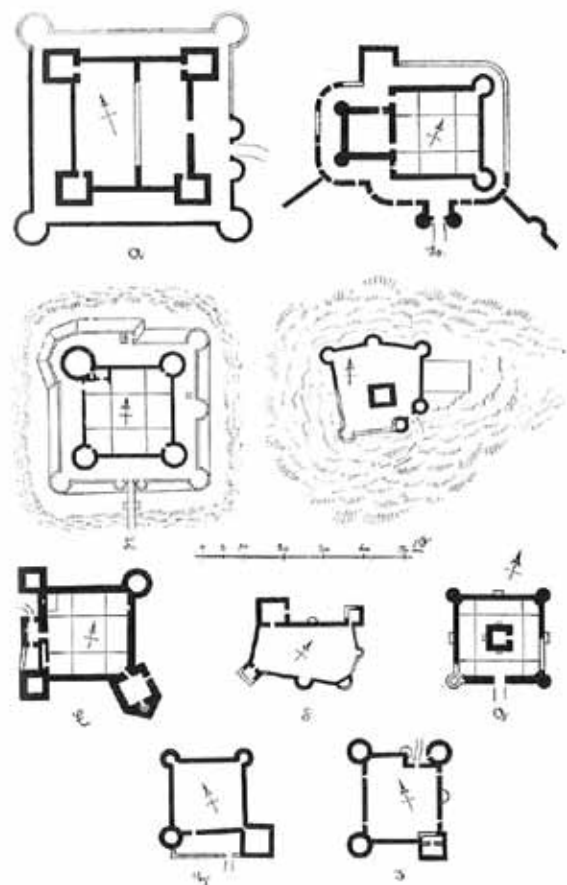


Abb. 23. Burgen der Provinz Guadalajara (Neukastilien), Spanien. Grundriß 1 : 1000. H. E. nach Layna Serrano. A. Santjuete, B. Palazuelos, C. Pico, D. Embid, E. Cifuentes, F. Gelve, G. Guillusa, H. Escamilla, J. Estables.

Figura 10. Láminas con las plantas de los castillos de Guadalajara en Ehardt (1939-1958: 42-43, figs. 22-23), tomadas de las que dibuja Layna Serrano (1933) de los mismos castillos

Ehardt también acude a la literatura alemana sobre la historia y el arte de España, en donde destacan las obras de Schirrmacher (1861),⁴¹ Schubert (1908),⁴² Rigel (1819-1821),⁴³ Kuhn (1925)⁴⁴ o Jürgens (1926).⁴⁵ Las memorias de viajes del excursionismo científico ha sido siempre una fuente de información; tal es el caso de su propio libro sobre el viaje por España de 1930 que cita en varias ocasiones. En este contexto, Ehardt hace uso no sólo de este tipo de obras como el viaje desde Gibraltar a Málaga de Carter (1779),⁴⁶ sino que también cita en varias ocasiones el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, el *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, el *Anuari de la Associació d'excursions Catalana*, el *Boletín del Turismo* o *Guía oficial de Toledo* e incluso la *Guía Michelin*.

Por último, Ehardt recurre a diversas monografías sobre castillos específicos para obtener información y elaborar sus dibujos y planos: Contreras (1878)⁴⁷ para la Alhambra de Granada, Navarro (1895)⁴⁸ para Escalona y Maqueda, Gil (1905)⁴⁹ para el castillo de Loarre y el Alcázar de Segovia, Torres Balbás para el alcázar de Córdoba, Casanova para el Castillo de Almodóvar del Río, Capdevilla para el castillo de Maldà, (Jeroni) Martorell, Arquitecto Conservador de Zona de Cataluña para el castillo de Peralada, (Francisco) Tettamancy Gastón para el castillo de Villalba en Lugo, Ricardo Martín para el castillo de Aulencia, (Sainz de) Robles para el castillo de Belmonte, (E. H. v.) Hausler para el plano general de La Coruña, o v. Fürstenhoff para el castillo de Ager.

El capítulo sobre los castillos españoles en *Der Wehrbau Europas im Mittelalter* sigue una estructura muy distinta de la de su anterior cuaderno de viajes. Comienza con un epígrafe dedicado a explicar la evolución histórica y el desarrollo de los castillos en España, en donde se aprecia su pensamiento sobre el peso del elemento godo que pervivió sin interrupción en el norte de España tras la ocupación árabe y que se mantiene y difunde durante la reconquista, «en las guerras de religión» por la «fuerza de voluntad de la raza».⁵⁰

A este capítulo introductorio le sigue otro breve epígrafe en el que desglosa algunos detalles o elementos arquitectónicos y poliorgánicos de los castillos españoles, en cuanto a la

41. F.W. Schirrmacher, H. Schäfer, y F. Wilhelm Lembke, *Geschichte von Spanien*, Gotha, Bei Friedrich Andreas Bertes, 1861.

42. O. Schubert, *Geschichte des barock in Spanien*, Esslingen, Paul Neff, 1908.

43. F.X. Rigel, *Der siebenjährige Kampf auf der Pyrenäischen Halbinsel vom Jahre 1807 bis 1814 Besonders meine eigenen Erfahrungen in diesem Kriege nebst Bemerkungen über das spanische Volk und Land*, Darmstadt, in Comm. bey Heyer und Leste, 1819-1821.

44. A. Kuhn, *Das alte Spanien*, Berlín, Verlag Neufeld und Henius, 1925.

45. O. Jürgens, y W. Giese, *Spanische Städte: Ihre bauliche entwickklungound Angestaltung*, Hamburgo, Verlag L. Friederichsen, 1926.

46. F. Carter, *Reise von Gibraltar nach Málaga in Jahr, 1772.*, Leipzig, Crusius, 1779.

47. R. Contreras, *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba o sea La Alhambra, el Alcázar y la Gran Mequita de Occidente*, Madrid, Imprenta y litografía de A. Rodero, 1878.

48. F.B. Navarro, "Fortalezas y castillos de la Edad Media (Maqueda y Escalona)", *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 3, nº 25, 1895, 1-15.

49. I. Gil, *El castillo de Loarre y el Alcázar de Segovia: capítulos de un libro inédito*, Burgos, Burgos, 1905.

50. Ehardt, *op. cit.*, 1939-1958, 5.

forma de las torres, los aspectos residenciales, las formas de las galerías, escaleras, capillas, puertas, puentes, ventanas, calabozos, almenas e incluso la calefacción y el abastecimiento de aguas. A continuación, tras explicar las distintas formas de las plantas de los castillos españoles, sigue un desarrollo geográfico por los castillos de Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Andalucía, Extremadura, León, Galicia, Aragón, Navarra, País Vasco, Cataluña, Valencia, Murcia y Baleares. Estas consideraciones y análisis por elementos arquitectónicos así como la clasificación regional son de clara influencia de la obra de Lampérez.⁵¹ Finaliza el extenso capítulo sobre los castillos españoles con unas conclusiones generales donde incide en el hecho diferenciador entre la España musulmana (al sur) y la España gótico-germana (al norte).

La figura de Ehardt no ha tenido, en la castelología española, un peso relevante. Esta situación quizá se deba a su visión pangermánica sesgada e intencionada y a que, respecto de los grandes compendios castelológicos españoles y monografías específicas no ofrezca datos nuevos. Basado en su conocimiento de primera mano —si bien durante una estancia corta y en un reducido, pero selecto, número de castillos por él visitados en 1930— y al trabajo de documentación bibliográfica que arma su capítulo en *Der Wehrbau Europas im Mittelalter*, Ehardt ofrece un análisis general por regiones (en la línea de Lampérez) en donde trata de rescatar el, para él, importante peso godo-germánico que subyace en los tipos y la construcción de los castillos medievales de «la España cristiana germánica». El hecho constructivo le sirve para argumentar esta idea, ya que, en una imagen reduccionista y errónea, señala que en el sur de la Península —con mayor influencia musulmana— se construyen los castillos con tapia de tierra mientras que los castillos septentrionales —donde permanece, se mantiene, resiste y termina por expandirse el sustrato cultural visigodo— se levantan las torres y murallas con fábrica de piedra al modo europeo.

Ya lo había dejado expresado en su primera publicación sobre los castillos españoles: «la técnica oriental de construcción con tapia de tierra todavía permanece en el sur de Andalucía y Murcia, frente a la construcción con piedra (sillería y mampostería) o mixta (en el castillo de Escalona, por ejemplo) de las regiones septentrionales (Castilla, Aragón, Cataluña y otras)».⁵²

Conclusiones

Bodo Ehardt es un arquitecto restaurador que aboga por incluir el método de documentación histórica en las intervenciones con el fin de devolver las ruinas —provocadas, según él, por el ataque de las fuerzas enemigas que siguen latentes allende las fronteras— a un estado primigenio de esplendor en el que la arquitectura, las artes aplicadas, la decoración y el mobiliario responden a una reconstrucción histórica altamente idealizada, politizada e

51. Lampérez, *op. cit.*

52. «Der technik des Orients, mit Lehmton zu bauen (tapia), die im Süden in Andalusien, Murcia usw. noch heute an gemandt wird, steht die Steinbautechnik (Duader und Bruch Steinbauten) des Nordens (Kastiliens, Aragons, Kataloniens, u.a.) gegenüber (Siehe die Mischung an der Burg Escalona)», Ehardt, *op. cit.*, 1934, 6.

intencionada. Por este motivo, estudia la castellología medieval europea desde este punto de vista científico, si bien se permite licencias a la hora de argumentar el peso germánico en la tipología arquitectónica y en la construcción fortificada medieval. Sus publicaciones son el fruto de sus viajes y sus investigaciones, actividades paralelas a su actividad restauradora. Ehardt mantiene y defiende una teoría de la restauración no exenta de crítica. Riegl no comparte la restauración histórica y estilística de Ehardt que le lleva a completar la ruina con nuevas construcciones.

Ehardt sostiene un pensamiento altamente racista sobre la construcción fortificada medieval, en donde el peso gótico-germánico impregna las formas, los elementos y la historia de los castillos europeos, entre ellos los españoles. No obstante, las particulares características que presenta la fortificación medieval española frente a la coetánea europea —en cuanto a la presencia y la influencia de elemento islámico durante ocho siglos— hacen que Ehardt argumente este punto.

La autoridad y el crédito de Ehardt es mayor fuera que dentro de España y no es infrecuente encontrar referencias a su obra y a sus estudios en los compendios castellológicos o las obras de referencia internacionales. No obstante, se hace necesario una revisión de su estudio sobre los castillos españoles, así como una traducción y análisis crítico de estas obras. El material gráfico por sí mismo posee un gran valor de conjunto y no está exento de rigor. Con esta aportación se pretende rescatar una figura esencial en la historiografía castellológica medieval.

Apéndice: bibliografía de Bodo Ehardt

- B. Ehardt, *Deutsche Burgen*, Berlín, 1898.
- B. Ehardt, “Wie sollen wir unsere Burgruinen erhalten?” *Die Denkmalpflege*, 1, 1899, 54-55 y 62-63.
- B. Ehardt, “Forschungen und Ausgrabungen auf der fränkischen Salzburg bei Neustadt an der Saale”, *Der Burgwart*, 1, 1899-1900, 18-19.
- B. Ehardt, “Das Kunstgewerbe auf der Hohkönigsburg”, *Das Kunstgewerbe in Elsaß-Lothringen*, 1, 1900-1901, 148-160.
- B. Ehardt, “Der Kaiser auf der Hohkönigsburg”, *Der Burgwart*, 9, no. 5, 1904, 105-112.
- B. Ehardt, *Die Burgen des Elsaß*, Berlín, 1904.
- B. Ehardt, “Burgen der Hohenzollern”, en P. Seidel (Ed.), *Hohenzollern-Jahrbuch. Forschungen und Abbildungen zur Geschichte der Hohenzollern in Brandenburg-Preussen*, Berlín: Giesecke and Devrient, 1905, 252-299.
- B. Ehardt, *Ueber Verfall, Erhaltung und Wiederherstellung von Baudenkmalen mit Regeln für praktische Ausführungen*, Berlín, Ehardt, 1905.
- B. Ehardt, “Die wiederauferstandene Hohkönigsburg”, *Der Burgwart*, 9, nº 4, 1908, 73-74.
- E. Müsebeck, y B. Ehardt, *Schloß und Dorf Londonvillers. Besitz des Landrats*, Berlín, Feyl, 1908.
- B. Ehardt, *Der Väter Erbe. Beiträge zur Burgenkunde und Denkmalpflege. Aus Anlass des zehnjährigen Bestehens der Vereinigung zur Erhaltung deutscher Burgen*, Berlín, 1909.

- B. Ebhardt, *Die Burgen Italiens*. 6 vols., Berlín, E. Wasmuth, 1909-1927.
- B. Ebhardt, "Neuenstein", *Der Väter Erbe. Beiträge zur Burgenkunde und Denkmalpflege*, 1909, 60-67.
- B. Ebhardt, *Deutsche Burgen als Zeugen deutscher Geschichte*, Berlín, F. Zillissen, 1908.
- B. Ebhardt, *Der Einfluß des mittelalterlichen Wehrbaus auf den Städtebau* Berlín, 1910.
- B. Ebhardt, *Vorschlag zu einem Bismarck-National-Denkmal auf der Elisenhöhe bei Bingerbrück*, Berlín, 1910.
- B. Ebhardt, *Steinerne Zeugen: Wehrbauten Veronas*, Berlín-Grunewald, 1911.
- O.F. Hoppe, y B. Ebhardt, *Stadt und Bad Mergentheim in Württemberg* ed. A. Bofinger Stuttgart, 1911.
- B. Ebhardt, *Bericht über die Tätigkeit des Architekten-Ausschusses Gross-Berlin, gebildet im Jahre 1906 durch die Vereinigung Berliner Architekten und den Architekten-Verein zu Berlin, erst. in d. Mitgliederversammlung d. Vereinigg Berliner Architekten am 18. April 1912*, Berlin-Grunewald, Burgverl., 1912.
- B. Ebhardt, "Cesena", *Der Burgwart*, 15, nº 7, 1914, 145-150.
- B. Ebhardt, *Denkschrift über den Durchbruch Kurfürstendamm*, Berlin, Burgverl., 1914.
- B. Ebhardt, *Der neue Wartburg-Gasthof*, Berlin-Grunewald, Burgverl., 1914.
- B. Ebhardt, *Der Schloßbau : Eine Betrachtung über Neubau und Wiederherstellung von Schlössern*, Berlin-Grunewald, Burgverl., 1914.
- B. Ebhardt, "Die Sprache deutscher Burgen", *Der Burgwart*, 16, nº 1, 1915, 2-10.
- B. Ebhardt, *Krieg und Baukunst in Frankreich und Belgien*, Berlín, Burgverlag, 1915.
- B. Ebhardt, "Alte Wehrbauten an den Küsten des östlichen Mittelmeeres", *Der Burgwart*, 17, nº 2, 1916, 22-31.
- B. Ebhardt, *Burgen und Schlösser des Rhein-, Lahn- und Moseltales*, Berlin, Deutscher Verl., 1917.
- B. Ebhardt, *Die Ebernburg bei Münster am Stein*, Berlin-Grunewald, Burgverl., 1917.
- B. Ebhardt, y C.A.C. Krollmann, *Führer durch die Marksburg*, Berlin-Grunewald, Burgverl., 1917.
- B. Ebhardt, *Deutschlands Helden eine Weihstätte? Eine Aufgabe für die deutsche Kunst* Berlin-Grunewald, Burgverl., 1918.
- B. Ebhardt, "Feier des 25-jährigen Jubiläums der Vereinigung zur Erhaltung deutscher Burgen e.V., am 24. März", *Der Burgwart*, 25, nº 1-2, 1924, 9-30.
- B. Ebhardt, *Die zehn Bücher der Architektur des Vitruv und ihre Herausgeber seit 1484*, Berlin-Grunewald, 1918.
- B. Ebhardt, "Die Sababurg und der Reinhardswald", *Der Burgwart*, 27, nº 3/4, 1926, 40-45.
- B. Ebhardt, *Baudenkmale und Naturschönheiten im Reinhardswalde und im Kreise Hofgeismar: Ein Beitrag zur Platzfrage für das Reichsherenmal*, Berlín, Nauk'sche Buchdr., 1928.
- B. Ebhardt, *Burg Heimhof: ein Beitrag zur Geschichte des Hausener Tales bei Amberg in der Oberpfalz*, Berlín, 1928.
- B. Ebhardt, y B. Kühn, *Städtebau-Ausschuß Groß-Berlin*, Berlín-Grunewald, Burgverlag, 1929.
- B. Ebhardt, *Burg Heinehof im Hausener Tal bei Amberg in der Oberplatz*, Berlin-Grunewald, Burg-Verl., 1928.
- B. Ebhardt, *Schloß Arienfels bei Hönningen am Rhein*, Marksburg bei Braubach, Burg-Verl., 1932.
- B. Ebhardt, "Denkschrift über eine Reichshilfe zur Erhaltung deutscher Burgen und Burg-ruinen", *Der Burgwart*, 34 1933, 35-37.
- B. Ebhardt, "Wasserburgen", *Der Türmer. Monatsschrift für Gemüt und Geist*, 1933, 521-528.
- B. Ebhardt, y H.v.d. Gabelentz, *Burgfest auf der Marksburg*, Marksburg bei Braubach, Burg-Verl., 1933.
- B. Ebhardt, *Spanische Burgenfahrt 1930. Ein Reisebericht*, Marksburg Burgverlag, 1934.
- B. Ebhardt, *Die Marksburg und ihre Geschichte* Braubach, 1935.
- B. Ebhardt, y F. Ebhardt, *Handzeichnungen. Festschrift. Herausgegeben von der Vereinigung zur Erhaltung deutscher Burgen e.V.*, Berlín, Kunstwissenschaft, 1935.

- B. Ebhardt, *Burg Trifels. Untersuchungen zur Baugeschichte*, Braubach, 1938.
- B. Ebhardt, *Burg Trifels: Untersuchungen zur Baugeschichte*, Marksburg 1938.
- B. Ebhardt, *Der Wehrbau Europas im Mittelalter*. 3 vols Würzburg, Stollham, 1939-1958.
- B. Ebhardt, "Tausendjährige Burgen bezeugen das Deutschtum im Elsass", *Der Burgwart*, 41, 1940, 1-8.
- B. Ebhardt, "Zum 40jährigen Erscheinen des "Burgwart" 1899-1939. Ein Rückblick", *Der Burgwart*, 1938.
- C. Michaelis, C.A.C. Krollmann, y B. Ebhardt, *Rheinische Burgen: nach Handzeichnungen Dilichs (1607)*, Berlín, Franz Ebhardt, s.f.

THEORETICAL CONTRIBUTIONS TO THE INTERPRETATION
OF HISTORICAL SOCIAL CONFLICTS

Aportaciones teóricas para la interpretación de los conflictos sociales históricos

Raúl Serrano

Universidad Complutense de Madrid

Fecha recepción 26.10.2015 / Fecha aceptación 07.01.2016

Resumen

El objetivo del presente artículo reside esencialmente en la presentación cronológica de los principales hitos metodológicos de carácter teórico que han sido empleados para la interpretación de los conflictos sociales en la Historia. El recorrido analítico arranca con los grandes paradigmas fundacionales de orígenes decimonónicos (darwinismo social, marxismo y estructural-funcionalismo) hasta alcanzar los enfoques más actuales.

Palabras clave

Conflictos sociales, Historia, Paradigmas, Enfoques teóricos

Abstract

The main aim of this paper is to present a chronology of the main theoretical and methodological milestones used in the interpretation of social conflicts in History. The analysis starts with the great foundational paradigms of the 19th century (social Darwinism, Marxism and structural functionalism) and finishes with the most recent advances.

Key words:

Social conflicts, History, Paradigms, Theoretical Approaches.

Introducción

Cuando un historiador decide abordar un estudio sobre la conflictividad social de un período cronológico concreto, con unas coordenadas espaciales o geográficas definidas, y opta por dotarse de un cierto aparato teórico abstracto como mera herramienta de carácter analítico, tiene que recurrir forzosamente a la disciplina sociológica. Independientemente de la larga y compleja evolución de la práctica historiográfica, desde las concepciones rankeanas¹ hasta la renovación propuesta por un proyecto de interdisciplinariedad representado en las distintas generaciones de los *Annales*² y llegando hasta las últimas tendencias³, la especialización de las Ciencias Sociales y la emancipación de la historia social han creado una situación de dependencia recíproca entre la historiografía y la teoría sociológica en el campo que nos ocupa. Ya sea desde el dogmatismo metodológico o desde el eclecticismo más pragmático, la teoría sociológica del conflicto ha inspirado en mayor o menor medida todos los trabajos históricos sobre la conflictividad social, hasta que la progresiva desconfianza y el escepticismo de la historia hacia las teorías abstractas y generalistas de la sociedad han ido bloqueando esta conexión⁴. A nuestro juicio, los estudios históricos sobre la conflictividad social de cualquier período no deberían encerrarse en la construcción de una narrativa factual que se desvincula por completo de la teoría, siendo la metodología analítica sin pretensiones de universalidad una solución satisfactoria, sustentada en interpretaciones pluricausales que no se alejen de las fuentes primarias de investigación.

Presentamos a continuación una síntesis organizada de las principales teorías y paradigmas sociológicos sobre el conflicto social, contemplando el eclecticismo como la vía idónea para afrontar cualquier tipo de investigación histórica en este contexto.

I. Principales teorías y paradigmas sobre el conflicto social

El historiador británico E. H. Carr, como manifiesto opositor del empirismo historiográfico, escribía en un célebre opúsculo que, cuanto más sociológica se haga la historia y cuanto más histórica se vuelva la sociología, mejor para ambas⁵. Con esta cita, el autor londinense adelantaba la necesidad teórica que exigen ciertos hechos documentados de nuestro pasado para ser correctamente interpretados. No obstante, esto no implica en absoluto una errónea adhe-

1. Recomendamos los dos volúmenes recientes de G. J. Henz, *Leopold von Ranke in Geschichtsdenken und Forschung*; Bd. I: *Persönlichkeit, Werkenstehung, Wirkungsgeschichte*. Bd. II: *Grundlagen und Wege der Forschung*, Berlín, 2014.

2. Vid. A. Burguière, *L'École des Annales Une histoire intellectuelle*, París, 2006.

3. E. Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy*, Madrid, 2004.

4. En nuestro campo específico de trabajo, la Antigüedad tardía y la historia del «Bajo Imperio romano», basta con establecer una comparativa entre los trabajos de S. I. Kovaliov, de evidente filiación teórica marxista, y los análisis más recientes, carentes ya de perspectivas teóricas que buscaban reafirmar el método a través del objeto y no al revés.

5. *What is history?* Harmondsworth, 1975, 66. Citado al comienzo de la obra de S. Juliá, *Historia social, sociología histórica*, Madrid, 1989.

sión a viejos modelos universales de causación histórica. Se trata más bien de comprender e interpretar fenómenos, sirviéndonos de conceptos e incluso de teoría sin que el concepto ni la teoría vayan más allá de lo necesario.

En el caso concreto de los estudios sobre conflictos sociales históricos, las aportaciones teóricas siempre proceden de la disciplina sociológica, a menudo encerrada en ciertos enfoques a-históricos y especialmente *presentistas*. Son los sociólogos y no los historiadores, los que se han encargado de desarrollar conceptualizaciones en torno a la cuestión que se aborda⁶. De hecho, existe un gran número de trabajos introductorios o generalistas⁷ donde suelen incluirse epígrafes específicos sobre el conflicto social y donde podemos analizar la evolución de los planteamientos sociológicos dominantes al respecto.

El siglo XIX no sólo fue testigo del nacimiento de la propia sociología sino también de los intentos más acabados de búsqueda de sistemas lógico-deductivos que fueran capaces de ofrecer una explicación al fenómeno de la conflictividad social. Hablamos del darwinismo social y sobre todo del marxismo. Los darwinistas sociales⁸, en contra de las consideraciones del mismo Darwin, defendieron que la teoría de la evolución podía aplicarse a las sociedades e instituciones humanas. En este sentido, interpretaron que el conflicto social era consustancial a cualquier sociedad, en un contexto de supervivencia del más apto. Bien es cierto que su ineficacia argumentativa ya fue pertinentemente denunciada por autores como S. J. Gould⁹.

Por su parte, el marxismo¹⁰ se encargó de buscar las causas del conflicto en la misma estructura social y de emplear el propio concepto como factor explicativo del cambio histórico. Ambos planteamientos coinciden en un punto, puesto que el darwinismo social colabora al apuntalamiento del *statu quo* y el marxismo a su disolución en nombre del proletariado. Sin embargo, la teoría sociológica marxista no aprecia el conflicto como una confrontación justificada e inevitable en la lucha por la existencia, sino que contempla una división social entre poseedores y no poseedores de los recursos y de los medios de producción, como raíz de la aparición de las clases sociales, basadas a su vez en la posición que ocupan los individuos en la estructura de las relaciones de producción. Así pues, la dialéctica como concepción de que la realidad está en constante movimiento y es esencialmente contradictoria se convierte en el

6. J. Del Pino Artacho, por poner un ejemplo, define el conflicto social como un proceso que nace de la contraposición de intereses y valores en una sociedad, en un capítulo *ad hoc* de un manual de sociología. "Conflicto social" en S. Del Campo, (Ed.), *Tratado de Sociología*, 2, Madrid, 1991, 267 ss.

7. Vid. G. Rocher, *Introducción a la sociología general*, Barcelona, 1990, 491 ss; A. I. Blanco García, "El conflicto social" en A. Hernández Sánchez, (Coord.), *Manual de sociología*, Valladolid, 1998, 115-129, entre muchos otros.

8. Vid. M. Hawkins, *Social darwinism in European and American thought, 1860-1945: nature as model and nature as threat*, Cambridge, 1997. Para profundizar en los textos originales de los darwinistas sociales, H. Spencer, *Los primeros principios*, Granada, 2009;

9. *La falsa medida del hombre*, Barcelona, 2007. Este gran divulgador científico estadounidense rechazó la sociobiología como ámbito académico aplicado al estudio de los seres humanos.

10. G. Therborn, *Del Marxismo al postmarxismo*, Madrid, 2014; R. Aron, *El marxismo de Marx*, Madrid, 2010; K. Marx, *El Capital: crítica de la economía política. Libros I, II, III* con sus tres tomos correspondientes para cada libro, Madrid, 2012.

fundamento de cualquier conflicto manifiesto¹¹. Las pretensiones científicas y predictivas que asocian la conflictividad social en su conjunto con una lucha de clases omnipresente, dual y antitética, atentan contra la experiencia histórica. Aun así, cualquier estudio sobre conflictos sociales históricos ha de seguir considerándose un deudor del pensamiento marxista.

Georg Simmel¹² es un autor crucial en la evolución de las teorías interpretativas del conflicto social, en tanto en cuanto puede ser considerado como el puente entre la teoría del conflicto marxista y el funcionalismo crítico posterior. Para este autor, el conflicto actúa en contra de la cohesión de la sociedad, pero es un hecho universal que puede tener consecuencias positivas para el colectivo, fortaleciendo sus vínculos a posteriori. Dicho de otro modo, e inspirando profundamente el pensamiento de L. A. Coser¹³, el conflicto social no es solamente un elemento disfuncional, sino también funcional.

El funcionalismo estructural hunde sus raíces de igual modo en el período decimonónico¹⁴, pero su consolidación se corresponde con las primeras décadas del pasado siglo XX. El conflicto sería apreciado por este paradigma teórico como una desviación patológica de algunos elementos de la estructura, algo periférico y advenedizo que se contrapone al estado normal de la sociedad. Partiendo de la convicción de que una sociedad es un conjunto integrado, funcional y coherente, E. Mayo¹⁵ vinculaba los conflictos sociales con situaciones individuales de inadaptación a una estructura funcional. R. K. Merton¹⁶, todo un clásico de la escuela sociológica estadounidense, sí apreció la posibilidad de que el conflicto tuviera un origen estructural pero siempre lo consideró disfuncional. En la misma dirección incluimos a T. Parsons¹⁷, otro eminente sociólogo estructural-funcionalista estadounidense, poco o nada

11. «El conflicto es la forma en que se manifiestan históricamente las contradicciones entre las fuerzas materiales de producción y las relaciones de producción». Con esta cita de Marx en B. Tejerina Montaña, “Las teorías sociológicas del conflicto social. Algunas dimensiones analíticas a partir de K. Marx y G. Simmel”, *Reis, Revista española de investigación sociológica*, 55, 1991, 47-63, se corrobora lo expuesto.

12. Destacamos para nuestro estudio dos trabajos del filósofo y sociólogo alemán. *El conflicto: sociología del antagonismo*, Madrid, 2010; *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, 1986.

13. Sobre este sociólogo alemán emigrado a los Estados Unidos, hablaremos en profundidad a lo largo de nuestro trabajo.

14. No podemos obviar los trabajos antropológicos de B. Malinowski, como antecedentes directos de la escuela funcionalista. Al respecto, *Vid.* O. Fernández Álvarez, *Bronislaw Malinowski: la antropología y el funcionalismo*, León, 2004. Para profundizar en el autor, *Vid.* M. W. Young, *Malinowski: odyssey of an anthropologist, 1884-1920*, New Haven, 2004. Asimismo, la teoría social funcionalista está directamente asociada con el pensamiento de É. Durkheim. El compendio de A. Giddens, *Escritos selectos/ Émile Durkheim*, Buenos Aires, 1993, puede ser de gran utilidad para una primera aproximación al sociólogo francés.

15. Este teórico social negaba que el conflicto fuera un problema estructural. Sus trabajos más importantes en relación con la teoría de las organizaciones y las relaciones humanas podrían ser: *The human problems of an industrial civilization*, New York, 2004; *The social problems of an industrial civilization*, London, 1952.

16. *Vid.* *Teoría y estructuras sociales*, México, 2002.

17. *Vid.* S. P. Savage, *The theories of Talcott Parsons: the social relations of action*, London, 1983; J. Almaraz, *La teoría sociológica de Talcott Parsons: la problemática de la constitución metodológica del objeto*, Madrid, 1981.

interesado en el cambio social y en los conflictos asociados e imbuido de una óptica conservadora de la sociedad.

La última corriente teórica de inicios del siglo XX que acabó por ofrecer una nueva interpretación de los conflictos sociales fue la teoría de juegos¹⁸. Procedente de la matemática aplicada, comenzó a adoptar formas sólidas de independencia metodológica con los artículos de J. von Neumann aunque hasta los años 50 no surgieron las primeras aplicaciones en filosofía y ciencia política. A mediados del siglo XX, se produce de hecho un cambio de paradigma teórico con respecto a los estudios interpretativos sobre la conflictividad social, caracterizado por la superación de las tesis más tradicionales del estructural-funcionalismo y del marxismo pero sin perder de vista sus grandes aportaciones originarias.

II. El nuevo paradigma: L. A. Coser y R. Dahrendorf

Independientemente de los antecedentes teóricos expuestos, el propio L. A. Coser¹⁹ era muy consciente de que la conflictividad social no era todavía un campo de estudios suficientemente explorado y reclamaba una renovación de la sociología del conflicto puesto que, a su juicio, desde Simmel había permanecido estática como consecuencia del inmovilismo del estructural-funcionalismo norteamericano. La percepción imperante del conflicto como elemento destructivo, desintegrador y anti-funcional sostenida por la gran mayoría de los sociólogos estadounidenses en plena Guerra Fría²⁰ llevó a Coser a reconsiderarlo como una parte posiblemente necesaria y positiva de todas las relaciones sociales. Así pues, retomando las ideas de Simmel, Coser comienza a reivindicar la funcionalidad del conflicto social²¹.

Acertadamente, este autor advierte que las simples actitudes de hostilidad y antagonismo pueden cristalizar o no en conflicto. Mientras que el conflicto modifica los términos de la interacción, la simple expresión de los sentimientos hostiles no lo hace²². Por su parte, distingue entre conflictos reales o motivados por un objetivo concreto y conflictos irreales, donde el fin es la mera liberación de agresividad. A su vez, la energía afectiva o el odio al antagonista

18. Un texto introductorio podría ser K. G. Binmore, *La teoría de juegos: una breve introducción*, Madrid, 2009. En 1944, J. von Neumann publica junto con O. Morgenstern, *Theory of Games and Economic Behavior*. Otros avances en el desarrollo de la teoría de juegos antes de su aplicación a las ciencias sociales fueron el “dilema del prisionero” planteado por A. W. Tucker, o el equilibrio de J. F. Nash, *Vid. W. Poundstone, El dilema del prisionero: John von Neumann, la teoría de juegos y la bomba*, Madrid, 2012; E. V. Damme, *Stability and perfection of Nash equilibria*, Berlín, 1996.

19. En 1956, L. A. Coser publicaba *The functions of social conflict*, traducida al castellano pocos años después. *Vid. Las funciones del conflicto social*, México, 1961.

20. *Ibid.*, 27. En los pasajes iniciales del trabajo, Coser critica las connotaciones políticas que llevan a los sociólogos a tratar de evitar el conflicto social, cuando su auténtica labor debería ser la producción científica independiente. En este mismo contexto señala las obras de C. H. Cooley, T. Parsons, G. A. Lundberg, E. Mayo, o L. Warner.

21. Coser afirma que a través del conflicto, las identidades de los grupos se crean y se fortalecen, ya sean conflictos de clases, etnias o naciones.

22. *Ibid.*, 49.

unido a la motivación real de la lucha, robustecen las partes en conflicto. Sin duda el componente afectivo, más habitual en los grupos cohesionados, recrudece los conflictos²³. Parece evidente que los conflictos externos fortalecen al grupo y que el enemigo interno representa la mayor amenaza para la unidad del mismo. Coser detecta los conflictos que afectan a los principios fundamentales del sistema de cohesión social y a las bases del consenso como los más peligrosos²⁴. Por tanto, aprecia la flexibilidad como una herramienta óptima para resistir las tensiones sin rupturas. Para concluir, se destaca la diferencia entre las metas personales o impersonales como factor de análisis en la conflictividad social, siendo éstas últimas más susceptibles de generar comportamientos más radicales como consecuencia del componente trascendental. La abstracción de un conflicto lo radicaliza y los casos más destructivos de conflicto se producen cuando los antagonistas comparten metas de carácter supraindividual²⁵. La síntesis que se aborda en los dos capítulos que cierran *Las funciones del conflicto social*²⁶, reincide en sus consecuencias positivas, como por ejemplo el nacimiento de nuevas leyes o la vuelta a una estabilidad más consolidada después de la confrontación.

Por su parte, en 1957 Ralf Dahrendorf se presenta como uno de los autores más influyentes en la renovación de la teoría del conflicto social a través de su famosa obra *Soziale Klassen und Klassenkonflikt in der industriellen Gesellschaft*²⁷. Como crítico del funcionalismo norteamericano y gran conocedor de la obra de Marx, este sociólogo de Hamburgo nacido en el período de entreguerras, se encargó de matizar en muchos aspectos y actualizar en buena medida algunos conceptos clave en la teoría social marxista²⁸. En primer lugar, cuestionó el dualismo de clases y la identificación absoluta entre propiedad y dominio, poder económico y político. Para Dahrendorf, los «conflictos reales» acuñados por Coser²⁹ siempre están vinculados a la conciencia de clase, puesto que toda sociedad humana ha conocido y conoce la distribución dicotómica del poder y de la autoridad pero esto no implica que todos los con-

23. En relación con el componente afectivo en los conflictos sociales, la ambivalencia freudiana (del amor al odio sólo hay un paso) explicaría los tan habituales conflictos internos de grupo.

24. L. A. Coser, *op. cit.*, n. 15, 84.

25. *Ibid.*, 136.

26. Capítulo VII, “Conflicto unificador”, 136 ss, y capítulo VIII, 158 ss, “Conflicto reclama formación de alianzas”. En este último se define el concepto de cooperación antagonística, consistente en la alianza de dos grupos frente a un enemigo común que puede desembocar en una fusión o bien integrar una mera coalición temporal.

27. Recomendamos la siguiente traducción al castellano: R. Dahrendorf., *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, 1974.

28. Con respecto al concepto de clase social, Dahrendorf afirma que «el término ha tenido una historia tan agitada como la propia sociedad para la que ha sido desarrollado». *Ibid.*, 19. Partiendo de la premisa de que Marx no llegó a desarrollar en su plenitud la teoría de las clases sociales en el inconcluso III volumen de *El Capital*, el autor considera que las tesis marxistas nunca pretendieron ofrecer una rigurosa descripción fotográfica de las sociedades del presente ni de las sociedades históricas del pasado; Marx tan sólo trató de elaborar un prototipo explicativo que nos ayudara a interpretar el modo en el que una sociedad modifica su morfología estructural.

29. *Cf. Supra*, 4.

flictos existentes sean o hayan sido «conflictos de clase»³⁰. Asimismo, cuestiona la dinámica histórica marxista sustentada en una teoría del cambio estructural originado mediante revoluciones, alegando que el mesianismo del proletariado y de la sociedad definitiva sin clases no tiene correspondencia empírica alguna. No obstante, reconoce que una vez liberada de todo el lastre especulativo, la teoría marxista de las clases contiene aún abundantes ideas y elementos que ni deben ni pueden dejar de ser tomados en consideración³¹. El análisis principal de esta obra se focaliza mediante una adaptación sustancial de la teoría del conflicto de raigambre marxista a las sociedades industriales desarrolladas y occidentales de la posguerra europea³². En dicho estudio, se acentúan las pertinentes diferencias entre propiedad y control de los medios de producción, se pone en entredicho la supuesta evolución del proletariado hacia una total homogeneidad y se hace especial hincapié en los procesos de ascenso y descenso social en apreciable aumento en los últimos períodos considerados, no contemplados por Marx. Concluyendo, Dahrendorf esboza la idea de un futuro de sociedades de clases sin lucha de clases³³, regresando a un orden jerárquico de sectores o estratos. En cualquier caso, para hablar con exactitud de lucha de clases, resulta imprescindible la existencia de grupos de interés organizados con objetivos manifiestos en oposición³⁴. Por el contrario, los cuasigrupos con un menor grado de organización y sin objetivos manifiestos pueden protagonizar un conflicto social, causado por la tenencia o carencia de poder y autoridad, pero en ningún caso será éste un «conflicto de clase».

Asentando el nuevo paradigma y superando las corrientes teóricas que les precedían, tanto Coser³⁵ como Dahrendorf³⁶ publicarán nuevos trabajos de apreciable trascendencia académica en la década de los 60 y 70. Desde el funcionalismo crítico, Coser se mantiene más reticente a brindar reconocimientos a Marx, a diferencia de Dahrendorf, pero continúa considerando necesario el conflicto porque dinamiza y revitaliza las sociedades. A su modo de ver, la rigidez de un sistema social intensifica los conflictos mientras que la flexibilidad los aminora³⁷. Una sociedad bien integrada tolerará e incluso recibirá con agrado el conflicto de grupo, sólo han de temer el conflicto aquellas sociedades que estén débilmente integradas³⁸.

30. R. Dahrendorf, *op. cit.*, n. 23, 44.

31. *Ibid.*, 52.

32. Nos referimos, obviamente, al período inmediatamente posterior a la Posguerra de la Segunda Guerra Mundial.

33. Como consecuencia de los progresos democráticos de las naciones capitalistas que habrían reducido drásticamente la desigualdad a través del “aburguesamiento” de los sectores trabajadores y de la nivelación social. La democracia política aspira a crear normas para regular el conflicto, usando como herramienta principal la institucionalización del antagonismo de clases. R. Dahrendorf, *op. cit.*, n. 23, 101.

34. *Ibid.*, 229.

35. L. A. Coser, *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*, Buenos Aires, 1970. El texto original, *Continuities in the Study of Social Conflict*, fue publicado en 1967.

36. R. Dahrendorf, *Oportunidades vitales: notas para una teoría social y política*, Madrid, 1983. La primera edición alemana se retrotrae al año 1979: *Lebenschancen. Anläufe zur sozialen und politischen Theorie*.

37. *Cf. Supra*, 4.

38. R. Dahrendorf, *op. cit.*, n. 32., 40.

Asimismo, apunta que la privación relativa de *status*, riqueza y autoridad, que abriga esperanzas de progresión social se muestra más potencialmente revolucionaria que la privación absoluta³⁹, más característica de sociedades de estratos en etapas preindustriales. Algunas categorías de individuos están ubicados de tal modo en la estructura social que se ven excluidos del acceso legítimo a la escalera de logros; cuando esos canales están obstruidos, la violencia puede ofrecer vías alternativas para el logro⁴⁰.

A su vez, Dahrendorf desarrolla el concepto de «oportunidades vitales» como punto de arranque para entender los orígenes de los conflictos sociales⁴¹. En términos casi matemáticos, nos presenta la equivalencia de las oportunidades vitales como la suma entre opciones y ligaduras ($O.V = L + O$). Independientemente del peso que puedan tener ambos elementos y de cómo puede decantarse la balanza de las oportunidades vitales para los diversos sectores de la sociedad, en función de las cantidades representadas por las opciones y las ligaduras, el autor siguió apreciando el conflicto como un mecanismo de progreso.

III. Otras contribuciones más recientes

El economista estadounidense Thomas C. Schelling⁴² publicaba en 1960 uno de los trabajos más influyentes de las últimas décadas en relación a la teoría del conflicto⁴³. Su concepto de estrategia asociado a la idea de conflicto permanente se adhiere a la vanguardia metodológica de los trabajos pioneros de Coser y Dahrendorf, pero en su caso, el foco de atención recae sobre los participantes en disputa, mientras que la perspectiva teórica procede de la teoría de juegos⁴⁴. En un desarrollado programa clasificatorio, define los «conflictos puros» como la contraposición total de intereses de los antagonistas⁴⁵. Empero, Schelling considera que este tipo de confrontación representa un caso extraordinario en su presente, existiendo siempre la posibilidad de la negociación y de la acomodación mutua para evitar la destrucción

39. *Ibid.*, 70.

40. En relación a las «funciones señalizadoras» de la violencia, Coser estaría exponiendo una explicación visible a las permanentes manifestaciones violentas del conflicto social en las sociedades que carecen de mecanismos de institucionalización. *Ibid.*, 77.

41. Los conflictos sociales versan sobre la posibilidad de conseguir más oportunidades vitales y sobre la posibilidad de defender los niveles alcanzados. Los grupos dominantes, considera Dahrendorf, tratan de asegurar las opciones convertidas en privilegio en el marco de unos vínculos o ligaduras imperantes. Según el criterio de los grupos dominados, el anhelo reside en obtener la implantación de nuevas opciones y acabar con las ligaduras vigentes.

42. Schelling ha diversificado sus estudios abordando materias tales como la estrategia militar y el control de armas, la política energética y medioambiental, el cambio climático, el terrorismo o la segregación e integración racial. No obstante, sus avances en la teoría del conflicto y en la negociación le acreditaron como Nobel de Economía en 2005 junto con R. J. Aumann.

43. T. C. Schelling, *The strategy of conflict*, Cambridge-Massachusetts, 1960.

44. *Cf. Supra*, 3.

45. T. C. Shelling, *op. cit.*, 4.

recíproca⁴⁶. Así pues, y haciendo uso de la terminología característica de la teoría de juegos, la gran mayoría de los conflictos sociales coetáneos se podrían interpretar como juegos de suma variable⁴⁷ o potenciales situaciones de negociación. La negociación en el conflicto puede emplear una gran diversidad de estrategias, incluyendo la amenaza y la disuasión, el compromiso o las promesas. Todos estos movimientos pertenecen a la estrategia con la que afrontamos un conflicto.

En 1965, otro destacado economista y sociólogo estadounidense protagonizó importantes contribuciones para la interpretación teórica de la formación organizada de grupos sociales que persiguen un mismo fin y que pueden desencadenar un conflicto. En *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*, M. Olson⁴⁸ afirma, desde postulados marcadamente neoliberales, que los individuos se agrupan para obtener beneficios. Cuanto mayores sean los beneficios que pueden alcanzar, mayor será la implicación de los individuos en el grupo. Por tanto, el incentivo sería un elemento crucial para el mantenimiento de un grupo organizado, así como la coacción, partiendo de unas nociones profundamente egoístas sobre la naturaleza individual. Para Olson, la lucha de clases es una lucha egoísta basada en perspectivas consistentes en mejorar situaciones individuales⁴⁹.

En los años 70, la sociología norteamericana seguirá protagonizando los desarrollos teóricos más importantes en este campo académico, de la mano de L. Kriesberg⁵⁰ o R. Collins⁵¹.

Pese a sus raíces funcionalistas, Kriesberg identifica los conflictos sociales como algo inherente a las relaciones humanas⁵², si bien se muestra especialmente interesado en advertir las diferencias tipológicas de los mismos. En su opinión, cualquier estudio analítico de un conflicto social histórico o contemporáneo tiene que abordar sus características particulares⁵³. La autoconciencia de grupo como entidad colectiva, por oposición a otro grupo, se for-

46. El contexto histórico y geopolítico del período de la Guerra Fría determina muy visiblemente los postulados de la obra mencionada.

47. Según la teoría de juegos, un juego de suma cero no cooperativo describe un conflicto en el que la ganancia o la pérdida de una de las partes equivale a las pérdidas o ganancias del antagonista. Es decir, si por ejemplo la ganancia de una parte (5) se resta a las pérdidas del antagonista (ha de ser exactamente la misma cantidad, 5) se obtiene siempre 0 como resultado; hablamos de conflictos puros. Por el contrario, los juegos de suma variable o no nula se caracterizan por el esquema ganancia-ganancia mediante la negociación en lugar de ganancia-pérdida. Vid. R. Leonard, *Von Neumann, Morgenstern, and the creation of game theory: from chess to social science (1900-1960)*, N. York, 2010.

48. M. Olson, *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la Teoría de grupos*, México, 1992.

49. M. Olson, *op. cit.*, 118.

50. Vid. L. Kriesberg, *Sociología de los conflictos sociales*, México, 1975.

51. Vid. R. Collins, *Conflict Sociology: Toward an Explanatory Science*, N. York, 1975.

52. L. Kriesberg, *op. cit.*, 13.

53. Vid. el grado de intensidad, que depende de los medios empleados por cada una de las partes para alcanzar sus objetivos; también recomienda el estudio de las categorías sociales que configuran cada una de las unidades conflictivas. Los conflictos por disentimiento consisten en la existencia incompatible de metas muy diversas, mientras que los conflictos de base consensual representan la confrontación entre dos partes que aspiran a alcanzar el mismo objetivo. *Ibid.*, 52. Destaca igualmente la interdependencia entre la

ma y transforma precisamente en el curso de un conflicto; un grupo insatisfecho cree que si sus exigencias sobre otro grupo se satisfacen, su descontento disminuirá⁵⁴. La insatisfacción, sin embargo, no siempre desencadena una conducta conflictiva puesto que el descontento ha de ser muy intenso, estar compartido por un número significativo de personas y encauzarse a la persecución de algún fin al que se oponga otro sector social⁵⁵. Difícilmente podemos detectar un conflicto social sin incompatibilidad de metas u objetivos, y que a su vez mantengan un cierto equilibrio con respecto a los esfuerzos utilizados para alcanzar dichos logros. Asimismo, en este gran trabajo analítico, Kriesberg contempla la existencia de líderes como un factor esencial en los conflictos, capaz de incrementar los sentimientos de descontento a través de la proyección de un futuro mejor para el colectivo determinado⁵⁶. Propone además la medición sustancial del tamaño de las partes en conflicto, de la fracción de poder de la que disponen y de las expectativas con las que cuentan para obtener sus anhelos, con la intención de interpretar con mayor precisión la confrontación. Aconseja igualmente el estudio de las ideologías que subyacen en las unidades conflictivas, los recursos empleados, los medios escogidos para dirigirse a las metas o la capacidad de reacción de los adversarios⁵⁷.

En esta misma línea, marcada por el pragmatismo metodológico y la fenomenología social como respuesta, Collins⁵⁸ aboga por los análisis comparativos y las variaciones, tratando de evitar los excesos de las abstracciones propias de la hipostatización teórica y de los reduccionismos extremos procedentes de la micro-sociología.

Contrario al funcionalismo y al marxismo, por la motivación plenamente ideológica que dinamiza ambas corrientes, considera muy necesario un desarrollo científico de la teoría sociológica del conflicto alejado de este tipo de prejuiciosos condicionantes. Collins es partidario de escoger conceptos propios en el proceso de una explicación óptima, mucho más allá de resonancias evaluativas⁵⁹. Además, manifiesta sus hondas preocupaciones históricas promoviendo un trabajo interdisciplinar que ofrezca soluciones causales a las grandes incógnitas sobre la conflictividad social del pasado y del presente⁶⁰. El sociólogo de Tennessee trata

consciencia del conflicto, la satisfacción o insatisfacción que mueve a las partes a entrar en el conflicto y las metas propuestas por éstas.

54. *Ibid.*, 84. Kriesberg afirma que la insatisfacción social como móvil de un conflicto se corresponde con las privaciones. Los estratos inferiores suelen ser los más insatisfechos, como consecuencia del desequilibrio de posiciones. No obstante, hay veces que los grupos emergentes y ascendentes son más conscientes de sus posibilidades y a menudo su ambición incrementa su insatisfacción.

55. *Ibid.*, 104.

56. *Ibid.*, 111.

57. El trabajo de L. Kriesberg reflexiona también sobre otros aspectos destacables como los «terceros» o aliados posibles de los grupos en conflicto, tácticas desplegadas durante la lucha, escalamiento-desescalamiento y resultados finales.

58. Randall Collins es conocido por sus esfuerzos académicos orientados hacia la hibridación de enfoques macro-sociológicos y micro-sociológicos con una perspectiva histórica.

59. R. Collins, *op. cit.*, 23.

60. «La historia debería verse también como un campo en el cual los principios generales encuentran su aplicación y, así pues, sería un lugar para comprobar y desarrollar teorías sociológicas». *Ibid.*, 36.

de profundizar su análisis concreto sobre los conflictos sociales a través de un estudio progresivo sobre la estratificación, reconociendo los méritos de las explicaciones pluricausales de Max Weber⁶¹. Convencido de la importancia de los modelos fenomenológicos basados en las interacciones sociales de los individuos, atiende a las variables de la estratificación⁶² desde ciertos horizontes subjetivos, destacando el concepto de los «recursos conversacionales»⁶³. Collins concluye la obra en cuestión ampliando la tipología del conflicto social, extendiendo sus estudios a la estratificación sexual y a la desigualdad generada por las diferencias de edad, riqueza, poder y prestigio.

Para inicios de la década posterior, destacamos las aportaciones de John Rex y Julien Freund. El primero, británico nacido en Sudáfrica, contempló el análisis de los conflictos como una cuestión esencialmente útil no sólo para la teoría sociológica sino para cualquier tipo de sociedad. Procedente de la escuela anglosajona y más reacio al funcionalismo que al marxismo, publicó en 1981 *Social Conflict: A Theoretical and Conceptual Analysis*⁶⁴. En este trabajo, haciendo uso de una terminología con reminiscencias psicológicas⁶⁵, Rex sintetiza los conflictos como una contraposición de expectativas y de sanciones. Con una influencia notoria de Simmel y Coser, considera que las sociedades más abiertas poseen cauces e instituciones capaces de evitar el estallido violento del conflicto, que concluye a su vez cuando una de las partes impone a la otra sus definiciones morales o cognoscitivas de la situación⁶⁶. Para el autor, el ejercicio de la violencia física es la alternativa a un orden normativo, pero cuando éste impera de manera oportuna, dicha estrategia se convierte en la sanción última en una escala de drasticidad de los medios empleados en el conflicto. En tales circunstancias, las bases fundamentales de la ley y el orden se habrán quebrantado y aunque a pequeña escala, se producirá un estado de guerra civil⁶⁷. Adoptando de igual

61. *Ibid.* 49. Max Weber fue el artífice principal de la asociación teórica entre Estado y monopolio institucional de la violencia mediante las estructuras burocráticas. La clasificación weberiana de las clases económicas, más compleja que la marxista, influyó enormemente en el pensamiento de autores como Dahrendorf o el propio Collins. Vid. M. Weber, *Economía y sociedad*, México, 2014; M. Weber, (1864-1920): *La ciencia como profesión; la política como profesión*, Madrid, 2001.

62. *Ibid.*, 62 ss. Se refiere a la ocupación profesional, a las relaciones de dominio y a la posición obtenida en el sistema de ofrecimientos-mandatos o recepciones de órdenes.

63. En este punto, Collins se muestra como un seguidor de las teorías de E. Goffman, *Frame Analysis: los marcos de la experiencia*, Madrid, 2006. Erving Goffman (1922-1982) es considerado hoy como el padre de la micro-sociología. Este autor canadiense, observó el análisis sobre cualquier fenómeno histórico como un ejercicio que involucra a nuestros marcos de referencia primarios. Los marcos primarios responden a una serie de claves morales cambiantes. Así pues, las cuestiones que versan sobre acontecimientos que ocurrieron en un pasado lejano son especialmente vulnerables, pues parece obviamente cierto que cuanto más atrás en el tiempo tuvieron lugar, más difícil resulta recoger evidencias disponibles y más confianza hay que depositar en cualquier registro que pueda ser rastreado, 467.

64. Recomendamos la siguiente traducción al castellano: J. Rex, *El conflicto social: un análisis conceptual y teórico*, Madrid, 1985.

65. Nos referimos al empleo constante de Ego/Alter.

66. *Ibid.*, 16.

67. *Ibid.*, 22.

modo concepciones originarias de Schelling⁶⁸ y de la teoría de juegos, interpreta la lucha de clases como un proceso de negociación.

Julien Freund⁶⁹, por el contrario, se muestra mucho más beligerante con el marxismo en *Sociologie du Conflit*⁷⁰. Siendo muy consciente de que todas las sociedades del pasado han sido sacudidas de forma intermitente por luchas cuya intensidad era en ocasiones considerable, afirma que el conflicto social es de orden vivencial, inmediato o repetido en el tiempo, con períodos de calma y de erupción⁷¹. Más allá de asegurar que el conflicto es inherente a toda sociedad, Freund se asienta en la improbabilidad de la supresión definitiva de los mismos. Próximo a las nociones aristotélicas de la sociedad natural, aprecia también el conflicto como un acontecimiento natural que nunca podrá ser erradicado completamente. Tanto el liberalismo como el socialismo han desarrollado a su juicio una falsa idea de progreso, sustentada en la fe sobre la aniquilación de los conflictos. Por esta razón, el autor opta por consolidar una auténtica disciplina académica⁷² que se encargue de estudiar los conflictos humanos como factor omnipresente en la historia pasada, presente y futura de nuestra especie. Establece además una tipología de los conflictos, consistente en la distinción entre lucha y combate.⁷³ En este punto, el objetivo social sería la conversión de las luchas en «competiciones» o combates no violentos plenamente reglamentados, retomando la antigua teoría de Coser sobre la institucionalización del antagonismo⁷⁴ como mecanismo para minimizar conflictos. Con respecto a la relación causal, no sería homogénea, pues los conflictos pueden estar originados por causas que no son del mismo orden y que pueden estar entremezcladas con razones sociales, psicológicas, políticas, religiosas u otras⁷⁵. Frente a explicaciones acientíficas y mono-causales, insiste en el pluralismo y el particularismo de los conflictos sociales.

Freund concluye su estudio profundizando en el análisis sobre los conflictos engendrados por una situación concreta o sobre aquellos que se superponen mediante la premeditación. La escalada hacia el conflicto, desde la tensión como síntoma habitual del estado agonal,

68. Cf. *Supra*, 7.

69. Este sociólogo francés, de pensamiento liberal-conservador muy crítico, cuenta con una abundante producción científica escrita tanto en francés como en alemán.

70. Recomendamos la siguiente traducción al castellano: J. Freund, *Sociología del conflicto*, Madrid, 1995.

71. *Ibid.*, 21.

72. La “polemología”, en sentido amplio, sería la citada disciplina encargada de abordar el estudio de los conflictos humanos con un objetivo evidente orientado a la resolución o a la prevención de éstos. El neologismo fue acuñado por G. Bouthoul (*Vid. Traité de Polémologie: sociologie des guerres: Méthodes-Doctrines et Opinions sur la guerre*, París, 1970) pero el propio Freund fundó el Instituto de Polemología en Estrasburgo.

73. *Ibid.*, 62 ss; La lucha sería una forma indeterminada de conflicto sin objetivo aparente, donde el enemigo no está visibilizado (tumultos, motines, depredaciones...), obra de la penuria mayoritariamente. Las luchas suelen desaparecer por agotamiento momentáneo, pero cuando se dotan de promotores con ascendiente sobre el colectivo, capaces de imponer una relativa organización, se convierte en un combate.

74. Cf. *Supra*, 4-6.

75. *Ibid.*, 107.

sería junto a la descripción del terreno, la intensidad cambiante o las tácticas empleadas, uno de los últimos epígrafes tratados en cuestión.

Mucho más próximo al marxismo, aunque abierto partidario del individualismo metodológico, el noruego Jon Elster⁷⁶ cuestionaba en 1984 todas las grandes corrientes explicativas centradas en colectivos y macro-conceptos. Desde su punto de vista, el paradigma más adecuado para las ciencias sociales ha de basarse en explicaciones mixtas, con una combinación de perspectivas macro y micro, que no olviden que los «conflictos sociales» son abstracciones teóricas que ensombrecen la realidad experimentada por los individuos que están auténticamente involucrados. Elster asegura que la teoría de juegos podría combinarse con el análisis social marxista sin abandonar la atención hacia el individuo. Asimismo, reconoce algunas aportaciones apreciables en la obra de Olson⁷⁷, pero introduce la posibilidad de la «lógica racional de la cooperación» en los grupos, frente a la lógica de la acción colectiva fundamentada en el egoísmo individualista.

La dificultad para innovar en el campo de la teoría sociológica del conflicto se pondrá de manifiesto en los años 90, década en la que tan sólo podríamos destacar alguna necesaria aportación de sistematización y revisión de lo establecido⁷⁸. En esta dirección, Benjamín Tejerina Montaña expone críticamente en un artículo los principios fundamentales de la teoría marxista del conflicto y los compara con las ideas de Simmel al respecto, proponiendo analizar los conflictos sociales prestando atención tanto a los elementos materiales como a las representaciones mentales que las partes implicadas reproducen en situación⁷⁹. A su vez y en su opinión, los conflictos espontáneos que responden a momentos de exaltación o eferescencia colectiva deberían estudiarse con otro instrumental analítico.

Por último, Petar Hafner⁸⁰ muestra preocupación por las ilustraciones sociales más o menos aceptadas por la comunidad científica que nos ofrecen los paradigmas sociológicos durante un cierto período de tiempo del desarrollo de la disciplina. Reclama, así pues, nuevos paradigmas que nos permitan entender los retos del futuro, aunque resulta notorio que las raíces funcionalistas y marxistas han permanecido como sustento profundo de las nuevas aportaciones. De acuerdo con Elster⁸¹, Hafner aboga por las teorías que son capaces de aplicar la pura descripción de generalizaciones empíricas a casos menores, a través de la interrelación entre problemas macro y micro, pudiendo así investigar todo segmento social.

76. J. Elster, “Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: alegato en favor del individualismo metodológico”, *Zona Abierta*, 33, 1984, 21-62.

77. *Cf. Supra*, 7-8.

78. B. Tejerina Montaña, loc. cit., 47-63.

79. *Ibid.*, 60.

80. P. Hafner, “Theories and paradigms in Sociology”, *Facta Universitatis, series Philosophy and Sociology*, vol. 1, 5, 1998, 455-464.

81. *Cf. Supra*, 11.

IV. Últimas aportaciones

El siglo XXI no permanece ajeno a las nuevas reflexiones o a las revisiones críticas sobre las principales teorías del conflicto social. Especialmente interesantes resultan los trabajos de P. L. Lorenzo Cadarso⁸², por su aplicación práctica al análisis histórico⁸³. Como historiador, reconoce que las aportaciones teóricas españolas al estudio de la conflictividad social o de los movimientos sociales han sido prácticamente nulas. Las renovaciones conceptuales foráneas han llegado siempre con retraso y su aplicación a la labor investigadora no ha dado los frutos deseados. El acusado *presentismo*⁸⁴ de la teoría sociológica del conflicto limita su validez como instrumento de análisis histórico pero a su vez los estudiosos de los conflictos sociales históricos han ignorado casi por completo todas estas propuestas de carácter teórico. Por estos motivos, el autor riojano busca la aplicación de estos aparatos teóricos a períodos históricos preindustriales, evitando que el objeto o las evidencias factuales queden subyugadas por el método. Movidado así por el rigor intelectual, contempla el eclecticismo como una necesidad impuesta por la práctica investigadora. Sin duda, la ampliación del repertorio de hechos sociales entendidos como formas de conflicto y la diversidad de disciplinas y enfoques que confluyen en su estudio, han terminado por introducir confusión incluso en la propia denominación del fenómeno⁸⁵. Lorenzo Cadarso también establece una propuesta tipológica para los conflictos sociales⁸⁶, centrando sus consideraciones sobre las causas de la confrontación en las percepciones subjetivas de la realidad experimentada. Interesado en los procesos de organización y movilización de los grupos enfrentados, indaga asimismo en cuestiones como la jerarquización interna, el aumento de la base social y el fortalecimiento del liderazgo como parte de un proceso progresivo configurado por fases consecutivas⁸⁷. El estudio de los movimientos sociales, para él, exige un análisis sociológico mucho más detallado de lo que nos suelen ofrecer los trabajos de historia social⁸⁸.

82. P. L. Lorenzo Cadarso, *Fundamentos teóricos del conflicto social*, Madrid, 2001; "Principales teorías sobre el conflicto social", *Norba, Revista de Historia*, 15, 2001, 237-254.

83. *Vid.* "Tipología de los conflictos sociales castellanos en los siglos XVI y XVII", *Proserpina, Revista de la U.N.E.D*, Extremadura, 10, 1993, 83-109; *Los conflictos populares en Castilla en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1996.

84. *Cf. Supra*, 1.

85. P. L. Lorenzo Cadarso, *op. cit.*, n. 78, 12.

86. *Ibid.*, 51 ss.

87. P. L. Lorenzo Cadarso, *op. cit.*, n. 78, 128.

88. Cadarso recomienda un análisis pormenorizado de los niveles económicos de los diferentes sectores del grupo movilizado, rentas, relaciones con otros grupos, cualquier criterio significativo de ubicación social, necesidades y expectativas, recursos, sentimientos de identidad, formas ideológicas y culturales dominantes, objetivos y repertorios tácticos, escalada, resultados obtenidos, etc. Existen numerosos trabajos de historia social en España que han intentado establecer un recorrido cronológico a través de los conflictos sociales más destacados a lo largo del tiempo, si bien es cierto que la mayoría de éstos se caracterizan por su visible herencia marxista. *Vid.* J. M. Blázquez *et al.* *Clases y conflictos sociales en la historia*, Madrid, 1977; M. Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990.

En 2002, un jurista argentino⁸⁹ de reconocido prestigio en el campo de la filosofía del derecho, publicaba una obra de título especialmente sugerente para nuestro campo de estudio. *Teoría de conflictos: hacia un nuevo paradigma* es un trabajo muy completo que vincula el sistema jurídico con los conflictos y que cuenta con pretensiones teóricas generalistas. Interesado en consolidar un concepto universal de conflicto, que contemple un amplio universo de enfrentamientos, Entelman emprende una búsqueda de la esencia conflictual con el propósito de encontrar un modo de resolución polivalente. Consciente de la existencia de numerosos conflictos que no pueden ser resueltos por el derecho, porque no hay norma ni sanción al respecto, se muestra partidario de soluciones pacíficas, reglamentadas e institucionalizadas que se ven forzadas a excluir al derecho en tanto en cuanto éste es incapaz de desvincularse de la sanción y del monopolio coercitivo. A su juicio, la teoría de conflictos radica su quehacer en la descripción del enfrentamiento concreto, en el análisis de sus elementos y modo de ser, en la generación de los métodos a que da lugar la aplicación de sus conocimientos y en los desarrollos tecnológicos que realiza con auxilio multidisciplinar⁹⁰. A pesar de todos los desarrollos teóricos que le preceden, el autor aprecia la teoría de conflictos como una actividad científica nueva que, como tal, carece de un sistema homogéneo de conceptos clasificatorios y de una nomenclatura autónoma suficiente⁹¹.

En 2004, desde el ámbito de la psicología social estadounidense, Dean Pruitt y Sung Hee Kim continúan la línea generalista marcada por Entelman en *Social Conflict: Escalation, Stalemate and Settlement*⁹². Con un interés similar en el análisis y en la resolución de los conflictos, estos autores consideran que toda confrontación, ya sea interpersonal, intergrupala, inter-organizacional o internacional, tiene una serie de elementos comunes que han de tomarse en consideración. Siguiendo los postulados de Simmel y Coser⁹³, observan consecuencias tanto positivas como negativas en este tipo de pugnas definidas por la incompatibilidad de aspiraciones entre las partes⁹⁴. En relación a los conceptos acuñados por la teoría de juegos⁹⁵, las «actitudes y pensamientos de suma cero» incrementan la magnitud del conflicto por su rotunda negativa a la negociación.

Pruitt y Kim identifican y resumen las tácticas más empleadas por las autoridades fácticas durante el curso de un conflicto⁹⁶, pero resulta más interesante aún el modelo dual que presentan sobre la percepción recíproca. Cuando la estimación de una parte con respecto a sí misma es alta y además tiene una percepción negativa del potencial del antagonista, el resultado es inevitablemente la contienda. Cuando una parte no confía en sus propias posi-

89. R. F. Entelman, *Teoría de conflictos: hacia un nuevo paradigma*, Barcelona, 2002.

90. *Ibid.*, 65.

91. *Ibid.*, 75.

92. Esta obra no tiene aún traducción al castellano.

93. *Cf. Supra*, 2-3.

94. D. G. Pruitt, y S. H. Kim, *Social Conflict: Escalation, Stalemate and Settlement*, N. York, 2004, 10.

95. *Cf. Supra*, 7.

96. Hablamos de restar comunicación al grupo oponente, deshacerse de los líderes potenciales arrancando la cúspide de la pirámide y privando de organización al antagonista, o bien cooptarlos e integrarlos dentro del sistema.

bilidades pero tampoco teme el potencial del oponente, el resultado será muy probablemente la inacción o la retirada. Cuando ambas partes confían en sus fuerzas y recursos pero asumen que el grupo hostil es igualmente poderoso, existe un alto grado de probabilidad de que se produzca una negociación. Por último, cuando no se confía en el potencial individual y se teme al adversario, se efectuará una concesión⁹⁷. Tal y como anuncia el título de la obra, este trabajo expone un estudio secuencial sobre la escalada de los conflictos⁹⁸, hasta que los lleva a un punto álgido o «callejón sin salida⁹⁹» que los reconduce hacia una solución¹⁰⁰.

En los últimos diez años que separan el estudio mencionado del presente, tan sólo podemos reseñar algunos artículos¹⁰¹ bastante útiles como compendio, que nos ayudan a comprender la evolución sustancial que ha experimentado una materia tan amplia como la que nos compete. Del mismo modo, nos sirven para intuir la dirección tomada por los estudios más actuales, que delimitan la proyección de los trabajos venideros.

En uno de los artículos comentados, Roy Alfaro Vargas y Omar Cruz Rodríguez¹⁰² arremeten contra la deriva conservadora del dialogismo, característico de la ideología posmoderna, que instala al consenso en el epicentro de la teoría del conflicto social. Bajo su punto de vista, el consenso es, en última instancia, una expresión más del nihilismo que nos aqueja¹⁰³.

Consideraciones finales

Expuesto el panorama secuencial de las principales aportaciones teóricas para la interpretación de los conflictos sociales, concluimos con una serie de reflexiones finales que podrían servir como epílogo del artículo.

Durante décadas, los trabajos históricos sobre la conflictividad social de cualquier etapa han sido monopolizados por la historia social. Comprendemos la parcelación y la división de la Ciencia histórica como un proceso lógico de la hiperespecialización académica, empero, haciendo uso de las palabras de L. Febvre¹⁰⁴, pensamos que no hay historia económica y

97. *Ibid.*, 41.

98. *Ibid.*, 88 ss.

99. *Ibid.*, 173 ss.

100. *Ibid.*, 191 ss.

101. L. A. García, D. A. Muñoz, J. D. Gómez Quintero, “Aportes teóricos al concepto de conflicto social: una lectura desde las macro y microsociologías hasta los modelos integrados emergentes”, *Virajes, Revista del Dpto. de Antropología de la Universidad de Caldas- Colombia*, 8, 2006, 17-47; R. Alfaro Vargas, O. Cruz Rodríguez, “Teoría del conflicto social y posmodernidad”, *Revista de Ciencias Sociales*, 128-129, 2010, 63-70; M. Lube Guizardi, “Conflicto, equilibrio y cambio social en la obra de Max Gluckman”, *Papeles del CEIC, International Journal on Collective identity Research*, 2, 2012, 1-47.

102. R. Alfaro Vargas, O. Cruz Rodríguez, “Teoría del conflicto social y posmodernidad”, *Revista de Ciencias Sociales*, 128-129, 2010, 63-70.

103. *Ibid.*, 69.

104. L. Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, 1970, 39.

social, hay historia sin más, en su unidad. La importancia de la parte no debería dificultar la visión del conjunto.

Asimismo, la investigación sobre los diferentes episodios de conflictividad social en la historia ha contado con una ingente cantidad de estudios concretos que frecuentemente se han servido de las diversas teorías sociológicas del conflicto para corroborar metodologías fuertemente politizadas¹⁰⁵, en contra de las bases consustanciales de la objetividad científica.

Por otro lado, las perspectivas excesivamente abstractas, incluso a veces nomotéticas y estáticas de la teoría sociológica no han encajado con el profundo particularismo que envuelve a los complejos procesos de conflictividad social histórica. Tampoco la sociología histórica¹⁰⁶, más interesada en las construcciones políticas de larga duración, ha satisfecho las necesidades propias de nuestra investigación.

Por tanto, planteamos la adaptación particular de los elementos analíticos más apropiados de los diversos paradigmas sociológicos del conflicto como herramienta de posible utilidad para la investigación histórica concreta. Contrarios al dogmatismo metodológico y partidarios del eclecticismo pragmático, consideramos a su vez que el radicalismo empírico opuesto al uso de cualquier tipo de perspectiva teórica está dando la espalda a una fuente importante de análisis interpretativo.

105. E. g. P. Blackledge, *Reflections on the Marxist Theory of History*, Manchester/N. York, 2006. Esta alusión no establece ningún cuestionamiento sobre los aspectos positivos de las muchas aportaciones de la historia marxista británica. Vid. E. Hobsbawm, E. P. Thompson, P. Anderson, etc.

106. Hacemos referencia a autores como S. Eisenstadt, B. Moore, C. Tilly, T. Skocpol, M. Mann, I. Wallerstein.

Alberto del Castillo y la arqueología medieval

Jordi Vidal

Universitat Autònoma de Barcelona

Fecha recepción 03.09.2015 / Fecha aceptación 12.11.2015

Resumen

El objetivo del presente trabajo es el de repasar la trayectoria historiográfica de Alberto del Castillo, prestando especial atención a su papel como pionero de la Arqueología Medieval en España. El análisis de sus publicaciones y de su labor docente en la Universidad de Barcelona nos ha permitido reconstruir con bastante detalle su proceso de transición desde la arqueología prehistórica hasta la historia medieval.

Abstract

The aim of this paper is to analyse the academic career of Alberto del Castillo, paying special attention to his role as a pioneer of medieval archaeology in Spain. The study of his publications and his teaching activity at the University of Barcelona allows us to reconstruct the detail of his transition from prehistoric archaeology to Medieval studies.

Palabras clave

Del Castillo, Bosch Gimpera, arqueología, medievalismo

Key words:

Del Castillo, Bosch Gimpera, archaeology, medievalism

1. Introducción

Alberto del Castillo y Yurrita (Oñate, 1899 – Barcelona, 1976) ocupa un papel destacado en la historiografía española del siglo XX, sobre todo por sus trabajos relacionados con la arqueología medieval, de la que ha sido justamente considerado como uno de sus fundadores en el estado español. En este sentido, su labor pionera fue de gran relevancia para superar la tradicional aproximación estético-artística a la cultura material medieval, típica de la arqueología del siglo XIX y primera mitad del XX.¹ En su lugar, Del Castillo, formado en el ámbito de la Prehistoria, desarrolló una arqueología estrictamente científica,² que tenía como objetivo último tratar de integrar la cultura material como una fuente más para el estudio de las sociedades medievales y sus procesos de cambio.

Con todo, Del Castillo fue un hombre tremendamente polifacético, cuya labor intelectual no se limitó al ámbito de la arqueología. Así, ejerció como periodista, primero en *La Vanguardia* (donde fue corresponsal en París), y a partir de 1928 en el *Diario de Barcelona*, dirigido por su hermano Enrique hasta su muerte en 1967, y donde llegó a ocupar el cargo de subdirector, encargado de la sección de cultura. También fue agregado de prensa de la embajada española en París (1944-1946), crítico de arte (colaborador regular de la revista *Goya*), museógrafo (trabajó con Bosch Gimpera en la organización del Museo Arqueológico de Barcelona y, posteriormente, impulsó la creación del Museo de Tossa de Mar y el Museo Romántico Provincial de la Diputación de Barcelona), al tiempo que escribió diversos trabajos de historia moderna y contemporánea.³

1. M. Riu, *L'arqueologia medieval a Catalunya*, Sant Cugat del Vallés, 1989, 19 ss.

2. Tal y como la definía, por ejemplo, Miquel Barceló quien claramente la desligaba del enfoque artístico anterior: “El objetivo de la arqueología medieval es el de producir conocimientos históricos; es decir, producir informaciones adecuadamente contrastadas sobre la estructura, funcionamiento y cambios de las sociedades humanas” (M. Barceló, “Prólogo”, en M. Barceló *et alii*, *Arqueología medieval. En las afueras del medievalismo*, Barcelona, 1988, 11).

3. Para una aproximación a la biografía de Del Castillo el mejor trabajo sigue siendo M. Riu, “In Memoriam. Alberto del Castillo Yurrita (1899-1976)”, en E. Verdera (ed.), *El cardenal Albornozy y el Colegio de España*, Bolonia, 1979, 725-742. Véase también E. Ripoll, “Prof. Alberto del Castillo Yurrita (1899-1976)”, *Ampurias* 41-42, 1979-1980, 495-505; G. Pasamar y L. Peiró, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, 2002, 175-176. y M. Díaz-Andreu, “Castillo Yurrita, Alberto del”, en

Centrados en la faceta que más nos interesa aquí, la de arqueólogo, es importante recordar que Del Castillo fue uno de los primeros discípulos de Pere Bosch Gimpera. Así, entró en contacto con Bosch como estudiante de la carrera de Filosofía y Letras (sección Historia) en el curso 1917-1918, es decir, tan solo un año después de que Bosch ocupara su plaza como catedrático de Historia Universal Antigua y Media en la Universidad de Barcelona.⁴ Compañero de curso, entre otros, de los hermanos Josep de Calassanç y Elies Serra Ràfols, Del Castillo fue junto con Lluís Pericot uno de los principales discípulos y más estrechos colaboradores de Bosch hasta el final de la guerra civil, cuando el exilio del maestro rompió casi de forma absoluta el contacto entre ambos. De la mano de Bosch se inició en el ámbito de la investigación en arqueología prehistórica. Más allá de sus estudios en Barcelona, completó su formación, entre otros, en Berlín y Munich (1920-1923) gracias a una pensión de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona y otra de la Junta de Ampliación de Estudios, lo que le permitió entrar en contacto con el eminente arqueólogo alemán Hubert Schmidt. En 1923 obtuvo una beca del Colegio de España en Bolonia. Durante su estancia en dicha ciudad italiana preparó y presentó su primera tesis doctoral, dirigida por Pericle Ducati y titulada “Il Neolitico e l’Eneolitico d’Italia”.⁵ La tesis fue leída ese mismo año. Más importancia y repercusión tuvo su segunda tesis doctoral, titulada “La cultura del vaso campaniforme (su origen y extensión en Europa)” y dirigida por Bosch con la colaboración de Schmidt. La tesis fue leída en 1927 y publicada al año siguiente.⁶ Con dicha tesis Del Castillo abordó uno de sus temas preferidos de investigación, el vaso campaniforme, al que volvería en repetidas ocasiones a lo largo de su carrera.

Sin embargo, y a pesar de que sus trabajos precisamente sobre el vaso campaniforme se convirtieron en auténticas obras de referencia, lo cierto es que, como decíamos al principio, la relevancia historiográfica de Del Castillo se debe sobre todo a su labor relacionada con la arqueología medieval. El propósito del presente trabajo precisamente es el de analizar cómo se produjo esa transición un tanto atípica desde la arqueología prehistórica hasta la arqueología medieval, sobre todo si tenemos en cuenta que se trataba de una disciplina por entonces apenas desarrollada en España y con una posición marginal en el panorama universitario estatal, sin la tradición que tenía en el centro y norte de Europa, donde ya existían escuelas e institutos especializados desde finales del siglo XIX y principios del XX.⁷

M. Díaz-Andreu, G. Mora y J. Cortadella (eds.), *Diccionario histórico de la arqueología en España (siglos XV-XX)*, Madrid, 2009, 187-188.

4. F. Gracia, *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Barcelona, 2009, 195.

5. Teniendo en cuenta la rapidez con la que escribió el trabajo (menos de un año) y la extensión del mismo (192 páginas), Díaz-Andreu considera que más que una tesis doctoral debía tratarse de una especie de memoria de su estancia como becario en Bolonia (Díaz-Andreu, loc. cit. 188). Sin embargo, Riu, que pudo consultar el ejemplar depositado en el archivo de la Facoltà di Lettere de Bolonia, confirma que con dicho trabajo Del Castillo obtuvo el grado de doctor, cuyo diploma lleva el número 244 y fue inscrito en el registro de la universidad el 21 de diciembre de 1923 (Riu, loc. cit. 727).

6. A. Del Castillo, *La cultura del vaso campaniforme (su origen y extensión en Europa)*, Barcelona, 1928.

7. Barceló, loc. cit. 10; I. Ollich, “L’arqueologia medieval a la Universitat de Barcelona: l’aportació i el llegat del Dr. Riu”, *L’Erol*, 61, 1999, 11; J. Quirós y B. Bengoetxea, *Arqueología (III) (Arqueología Medieval*

En este sentido, discípulos y colaboradores de Del Castillo coinciden a la hora de señalar que su tardía dedicación a la arqueología medieval (que se produjo a partir de 1959, tan solo diez años antes de su jubilación) fue poco menos que fruto de la casualidad. Así lo señalaba, por ejemplo, Manuel Riu, quien fue su principal discípulo y continuador de sus trabajos en la Universidad de Barcelona. Según cuenta Riu, Del Castillo optó por dejar de lado la prehistoria y concentrarse prioritariamente en la arqueología medieval como consecuencia del hallazgo de un gran taller de cerámica medieval en Casa en Ponç (Berga) en 1958, en el transcurso de una campaña de prospección de la Diputación de Barcelona en la comarca catalana del Berguedà:⁸

En efecto, desde 1959, las actividades arqueológicas del profesor Alberto del Castillo experimentan un cambio de rumbo. En lo sucesivo, va a ser la época medieval y no la Prehistoria la que despertará sus mayores intereses. El cambio se opera en la comarca catalana del Bergadán. El hallazgo de un impresionante taller de cerámica medieval en Casampons (Berga), en 1958, daría origen a ese cambio de rumbo.⁹

Otro autor muy próximo a Del Castillo, Eduard Ripoll, aceptaba y repetía esa misma versión. Ripoll colaboró con Del Castillo entre 1954 y 1960 en la recopilación y dibujo de materiales relacionados con el vaso campaniforme para la que debía ser la gran síntesis de Del Castillo sobre la cuestión, y que finalmente, al parecer por problemas económicos, quedó inacabada.¹⁰ Asimismo, Del Castillo y Ripoll también colaboraron en un tema de investigación de interés común, el arte prehistórico y sus procesos de esquematización y abstracción.¹¹ Por lo tanto, el contacto directo entre Del Castillo y Ripoll hace que el testimonio de este último acerca del cambio de dedicación de la arqueología prehistórica a la medieval resulte especialmente significativo:

y *Posmedieval*), Madrid, 2010, 27 ss.; M. Sancho, *Des de l'arqueologia, revivre l'edat mitjana*, Barcelona, 12 ss. Sobre el caso específico de la Gran Bretaña véase, por ejemplo, C. Gerrard, *Medieval Archaeology. Understanding Traditions and Contemporary Approaches*, New York, 2003.

8. Del Castillo publicó un resumen de dichas prospecciones en un homenaje a Bosch Gimpera (A. Del Castillo, "Exploraciones y excavaciones recientes en el Bergadán", en J. Comas (ed.), *A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México, 1963, 129-134.). De forma muy significativa, Del Castillo optó por omitir cualquier referencia a los yacimientos medievales en dicho resumen, centrándose únicamente en los prehistóricos.

9. Riu, loc. cit. 733. Véase también Riu, *op. cit.*, 11.

10. Del Castillo se refiere a dicho trabajo de síntesis, por ejemplo, en una postal dirigida a Lluís Pericot el 20 de septiembre de 1952, donde le informaba desde Sevilla sobre el hallazgo de nuevo material andaluz sobre el vaso campaniforme: "Sevilla 20-IX-52 / Querido Luis: / Desde Andalucía, donde he hallado verdaderos tesoros del vaso, entre ellos un hermano gemelo del Barranc – te envié un afectuoso saludo. Tuyo viejo amigo y compañero / Alberto" (Fons Lluís Pericot. Biblioteca de Catalunya).

11. Ripoll, loc. cit.

Parece que la causa de esta dedicación fue el hallazgo del importante taller de cerámica medieval de Casampons (Berga) en 1958.¹²

En general, la historiografía ha aceptado de manera unánime las palabras de Riu (y Ripoll) respecto a la importancia de Casa en Ponç y la fecha de 1958-1959 para entender la dedicación de Del Castillo al ámbito medieval.¹³ Con todo, desde estas líneas defendemos que un repaso atento tanto de su producción bibliográfica como de la documentación de archivo nos obliga a matizar esa idea según la cual, uno de los fundadores de la arqueología medieval en España llegó a dicho ámbito prácticamente como consecuencia de un azar arqueológico.

2. Valoración historiográfica

En el ámbito de la arqueología medieval, la actividad de Del Castillo a partir de 1959 fue verdaderamente intensa. Así, en 1959 se centró en las ya mencionadas excavaciones del taller de cerámica medieval de Casa en Ponç. Posteriormente, entre 1960 y 1968 excavó, con la colaboración, entre otros, de Manuel Riu e Isabel Serra, el monasterio altomedieval de Sant Pere de Grau d'Escales, el Manso Medieval "A" de Vilosiu, el Castellot de Viver, las necrópolis de Vilafruns y de San Vicente de Obiols, la necrópolis y la iglesia de Santa Creu de Jutglar, además de llevar a cabo la prospección del poblado de La Jassa.

A partir de 1965 Del Castillo superó el marco geográfico catalán para interesarse por la arqueología medieval de Soria, Logroño y Burgos (además de Navarra y Aragón), un área que le interesaba especialmente por tratarse de la línea de repoblación castellana. Ello le llevó a ampliar su grupo de colaboradores con nombres como los de María Asunción Bielsa, María Ángeles Golvano, Julián Manrique, Esther de Loyola y Josefina Andrió. En este marco las principales excavaciones fueron las de la iglesia semirrupestre y necrópolis de Revenga (Burgos), la necrópolis de Duruelo de la Sierra (Soria), la necrópolis y la iglesia de Cuyacabras (Quintanar de la Sierra, Burgos),¹⁴ la necrópolis y la iglesia de Palacios de la Sierra (Burgos), la necrópolis del Monasterio de Suso (San Millán de la Cogolla, Logroño), la necrópolis de San Baudelio de Berlanga, los eremitorios de Laño (Villanueva de Soportilla, Burgos), Cueva Andrés (Quintanar de la Sierra, Burgos) y Santi Yuste (Castrillo de la Reina), el castillo de los Turmo (Huesca) y Uncastillo (Zaragoza).¹⁵

12. Ripoll, loc. cit. 500.

13. Véase, por ejemplo, I Pastor, N. Sanz y A. Nicolau, "Una reflexió sobre el panorama de l'arqueologia medieval a Catalunya, a l'inici d'un nou segle", *Arqueologia medieval*, 2, 2006, 83.

14. Sobre dicho yacimiento Padilla publicó parte de los diarios de excavación de Del Castillo, así como un interesante intercambio epistolar, datado entre 1972 y 1973, entre el propio Del Castillo y Martín Almagro Basch (por entonces Comisario General de Excavaciones Arqueológicas). Allí nuestro protagonista mostraba su preocupación por el deterioro del yacimiento, a causa de la acción de los saqueadores y de las actividades ganaderas (J. I. Padilla, *Yacimiento arqueológico de Cuyacabras. Despoblado, iglesia y necrópolis. Ermitorio de Cueva Andrés. Quintanar de la Sierra (Burgos)*, Barcelona, 2003, 84 ss.).

15. Riu, loc. cit. 733 s.; Ripoll, loc. cit. 500; Ollich, loc. cit. 11.

Aunque Del Castillo publicó una parte de aquellas excavaciones, otros muchos datos quedaron inéditos en un conjunto de carpetas que contienen sus cuadernos de excavación, notas, planos, fotografías y correspondencia. Dichas carpetas, cuya información todavía hoy resulta de gran utilidad para los investigadores,¹⁶ fueron legadas por Del Castillo al Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Barcelona.¹⁷

El papel de Del Castillo relacionado con el surgimiento de la arqueología medieval como disciplina académica ha sido unánimemente reconocido. Con todo, un repaso por la bibliografía pertinente nos enseña algunos matices interesantes en la valoración de su figura.

En este sentido, sus discípulos (directos e indirectos, casi siempre vinculados a la Universidad de Barcelona), reconocen y valoran explícitamente su carácter pionero en la materia. De nuevo, el testimonio más elocuente es el de Manuel Riu quien, en el transcurso de una entrevista-homenaje de la revista *L'Erol*, no dudaba en afirmar que la arqueología medieval nacía en la Península Ibérica con las ya mentadas excavaciones de Del Castillo en Casa en Ponç.¹⁸ De forma parecida se expresan otros arqueólogos medievalistas de la Universidad de Barcelona:

Cal destacar aquí la gran labor realitzada per Dr. Alberto del Castillo (...) que, vers els anys 50, va començar d'una manera sistemàtica excavacions a jaciments d'època medieval, tant a Catalunya com a zones de Castella. Al seu voltant es va formar un grup d'investigadors interessats en quelcom tan nou aleshores com era l'arqueologia medieval.¹⁹

Los trabajos llevados a cabo, a fines de los años sesenta y principios de los setenta, por Alberto del Castillo y sus colaboradores en tierras castellanas representan una etapa pionera en el campo de la arqueología medieval hispana. Una etapa de reconocimiento y tanteo de las evidencias materiales en las que se llegó a desplegar una inusitada actividad investigadora dirigida casi en exclusiva al estudio de las prácticas y usos funerarios de época medieval.²⁰

16. Véase J. I. Padilla y K. Álvaro, "Alberto del Castillo y la cronología de las tumbas llamadas 'olerdolanas'", en N. Molist y G. Ripoll (eds.), *Arqueologia funerària al nord-est peninsular (segles VI-XII)*, Barcelona, 2012, 34.

17. J. Cortadella, "Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: La *Etnología de la Península Ibérica* de Pere Bosch Gimpera", en P. Bosch Gimpera, *Etnología de la Península Ibérica*, Pamplona, 2003, CCXXI.

18. M. D. Santandreu y R. Viladés, "L'entrevista: Manuel Riu, 50 anys de dedicació a la història i a l'arqueologia medievals, i la seva docència", *L'Erol*, 61, 1999, 44 s.

19. ["Cabe destacar aquí la gran labor realizada por el Dr. Alberto del Castillo (...) que, hacia los años 50, comenzó de forma sistemática las excavaciones de yacimientos de época medieval, tanto en Cataluña como en zonas de Castilla. A su alrededor se formó un grupo de investigadores interesados en algo tan nuevo entonces como era la arqueología medieval"] (I. Ollich, "L'arqueologia medieval a Catalunya", *L'Avenç*, 24, 1980, 64).

20. J. I. Padilla y K. Álvaro, "Necrópolis rupestres y el poblamiento altomedieval en el Alto Arlanza (Burgos)", *En la España Medieval*, 33, 2010, 260. En el ámbito estricto de la Universidad de Barcelona, la única nota discordante la encontramos en el caso de Marta Sancho, quien relega la figura de Del Castillo a un segundo plano (Sancho, *op. cit.* 17). Así, según Sancho, la arqueología medieval tan solo alcanzó entidad propia como disciplina a partir de 1977, gracias a la publicación del libro de M. de Bouïard, *Manual de*

Fuera del ámbito de la Universidad de Barcelona, las valoraciones son un tanto distintas.²¹ Ciertamente, la figura de Del Castillo sigue siendo presentada como fundamental para el desarrollo de la arqueología medieval española. Sin embargo, su meritoria labor se contextualiza dentro de un panorama general más amplio, en el que se aprecia cómo, con dificultades, la arqueología medieval, separada de la historia del arte, en realidad se venía practicando en España como mínimo desde la primera mitad del s. XX.²² En este sentido, diversos autores²³ han recordado recientemente que ya durante los años 30-40 del siglo pasado arqueólogos como Manuel Gómez-Moreno, Julio Martínez Santa-Olalla, Javier Pérez de Barradas, Blas Taracena, Cayetano de Mergelina o Gratiniano Nieto Gallo, entre otros, excavaron varias necrópolis visigodas en el Valle del Duero, en el contexto de un fuerte interés por el mundo germánico, alentado por el desarrollo del nazismo alemán.²⁴ Más tarde, los trabajos de Pere de Palol y Luis Caballero profundizaron en el estudio de la transición entre el mundo antiguo y el periodo visigodo. Por otra parte, Leopoldo Torres, Manuel Ocaña o Félix Jiménez contribuyeron de forma decisiva al desarrollo de la arqueología andalusí. Ciertamente, el ámbito de los “reinos cristianos” quedó un tanto al margen de ese primerizo interés arqueológico por el mundo medieval, probablemente debido a la menor espectacularidad de los restos, a la abundancia de fuentes escritas (que hizo que se considerara innecesario recurrir a la cultura material para tratar de documentar la historia del periodo) o a la prioridad concedida al estudio de determinados temas (como el feudalismo), sobre los cuales se consideraba que la arqueología no podía aportar nada relevante.²⁵ Es precisamente en el ámbito concreto de la arqueología medieval hispanocristiana, donde Del Castillo es, aquí sí, considerado como el auténtico “padre fundador”.²⁶

arqueología medieval: de la prospección a la historia, Barcelona, 1977. Según la reconstrucción historiográfica de la autora, Del Castillo fue tan solo uno más de una larga lista de precedentes que se remontan hasta el siglo XIX, con nombres entre los que destacan Gudiol, Barandiarán y Gómez-Moreno.

21. Por ejemplo, Quirós y Bengoetxea retrasan hasta los años 80 del siglo XX la aparición en España de la “Arqueología Medieval en términos actuales” (Quirós y Bengoetxea, *op. cit.* 52), es decir, tras la muerte de Del Castillo, relativizando de esa forma la relevancia de su papel como pionero.

22. Dentro de esa vocación arqueológica claramente decantada hacia la Historia del Arte podemos situar los trabajos en Santa María de Ripoll, Sant Joan de les Abadesses o la Alhambra de Granada, a finales del siglo XIX, o las investigaciones de Manuel Gómez-Moreno, ya a principios del siglo XX (R. Izquierdo, “La Arqueología medieval en España: antecedentes y estado actual”, *Arqueología y Territorio Medieval*, 1, 1994, 120).

23. Izquierdo, loc. cit. 120 y “La arqueología medieval en un grado de arqueología”, *Complutum*, 16, 2005, 224 s.; Quirós y Bengoetxea, *op. cit.* 53 ss.

24. Véase L. Olmo, “Ideología y arqueología: los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX”, en *Historiografía de la arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991 para un análisis de las implicaciones ideológicas relacionadas con el estudio de las necrópolis visigodas en España durante la primera mitad del siglo XX. De forma más concreta, sobre las excavaciones de Julio Martínez Santa-Olalla en la necrópolis visigoda de Castiltierra y sus relaciones con Heinrich Himmler y *Das Ahnenerbe* véase Gracia, *op. cit.* 291 ss.

25. Izquierdo, loc. cit. 119; Ollich loc. cit. 10.

26. Izquierdo, loc. cit. 120 y loc. cit. 224 s.

Sin embargo, más allá de cuestiones de detalle a la hora de calificar a Del Castillo como el fundador de la arqueología medieval en general o de la arqueología medieval hispanocristiana en particular, lo cierto es que, a grandes rasgos, las valoraciones publicadas sobre su labor son esencialmente positivas.²⁷ No obstante, resulta interesante, por el contraste que supone, comentar aquí la opinión que tuvo su maestro, Bosch Gimpera, respecto a su labor arqueológica. El análisis de una carta que el 27 de abril de 1972 Bosch envió al historiador catalán Rafael Olivar Bertrand deja entrever la decepción que tuvo Bosch respecto al desarrollo de la labor investigadora de su discípulo:

De Prehistòria només ha fet la seva tesi doctoral sobre el vas campaniforme, la qual va repetir en la Història d' Espanya d'en Menéndez Pidal.²⁸

Es decir, Bosch reprochaba a Del Castillo su escasa dedicación a la arqueología prehistórica, un ámbito en el que, por formación, estaba verdaderamente especializado. Esa crítica velada de Bosch la podemos entender de forma restrictiva, como una crítica al abandono de la arqueología prehistórica en favor de la arqueología medieval, o de forma más general, como una muestra de incompreensión por parte del maestro hacia el gran abanico de intereses (o tendencia a la dispersión: periodismo, crítica artística, museografía...) cultivado por Del Castillo, lo que le habría impedido desarrollar plenamente su carrera como prehistoriador.

Con todo, existe otro factor muy importante que explica la dureza en el juicio por parte de Bosch respecto a su discípulo: las desavenencias, académicas y políticas, entre ambos.

Según el testimonio de Francesc Esteve Gálvez, arqueólogo castellonense también discípulo de Bosch, las desavenencias académicas entre ambos se remontan a finales de los años 20.²⁹ En aquellos momentos Del Castillo estaba preparando a toda prisa, y con la ayuda del propio Esteve, la edición definitiva de su tesis doctoral sobre el vaso campaniforme, obra que necesitaba para presentarse con mayores garantías a las oposiciones a la cátedra de Historia Universal Antigua y Media de la Universidad de Santiago, cátedra que ocupó a partir de 1931. Bosch confesó a Esteve su descontento con el trabajo de Del Castillo, en especial con sus ideas sobre la difusión del vaso campaniforme, así como sobre la clasificación concreta que Del Castillo proponía de algunos de los ejemplares cerámicos estudiados.³⁰ Un repaso

27. Para una valoración estrictamente arqueológica de la labor de Del Castillo en el ámbito medieval, sobre todo de sus estudios sobre la tipología de las tumbas altomedievales, véase, por ejemplo, J. I. Padilla y K. Álvaro, “Los grabados rupestres del despoblado medieval de Revenga (Burgos)”, *Munibe*, 62, 2011, 439-459 y loc. cit.

28. [“En Prehistoria solo ha hecho su tesis doctoral sobre el vaso campaniforme, que repitió en la Historia de España de Menéndez Pidal”] (P. Bosch Gimpera y R. Olivar Bertrand, *Correspondència*, Barcelona, 1978, 73).

29. Sobre las buenas relaciones entre Bosch y Del Castillo antes de esas fechas véase J. Rovira, “El complot de Bosch Gimpera i Alberto del Castillo per fer caure Joaquim Foch i Torres”, en J. Rovira (ed.), *La dècada prodigiosa 1914-1924. L'arqueologia catalana, un instrument vertebrador al servei de la Mancomunitat de Catalunya*, Barcelona, 2015, 145-191.

30. F. Esteve Gálvez, *El goig de creixer. Els estudis superiors*, Castelló, 1996, 119.

de la correspondencia entre Bosch y Pericot demuestra que aquellas discrepancias con Del Castillo a propósito del vaso campaniforme se prolongaron durante muchos años:

(...) trovo fantàstic que en Castillo que la va valorar vulgui rebaixar la data de tal manera i que hagi oblidat que a sobre els dos estrats amb VC n'hi havia un amb una destral argàrica i amb ceràmica llisa. Crec que tornaré a escriure quelcom sobre tot aixó.³¹

(...) vull tornar a ficarme amb el vas campaniforme que en Sangmeister enreda, després del que ja l'havien enredat en Savory i el mateix Castillo, que s'han oblidat del que passa a Espanya. Hi han moments en que un té ganes de plegar i de no fer més Prehistòria, doncs aixó de canviar-ho tot cada un parell d'anys i fer continuament la revolució acaba per fer dubtar de que en sapiguem res.³²

A més en Castillo es va oblidar de la estratigrafia de Somaen aon sobre el II hi ha la capa amb la destral argàrica pel que es absurd que vulgui fer el vas I de Ciempozuelos i la capa corresponent de Somaen de la Edat del Bronze.³³

Que Ciempozuelos sigui de l'avançada Edat del Bronze i que el reflux el porti una invasió del centre d'Europa es perfectament idiota. I el pitjor es que l'amic Castillo s'hagi deixat enredar, oblidant la capa amb una destral argàrica del Somaén.³⁴

También en el terreno político las diferencias entre ambos eran muy evidentes. Durante su juventud, Del Castillo se caracterizó por su proximidad con el nacionalismo catalán y la izquierda política. El propio Bosch, en la ya mentada carta a Olivar, recordaba con cierto escepticismo el “catalanismo” de Del Castillo durante la década de 1920:

31. [“Encuentro fantástico que Castillo, que la valoró, quiera rebajar la fecha de tal manera y que haya olvidado que encima de los dos estratos con VC [Vaso Campaniforme] había uno con un hacha argárica y con cerámica lisa. Creo que volveré a escribir algo sobre eso”]; Carta de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot, de 12 de abril de 1961 (F. Gracia, J. M. Fullola y F. Vilanova, *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, Barcelona, 2002, 375 s.

32. [“(…) quiero volver a meterme con el vaso campaniforme que Sangmeister lía, después de que ya lo habían liado Savory y el mismo Castillo, que se han olvidado de lo que pasa en España. Hay momentos en que uno tiene ganas de terminar y de no hacer más Prehistoria, pues eso de cambiarlo todo cada dos años y hacer continuamente la revolución acaba por hacer dudar de que sepamos algo”]; Carta de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot, de 20 de marzo de 1965 (Gracia, Fullola y Vilanova, *op. cit.* 394 s.).

33. [“Además Castillo se olvidó de la estratigrafía de Somaen donde sobre el II hay una capa con el hacha argárica por lo que es absurdo que quiera hacer el vaso I de Ciempozuelos y la capa correspondiente de Somaen de la Edad del Bronze”]; Carta de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot, de 7 de abril de 1967 (Gracia, Fullola y Vilanova, *op. cit.* 407).

34. [“Que Ciempozuelos sea de la Edad del Bronze avanzada y que el reflujo lo lleve una invasión del centro de Europa es perfectamente idiota. Y lo peor es que el amigo Castillo se haya dejado liar, olvidando la capa con un hacha argárica de Somaén”]; Carta de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot, de 12 de abril de 1969 (Gracia, Fullola y Vilanova, *op. cit.* 419).

Sempre havia parlat en castellà (...), quan de sobte, estudiant amb mi, va demanar-me que li parlés en català, perquè ell era “catalanista”.³⁵

Un informe de Salvador Lisarrague, delegado provincial de Educación Nacional de Falange, a propósito del proceso de depuración de Del Castillo, confirmaba los vínculos con el catalanismo mostrados por aquél antes de la guerra civil:

desplegó una labor intensa entre los escolares separatistas, soliviantándoles para que actuasen contra los catedráticos que en dicha Universidad defendían las ideas españolas. Hacía público alarde y propaganda, incluso en las clases, por su entusiasmo por la Esquerra y la actuación de Macià [...] Afirmaba reiteradamente que el idioma español debía estudiarse en la Universidad de Barcelona “como una asignatura”, como se estudia el alemán o el francés. En atención a estos méritos, obtuvo el traslado a la Universidad de Barcelona, y en ella actuó siempre como un discípulo y brazo predilecto de Bosch Gimpera, a quien secundó siempre y con el mayor entusiasmo en su obra izquierdista y desespañolizadora de la Universidad de Barcelona, cuando la adhesión de ésta a la rebelión separatista de octubre de 1934, etc.³⁶

Sin embargo, a partir de la guerra civil el cambio en su orientación política fue radical. Durante el conflicto uno de sus hermanos fue asesinado en el transcurso de la revolución social en Cataluña. Él, por su parte, se afilió a Falange y actuó a favor de los sublevados, trabajando para la protección de militares y religiosos, así como realizando labores de espionaje.³⁷ De esa forma, el discípulo se situó en las antípodas de Bosch, decididamente comprometido con la República y el catalanismo político. La ruptura de las relaciones entre ambos fue casi definitiva, tal y como apuntaba Bosch en su carta a Olivar, donde más de 30 años después de finalizada la guerra civil reconocía que:

De tots els meus deixebles és l'únic que mai no m'ha escrit.³⁸

En definitiva, si bien Del Castillo es unánimemente reconocido como un personaje clave en el desarrollo de la arqueología medieval española, para el que había sido su maestro, Bosch Gimpera, su labor investigadora fue poco menos que errática y de escasa envergadura, limitada al ámbito concreto del vaso campaniforme, y desdibujada por su excesivo abanico de intereses. Del Castillo ha obtenido el reconocimiento historiográfico, pero no tuvo nunca el reconocimiento de su antiguo maestro.

35. [“Siempre había hablado en castellano (...), cuando de golpe, estudiando conmigo, me pidió que le hablara en catalán, porque él era “catalanista””] (Bosch Gimpera y Olivar Bertrand, *op. cit.* 73).

36. Citado en Gracia, *op. cit.* 110.

37. Gracia, *op. cit.* 108 s.

38. [“De todos mis discípulos, es el único que nunca me ha escrito”] (Bosch Gimpera y Olivar Bertrand, *op. cit.* 73).

3. La transición hacia la arqueología medieval

Como ya apuntábamos al principio, el objetivo principal del presente trabajo es el de tratar de reconstruir el cambio en la orientación académica de Del Castillo, desde la arqueología prehistórica hasta la medieval. En este sentido, sin embargo, debemos reconocer que ni el estudio de la bibliografía ni el análisis de la documentación de archivo que hemos podido consultar ofrece datos explícitos sobre la cuestión, que confirmen o desmientan la “versión oficial” que, como veíamos, vincula decisivamente ese cambio al hallazgo del taller medieval de Casa en Ponç. Con todo, sí contamos con algunos indicios interesantes que nos permitirán matizar esa versión oficial.

Si ordenamos temáticamente la producción bibliográfica de Del Castillo³⁹ apreciamos claramente como la arqueología prehistórica, a diferencia de lo que apuntaba Bosch, fue con diferencia el ámbito al que dedicó sus mayores esfuerzos (Fig. 1).

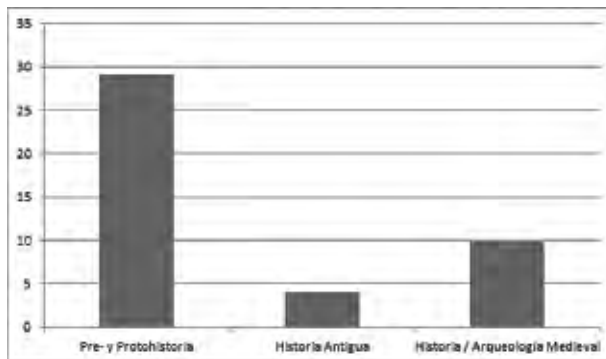


Fig. 1: Ordenación temática de la bibliografía de Alberto del Castillo

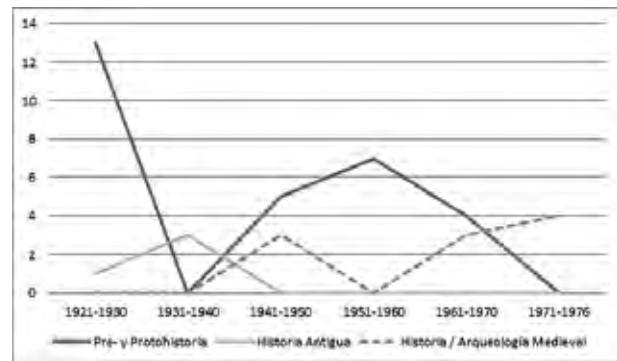


Fig. 2: Ordenación cronológica de la bibliografía de Alberto del Castillo

Mucho más significativa resulta todavía la ordenación cronológica de esas mismas publicaciones (Fig. 2):

Como se aprecia en el gráfico anterior, los trabajos de Del Castillo relacionados con la arqueología prehistórica se concentran, sobre todo, al principio de su carrera, es decir, en el periodo en el que se hallaba bajo la tutela directa de Bosch. Posteriormente, y tras un paréntesis durante la década de 1931-1940, retomó sus investigaciones en ese campo, pero sin llegar nunca a alcanzar los niveles de 1921-1930. Con todo, conviene destacar que durante la década de 1961-1970, es decir, cuando teóricamente ya se había decantado por los estudios de arqueología medieval, publicó más trabajos de temática prehistórica (4) que medieval (2).

39. Para la confección de los gráficos nos hemos basado en la bibliografía de Del Castillo recopilada por Teresa Cabrera y Teresa Llecha (en Ripoll, loc. cit. 501-505). Únicamente hemos tenido en cuenta notas, artículos y libros relacionados con la prehistoria, la historia antigua y la historia/arqueología medieval.

Finalmente, es cierto, que en la última fase (1971-1976) el abandono de su antigua especialización fue absoluto en favor de la arqueología de la Edad Media.

Por lo que se refiere estrictamente a la arqueología medieval, el estudio de su producción bibliográfica desdibuja un tanto la importancia tradicionalmente concedida a la fecha de 1958-1959 y el descubrimiento/excavación de Casa en Ponç. En primer lugar porque antes de esa fecha, durante el periodo 1941-1950, Del Castillo ya había publicado tres trabajos de temática medieval: un voluminoso manual de historia medieval⁴⁰ y dos capítulos de síntesis sobre Barcelona en época medieval⁴¹ y sobre la Edad Media en general.⁴² Ciertamente, no se trataba de obras de investigación sino de divulgación, pero resultan significativas por cuanto demuestran que el interés de Del Castillo por el período se remonta, como mínimo, hasta esos momentos. En segundo lugar, tal y como comentábamos antes, entre 1961 y 1970, es decir, después del hallazgo de Casa en Ponç, únicamente publicó dos breves artículos sobre sus excavaciones de yacimientos medievales catalanes, para un total de 14 páginas.⁴³ Por lo tanto, a nivel estrictamente bibliográfico la fecha clave para entender su dedicación a la arqueología medieval no es 1958-1959 sino 1968-1969, la fecha de su jubilación, ya que fue a partir de esos momentos cuando abandonó por completo la arqueología prehistórica para centrarse en el ámbito medieval. De esta forma, en 1968, 1971 y 1973 introdujo con voz propia la arqueología medieval en los congresos nacionales de arqueología de Mérida, Jaén y Huelva, con tres ponencias sobre las denominadas tumbas “olerdolanas”,⁴⁴ la necrópolis de Revenga⁴⁵ y la necrópolis del Monasterio de Suso⁴⁶ respectivamente.⁴⁷ Asimismo, en 1972 publicó las memorias de sus excavaciones en yacimientos altomedievales de Soria, Logroño y Burgos.⁴⁸ Finalmente, en 1974 apareció su importante artículo sobre los grabados rupestres

40. A. Del Castillo, *Historia General (vol. 2): Tiempos Medios*, Barcelona, 1943.

41. A. Del Castillo y J. Ainaud, “La Barcelona medieval”, en L. Pericot, A. Del Castillo, J. Ainaud y J. Vicens Vives, *Barcelona a través de los tiempos*, Barcelona, 1944, 82-214.

42. A. Del Castillo, “El medioevo”, en L. Pericot, A. Del Castillo y J. Vicens Vives, *Polis, Historia Universal*, Barcelona, 1945, 85-154.

43. A. Del Castillo y M. Riu, “Dos nuevos hipogeos en Villanueva y Geltrú (Prov. Barcelona)”, *Chthonia*, 3, 1964, 64-67 y A. Del Castillo, “El manso medieval ‘A’ de Vilosiu”, en *Homenaje a J. Vicens Vives*, vol. I. Barcelona, 1965, 219-228.

44. A. Del Castillo, “Cronología de las tumbas llamadas ‘Olerdolanas’”, en *XI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1970, 835-845.

45. A. Del Castillo, “Las insculturas rupestres de la necrópolis altomedieval de Revenga (Burgos)”, en *XII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1973, 797-800.

46. A. Del Castillo, “La necrópolis de covachas artificiales del Monasterio de Suso, pervivencia del sistema eremítico”, en *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1975, 967-978.

47. Sobre la presencia de la arqueología medieval en los congresos nacionales de arqueología y el papel jugado por Del Castillo véase Riu, *op. cit.* 27 ss. Poco antes de su fallecimiento Del Castillo logró que en el XV Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en 1977 en Lugo, se dedicara una sesión monográfica a la arqueología medieval, sesión que ya no llegó a ver.

48. A. Del Castillo, *Excavaciones altomedievales en las provincias de Soria, Logroño y Burgos*, Madrid, 1972.

de Revenga, que acertadamente dató en época medieval (“de la repoblación”), descartando un supuesto carácter prehistórico.⁴⁹

Sin embargo, donde mejor se aprecia la progresiva tendencia de Del Castillo hacia el mundo medieval es en su labor docente, tal y como se desprende del análisis de su expediente personal de la Universidad de Barcelona. De esta forma, tras una primera etapa como catedrático de Historia Universal Antigua y Media en la Universidad de Santiago (1931) (agregado a la Universidad de Barcelona en 1932) y como catedrático de Historia Antigua y Media de España en la Universidad de Barcelona (1934), tras la guerra civil hubo de hacer frente a un largo proceso de depuración,⁵⁰ que concluyó en 1943, cuando fue confirmado como catedrático de Historia Universal Antigua y Media en la Universidad de Barcelona. Desde ese puesto se encargó de la docencia regular de las asignaturas de “Prehistoria e Historia Universal Antigua” e “Historia Universal de la Edad Media”.

No obstante, mediante las acumulaciones y encargos de cursos, Del Castillo fue orientándose de forma progresiva hacia la Historia Medieval en detrimento de la Prehistoria. En la siguiente tabla (Fig. 3) recogemos las asignaturas acumuladas y encargos de curso de Del Castillo relacionados con la historia medieval:⁵¹

| Asignatura | Periodo | Sección | Gratificación anual |
|--|--------------------------|--------------------|---|
| Historia de España Medieval | 1947/1948 – 1954/1955 | Filología Semítica | 3000 pesetas (4200 para el curso 1954/1955) |
| Las grandes crisis del Imperio árabe | 1948/1949 | Curso monográfico | — |
| Historia del Islam | 1954/1955 | Filología Semítica | 8400 pesetas |
| Historia de las instituciones medievales de España | 1956/1957 – 1957/1958 | Historia | 4200 pesetas |
| Historia Económica y Social de la Edad Media | 1958/1959 – 1964/1965 | Historia | 4200 pesetas |

49. A. Del Castillo, “Los grabados rupestres de Revenga (Burgos)”, en E. Ripoll y M. Llongueras (eds.), *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1946-1971)*, Barcelona, 1974, 233-243. Para un reciente reestudio y una nueva propuesta cronológica de dichos grabados véase Padilla y Álvaro, loc. cit.

50. Dicho proceso de depuración ha sido reconstruido con detalle en Gracia, *op. cit.* 108 ss.

51. La información recogida en la tabla procede de las carpetas “Cargos Directivos Académicos (Distinciones, méritos y servicios especiales)” y “Otros servicios docentes (Acumulaciones, encargos, etc.). Expediente de Alberto del Castillo. Arxiu Històric de la Universitat de Barcelona.

| | | | |
|---|-----------|----------|---------------|
| Historia Económica Universal de la Edad Media | 1968/1969 | Historia | 25000 pesetas |
|---|-----------|----------|---------------|

Fig. 3. Dedicación docente de Alberto del Castillo

La información recogida en dicha tabla es importante por cuanto demuestra claramente que ya una década antes del descubrimiento y las excavaciones del taller de cerámica de Casa en Ponç en 1958-1959 Del Castillo había demostrado una vocación docente decididamente orientada hacia el mundo medieval, con sus cursos sobre Historia Medieval de España (desde 1947-1948), Historia del Islam (desde 1948-1949) e Historia de las instituciones medievales de España (desde 1956-1957).

En definitiva, tanto sus publicaciones como sus clases en la Universidad de Barcelona son elementos que matizan la importancia decisiva concedida hasta ahora a la fecha de 1958-1959 y el yacimiento de Casa en Ponç en la carrera académica de Del Castillo. Una vez consolidada su posición tras la guerra civil ya se orientó hacia el ámbito medieval, con las primeras publicaciones sobre la cuestión, así como a través de cátedras acumuladas y encargos de curso relacionados con el mundo medieval. Ciertamente, su formación como prehistoriador no le permitía abordar investigaciones primarias basadas en el estudio de la documentación de archivo, por lo que sus trabajos en la década de los cuarenta fueron obras de síntesis. Ello no le impidió, sin embargo, dirigir la formación de verdaderos medievalistas capaces de trabajar con la documentación primaria. Ese es el caso, por ejemplo, de su principal discípulo, Manuel Riu, quien en 1960 leyó una tesis doctoral de historia medieval dirigida por el propio Del Castillo: “Las comunidades religiosas del antiguo Obispado de Urgel: siglos VI-XVI”. Finalmente, a partir de sus excavaciones en yacimientos medievales en Cataluña y Castilla Del Castillo pudo adentrarse, ahora sí, en el ámbito estricto de la investigación, sobre todo a finales de los 60 y principios de los 70, completando de esa forma al final de su vida su largo proceso de transición desde la Prehistoria hasta la Edad Media.

Conclusión

En la carrera académica de Del Castillo podemos distinguir tres etapas bien diferenciadas. Una primera etapa fue la del periodo 1921-1936. Durante aquellos años, la trayectoria de Del Castillo estuvo fuertemente ligada a la figura de Bosch Gimpera, también en lo que a investigación se refiere. Así, durante ese periodo la práctica totalidad de sus trabajos se centró en los ámbitos de la Prehistoria, la Historia Antigua y la Antropología, es decir, exactamente los ámbitos de interés de Bosch.

Una segunda etapa fue la comprendida entre 1943 y 1969. Una vez alejado de la influencia personal e intelectual de Bosch, Del Castillo inició un periodo donde combinó sus investigaciones en el ámbito de la prehistoria (sobre todo relacionadas con el vaso campaniforme), con un creciente interés (tanto docente como a nivel de publicaciones) por la historia

medieval. En este periodo destacan sus trabajos de síntesis sobre historia medieval, el inicio de sus excavaciones en yacimientos medievales de la comarca del Berguedà en Cataluña, así como la acumulación de docencia relacionada con el ámbito medieval. En este sentido, y a la vista de los acontecimientos, cabe aventurar la posibilidad acerca de la existencia de un interés latente por la historia medieval⁵² que, en la primera etapa de su carrera, el liderazgo de Bosch le habría impedido desarrollar.⁵³ Tan solo el exilio del maestro y la ruptura de los vínculos entre ambos habrían permitido a Del Castillo cultivar aquel interés.

La tercera etapa, la más breve de todas, fue la de 1969-1976. Tras su jubilación, Del Castillo abandonó por completo sus trabajos relacionados con la prehistoria para centrarse, ahora sí, en la arqueología medieval. En ese sentido, su figura es doblemente importante. En primer lugar porque desarrolló los trabajos arqueológicos en un campo de estudios (la alta edad media de los reinos cristianos) que hasta el momento se había basado exclusivamente en la documentación escrita. En segundo lugar porque su formación estrictamente arqueológica le permitió acercarse al estudio de la cultura material desde una perspectiva eminentemente pragmática. De esa forma, se dio un importante paso adelante, superando las tradicionales aproximaciones meramente artísticas/estéticas a la cultura material medieval.⁵⁴

Esa última etapa resultó decisiva no solo dentro de la trayectoria intelectual de Del Castillo, sino también para el desarrollo de un nuevo campo de estudios, el de la arqueología medieval, en España. En este sentido el consenso historiográfico, como veíamos, es evidente: los trabajos de Del Castillo y su labor formativa en este campo contribuyeron de manera evidente a la incorporación de la arqueología a la historia medieval en el ámbito universitario español.

52. Es cierto que resulta muy difícil de documentar dicho interés. Como evidencia del mismo tan solo podemos esgrimir la publicación de algunas recensiones de obras de temática medieval (véase, por ejemplo, A. Del Castillo, "Recensión de T. de Aranzadi: Cráneos del cementerio franco de Pamplona", *Butlletí de l'Associació Catalana d'Arqueologia, Etnologia i Prehistoria*, 1, 1923, 195).

53. Existen diversos indicios que demuestran la firme oposición de Bosch a que sus discípulos abandonaran la senda de la Prehistoria. Seguramente, el mejor ejemplo es la carta que envió a Pericot el 1 de abril de 1927, donde le manifestaba con vehemencia su enérgico rechazo a que aquél abandonara su especialización para ocupar una cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia (Gracia, Fullola y Vilanova, *op. cit.* 183 ss.).

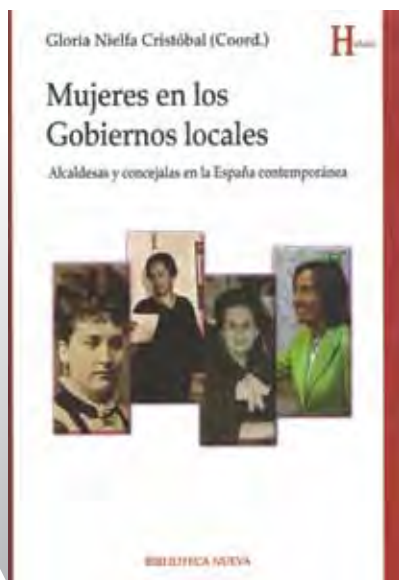
54. Ollich 1999: 11.



III

Libros

Mujeres en los gobiernos locales



FICHA BIBLIOGRÁFICA

GLORIA NIELFA CRISTÓBAL (coord.), *Mujeres en los gobiernos locales. Alcaldesas y concejalas en la España contemporánea*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, 263 págs. ISBN 978-84-16345-05-2

Elena Hernández Sandoica **Universidad Complutense de Madrid**

Habrán lectores, y acaso más aún lectoras, que se sorprenderán al leer que la incorporación de las mujeres a los ayuntamientos en España, en la segunda década del siglo XX, se hizo a través de una normativa legal que puso en marcha la Dictadura de Primo de Rivera. Será así el Estatuto municipal de 1924 el que -aunque nunca aplicado en realidad- reconozca el derecho de la mujer cabeza de familia a figurar (bien es verdad que en un “apéndice”, exclusivo para ellas) como electora para concejalías y alcaldías. No fue preciso sin embargo concurrir como candidatas a elecciones para que algunas mujeres, que accedieron al cargo por designación directa del poder central, ocuparan a partir de esa fecha la alcaldía de algunos pequeños pueblos.

Lo describe con exactitud esta recopilación de estudios coordinada por Gloria Niefra, catedrática de la Universidad Complutense, que revisa hasta hoy, prácticamente, el recorrido de una trayectoria compleja, marcada por los fuertes cambios políticos de la contemporanei-

dad. De algunas de aquellas primeras mujeres que ejercieron los poderes locales, perdida la memoria exacta de su modo de acceso y la fecha del mismo, se habían escrito algunas páginas recientemente, desde la recuperación del sistema democrático, pero de otras, la mayoría, apenas quedaría recuerdo hasta aquí.

Es por eso digna de destacarse la empresa acometida, como proyecto de investigación financiado por fondos públicos, por la propia G. Nielfa, acompañada por G. Gómez-Ferrer, R. Ruiz Franco, M. del Moral, M.C. Muñoz (historiadoras), M. Suárez Ojeda (jurista) y J.M. Rodríguez Moya y C. Gago (geógrafas), y asimismo hay que celebrar la plasmación de resultados en este libro, que cuenta con un importante aparato gráfico, muy útil para situar la ubicación territorial y las modulaciones del proceso. Sobre todo los cuadros y los mapas que, desde el principio de la lectura de estas páginas, nos hablan de la inflexión de género que experimenta el caciquismo ya a finales de la Restauración, y nos dejan proseguir todo un proceso de fijaciones o alternancias, de reapariciones o de quiebras en la incorporación de las mujeres en España a la vida política. Un importante vaciado documental, inédito hasta ahora, junto a las entrevistas realizadas y la revisión intensa de la bibliografía existente sobre algunas de las protagonistas de esta historia, hacen de este volumen una aportación de interés indudable al desenvolvimiento de la construcción ciudadana en España.

Fueron primero padres y maridos, sobre todo los primeros, quienes ayudarían a unas cuantas mujeres, católicas y terratenientes muchas de ellas en modo significativo, y las mayores contribuyentes desde enero del 30 con el gobierno Berenguer, a empuñar la vara de alcaldesas. Pero no solo serán mujeres de este perfil quienes manden en las corporaciones, porque pronto se evidencia el peso de mujeres normalmente más jóvenes, y provenientes de la clase media, maestras en su mayoría, que entran en los ayuntamientos (por breve tiempo, siempre, en sus mandatos) en cuanto que la formación se aprecie como requisito para el ejercicio de los cargos, y a la vez, en cuanto que la juventud se vea como un valor a potenciar. Eso es lo que sucede en virtud de la ley de 30 de diciembre de 1932, en la República, que cesaba a los concejales existentes, electos, y creaba comisiones gestoras en las que se privilegiaba a los aspirantes de menor edad. Entre esos aspirantes estaban las mujeres... Así sería como una mujer humilde, de profesión tejedora, pero luego escritora autodidacta y sindicalista (UGT), María Domínguez Renom, se convertiría en la primera alcaldesa republicana, en el municipio de Gallur (Zaragoza).

En poco tiempo, no todas las alcaldesas iban a ser viudas o solteras, como regulaba en principio el artículo 84 del Estatuto de 1924; no todas fueron tampoco ricas, ni de una notoriedad que excediera su ámbito local (como sí había sido el caso de la primera alcaldesa de España en aquel inicio que arranca de Quatretondeta, en Alicante, y que recayó en la acaudalada Matilde Pérez Mollá, la “senyora”...). Muchas otras, ya en la República, alcaldesas de pequeños municipios, se rodearían a su vez de concejales de filiación política muy diversa, incluso en las capitales de mayor población. (Los cuadros de las páginas 119 y siguientes tienen aquí un gran valor, tanto en términos absolutos como por el contraste numérico que revelan, al confrontarse con los datos, mucho más parcos, del franquismo). Y, en conjunto, hay que destacar que dichas mujeres durante la Dictadura de Primo, la República y en especial la guerra, harían una labor que, en la opinión mayoritaria de la época y en términos globales,

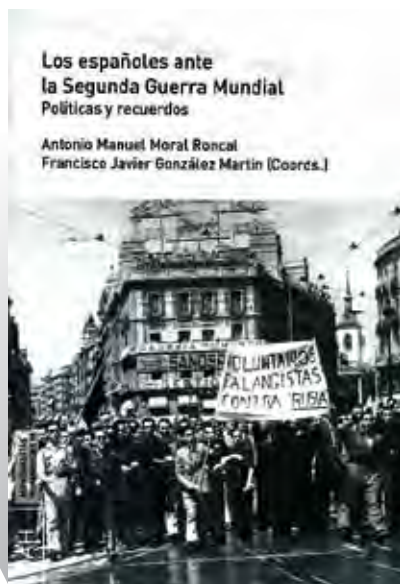
iba a ser apreciada por su pragmatismo y, en muchos casos, por su sobresaliente inspiración social (fomento de la enseñanza, empleo en obras públicas para combatir el paro, etcétera, y en pleno conflicto bélico, naturalmente, organización de socorro y abastecimiento).

Como es bien sabido, serán las elecciones parciales de 23 de abril de 1933 (que afectaron tan solo a un 10% del censo total, en 2.653 municipios), las primeras en las que las mujeres fueran electoras y elegibles. Por fin se habría conseguido, aun de este modo incompleto, el registro legal de una aspiración que llevaba tiempo exponiéndose y discutiéndose en los foros públicos, con todos los argumentos conocidos desplegados a favor y en contra de la participación política de la mujer. La guerra civil es en sí misma, en éste como en tantos otros aspectos de la vida española, un hecho de diferenciación rotunda en tareas y en procesos; y así es importante destacar la alta participación femenina en los consejos municipales y cómo, por ejemplo, en Cataluña destaca el activismo desplegado por mujeres del PSUC. El franquismo penalizaría duramente este ejercicio del poder local por las mujeres de izquierdas, castigando no solo la divergencia política sino, en más de una ocasión, su propia condición de mujer: condenada a fregar los suelos del local de Falange la comunista María Tarrida en Sant Joan Despí, tras perder la guerra, leida a la luz del género esta pena, a pesar de su naturaleza incruenta ejemplifica claramente la humillación.

A partir de cierto momento (“el momento oportuno”, como se decía en un texto de 1963, p.142 aquí), las estrategias de la Sección Femenina volverán a llevar mujeres a las concejalías, pero, atención, “sin llegar a la igualdad radical hegeliana” (sic). Solo una mujer antes de 1975, Pilar Careaga, sería alcaldesa de una capital de provincia, Bilbao. Entre 1941 y 1967, en resumidas cuentas, ninguna mujer habría vuelto a dirigir en España un ayuntamiento, siendo como era este cargo de designación. Muchas mujeres de las que se iniciaron entonces como concejalas continuarían después, ya en democracia, con su tarea y su función, incorporadas a la nueva política. Pero lo más revelador es, naturalmente, el incremento constante del número de mujeres electas, incluso antes de promulgarse la Ley de Igualdad en 2007, que inició un proceso de equiparación que, a día de hoy, muestra no obstante la lejanía de la paridad.

Valgan pues estas notas, que no reflejan más que someramente la riqueza de datos, el esfuerzo de obtención de los mismos y la abundancia de documentación manejada por el conjunto de autoras que han elaborado este libro, para animar a una lectura detenida del mismo; una lectura que, al completarlos, añada realidad y exactitud a los estudios existentes sobre elites políticas en nuestro país.

Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial



FICHA BIBLIOGRÁFICA

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL Y FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN (COORDS.), *Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial. Políticas y Recuerdos*. Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2015. 184 pags. ISBN 978-84-16133-89-5

Roberto Villa García **Universidad Rey Juan Carlos**

S etenta años después, la Segunda Guerra Mundial continúa proyectando su trágico atractivo sobre los aficionados a la historia y, especialmente, sobre los consumidores informados de monografías especializadas. No es extraño que lidere aún las preferencias de los historiadores como tema de investigación. Aunque obviamente es la historia militar la que se lleva la palma, el caudal de publicaciones sobre la diplomacia, la economía o las vivencias particulares de quienes presenciaron este convulso y apasionante periodo, resulta igualmente destacado. Tanto, que hay que reconocer la dificultad de hacer aportaciones nuevas. Una dificultad que, además, es doble respecto a otros periodos. La primera deviene del enorme trabajo que supone procesar y sintetizar todo el maremágnum de conocimientos que ya se poseen. A esta hay que sumarle un obstáculo mayor: el de obtener nuevas fuentes primarias que permitan, si no el descubrimiento de aspectos inéditos,

al menos valiosas aportaciones en forma de reinterpretación, de revisión, que maticen tesis ya consagradas.

Por eso es especialmente meritoria la contribución que coordinan Antonio Manuel Moral y Francisco Javier González Martín, centrada en la experiencia de los españoles durante el periodo de la Segunda Guerra Mundial. No sólo la abordan desde el plano de las elites políticas, sino también en el de los hombres y mujeres que sobrevivieron a aquellos años de racionamiento, escasez y reconstrucción tras la Guerra Civil, con la inquietud, además, de que cualquier acontecimiento diplomático o bélico pudiera difuminar el único consuelo que podía quedarles: vivir en paz mientras las ciudades europeas ardían bajo el fuego de la artillería y la aviación. Desde una perspectiva novedosa, tratan de contextualizar el conflicto pretendiendo de ir más allá de la prevención que genera el periodo en la historiografía como época de *guerras civiles* nacionales o continentales, o una etapa de *luchas de clases* o de *odios ideológicos y raciales*. En lugar de analizar el pasado a través del presente con una perspectiva moralizante, los autores se proponen comprender el tipo de mentalidad que hizo posible concebir la guerra, no como un mal, sino como una forma de “medir las auténticas virtudes del ser humano”, como llegó a cuestionarse José Antonio Primo de Rivera en las postrimerías de su vida (p. 12). Los coordinadores destacan cómo los protagonistas de aquella trágica época, un contingente notable de seres humanos, eran capaces de subordinar la propia vida a valores como la “lealtad, abnegación, patriotismo, unidad... justicia social o solidaridad” (p. 10), y cómo eran capaces de observar la guerra y la violencia como parte ineluctable del progreso humano, como un factor que alteraba el ritmo de la historia adelantando sucesos y circunstancias. Una concepción que, aún propia de aquel periodo, está lejos de resultar ilusoria. Pues como destacan Moral y González, la guerra es, en efecto, un trágico instrumento de cambio social, un aldabonazo que fractura pasado y presente, y que supone una subversión completa de las mentalidades y costumbres predominantes en una sociedad. En este sentido, resaltan con notable lógica la aceleración de las transformaciones sobrevenidas tras la Segunda Guerra Mundial: “la entrada del ser humano en la era atómica, la era espacial, la descolonización, la penicilina y... los grandes avances en biomedicina, la medicina preventiva y vírica” (p. 12), que están estrechísimamente vinculadas, casi en una relación causa-efecto, con aquel conflicto, por lo menos en lo que respecta a la aceleración de la metamorfosis, y el agolpamiento en aquellos años cuarenta y cincuenta de innovaciones y de sucesos inconcebibles dos décadas antes.

El libro contiene seis aportaciones. En el primer capítulo, Rosario Ruiz Franco aborda la destacada participación de la Sección Femenina de Falange en la provisión de personal de enfermería para hospitales de guerra alemanes, además de su participación a la logística de la División Azul, especialmente la recolección de víveres, la confección de prendas de abrigo y hasta la donación de sangre. Antonio Manuel Moral destaca, en el siguiente, la dicotomía existente entre las bases del carlismo, favorables al Eje en número significativo, y las elites de ese movimiento, poco proclives al *neopaganismo nazi* y que estorbaron todo lo posible cualquier manifestación pública propicia a Hitler, o el reclutamiento de carlistas para la División Azul. En el siguiente capítulo, Álvaro de Diego analiza hasta qué punto la guerra condicionó la adscripción ideológica de los falangistas al totalitarismo nazi, más superficial que de fondo en lo que respecta a los principios y valores que informaban a ambos movimientos, y sujeta

además a las diferencias internas dentro de la propia Falange, que facilitarían, a partir de 1942, resaltar sus especificidades nacionales y su sentido católico con vistas a desconectarse del Eje. Francisco Javier González aporta un análisis de la División Azul desde la perspectiva de sus componentes, a través de un enfoque histórico-literario que permite reconstruir el contexto histórico, las motivaciones y las vivencias particulares de los que se enrolaron para combatir en el frente ruso. Antonio Cañellas se centra en la figura del medievalista José Orlandis para reconstruir sus experiencias en la Roma de la Segunda Guerra Mundial, desde las que presencié la caída del fascismo, la ocupación alemana y la posterior liberación aliada, y su vinculación con los inicios del Opus Dei. Por último, Ricardo Colmenero aborda la División Azul desde una perspectiva cinematográfica, reseñando su aparición en los documentales de guerra alemanes y, posteriormente, la realización de películas monotemáticas en los años cincuenta, que proyectaron una imagen que ha tenido un reflejo postrero en el cine español hasta la actualidad.

En suma, los estudiosos españoles y extranjeros de la Segunda Guerra Mundial tienen con este conjunto de aportaciones nuevas evidencias sobre cómo influyó el conflicto en la política española del periodo, pero también un análisis relevante desde el plano de las mentalidades que nos acerca, a través de planos diferenciados, a quienes vivieron ese convulso periodo, permitiendo a los historiadores una contextualización más ajustada y librada de defectos *presentistas*.

La caída del Imperio Romano. Cuestiones historiográficas



FICHA BIBLIOGRÁFICA

MIRELLA ROMERO RECIO (COORD.), *La caída del Imperio Romano. Cuestiones historiográficas*, Postdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge 53, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2016, 220 págs. ISBN 978-3-515-10963-5.

Antonio Duplá (UPV/EHU, Vitoria-Gasteiz)

Pocos temas en la cultura occidental han atraído tanto la atención de intelectuales y académicos como la caída del Imperio Romano, que la historiografía tradicional, tan cara a fechas definitivas y expeditivas, situaba en el año 476, fecha de la deposición del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, y que hoy se analiza, de manera más perfilada y matizada, en el marco más amplio de la Antigüedad tardía. El libro que reseñamos trata precisamente de abordar, desde diferentes ángulos, la pertinencia o no de seguir conceptualizando la desaparición del Imperio Romano de Occidente en términos de caída, con sus connotaciones críticas e incluso catastrofistas, o de plantear el tema con nuevos parámetros interpretativos, recogiendo los debates historiográficos más actuales. El libro, coordinado por Mirella Romero Recio, conocida especialista de la Universidad Carlos III de Madrid y de su Instituto de Historiografía «Julio Caro Baroja», uno de los centros de referencia en la investigación historiográfica en España, está publicado por una de las edito-

riales más importantes en el campo de la Historia Antigua, Franz Steiner Verlag de Stuttgart, y se integra en la prestigiosa colección Postdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge, uno de cuyos editores, Pedro Barceló (Postdam), participa en el volumen.

Tras una breve introducción de la coordinadora, se suceden una docena de artículos a cargo de colegas españoles y alemanes, y también de un colega argentino, que abordan diversos temas de la compleja historia tardoantigua, desde el valor de distintos autores antiguos y su contrapuesta visión de la crisis, las diferencias entre la mirada de los contemporáneos y la actual sobre determinados problemas concretos, hasta la importancia indudable del cristianismo en la transformación del Estado romano tardío o las claves del debate historiográfico más reciente sobre la época.

En relación con los autores antiguos, Pedro Barceló (Postdam), comienza su artículo «Ammianus Marcellinus. Ein Historiker in Zeiten der Krise» (pp. 11-31), con una sugerente comparación entre Tucídides y Amiano («zwei Brüder im Geiste», p. 11), como testigos ambos de la crisis de un sistema imperial, sacudido por poderosas tensiones internas y externas. Amiano, siguiendo la estela de Tácito, se debatiría en sus *Res Gestae*, su gran crónica de la decadencia romana, entre su moralismo y patriotismo y su sensación de impotencia ante el irreversible declive de Roma (p.27ss). Por su parte, Elena Muñiz (Sevilla), en «Libanio y la crisis de la civilización» (pp. 33-42), destaca la insistencia del rétor de Antioquía, al igual que muchos otros autores del siglo IV, en los diversos males que aquejaban al Imperio, fundamentalmente la ruina de las clases curiales, y en el paréntesis del reinado de Juliano como un periodo afortunado y de recuperación.

Sobre la distinta significación del año 476, tan señalado en la historiografía tradicional como apuntábamos antes, escriben el colega de la Universidad de Buenos Aires Hugo Zurutuza («La situación de la Italia imperial en el siglo V. Un problema historiográfico», pp. 43-52) y el profesor alemán Manfred Clauss («(K)ein Fall Roms. Das Jahr 476 in der antiken Geschichtsschreibung», pp. 98-107). Precisamente para Clauss, como viene a destacar en el título de su colaboración, la supuesta cesura del año 476 fue totalmente ignorada por los contemporáneos, pues la división de un imperio en dos partes, oriental y occidental, era en su opinión una realidad desde el inicio del imperio.

Un tema abordado desde distintas perspectivas, como no podía ser menos, es el del cristianismo. Josep Vilella (Barcelona) analiza la conflictiva relación en el siglo V entre los hispanorromanos y las nuevas poblaciones germánicas («*Incessabiles lacrimas fundens*. Los testimonios patrísticos alusivos a las primeras presencias germánicas en la *Hispania* del siglo V», pp. 53-74). Clelia Martínez (Málaga) se aleja, cronológicamente hablando, de la época, pero no de sus consecuencias en la polémica religiosa moderna, y en «La secuencia del error romano según la Reforma» (pp.109-125), estudia cómo las referencias a la Iglesia romana tardoantigua, supuestamente contaminada de elementos paganos ajenos al cristianismo primitivo, sirven para justificar la decisión de los protestantes de separarse de Roma. Por su parte, Matthias Sandberg (Postdam) analiza las relaciones Iglesia y Estado a partir del episodio de la penitencia de Teodosio frente a San Ambrosio y sus ecos en representaciones pictóricas de los siglos XVII y XVIII, así como en la moderna historiografía alemana («*Von der Demütigung zur Demut. Anmerkungen zu Deutung und Wirkung der Mailänder Kirchentürszenen in der deutschen Historiographie*», pp.191-220). Jaime Alvar y el recientemente desaparecido

José M^a Blázquez (Madrid), en su «Christianorum Meritum! Historiografía sobre los orígenes de la inculpación cristiana en la caída del Imperio romano» (pp. 75-98), sitúan el origen de esta inculpación en época de Septimio Severo, y trazan un recorrido desde el testimonio de Tertuliano a fines del siglo II hasta Zósimo, «la última voz anticristiana» (p.90), en el s. VI. En la parte final de su texto se analiza la recepción moderna de esa inculpación cristiana, con autores como Löwenklaw, Grocio, Tillemont, Montesquieu o, posiblemente el más famoso de todos ellos, Edward Gibbon, en el contexto de una intelectualidad «claramente desafecta de la tradición católica» (p.97).

Esta referencia a Gibbon en el texto de Alvar y Blázquez nos sirve de puente con el último grupo de colaboraciones que quisiera destacar, el más explícitamente referido a cuestiones historiográficas modernas, y que, a la vista del índice, han atraído más directamente la atención del autor de esta reseña.

Precisamente en la recepción española de Gibbon se centra la coordinadora del volumen, Mirella Romero («Gibbon en la España de los siglos XVIII y XIX», pp. 127-139), reconociendo que el conocimiento y difusión de la obra gibboniana se ven en el caso español totalmente mediatizados por el rechazo enérgico a las tesis del ilustrado inglés sobre el cristianismo. El autor de la traducción decimonónica, Mor de Fuentes, no puede ocultar su entusiasmo por quien considera «El Rey de los historiadores», pero lógicamente debe matizar algunas de sus afirmaciones sobre el cristianismo, supuestamente debidas a la negativa influencia de Voltaire... Esas dificultades con la censura eclesiástica explicarían igualmente la opción por la traducción de la tercera edición inglesa del rev. Milman (1838-39), que presenta un gran número de notas para intentar explicar los «errores» de Gibbon sobre el cristianismo. Y de un gran historiador del siglo XVIII a otro del siglo XIX. En «Il n'est décidément pas assez *monsignore*. Mommsen y la Antigüedad tardía» (pp. 141-163), Sabine Panzram (Berlín-Madrid) destaca el interés del sabio alemán por este periodo, «die dunkle Schadezeit zwischen Alterthum und Neuzeit» en sus propios términos, pese a sus reservas personales sobre el cristianismo y sus supuestas limitaciones científicas sobre el tema. A pesar de no haberse valorado suficientemente las aportaciones de Mommsen sobre esta época, también planteadas desde el interés por la elaboración de *corpora* de fuentes, es significativo el hecho de que Mommsen, como apunta la autora, tuviese la intuición de abordar un periodo con una unidad cronológica diferenciada, casi un siglo antes de que se acuñase el concepto de «Antigüedad tardía» (p.143).

Finalmente, Santiago Castellanos («Contar el final de Roma. Los contemporáneos y nosotros», pp. 165-176) y M^a Victoria Escribano («Decadencia romana o Antigüedad tardía? Los términos del debate historiográfico actual», 177-190) completan el contenido de este excelente libro, con sendas contribuciones de explícita vocación historiográfica. En el texto de Castellanos (León) el tema de los bárbaros y las posibles distorsiones (nacionales) modernas en su estudio ocupa un lugar importante. Por su parte, M^a Victoria Escribano (Zaragoza), en un documentadísimo trabajo cuyo título evoca la conocida monografía de Marrou publicada en 1977, destaca la importancia de la propuesta moderna de una nueva periodización, con la noción de «Antigüedad tardía». Respecto al debate historiográfico actual, el aspecto más significativo sería el cuestionamiento del modelo «browniano» (a partir de P. Brown 1971, *The World of Late Antiquity*) y su insistencia en la continuidad y la centralidad de los fenómenos

socioculturales y religiosos. Hoy ese modelo estaría en revisión de la mano de elementos tales como el peso creciente de la arqueología, la debida importancia concedida de nuevo a los aspectos políticos, militares y económicos y la evidencia de la ruptura de la unidad imperial en Occidente y sus consecuencias.

Si, como decíamos al comienzo de esta reseña, la «caída» de Roma representa un elemento recurrente en la cultura e historiografía occidentales, este libro supone una aportación sobresaliente al estudio de las distintas interpretaciones que históricamente se han sucedido sobre el tema. En ese sentido, una afortunada combinación de estudios sobre personajes determinados o temas más o menos concretos, históricos o historiográficos, y amplias visiones historiográficas de conjunto, facilita una presentación de problemas de enorme interés, desde las polémicas de los propios antiguos, paganos y cristianos, hasta el papel fundamental de determinados historiadores como Gibbon o Mommsen, o los debates historiográficos más recientes. Desde la división canónica en Historia Antigua, Media y Nova (Moderna) debida a Ch. Cellarius, o Ch. Keller si se prefiere, a finales del siglo XVII, no ha habido excesivas propuestas de nuevos periodos históricos. La vitalidad y el dinamismo de los debates modernos en torno a la «Antigüedad tardía» confirman el éxito de esta propuesta reciente. Este libro, con ecos del «Decline and Fall» gibboniano en el título, constituye una espléndida aproximación a dichos debates.



LIBROS Y LA GRAN GUERRA

La Gran Guerra marca el inicio del corto siglo xx y quizá el principio de lo que se ha llamado el fin la Historia. El sueño luminoso de la Modernidad se volatiliza en el humo y el hedor de las trincheras. Este número de *Revista de Historiografía* recorre distintos usos de la Literatura como testimonio y del testimonio como literatura. El escritor se convierte en corresponsal de guerra, en un

conflicto en el cual los medios impresos se constituyen en otro campo de batalla. La literatura sirve tanto para la demostración del horror como para poner en cuestión los límites de la verdad, pues su escritura responde a una tradición retórica, al espacio acotado de la página, a la evocación como estrategia estética, a la ficción y, enfrentada al horror, debe reinventarse.



Instituto de Historiografía
Julio Caro Baroja



Universidad Carlos III
de Madrid